



**MEMORIAS DE UN  
HÉROE ENSANGRENTADO**

**EVANGELIO DE LA SOLEDAD**

**DANIEL NIETO**

**Memorias de un Héroe Ensangrentado.**

**Evangelio de la Soledad.**

**Daniel Nieto**

## Prólogo:

**T**an ardua desventura, por un hombre así. Envilecido y odiado por los suyos, insultado y menospreciado por sus enemigos. Destructor de su propia civilización; verdugo y portador de una carga que no puede ser asimilada -apenas entendida hoy día.

Y ahora la última esperanza de supervivencia. Su supervivencia, la redención de aquél. Sólo él puede salvar un mundo al que auspició a la destrucción.

¿Solo?

**V**ientos agrestes azuzando polvo y pequeñas partículas de piedra en sus ojos; frías y afiladas -como el filo de mil cuchillos mordientes. Aun así el tropel avanzaba, independientemente de los muchos obstáculos de un continente infernal.

“Por los dioses” proclamó el jovenzuelo cercano a la adultez que erraba por fieros caminos cargados de inmundicia, moho y años. “Las historias sobre este lugar se quedan cortas con la realidad.”

Al toser, se atragantó inadvertidamente con una cantidad inane de residuos polvorientos. El muchacho sintió revuelto el estómago; el regusto ácido era de lo menos apetecible.

“Mierda. Qué asco” escupió. “¿Qué es este sabor tan horrendo?”

“Silencio, Orin” ordenó un hombre dos pasos detrás de él.

Una faz vieja y delgadita, marchitas y agotadas arrugas y una cabeza blanca de pelos alborotados -si bien sus brillantes ojos azules aún vivían con la pasión del joven hermoso que fue.

“Basta ya de quejarte, está por debajo de un hombre de tu estación”.

“¿Mi estación?” Preguntó Orin. ¿Te refieres al de una cabeza sin corona?  
¿Soberano de nada más que los harapos que arrastra tras de sí?

El anciano suspiró con insatisfacción. “Sólo deja de protestar, ¿vale?”

Girose, mirando una tercera figura, más pequeña y delgada que el joven llamado Orin. “¿Estás bien, Agatha?”

“Sí, Duncan” le dijo ella, aunque estaba jadeando considerablemente.

Cuanto menos dos cabezas le separaban del alto y recio Orin -y de Duncan, tan alto como éste pero en los huesos; aunque destacaba por ser en mucho la más bella de todos ellos. La dermis radiante de su estirpe brillaba incluso en aquellos páramos neblinosos; un contraste luminoso con la tierra negra y ponzoñosa que tenían que pisar. Su cabello rubio ondeaba, precioso incluso estando endurecido por la polvareda que revoloteaba incesantemente en su derredor.

“¿Cuánto más debemos seguir por este paraje abismal?” Dijo el arrogante e impaciente Orin.

Su estupidez juvenil le costó un manotazo sobre el dorso del cuello; sin duda Duncan aún poseía cierto vigor en sus viejos brazos.

“¡Ay!” Gritó Orin. “¿A qué viene eso?”

“Ya lo sabes” dijo Duncan malhumoradamente. “Agatha no está acostumbrada a un terruño tan tenebroso, pero no se queja tanto como tú, joven idiota. Cállate de una vez y deja que recupere el aliento”.

Orin agachó la cabeza, ligeramente abochornado -pero asintió.

“Tienes que ser paciente, Orin. Tu hermana no ha sido entrenada para esto -tú

sí" añadió Duncan.

Mismo pelo, misma dermis, mismos ojos -el mismo orgullo.

Quedaba patente que los dos jóvenes individuos que juntos erraban eran hermanos; su linaje se extendía hasta una heroína ha olvidada, una que había desafiado y desterrado al mismo maligno que ellos -sus descendientes- venían a reclamar -a recuperar del olvido y por ende salvar.

Si los dos hermanos hubiesen conocido alguna vez a la mujer en cuestión, se habrían asombrado por el parecido. Eran jóvenes y sumamente agraciados de cara, aunque sobre ellos se cernía una deprimente sombra que se extendía hacia el oscuro horizonte de la incertidumbre. No es que hubiesen perdido la pasión por vivir; no, no era ese el caso, simplemente no la habían conocido nunca -una llama extinguida antes de su nacimiento.

Mas eso no los desalentaría en su misión.

Hermano y hermana ahora caminaban a la vera del otro, inspeccionando su derredor. Avanzaban por una gran sierra montañosa, una hilera tras otra de montículos retorcidos y peliagudos escarpados, esqueletos pétreos a la imagen de gigantes muertos; un cementerio óseo, último testamento de horrores mejor dejados sin pronunciar.

Esparcidas por toda la sierra había incontables ciénagas que burbujearan con un alquitrán verdoso, venenoso al tacto y letal aun con la más leve inhalación. Tanto la flora como la fauna eran una escasa rareza por allí, mas hubieronse contado historietas sobre bestias que acechaban a viajeros rezagados; si bien historietas contadas en tabernas tristes por bardos y poetas, los últimos de una especie perecedera, ya que estos tiempos del hoy son una era de tristeza y desesperación, no canto y felicidad.

Pero peor que eso era cuanto rodeaba a las hórridas montañas. Un vasto desierto de vaciedad. Tan simple como eso. Nadie había aventurado allende esas arenas antes. Hasta ahora. Cómo estos tres desafortunados, ungidos por un destino

aciago, han logrado atravesar los mares de dunas es un misterio que a todos elude -yo mismo tampoco lo creo, quizá ni ellos.

Empero, no habían comenzado el viaje solos. Ha tres años que se habían despedido de sus seres queridos -no así Duncan, quien había perdido el amor hace ya muchos años, de forma trágica.

Los había acompañado un séquito de más de cien leales guerreros, más de dos docenas de sirvientes y tantos camellos. Pero uno a uno habían perecido, ora por el sol abrasador que de arriba incendiaba o el frío extremo de las noches, ora consumidos por la falta de agua. Habían actuado con suma lealtad hasta el último suspiro; habían rechazado hasta la más ínfima comodidad, habían abandonado cualquier expectativa real de supervivencia -así con tal de que los tres supervivientes pudieran alcanzar las tierras baldías de Daemonia. Hogar de la Misma Muerte.

Agatha respiraba con pesadez. Orin, despojándose de su petulancia, ayudaba a su hermana a mantenerse erguida con un brazo firme alrededor de sus hombros. “Vamos, hermanita, unos pasos más” habló él con la diligente ternura de un hermano atento.

Mas prometía vanas esperanzas, él mismo no tenía ni idea de dónde estaban exactamente; la acuciante sensación de realidad acariciaba amenazadora su corazón, la idea de haber sufrido tanto para morir a las puertas de su destino final hacía tronar su pecho con desesperación.

Por ello era imprescindible que Duncan sobreviviera. Sería un milagro, la verdad, a tenor de que él ya se aproximaba al siglo de edad. El último sabio con vida, el último remanente de una orden, los Hijos del Nuevo Mundo, que ahora no era más que un susurro llevado por el viento.

“¿Dónde estamos, Duncan?” preguntó Orin, nervioso, no por sí sino por Agatha; se percató de que se la veía a cada vez más frágil.

No podía dejar que muriera, antes él que ella. Repetidamente le preguntaba a

Duncan dónde estaban y cuánto faltaba para llegar a su destino -si es que llegaban. Pero Duncan no escuchaba, sus ojos irradiaban una húmeda tristeza.

“Y pensar que antaño este lugar fue el paraíso más bello de Rysia” murmuró.

Nadie había visto este continente enano como otra cosa distinta al Infierno en el que ahora moraban, pero sus palabras no carecían de justicia. Hubo aquí una maravilla fructífera, cuando los cielos aún eran azules y las aguas no habían tocado el tono de la sangre. Otros tiempos, sin embargo. Anteriores a Soren.

“Duncan” dijo Orin, agitando una palma abierta delante de sus distantes ojos, sacando al viejo de sus sueños afligidos.

El anciano pestañeó, semianonadado. “Lo siento” dijo, instintivamente, “estaría bajo los efectos de algún sueño diurno”.

Orin oteó el cielo nublado, de un océano negro una tempestad azotaba violentamente. Sin duda Astarios estaba muy enojado; un humor en el que había estado por los últimos quinientos años. Esa tierra allende el desierto no había visto la luz del sol desde entonces.

“¿Un sueño diurno? ¿Qué te hace pensar que es de día?” Preguntó un Orin muy sarcástico.

“Simple, jovencito” respondió Duncan, “de lo contrario estaríamos muriéndonos de frío. Adelante, debemos marchar con premura, no conviene estar a la intemperie llegada la noche.”

Los tres rezagados avanzaron.

No habían ascendido más de una mísera milla cuando un olor nauseabundo invadió sus sentidos.

“¡Rápido!” Ordenó Duncan. “Cubriros las caras”.

Los tres se taparon la nariz y la boca con pequeños paños que guardaban en tres zurrónes de cuero semivacías -apenas les quedaba agua.

La bruma se disipó ante sus ojos y lo que vieron los sumió en horror. Un lago

lleno de una fétida y verdosa muerte se extendía más de media hectárea delante de ellos; tan hondo como era ancho, no había manera de cruzar al otro lado de la montaña.

Duncan obligó a los dos jóvenes a retroceder, respirando pesadamente mientras lo hacía. Sus pulmones ardían, vapores soplaban de la superficie del lago y los estaban rodeando -el amoniaco era agonía.

Agatha, con mucha diferencia la más endeble, trató de dar un paso atrás pero sus delgadas piernas cedieron. No cayó al suelo por Duncan. Para un hombre de su edad era veloz; la cogió de las axilas justo antes de que pudiera golpearse contra el duro suelo y la ayudó a erguirse.

Su respiración empezaba a fallarles. “¡Maldición!” Gritó Duncan. “Debí haber previsto esto. Necio de mí. Orin, ayuda a portar a tu hermana a un lugar seguro, debemos girar sobre nuestros pasos y hallar otra ruta”.

“Debe haber otra forma de cruzar, Duncan” bramó Orin. “No podemos perder más tiempo”.

Duncan no se prestó a responder. Sus ojos estaban advirtiendo una pila desordenada de huesos esparcidos por las mismas orillas de aquel lago endiablado. Algunos eran pequeños -quizá de roedores agigantados- pero otros eran mucho más grandes. Una calavera que parecía la de una gran bestia, un dragón quizá, yacía medio derretida sobre la superficie. Lo que se presumía su torso estaba tirado junto a ésta; algunos huesos se habían tornado ceniza, otros bamboleaban sueltos por la superficie del lago. A Duncan esto le estaba gustando cada vez menos.

“Tórax, es un tórax de dragón” gimoteó.

Malas noticias sin duda. Aun si yacía la enorme bestia sobre el suelo envenenado, sus huesos habían sobrevivido al ácido, lo cual significaba que quizá otras bestias de tamaño y resistencia similares moraban estos parajes. Aunque han pasado quinientos años desde que muriera el último dragón, los restos de este aún



eran visibles; lógico, considerando los cuentos sobre su supuesta eternidad. Mas este había muerto malamente. No era una buena señal; si alguna fauna local ha podido sobrevivir a este lugar, no sería benévola, y no podría ser derrotada. Al menos no por la mano de un mortal.

“Rápido” exclamó el sabio hombre humano, “no hay tiempo para las protestas. Debemos apresurarnos o por Thana que nos daremos de bruces con una muerte hórrida”.

El viejo mentor pellizcó el codo de Orin con sus manos delgaditas, el joven adulto agrió el semblante, mas no protestó.

De repente el silencio abrumó a los dos hermanos, quienes estaban de pie frente a Duncan.

Duncan tenía su espalda versus la cosa que estaba detrás, mas sabía que estaba allí. Podía sentir el respirar del monstruo. Revoloteaba su estómago, erizados los vellos sobre su cuello, el sudor rezumaba en su frente fría, helada, goteando por sus mejillas arrugadas y bañando su escueta barba blanca.

Despacio, muy, Orin se dispuso a desenvainar la pequeña espada atada a su cinto. Duncan se lo prohibió con un silencioso gesto, sería inútil. Fuera lo que fuera lo que estaba detrás suya, era grande -a tenor de la aterrorizada mirada que se dibujaba sobre la faz de Agatha.

Si las miradas eran poemas, la suya era un soneto de oscuras nuevas.

El hálito que expulsaba la bestia era tan pungente como el lago ácido, lo cual hacía pensar que lo que bebía el monstruo debía proceder de allí. Eso era una señal de fuerza, un poder que sobrepasaba cualquiera que él pudiera reunir -o siquiera divisar. Los dos hermanos estaban paralizados, Orin tenía agarrada la empuñadura de su espada mas no se atrevía a desenvainarla por la directriz de Duncan.

Duncan sabía que luchar era inevitable, mas tenía que intentarlo. “*Kis weida?*” Dijo en una lengua arcaica que pocos humanos sabían hoy día -de hecho sólo él mismo y otro más.

No correspondió la bestia con fonemas propios, sea lo que fuera, no era racional. De una garganta enorme emergió lo que sonaba como un gruñido gutural, propio de una entidad que anticipaba muerte. Duncan no podía ver a la bestia, como tan claramente lo hacían los otros dos, mas podía percibir colmillos aguzados adornando una boca ancha; dientes dos veces el tamaño de la fútil e insignificante hoja que portaba Orin -una hilera de cuarenta, preparadas para cortar, predispuestas para la mutilación y el asesinato.

Cautelosamente, Duncan hurgó en el zurrón mediano que colgaba descuidadamente de su ahíto cinto y extrajo de él uno más pequeño. Daba céleres y discretas miradas al interior de éste, en donde había un polvo negro.

“Bendito Aerios, dios guerrero, por el polvo de dragón”.

Habló en susurros, un hechizo secreto en aquella misma lengua misterica, apenas un hálito, escuchado sólo por él mismo. Pequeñas chispas de un ígneo carmesí comenzaron a crepitar y danzar sobre la superficie, inmediatamente el polvo burbujeó y una fumata blanca ascendió del pequeño zurrón.

Un viejo, sí, mas Duncan era uno que podía moverse muy bien. Antes de que Orin y Agatha pudieran dar un paso, o pestañear siquiera, diose él la vuelta para encarar al dracónico coloso. Tan sólo un milisegundo, quizá menos, aun así el horror que se hizo en el ánimo de Duncan era considerable. No era un Dragón, pero sí asemejaba tal estirpe.

*Imposible*, pensó.

En ese preciso instante de estrés, memorias se materializaron desde lo profundo del subconsciente del sabio anciano; recordaba los bestiarios que había estudiado durante su adolescencia. Y lo que tenía delante estaba definitivamente registrado como

un animal extinto. Lo había estado desde incluso antes de la caída en desgracia del hombre. Al menos así era lo aceptado y creído.

Cuán equivocados habían estado sus maestros.

Dragón no era, mas de las nobles bestias de la Antigüedad, una variante más pequeña había nacido ha siglos. El *fumós drakonos*, aquellas criaturas creadas a partir de las almas de Dragones caídos; el *Ánima de Draco* había sido traída a la existencia desde el odio y la rabia. En su esencia habían poseído el estigma de la ira hacia esa misma humanidad que había llevado a los hermosos Dragones a la extinción; cuán impía acción aquella, error lamentado -y tras el paso de las generaciones, su odio ardió con creciente furor. Hasta que ellos mismos, al modo de sus ancestros, fueron extinguidos; en esta ocasión la causa para la caza siendo mucho más noble, o al menos según lo que le habían dicho cuando él mismo no era más que un chiquillo.

Obvio que todo eso era una gran mentira.

Hubieron de perdurar en Daemonia. ¿Mas cómo puede ser? Seguramente la misma pregunta que se estaba haciendo Duncan. Pero los paradigmas de su lozanía no lo iban a ayudar ahora.

Más pequeños que dragones, seguían siendo más grandes que cualquier cosa antes vista -por los tres caminantes.

Ésta era una torreta de más de tres metros de altura, y eso siendo cuadrúpeda. Una dermis fuerte, escamosa y gruesa como cualquier metal, mortal o divino, la protegía de toda hoja ordinaria. Su cuerpo fornido, aun carentes de las alas de un Dragón, era poderoso allende la comprensión, como también los imponentes robles que eran sus cuartos. Un cuello largo convergía con una cabeza serpentina, de amarillentos óculos inflamados por la ira, sus hendiduras nasales expulsaban vapor.

Duncan se preguntó si podía expulsar llamas. No había tal cuenta en los registros que había leído en el pasado. De todos modos no quería averiguarlo.

No se lo pensó dos veces. El zurrón prendió. Ahora era el momento, el instante

que les permitiría sobrevivir.

Lanzó el zurrón en llamas hacia las fauces expandidas de la bestia. Oportuno y feliz proyectil, pues con un gran estallido el recipiente inflamó su boca.

Su lengua era como un látigo llameante; de su boca un torrente espumoso de sangre negra mancilló las rocas cercanas a la bestia, media docena de colmillos salieron disparadas como flechas. Uno estuvo a centímetros de cortarle la vieja cabecita a Duncan, acariciando su mejilla con la punta.

No se detuvo éste a apreciar cómo se deslizaba la sangre por su mejilla -una especie de suerte que los colmillos no eran venenosos. Vociferó órdenes a los dos hermanos y juntos los tres huyeron a toda velocidad del atroz demonio.

Para un viejo, Duncan era bastante veloz. No tuvo problema en correr a la par con Orin y Agatha, ésta ayudada -no, agarrada del brazo por su hermano, quien la impelía a correr más rápido. Por espesuras neblinosas, no se atrevían a mirar atrás.

Y entonces el horror cayó sobre ellos.

Orin, quien iba en avanzadilla, se detuvo en seco, sus pies dura escarcha por el pavor. No se percató siquiera de su hermana golpeándose duramente contra su espalda. Sus brillantes ojos azules estaban ensimismados con la visión del Ánima de Draco, alzada sobre el ápice de una diminuta colina; su cola se agitaba furibunda, sus ojos ardían celosos, sus fauces opacadas y en carne viva, bramando sangre. Muchos huecos denotaban las piezas que faltaban en esa inmensidad de boca. Salvo eso, estaba incólume. La bestia se dispuso para saltar y saltar, saltó. Una ancha sombra envolvió a las tres prontas víctimas.

“¡Apartaos, bellacos!” Exclamó Duncan.

Por escasos dígitos lograron esquivar a la imponente criatura. La bestia tan cerca de Orin que éste podía oler su ceniciento hálito. Agarró fuertemente la empuñadura y la sustrajo la espada con la velocidad de un dios.

*Si morir he, pensó, que sea librando batalla.*

Se lanzó ciegamente a por la bestia, buscando sacarle un ojo, pero su certeza no era la debida y le golpeó debajo de la fosa nasal izquierda. La pequeña hoja crujió y estalló en pequeños fragmentos metálicos. Orin maldijo su descarriada fortuna.

La bestia había salido ilesa del ataque errado, su furia en combustión por la futilidad de éste. Rugió atronadoramente a los cielos oscuros, rezando a algún malvado y salvaje dios. Tenía hambre la bestia.

Atacó a Orin con un latigazo de su enorme pata; el joven rubio a duras penas esquivó un golpe que habría aplastado su cráneo -eso no indica que haya tenido suerte. La bestia logró alcanzar su costado; Orin de súbito sintió cómo crujían dos de sus costillas a la vez que él mismo era lanzado por los aires. Se golpeó contra un pétreo muro y su espalda aulló con dolor mientras vomitaba sangre sobre su cota -que de poca ayuda le estaba siendo en esa situación.

“¡No!” Gritó Agatha, sacando su propia espada, aún más diminuta que la de su hermano.

Fue corriendo a Orin, erguida delante de él, protegiéndolo de la bestia, que ya se disponía para un nuevo asalto.

Duncan sabía que Agatha no tenía posibilidad alguna. Su espada era más grande que la de ella, pero era de un metal inferior. Era de bronce frente al acero de los dos hermanos.

Cargó veloz contra la bestia con la esperanza de hallar un resquicio en su armadura natural. Atacó buscando acuchillarle los cuartos traseros, concretamente los talones. Halló su objetivo con precisión.

Para un viejo, Duncan tenía buena puntería. Mas de nada le sirvió, su espada también halló la muerte, convertida en diminutas hojas por la impenetrable dermis del reptil. Como si un acto reflejo, la bestia coceó al viejo en el estómago, robándole el aire y enviándolo a varios metros de distancia. La consciencia se le desvanecía a Duncan.

El Ánima de Draco no se dignó a prestarle mayor atención a Duncan. Quería una carne más fresca; viandas más dulces y sabrosas al paladar. Se puso a babear excitada, dando pasos lentos hacia los débiles humanos. Orin y su hermana retrocedieron varios pasos, buscando desesperadamente una salida. A ambos lados, izquierda y derecha -los veían imposibles, el Ánima era demasiado grande y ágil. Su única esperanza era correr.

Esa esperanza murió al instante.

Sus espaldas palparon la dura roca que los desproveía de toda posibilidad de vida. El Ánima de Draco rugió triunfante. Su saliva caía sobre la superficie en un mejunje rojo. Tendría su venganza. Tendría su festín.

El Ánima de Draco se detuvo bruscamente. Sólo permaneció allí, de pie; muy para la confusión de los hermanos. Ambos tiritaban, mas pronto el miedo se tornó sorpresa.

Sólo permanecía allí, de pie; sus ojos cítricos fijados en la presa. Pasó un segundo -un segundo, tercero y cuarto. Una sucesión temporal que parecía la eternidad -el tiempo detenido en sus propias embestidas- los tenía mirándose el uno al otro.

Agatha fue la primera en denotar cómo se le apagaba la luz a esos ojos infernales. Primero cedió una pata, luego otra y por fin las traseras. Con un estruendo tectónico, el Ánima de Draco dejó este mundo. Simplemente quedó tendido sobre el suelo pedregoso.

“¿Qué ha pasado, Orin?” preguntó Agatha totalmente anonadada; su corazón aún bombeaba con frenética velocidad la sangre acumulada por la excitación y el miedo.

Orin carecía de respuesta. Miró a la izquierda. Nada. Derecha -ni un alma.

“Allí arriba” exhaló Agatha, señalando -allí arriba.

Tres metros sobre ellos, en la cima del pequeño monte que los había atrapado segundos antes -había una figura. Enorme y alicaída. Orin y Agatha no comprendían nada, ¿cómo podían? Ni siquiera yo me atrevo a decir cómo había podido ese hombre realizar tal proeza.

A unos pasos de allí estaba Duncan, quien ya recobraba plena consciencia. Estaba tan sorprendido como los chiquillos al ver al reptil caído. Instintivamente miró arriba. Una amarga sonrisa cruzó su agotada faz.

“Por fin” suspiró.

Sonreía, pero no se alegraba -en absoluto- de ver esa sombra, por muy aliviado que se sintiese por haber evadido la muerte un día más.

Con la agilidad y la precisión de un felino, la oscura figura saltó y en un abrir y cerrar de ojos estaba delante de los dos hermanos. Sólo que no había saltado -o al menos según lo que Agatha creía haber visto; por contra, habría jurado que el ser que parecía una silueta dotada con las facciones de un humano había saltado, sí, mas cuando lo hizo, había desaparecido y reaparecido instantáneamente.

El enorme cuerpo se alzaba sobre él, pero a los ojos de los hermanos tenían la misma estatura. Orin era alto -sobrepasaba el metro y ochenta centímetros- pero ese hombre era al menos cuatro cabezas mayor y tantas veces de anchura. Lo que se asemejaba a una cota de un grueso cuero negro se detenía a la altura de los hombros, permitiendo que sobresalieran de él dos poderosos brazos, aumentados por una musculatura muy bien entrenada; su torso era plano mas de un fortísimo arreglo abdominal. Incluso en la oscuridad los ojos sombríos y marrones del hombre relumbraban con un aura sobrenatural, al igual que su cabeza, totalmente calva, en las tinieblas perennes. Su mejilla izquierda denotaba una larga cicatriz, una vieja herida que nacía cerca del lóbulo bajando hasta llegar a la esquina del labio.

Los estaba observando.

No, examinaba a Agatha, desde la cabeza a los pies, de arriba-abajo y luego

viceversa. La estudiaba, al parecer con su curiosidad tocada. ¿Qué es lo que veía?  
¿Qué sentimiento movido en este gigante desconocido?

¿Quizá reconocimiento?

Bajó la vista y miró a Duncan, quien estaba cerca. Indiferencia. De Duncan giró su cuello en dirección a la difunta bestia.

Orin se percató de la enorme espada. Exhaló una admirada sorpresa. Esa espada era casi tan grande como el torso del joven rubio; claro, era una gran-espada, mas una que no había visto antes. El acero parecía indescriptible -hacía parecer la suya propia un arma endeble. Orin sabía que había acabado con el Ánima de Draco -la misma bestia cuyas escamas habían burlado su propia hoja- de un único golpe, mas no podía percibir herida alguna sobre el reptil.

Pronto supo el por qué. El hombre anónimo fácilmente manejaba semejante mastodonte con una sola mano, y con un giro de muñeca sesgó el cuello de la bestia caída con velocidad lumínica. La cabeza cayó limpia e inmediatamente un potente reguero de sangre fresca manó. El hombre no dudó en ahuecar las manos debajo de la herida abierta y llevarse el néctar a la boca. Para su sorpresa, bebió la sangre humeante, impura por el veneno verde de las ciénagas de Daemonia.

Estuvo bebiendo al menos un minuto. Tras saciar su sed eructó con sonoridad, ni siquiera tomándose la molestia en limpiarse las manchas de sangre. Esto le daba un aspecto aún más amenazador.

No podían hablar, ni siquiera Duncan -quien reconocía al hombre. Escalofríos recorrían la espalda de Orin -no parecía para nada un buen presagio. Aunó cuantas agallas le permitía el ánimo y tomó un paso en dirección al hombre; éste inmediatamente se le giró al muchacho.

Orin se detuvo. No dijo una sola palabra. Orin miró profundamente a los abismos de aquél y se topó con el mismo reconocimiento hallado antes para con Agatha. El hombre giró el cuello a un lado, su mirada parecía vacua; pero es así sólo porque Orin



no podía comprender lo que había sufrido ese hombre - los crímenes que había cometido contra su propia gente. No podía siquiera empezar a entender las connotaciones -las oscuras memorias que aventuraban allende esos fríos ojos marrones.

Finalmente Duncan se prestó a acercársele, con suma cautela. La hoja, que no parecía tener sobre ella una sola gota a pesar de haber matado recientemente, estaba de nuevo en su mano. La empuñadura parecía de un claro marfil, como si hubiera sido tallada directamente de una fuente elefantina. Contrastaba con el acero bermellón, tocado por una pigmentación negra que ondeaba en los cantos; este el motivo por el que la sangre no se reflejaba sobre el acero, al haberse bañado en ella tantas veces en el pasado. Duncan notó una ligera imperfección justo debajo de la punta de la espada; una raspadura quizá -algo extraño e innatural para un metal de tal calidad.

“Venimos con pacíficas intenciones, amigo” dijo Duncan, “por favor, baja el arma”.

El hombre dejó caer su espada al suelo, el cual retumbó bajo el peso de la hoja. Le dio la espalda a Orin, observando ásperamente al sabio.

“¿Crees que preciso mi espada para matarte, viejo?” Habló él por primera vez, su voz tan grave como sus facciones. Mas debajo de esa melodía torva había un rastro de algo más profundo. Tristeza. Arrepentimiento.

“Sin duda podrías asesinarlos a los tres con un solo mandoble”. Duncan pausó, tragando saliva tácitamente. “Mas no lo harás” añadió, “no tú”.

“¿Estás tan seguro de eso, oh anciano?” Dijo él sardónicamente.

“La verdad es que sí” respondió Duncan con coraje.

El matón apartó la mirada. Sin esfuerzos recogió su espada. Susurró un hechizo inaudible y la espada se disipó -convirtiéndose en nada, mezclándose con el brumoso velo de la mismísima Madre Éter.

“Para seros francos” dijo él, “siento una gran perplejidad por vuestra

supervivencia. Nunca he visto a nadie por aquí”.

“Veraces tus palabras, permíteme explicar....”

Pero el hombre interrumpió a Duncan. “¡Silencio! Acaece la oscuridad y creedme que no querréis estar aquí cuando caiga. O quizá sí. Sea como fuere, haced lo que os venga en gana, a mí me importa bien poco.”

El hercúleo ser dejó atrás a los viajeros en su incredulidad y caminó silenciosamente, desapareciendo entre la pungente bruma.

“¡Espera!” Aulló Orin.

La silueta siguió avanzando, sin atenerse a la petición de Orin.

“Por favor” rogó Agatha. “No nos deje morir aquí. Se lo imploro, buen señor”.

El horrible monarca se detuvo.

“Está bien” concedió. “Seguidme, raudos. Muerte pulula aquí con libre albedrío cuando la noche avanza. Ni yo me atrevo a andar por la enfermiza taciturnidad de este lugar”.

Hicieron lo que pidió y lo siguieron por un laberinto de piedra y musgo. A través de caminos enrevesados que sólo un hombre había pisado. Aquél al que seguían. El hombre por el que habían arriesgado sus propias vidas en pos de hablar con él.

Duncan estaba tan confuso como Orin y Agatha. No habría encontrado la cueva aun si gozara de la inmortalidad de los dioses; o si la misma Thaná lo guiara con su antorcha de inagotable sabiduría. Las sendas iban en todas las direcciones, erráticas; no había lógica ni sentido en ellas. Más adelante el hombre confesaría que él mismo había modificado el rumbo de éstas por medio de la mágika. Aunque la humanidad no tocaba ese lugar, muchos enemigos acechaban en sus sombras.

Tras diez eternos minutos, llegaron a un gran arco que parecía artificial; se extendía sobre la roca como un arcoíris deforme, dos grandes tiradores mantenían un canto rodado que hacía la vez de portón -probablemente pesaba más que el Ánima de Draco asesinada recientemente. Pero como si de paja se tratara, el increíble hombre

agarró de los tiradores y el canto rodó hacia adentro. Un olor fuerte a polvo y musgo invadió su olfato, Agatha se tapó la boca con su dulce mano; aunque estaba acostumbrada a todo lo asqueroso afuera de la seguridad de su hogar, este olor era diferente. Tan varonil. Tan decrepito y arcaico. Al momento de entrar, su anfitrión murmuró palabras que sólo Duncan podía entender y la gran puerta se cerró sola.

La cueva cayó a las más ciegas tinieblas. El misterioso gigante suspiró en una lengua abandonada y un fuego comenzó inmediatamente a arder sobre una pequeña pira de troncos y ramas, potenciada por una magia de la que Orin y Agatha no habían oído hablar. Una luz opacada, mas el entorno era claramente discernible. Un lugar no apto para claustrofóbicos; una estancia muy chica, fría y sin alfombras que calentaran la dura superficie, las rocosas paredes por nada decoradas. Aparte de la pira que ardía de manera antinatural, nada más salvo un montón de paja putrefacta cubierta por una gran piel de buey. Varias protuberancias sobresalían del suelo amén de un amasijo de huesos de múltiples tamaños esparcidos por doquier. Quienquiera que fuera este ser, no era uno muy ordenado; a menos a ojos de los hermanos. No erraban, pues él apenas recibía visitas. De hecho ninguna. Hasta hoy.

“Sentaos donde os plazca” dijo.

“Gracias, pero prefiero estar de pie” respondió Orin sin modestia.

Orgulloso él, se apoyó contra la dura pared de la caverna, de brazos cruzados rígidamente. Su hermana era más humilde, diole las gracias al hombre por su hospitalidad y se sentó sobre una de las protuberancias, descubriendo de paso que eran tan incómodas como habían sugerido a primera vista.

Duncan siguió el ejemplo de la chica y también se sentó, despojándose del pequeño zurrón. “Amigo, ¿por alguna casualidad tendrías algo de agua para compartir?” Preguntó amablemente.

El hombre se le quedó mirando al viejo sabio y gruñó. “Sí y no.

Tengo agua, pero ha sido refinada de la que fluye libremente en estas montañas

y a las ciénagas. Si lo prefieres, puedes beber sangre, pero las bestias que desangro se alimentan de cuanto crece aquí. Así que sería más o menos lo mismo”.

“Creo que pasaré, al menos por ahora” resopló Duncan, disgustado.

“Un pequeño añadido, si pudiera yo hablar” exhaló el ser sin nombre que parecía humano mas no se le sentía así. “No soy tu amigo y jamás lo seré, así que reprímeme de tratarme como tal”.

Duncan asintió, su faz enrojecida por el temor, no deseaba disgustar a este hombre, sabiendo lo que sabía sobre él -y eso, ciertamente, era poco más que nada, mas suficiente para detener su lengua.

Duncan suspiró pero no dudó. “Supongo que ha llegado el momento de que demos explicaciones”.

“Si vas a decirme el motivo de vuestra necia cruzada, no lo hagas. Sé perfectamente porqué estáis aquí.”

“Al menos eso nos ahorrará tiempo” dijo Orin, inmiscuyéndose en el coloquio como si a la par con estas dos mentes.

“Señor” habló Agatha. El hombre prestó atención a la chica, fijándose en ella, como si la conociera. “Señor” dijo de nuevo. “No deseo importunarle, pero realmente tengo mucha hambre, el viaje ha sido largo y el peligro no ha cejado de perseguirnos durante mucho tiempo. Si no es mucho pedir”.

El hombre sombrío anduvo hacia una tétrica esquina de la pequeña cueva y abrió un morral que había allí, oculto en una sombra. De él extrajo un largo frasco de cuero y un plato de cobre que había visto mejores días. También sacó cuatro copas de madera que parecían demasiado viejas para ser usadas. Mas no derramaron gota cuando descorchó el frasco y vertió un pungente líquido verde en ellas.

“No será lo que estoy pensando” dijo Duncan, asqueado.

“Sí, lo es. Ya os he dicho que no corre agua fresca por estos lares, pero he extraído el veneno, es potable.”

Ofreció una copa a cada uno de sus huéspedes. Orin olisqueó el contenido y se echó para atrás. Realmente apestaba. Duncan, mucho más audaz que sus compañeros, tomó un sorbo para arrepentirse al momento de hacerlo. No sólo repugnante, sino también de una espirituosidad dura. Orin probó el brebaje - “¡ugh!” Escupió. “Asqueroso”.

“Lamento que no sea de tu agrado, niño” bufó el hombre fuerte, “pero es la única bebida que encontrarás aquí”.

“Sospecho que ya está acostumbrado a esta bebida” le dijo una tímida Agatha, sin intención de ofender.

“Sí” contestole él con brusquedad. “Pero te prevengo, chiquilla. Es una bebida muy cabezona”.

Trató de simular una sonrisa, mas ninguna apareció; no había sonreído en largo tiempo, ese hombre. Tiró éste el plato de cobre a los pies de Agatha, luego extrajo algo que se asemejaba a hongos y los dispuso sobre él -y otra cosa, algo como carne curada.

Orin se acercó a su hermana. “¿Qué es eso?” Preguntó.

“Carne y verduras” respondió el anfitrión con aspereza. “De lo segundo mejor no hablar; lo primero es carne curada”.

“Sí pero, ¿qué clase de carne curada?” Inquirió Orin, sin atenerse a la advertencia del hombre.

“Simple” dijo éste. “Proviene del mismo animal que no ha tanto os habría matado y habríase alimentado con vuestras carcasas”.

Orin dio un paso atrás, de repente había perdido el apetito. Agatha no era tan aprensiva, al estar su ánimo tan debilitado por el hambre; arrancó una tira de carne y cautelosamente le hincó el diente. Le costó un esfuerzo enorme el no escupirlo, pero al final logró tragárselo. Estaba realmente mala. Apartó la carne a un lado, esperando que el hombre no se diera cuenta. Lo hizo mas no le prestó importancia.

Duncan sí pudo terminarse una tira entera; su hambre había vencido a su sentido de la finura culinaria.

“Muchas gracias, ami.....” pausó. Luego evocó un nombre, el de ese hombre. “Soren”.

Así se llamaba. Un nombre dejado por la mayoría, mas no por Duncan. Soren mostró sorpresa, no había oído a otro hablar su nombre en años. Se dirigió al otro extremo de la estancia -por ende unos pocos pasos- y emuló la bravura de Orin, pero esta vez al modo de un hombre de verdad mostrando auténtico orgullo y dignidad.

“Me hallo en cierta desventaja” carraspeó. “Sabes mi nombre mas no yo el tuyo”.

El anciano se puso en pie, a Soren le llamó la atención verlo levantarse con tal gracia, considerando su edad, mas no dijo nada. “Me llamo Duncan” dijo éste, apartándose algunos pelos sueltos que se le habían metido en la boca, “y estos jovenzuelos son Orin y Agatha”.

De nuevo osó Soren otear profundamente la mirada de Agatha. “Agatha” murmuró para sí. Fijó su atención en Duncan de nuevo.

“Orin y Agatha son gemelos, como habrás intuido. También son realeza, si bien aún tienen que acostumbrarse a ello.

Son vástagos de Sigfredo, el verdadero rey de....”

“Arlstad” concluyó Soren.

“Sí” afirmó Duncan, impertérrito.

“No sabía que Arlstad se había convertido en un reino” dijo Soren. Si estaba afectado por esta nueva, no lo hacía denotar ningún sentimiento sobre su faz.

“Bueno, mucho ha cambiado”.

“No me interesa saber, así que no te molestes en explicar”.

Duncan miró a Soren con severidad. “Quizá con el tiempo cambies de parecer”.

“Quizá” dijo, “pero lo dudo”.

“Eso lo veremos” Duncan dijo aviesamente.

Soren modificó su postura, cubriendo su rictus con una máscara de inexpresividad.

“Bueno, ya sabes de dónde venimos y qué hemos venido a hacer” bufó Orin. “¿Y ahora qué, Duncan?”

El anciano regañó al joven por su tosquedad, recordándole dónde y con quién estaba. A regañadientes Orin calló.

“Dado que ninguna explicación es necesaria por nuestra parte, quizá sea hora de que te pidamos que nos cuentes algo”.

“Me estoy imaginando que por mucho habréis pasado para llegar hasta aquí. Dioses saben cuántas vidas se han perdido por el camino.” Esas eran las amargas palabras de Soren.

Duncan no le prestó ofensa, simplemente contestó aunque Soren no haya formulado ninguna pregunta. “Una centuria de hombres y mujeres admirables; leales, devotos a su reino. Doce las estaciones de dolor que hemos tenido que aguantar para venir a tu hogar y ver al espectro divino”.

“Y todo para nada, pues nada es la ayuda que os he de prestar”.

Duncan se plantó velozmente frente a Soren. Uno era tan menudo frente al otro - a pesar de que Duncan era de por sí bastante alto, su cabeza blanca apenas le rozaba a Soren su grueso pecho. El gigante se echó atrás por el abrupto arrebató. Para ser tan viejo, Duncan era muy valiente.

“¡Maldito tú, Soren, hijo de Ingstad! No permitiré que predispongas ánimo casual” rechinó.

No iba Soren a permitir tal descaro; se irguió, tan alto sobre el sabio, mas éste no se amilanó. No esta vez, pues no podía permitirse el lujo. Por el bien de los niños debía ser fuerte.

El rictus de Soren se despojó de su simulada indiferencia y prendió airada

mecha. “Vigila tus palabras, necio de cr pito. Recuerda con quién partes tu palabrería”.

Mas Duncan no cedió ante la presión. Ante los consternados suspiros de Orin y Agatha, le dio un manotazo a la cara de aquel hombre calvo; el golpe fue duro, certero y de un eco de varios segundos duradero.

“ No voy a vigilar nada!” Exclam  un Duncan enardecido. “Muchas buenas personas han muerto para que pudiéramos llegar a ti y NO pienso mancillar su preciada memoria dándome la vuelta ahora.  Qui n te crees que eres para hablarnos de modo tan vil, Soren?”

Puso especial énfasis en el nombre de aquél, Orin pudo ver cómo le rechinaban los dientes a Soren. Estaba aterrado, ya lloraba por la vida perdida de su mentor.

Duncan no había acabado en abroncarle a Soren. “ Debo recordarte a ti los crímenes que has cometido, bestia?”

Con los ánimos de los hermanos totalmente fuera de s , Duncan le azotó la otra mejilla, la cual al instante igual  el tono granate de su gemela. Soren se llevó la mano a la cara y, sorprendentemente, no hizo nada. Nada de nada. Sólo se mantuvo de pie, impasible, tan incrédulo como los jóvenes, que poco más que observar podían.

Rein  luego un largo instante de silencio. Duncan se erguía regio, desafiando a su anfitrión. Soren no podía soportarlo más, exhal  un hálito triste y se apart . Pero Duncan no se dejó disuadir de su persecución. Agarr  el poderoso bíceps de Soren y apret  muy fuerte hacia dentro.

“Ni se te ocurra darme la espalda, Soren. Sabes por qué estamos aquí y cuanto debes hacer.”

Soren cerr  los puños con violencia, sus ojos enrojecidos por la ira, mas no se atrevió a encarar a Duncan. Se percat  inmediatamente que había poder debajo de los tejidos que la edad tachonaba por el cuerpo de éste. Acept  su destino resentidamente. Duncan aflojó el tacto y forzó una sonrisa, aunque la felicidad le quedaba muy lejos en el ánimo.



“¿Era eso tan difícil?”

No le contestó Soren, había sido una pregunta retórica; la respuesta evidente y en plena vista, a tenor del semblante de Soren.

“Muy bien” dijo éste, admitiendo su derrota. “Sentaos”; gimió, pausó, imploró - “por favor”.

Duncan dio la orden a los jóvenes; ellos se sentaron al lado de su mentor. Frente a ellos y al otro lado de la hoguera se sentó Soren, solo, como había estado durante tanto tiempo.

Orin estaba confundido. “¿Qué estamos haciendo, Duncan? ¿No deberíamos estar preparándonos para mañana?”

Mientras hablaba, un aullido estremecedor penetró las gruesas paredes de aquella improvisada ermita -perturbador, si se tiene en cuenta su densidad. Orin cerró la boca, su piel más blanquecina de lo usual. “Quizá podamos pasar la noche aquí” hipó.

“Desgraciadamente” dijo Duncan con sonrisa maliciosa, “vamos a pasar más de una noche aquí”.

“¿Pero por qué?” Le preguntó la bella.

“En primer lugar, Agatha, porque necesitamos reponer fuerzas. Pero ese es el menor de nuestros problemas por el momento, completamente secundario, me atrevería a decir”.

Soren se limitó a observar a sus tres invitados, cualquier sentimiento rebelde habido en él ya había dado sus buenas noches. Se sentaba en calma, haciendo crujir sus imponentes nudillos.

Continuó hablando Duncan. “El segundo motivo, el cual es además prioritario -es el saber”.

“No entiendo” vociferó Orin.

“Es sencillo de entender. Ese hombre tiene una historia que contarnos; diríase

más una autobiografía, una de gran relevancia para nosotros”.

Orin aún seguía sin tener ni idea de lo que infería el viejo. Como si leyéndole la mente, le contestó así Duncan: “siéntate y comprenderás el propósito de esto”. Había pues ordenado Duncan.

Orin obedeció al hombre de mayor inteligencia, sin entender todavía. “Pensaba que este hombre nos iba a ayudar” farfulló.

“Y eso hará, jovencito. Pero para eso antes debes oír -debes escuchar”.

“No penséis que esto lo hago por volición propia” tosió Soren, pero sus palabras no eran pronunciadas conforme a la verdad.

“Y sin embargo te conmina tu juramento, ¿no es así?” Inquirió Duncan.

Soren lo recordaba; sus ojos se entrecerraron en aparente dolor -y dolor era lo que sentía él. Incapaz de olvidar, no quería abrir ese arcón que era su alma -el cual tenía en su interior sufrimiento y nada más.

Pero no le quedaba otra. “Muy bien” dijo tras un breve lapso de quiescencia. Rebuscó entonces de entre la maraña de memorias en su fuero.

Y Soren habló, dando comienzo a un recontar. Y también advirtió. Oh cómo les advirtió.

## Canto I - La Infancia Perdida.

**C**omo toda historia, incluso una tan triste como la mía, ésta ha de ser contada desde el principio. Mas os aviso, infantes, que cuanto habéis de oír no será de vuestro agrado. Cuidado.

Esta es una historia que marca la visión de una vida ensuciada por la estupidez - la mía. A seros honestos, jóvenes, creo que la vida es un camino, una sucesión de vías bifurcadas a través de él. Ahora, permitidme contaros cómo tomé la equivocada cada vez.

### I

**R**ysia no ha sido siempre como es hoy. Hubo una época en la que vuestro mundo floreció. Hubo incluso una era en la que los dioses caminaban entre las razas mortales, pero ese tiempo es aún pretérito al mío y no puedo dar fe de él.

Sí puedo contaros lo que sé: los días en los que mi reino era el más fuerte de todos; cuando mi raza, la vuestra, gobernaba suprema en alianza con los Faerie de antaño. Eran tiempos felices, bueno, más o menos..... Ahora olvidados por todos menos yo, el porqué me duele tanto recontar los días de mi infancia. Mas debo, si espero pagar lo adeudado por mis pecados contra los dioses y mis antepasados, *un*

*suspiro* - y contra ella, especialmente ella.

Séase este pues, el primer paso sangriento.

Una interrupción. La primera de muchas. Soren lo permitió.

“¿De qué estás hablando?” Apeló Orin. “Duncan, ¿es esto verdad? ¿Acaso puedes acordarte tú también de esta época? Sin duda debes.”

“Quizá sí” susurró Duncan en la tenue luz de una hoguera que tímidamente ardía en medio de la pétrea sala que Soren había estado llamando hogar desde hace ya bastante tiempo.

“O a lo mejor no. Es difícil decir. Soy un hombre mayor, propenso a olvidar” mintió.

“Te ruego silencio. Ya que cuanto nos va a decir tanto tu hermana y tú debéis aprender, para poder comprender. Siento sabiduría en este hombre, por deforme que ésta pueda ser -como deforme pueda haberse tornado su alma”.

Pausó Duncan para sorber el brebaje. Lo escupió inmediatamente; incluso destilado, el vil ácido de las ciénagas no podía beberse fácilmente, y una vieja tripa como la suya no lo podía soportar. En verdad que Orin y Agatha bebían solamente porque se lo exigía su sed, y apenas probaban bocado de los hongos a los que Soren parecía estar tan acostumbrado.

“Por favor, amigo” le pidió Duncan, “continúa”.

Soren asintió con la cabeza y continuó su discurso apesadumbrado.

El mundo que algunos llaman -acertadamente- Inferno había sido una tierra fértil, plena y bella.

¿Orin, alguna vez has visto a las magnas águilas de Heln surcando cielos de un azul impecable? ¿Y tú, Agatha, has llegado a probar el pescado traído fresco de las

saladas bahías de Fatammía? ¡Por supuesto que no! Pero creedme que era algo digno de ser vivido.

En mis tiempos la vida no sólo era vivir, sino que ésta era sentida, disfrutada, ansiada.

El dulce aroma del Océano de cerúleo cristal, su aliento amenizador acariciando tu piel, lo justo como para erizarte el vello y bañarte en un sueño liviano mientras te tumbabas sobre un lecho arenoso. Las jugosas manzanas de los pomares paternos, como miel al paladar, bendiciendo mis sentidos más allá del sabor. Y las damiselas, las mujeres libres del reino humano, su bailar despreocupado e hipnotizante durante la estación mágica, cuando el estío se tornaba áureo y castaño y los árboles ensalzaban a Demris, diosa de la cosecha.

¡Oh jolgorio! ¡Oh júbilo!

Como bien sabéis ambos, nuestro globo orbita alrededor del dios solar Igno; dos polos glaciales se extienden en el norte y el sur, lugares en los que ningún hombre puede estar; algunos hasta dicen que los dioses celebran comités y banquetes allí - mentiras y superstición, claro está.

Lo que no sabéis, al menos no correctamente, es la geografía. Hoy en día me imagino que la debida educación escasea, así pues permitidme instruiros. Permitidme explicaros el mundo antes de vuestra vida. Para que así podáis entender.

En la extensión norteña más lejana, allende las tierras sacras de Tamriel, el Mundo Helado del Norte, gemelo de su opuesto sureño. Muchas leguas al sur de esta tierra, el continente de Faeryaë. Conocí bien este lugar; probé sus frutos, pisé sus verdes tierras. Luego las ennegrecí, rapiñé sus vastas riquezas y conquisté sus muchos Estados. Lo anegué todo en sangre.

Mas antes de las eras de dolor y guerra, había mágika. No las vanas artes del trilero con las cuales los engañabobos humanos encandilaban a niños y mentes estúpidas y débiles -sino mágika viva y real. *Fattos* era la palabra que los Faerie

empleaban para definirla; esa era su palabra, pronunciada en las lenguas antiguas, el idioma que Rysia, Madre de todo Bien, recibió de Astarios, a su vez legándolo ella a toda su progenie.

Las tierras del pueblo Faerie eran, fuera de toda duda, benditas. A diferencia del hogar en el que crecí, los árboles nunca mutaban su cromatismo, las matronas robustas simulaban al pino y sus agujas y se negaban a abandonar a sus crías en las estaciones más frías -las cuales sólo existían en Hiperboria. La muerte era escasa y los árboles encumbraban cielos inexplorados por las águilas, superando la altura de las montañas - ¿os lo podéis creer? Yo sí, pues he visto.

El pueblo Faerie veneraba a Demris y a la Madre Gaia con tanto fervor como el que profesaban hacia el Sumo Padre Astarios, y como tal no tomaban de la tierra más de lo que daban a cambio. Siendo así su idiosincrasia, la natura prosperaba allí -en Faeryaie.

La provincia situada al norte de Faeryaie estaba compuesta por las tierras eólicas, gobernadas por los Faerie Oscuros -Hiperboria se llamaba. Bosques y granjas que eran reliquias esqueléticas de una antigua prosperidad que tuvo que doblegarse ante edificios más grandes, de ladrillo y cristal, concebidas por las brillantes mentes de ingenieros hiperborianos.

Más propensa al frío, la fauna regional consistía de osos polares que los Faerie habían domesticado por generaciones, zorros blancos, lobos huargos -compañeros fieles y aún mejores amigos- y el felino de dientes de sable; pero sobre todos aquellos se alzaban los mamuts lanudos: grandes mastodontes que pastaban bosques locales y aventuraban níveas planicies que ningún hacedor de carreteras hiperboriano se atrevería a devastar.

Estas bestias, si bien intimidantes a primera vista, eran de facto seres de lo más pacífico. Sé que los Faerie, con sus habilidades mágicas, podían comunicarse con estos animales, ya que eran inteligentes; incluso me atrevería a decir que eran

racionales. Se movían en grandes manadas a través de los vientos entrecruzados de Hiperboria. Los habitantes de Faeryaïe muy a menudo viajarían a los hogares de estos grandes mamuts -*Lukhi* en la lengua nativa- para ofrecerles exequias y alabanzas. A su vez éstos servían a los Faerie con sus mayores atributos: su lana, la cual daban gustosos y los Faerie tomaban con respeto -la cantidad proporcional para emplear ellos y no privar a las bestias de su protección natural; y, por supuesto, la dulce y cálida leche que los Faerie usaban para preparar más de un manjar. La comida más simple - como su famosa leche de mamut frita, la cual se comía especialmente durante las cosechas- podía superar hasta los platos más elaborados de la alta cocina kratesiana.

Y si Hiperboria era conocida por su invierno perenne, la provincia del sur divergía, mas igualaba a su contraparte norteña en belleza. Nombrada Azur por sus bahías, éstas siempre brillaban bajo cielos azules que no conocían ni de nubes ni de lluvia. Santo Igno acariciaba esa tierra todo el año.

A pesar de esto, las sequías eran desconocidas en Azur; una abundante vegetación crecía por sus vastas planicies. Los ríos y sus afluentes corrían con aguas frescas, en absoluto frenadas por la privación. Azur era conocida no sólo por sus ricos frutos, verduras deliciosas y grano en abundancia -también por su fauna marina, la cual era importada durante las escasas ocasiones en las que los Faerie nos permitían la pesca en sus aguas.

Apenas lo recuerdo, mas me vienen preciadas memorias de haber pescado - durante mis viajes iniciales en Toth, junto a Farrah y Alma- trucha dorada que nadaba contracorriente en las frescas y claras aguas de Azur. Había tantos peces y probarlos asados con anacardos y pimienta fue un placer, una delicia y un honor.

*“Ah”. Soren se detuvo, mordiendo su labio inferior al recordar lo que había perdido para siempre. Luego prosiguió su historia.*

Sí, Faeryaïe era un lugar mágico y más adelante oiréis más sobre él, pero por ahora sabed que el continente ciertamente estaba poseído por la bendición divina.

Pero esta atención y cuidado no habría sido posible de no ser por los Faerie. Sí, Orin, a ti quizá te sean poco más que una raza mitológica, pero eran reales, te digo, tanto como el calor de esta hoguera, tanto como la oscuridad que crece con más fuerza cada día. Para entender mejor su tierra uno debe saber sobre los Faerie, los verdaderos hijos e hijas de Astarios.

Hay incontables fuentes que hablan sobre los grandes Archimagos y los guerreros arcanos de la Antigüedad. De eso no puedo hablar, al ser de épocas que superan la memoria del hombre. Los maestros de Antroporion habían hablado la vieja lengua y estudiado textos fragmentados, intentando analizar e interpretar lo que mayormente se había perdido en las grises arenas del tiempo. Muchos filólogos hubieron tratado de arreglar los pedazos de puzzles que eran los días en los que la humanidad aún era un bebé y los Faerie luchaban contra oscuros enemigos tiempo ha olvidados.

Esos no eran los Faerie que yo conocí, pero éstos no eran menos misteriosos. Poco se conocía la mágika entre nuestra gente, su *Fattos*; ellos protegían sus tradiciones con mucho celo. La mágika que controlaban -algunos incluso capaces de doblegar los mismos elementos a su voluntad, si alguna vez hubieran ansiado tal poder- estaba vinculada directamente a su pasado como magos de gran fuerza y saber. Una pequeña cuadrilla de filólogos e historiadores viajaría anualmente a estas tierras para entrevistarse con sus chamanes y sacerdotes; fútil empresa, pues éstos jamás revelarían sus secretos.

Veraz era que los Faerie podían ser testarudos, pero si algo eran justos. La mágika era su principal atributo; un misterio para nosotros, para ellos una ciencia, pues *Fattos*, en la lengua Faerie, significaba tanto magia como ciencia, porque ambos eran uno y uno lo era todo.

Sé lo que estás pensando, Agatha, y deja que solivante la duda que picotea tu ánimo. Sí, aprendí las maneras mágikas de la raza anciana y vislumbré algunos de sus



secretos -aunque los fantasmas que me los desvelaron lo hicieron por la fuerza. Mas no anticipemos eventos crueles, en el debido momento os los contaré. Sólo sabed que los Faerie poseían un gran poder.

Por lo que sabíamos los humanos, la mágika estaba ligada directamente a los elementos, entiéndase pues que se estudiaban cuatro variantes de la mágika. Fuego, agua, tierra y aire. Si sólo fuera tan simple como eso -cuán estúpidos éramos. Claro que la realidad era mucho más profunda. La mágika era un arma de doble filo, como todo en esta vida lo es; podía doblarle las rodillas a un rey, hacer que los mares marchitaran y se secaran, aplastar montañas y derretir en cenizas los árboles. Sí, podía ser un poder de destrucción total. Es por eso que no querían -no, no podían compartir sus secretos con la raza belicosa de los humanos. No es que los humanos tuvieran afinidad alguna con la mágika.

La mágika no era sólo un medio físico, sino también un estado de la mente y el espíritu, adherida a la naturaleza de quien la poseía. Así como los humanos podrían haberla usado para la destrucción, los pacíficos Faerie usaban su herencia para crear y salvaguardar lo creado.

Respetaban la naturaleza y la naturaleza los respetaba a ellos. Controlaban las cauces del agua para que ningún diluvio pudiera deshonrar sus ciudades. Extraían el cristal directamente de la arena de sus playas y construían con ésta preciosas bibliotecas de cristal empañado, como aquéllas en Harmonía. Tamriel me dijo una vez que eran un portento para la vista: grandes arcos de cristal y finos edificios de gran altura, brillando con el tierno abrazo de Igno; sin embargo ni calor ni frío podían penetrar esos monumentos al júbilo arquitectónico.

Rara vez violentaban los árboles que veneraban y reverenciaban, con la excepción de los monumentos de diversa índole que tallaban de madera bendecida por el tacto de las centellas de Astarios. Duncan, escasamente usaban cemento, ladrillo o metal para sus edificaciones -exceptuando las megalópolis hiperborianas.

Éramos tan distintos que hasta diferíamos en nuestras percepciones sobre lo divino. Para nosotros los dioses favorecían el poder y la fuerza; virtudes lo llamábamos y en consonancia nuestras iglesias se construían con acero y roca, a los cielos arengadas torres puntiagudas y paredes enormes con puertas en las que había engravadas incontables figuras, estatuillas y efigies.

Nuestras iglesias eran disimilares a sus templos, que eran rectangulares y harmónicos. Ningún lado más largo que el otro, la perfección geométrica muy bien calculada. Dentro de éstos cuidaban y preservaban sus artes más sacras: armas creadas por los guerreros arcanos y textos divinos compilados por sus escribas más puros -demasiado valiosos para tener en las bibliotecas. Sí, Orin, tanto su arte como su sabiduría superaban las nuestras con creces.

Otra característica de los Faerie llamaba nuestra atención: eran como nosotros en algunos aspectos. Había diferentes credos y razas de Faerie, aunque generalmente se distinguían entre Hiperborianos y Azurianos. Si bien era imposible distinguir a uno de otro -ya que lo único que los separaba era su opinión respecto a Astarios.

Tendríais a aquéllos de piel más clara y ojos azules, como la bella Lethrienne, a la que conocí en Fatammía; aquí también primaban los marineros de piel aceitunada que navegaban los océanos, mientras los Faerie de oscura tez en Toth protegían los bosques de cualquier tipo de transgresión. Y no olvidemos mentar a las diestras Amazonas de flamante rojo.

Variaban en estatura y tamaño, aunque tendían a ser más pequeños que nosotros. Salvo Hipólita y sus Amazonas, la musculatura de un Faerie era menor debido a que no eran una raza guerrera, su mágika casi su único medio de protección. Más que suficiente, pues ninguna arma creada por el hombre podía competir con ella. Su complexión solía ser pulcra y esbelta. Obesidad, diabetes, gota, enfermedades que nos habían estado atosigando desde el albor de nuestros tiempos a ellos no los afectaba; no comían carne, sino que sólo tomaban lo que Demris les daba -ya sea del

árbol, la tierra o la ubre. Comían pescado en ocasiones, aquéllas en las que a nosotros mismos se nos permitía pescar en sus aguas -previo pago de abultados impuestos y tributos a los consejos locales.

Mas había otro aspecto a destacar sobre los Faerie que los hacían diferentes a nosotros: su cabello.

A diferencia de mí y de muchos como yo, la calvicie no era inherente en ellos. Con buen motivo se llamaba alopecia androgénica. No eran hombres, sino Faerie. Eso era lo menos fascinante del pelo que los encumbraba. Lo que realmente me dejaba perplejo no era su longitud, su vigor o el brío en él -sino su color.

Veréis, es cierto que la mágika estaba unida a un elemento u otro; ahora bien, va mucho más allá de eso. Desde el mismo día en el que nace un Faerie, su inclinación elemental ya está decidida; quizá fuera por la diosa matrona Vhishtal o por la misma Fortuna, no lo sé, pero su inclinación queda marcada por el color de su cabello. El pelo rojo significa afinidad al fuego, azul en relación al agua mientras que el marrón es el símbolo terrestre y el verde el don del dominio sobre el aire.

Fascinante, la mágika es lo que ciertamente guía la vida de un Faerie. Del primer hálito al último. Mas ese suspiro final antes del Sueño también era muy diferente al nuestro. Un Faerie podía vivir hasta los tres mil años o incluso tres mil quinientos. De hecho ha habido rumores sobre los más ancianos llegando a vivir más de cinco milenios; si esto es así tampoco lo puedo certificar.

Por ello muchas personas los llamaban inmortales. Nuestras vidas, nada comparadas a las suyas -sólo una ráfaga de viento soplando por una ventana abierta. Sin ninguna duda en mi cabeza, los Faerie eran la mejor raza con la que pude toparme durante mis largos trayectos. Y cuán cruel fui con ellos. En fin, algo que no debió ser jamás.

Los Faerie compartían su hemisferio con otras tierras y civilizaciones.

Al oeste más lejano había una isla que tenía misteriosamente la forma de un relámpago. No estaba en demasía lejos de las heladas costas del polo norteño; por tanto los bancos de sus ríos estaban escarchados y las aguas detenidas por la temperatura. Tierras inhóspitas en las que nada crecía -ni bueno, ni malo

La mitología -real- asegura que el propio Astarios liberó su ira celestial sobre esos fríos mares y éstos burbujearon bajo su furor, dándose el nacimiento de la Tierra Oscura. Uno de los muchos nombres que los supersticiosos llamaban a esa isla -y con razón, tal como yo acabaría por averiguar.

Las leyendas también aseguran que una raza tenebrosa fue sellada allí hace tiempo por Astarios y los Faerie. Lógicamente en mis días esas leyendas eran sólo eso.

No mucho más se puede decir sobre la Tierra Oscura, al menos no de momento.

Cruzando el estrecho del ecuador de Rysia, al oeste de las costas de Ignollia hay un sistema de islas volcánicas; Opson, el reino de los Cíclopes y unos kilómetros al norte, las Islas Draco.

Midiendo más de dos metros y medio el más pequeño de esta poderosa gente, los Cíclopes son conocidos por su único ojo sobre sus grandes frentes, su increíble fuerza física y, sobre todas sus aptitudes, su claridad a la hora de doblar el metal a voluntad.

Eran herreros de verdadera excelencia. La última vez que supe de ellos, el Señor Oscuro en los vientos me dijo que estaban al borde de la extinción; quizá tú, Duncan, sepas más sobre esto.

Mas lo que yo recuerdo es una raza que habitaba las islas Opson. Cubiertas éstas por mesas volcánicas, en su vientre las forjas echaban humo con las candentes obras de los Cíclopes. La lava nunca dejaba de correr ni los Cíclopes de trabajar. Su

bastión neurálgico era una ciudadela muy industriosa -y muy plena de hollín- llamada Aethos, una megalópolis subterránea en donde estaban las fraguas principales -y el trono de Edipo. Se llamaba así en honor al Monte Aetna, que protegía esta ciudadela en su útero.

Asusta, ¿verdad? Ya, pero los Cíclopes aprendían la metodología volcánica casi antes de andar. Comerciábamos con ellos y a su vez nos construían armas y armadura -casi tan poderosas como aquellas forjadas con mágika. El secreto no se hallaba sólo en la naturaleza volcánica de estas armas; los Cíclopes imbuían el resultado final en fuego de Dragón. Eso es lo que hacía que sus obras fueran tan resistentes y fuertes. Los Dragones y los Cíclopes cooperaban en mor de leyes alcanzadas a través de múltiples tratados.

De buen seguro que ya estaréis familiarizados con los sórdidos engendros nacidos de mis cacerías. Del tormento y el dolor de su propio fin, así llegaron al mundo las Ánimas de Draco.

Mas no confundáis a esas tristes y retorcidas criaturas con los nobles Dragones de érase una vez.

Eran majestuosos; poder ver a un Dragón imperando los cielos era un esplendor que no puede bien describir mi dicción limitada. Especialmente una visión digna era el ver a estos altos reptiles desplegando las alas en su peregrinaje rumbo a la Vishtallia norteña. El poder vislumbrar una migración de tamaña magnitud es sin duda un milagro natural.

Recuerdo aquella noche, desde el saliente denostado de Faenor, cuando mi estimado Laertes los divisó; cuando repentinamente las nubes noctámbulas en derredor del Monte Ignarios se iluminaron con un alba draconiana. Al menos cincuenta magnas bestias bañaron el horizonte con sus alas y al unísono de sus grandes bocas escupieron blancas llamaradas. Yo estuve allí, desde abajo observando, atónito y con los ojos bordados de admiradoras lágrimas.

Variaban en tamaño pero se equiparaban en magnificencia. Dragones. Seres impresionantes. Amigos de Cíclopes y Faerie. Con nosotros, no era tan buena la relación, pero había respeto y cada raza no se inmiscuía en los asuntos de la otra. Esto de hecho era una paz de ardua labranza.

Ah, las cazas de Dragones propiciadas por mis ancestros por medio de edictos viles..... Mas ese es un tiempo que a mí me elude y por ende me importa bien poco.

Y no hay mucho más que pueda decir detalladamente sobre los Dragones. Nada bueno, al menos; al fin y al cabo yo soy humano. Mas recuerdo un nombre: Areandil, rey de todos los Dragones. No, obviemos ese nombre por ahora. Os lo ruego.

Al sur del ecuador meridiano, separando la nación Faerie de la nuestra -no por casualidad, si me preguntarais- estaba Antroporion, en donde la humanidad levantaba sus iglesias y palacios. Los humanos -o *Turii* en lengua Faerie; ese es el mundo del que provengo.

Las diferencias entre la humanidad y el pueblo Faerie no radicaban sólo en tiempo y longevidad, ni en linaje y creencias, también nuestras idiosincrasias eran antagónicas.

Con ellos vivíamos en paz y de mutua satisfacción hacíamos comercio. Pero los Faerie jamás compartieron sus secretos con nosotros, pues temían que la influencia de la mágika nos corrompería, nos forzaría a ir más allá de nuestras limitaciones y desafiar al orden prestablecido ha eones por los mismos dioses. No erraban en esa idea; tampoco es que importara mucho dado que los humanos no tenían noción de la mágika.

Para definirnos a nosotros, Orin, y a ellos -y así establecer la realidad de nuestras diferencias, que eran mayores que nuestras similitudes- hay que traspasar los meros aspectos físicos de ambas razas y entenderlas sociológicamente.

En todo éramos opuestos, quizá hasta dos caras de una misma moneda -si bien

la nuestra estaba manchada. A diferencia de Faeryaïe, su norte era nuestro sur. Las tierras sureñas de Antroporiom eran frías y estaban sometidas a la dureza del clima. Pero claro, niños, que eso lo sabéis bien, pues de allí venís.

Los Faerie, para ser más específicos los Azurianos, vivían a lo largo de sus tierras en pequeñas comunidades. Ciudades enanas controlaban una cierta y preestablecida extensión de tierra. Cada poblado, aldea, granja y casa monofamiliar estaban vinculados a una metrópolis tanto física como políticamente. Las carreteras construidas con mágika no podían ser igualadas por ningún ingeniero humano.

Faeryaïe, Hiperboria incluida, estaba dispuesta en diez capitales o metrópolis principales. Por su parte cada capital presidía sobre diez poblados menores que a su vez tenían bajo su responsabilidad diez aldeas que rodeaban a estos poblados; estas aldeas por lo general consistían de dos o tres núcleos agrícolas en donde los Faerie cuidaban de los animales y labraban cosechas que servirían para abastecer las mancomunidades, las cuales, a cambio de los dones de Demris, les otorgaban protección.

Mas no os atengáis del todo a mis palabras, jóvenes, pues os estoy explicando esto desde una perspectiva meramente humana. La suya era bastante distinta.

Ningún Faerie, bien gobernador o granjero, profesor o alumno, poseía mayor rango en el sistema político. Aunque toda Faeryaïe se regía por las mismas leyes y principios, cada comunidad disfrutaba de su legislación regional, las cuales divergían entre sí en algunos aspectos cotidianos.

Tampoco hincaban rodilla ante rey o tirano. Cada comunidad tenía su propio gobierno, pero éste era votado cada cien años y estaba sujeto anualmente a audiencias públicas delante de todo el cuerpo de ciudadanos. Un gobierno no podía aprobar una ley o mediar en asuntos exteriores sin la aprobación unánime de la ciudadanía. Cada Faerie recibía el derecho a ésta al nacer y lograba un estatus pleno con la mayoría de edad, la cual, si no me equivoco, era circa el octavo centenario de un Faerie.

A seros sinceros, siendo yo humano y para más inri de alta alcurnia, nunca tuve demasiado interés en su sistema político, aunque me viene a la cabeza una palabra suya para definirlo -mas me es esquiva: *demo*, *damo*, algo *kret*, *krateie*. Nada, que se me escapa de las sienas, tal era mi desinterés en él.

Ellos eran el pueblo libre, elegían sus leyes y gobernantes y actuaban en consecuencia -en paz y prosperidad.

Eso no significa que nosotros no fuéramos prósperos. Sencillamente éramos diferentes. Como nuestras creencias religiosas y el modo en el que levantábamos nuestros santuarios de culto -tan distintivos, tan recargados con los tallados que necesitábamos para imponernos nuestra fe- tal era también nuestra necesidad de forzar la autoridad de unos pocos individuos sobre las masas.

Nuestro sistema era bastante menos complejo y a la par mucho más. La gente de Antroporiom, rica y pobre, humilde y altiva, se sometía al Rey. Mi padre. Sosteníamos un sistema monárquico y nuestra sociedad giraba en torno a él. Parecía más fácil; nuestras leyes eran escritas por su mano.

La pregunta que quizá querréis haceros es si la mano que escribía la ley también la ejercía. Había muchas elecciones para dirimir candidaturas propuestas por cuadrillas de secretarios glorificados y bufones de corte; había debates mas no dudas. Discusiones pero no soluciones.

En definitiva, había bastante tensión.

Krates era la capital de todo Antroporiom. Desde allí mi padre, como sus antepasados antes que él, supuestamente gobernaba sin trabas. Situado al noreste de Antroporiom estaba Atthinia, la Ciudadela del Saber. Sujeta a la ley de Antroporiom, tras sus muros mentes aventureras aspiraban a obtener sabiduría en las áureas salas de Thana; efectivamente, las grandes bibliotecas y templos dedicados al culto de la psique. Esa era la ciudad favorita de Roderick; no la mía, ya que yo seguía la vía de Aerios, dios de la Guerra, el código del guerrero. La ciudad de sabios, Atthinia,



consagrada a Thana, la más querida de entre los hijos de Astarios.

También servía como nuestra capital financiera. Era allí donde residían los banqueros más acaudalados. Gobernaban con al menos tanto poder como el Rey y sus gobernadores; por tanto Krates y Atthinia eran los principales baluartes del trono del Rey Ingstad.

Mas había otros, más desafiantes, menos leales. Mi padre, a pesar de gobernar como Jefe de Estado, tenía que lidiar con facciones descarriadas.

Al noroeste de Krates se ubicaba el bosque más grande que Rysia había conocido. El Bosque Blanco; bautizado así por sus flores blancas, la gran Magnolia que cubría la densa extensión del bosque. Mas este autoproclamado reino era mucho más que árboles de la altura de edificios, rociados por bayas blancas y flores. En cuanto se refiere a frutos, nueces y la caza, había otros bosques menores, huertos, viñedos y cotos que superaban al Bosque Blanco, pero ninguno de éstos podía competir con las propiedades medicinales de sus hierbas.

De facto el Bosque Blanco servía al reino de Krates con pociones, ungüentos y medicinas que podían curar cualquier aflicción -salvo la muerte, claro está. Mi madre era una fiel admiradora de esta especial opulencia botánica. Mientras hablo, lo vivo de nuevo: los árboles de lavanda de los gnomos, en verdad poco más que arbustos - ¡cuán briosos! ¡Cómo crecían bajo la luz de los dioses! Y sus hojas y pétalos violáceos, una vez hervidos en agua, podían curar migrañas, dolores de garganta e incluso acuciantes cagaleras -por desgracia aprendí esto último vía experiencia directa.

*Agatha gimoteó tímidamente. Soren rio por lo bajo junto a la joven bella.*

Sí, el Bosque Blanco destacaba por los dones sanadores de Demris. Pero ni las mentes más prolíficas de Atthinia eran capaces de elaborar estos remedios. De entre toda la raza humana, la sanadora más capaz que conocí era mi madre; a día de hoy juro que era medio diosa -pero de ella hablaré después. No, tampoco mi madre podía crear tamaña medicina. Mas había una raza en Antroporion que sí podía. Los gnomos.

*“¿Los gnomos?” Rechinó Orin. “¿Qué cuentos de hadas me estás contando?”*

*Duncan azotó al joven en el cuello, instándolo a callar. Orin se sentó, obedeciendo a regañadientes. Soren avanzó en su discurrir, un tanto ofendido por la arrogancia juvenil de su invitado.*

¡Orin! Los gnomos existieron, ¡lo juro por mi negro ánimo! Aunque su existencia sea ahora desconocida, cualquier cuenta habida sobre ellos borrada. No eran una raza mágika, ni particularmente dotada como los Cíclopes, ni impresionantes como los Dragones. No, su historia es tanto más infeliz. Con vuestro permiso os hablaré un poco sobre los gnomos y su deforme linaje. Cuanto menos eso les debo, pues yo también sometí a su gente a la peor clase de suplicios y tortura.

A su manera, los gnomos eran humanos; como nosotros, Orin, y a la vez diferentes. Su historia, que conste, es trágica. Todo comienza ha milenios. Cuántos no lo puedo decir -más que nada porque no me acuerdo. Creo que todo comenzó durante los tiempos pretéritos a cuando Arlstad, vuestra tierra ancestral, entró a formar parte de la hegemonía kratesiana. Y la propia Krates entonces era una nación más pequeña, partida en mitades y cuartos, dividida en una mancomunidad inestable o una especie de asociación de reinos y baronías enanas. Primero hablemos de los gnomos.

Antes del ungimiento del Rey Ingstad I, antes de la unidad de las naciones de Antroporiom, los gnomos fueron los enfermos, los deformes y los depauperados mentales de la sociedad humana. Nadie sabe muy bien el cómo, pero los académicos aseguran que durante un periodo de terribles hambrunas, los sacerdotes de Krates, Heln y Caledonia proclamaron oficialmente que los menos capacitados no eran sólo débiles y estúpidos, sino también los principales culpables de las hambrunas que habían estado asolando la nación durante más de una generación.

Sentimientos de hostilidad hacia los endeble se propagaron por los diversos Estados. La intolerancia era una semilla de fácil plantación en los corazones de hombres y mujeres del populacho; promulgada por las proclamas mediumísticas del

clero y su propaganda masiva y el férreo puño de la Ley y su Verdad indiscutible. Así pues, en consecuencia, los reyezuelos de nuestras tierras decretaron que los deformes, los anormales y los adinámicos habían de ser ejecutados y cualquiera que se prestase a albergar a los disminuidos era tachado de cómplice delictivo y también era enviado a los múltiples brazos de la muerte.

Fue un genocidio - ¡ja! No es que yo pueda condenar sus actos, ¿eh, Duncan? Fueron ejecutados bien por decapitación, destripamiento u otros métodos más dolorosos. Los sacerdotes exigían que sus muertes fueran excruciantes; “tal es la voluntad de los dioses” habían dicho. No fueron los primeros en usar su nombre en vano y desde luego no fueron los últimos -eso os lo aseguro- ni tampoco pioneros en cometer purgas bárbaras - si bien bárbarico es un adjetivo que evoca en mí hipocresía cuando la uso para describir a cualquiera que no sea yo.

Mas hasta las criaturas más raquílicas en la Tierra, si arrinconadas, podían morder. Las cazas fueron tan crueles que no sólo se levantaron contra la tiranía las víctimas de las persecuciones, también muchos ciudadanos, quienes no podían mantenerse al margen mientras transcurría semejante salvajismo. Luego lo que comenzó como unos disturbios aislados en ciertas partes de la nación se convirtió en una revolución a gran escala.

Los discapacitados lucharon con tal fiereza que se volvieron fuertes en sus corazones y se enfrentaron a los hombres del Poder con una bravura otrora impensable. Los esclavos se armaron en la clandestinidad mientras los vagabundos caminaban por las calles en la silente oscuridad y actuaban como espías, pequeñas arañas tejiendo telares de engaño e ilusión. Niños y almas callejeras guiarían a guardias confiados a muertes muy lamentables. En las entrañas de las ciudadelas principales los cadáveres se apilaban en los centenares.

Pero por muy bravas y justificadas sus acciones y causa, era una batalla a la larga condenada. Lucharon bien, mataron a muchos, pero eventualmente las fuerzas

reales tomaron la iniciativa.

Mas su cruzada, su revolución, no había sido en vano; en absoluto fue una causa perdida. Al haber mellado la armadura real, la de las fuertes comarcas kratesianas -o reinos o lo que se hayan llamado entonces- habían logrado reducir las filas de las huestes monárquicas en ciertos puntos, especialmente el oeste era muy vulnerable.

El ejército escuchimizado pudo sobrepasar las líneas debilitadas de la dinastía Qin y luego dirimió sobre si atacar la fortaleza de Ithen, cerca del Bosque Blanco. Quizá habrían prevalecido, ganándose con ello al menos unos meses de paz, pero la mayoría de sus integrantes sabían que sólo sería una solución temporal. Así que decidieron con sapiencia: votaron en favor de la huida. En lugar de atacar a las diezmadas filas de Ithen, contra todo pronóstico y versus lo esperado por los ejércitos reales, viraron al norte, alejándose de la frontera con Ithen, y se aventuraron a las profundidades del Bosque Blanco -entonces territorio sin explorar, considerado en demasía inhóspito para la gente de la nación.

Se adentraron a las blancas tripas del bosque y permanecieron en el anonimato durante generaciones. Eventualmente, los reyezuelos y sus respectivos sucesores los dieron por muertos y siguieron con sus asuntos, probablemente -y no poco- debido a las supersticiones de plebeyos ignorantes, quienes contaban leyendas sobre un bosque embrujado que entonaba himnos oscuros en las altas horas de la noche.

Los años avanzaron y el reino de los hombres se fortaleció en la forma del reino de Antroporion, como yo lo conocía; nadie supo nada más de la gente débil hasta que, varias generaciones post el legendario Rey Ingstad I, un pequeño tropel de endeble criaturas emergió del bosque, trayendo regalos en vez de armas. Estas criaturas viajaron largo camino hasta llegar a la capital de Krates, con misteriosos tributos para el monarca, Roderick III.

Quisiéralo así la fortuna que el único hijo del Rey -pues la Reina sólo le había

dado hijas tras engendrar a su heredero varón- moría un agónico fin debido a una aflicción que ningún maestro podía curar. Y cuán sorprendido quedó, el Rey, al ver a estos hombres y mujeres lentos, menudos y patizambos, vistiendo ropajes tejidos de hojas y pequeñas ramas, de largas y enmarañadas barbas, ojos redonditos y diminutas cabezas, quienes llegaban justo a tiempo para darle al niño una pócima que lo vio sano en menos de una semana.

Como recompensa a esta bendición, el Rey le concedió a este diminuto populacho una posición en su corte como médicos y cirujanos y dióle protección al Bosque Blanco, incluyendo en este tratado vía libre para el comercio. En menos de una generación estos seres, que se llamaban a sí mismos gnomos, hubieron convertido en una comunidad activa dentro del reino de Antroporion. Cuando el Rey les preguntó sobre quiénes eran y cuál su procedencia histórica, los gnomos no dieron respuesta ya que la desconocían. A diferencia de nosotros, los gnomos no tenían lengua escrita, siendo su tradición preeminentemente oral; si bien hablaban la misma lengua que nosotros, carecían de literatura, ergo no podían entender el contenido de nuestros libros.

Siglos más tarde, nuestros académicos denotaron semejanzas entre estos gnomos y los enclenques fugitivos que habían huido ha milenios -según lo inscrito en un antiguo papiro Faerie, apenas legible, el cual a su vez se trataba solamente de traducciones recopiladas de textos humanos previos.

Llegaron a la conclusión de que los gnomos eran de facto los descendientes de aquella misteriosa revolución que había desaparecido en el aire con la misma celeridad con la que habíase levantado. Por tanto, desde entonces las antiguas cazas pasaron a llamarse las Grandes Cazas del Gnomo. Si esta leyenda es veraz, no lo puedo asegurar, mas las similitudes en las historias reflejan más que mera coincidencia.

Eventualmente a los gnomos se les enseñó a leer y a escribir y obvio que muchos de ellos a su vez alcanzaron el estatus de escribas, pudiendo así aprender

sobre su herencia perdida. Esto causó cierta disputa y hostilidad entre razas. No inicialmente, mas con el tiempo se alzaron algunos partidos políticos dentro de la sociedad gnoma y declararon su independencia de Antroporion. Subsecuentemente, estos movimientos fueron correspondidos con la fuerza por parte del Rey de los hombres. La violencia no logró más que incitar a los gnomos, quienes, a pesar de ser más débiles que nosotros, tenían la habilidad de crear venenos que diezmaron poblaciones enteras y envenenaron ríos, con lo cual murieron muchas personas y ganado y fueron arruinados campos de cereal y grano, a tal punto que jamás volvería a crecer nada en ellos, dejando el terruño mudo y vacuo.

Fueron sin duda malos tiempos.

Voy a tratar de establecer la cronología, aunque mi Historia está un poco oxidada, como podréis entender. Duncan, si no me equivoco, estamos en el año diez mil quinientos-siete post la Batalla Maldita -por favor corrígeme si ando en error. ¿No? Bien.

Durante los primeros mil años después de aquella revolución semimitológica no hubo señal por parte de los gnomos. El régimen del Rey Roderick duró aproximados cincuenta años, entre el ochocientos setenta y cinco y el novecientos veinticinco DBM; fue durante su vigesimoquinto año en el poder cuando los gnomos salieron por primera vez del Bosque Blanco.

Hmm, veamos, sí, creo que la Primera Guerra Gnoma tuvo lugar durante el quinto milenio de nuestra era, el año exacto... Y yo qué sé. Doscientos años después de aquélla vino la Segunda. Tras ésta disfrutamos de todo un milenio de paz, hasta que irrumpió la Tercera. Mas con gran diferencia la peor guerra acaeció durante el reinado de mi bisabuelo, el Rey Vindicante IV. El conflicto se inició siendo él tan sólo un principito y finalizó en los últimos años de su reinado. Tras una carnicería que había agotado un ochenta por ciento de nuestros recursos y nos había supuesto una mortandad de más de la mitad de la población, la resolución al fin llegó con el Tratado

de Malchaia, una pequeña isla justo allende el ecuador, logrado gracias a la intervención Faerie; un momento atípico en la Historia, pues los Faerie no se habían inmiscuido en los asuntos humanos desde la Batalla Maldita -y no lo volverían a hacer, no hasta la ascensión del Rey-Dios, antaño conocido como Soren, el Destructor de Almas.

La guerra finalizó y Krates firmó un decreto por el cual se acordaba el pago de diez mil talentos dorados anuales al Bosque Blanco, además del monopolio de los gnomos en cuanto se tratase de utilidades medicinales, por ende prohibiéndose el comercio con los Faerie en este aspecto. En mi juventud siempre culpé a mi bisabuelo por mostrar semejante debilidad ante un enemigo tan indigno. Yo odiaba a los gnomos -no había nada en ellos que me gustase. Sus frágiles cuerpos -con diez años yo ya era más fuerte que cualquier gnomo; sus mentes inferiores -su falta de carácter, sus trapicheos. Para mí eran poco más que ratas.

Mas sí apreciaba su hogar. El Bosque Blanco tenía algo.... Algo mágico, digno de los grandes cuerpos silvanos de Faeryaie, los cuales yo vería más adelante en mi vida. Esa era otra razón por la cual detestaba a los gnomos; yo quería su hogar ancestral para mí. Mi madre, por otra parte, los había adorado, venerado y había respetado en mucho sus habilidades médicas. Nunca entendí el por qué. Pero ya basta de hablar de gnomos, si quieres saber más sobre ellos, Orin, entonces siéntate, cierra tu altiva boca -tan parecida a la mía a tu edad- y escucha atentamente, abre los ojos, amplifica tu oído y siente mi verbo.

Ahora esclarezcamos el pasado de Arlstad.

¡Silencio, Orin! Te estoy viendo y sé lo que me vas a decir. Sí, eres un libro abierto para mí; joven, premeditado, arrogante. No es una personalidad que me es ajena. Ahora calla, quizá sepas esta historia, quizá no.

Al sur de Krates tenemos la provincia invernal por antonomasia, Arlstad. Según

tengo entendido ahora es un reino, no está nada mal. Pero os pregunto: ¿no sois acaso el reino vasallo de un monarca mucho más oscuro? En fin, no conviene ahora mismo pensar en tales cosas.

En mis tiempos Arlstad no era así. Como establecen los textos, y durante años yo lo había creído simple mitología, quondam Arlstad había sido un reino, tal como es hoy. Pero entonces había estado bajo el mando de los Emperadores tedesquianos. Para nosotros, los Kratesianos, Arlstad siempre había sido una tierra salvaje. Sus costumbres, las de la raza guerrera, una cualidad que siempre compartí con ellos. Mas había muchos chicos y chicas de una naturaleza más cálida, como descubriría durante mis viajes.

Su lengua materna era la misma que hablan hoy, la áspera pero noble lengua tedesquiana, la cual admito que nunca dominé; se cree que proviene del mismo árbol familiar que la nuestra, mas este linaje lingüístico es uno desconocido y meramente un tema hipotético debatido por los lingüistas más aburridos en Antroporion. Fábulas aparte, Arlstad, antaño conocida como Garmenia, era una tierra fría, incluso durante sus efímeras primaveras y veranos. La razón para un clima tan hostil se debe a la proximidad de vuestra tierra al Mundo Helado del Sur; ventiscas de un aire helado hubieron convertido vuestro hogar en una tierra fría en una época en la que Rysia ya conocía bien las necesidades de los dos gemelos y sus crías.

Recuerdo Arlstad; pasé un tiempo en sus planicies invernales. Era tan distinta, tan fuerte. Poblada por los Tedesquianos -quienes, como yo, eran principalmente guerreros- prevaleció a su manera. Ellos veneraban a los mismos dioses que nosotros y de una manera similar. Se dice que los Emperadores de la antigua Garmenia gobernaban con puño de hierro. Pero en verdad que poco se sabe de estos Emperadores y su Imperio porque, mientras el Rey Ingstad I trataba de unir la mancomunidad, las últimas batallas de la gran guerra entre Faerie y Daemon aún estaban en vigencia. De éstos debo hablaros, mas no ahora; os lo ruego, ahora no.



Durante esta guerra -de la cual los Faerie más ancianos hablaban a menudo con sus pequeños, como cuentos de cuna para disuadir a los jovencuelos de sus típicas travesuras y demás actos pueriles- no sólo el pueblo Faerie estaba inmiscuido en ella, también las demás razas de Rysia. Antroporion tampoco se libraba de la tensión, mas quien sufrió las peores pérdidas de entre toda la humanidad fueron los Tedesquianos. Su último Emperador, Tedescho XII, fue asesinado por las tropas daemónicas, y junto a él también perecieron sus hijos y herederos. La gente de Garmenia, sin líderes, fue obligada a hincar rodilla, esclavizada por el mal que una vez hubo corroído el mundo.

“Orin, haz el favor de sentarte” interrumpió Agatha.

“¡Daemon!” Gritó el muchacho. “No puedo escuchar ese nombre sin más y quedarme quieto.”

“Por favor” intervino Duncan. “Contén tu emoción, Orin. Deja que nuestro anfitrión hable, debemos escuchar y atenernos a sus palabras, eso ya lo sabes”.

“Está bien”. Orin se sometió a su mentor y permitió que Soren prosiguiera.

Como os iba diciendo, el pueblo tedesquiano se hallaba al borde de la extinción cuando el recién coronado Rey Ingstad y su hermano menor, el príncipe Arlstad de Krates, acudieron en auxilio de sus vecinos del sur. Más de diez mil guerreros arcanos Faerie los apoyaron con su mágika, ya que los Daemon poseían una propia, su *Marevicos*.

La guerra por Antroporion se libró en Teutoburgo, un poblado menor en Garmenia, mediante una sola batalla que duró todo un ciclo lunar. Finalmente y tras un gran derramamiento de sangre e ingentes pérdidas, la fuerza combinada de hombres y Faerie acabaron con la hegemonía daemónica sobre la humanidad, lo cual resultó en un giro decisivo en pos de la victoria definitiva de los Faerie sobre su eterno rival.

Pero Garmenia había sido arrasada y los Tedesquianos supervivientes no sobrevivirían solos. Ergo de volición propia se acercaron a Krates y aceptaron de buena gana ser un Estado vasallo de mi reino. Desde ese día convirtiose en la provincia de

Arlstad, en honor al hermano pequeño de Ingstad, quien había luchado con la misma valentía que cualquier guerrero arcano -y sin el beneplácito de la mágika.

Él fue el primer Arl, un título otorgado a él y a sus sucesores, llamado así en su honor, tal como la provincia que gobernó. Pronto los hombres y mujeres de Krates que habían decidido permanecer en Arlstad se mestizaron con las gentes aborígenes de ese lugar. Al contrario de lo que se esperaba, tanto el nuevo Arl como los inmigrantes nortños decidieron adoptar las costumbres tedesquianas y su lenguaje, entretanto siguiendo la ley kratesiana y dotando esa lengua de un estatus cooficial. A cambio Krates recibía un tributo anual de soldados y oro e influenciaba a Arlstad con nuestra gramática y filosofía, las cuales emplearon para fortalecer su propia lengua y cultura. Desde entonces Krates y su provincia más grande coexistieron en paz y Arlstad juró que siempre serviría a Krates en el caso de que los hijos de Ingstad precisaran de su brazo armado en guerras contra todo enemigo. Así es como Arlstad llegó a ser.

Y ese el mundo que conocí de pequeño.

“Interesante historia, Soren” dijo Agatha sin ocultar sinceridad. “He oído antes algunos hechos que has mencionado, pero la mayoría me es completamente novedosa”.

Orin no dijo nada al respecto, seguía rumiando sobre los Daemon evocados por Soren. Misteriosas criaturas, estos Daemon; justo lo que estaba pensando Orin.

“Debo admitir” tarareó Duncan, “que yo también, a pesar de mis años, era ignorante sobre muchos de estos hechos. Eres mucho más inteligente de lo que dejás entrever, Soren. Siento una gran sabiduría en ti y, lo que es más importante, tus memorias recuentan nuevas que bien pueden ser vitales para nuestra causa”.

“Es posible” suspiró el héroe ensangrentado. “Váyase a saber”.

“Supongo que sólo hay una forma de averiguarlo” dijo Agatha.

“Sí” convino Soren. “Conocéis Rysia un poco mejor, ahora sabed un poco más de mí”.

## II

Los Faerie eran la raza dominante en Rysia. Veraz es que nos habrían podido subyugar si alguna vez lo hubiesen deseado. Nada podía competir con el poderío de su mágika, sin embargo siempre habían optado por la paz. No sé yo si esa fue una decisión sabia o por contra una somera idiotez.

La lengua y cultura Faerie eran reverenciadas por los académicos de mi tiempo; éstos discrepaban con su sistema político e idiosincrasia religiosa, pero su saber y textos eran mucho más antiguos que los nuestros.

Los Faerie se negaban a compartir demasiado con nosotros, pero sí apreciábamos lo que nos daban. Bueno, yo concretamente, no; nunca fui un buen estudiante. Desde mis días más lozanos había sido un niño rebelde, un nómada en mi corazón y un guerrero sediento de aventuras. Pero incluso yo estudiaba la lengua de los Faerie.

Permitidme acaparar algunas de mis lecciones más tempranas. Otorgadme un momento para recordar las clases de mi lozanía, evocarlas al detalle, emular las palabras y las enseñanzas de mis maestros; la regia severidad de mi padre, dejadme, si os place, rememorar la añorada faz de mi hermano y acordad en que yo pueda volver a intuir el tierno y amoroso tacto de mi difunta madre.

Madre..... En fin, prosigamos, dejadme hablar y recordar las primeras palabras que aprendí en la lengua Faerie:

*Ekouete nun, Turii Faeryeive pintes, hati pera visteronum xineces saiasi. Husa eibasi palin it kei blokis inantiis berra ogerovasi eina savavin peides pera eutonum. Ekouete nun.....*

“Venga, mozalbeta, que puedes hacerlo”. Dijo el pobre maestro, rascándose la frente y probablemente preguntándose cómo, por Astarios, había sido él tan desafortunado como para recibir en suerte el tener que enseñar a un niño con cerebro de mula.

Ah, sí, aún puedo citar el severo timbre del Maestro Héctor cuando me regañaba una y otra vez; ruego que me dejéis repetir esto en mi cabeza y recontároslo de la siguiente manera.

Un niño de oscura cabellera estaba de pie frente a su profesor. No era muy alto, de hecho era el más pequeño de su edad -un mequetrefe, la verdad. Empero, sus ojos bordaban su anticipación; ese niño sabía que en diez minutos tocaba esgrima.

Tal cosa era una minucia para el viejo maestro. “¡Soren!” Bramó. “Déjate de estar con las musarañas”.

El pequeño mequetrefe brilló cual tomatina, vergüenza de un tono escarlata atravesaba su dulce e inocente rictus mientras se le escapaban de la mente las fantasías de derrotar al Maestro Gayo. ¡Como si eso fuese a ocurrir! Un niño de apenas diez años -el chiquitín inocentón de Soren.

“Lo siento, Maestro Héctor” dijo él humildemente, mirando sus minúsculas botas de cuero, el calzado ideal para las prácticas ecuestres y la esgrima; sus dos artes predilectas, las asignaturas en las que más destacaba. Pero las otras eran agónicas. La mañana había comenzado hace escasas dos horas y él ya estaba perdido. Faerie Clásico no era lo suyo.

De nuevo lo veo, a ese chiquitín oteando la pequeña aula delante de él. Un ordenado escuadrón de caras infantiles gimoteaban burlescos contra él. Ellos sabían la respuesta, él no.

No sabía lo que pensaban pero me lo podía imaginar.

Pero había un semblante que no reía, los ojos que se encontraron con los míos reflejaban la misma alma; su faz, por contra, era la de un chico acariciando la pubertad. Mi hermano Roderick. Mi querido hermano Roderick, cuánto te añoro.

Él me inspiraba confianza -siempre. Mi hermano era el listo, yo no.

“Ánimo, hermano” dijo la silente moción de sus labios, empujándome a seguir adelante.

Me bebí mis nervios, tragando copiosa saliva, y miré hacia arriba al experimentado pensador, quien se estaba tirando de su barba salpimentada.

“S.... Sí, Maestro Héctor” murmuré. Apenas le llegaba hasta el ombligo a mi profesor pero con el tiempo sería tres cabezas más alto que él. “Mirad pues” dije, para ser reprobado al instante.

“No” vociferó Héctor. “¡Escuchad ahora! Recuerda, *ekouete* es el imperativo de la segunda persona del plural del Faerie *ekoua*, tiempo presente, y *nun* es el adverbio de tiempo presente -ahora.”

No estaba nada contento con mi ignorancia, muy a diferencia de mis compañeros cuyos labios canturrientos tiritaban y amenazaban con disgregar la débil quiescencia. Tosí y me atraganté; mis piernas estaban temblando.

“Escuchad ahora....” Pausé..... “Eh, ¿qué significaba *Turii*?”

La clase carcajeó en audible unísono por mi necedad; excepto mi hermano, quien observaba todo en silencio, probablemente tan disgustado como el maestro que miraba severamente al pequeño zafio ignorante que tuvo en bien de nacer en una de las familias más poderosas de la historia de la humanidad. El Maestro Héctor rompió en ira mas no me golpeó; a pesar de sus reprimendas, sé ahora que el viejo maestro tenía

un corazón de oro -lo descubriría años en adelante, mas no entonces. Yo comencé a sufrir patéticos espasmos, mis dientes traqueteaban en mi ínfima boca. Los demás niños continuaron riéndose de mí y de la situación en su totalidad.

“¡Pequeño cabrito!” Gritó con un tono tan atronador y tan próximo que tenía la sensación de que me estaban violando los tímpanos. “*Turios*, plural *Turii* significa humanos o humanidad como colectivo. Tú formas parte de los *Turii*, Soren, o al menos según piensa la gente. Yo, sin embargo, defiendo la hipótesis de que vienes directamente del trasero de un mamut lanudo de Hiperboria; o quizá seas un niño brotado de los arbustos del jardín trasero de algún gnomo”.

Los niños carcajearon de nuevo, Roderick también. Admitido que esta vez me lo había ganado.

“Lo lamento, Maestro Héctor” gimoteé disculpadamente.

Mi mayor sólo me miró allí abajo, a sus pies, y resolló. “Está bien, hazte a un lado y presta atención. Roderick, ¿te importaría venir y remplazar al patán de tu hermano?”

“Inmediatamente, Maestro Héctor” cantó obedientemente, saltando de su asiento y encaminándose presto a la plataforma del profesor.

Roderick era tres años mayor que yo y al menos tres siglos más listo. Era el chico de más edad de la clase y con diferencia el más apto para la filosofía; sobresalía en todas las artes, tanto las de innovación humana como las investigaciones físicas - Matemáticas, Física, Biología, Astronomía, Literatura, Historia - ¡en todo!

Veréis, en Antroporion no todo el mundo tenía los beneficios de una buena educación. Tan sólo la nobleza y las más altas clases mercantiles podían permitirse contratar a maestros y sabios. Por ello que en nuestra aula sólo había diez niños. No había discriminación sexual cuando se trataba del academicismo, sólo financiera; si tenías el oro, los genitales que había entre tus piernas eran irrelevantes. Si tenías el oro, insisto.

“Escuchad ahora, tanto hombres como Faerie en su conjunto, cuanto vuestros mayores os han de decir. Escuchad lo que érase una vez dijeron y también sobre los enemigos tenebrosos que enfrentaron para poder salvar a sus hijos. Escuchad ahora.....”

Una traducción perfecta, como siempre; no mis palabras sino las del Maestro Héctor. Él era, de los mejores, el mejor; mi hermano. ¿Y por qué no iba a serlo? A fin de cuentas él era el primogénito de los vástagos del Rey Ingstad, heredero al trono real de Antroporiom. Un verdadero príncipe, digno del gran destino que le aguardaba.

Para mí era sencillamente Roderick, mi hermano, mi mejor amigo y confidente. Obviamente que se metía conmigo a menudo, como suelen hacer los hermanos mayores, pero siempre estaba allí cuando lo necesitaba -para lo bueno y lo malo. Siempre podía contar con Roderick.

Con la excepción de nuestros ojos, los de madre, no nos parecíamos en nada, ni físicamente ni en ánimo. Él era mayor, ergo era al menos dos cabezas más alto que yo; mi pelo era negro, el suyo más de un tono castaño, como el de padre. Era esbelto y fino mientras que yo era un renacuajo delgado, más hueso que carne. Lo más importante, empero, él era popular, querido por sus mayores, compañeros estudiantes y familiares.

Yo era el segundo en la línea real, un príncipe por destino, mas indigno de mi título; eso es lo que pensaban mis maestros, debido a mi falta de interés en las asignaturas propias de niños de mi estación. Éramos como guisantes y maíz, totalmente distintos mas perfectamente compatibles. Yo no envidiaba a mi hermano, cuanto tenía por delante, las cosas que lo engrandecían, simplemente no eran para mí ni yo quería saber nada de ello. Cuanto menos entonces, en nuestras plenas mocedades. Lo único que deseaba era que me quisieran.

¡Ja! Era ducho en ser una rata de biblioteca, Roderick. Especialmente el ojito

derecho del Maestro Héctor, su pupilo favorito, y mi hermano disfrutaba con tanta atención; nunca lo decía abiertamente, mas yo conocía muy bien a mi hermano y sé que le encantaban las alabanzas.

“¡Bravo, Roderick! -Aplaudió el Maestro Héctor- Claro, al ser tú un alumno avanzado, fragmentos tan nimios no son nada para alguien de tu talento y nivel. Pronto este lugar se te quedará chico. Ah, hijo, Atthinia te espera”.

Brindole el Maestro Héctor una jocunda sonrisa al joven, quien se hinchó de amor propio. “Una pena que algunas manzanas se alejen tanto del árbol” añadió, mirándome enfurecidamente. “En fin, creo que ya hemos tenido suficiente estupidez e ignorancia por hoy, ¿no crees, Soren?” Yo asentí levemente con la cabeza, muy avergonzado. “La clase ha llegado a término” exclamó, su voz ronca reverberando por la húmeda estancia, construida ha siglos bajo la estricta supervisión de maestros de eras pasadas.

Los estudiantes se pusieron a recoger sus plumas y papiros y con arreglo al orden se levantaron de sus mesillas.

“Niños, no os olvidéis de que mañana discutiremos los aspectos gramaticales de la tercera declinación nominal. Preparad la lección con el paradigma *Anor, Antros*. Luego mediremos los versos de nuestra propia leyenda lírica, Horacio. Espero ver mejoría en ti, Soren, tu déficit de atención no me gusta nada. Debes hacerlo mejor o de lo contrario no tendré más remedio que hablar con tu padre”.

“No, Maestro Héctor” gemí, “a mi padre no. Si vuelvo a traerle malas notas de seguro que me exilia. Sé que lo hará”. Yo quería llorar; a seros francos, mi padre me aterraba sobremanera.

“Ah venga ya” intervino mi hermano, “no me digas que te crees esa sandez. Sólo te dije eso porque me estabas sacando de quicio. Aunque sí deberías estudiar más, si no padre se enfadará muchísimo. No sé si te exiliará pero de seguro que te manda a la cama sin cenar”.



“No sé qué destino es peor” lloriqueé. El Maestro Héctor y mi hermano rieron juntos. Yo no bromeaba.

“No se preocupe, Maestro Héctor. Me aseguraré esta vez de que mi hermano se aprenda bien la tercera declinación”.

“Bah” protestó Héctor. “Eres un gran académico, Roderick, pero si no me equivoco no eres un dios, dudo que puedas obrar milagros. Para llegar a alguna parte, Soren primero debería aprenderse las dos declinaciones anteriores”.

“Por favor” gimoteé, enrojeciéndome la faz de nuevo. “¿Podemos irnos ya? Todos se han ido y, sinceramente, la gramática Faerie es realmente dura”.

El Maestro Héctor me concedió mi deseo y se despidió amablemente entretanto que regresaba a sus propios estudios, una pila arreglada de papiros que contenían una información que se le escapaba a mi pequeña mente retrasada.

Suelo pensar sobre cada día de mi vida -y cada momento también: en especial el sol. Mi piel, antes aceitunada por la herencia genética de mi madre, ahora es de un gris ruinoso por la falta de sol. Veraz que este mundo tampoco ha visto el esplendor de Igno en su plenitud por mucho tiempo.

Mas yo aún recuerdo.

Ante todo los pequeños detalles, ya que uno nunca los aprecia realmente hasta que se han perdido para siempre. Recuerdo el calor, el verano, el olor a heno, a violeta, a lirio y por supuesto los dulces y un tanto picantes asados de la señora Bienbuena, la mejor cuidadora que el castillo había visto en su larga historia -al menos en mi opinión. También recuerdo otras fragancias y sonidos. El pescado fresco en los mercados, la charcutería colgando en los puestos y el pan que los panaderos elaboraban a primera hora de la mañana; los pasteles, las tartas y otras delicias. Retomo de nuevo una memoria, cuando yo contaba con nueve años; durmiendo plácidamente y siendo

despertado a primera luz, progresivamente mientras entraba el gentil aroma por las ventanas abiertas de mi dormitorio.

Una época en la que mi hermano y yo aún estábamos unidos. Cuando jugábamos de día y reíamos y canturreábamos con la noche, y eso a pesar de ser regañados en ocasiones por madre o la tata Puentelargo. Mi hermano y yo; recuerdo caminar, sin preocupación alguna, por las calles pedregosas que zigzagueaban a través de la inmensidad de nuestra ciudad -nuestro patrimonio cultural. Día tras día, tras las lecciones o durante alguna caza de tesoros o cualquier alocada aventura de esas que se inventan los niños. Y cada tarde caminábamos juntos, al lado del otro, por las vías adoquinadas que llevaban al hogar sobre la colina, el núcleo de todo Antroporiom.

Mas debéis perdonarme, infantes. Claro que no sabéis nada sobre Krates, la capital de Antroporiom, así que os ruego que me dejéis ilustraros.

La joya de Antroporiom, el bastión de su poder, se situaba cerca del centro de nuestro continente -al suroeste de su epicentro. No sólo por razones históricas era Krates la capital, también por motivos estratégicos. Una gran meseta tocada en verde natural rodeaba la ciudad, lo cual lo hacía un lugar fácilmente defendible. También por el hecho de que la principal fortaleza del ejército real estaba apenas a kilómetro y medio de la ciudad, detrás de las líneas del río Astrid. Las corrientes de este río penetraban la propia urbe y también viraban alrededor de ella, creando un dique que protegía sus fuertes muros, contruidos con granito, ladrillo y roca. Y no sólo eso, el gran río Astrid cruzaba todo el continente, desde las costas norteñas en descenso al sur, bifurcando al oeste, hacia el océano, pasando antes por el interior de la ciudad.

Más allá de la función de abastecer de agua a toda la megalópolis, garantizaba que el puerto de Krates fuera el mayor de cuantos había en Rysia -y esto lo juro por mi propia vida.

El haber visto el puerto de Krates..... Supongo que ya no existe. *Duncan asintió.*

Una pena. En fin, intentaré hacerle honor como bien pueda. De un acceso subterráneo creado artificialmente en la misma colina que sostenía en su ápice al castillo del Rey, con siglos de duro trabajo e industriosas mentes y manos y usando las corrientes sub monte, nuestra gente excavó un túnel en el mismo vientre de la tierra. Imaginad el asombro que debieron sentir los navegantes cuando de repente los cielos, con los que estaban tan familiarizados, se desvanecían en la negrura así como el eco de las gaviotas se iban silenciando. De la misma manera acallaban los barcos y los marineros su ajeteo usual, esperando tácitos en las cavernas de tenue iluminación. No era algo de lo que preocuparse, las corrientes, por un motivo que me evade, siempre guiaban a los navíos en la dirección correcta. Y siempre quedaban boquiabiertos sus tripulantes al ver nacer de nuevo la luz y con ella, el tradicional griterío de los mercaderes y las idas y venidas de los carros, tirados unos por bueyes y mulas, otros, engalanados en perla y oro, por purasangres de idénticos tonos.

El ejército real nos protegía de enemigos foráneos, allende los campos de Aerios; la guardia real, de nuestros únicos enemigos de verdad: los que moraban dentro. Evidentemente, Krates era como cualquier otra ciudadela y como tal no estaba exenta de criminalidad, mas estaba bien vigilada debido a la eficiencia con la que mi padre dotaba a nuestros guardias locales, leales y diligentes como pocos. Ellos estaban al cargo de la vigilancia.

La ciudad se dividía en cinco sectores. El sector mercantil o Emporio daba la bienvenida a los advenedizos que entraban por los portones metálicos, los cuales eran aproximadamente treinta metros de alto y cuanto menos la mitad en longitud; claro que primero tendríais que cruzar el rocoso puente que podía soportar un total de cien mil toneladas de peso. Y peso era lo que tenía que cargar a diario, dado que comerciantes de todo el país venían sin falta y con paso constante a la ciudad. Ergo el imperativo de emplazar el Emporio en la misma entrada.

Allí se podían encontrar las más variopintas tiendas y puestos, desde simples masones hasta boticas que vendían perfumes, los cuales eran la delicia de las clases altas. Más de una damisela e incluso algún afeminado o dos se gastarían su peso en oro para clamarlos. Cada día de la semana, salvo el Sabbath -día en el que celebrábamos la Creación- podríais ver a más de cien mercantes erigiendo sus tiendas en medio de las calles, y diez veces ese número de clientes adquiriendo fruta fresca, pescado, carne y otros enseres. El comercio menguaba en la estación invernal, el cual era de todos modos bastante apacible en nuestra tierra.

En cuanto al tiempo, Igno irradiaba calurosamente sobre Krates, mas lo aguantábamos; algunos Kratesianos como madre y yo -nuestra tez aceitunada debido a generaciones de resistencia climatológica- éramos casi inmunes a las altas temperaturas. Padre y su hijo predilecto tenían una pigmentación más clara y no soportaban estos rigores con tanta finura. Por suerte las aguas de Astrid siempre acogían bien a esos pocos que osaban desafiar el rigor de sus aguas a medio contaminar.

En pleno centro de Krates, al norte del Emporio, cercado por los puertos de ataque y las corrientes fluviales que lo convertían en una isla de roca, estaba el Foro. El Foro era el centro neurálgico de mi ciudad. No sólo porque literalmente conectaba a Krates con el resto del mundo, sino también por el hecho de que la gran catedral consagrada a Astarios se hallaba allí.

Ascendía al firmamento, cuatro torres diagonales se erguían para encontrarse con el Altísimo en persona mientras que el edificio principal se extendía doce metros sobre la plaza mate. Las fuentes en derredor de la catedral eran tan lisas como la superficie, la cual, en un día propicio, podía pisarse descalzo. Un pórtico inmenso llevaba a los feligreses a una larga nave rectangular; dos filas de más de cien bancos ayudaban a éstos en su oración diaria; el techo estaba adornado con diez cúpulas circulares, en cuyos huecos había engravados círculos concéntricos -cinco en cada

lateral del techo, uno para cada dios engendrado por Astarios e Ida. En el extremo opuesto de la nave había un altar gigantesco hecho completamente de oro, detrás del altar -y detrás del puesto en el que el Arzobispo daba sus sermones semanales- había una réplica de casi dos metros de altura de lo que creíamos era Damantina, la legendaria espada de Astarios. Tenía el aspecto de una espada áurea que era tan ancha como fascinante, brillando con un fulgor producido por la luz de las lámparas de óleo colgadas por todas las paredes de la nave. Esas paredes, el pórtico y el interior estaban ornamentadas con una gran variedad de estatuas e iconografía de los dioses - con la salvedad del propio Astarios, al que no se podía representar jamás.

Vagas son mis memorias de estas representaciones, al haber estado sólo dos veces en la catedral: cuando fui bautizado en la fe de Astarios y de nuevo cuando tenía ocho años. Yo me topé con una fortuitamente, mientras jugaba al balón con Roderick. Él lanzó la pelota de cuero con demasiada fuerza y ésta casualmente entró botando por el pórtico abierto. Mas sí recuerdo un fresco en cuestión, el cual detallaba a mi dios favorito, Aerios el guerrero -ya os podéis imaginar cuál era mi naturaleza, incluso a una edad tierna- librando batalla contra una horda de abominaciones daemónicas y derrotándolas con su mítica arma, Ragnarök. Me acuerdo de estar allí pasmado, admirando la pureza de pincel en el fresco, los ángulos perfectos de los personajes ilustrados en él -hasta que los subordinados del Arzobispo aparecieron y me dieron una buena regañina.

No, yo no era un tipo devoto. Al modo del Archimaestre Gothwin -un hombre por el que sentía un gran respeto y al que finalmente asesiné- poco y menos me importaba el bable populista de los santurrones que lideraban el clero. Y el clero, aun sin contar con el poder de la monarquía, tenía una relevante posición en los asuntos cotidianos de la gente de Krates. ¡Necios demagogos! Su fanatismo, evidente y claro; mi odio hacia ellos era visceral. Controlaban a las masas como un pastor a su redil.

Y el Foro era el escenario idóneo para que pudieran vomitar sus mentiras y

verborrea. Solían decirles a los menos afortunados e iletrados, que eran más que sólo un puñado de ciudadanos, que si no pagaban sus impuestos a la iglesia, darían con sus huesos en el Infierno, repudiados por los dioses y abrazados eternamente por Sustarios en el Inframundo. Claro que todo eso era auténtica mierda -disculpad mi Faerie. ¿Por qué no dejar que la gente exprese su religiosidad de la manera que crean oportuna?

Para caldear aún más las cosas, se asociaban en un sentimiento anti-Faerie. Detestaban a los Faerie, no únicamente por sus políticas liberales, sino naturalmente por su estilo de vida libre y su interpretación de los dioses, la cual consideraban falsa y condenaban como herejía. Eso sí, los Reyes de Krates jamás hubieron permitido que semejante intolerancia se convirtiera en más que meras palabras, sobre todo porque los Faerie eran una fuente importante de ingresos.

Esto había resultado en una disputa entre el clero y los escolares; maestros y sabios en igual odiaban a los sacerdotes. El sentimiento, empero, era mutuo. Las cosas no mejoraron entre ambos estratos sociales por culpa de su proximidad topográfica. Cabe destacar, infantiles, que la ciencia y la religión estaban confrontadas, mas ambas partes querían ser reconocidas como iguales cuando el estatus intelectual se ponía a debate. Ergo los Reyes ubicaron a ambas facciones en el mismo distrito.

La sección este de Krates, partiendo directamente del Foro, estaba en constante ebullición y muchas veces a punto de estallar. En una zona, el sector norteño del distrito, teníamos el barrio clerical, con una larga porción de éste para las iglesias y las universidades pontificias en donde los futuros sacerdotes juraban sus votos -los cuales obviamente ignoro- y estudiaban teología y todo aquello relacionado a los dioses. En el distrito sureño teníamos los colegios -yo mismo atendí la escuela primaria allí, junto a mi hermano y sus colegas- las universidades y los centros de investigación, vedados a todos menos los académicos más avanzados -dicho sencillamente: Roderick. Yo, por ejemplo, tenía prohibido el siquiera poner un pie en las cercanías de aquél lugar, yo no

estaba a la par con mi hermano y aquellos de la misma naturaleza que él.

La tensión entre las sectas religiosa y científica era grande sin duda; más de una vez hubieron comenzado disturbios entre jóvenes embriagados de ambas partes del conflicto. Para la buena fortuna de los guardias locales, eran demasiado chicos y endebles para de facto serles una amenaza. Maldita sea, hasta un renacuajo escuchimizado como yo podía darle una tunda al más fuerte de ellos. Putos empollones.

En el extremo oeste de la capital estaba el lote más grande y poblado de la ciudad: el del pueblo llano. Se ensanchaba en una extensión kilométrica. Astrid era una diosa astuta, desviaba sus aguas de un modo calculado, permitiendo a los muros occidentales de la ciudad expandirse, logrando así que vastas hectáreas de terreno fueran empleadas para la construcción de miles sobre miles de edificios y residencias que hospedaban los muchos habitantes del centro de la humanidad.

Segregado en dos territorios discernibles, el distrito de la clase media no estaba tan mal. Los mercaderes locales -con la excepción dada de los comerciantes de alta clase que habían ganado su fortuna vía el comercio exterior- eran mayoría en este lugar. Sus hogares, si bien moderados, eran mayormente de ladrillo y granito y ofrecían buen resguardo durante el invierno. Las calles estaban debidamente iluminadas y bien protegidas. El crimen era bajo, salvo algún que otro ladronzuelo que se atrevía a venir desde los Bajos en busca de un bolsillo de rápida y fácil rapiña, y la higiene era bien respetada tanto por los oficiales a cargo del mantenimiento del área como por los ciudadanos mismos.

Pero más al sur, arrinconada y vigilada por varias barricadas y puestos de guardia en las docenas, y también infestada por su propia mugre, los Bajos o el sector de la clase baja, si así preferís la nomenclatura.

Parias sociales, criminales e inmigrantes; aquellos sin el suficiente ímpetu para hacerse hueco en la vida laboral de Krates eran los principales habitantes de esta zona.

La suciedad y los olores eran tremebundos, las casas no se merecían tal nombre, apenas más que chozas de barro y paja y algún barrio construido en piedra.

Durante el décimo mes del año -siendo este el de las lluvias, una fecha muy importante y necesaria para evitar las sequías- este sector era infligido duramente por las inundaciones y las chozas caían cual castillo de naipes, tan mal construidas como estaban.

Mendicantes y zafios callejeros llenaban sus cochambrosas calles y la basura y los excrementos podían yacer allí sin tocar durante meses. El ambiente distaba de ser salubre y esto causaba múltiples enfermedades. En más de una ocasión la ciudad había sufrido plagas en el pasado, las cuales emanaban de ese lugar. Nuestros médicos y cirujanos, al menos una porción, acostumbraban a hacer actos solidarios en pos de salvar vidas, lo cual hacían, mas a un alto coste; a veces hasta morían ellos debido a la exposición.

Una cosa en defensa de los Bajos os voy a decir. Contra lo que podáis estar pensando y lo que acabo de contar, las alimañas no eran tan abundantes como se podría esperar; los prostíbulos y burdeles locales solían servir una rara especie de estofado -eso según lo que había oído yo de otros niños y marujas en el castillo- cuyo ingrediente secreto era roedor.

Y cómo no, tenáis a los gnomos. Jodidos gnomos. Deshechos sociales y parias para su propia gente, los gnomos de ciudad eran conocidos por su experiencia en el latrocinio y oscuros tejemanejes. Si los Bajos eran ruinosos de día, no os podéis ni imaginar cómo era de noche. Era entonces cuando los gnomos salían a festejar.

Si bien exiliados del Bosque Blanco y para siempre prohibido su regreso, seguían siendo bastante duchos en herbología y botánica. Sin ser el bosque en el que se habían criado, algunas hierbas y plantas decentes crecían por los campos de Krates. Y la provincia aladaña al oeste, la provincia Qin, estaba tan sólo a tres días a caballo de la capital y en ese extenso territorio albergaba muchas plantas



farmacéuticas; tal como la cucharilla plateada y otras variedades que yo -con total sinceridad lo admito- ignoro completamente. También era considerable la potencia del veneno de serpientes locales y arácnidos como el escorpión rojo de Krates, los cuales eran muy comunes en el vasto desierto de Norn.

Estos gnomos salían de noche por dos razones principales. La primera siendo que de día empleaban su tiempo y esfuerzos en los lares más sombríos de las cloacas, un laberinto en el que uno podría perderse para siempre. En este submundo tenían ellos varios laboratorios ingeniosamente dispuestos en distintas zonas alejadas entre sí; aquí es donde cocinaban su porquería. He aquí la segunda razón: en las sombras nocturnas era considerablemente más fácil dispensar la *buena mierda* -como la llamaban ellos.

Generalmente la *buena mierda* consistía de dos sustancias distintas.

Polvo de Faerie, que era de todo menos eso. Un polvillo blanco con propiedades fascinantes, podía excitarte y a la vez calmarte, adentrándote en un estado de subconsciencia que no era ni estar despierto ni dormido. Mas para llegar a tal nivel había que esnifar una considerable cantidad; era una droga cara y muy adictiva.

Luego estaba el sencillo veneno de gnomo. Esto no se compraba para el consumo propio. No, el veneno de gnomo era un *regalo* para otras personas. Creedme, no sólo la escoria social comerciaba con estos zafios sujetos, también lo hacían los cortesanos, nobles y hasta mercaderes, al menos algunos.

En cuanto a la nobleza, había unas cuantas disputas en esta casta social, especialmente las concernientes a las herencias. Éstas sólo podían acabar de una manera: un avaro aristocrático, en ansia de quedarse para sí la fortuna de sus padres difuntos, celebraría frecuentemente una reunión para tomar el té tras la vigilia del fallecido en cuestión. Ya sabéis cómo funcionan estas cosas, unas gotas cuando nadie está mirando, un brindis al ánimo expirado y, con la connivencia del servicio doméstico, más familiares tendrían el honor de seguir a su ser querido al hoyo.

Estas prácticas se castigaban duramente si descubiertas; mas no con la pena capital -inmediatamente después de la coronación del Rey Ingstad, como primer decreto real suyo y secundado por más del setenta por ciento del consejo real, la abolió. El problema era que ninguna autopsia podía probar el crimen, dado que los gnomos eran maestros en esa materia y sus venenos eran al instante diluidos por los cadáveres y expulsados por las ventosidades fatuas y por tanto indetectables.

A un kilómetro sobre la ciudad, y también protegido por la muralla que defendía sus muchas cortes, terrenos y las vías que conducían al castillo, estaba el epicentro de Krates: el distrito nobiliario, que albergaba las múltiples familias nobles que proclamaban su linaje con orgullo; algunas de éstas incluso databan sus inicios a los días del legendario Rey Ingstad I. También estaba allí el Senado, en donde los miembros de la nobleza votaban a sus representantes para el consejo del Rey, el cual estaba formado por quinientos constituyentes y un añadido de cincuenta representantes de la plebe.

Pardiez, que no se me olvide mencionar el castillo en sí. Donde yo crecí.

A diferencia del resto de la ciudad, el castillo factualmente databa hasta el primer Ingstad quien, como dicta la leyenda, había erigido el castillo para conmemorar la victoria versus su maligno enemigo. Es también el único edificio de origen Faerie que había en toda Krates. Construido en mármol de Toth y lacado en oro blanco, se dice que Ingstad había recibido la ayuda de los guerreros arcanos Faerie en levantar sus cimientos con el poder combinado de los cuatro elementos; para que así pudiera resistir ataques de catapulta y otros proyectiles, en el improbable caso de necesitarlo. Esto era parcialmente verdad. La verdad plena es que un antiguo espíritu vigilaba la Esperanza de Antroporion. Resulta gracioso, pero yo llegaría a agradecerle este hecho a los guerreros arcanos; llegado el momento, eso marcaría la diferencia -a mi favor.

Se erigía como un foco de ley y orden para toda Krates, pues había sido construida sobre Astariom; una palabra Faerie, que significaba algo así como la colina

de Astarios, quien es padre de la Justicia. Pero era más que una mera colina, propiamente una montaña en pleno derecho.

En sí mismo era una fortaleza inexpugnable. Además de ser más resistente que cualquier edificio en Antroporion y de estar rodeado por la dura fachada que protegía al grueso de la ciudad, también estaban el edificio en sí y sus sectores adyacentes cercados por dos inmensos muros de hormigón, con la densidad suficiente como para encajar en ellos pequeñas salas y vastos corredores y ventanas dispuestas por toda su longitud; idóneas para que los arqueros pudieran defenderlos sin el temor a ser abatidos.

No era menos impresionante el interior del castillo. Ciertamente la memoria de mi viejo hogar es un tanto vaga; mas si cierro los ojos aún puedo recordarlo y aún huelo la apacible fragancia de pino y canela, los sutiles tonos de polvo recubriendo la recta disposición de armaduras y armas decorativas dispuestas ordenadamente por las más de cien salas en el castillo. El olor a cuero de muchos ejemplares magnos de taxidermia que decoraban varios pasillos en su interior. Aún recuerdo las cocinas a rebosar de sirvientas, mujeres que tarareaban mientras correteaban de arriba abajo cargando cubos llenos de fruta y verdura; los jóvenes mozos de las cuadras yendo de un lado para otro, constantemente pidiendo una manzana o dos para dárselas a sus caballos favoritos....

Siguiendo la tradición numerológica del Arconte Faerie Klisthenaïel, diez plantas se erguían desde lo bajo. Su estructuración era la siguiente.

En la primera planta, la más grande y espectacular, la sala del trono: un santuario esplendoroso que también hacía la función de salón de baile en las muchas ocasiones cuando el protocolo exigía al Rey organizar banquetes o festivales de una índole u otra. Podía agasajar a más de mil comensales e invitados. También servía para acoger consejos de suma importancia. Mas como vivíamos en paz y prosperidad, no había necesidad para tales reuniones y la mayoría de consejos eran convocados

bien en las cortes, bien en el Senado. Pero su encanto era fascinante. Las lisas paredes de mármol se congraciaban con el reflejo de ventanas empañadas y coloridas. Una alfombra de un rojo impecable guiaba al Rey y a la Reina desde la gran entrada áurea hasta sus tronos de un resplandor idéntico. El terciopelo rojo dirigiría subrepticamente al ojo de quien mirase desde la superficie a los tronos, los cuales parecían agrandarse bajo el gran estandarte clavado a la preciosa pared, sostenido a pocos metros de la cabeza coronada del Rey. Era la insignia de Krates, exhibida así para recordar a la gente quién mandaba allí; un dragón blanco danzando sobre un campo rojo, lo cual simbolizaba el fuego del Rey Ingstad y la valentía de todo Antroporion.

En mi fuero interno puedo enfocar la imagen del trono real -quizá demasiado bien. Vívidamente, como un infante inquisitivo, entrando allí de noche, escabulléndome de los guardias y accediendo a la enorme sala y acariciando sus formas perfectas, de un oro sólido y a la par liso. Promesas de poder me susurraban desde ese trono, incluso a una edad temprana. Mas cuando estaba tan cerca que podía ver mi reflejo en él, siempre me acuciaba una especie de parálisis. Yo no era el heredero legítimo, Roderick lo era.

Mas el destino sin embargo....

Al exterior del castillo estaban las muchas cocinas que preparaban nuestras comidas. Adjuntas a éstas estaba el comedor real, para así facilitar la labor de los sirvientes. El exterior también incluía un pequeño edificio que hospedaba al servicio. Cerca de allí estaban los establos, los patíbulos y los campos de entrenamiento que yo conocía tan bien. Allí era donde Gayo enseñaba a los niños a ser luchadores.

Las siguientes seis plantas del castillo componían un arreglo variado de estancias, como las alcobas reales y áreas de meditación que incluían una capilla privada de uso exclusivo de la realeza. También los cuartos de invitados en donde dignatarios de la más alta reputación se hospedaban cuando en asuntos oficiales de

Estado.

Encima de estos estratos estaban los cuartos de los más prominentes oficiales de la guardia real, un destacamento privilegiado dentro del ejército real; la crema de nuestros soldados, personalmente establecidos allí para asegurar la protección del Rey y la Reina -y, por sentado, de los príncipes. La última planta era donde vivía el General Proteo. Más de una vigilia habían pasado allí mi padre y él, hablando y debatiendo en la alcoba reservada para el General, compartiendo jarras de vino o hidromiel en más ocasiones que no. El General Proteo era de la misma edad que mi padre y su trato era el de hermanos. Yo lo odiaba.

El castillo de Krates no era un lugar frío, como se convirtió al final, sino un santuario cálido y acogedor para quienes creían que la ley y la justicia eran lo mismo.

Cada mañana mi hermano y yo teníamos que sufrir la misma rutina -si bien a él esto lo satisfacía bastante. En pie con el primer albor matutino, si teníamos suerte rompíamos el ayuno con madre, si no, solos -nuestro padre apenas se presentaba. Dormía muy poco, ocupado como estaba con los asuntos del reino. Tras el desayuno nos pasábamos hora y media bajo las consignas de matronas mandonas que nos peinaban decorosamente y nos limpiaban los dientes, a la vez que nos exigían que nos pusiésemos las vestimentas apropiadas para el día de turno. Por algún motivo Doña Puentelargo, nuestra cuidadora personal y nodriza desde nuestra infancia, tenía una gran fijación con mi pelo. No sé bien por qué, pero al menos era algo en lo que destacaba por encima de mi hermano; bueno, eso y el combate.

Y ahora, tras una aburrida lección, el campo de batalla nos aguardaba.

Mis palmas entrechocaron entre sí frenéticamente mientras ambos corríamos por la vía adoquinada que llevaba del castillo a los campos de entrenamiento -cuando

teníamos prácticas con Gayo, los maestros transferían las clases del distrito académico al castillo, el cual -como ya he dicho- tenía muchas estancias y cada una estaba dispuesta para variadas funciones, como por ejemplo intentar enseñar gramática Faerie a un príncipe testarudo.

“¿Estás listo para que te patee el trasero, hermano?” Risoteé, contento por haber dejado atrás las lecciones insufribles del Maestro Héctor. El entrenamiento físico era lo único en lo que sobresalía y la única asignatura que a Roderick no se le daba tan bien.

Mi hermano mayor se sonrojó tibiamente y me dio un codazo suave en el brazo. “No seas un listillo, Soren -a nadie le gustan los listillos”.

Normalmente habría respondido con un “tu madre sí es una listilla y una puta también”; mas como su madre también era la mía, simplemente me eché unas carcajadas.

Roderick era mayor que yo y más sabio; él era mi protección, mi refugio. Probablemente lo único relacionado a mi padre que me trataba con un mínimo de respeto y cariño. El dolor que le llegaría a causar va allende los límites del perdón. Pero antes de la envidia, el odio y el ansia de poder, antes de las disputas, la guerra y las barbaries, sólo existían Soren y Roderick.

¿Habrá querido el destino, Agatha, que la noche antes de que llegara a este horrible paraje de soledad haya soñado con él? Sí, fue una memoria bonita, una que pertenece a un tiempo anterior a esta crónica.

No debía tener más de cinco años. Esta analepsis es borrosa.

Éramos pequeñas criaturas regocijándonos con el calor de la alta tarde; los árboles soplaban con tranquilidad, adulándonos con su aroma a través de los tímidos soplos del hálito eólico. Estábamos afuera de las lindes de la ciudad, cuyos muros estaban siendo renovados y limpiados ese día. Dos guardias prestaban vigilancia a

unos pocos pasos de nuestra posición; no había más, pues no había necesidad de ello. Eran buenos guardias y los tiempos nos trataban bien. No conocíamos ni la guerra ni la hambruna.

Madre estaba tarareando una agradable melodía de letras armónicas y temas alegres. Recuerdo el amplio campo de trigo en su áurea simetría con el sol descendente. Alrededor de éste sólo había una envolvente meseta verde y coloridas haciendas de tonos púrpura, azul y plata. Pasaban los granjeros, postrando la cabeza humildemente ante mi madre y su progenie real, ella les devolvía gestos decorosos y los edulcoraba con sus mejores sonrisas y les deseaba buenas cosechas.

Los cielos en lo alto pasaban de un azul oscuro al rojo, pues Igno montaba calmadamente sobre su rojo semental en dirección al oeste, hacia las salas del sueño - con la esperanza de poder vislumbrar fugazmente a Silene, el amor de su vida. Era todo aquello una ceremonia tan sencilla; una merienda en las afueras con nuestra madre -nuestra perfecta y hermosa madre. Saludándola con una diminuta mano, un infante que danzaba sobre el césped, seco pero lo suficientemente húmedo como para aliviar con el tacto de mis pies desnudos. La recuerdo devolviéndome el saludo, sonriendo mientras lo hacía. Y luego los dos hermanos partieron por su cuenta. Sí, así fue cómo ocurrió.

Nos hallábamos en una realidad fantástica, adoptando los roles de dos Archimagos Faerie, cazando abominaciones y exterminando a las creaciones de la alquimia daemónica. Yo era Gilgamesh, quien había descendido a los negros pozos de Latisferrum para acabar con el Kraken Abraxas; mi hermano hacía de Samael, el mago que había vencido a todo un ejército de Grifos.

Simulábamos ser maestros de la mágika. Nuestras manos relampagueaban con el poder del fuego y el agua, tierra y aire; hicimos pedazos a enemigos imaginarios y cantamos en dioses saben qué idioma, desde luego que no en Faerie. Y de facto que ya no estábamos sobre rojiamarillos campos de Flor de Lis, a escasamente un

kilómetro de la ciudad, sino en el mismo fin del mundo, bajo cielos oscuros que reían con arrebatos fulminantes por la guerra que se libraba bajo ellos. Una vez desfechas las abominaciones, nos enfrentamos el uno al otro. ¡El culmen de la traición! Samael, descompuesto por la muerte de su amada, convirtió su *Fatta* a la locura, conjurando una ola de evanescencia oscura, artes prohibidas por las leyes Faerie. Yo, Gilgamesh el Grande, hijo del Santo Gamaliel, no podía permitir que este crimen quedara impune. Destellos de hielo y llama, ventiscas y roca entrechocaron, hermanos ahora convertidos en enemigos.

Reíamos y jugábamos felices, inconscientes de las advertencias maternas que venían de tan lejos. “Roddy -así es como llamaba a mi hermano” exclamó ella desde la distancia, con su dulce timbre que apenas recuerdo, un resuello silente en mi subconsciente. “No te alejes demasiado. Cuida de Soren”.

Mas estábamos metidos de lleno en el juego, apenas escuchábamos y desde luego que no hacíamos caso. Cogí una ramita, caída de un árbol cercano, y atacué al pérfido Samael, la pasión en mi alma me auspiciaba a atravesar sus defensas traicioneras. Mas él también poseía una espada infundida en mágika y logró repelerme fácilmente.

“Prepárate, luminoso” cacareó el vil traidor a la raza Faerie. “Ahora reinaré sobre toda Rysia. Devoraré bebés humanos para cenar.”

“¡Jamás!” Respondió el valeroso Gilgamesh. Samael era más grande, pero la determinación de Gilgamesh era mayor.

Bloqueé cada estocada y repliqué con la punzada elegante de un guerrero Faerie, si tan sólo un niño humano. En cuestión de minutos ambos hermanos estaban luchando sobre un yermo y desconocido reino de cobre, apartando las ramitas aciagas mientras luchaban a muerte. En la distancia la grácil damisela llamaba a sus dos hijos a regresar, la cena habíase servido sobre el sacro manto. ¿Quién había vencido en esa gran lid? Naturalmente, el menor Gilgamesh, quien siempre había mostrado mejores



aptitudes para las artes marciales; mientras que Samael era un adepto de la sabiduría y el intelecto.

La fantasía se disipó y con ella todavía en mente y voz nos encaminamos de vuelta a nuestra madre.

Eso explica porqué no vi el nido de avispas hasta que ya era demasiado tarde.

Yo era tonto, mi hermano no, y de niño además era muy torpe. Debí haberme percatado del montículo de tierra bajo mis pies sobresaliendo del vientre de la Madre Gaia -y también el leve zumbido debajo de la tierra que pisábamos.

Sin embargo no fue así.

Mi pierna se hundió hasta la rodilla en la comunidad colmenar. Mis jóvenes huesos aún formándose crujieron y a punto estuvieron de romperse, pero por suerte mi hermano estaba allí, agarrándome firmemente de las axilas. Mi pierna se atascó y cualquier movimiento me destrozaría la rodilla.

“Aguanta, Soren” dijo el pequeño Roderick.

Como era de esperar, estaba muy nervioso, podía sentir su estremecimiento. Se dispuso a sacarme lentamente mientras miraba de reojo de madre a mí. No se atrevió a alzar la voz, sus cuerdas vocales titilantes por el pánico.

¡Sentí una intensa agonía! Al principio pensé que eran las uñas de mi hermano clavándose en mi tierna carne; mas enseguida me percaté de que el dolor, un dolor aguzado, venía de abajo. Mi tobillo comenzó a irritarse y un rojo quemazón convulsionó por toda mi piernecita infantil. Llamé apavorido a mi madre al punto en que sentí a los minúsculos insectos correteando en las docenas, hallando puntos débiles en mi pierna e inyectando en mi cuerpo su bilis.

Oí a mi Reina gritando desde la lejanía; clamaba el nombre de mi hermano y después el mío, pero su eco era en demasía distante. Desde la misma lejanía oía el

paso metálico de los guardias que acudían raudos a un rescate tardío. Madre no pudo venir a socorrerme, el único guardia y protector allí y entonces era el futuro heredero al trono kratesiano.

Todo acaeció fugaz. Bajo mi cuerpo podía oír el furibundo zumbido a la par que sentía mordaces picaduras. Sobre mi cabeza discerní una voz reconfortante, la tierna piedad de un infante. Mas el tormento era demasiado intenso para alguien tan pequeño; lloraba, gritaba y aullaba a los cielos altos.

“No te preocupes, hermanito, que todo irá bien”.

Al pronunciar esas palabras, el caballero me liberó del nido, mi pierna estaba severamente inflamada pero, dadas las nefastas connotaciones, no había salido tan malparado. Las avispas estaban ante todo ansiosas por salir, mas cuando lo hicieron, los insectos nublaron el firmamento carmesí en un vapor de zumbidos iracundos.

La oscura nube descendió sobre nosotros. Yo seguía llorando bajo los efluvios del pánico y el terror.

Mi hermano respondió a la situación con valor.

Gracias, Roddy, por ser mi mundo. Tú estabas allí cuando más te necesitaba, cuando mi padre me repudió, cuando nuestros mayores me dieron la espalda y cuando madre nos dejó atrás, rumbo al sueño eterno. Gratitud doy al hombre que, siendo aún un chiquillo, me salvó de ese Infierno y me cubrió rápidamente en un manto de musgo y hojas.

Aceptando él la pena por mi error, las avispas liberaron su cólera ansiosas. Mi hermano nunca tuvo una oportunidad de librarse del castigo.

Mi pierna inflamada aparte, apenas sufrí un rasguño sobre mi cuerpo, pero mi hermano había estado tan cerca de la muerte esa tarde que su corazón habíase detenido por más de dos minutos. Yo era muy pequeño entonces, en aquellos mis días primerizos -el comienzo de una vida que me condecoró con nada más que dolor y pena- mas tenía edad suficiente para escuchar los gritos de mi hermano cuando un

enjambre de negras avispas descendieron sobre él y le desgajaron la piel y la carne con sus enormes agujijones, infectando cada herida con su veneno.

Mi hermano tardaría cuatro largos meses en recuperarse del todo de esa jornada hostil y nunca más hablaríamos de ello. Pero os digo que permaneció grabada en mi mente durante las décadas siguientes.

Hórridas pasaron las dos primeras semanas tras aquello, las noches en especial me resultaron espantosas. La camita de mi hermano hubo de permanecer vacía por días -eternidades. Yo había llorado su ausencia, abrazando la almohada y agonizando entre mis sábanas al escuchar los chillidos que provenían de una habitación que no podía estar lo suficientemente lejos. Habían sido noches insomnes, para mí, para mi madre -para padre también.

Nunca llegué a presenciar los horrores en primera persona, mas sí recuerdo el griterío de los médicos que pedían más ayuda; los nervios y el terror palpables en el mismo éter cuando pasaban velozmente por la vera de un principito confuso, quien se chupaba el dedo nerviosamente mientras agarraba su osito de peluche. Las matronas corrían alocadas por los pasillos del castillo, portando vendas y ungüentos para taimar el sufrimiento de Roderick. Las mujeres-gnomo con las que mi madre había granjeado buenas migas en su lozanía habían preparado pociones y bálsamos para socorrer al príncipe heredero.

Y la epítome del sufrimiento arribó el día antes de la salvación.

Nunca había visto tan agotada a mi madre; mi padre, como siempre, estaba ausente. Yo le reproché aquello pero lo cierto es que se había pasado días sin despegarse del lado de mi hermano, incluso había ignorado el gobierno de Antroporiom para estar junto a su primogénito. Años después conocería esta revelación de boca del propio Roderick.

Y cuando lo hiciera, no me lo tomaría tan bien como se podría pensar, pues llegado ese momento yo ya odiaba a mi padre y el primer pensamiento que me vino a

la mente era qué habría hecho de haber sido yo la víctima agonizante sobre la cama en lugar de Roderick. Yo mismo me respondí a esa pregunta y la respuesta evocada fue poco tranquilizadora.

*“Espera” dijo Orin, ¿no acabas de decir hace escasos segundos que nunca volvisteis a hablar del incidente? Sin embargo Roderick te confesó que....*

*“¡Que te calles!” Bramaron conjuntamente Agatha y Duncan, tan absortos en la historia que les era indiferente cualquier potencial incongruencia dicha por Soren.*

En fin, si me dejáis seguir, hostia.....

Así, el día avanzó, los minutos parecían horas y con el último rayo de luz también descendía la esperanza, para no volver.

Pero quisieron los hados otro destino para Roderick. Aún tenía mucho por lo que vivir. Al parecer mi hermano era más duro de lo esperado. Bien digo que ignoro el cómo, mas logró sobrevivir a la última noche de fiebres, vómitos y sangrías. Sí, ignoro cómo logró sobrevivir del mismo modo que el propio Roderick también. Ni tampoco sé cómo reaccionó la señora Bienbuena -quien había abandonado todas sus tareas en la cocina para estar con mi hermano en su hora aciaga- cuando lo vio durante su vigilia alrededor de él. Blanco cual espectro y sus facciones con la delgadez de un mendicante, pero estaba despierto - ¡vivía! Y su respirar forzada y raspante, ¡mas respiraba!

Y la mañana siguiente ¡la más feliz de todos los tiempos! Renació la sonrisa de mi madre, su cabello oscuro, tan similar al mío mas habiéndose tornado grisáceo antes de tiempo, recobró su tono y fuerza naturales, un milagro -como la sanación de mi hermano. Incluso mi padre, con un ánimo tan exultante, se dignó a darme una palmadita en la espalda, hasta forzándose a sonreírme.

Eso fue algo que aún hoy queda marcado en mi corazón -y me entristece mucho decirlo- ya que fue la única muestra de afecto que me había dado mi progenitor. Debió estar muy contento, y así lo supongo, pues esa había sido la mañana en la que le

tocaba enterrar a su mejor hijo, mas el destino había decretado algo totalmente diferente.

Los dioses me devolvieron a mi hermano y yo no podía haber sido más feliz por ello.

Te quiero, Roderick, a pesar de todo cuanto vino después. Es lo único que puedo decir -eso y que lo siento.

Mi hermano era el mejor. Siempre mirando por mi bienestar; aunque no era tan fuerte como yo, era en mucho mejor hombre. Si alguien era digno de llevar esa corona, de sentarse en ese trono, de gobernar ese reino, era él. Un patriota, amaba a su país tanto como me amaba a mí, y por mí estuvo a punto de perder la vida ese día.

¡Ja! Pero aún así yo podía vencerle en cualquier lid con la espada. Mas cuando mi hermano yacía tumbado sobre el suelo, mordiendo el polvo de mi bota que lo retenía bajo mi pie y apuntado el filo de mi hueca espada de prácticas hacia su rostro, sonriendo yo puerilmente, ese iba a ser el último día en el que entrenaríamos juntos.

El tiempo huye cuando te lo estás pasando bien, y nadie disfrutaba más con los ejercicios del espadachín que yo. Los pomposos nobles estaban más preocupados en no mancharse sus opulentos ropajes que aprender lo básico sobre la defensa propia. Roderick incluido. Es así como ganaba siempre. Sentaba bien por una vez; el escuchar las alabanzas de mis mayores, el no tener que vivir siempre en las sombras del olvido educativo. Y por otro lado también ver a los demás alumnos en silencio con un envidioso respeto hacia mí.

La confianza del Maestro Gayo en mis habilidades era un bálsamo para mí. Oriundo de las tierras costeras del norte, nacido y criado en un pequeño pueblo de pescadores llamado Ostia, había estado enseñando las ciencias marciales a lo largo de cuarenta años; habiendo adiestrado a magnos luchadores como Proteo o mi padre

cuando éstos eran adolescentes. Era un gran espadachín y caballero, superado tan sólo por diestros brazos como los del General Proteo o el Arl Lovren, Protector de Arlstad. Siendo él mismo un pupilo, había aprendido esgrima de las Amazonas de Ignollia, lo cual combinaba con la más agresiva técnica kratesiana.

Al ojo mal entrenado, este campeón podía inducir a la subestimación. No era alto, tampoco bajo, no era grande mas tampoco menudo; su cabello era completamente blanco, su rostro, tocado por las asperezas de la edad y sus manos pecosas y arraigadas con venas azulonas. Pero si pensáis que era débil y artrítico, preparaos para ser sorprendidos. Rápido como el viento y tan fuerte como los poderosos Dragones, fue una leyenda en los tiempos buenos de Antroporion.

Nunca hablaba más de lo necesario. Todo cuanto hilaba su pragmática boca eran palabras de acción, combate y lindezas cuando la señora Bienbuena estaba cerca, con la cual sospechábamos que había tenido un romance -y seguía teniendo. Mi padre no solía hablarme de él -bueno, a decir verdad, rara vez me hablaba si no era para abroncarme y hacerme saber cuánto lo decepcionaba.

Era ágil y elegante. Como un leopardo, acechaba a sus enemigos visualmente, examinando cada movimiento con precaución. Veloz cual águila que atrapa a la liebre desde lo alto, cada estocada suya era precisa. Y habrían sido éstas letales de no ser porque las espadas con las que nos entrenaban eran huecas. Si hubiésemos practicado con armas de verdad, Gayo y yo, habría muerto en cada ocasión. Esto no me hacía más que pensar en cuántos enemigos hubieron fenecido ante su poder y velocidad; cuánta muerte hubiera dispensado en su día, en nombre de más de un rey.

Cada Lunes, Miércoles y Viernes, de diez a doce, entrenábamos con él. No sólo nos educaba en los múltiples oficios del espadachín, también el arte de manejar escudos, el uso correcto de la armadura y, por supuesto, cómo blandir adecuadamente armas como las hachas y cuchillos de combate. Tampoco obviemos la estrategia en el combate colectivo y el estudio de la guerra. También era maestro de la equitación; si

bien siempre me resultaba sorprendente el ver a un hombre tan mayor apaciguando y taimando al corcel más salvaje y domeñando su mente y ánimo con suma facilidad.

Mi hermano tenía a excelentes mentores como Héctor y Gothwin; yo tenía a Gayo. Toda persona precisa de un mentor durante su etapa formativa, alguien con la debida intuición para sacar nuestras virtudes en la vida y entrenarnos, prepararnos y darnos la habilidad para explotar nuestra fortaleza inherente y utilizarla a nuestro favor. Yo he tenido a muchos maestros en mi vida, pero el primero y más querido fue Gayo.

Yo era el pupilo más dotado en las materias que él enseñaba; cosa fácil en verdad, si tenemos en cuenta la total falta de enfoque de los demás alumnos, quienes no tenían ninguna aspiración de alistarse en el ejército. Aun así, yo tenía un don en el gremio propio de Aerios. Quizá en otras lides estaba perdido, pero cuando se trataba del combate y todo cuanto giraba alrededor de él, yo era el mejor.

Además de ser rápido y fuerte, yo tenía disciplina, enfoque; prestaba atención a cada detalle y absorbía la filosofía del guerrero. Lo psicológico era tan importante como lo físico y nuestro maestro era vivo ejemplo de ello.

Gayo había vivido muchas batallas. Aun habiendo vivido en tiempos de paz, la naturaleza humana exigía guerra incluso en éstos. Había luchado contra bandidos y rebeliones versus la corona, entre las cuales destacaba el levantamiento en armas del criminal más notorio del último siglo -Egberto Jones. Mas nunca mencionaba sus vivencias habidas en su juventud, al menos no con palabras. Pero sus actos con la espada, todo movimiento y paso grácil -pues la lucha es tanto una danza como un duelo- hablaban como los versos de un soneto.

Él era mi favorito, no sólo porque impartía mis asignaturas preferidas, también porque además de hablar conmigo, me hablaba a mí directamente. Un modelo que había seguido fidedigno durante las primeras etapas de mi educación. Un justiciero en todos los aspectos; un hombre de acción también debía ser un hombre paciente -y él era un estratega excelso. Habiendo entrenado a varios generales en su día -y más de

un monarca- alguien de semejante nivel debía saber más que solamente decir y hablar, también oír y escuchar. Siempre tenía tiempo para sus pupilos, aun si la mayoría de éstos, mocosos aristocráticos de mierda, no lo tenían para él.

No es que no fuera así con los demás profesores, sencillamente éstos no me comprendían como sí lo hacía él. Él entendía mi sufrimiento, conocía muy bien a mi padre y sabía plenamente el abandono que yo sentía de niño. Empero, si alguna vez había expresado sus diferencias con mi padre respecto a esto, a mí nunca me las confesó.

Siempre que necesitaba sabio consejo de su experiencia, algo que mi hermano no podía darme, siempre acudía a Gayo. Él también sabía que a menudo me sentía excluido, dado que todos los elogios eran para Roderick. Yo no era nada salvo el segundo hijo, heredero de la espada y el escudo. Gayo, a sabiendas de esta situación, siempre me emparejaba con mi hermano, con el fin de darle un hueso a este pobre chucho de vez en cuando.

Las únicas veces que me sentía a la par con Roderick era cuando ambos blandíamos nuestras pequeñas espadas de madera. De todas las concesiones que Gayo me permitía, ésta era el mejor regalo. Roddy era un buen hermano y amigo, lo quería desde el fondo de mi alma, pero no estaba hecho para el combate. Él era un político en ciernes, un orador privilegiado y un hombre de letras; un filántropo destinado a ser un rey magnífico, uno de los mejores líderes que Krates podía aspirar a tener. Y lo habría sido de no ser por mi cruel intervención.

Pero en los campos de prácticas no tenía nada que hacer. Era lento y descuidado, cada golpe y estocada tuyas magistralmente repelidas por mí. Podía ver sus movimientos y los anticipaba sin problemas; Gayo me había estado enseñando a defenderme desde los cinco años. La pose de mi hermano era frenética y caótica, la mía estratégica y premeditada. Sabía atacar usando el peso de mi cuerpo y el ritmo marcado por mi cintura. A menudo Gayo había supervisado nuestras sesiones de



entrenamiento al repiqueteo de un bastón, el cual golpeaba rítmicamente contra el suelo; *tic-toc, tic-toc*, en un preciso orden matemático. La lucha es un baile a muerte. Más de un filósofo creía que el mundo gravitaba alrededor de Igno por el influjo de una sutil melodía que de facto controlaba la rotación terrestre mediante notas invisibles e indiscernibles; y que tales notas sólo podían captarse vía algoritmos muy complejos. Como tal, así era la esgrima. Mi hermano trataba de zafarse de mis ataques como bien podía, mas al final siempre acababa tropezándose y cayendo al suelo.

Como me había enseñado Gayo tantas veces, un buen guerrero es el que mata a un enemigo, mas un gran guerrero es el que sabe cuándo perdonar una vida. Rumores en el castillo incitaban a creer que Gayo no había matado a ningún hombre a pesar de toda la lucha que había visto. Ahora, eso, niños, no es cierto -pero era un hombre recto y justo igualmente. Cuando un pupilo caía y otro emergía victorioso, éste debía apuntar su espada hueca al pecho o rostro del caído y proferir siempre las mismas palabras, la misma procesión, pura ritualística.

“A ti te ofrezco piedad y compasión.”

Y de igual modo el enemigo vencido debía decir “y yo acepto estos dones”.

Con risotadas cargadas de una altiveza infantiloides le ofrecí una mano a mi hermano tras recitar las palabras apropiadas. Él la aceptó honradamente, magno en la derrota tanto como en la victoria.

“Vaya, Soren, eres todo un dolor en el culo” dijo él.

“Eso será porque te lo he pateado al menos una docena de veces, hermano. Tienes que ser más rápido, debes anticipar mis movimientos”.

“Ya, ya, todo eso está muy bien....” dijo con mala cara, “..... Pero es que tú eres una anomalía. No sabrás nada sobre los paradigmas fonológicos de las oclusivas del Faerie, pero centellas, cuando el Maestro Gayo te pone una espada en la mano pareces el Mismísimo Astarios repeliendo al Señor Oscuro con el poder de Damantina en su diestra.”

Me sonrojé tímidamente, era bonito que Roderick me elogiara. Saboreé la ocasión.

“Tan fenomenal como siempre, Soren” cantó Gayo, jubiloso. “¡Sencillamente astronómico! Mas aún tienes mucho que aprender, tu pose requiere mejora. Recuerda lo que te he enseñado, derecha-izquierda, izquierda-derecha. A veces calculas mal tus pasos, ese tipo de errores podrían costarte un alto precio en el campo de batalla”.

“Sí, Maestro Gayo” dije disculpadamente. “No ocurrirá la próxima vez, se lo juro”.

Gayo profirió suave risotada, acariciándose su niveo bigote, el cual adornaba una faz por lo demás rasurada. “Ah, no proclames juramentos vanos. Ocurrirá de nuevo; y luego otra vez, otra más y otra después de ésta. Los entramados de la espada, la lanza o el hacha requieren muchas décadas de práctica. Incluso yo erro, mas creo que eso se debe probablemente a que bebo en demasía ese delicioso tinto Faerie que tu padre guarda en las bodegas del castillo. Os digo que es adictivo. ¡Adictivo! -Roderick rio con hálito infantil, no es que supiera nada sobre el vino, si bien mi hermano ya estaba alcanzando esa edad-

En fin, ya hablaremos en adelante, tengo, ehm, ciertos asuntos que atender”.

Su dermis arrugada y bronceada enrojeció de vergüenza, como si se le hubiese escapado un gran secreto. Ambos reímos con complicidad, asumíamos que iba a verse con la señora Bienbuena.

“Se acabó por hoy” exhaló. “Partid, partid, o llegaréis tarde a las interesantes lecciones del Maestro Gothwin.”

“¡Oh!” Exclamó Roderick. “Casi se me olvidaba. Vamos chicos” apremió con dicha, “no queremos perdernos esta clase”. Yo estaba de acuerdo con mi hermano, las lecciones de Gothwin eran bastante impresionantes.....

Soren pausó a medio discurrir de su lengua. Otra interrupción, de tantísimas una. Se lamió los labios silenciosamente y luego se bebió el verde licor de un solo trago. Las

ojeras que sostenía comenzaron a oscurecerse, una clara señal de agotamiento. Rogó en pos de una intermisión, para poder ordenar las ideas.

“¿Estás bien?” Preguntó Agatha con amabilidad, mas desde una distancia marcada por la prudencia; el hombre alto la intimidaba mucho.

“Sobreviviré” jadeó con voz áspera. “Sólo que me cuesta recordar cada detalle. Mas debo, pues cuanto dijo Gothwin ese día, aun si solamente fuese una simple lección para nenes, es a este punto llegado de suma relevancia. Permitidme hacer acopio de mi mágika y dejad que me auspicie al recuerdo.....”.

“Espera un minuto, Soren” era Duncan quien ahora intervenía. “¿Por casualidad hablas del mismísimo Gothwin de Annaheim?”

“Veraz” dijo Soren. Orin y Agatha no tenían la menor idea de quién estaban hablando, mas Duncan, por mucho más avezado que los dos gemelos, suspiró con admiración.

“Increíble” crepitó. “¿Me estás diciendo que uno de tus maestros de la infancia es Gothwin de Annaheim, el mismo filósofo que descubrió y tradujo el Códice perdido del guerrero arcano Magus?”

“Sí” contestó Soren. Duncan se puso a murmurar, aparentemente emocionado por este nuevo fragmento informativo.

“Increíble” dijo de nuevo. “¿Sabías que los Hijos del Nuevo Mundo descubrieron recientemente sus documentos?”

“Bah” replicó Soren con tosquedad. “Luego he de suponer que han perdurado sus últimas misivas y que tú mismo las has leído”.

“Sí, así es”.

“Ergo su fin conoces”.

Duncan asintió, añadiendo verbo propio. “Mas mis dos pupilos aquí presentes no lo han hecho. Creo que será mejor que lo oigan de ti, entonces quizá podamos comparar su visión con la tuya”.

“Verdad que eres hombre sabio, Duncan, mas dudo que su visión difiera en mucho de la mía. Mas esa es una cuenta que habré de dar más adelante. No, cuanto os he de decir ocurrió muchos años antes de esa trágica noche; la noche de mi traición final contra mi padre, mi hermano y los dioses. Cuanto nos dijo Gothwin aquel día aún hiela mi dorso y congela del todo mi corazón. Si sólo hubiese recordado antes.....”

### III

**A** ver si puedo recitar cuanto nos dijo el Archimaestre aquel día.

Me es borrosa la memoria; pensar en el tiempo que ha pasado..... Por todos los dioses unidos, pensar que Gothwin es ahora tan sólo polvo, apenas una sombra en las regiones más recónditas de mi psique. Mas aún puedo desentrañar los recuerdos; si lo intento -e intentarlo debo.

Sí, ya me vienen a la mente los niños de nuevo congregados tras sus mesillas; yo mismo mirando perezosamente al exterior, ansiando el sol, el aire fresco y, por descontado, las muchachas de la nobleza. Éramos niños a fin de cuentas, todas las nuevas del mundo y las preocupaciones de nuestros mayores no significaban nada para nosotros -con la excepción dada del pelota de Roderick. Pero de tanto en cuanto algunas lecciones pueden adherirse a las inquietas mentes de un niño. Y a día de hoy, me acuerdo de ésta.

No puedo aseverar si Gothwin había logrado difuminar la luz del aula y crear por cuenta propia un ambiente esotérico durante nuestra ausencia mental y total falta de concentración; quizá sí, mas lo dudo. Lo único que sé es que incluso yo prestaba atención durante estas lecciones. Impartidas éstas por el Archimaestre Gothwin, el más

anciano de los académicos de Krates; cerca de los ochenta tenía ya en aquellos tiempos.

“Niños, os conmino a que prestéis atención; muchos creen que esto queda relegado al estatus mitológico, un cuento usado por los Faerie para escarmentar a sus pequeños. Muchos eruditos así lo piensan y, para seros totalmente sinceros, mis colegas me critican por citaros esta historia. Sea como fuere, ojalá os sirva de ejemplo a todos.

Érase una vez, Caos imperó sobre todo cuanto existía, lo cual era la Nada. Nadie sabe si Caos fue un dios o simplemente un concepto, tales realidades escapan incluso la imaginación de los Faerie de larga vida e incluso mayor sabiduría. Pero lo que sí sabemos es que de Caos nacieron dos entidades. Gemelas éstas, como así quiso el destino.

Un hermano correspondía a la Luz, su nombre era Astarios; el otro blasonaba la Oscuridad, éste recibió en suerte el nombre de Sustarios. Se cree que durante el primer millón de años -es difícil establecer cronología cuando el tiempo aún no había sido creado- los dos hijos de Caos exiliaron a su Padre tras castrarlo con la espada Damantina, arma forjada en los fuegos del Paraíso Nonato. Se desconoce el quid de esta espada. Quizá ni siquiera fuera un arma como tal, o quizá sí. La verdad sobre ella murió tiempo ha.”

Como os podéis imaginar, niños, así como vosotros me prestáis ahora minuciosa atención mientras hablo, de idéntica manera prestábamos la nuestra al Archimaestre. Y es lógico asumir que fuera Roderick quien irrumpiera en medio de su discurso - naturalmente auspiciado por su empírica curiosidad; con ese ánimo lo permitió Gothwin.

“Oh excelso Archimaestre, si me permite; las enseñanzas establecen que Astarios es el dios de la luz, tal como usted acaba de detallar, y un ser de eterna

benignidad. ¿Me equivoco?”

“En absoluto” respondióle Gothwin.

“Pues si eso es así, ¿cómo pudo haber sido tan cruel como para denegarle la existencia a Caos, quien era su padre?”

El Archimaestre hipó con tácita risotada, formándose una sonrisa entre su larga barba blanca. “Una pregunta fantástica, joven. No me esperaba menos de una ávida mente como la tuya. Una injerencia pertinente, sin duda. Y responderé a tu pregunta precisamente retornando a nuestra historieta.

Veréis, mozalbetes, Astarios, y no menos Sustarios, tenían buenas razones para justificar sus actos. Caos temía a sus hijos porque veía cómo crecía su poder, el cual comenzaba a superar el suyo. Ergo decidió asesinar a sus vástagos. He allí el porqué no les quedaba más opción a los dos hermanos que librar guerra contra Caos.

Pero Caos seguía siendo más poderoso; ellos atacaban a su padre con sus fuerzas combinadas mas nada podían hacer para detenerlo.

Luego tuvieron que concebir la Pira Celestial. De las primerizas ascuas de este fuego crearon la Damantina, el arma más poderosa de la Creación. Ambos blandieron la magna hoja y con ella atacaron a su impío progenitor. Le extirparon su Orgullo, sus genitales, y con ello erradicaron su fuerza.

Despojado de su poder, Caos dejó de existir como tal y fue exiliado para siempre a la gran Nada de la que no hay regreso posible. Es así como los dos hermanos vencieron a Caos, convirtiéndose en los primeros dioses del futuro Panteón.

Una vez asegurada la victoria en su cruzada versus Caos, buscaron construir un hogar digno de dos dioses tan poderosos. Así pues ambos hermanos, quienes se querían por encima de todo, erigieron el Panteón que está en el Cielo. Primero crearon las estancias divinas; luego Astarios creó a Igno a la vez que Sustarios a Silene, la hermana y esposa de Igno -nuestra luna. En consonancia crearon el firmamento, con su icor inmortal dieron vida a las estrellas y las constelaciones, para guiarlos durante la

alta noche, mientras seguían modelando el Panteón.

Pero una vez perfecto el Panteón y los cielos decorados con las estrellas y el éter, apareció la discordia entre ambos hermanos.

Sustarios estaba debidamente satisfecho con gobernar junto a su hermano gemelo, pero Astarios acabó aburriéndose, volviéndose cada vez más inquieto. Con el tiempo los inagotables placeres de la inmortalidad le resultaron aberrantes; no había nada que satisficiera su necesidad de tener más. La sola compañía de una deidad no era suficiente. Creció en ansiedad, buscaba a una esposa mas no halló ninguna.

En consecuencia de esto resolvió que debía dar a luz a una entidad que resultaría ser de él hija, hermana y esposa. Padre porque Astarios es el Creador, hermano porque creó a su esposa a partir de su padre Caos y esposo porque tenía el deseo de compartir el lecho con una fémina.

El Altísimo Astarios dio a luz a la apasionada Ida, así porque nació del sexo y el fuego. Las mismas llamas usadas para forjar la hoja Damantina, aquella Pira Celestial que ahora ardía eternamente en el centro del blanco Panteón, engulló el último remanente físico de Caos -su falo colosal e inmensas gónadas- y de los destellos resultantes nació la primera diosa: Ida, reina del amor y el deseo carnal, dadora de vida.

Astarios desposó consigo a su hija y hermana y consumaron repetidamente su unión, los arrebatos de su pasión llegaron a durar milenios. De la divina unión nacieron los santos vástagos. Diez deidades que habían de llenar las hasta entonces vacuas salas de los dioses. Cinco dioses y otras tantas diosas emergieron del vientre materno, ya en forma adulta y exultantes en poder.

Estos dioses eran: Aerios, el dios de la guerra y la lucha; honraba a aquellos caídos valerosamente y aseguraba que sus nombres quedaran grabados en el Más Allá, separando sus sombras de las demás y preservándolas en la ilustre gloria del Elíseo. Los gemelos Lino y Lana, los dioses arqueros, patronos de los cazadores;

también destacaba él por ser el soberano de poetas y de augures. Lino honraba a quienes poseían la Vista, la habilidad de ver lo que no puede verse, oír lo que no puede oírse y percibir el verbo divino. Luego vino la anciana Demris, nacida así mas siempre plena y fértil, pues de su vientre nacieron los bosques y los campos crecieron rápidamente -una vez hubo creado Astarios el mundo. A esta deidad la celebraban los Faerie con tanta religiosidad como la que le profesaban a Astarios. Tras ésta, mi favorita, Thana, la gran Thana, la más querida de todos los descendientes de Astarios. Ella es la diosa de las artes manuales y patrona de la guerra estratégica, contraponiéndose así a su hermano más violento Aerios. A su vera se sienta Malachor, querido especialmente por gnomos y Cíclopes, pues él resultó ser la primera aberración. Nacido ya tullido y con joroba, existe como un semejante de los suyos y uno, a más decir, de gran pasión, ya que también se le conoce como el Herrero. Dicta la leyenda que fue él quien había construido la espada con la cual el Faerie Thamrael acabó con el Señor Supremo Daemon, Thanax. Si esto es verdad o no, yo ni papa. Y si Ida era fuego, su hijo Knaereos era su opuesto elemental. Frío y apacible, era difícil enojarlo pero más difícil taimarlo una vez ofendido; él era el señor de mares, ríos y cualquier cosa que contuviera el sacro elemento. Su hermana Vhishtal era la madre de madres. Ella procuraba el divino sacramento del nacimiento. Los feligreses la reverencian y ella ofrece salvación y protección a madre y cría por igual. Los últimos dos eran Adonaï, dios patrón de borrachos y fornicadores -querido sobre todo en Caledonia, donde tales libertades eran comunes- y por supuesto Ibi, creadora de vinos y licores. Ella era también la esposa de Adonaï, ya que sus naturalezas estaban vinculadas.

Estos dioses no permanecieron en vagancia alguna. De facto ayudaron a su padre a crear el nuevo mundo y disfrutarlo, hasta el día de hoy sin duda, al ser así su potestad divina. A su vez los Hijos e Hijas de Astarios concibieron su propia progenie, tanto divina como mortal. Pero esta no es una clase de teología, si queréis saber más



os sugiero que le preguntéis a algún clérigo o a dirigiros a una biblioteca para ya investigar en vuestro tiempo. No, pueriles mentes, esta es una historia de cómo los Daemon llegaron a ser.

Se les llamaba el mal de los Faerie. Sin embargo eran mucho más que eso; un enfermizo cáncer que se fue extendiendo por Rysia milenio a milenio, consumiendo las tierras que conquistaban, secando las aguas que navegaban, erradicando la vida que tanto odiaban. ¿Cómo pudieron existir? ¿Cómo pudo semejante monstruosidad ser liberada en nuestro bello mundo si no por consentimiento divino? Es cierto. Pues, mientras nosotros librábamos guerras en el mundo, también lo hacían nuestros fundadores en el Cielo.

Con el nacimiento de los dioses, el Panteón de los Doce, como lo conocemos hoy, fue instaurado.

¿Doce?” Exclamó Gothwin, para acotar abruptamente su oración. El silencio reinó y la misteriosa silueta de la oscuridad se apoderó del aula. Con parsimonia comenzó de nuevo a hablar.

“Incierto, ya que no había doce dioses, sino trece. No debemos obviar a aquél que rara vez es mencionado en nuestros textos sagrados; Sustarios, el muy querido hermano de Nuestro Señor.

Tal como existe la luz, también debe existir la oscuridad. Y esa oscuridad se expandió por los negros humores del corazón de Sustarios. Él no veía con buenos ojos lo que había hecho su hermano. A diferencia de Astarios, el Oscuro se contentaba con haber vencido a su padre y feliz era con la única compañía del hermano al que tanto adoraba. A pesar de ello, reconoció las necesidades de su hermano y las aceptó como algo natural, siempre y cuando siguieran gobernando juntos, ya que eran pares en poder y gloria.

Mas eso no era lo que tenía el Altísimo en mente. Nuestro Señor, en su infinita sabiduría, sabía que Sustarios era incapaz de crear nada puro y bueno. Ambos

creaban, desde su trono de poder y a partir de los mismos conceptos e ideales, pero los resultados de cada cual no podían ser más diferentes.

Mientras que Astarios creó la Justicia y la Ley, Sustarios engendró la Anarquía y el Desorden; fuerzas condenadas a enfrentarse eternamente. Ergo Astarios, quien conocía el alma corrupta de Sustarios, ideó la creación de Rysia a sus espaldas”.

“Que brille la luz de la mortalidad” dijo el Señor, y con la ayuda de su esposa e hijos, Rysia llegó a ser.

Primero fueron los mares, luego los picos volcánicos que expulsaron de sus ígneas entrañas los primeros organismos unicelulares. Tras millones de años de creación a escondidas, la vida logró hacerse camino en las aún tibias planicies de Rysia. Astarios e Ida separaron los continentes y los dioses empezaron a construir vida a partir del barro y el lodo. Así pues nacieron los animales en sus respectivos dominios. Aerios les dio la habilidad de cazar y matar mientras que Thana la potestad de huir y sobrevivir. Los dioses trabajaban en opuestos y es por eso que los filósofos creen que lo que mueve al mundo es el choque entre estos opuestos.

Pero aún faltaba algo; los animales bien no podían o no querían erigir sociedades y monumentos. Los dioses necesitaban ser venerados; exigían la construcción de lugares de culto en donde podrían examinar debidamente todo cuanto habían creado. Mas los animales no respondían a sus demandas. Por tanto Astarios decretó que eran indignos de poseer la sabiduría de los dioses.

El barro que los dioses habían usado para crearlos era inferior, tal como los animales eran inferiores. Así que en lugar de emplear materia terrestre, Astarios decidió usar el éter que gravitaba en derredor del Panteón -su mayor obra y peor error. Del mismo éter Astarios encumbró una vida que no era plenamente mortal, mas tampoco perenne.

Del éter nacieron los Faerie.

“¿Se puede saber lo que estás haciendo?” Lo que dijo Sustarios al ver a su hermano sacando del Panteón, cual contrabando, a su nueva raza.

Los dioses ya no podían ocultar su secreto por más tiempo. Astaros le confesó a su hermano lo que había estado haciendo con su familia, alegando que era algo de lo cual él no era capaz. Como bien podéis inferir, Sustarios no se tomó esto nada bien. Enrabiado, huyó a las sombras, declarando guerra santa contra su hermano y su progenie.

Así es como tuvo lugar la guerra de dioses.

No os creáis nada de lo que os digan en la iglesia -yo no lo hago. Los sacerdotes sermonean sobre cómo el Altísimo Astaros superaba a su hermano en todas las facetas y lo envió a pudrirse al Inframundo para toda la eternidad. La batalla fraternal duró milenios casi sin cuenta. La cronología exacta se me escapa, dado que los Faerie no me permitieron estudiar sus textos sagrados la última vez que estuve en sus tierras; lo mismo les ocurrió a mis predecesores y a los suyos.

Lo único factual que sabemos es que fue durante el primer año del reinado del Rey Ingstad cuando las razas humanas lucharon junto a las huestes del Archimago Faerie Aeras, de la Orden de lo Arcano. Pero eones antes de esa batalla, mientras Aerios lideraba en el Cielo a la segunda generación de dioses versus su cruel tío y los Faerie comenzaban a estructurar su civilización y aprender los secretos de la mágika, Sustarios creó un ejército propio.

En vil mofa de su hermano, él también buscó entre el Éter del Panteón. Ahora bien, este éter, como todo en la vida, existe vía fuerzas opuestas. Está constituida por la materia y la antimateria. La primera es la que empleó Astaros para crear a los Faerie. Como Sustarios igualaba en todo a Astaros -muy a pesar de lo que digan los clérigos- también los recién nacidos Daemon se equiparaban a sus opuestos Faerie. Y

emulando el odio que tenía Sustarios por su gemelo, igual de apasionado era el que los Daemon sentían por las criaturas del eterno enemigo de su dios. Hablaban la misma lengua, poseían la misma mágika, pero si el *Fattos* de los Faerie era mágika blanca, empleada para auxiliar y sanar, el *Marevicos* Daemon era una tan negra como sus corazones. La usaban para matar, torturar, desmembrar. Era algo corrupto, usado sólo para mancillar el mundo.

Poco se sabe de los Daemon. Exceptuando al clero, poca gente los evoca; más que un tema tabú, es uno ampliamente desconocido. Hay quienes hasta dudan sobre si los Daemon existieron alguna vez, alegando que no eran más que parte del folclore Faerie o una simple metáfora para explicar el equilibrio entre fuerzas; que donde debe haber luz, también así con las tinieblas. Lo único que puedo decirlos a vosotros es que desde el momento en que ambas razas se encontraron, la guerra fue sangrienta, la carnicería, cruel y la tierra de Faeryaïe tornose roja con la sangre de ambas facciones.

Perduró el conflicto. Los Daemon eran cada vez más fuertes, su avance avasallador. No puedo certificar esto como veraz -nadie puede, ni siquiera los Faerie- pero miles de años pretéritos a Antroporion, los Daemon habían afligido al mundo con abominaciones cuya existencia hoy sería impensable. Sé que de esto remanéis en ignorancia, ya que sólo una minoría de sacerdotes Faerie se atreve a hablar de los alquimistas Daemon, quienes recibían de su maligna estirpe el título de Señores Supremos.

Las capacidades mágikas tanto de Faerie como de Daemon, sus aptitudes, estaban ligadas y eran pares, mas divergían del todo en su uso. Astarios les había dado a los Faerie la habilidad de la conciencia, el derecho a la educación y la moralidad. Obedecían los principia de Justicia y Ley y un uso tan execrable de la mágika les estaba terminantemente prohibido, tal como estaba decretado por los mandamientos Faerie. Semejantes restricciones eran consideradas debilidades por los Daemon. Ellos veían a los Faerie como seres débiles y patéticos, indignos de gobernar

Rysia, mundo el cual deseaban para sí mismos. No tenían tabúes ni los querían. Como os dicen a menudo los sacerdotes, crear vida está permitido solamente a los dioses. Los mortales no pueden hacerlo al ser la suya propia efímera. Los Daemon desecraron esta ley divina y crearon vida. Pero a diferencia de Astarios y su dios Sustarios, no podían crear vida animada a partir del éter o cualquier cosa fuera de lo material. El barro del que nacieron los animales, empero, eso ya era otro cantar.

Ellos no tenían el poder de los dioses, pero sí podían manipular las almas de los animales. Y eso fue exactamente lo que hicieron. Tal como dije, la memoria de los experimentos daemónicos es tan vaga como los propios Daemon y al igual que éstos, también está sujeta a caer en el apéndice de la mitología y la hipérbole. Se cree que a partir de los gigantescos calamares de los abismos marinos crearon al Kraken Abraxas, un monstruo con más de cien tentáculos y del tamaño de una montaña -cuyo poder podía devorar una armada entera; los grifos daemónicos, una mitad aquilina, la otra de león -una auténtica abominación con el poder de oscurecer al mismísimo Igno con los hálitos tóxicos que expulsaban de sus picos; serpientes que podían nadar bajo roca y terruño, cuyo veneno tenía propiedades pétreas, capaces de convertir cualquier tejido orgánico en ese mismo elemento. Y como éstas, muchos otros animales eran convertidos en bestias corruptas y deformes por culpa de esta inenarrable alquimia. Los horrores y las muertes sobrepasaban el cálculo. Al menos según lo dicho y creído.

En resumen, jóvenes pupilos míos, Rysia estaba en llamas y en muerte. Los Faerie perdían la guerra; a pesar del ímpetu de su magia y toda la fuerza de sus guerreros arcanos y la ayuda de los animales que cuidaban y querían, los Daemon resultaron demasiado poderosos.

Y es aquí donde la humanidad adopta un rol protagonista.

En aquel tiempo Antroporiom era un territorio agreste, inexplorado por seres racionales. Los Faerie no podían competir con la brutalidad de su reverso tenebroso; la Orden estaba perdiendo y la raza Faerie en su totalidad estaba ya de cara a su

erradicación.

Astarios, de lleno en su guerra contra el Señor Oscuro, quien ganaba cada vez mayor poder gracias a la fe que le mostraban sus crías daemónicas, decidió nivelar la balanza en su favor. Ni del éter ni del barro, sino del fuerte mármol del Panteón, creó dos nuevas razas: los Dragones, a los cuales les otorgó una ascua de la Pira, y los humanos.

Para moldear el espíritu de nuestros antepasados, mezcló el mármol con un fragmento del poder de su Damantina. Una gota derretida de su Acero en la mezcla, dando como resultado a una raza fuerte y noble.

Así pues la batalla se igualó.

Las dragones eran tan extraordinarios -y rápidos como los cuatro vientos combinados- que lograron aniquilar a los malvados grifos y también a sus superiores, los hipogrifos, limpiando su mácula de la faz del mundo. Los guerreros arcanos, con el apoyo de esa valentía especial que sólo arde en el ánimo de la humanidad, logró presentar batalla a las abominaciones daemónicas; con tal eficiencia que, durante los últimos años de la guerra, tuvieron lugar las Grandes Cazas. Guerreros humanos y Faerie se aliaron en noble causa y, tras arduos esfuerzos, pudieron extinguir esa enfermedad y tanto Sustarios como sus venenosos hijos fueron expulsados a los tétricos mares que nos separan del lejano oeste.

Durante el primer año de reinado del Rey Ingstad I, con la unión de Antroporion y en alianza con la sabiduría y la mágika de los Faerie, los Daemon fueron por fin derrotados. La leyenda asegura que los mares que hoy conocemos como la Tierra Oscura -la cual es de hecho una isla- fue el último envite para las hordas daemónicas.

Astarios, canalizando en sí mismo el poder conjunto de los dioses y de la espada Damantina, golpeó a Sustarios con tamaña furia que la embestida, dada en forma de rayo, sesgó las mismas aguas, abriendo un portal desde las profundidades; creando pues el Inframundo que clamó a las ánimas malvadas, enviando así a Sustarios y su vil

progenie al Infierno que les había tocado habitar desde su propia concepción.

Cuando cerrose el portal, surgió la negra isla a la superficie -un acto para cerrar las puertas abisales para siempre. Una anécdota curiosa es que esa misma isla tiene la forma de un rayo. ¿Coincidencia? ¿Quién sabe? Pero los geólogos aún siguen perplejos por este misterio. Tampoco yo puedo explicároslo, chicos. Tampoco yo.”

Y así dio fin a su monólogo y, como si por arte de magia, el entorno difuminado - el cual, con un simple pestañeo, se había convertido en un enorme campo de batalla en el cual viejos demonios y sus macabras creaciones cometían execrables actos de muerte y destrucción- tornose de nuevo un aula corriente y mohosa.

Todos recelábamos en nuestra quiescencia, absortos por la fabulosa historieta del Archimaestre Gothwin -incongruencias y todo. Nos espetó de nuestro ensimismamiento uno de nuestros compañeros, un joven noble de Epiro, creo que se llamaba Adrián; le preguntó al profesor sobre el paradero de Damantina. Una buena pregunta, pues había sido olvidada con la excepción de la leyenda de que una gota de su hoja había sido empleada para conformar nuestras esencias; pura mierda, por supuesto.

Gothwin felicitó al muchacho con un “muy buena observación, Adrián”, seguido con un adendum. “Sí, una buena pregunta, para la cual, como aseveré, no tengo respuesta -si bien una explicación parcial, la cual os doy encantado, si la deseáis.

Damantina era el arma perteneciente a los dos grandes dioses primigenios. Al final resultó ser el fin último de Sustarios, porque Astaros había concentrado todo el poder suyo y de los dioses en la bravura de la hoja y con el arma sobrecargada envió a su gemelo al Infierno para toda la eternidad.”

“Sí, conozco la historia -dijo Adrián. Lo miré en silencio, como así todos los demás, esta discusión tenía mi plena atención; a decir verdad, esta lección era mucho más interesante que las tediosas clases de lingüística o cálculo-

La oí en misa hace unas semanas; cómo el Altísimo Astaros exilió a Sustarios al

Infierno canalizando el poder divino a través de la espada Damantina”.

“Correcto” respondióle Gothwin. “Aunque estoy seguro de que el párroco de turno omitió la parte más *jugosa* de la leyenda”.

“¿Disculpe?” Preguntó Adrian.

Sí, estábamos todos perplejos, pero al punto Gothwin nos salvó de las tinieblas de la ignorancia.

“Obvio que vuestros curas vende-inciensos y cuentistas no os hablarán sobre el aspecto más interesante de la leyenda referente a la caída de Sustarios. Al fin y al cabo, ésta es un apócrifo prohibido por el clero. Algunas historias alternativas afirman audazmente que Sustarios, antes de caer al abismo, legó una última profecía a su alter ego. Ante éste juró que la misma arma que lo había condenado a él algún día exterminaría a su pueblo elegido; y que un mortal, de qué raza no se sabe exactamente -ya sabéis cómo funcionan estos asuntos proféticos- la empuñaría.

Por ende, con el fin de que la profecía de su malvado hermano no se cumpliera jamás, Astarios lanzó la Damantina al mundo. El arma desapareció de todos los registros y nada más se ha sabido de la espada divina desde entonces.

Y con este fragmento apócrifo, este cuento finito ha” terminó el Archimaestre Gothwin. “Que lo creáis o no es cosa vuestra, niños. Y ahora, con vuestro permiso, pues ya no soy joven polluelo, la clase ha acabado.”



## IV

**H**abía sido una jornada larga y yo sin idea de a dónde había ido a parar el tiempo, puesto que en el horizonte Igno disponía su lecho allende los mares occidentales, a leguas de las tierras de los Cíclopes. Siempre me lo imaginaba como una ígnea sinfonía de himnos alrededor de las islas de los Dragones, con los enormes reptiles alzando sus robustos cuellos y rugiendo bendiciones a su dios patrón.

Salí de mi trance o mejor dicho fui expulsado de él, cuando mi hermano me dio una palmada en mi cuello delgado. “¡Ay!” Grité mientras mi hermano huía hacia el castillo, riendo cual maníaco. Yo lo perseguí, tirándole piedrecitas por el camino; erré cada lanzamiento, era escurridizo mi hermano. *Soren risoteó tácito para sí mientras recordaba la infancia junto a su hermano.*

Corrimos a través de verdes matorrales minuciosamente podados, ambos nos escurrimos, en nuestra mutua persecución, por las puertas principales que protegían el acceso al área del castillo. Los centinelas ni se molestaron en pararnos, acostumbrados como estaban a nuestras pillerías. Tiramos carretas y barriles, lógicamente sin querer, y más de un sirviente se dio de culo en un charco fangoso. Cosas normales en el castillo cuando dos príncipes entraban en estampida después de sus lecciones. Y como siempre ocurría, la misma matrona nos detenía en nuestro avance implacable.

“¡Por las ascuas de la Pira!” Ardió una voz potente y familiar. Enseguida nos detuvimos, erizándose el vello sobre nuestros cuellos; nos habían pillado.

*Ahora sí que la vamos a tener,* pensé. Para ser una mujer considerablemente

oronda, era silente la señora Bienbuena.

Había sido una mujer agraciada en sus tiempos lozanos, eso es cuanto mi madre me había dicho. Se creía que había sido una de las damiselas más hermosas durante el reinado del viejo Rey Ludovico X, mi abuelo. Quizá lo había sido, como quizá había sido y seguía siendo el amor clandestino del Maestro Gayo. Cuanto menos esto parecía ser cierto, mas para nosotros era la rolliza y anciana cuidadora que nos regañaba a diario.

Ah, señora Bienbuena. Siempre estaba allí para censurarnos, mas nunca se chivaba, cuanto ocurría delante de esa vieja señora permanecía entre ella y nosotros, al coste de tener que soportar cómo nos alborotaba el cabello o pellizcaba las mejillas; o la peor parte, cuando nos limpiaba el barro del rostro con un grueso pulgar bañado en saliva. Puaj.

Si la señora Bienbuena había sido una belleza en los tiempos de mi abuelo, eso era algo que pocos, salvo el Maestro Gayo, retenían. Incluso mi madre la recordaba como una dama entrada en años que cocinaba una larga variedad de platos. ¡Y qué platos aquellos! Opíparos estofados de ternera, cocinados a fuego lento con las texturas del boniato, la zanahoria y la cebolla, cuidadosamente templadas con un romero aromático tomado directamente de los campos del castillo; o unas tartas de queso para chuparse los dedos, horneadas frescas y cubiertas con una capa de mermelada de frambuesa. *Soren bajó la mirada al pequeño platillo de carne curada de bestia y suspiró con triste reminiscencia.*

Ostentaba la reputación de ser la cocinera más hábil del reino. No voy a certificar esto; aunque debería, si usamos como alto argumento la opinión de cocineros y expertos venidos de todo Antroporion, solamente con el fin de probar lo que la señora Bienbuena tenía en mente como la próxima delicia mundial. El ver a los mejores gastrónomos de los mundos Faerie, gnomo y humano probar los platos de una vieja sirvienta analfabeta indicaba que estaba, cuanto menos, en la misma cima de la

disciplina culinaria.

No era difícil encontrar a nuestra madre en las cocinas del castillo, siguiendo a la rechoncha matrona a todas partes y tomando notas; ella era, y estas son cuentas de la propia señora Bienbuena, su mejor alumna. No había mentiras en eso, infantes, mi madre sabía cocinar, entre muchas otras artes y disciplinas. Mas a pesar de su habilidad, escasamente era mejor que uno de los pinches mal pagados allá en los Bajos cuando en comparación con nuestra excelente Bienbuena.

“Lo siento, señora Bienbuena” dijimos con son concorde a la vez que nos frotábamos nuestras mejillas pellizcadas a base de bien. “No lo volveremos a hacer”. Mentíamos. ¡Claro que lo volveríamos a hacer! Tanto sabíamos, tanto sabía ella, mas a ninguno nos importaba. Trató de regañar a su propia sonrisa, mas ésta sin querer se expandió por su ancha cara.

Se apartó un pelo cano de su sudorosa faz de ébano, jadeando un poco debido a su tamaño. “Algún día de estos vais a acabar rompiéndoos el cuello, ¿entonces qué les digo yo a vuestro papá y mamá, sus altezas reales?”

Bajamos las cabezas avergonzadamente: entonamos nuestras mea culpas. Tenía un cuerpo que igualaba en tamaño a la masa de su corazón. “Ah mis chiquitines, no puedo veros tan alicaídos, venga, venid con vuestra Mama Betsy -Elizabeth, ese era su nombre aunque sólo ella misma, y probablemente el Maestro Gayo, se llamaba por el nombre de pila- y le daré la vuelta a esos labios fruncidos”. Ávida nuestra alegría al oír eso, significaba que algo rico nos aguardaba.

Como he explicado en ocasión más reciente, las cocinas estaban dispuestas en el exterior, separadas a unos pasos del castillo, con el cual estaban conectadas por una serie de sencillos pasillos. Todo el día aromas dulces y salados perfumaban de los ventanucos extendidos a lo largo de las paredes de ladrillo del edificio menor; por las mañanas tartas y pasteles podían olerse a más de un kilómetro, mientras que venido el mediodía, ternera y cerdo hacían que los estómagos de todos nosotros gruñeran en

hambrienta anticipación; fascinante, a más si eras un infante.

Atravesamos pasillos de ladrillo con un tono cobrizo, a abarrotar éstos con gnomos y humanos por igual; por el camino, Elizabeth Bienbuena pronunciaba sonoras órdenes a un servidor tras otro. Sorprendentemente, la cocina estaba limpia, eso a tenor de toda la gente a la que servía; huéspedes nobiliarios, diplomáticos venidos del extranjero o guardias reales eran sino unos pocos de los que disfrutaban de los manjares aquí elaborados. Mas la higiene importaba poco, lo que realmente nos absorbía cada vez que entrábamos con descaro a las cocinas eran las vistas deliciosas.

La cocina, dicho más apropiadamente -cocinas, estaba dividida en sectores. Estaba la cocina principal, encargada de preparar los platos calientes para la comida o cena, tales eran estofados, asados u olla tras olla de salsas y condimentos.

Mas había zonas inferiores dedicadas a la refrigeración, en donde siervos almacenaban verduras y fruta -cogida fresca cada mañana si no importada directamente de Faeryaie- y trigo, cebada y grano. Allí se preparaban a diario surtidos deliciosos de melón, piña y fresa para satisfacer los desayunos saludables de tanto el Rey como su querido amigo Proteo.

Yo tenía un cariño mayor a otra área de las cocinas: los hornos pasteleros. La señora Bienbuena reinaba soberana en su propio reino gastronómico, nombrada por mi madre jefa de cocina y proveedora de los muchos habitantes del castillo de Krates. Entre éstos nos hallábamos, lo que significaba que nosotros, los hijos de la Reina, recibíamos nuestra buena ración de dulces.

Los regalitos de la señora Bienbuena nunca nos dejaban insatisfechos. Con gusto devoramos la media docena de bollos melosos recién horneados, ofrecidos por ella en un platillo de madera. Ah, los sabores en mis papilas.... Oh dioses, ¿de veras ha pasado tanto tiempo que ya no puedo recordarlos? El calor humeante sobre la masa, un tanto pegajosa por la miel cocinada lentamente en ella.... Me temo que los

tengo en esencia olvidados.

Cocinera mayúscula era la señora Bienbuena, y como tal se regocijaba al ver a la gente comiéndose hasta el último bocado de sus platos, lo cual era inevitable dada la calidad de éstos. Visos de dicha que nos profirió, como solía hacer a menudo, para inmediatamente alborotarnos el cabello con el celo propio de una madre; no le dimos cuenta, ocupados como estábamos en disfrutar cada bocado de sus bollos caseros.

“No comáis demasiados bollos, niños, o arruinaréis vuestros apetitos para la cena. La he cocinado yo misma especialmente para vosotros, mis pequeños pícaros”.

Habló así una de las voces más bonitas que he tenido el privilegio de oír; tan dulce como la miel que se apegaba a mi barbilla y labios, quizá más dulce si cabe.

Todos los empleados de la cocina cesaron sus respectivas actividades y se postraron grácilmente ante la preciosa mujer que habíase adentrado a la cocina -con la excepción lógica de la señora Bienbuena, quien era demasiado vieja y gorda para tales reverencias; no es que no quisiera a esa mujer, probablemente tanto como nosotros -lo cual ya era decir mucho.

Entró en escena nuestra madre, la Reina Dalilah. El sol cándido brilló su negra cabellera, el liviano vestido estival que cortésmente vestía su galante figura parecía danzar en la luz de Igno, ella me parecía a mí cuales flores acariciadas sucintamente por la fragante brisas de los bosques en donde habíase educado.

*Soren contuvo las lágrimas exitosamente, no permitiría que la emoción pertrechara su poderosa y estricta faz, no delante de extraños. Empero, su corazón se desgañitaba en su fuero.*

La Reina Dalilah. Dahlia para sus amigos, de los cuales tenía muchos, podría haber pasado por una mujer en sus veinte iniciada, aunque en realidad doblaba esos años. De no ser por una vida junto a un hombre como mi padre, los estragos del estrés y la edad no le habrían afectado. Escasamente unas finas hebras se extendían bajo sus ojos de un oscuro aceitunado, su piel bronceada no revelaba el más mínimo indicio

de madurez. Si bien admito que esto pueda tratarse de una memoria idealizada de mi madre causando engaño en mi mente ahíta, a mí siempre me había semblado tan perfecta como las damas Faerie alcanzando su mayoría de edad -al menos para su segundo hijo ella era la encarnación de la perfección, la pureza y el glamour.

Por todo esto sé que su ánimo no puede a este día descansar en paz, avergonzada ésta de la cosa en la que se acabaría convirtiendo su hijo. Lo sé porque su espíritu representaba todo aquello que a mí me era ajeno. Era como las ninfas silvanas citadas en textos antiquísimos; hijas de Demris que bailoteaban desnudas en profundidades boscosas, que comulgaban con bestias salvajes y recitaban poemas a los árboles. Su espíritu era tan libre como el de éstas. No importaba si era la Reina, sujeta a los paradigmas monárquicos de una mujer de su posición, los únicos sentimientos en su corazón eran compasión y amor verdaderos. Hago esta clara afirmación porque lo sentía cada noche, cuando nos daba su tiempo al arroparnos en nuestras camitas, algo que podía haber dejado en manos de nuestras cuidadoras, mas no hacía así; muy lejos de mi comprensión estaba y está el amor que Dahlia sentía por sus hijos. Y aún tenía tanto más para dispensar, inmortal la fuente de su amabilidad, tan eterna como su elegancia.

“Porfi, madre” imploró Roderick. “¿Sólo uno más?”

Mi hermano estiró el brazo en busca de un segundo bollo pero tanto la señora Bienbuena como mi madre lo abroncaron sonoramente; “¡Roddy!” Quien bajó tímido rostro mientras yo me reía de él. “No te mofes de tu hermano, Soren” me ordenó. Callé de inmediato. Pero mi madre no estaba enfadada, al igual que la mentora que estaba a su vera, sonreía profusamente. “Mis bribonzuelos, no quiero ni pensar en qué clase de travesuras os habéis estado metiendo hoy”.

“Pero madre” protestó su primogénito, “hemos estado en la escuela todo el día, estudiando duro. Bueno, al menos yo”. Mi hermano me sacó la lengua.

Mi madre pio tiernamente. “Y aún habéis tenido tiempo de sobra para armar todo

ese jaleo allí afuera. ¿Me tomáis por necia? Vi cómo tirasteis a ese humilde trabajador. Ahora quiero que salgáis y pidáis oportunas disculpas al servicio, por los dioses que no se merecen vuestra impertinencia.”

“Veraz, mi señora” contestó Bienbuena por nosotros. “Ahora vosotros dos hacédle caso a vuestra mami o tendré que azotaros los culotes con mis cucharones”.

“Sí, madre” contestamos con una pseudo obediencia, en posición erguida como los soldados más diligentes del destacamento. “Sí, señora Bienbuena” añadimos.

Salimos disparados de inmediato, dejando atrás a nuestra madre y a la vieja cocinera. “¡Niños!” Gritó madre de lejos. Nos paramos y nos dimos la vuelta, su sonrisa era refrescante, sus dientes brillaban cual perlas incluso desde la distancia. “No olvidéis lavaros, la cena se servirá pronto y dudo que vuestro padre aprecie ver a sus dos hijos con aspecto zafio.”

Con la promesa de la cena básicamente canturreamos otro “sí madre”, lo cual colmó de considerable dicha a nuestras mayores.

El carro lustroso de Igno, hijo de Astarios, retrocedía ahora tras una larga jornada de verano. En la distancia las campanas de la catedral de Astarios tañían y en unísono las tiendas cerraban sus puertas una jornada más.

“Alabado sea Astarios que hoy es Viernes” cantó jubiloso mi hermano mientras caminábamos de camino a las puertas del castillo, tras habernos disculpado debidamente a los pobres siervos que habíamos asustado antes.

“Hoy el tiempo se nos ha pasado volando, ¿eh, Roderick?” Dije.

“Para ti seguro, mas no para mí. Odio las clases del Maestro Gayo, son tan aburridas, siempre la misma rutina. Nos empareja como compañeros de prácticas y siempre acabo perdiendo. Lo juro, Soren, que debes estar haciendo trampa. No hay posibilidad en Rysia de que me puedas vencer”.

Mofé una chanza a las tontunas de mi hermano, mas no le respondí. Me detuve

para simplemente admirar el horizonte fabuloso.

En llamas ardía el cielo, o al menos así parecía. El fuego sacro del Panteón, la voluntad del Padre de Todo, se impregnaba sobre los cielos de un azul apagado. Mis óculos sombríos florecieron en esa tintura; podía sentir el ardor por mirar fijamente al deseoso orbe circular que desaparecía lentamente en su lecho oceánico. Pronto la hermana y esposa de Igno, Silene, habría de alzarse de las sombras y brillar cual faro que recordaba a todas las criaturas vivas en Rysia que érase una vez existió un decimotercer dios, Sustarios, Corruptor de la Luz, Traidor de Todo. Mas en ese preciso instante la mitología me importaba nada y menos, menos incluso de lo normal. No tenían significado ni el sentimiento religioso de plebeyos y patricios por igual, ni las investigaciones científicas y la lógica empírica de mis profesores, ni las políticas de aquellos destinados a gobernar y aconsejar, como el hermano que me miraba con alto grado de malicia.

Entonces todo cuanto era, era el ser un joven niño enamorado de la vida; la brisa calma del verano, caluroso más familiar para mi dermis y alma, me acogió en una agradable sensación de paz y tranquilidad. La brillante luz del dios solar me miraba a los ojos. Tal como yo a ella, un último vistazo antes de la necesaria despedida. Inhalé cada rayo y permití que tocara mi piel y bañara mi cabello. Mi crin, carbón ardiente en ascuas de una luz estival.

Ese singular momento de solaz vida se evaporó cuando una pequeña y sudada mano me golpeó.

“¡Ay!” Gemí airadamente. “Roderick, perro”.

Mi hermano resolló sorprendido, su boca abierta. Sólo nos miramos un rato el uno al otro, desafío jugueteón en nuestro escrutinio mutuo, su marrón más claro frente a mi oscuridad. Entonces sonrió él profusamente. “A padre que vas, Soren”. Luego partió raudo hacia el castillo; yo también corrí, en persecución.

“¡No osarás hacerlo!” Le grité.



“¿Ah no?” Dijo entre jadeos. “Luego me chivaré a nuestra querida nodriza”.

“¡No! ¡A Doña Puentelargo no!” Exhalé con voz forzada.

“Sip”.

“No si te pilló antes” carcajeé y me aventuré presto en persecución, cercando rápidamente a mi hermano a pesar de mis piernas enanas.

Veréis, infantes, hallo verídica memoria de esto porque creo que se trata de un imperativo. Por dos razones. La primera es porque los momentos que de verdad nos definen, aquellos que deben ser disfrutados mas rara vez lo son, son los pequeños, las cosas consideradas nimias en la vida. Pero más importante es la segunda razón, que ese fue el último momento solaz que obtendría jamás en Krates, mi lugar de nacimiento mas nunca mi hogar. En fin, *suspiro Soren*, uno nunca reconoce la belleza que tiene delante de sí hasta que es demasiado tarde y ésta, perdida para siempre.

Los dos guardias apostados al gran pórtico del castillo -el cual era de madera, a diferencia del impresionante edificio de mármol al que daba acceso- nos dejaron pasar, saludándonos como correspondía, con guanteletes entrecerrados golpeando contra sus pechos metálicos. El contraste entre los caballeros armados y los dos príncipes correteando al castillo estaba cerca de lo embarazoso. Aún estábamos sudados y embarrados y jadeando forzosamente cuando arribamos al castillo. Los guardias trataron de contener la risa, mas ésta se escuchaba del fondo de sus cascos brillantados. Yo también reía.

El castillo era el hervidero de siempre. Seres de distintas razas y naturas ambulaban arriba y abajo, tanto sirvientes como guardias. Las puertas se cerraron tras nosotros mas la oscuridad no nos alcanzó. Un amplio corredor que anexionaba la antesala con la sala del trono estaba acicalada por una impecable alfombra roja; en ecuanimidad escarlata colgaban los estandartes por ambas paredes con el sacro emblema de Krates. Un curioso tropel de mujeres gnomo se hallaban limpiando las ventanas empañadas, el olor a amoniaco era intoxicante. La sala del trono estaba

cerrada, el acero que constituía la puerta se fundía cromática con el blanco mármol a su alrededor.

“Si eso mejor obviamos esta sala” susurré, sin gana alguna de ver a mi padre.

“¿A dónde vamos?” Preguntó Roderick. Mi estómago rugió en respuesta, hallábame hambriento a pesar del dulce tentempié.

“Joder, patearte el trasero sí que azuza el apetito” dije en burla de mi hermano. “Podría comerme un Dragón entero”.

Mi hermano suspiró en airada quiescencia, sus ojos frunciendo violentamente, su rictus ahora más severo. “¡No vuelvas a decir eso, idiota! Los Dragones son una raza sacra. No se les debe considerar como si mero ganado”. En respuesta le saqué la lengua.

“Vayamos a nuestros aposentos a prepararnos para la cena. Me muero por saber qué nos habrá cocinado madre”.

“No puedo hablar por mí, Soren, mas a ti seguro que te dan jabón para cenar, así limpies esa estúpida boca”.

Ambos corrimos por la escalinata marmórea en dirección a los camerinos reales, riendo y constantemente buscándonos las cosquillas.

“No sé cómo retruécanos lo haces, Soren, mas siempre logras enmarañar tu magnífico cabello. ¡Míralo!” Dijo Doña Puentelargo malhumoradamente, tirando de mi pelo con manos diminutas. “Tierra y hierbajos, ¿es esto normal? Se esperaría que un príncipe actuase acorde a la altura de su estación”.

Para ser una gnoma, Doña Puentelargo era una señora bastante pomposa. Tiraba frenéticamente de mi cabello con un peine muy incómodo mientras me enjabonaba todo el cuerpo con una esponja.

“¡Argh!” Bramé. “Tata, no hace falta que me bañe, ya no soy un bebé, ¿sabe?”

“No, pero por el candor del Infierno que sí actúas como uno. Si no puedes

pasarte un día sin ensuciarte desde luego que no eres capaz de limpiarte tu propio cuerpo. Y esa es otra, mírate, ni rastro de carne en los huesos. Debes comer adecuadamente, Soren. Una buena dieta y magnos hábitos alimenticios no se componen solamente de los bollos y dulces de la señora Bienbuena, por deliciosos que puedan ser -cosa que sé por experiencia. Necesitas fortalecerte también con carne y verduras.”

Era pequeño, más incluso que la tata Puentelargo, quien a fin de cuentas era una gnoma; mas a diferencia de mí los gnomos eran más corpulentos, sus tullidas extremidades tan grasientas como pequeñas, lo cual hacía que sus andares fueran bastante graciosos, pues más que andar pataleaban. También eran más anchos de cintura y en la mayoría de los casos sus barrigas sobresalían debajo de sus amplios pechos. Ojalá pudiera deciros más sobre los gnomos, aparte de su historia y mi trato con ellos durante mi vida, mas no puedo. Si madre estuviera aquí, ella sí podría contaros todo sobre ellos, hasta simples trivialidades como sus previsiones a lo largo de las estaciones. Yo había oído que eran especialmente industriosos durante las más cálidas, así en preparación para los inviernos, los cuales eran más duros en el Bosque Blanco que en la capital. Veraz, podría deciros eso y mucho más, pues habíase educado bien al pasar estaciones muchas en ese bosque. Si mal no ando en mi memoria, fue allí donde había conocido a nuestra tata Puentelargo, a tenor de que tenían la misma edad.

Lo que recuento con total certeza es que, con quizá la excepción de la señora Bienbuena, nuestra nodriza era su mejor amiga. Sólo puedo imaginarme las buenas vivencias habidas entre ellas. Recuerdo que mi madre no era ninguna santa; la pureza y castidad que el clero esperaba de una futura reina eran cosas que mi madre nunca pudo aguantar ni aceptar. Probablemente fuera eso lo que había cautivado al frío varón con la que acabó casándose. Cómo tomó lugar semejante matrimonio es algo que a este día no hallo explicación, pues las de mi madre no fueron nupcias concertadas. Por

difícil que resulte creer, se casó con el Rey Ingstad XX por amor.

A pesar de su regio actitud para con mi hermano y yo, sé que Doña Puentelargo tampoco era una santa. Como acabo de decir, poco sé de esa raza a la que tan mal traté, mas otro de sus magnos logros era su célebre sidra gnoma. Las manzanas más dulces crecían en Faeryaïe, pero éstas no eran tan buenas para la fermentación. Por contra, las manzanas del Bosque Blanco -las cuales no eran ni rojas ni verdes, sino los dos colores y ninguno, especial en todos los sentidos- eran naturalmente más agrias al paladar, lo cual las hacían más apropiadas para este brebaje alcohólico. ¡Y qué brebaje este! En años sucesivos a ese día yo mismo me imbuiría en los estupores de esa poción, puesto que podía darle hasta a los cuerpos más grandes una buena patada en el hígado. Y sé factualmente que tanto mi madre como Doña Puentelargo estaban muy avezadas en ella. Muy a menudo oíamos, desde la seguridad de nuestros aposentos, a nuestros padres discutiendo vehementemente; mi padre acusando a madre de una actitud impertinente entretanto que ella, borracha como una gnoma, se defendía atacando la hombría de mi padre, siempre apoyada en esta lid por su confidente gnoma.

No era secreto ni dentro ni fuera de las paredes del castillo que mi padre no aguantaba a nuestra nodriza -y creo que era un sentimiento mutuo, algo de lo poco que yo tenía en común con ella- mas nunca se atrevió a expulsarla, tal era el amor que mi madre sentía por la pequeña mujer gnomo. Eran muy parecidas, esas dos. No en el físico, obviamente, mas sus ánimas eran gemelas; eran mujeres libres, mi madre la Reina más liberal del mundo y Doña Puentelargo una solterona orgullosa.

Hay que entender que el matrimonio era una institución tan importante para los gnomos como lo era en la sociedad humana; de hecho, en la suya las mujeres que elegían una vida soltera eran mal vistas, si no directamente repudiadas. Ese detalle me hizo inferir que Doña Puentelargo no caía bien a los demás gnomos que servían en el castillo.

¿Que si me caía bien a mí? Por supuesto que sí. Mi ánimo era más cercano al de madre que el de Roderick. No me atrevería a decir que era su favorito -yo no era el favorito de nadie- mas obviando el cariz que tomarían mis sentimientos hacia su gente en años futuros, al menos entonces yo sí la quería. Siempre que Roderick y yo precisáramos amparo, ella ofrecía el suyo; nos cantaba viejas odas gnomas cuando éramos bebés, ella me mostraba el mismo amor que madre, sólo que lo hacía a su manera.

Lo que no me caía tan bien era el ser tratado como un crío, ¿y cómo podía ser de otra forma el trato de esa misma persona que habíame cambiado los pañales de bebé, besado rodillas ensangrentadas cuando me tropezaba y caía y remediaba mi llanto entre que me ayudaba a levantarme?

Sí, tengo memorias muy preciadas de mi tata Puentelargo.

No tanto así en el caso del General Proteo.

Esa llamada a la puerta mientras mi nodriza me ayudaba a vestirme.....

Yo estaba quejándome sobre la indumentaria elegida: camisa de seda blanca conjuntada con unos pantalones marrones de lino que me picaban mucho. Imploré a Doña Puentelargo que me dejara ponerme mi bata de noche mas no aceptaba ruegos.

“Ningún príncipe de Krates va a atender a una cena en compañía de sus altezas con las pintas de un vagabundo de los Bajos. Desde luego no mientras yo esté aquí”. Me sometí a su voluntad porfiando protesta.

Entonces una oscura sombra se posó sobre los tiernos ojos almendrados de mi nodriza. El sudor comenzó a humedecerle la faz. Podía presentir la arremetida de eventos nefandos. El repiqueteo sobre la puerta continuó.

“Pasen” dijo ella, mas su timbre no me tranquilizaba en absoluto.

Quiescencia. La puerta se abrió despacio, pude discernir a la figura que se acercaba, un varón. Alto y en forma, mas no en demasía corpulento, pero lo suficiente para matar a cualquier hombre. Constitución esa combinada con la velocidad y destreza que poseía este hombre.

A la puerta estaba, a mi horror, el paladín del reino humano; y a donde llega nuestra memoria histórica, el mejor. El Maestro Gayo era un espadachín de una habilidad increíble, mas al lado del General quedaba en el rango de un simple mercenario, a pesar de haber sido su mentor al modo que hoy era el mío.

La guardia real estaba bajo su mando. Como también el ejército real en su totalidad, salvo las huestes de Arlstad, que estaban bajo el Arl Lovren.

Distinguiéndose del ejército real -el cual también estaba bajo Proteo- con su armadura platina y capas del tono de la almendra con arreglo y bien planchadas, la guardia real revolvía mayormente en derredor del Foro y el castillo. Eran el honor de no sólo Krates, sino de todo Antroporion. Cualquiera con un mínimo de talento para la esgrima y la equitación podía alistarse en el ejército, el cual estaba apostado por todo el territorio kratesiano; mas sólo los mejores oficiales dentro de nuestras filas podían formar parte de la guardia real, compuesta por los combatientes más hábiles en la historia del reino.

Y de estos magnos guerreros, ninguno era la mitad de lo que era el General Proteo. La única figura, aparte del propio Rey, que podía portar áurea armadura, como un pilar de equidad junto al monarca, escasamente un peldaño por debajo de éste en autoridad, era el General de la guardia real. Y ese hombre había sido Proteo. Normalmente el segundo hijo de un Rey de Antroporion era el que heredaba el derecho a este título. Pero, como mi padre había sido el único heredero varón del Rey Ludovico, cuando éste prestó juramento y sintió la corona sobre su cabeza, no pudo hallar a hombre más capaz para el puesto.

En pocas palabras, su título era el que yo aspiraba lograr. Era el segundo hijo del

Rey. No tenía esperanzas ni deseos de obtener el trono para mí, mas este laurel, tan sumamente honorable y deseado, era mi diana. El Maestro Gayo había entrenado al infante Proteo para ese mismo fin, y lo había hecho exitosamente. También me adiestraba a mí para idéntico cometido, mas yo tenía dudas plausibles sobre si alguna vez lo conseguiría.

El General Proteo era a mi padre lo que Doña Puentelargo era para mi madre. Y si los sentimientos de mi nodriza hacia mí eran cariñosos, los de Proteo eran antagónicos en la misma medida. Cada vez que me miraba con esos crueles ojos de hierro, siempre que su voz heladora clamaba mi nombre, podía ver, oír y sentir cerca la sombra de mi padre. Proteo era su leal protector, no el mío -eso me quedaba muy claro.

No calzaba grebas sino botas cuerudas, cada una tan grande como mi torso menudito. Su aproximación me helaba el dorso y el ánimo y hacía que mis dientes lactantes traquetearan, hacía calor mas yo sentí cómo la temperatura descendía a esa misma barrera en la cual el agua se solidifica. Auspicié mi vista lejos de sus facciones de arrugas severas. Sentí una acuciante necesidad de orinar; pensé que iba a mearme encima.

Entrecerré mis dientes aún chirriantes y reprimí mi pavor como bien me fue posible. Alcé el rostro y lo miré a los ojos. *Ya no soy un niño*, me dije a mí mismo, mintiéndome flagrantemente. *No mostraré debilidad, no esta vez.*

Me equivocaba.

“Soren” dijo, su voz silente mas aguda en mis cócleas. “Tu padre requiere tu presencia. A mí, ahora”.

Dio la orden. Postré gacho mi mentón y obedecí. No podía hacer más que eso.

Subimos en silencio por una larga y tortuosa escalinata de piedra. Yo había pensado que Proteo me iba a llevar a la sala del trono. Había asumido mal y debí haber

intuido el peligro ab initio. Mi padre no soportaba estar en mi presencia, menos aún si tenía que ser en el epicentro del honor de Antroporiom, en donde el futuro de la gente del reino se decidía casi a diario.

A veces quería creer que se debía a una tibia piedad que me daba mi padre; el no observar demasiado a menudo y por demasiado tiempo el espectacular trono, un asiento que jamás habría de ser mío. Mas eso era demasiado bueno para ser cierto. Sé que Roderick había pasado copiosas horas allí junto a él, los dos a solas; carente la gran sala de hasta los guardias más leales. Roderick trataba de ocultarme esto, mas yo sería menudo, y de seguro cabezota, mas nunca estúpido, por lo menos no esa clase.

Allí es donde mi padre, mi justo y perfecto Rey, aderezaba a mi hermano mayor para ese destino que no había de ser el mío, o cuanto menos eso pensaba entonces. El monarca y su heredero podían pasarse horas en esa sala. Cuanto discutían, de cuanto hablaban, siempre será un misterio para mí, ya que mi hermano jamás compartía conmigo sus vivencias con padre. Indudablemente para no herir mis sentimientos, mas su silencio era peor que mil dagas atravesando mi débil pecho. No hallé en eso rencor hacia Roderick, sino hacia mi padre. Cuánto necesitaba la atención de padre y cuánto temía estar en su presencia.

“¿A dónde nos dirigimos, General?” Inquirí con modales preceptivos.

Con la voz rasposa tan suya, mancilladas sus cuerdas por años de experiencia, me dijo: “a mis cuartos, tu padre y yo hemos tenido un diálogo y él está allí actualmente”.

“¿Diálogo?” Pensé. Me preguntaba qué tramaban, qué es lo que podrían haber estado discutiendo. Ciertamente, Antroporiom estaba en paz, no se habían librado guerras durante el reinado de mi padre desde la rebelión de Egberto Jones. Aunque también era verdad que a menudo el Rey y su General se reunían en privado para discutir algunas decisiones militares menores; mas llámalo como queráis, la guerra es la guerra.



Era consciente de esto porque siempre que veía a Proteo no podía evitar admirar sus bellas espadas de acero que colgaban a cada lado de su ágil cinto. No eran para nada como las grandes espadas que muchos caballeros blandían por todo el reino, ni la imperante hacha de batalla usada por Arl Lovren -hombre del cual hablaré llegada la ocasión apropiada. Éstas eran menos poderosas mas en las manos de Proteo creía firmemente que el verlas desde la facción equivocada en el campo de batalla debía ser algo aterrante. Sólo podía intuir cuánta sangre habían saboreado esas hojas, y con qué elegancia debieron de haberlo hecho en los firmes y veloces puños del General Proteo.

Lo temía no menos que a mi padre -y de igual manera lo admiraba. No me caía bien este hombre y creo que el sentimiento era mutuo, mas su postura orgullosa, sus hombros rectos y fuertes y su cabeza siempre alta, producto de un honor y una dignidad sin semejante, imponían respeto aun entre quienes lo detestaban. Mi padre había traído la paz al reino y Proteo la protegía, de una manera justa si requerida, implacable si fuere menester.

No sólo bandidos y piratas amenazaban nuestros pueblos y asentamientos, si bien éstos de por sí no se alejaban mucho de las tierras costeras. Desde las profundidades del Bosque Blanco había surgido otro enemigo.

Como establecieron nuestros historiadores: desde que los gnomos descubrieron su pasado como los enfermos de Antroporion, habían librado guerras contra sus reyes; rebeliones sofocadas ha eras. Aun así, una vez la semilla del odio hunde sus raíces profundamente en el corazón de una persona, ora gnomo ora humano, la única purga para tal sentimiento es la muerte.

Esa es una lección que aprendí muy bien, infantes.

Los ejércitos gnomo no eran más que una memoria lejana para nosotros, mas había quienes recordaban. Eran una minoría, mas eso no los hacía menos peligrosos. Los bandidos eran seres desorganizados y sin interés en la política, su único objetivo la

casual rapiña y satisfacer su necesidad de asesinatos y violaciones; supongo que yo puedo tristemente dar cuenta de esto.

Los gnomos eran diferentes. La mayoría de ellos coexistían pacíficamente con nosotros. Muchos servían al reino con tanta lealtad como cualquier humano, algunos hasta formaron parte del ejército real y al hacerlo habían jurado tomar armas contra su propia raza si se les convocara a ello. Y creedme que lo hicieron.

Mas eso no espanta a los fanáticos. No estaban demasiado organizados, no eran muchos, mas sabían dónde esparcir su enfermedad. El vientre de nuestra ciudad, los intestinos que separaban la escoria de lo puro, los Bajos, era un sector idóneo para infectar a los más desfavorecidos, los menos educados entre la plebe. Los Bajos eran un paraíso para los demagogos y, como estaba mayormente habitado por gnomos, era un campo tan fértil que la cosecha les resultó muy provechosa. Factualmente no eran poderosos, pero estaban dentro, corrompiendo a la juventud desde las sombras de las que brotaron.

Y es por eso que Proteo era celeberrimo. Creedme cuando os digo que, a pesar de todas mis rencillas versus su persona, de no ser por él la ciudad, o al menos los niveles inferiores de nuestra sociedad, se habría sumido en un caos total. Y de allí el contagio nos habría alcanzado tarde o temprano. Pero la guardia de la ciudad, un destacamento inferior dentro de la orden de centinelas reales, era eficiente. Proteo era un soldado, mas no un simple mandado. Era astuto, era un estratega y el mejor que podía ofrecer la ciudad. Por eso requería a los más hábiles y mejor versados en las ciencias de dar muerte; luchar contra un enemigo foráneo es fácil, mas luchar contra tu propio vecino, eso es el Infierno. No hay enemigo más temible que aquél al que te enfrentas cada mañana mientras miras adentro de la somnolienta verdad del espejo, y tal verdad se aplicaba a Krates. Especialmente allí.

A lo largo de casi tres décadas el General había detenido centenares de atentados terroristas contra la ciudad, la corona y los dioses. Pero el odio permanecía;

es una mácula difícil de ahuyentar, mas Proteo lograba mantener la paz y aplacar cualquier sentimiento antinómico que pudiera invadir la mentalidad común.

Proteo era un soldado, un héroe, amigo de muchos, en especial mi padre, mas eso no cambiaba el hecho de que no me fiaba de él. Y cualquier sensación de pesadumbre que él me imprimía sólo empeoró cuando abrió la chirriante puerta hacia sus camerinos polvorientos. El olor viciado me daba arcadas. Las retuve. Mas las lágrimas que desficiéron mi bravura, esas jamás las podría suprimir -cuando te veía a ti, padre.

No deseaba que llegara este momento. Cada vez que Proteo o algún otro guardia me escoltaba a una audiencia con mi padre, siempre me preparaba mentalmente para este encuentro. Envidiaba a Roderick por el tiempo que pasaba con él, pero dada la mala sangre entre el Rey y yo..... Rara vez quería quedarme a solas con ese hombre.

“Déjanos, Proteo” ordenó el Rey Ingstad XX.

El General se postró ligeramente mientras ceñía el puño diestro al pecho. Aunque eran como hermanos, ambos mantenían las formalidades al máximo cuando en compañía de extraños -y para mi padre no había mayor extraño que yo.

Ergo, quedamos a solas, padre e hijo, Rey y Escarnio. Portaba un chaqué granate, sobre su pecho blandía una digna fila de medallas. Un cinto sedoso color salmón uncía unos bajos de un blanco mate que combinaba majestuosamente con el impoluto rojo arriba y también con sus botas de un negro betún. Su cabello era oscuro, mas no negro como el mío, sino castaño como el de hermano, mas el de mi padre estaba agrietado con hilos canos. Él era el Rey, soberano de todos los pueblos de Antroporiom, y no se alegraba de verme.

“Toma asiento” ordenó. Cumplí con cuanta velocidad pude musitar, correteando hacia la mesita de madera en donde se hallaba mi padre. Al parecer no la suficiente. El Rey Ingstad resolló, disgustado por mi torpeza.

“Me han informado de que tu progreso en clase deja mucho que desear, niño. ¿Es esto veraz?”

Traté de hallar la mejor excusa posible. Mas no, los ojos juzgantes del Rey eran demasiado para soportar. “Sí, padre” murmuré tácitamente, “es veraz”.

“Cuando tu hermano contaba tu edad ya habíase memorizado cada paradigma de las declinaciones Faerie y podía memorizarse textos de segundo grado, tal como yo a esa misma edad. Así que dime, infante, ¿cómo es que eres incapaz de dominar las más simples tareas encomendadas por tus maestros?”

“Padre” gemí hálito lacrimoso, “no soy carne de escuela mas lo intento lo mejor posible, de veras que lo hago”.

Acarició mi padre su mentón de elegante rasurado, como si estuviese ponderando mis palabras, mas su atención estaba en otra parte, cuanto menos eso es lo que me constaba a mí. “Eso significa que lo mejor de ti es insuficiente. ¿Cuántas veces he de recordarte que eres un príncipe de Krates, el reino más glorioso de cuantos haya visto Rysia?”

Quería presentarle argumentos contrarios a mi padre. Yo, por mi parte, creía que nada podía superar a los guerreros arcanos de la antigua Faeryaïe, mas dudaba que mi padre estaba de humor para debatir mitos. Una jarrita de vino y una taza aún más pequeña estaban dispuestas sobre una mesa que por lo demás estaba vacía. El Rey Ingstad vertió una cantidad moderada de vino en la taza y tomó un escueto sorbo. Suspiró, apretándose sus sienes suavemente.

“Cada vez que he de convocarte me asolan las más graves migrañas. He enfrentado a piratas menos problemáticos que tú. Mas se acabó, que esta sea la última vez que haya de reprochar tu vil actitud y total indiferencia hacia tu estación”.

Mi padre sorbió vino otra vez, se lo pensó dos veces antes de soltar la taza y al punto se la acabó. Luego se sirvió otra y repitió el proceso. Raramente veía beber a mi padre; en público siempre bebía agua. Las contadas ocasiones en las que se tomaba

más de un vaso de vino era cuando compartía noches inquietas con su mejor amigo, el General Proteo.

De súbito me sobrevino el sucinto aroma que despertó mi intuición. La idea me era ajena allí y entonces, mas mi olfato infantil denotó un perfume de algo; una tintura de sudor y pasión clandestina. Era un hedor del cual yo mismo sería un experto en el futuro, mas entonces, a la edad de diez, no podía sino inferirlo. Comencé descaradamente a olisquear la estancia cerrada, allende el polvo mugriento y la piedra húmeda había algo más, caliente y mullido. Inspeccionaba y divagaba inocentemente, del todo ignorante de las verdades ocultas que estaba desvelando.

El avergonzado Rey brilló ira por todo el cuerpo. De la nada una mano tanto noble como soldadesca me golpeó la faz.

Me trastabillé miserablemente de mi silla. Incapaz de soportar el poder del golpe que me había dado mi padre, caí duramente de espaldas. Grité en dolor, llevándome una diminuta mano de infante a mi mejilla enrojecida. Evidente era que mi padre no guardaba amor para mí, mas nunca antes me había golpeado, si bien ganas no le habían faltado. Traté de contener las lágrimas pero la agonía era demasiado grande, tanto en cuerpo como en alma.

“¡Crío insolente!” Gritó el monarca, lanzando su silla violentamente al suelo mientras lanzábase él contra mí. El dolor no revertió, sino que tornose pura ansiedad; mis ojos se abrieron cual platillos. Mi padre me agarró del cuello, aullé enloquecidamente cuando hundió sus largos dedos en mi tierna piel.

“¡Padre, no, os lo ruego!” Lloriqueé.

Mi padre no me escuchó, ni lo deseaba. “¿Cómo osas ignorar a tu padre, tu Rey, pequeño demonio?” Rugió.

Me tenía agarrado con tanta fuerza que sin esfuerzo alguno me levantó varios pies de ese suelo en el que trataba de protegerme de su furia. El malestar tornose agonía cuando un dolor relampagueante me atravesó los hombros y el cuello. Podía

sentir cómo sus dedos rasgaban mi piel infantil. Yo seguía gritando y llorando sonoramente, “ayuda, por favor, madre, ¡ayúdame!”

Gritaba, una y otra vez, en pos de su abrazo, luego evoqué el nombre de Roderick, después el de mi tata. Sólo pedía que la tortura cesase. Gemía desesperadamente, implorando por un final, mas ninguna clase de paz había de venirme.

“¡Parte ya con tu llanto, bestia!” Exclamó. Estaba completamente ido.

Me dio un puñetazo tan fuerte en el estómago que se me escapó el hálito de los pulmones y no habría de recuperarlo hasta pasado todo un minuto. Traté de hallar oxígeno pero éste no venía, sólo una bilis que vomité en torrentes violentos.

“¿Qué está pasando?” Es lo que intentaba decirle a mi padre, mientras le rogaba patéticamente que cesara de hacerme daño, mis pobres manos extendidas en petición de misericordia; mas nada pude decirle, verbo aquel perdido en mí mismo.

Intenté escapar de su ira con la idea de arrastrarme a alguna esquina oscura de esa sala, mas el Rey no lo permitió. Cualquier atisbo del hombre recto que gobernaba más con la diplomacia que el acero se hallaba socavado bajo un nubarrón iracundo. Me cogió de los tobillos y me lanzó a través del cuarto como si yo fuera una muñeca de trapo. Aún puedo recordar cuánto me dolió cuando mi frente chocó contra dura piedra y caí violentamente al suelo. No podía sentir sangre deslizándose por mi faz, mas los hematomas sobre mi frente crecían endemoniadamente.

No recuerdo mucho más tras eso. Lo único que puedo evocar es mi padre agarrándome del cuello de mi ensuciada camisa, ahora más gris que blanca, y un puño adulto golpeándome allende el velo de la consciencia. Caí lánguido al suelo, tosiendo un fino torrente de saliva; en ésta se entremezclaba un sufrimiento carmesí que agrió mis papilas. Mis ojos estaban bien abiertos, mas lo único que había ante ellos era una blancura vacua.

Ateneos ahora a mi verbo, infantes. Yo dudaba entonces de que iba a sobrevivir

a esta golpiza, mi padre era demasiado fuerte para un niño endeble como yo; aún me hallo atónito por cómo logré salir con vida, mas hoy maldigo ese día por haberlo hecho.

Al desvanecerme de la realidad, pensando yo que los dioses ya me estaban llamando, sólo quedaba una bruma difuminada en mi campo de visión. ¿Era el Cielo o el Infierno? ¿La vida o la muerte? Aquellas las preguntas que me hacía mientras yacía moribundo. Cuando los espasmos invadieron mis extremidades y mi vejiga dejó de aceptar mi control sobre ella, sólo podía escuchar a un hombre, un monarca, susurrando sus pesares.

“¿Qué he hecho?” Le oí gemir. “Soren” murmuró mi nombre. Escuché cómo su paso aceleraba de un rincón a otro; frenéticamente gritó “¡Proteo!” desde un espacio que semblaba aquél que existe entre universos y mundos.

“¡Proteo, ven aquí, ahora!” Bramó. Oí repentinos el abrir y cerrar de la puerta, y luego el clamor de dos adultos que discutían urgentemente; uno penitente, el otro acusador; cuál mi padre, cuál Proteo, ya no podía discernir.

Todo cuanto puedo recordar después es un par de fuertes brazos cargándome lejos de esa estancia mientras yo caía rendido al sueño, el cual deseaba que fuese el último.

“Oh Soren” resolló Agatha, ella misma al borde de las lágrimas. “Cuánto lo siento”.

Tras ella estaba su hermano, recostado contra las pétreas paredes del hogar abismal de Soren. Duncan observaba al gigante, absoluta su atención para con la historia del ancho héroe. Agatha quería acercarse a Soren y decirle que todo eso había terminado, que no hacía falta sufrir tanto por lo que no puede cambiarse. Mas su aura meditabunda comandaba demasiado respeto. Soren tenía las manos entrejuntadas y sus ojos oteaban más allá del tejido del espacio-tiempo.

Orin rompió el silencio que se había congregado entre ellos. “Sigo sin poder

creerme que fueras tan chiquitín. ¿Seguro que no te estás inventando todo esto? Lo digo porque cuanto he oído sobre el Rey Ingstad era en realidad bastante bueno.”

“¿Tan necio eres como para creerte tu propio verbo, Orin?” Argumentó Duncan, evadiéndose de su propia meditación para abroncar a su joven pupilo. “Soren no está hablando del Rey Ingstad, el Vigésimo de Su Nombre, glorioso monarca de Krates, sino de su padre”.

“Sí, lo sé, Duncan” replicó Orin, “mas los libros que estudiábamos sobre los magnos reyes de Antroporion...”

“¡No te creas todo lo que halles en un libro!”

“Ya, si lo sé, pero tú mismo me recomendaste ese libro...”

“¡Basta, os lo ruego!” Intervino Agatha. “¿No veis que Soren está sufriendo?”

Los dos hombres, joven y anciano, dejaron de refunfuñar. Duncan sonrió cariñosamente a Agatha. “Tienes razón. Por favor disculpa mi falta de empatía hacia nuestro anfitrión”.

Soren miró a Agatha, atreviéndose a imbuirse en sus ojos cerúleos. En una fracción de segundo, una especie de reconocimiento; ¿calor quizá? No duró mucho.

Rebufó indecorosamente. “No sientas pena por mí, niña” dijo. “Sólo escucha, escuchad todos”.

Los tres viajeros asintieron en silencio. Soren continuó su triste discurso.

¿Detuvo el hecho de que mi padre recién me había dado una golpiza en los cuartos de Proteo de humillarme durante la cena? ¡Bah! ¡No! No tenía deseo alguno de pasar otro momento en su presencia, mas las cenas reales y el protocolo que se escondía en cada esquina de mi vida me obligaban a ello. Estas cenas se celebraban en una sala más pequeña que la del trono, que además servía para agasajar a invitados en bailes y otros eventos sociales; allí, junto a su Rey se congregaría el



cuerpo de la nobleza de Krates, y también delegados e invitados de otras urbes de la nación. Mas esta no era tal ocasión, sino otra noche de verano en el castillo.

Os estaréis preguntando cómo es que seguía en pie -y qué decir de vivo- para asistir a la cena con mi familia. Yo no estaba en condiciones para comer, mas era un mimo decente. Evidentemente, os podéis hacer una idea de la horrorizada reacción de mi madre cuando me vio entrar al comedor, apaleado, amoratado y en todo roto.

Había tenido más suerte de la que había anticipado inicialmente. No había sufrido daños internos. Proteo me había llevado raudo a la enfermería. Una pequeña legión de gnomos -para sorpresa de nadie, Doña Puentelargo no había sido informada- había tendido a mis heridas con sumo cuidado y en un silencio respetuoso mientras me aplicaban un ungüento muy calmante que al tacto era frío mas gradualmente me instituyó con el cálido vigor requerido para arrastrarme -a duras penas- de mi camita.

Mi rictus, una composición violenta. Mi ceño y sus derredores estaban enrojecidos pero máculas púrpuras y azules ya estaban empezando a asentarse sobre mi dermis. Mi nariz se había roto mas los gnomos, siendo éstos cirujanos sobresalientes, habían podido encajarla de nuevo en su sitio -y doy gracias a los dioses por haber estado inconsciente cuando esto acaeció. Mis labios habían engordado el doble en tamaño, apenas podía abrirlos.

Me había despertado con la sensación de que Ragnarök, el martillo legendario del belicoso Aerios, me había destrozado las sienes con su furia divina. Apunto había estado de creerme en la presencia del dios; mas *sólo* había sido el semblante estricto del General Proteo.

Hallábase sentado sobre un pequeño taburete de madera, todavía con su armadura equipada. “Estás despierto” me dijo con timbre monocorde. “Bien”.

Yo no le dije nada; quería insultarle, reprocharle su cobardía por haber dejado que transcurriera semejante brutalidad. Ningún rey debería tener derecho a cometer tales acciones, ni siquiera uno tan querido como mi padre. Ojalá le hubiese escupido en

la cara, diciéndole cuánto lo odiaba. Mas de mi boca sólo manaron balbuceos incoherentes.

Había entonces tendido su mano a mi faz, sorprendiéndome con un gesto del todo insólito. Por un segundo llegué a pensar que iba a acariciar mi cara amoratada y cuerpo violentado; de nuevo erré, tan joven y ya tan equivocado.

Se limitó a cogerme el mentón y girarme la cara a ambos lados, examinando mis heridas con calma militar. “Sanarán” afirmó. “Un par de días de reposo y estarás bien”. Sus dedos apretaron mis mandíbulas, causándome un nimio dolor, pero lo que más me afectaba era el olor; ese hedor misterioso rezumando de sus cuartos, de su lecho. De mi padre. Bien no podía entender mas una parte de mí lo reconoció por lo que era.

Había intentado evadirme de su vera, mas hallábame flojo en demasía. Eso me había irritado tanto que me mordí el labio, provocándome pues otra corriente de miseria.

Luego Proteo se había levantado. “No puedes contarle esto a nadie, no por el bien de tu padre, sino por el de tu patria. Le dirás a tu madre que te ha asaltado un grupo de campesinos envidiosos, cualquier detalle de participantes, lugar y hora te lo dejo a ti; que no sea inverosímil.”

Tras haber dado a la servidumbre órdenes subsecuentes de que me bañaran y me vistieran de nuevo, me dio la espalda y partió.

Y yo mi cuento lo conté bastante bien. No me atrevía a mirar a mi padre, mas sabía que estaba prestándole sutil atención a mi recontar sobre lo que *había pasado*. Realmente la ironía era amargamente graciosa; sospecho que era la primera vez que había atraído su interés a tal punto. Escupí lo que aún mantengo como la trola perfecta. Le dije a mi madre que me había asaltado un tropel de niños campesinos que estaban pasando el día en la capital mientras sus padres comerciaban con cualesquiera que

fuesen los enseres que vendiesen. Cinco versus uno -quería mostrarme bravo y fuerte, por lo menos a los ojos de madre- nada había podido hacer para evitar la golpiza resultante.

No falté en firmeza y permití que mis moratones y mi estado debilitado dieran peso a mi mentira. Mas aún ella no se la creyó. Agrio rictus expresó su rostro cuando ésta torció en dirección a mi padre, diciéndole con ello mucho más de lo que podía expresarse con verbo. Mi hermano también estaba preocupado mas, a diferencia de madre, sí se tragó mi historia.

“Soren, no aflijas el ánimo -me dijo con amor; cuán viva melodía era su voz, no podría haberle querido más de lo que le quería entonces, deseaba abrazarlo, llorar en sus brazos, mas con mi padre mirándonos era incapaz-

Ya nos las veremos con esos bribones; les daremos una buena tunda, ya verás”.

Cuánto deseaba contárselo, a él sobre todas las personas; no sé si fue la cobardía la que me detuvo, pues nunca llegué a decirle cuanto había ocurrido. Temía que no me creyera, que me reprochara por hacer una acusación tan fría contra mi padre.

También temía que sí me creyera; eso sería verazmente peor. El amor que sentía Roderick por ese hombre era demasiado grande; la realidad que había sido su simple y consentida vida se derrumbaría ante él y dudo que Roderick fuese lo suficientemente fuerte para resistirlo. Por ende la triste verdad de lo que había transcurrido se quedó entre Proteo, mi padre y yo mismo. Y mi madre. Bueno, y ahora vosotros.

Pena que un día tal hubiese sido elegido por los dioses para que yo sufriera una experiencia cercana a la muerte. Mi madre había cocinado hígado con cebolla, guisado aromáticamente en una dulce salsa que la señora Bienbuena le había enseñado ha años. Era con diferencia mi plato favorito. Mas ya podrían haberme servido un gran plato caliente y humeante de heces fritas de caballo; habría sabido igual. El aroma

agrio y cobrizo de sangre sobre mis papilas gustativas. La mía. En ocasiones discretas mi madre, quien estaba sentada a mi vera, me acariciaba tiernamente mi faz golpeada con cálida mano, entretanto que padre hablaba con Roderick en lo que parecía un coloquio íntimo para bien exclusivo de sus oídos.

La miré a ella, quien sonreía, mas no había dicha en su semblante hermoso. “No te preocupes, mi querido Soren” dijo y al hablar ella mi corazón crepitó un poquito. “Ya estoy aquí y nadie volverá a hacerte daño, ¿vale?”

Asentí, mas ahora sé que esas palabras no eran sólo para mi entender. Viraba ella de vez en cuando miradas plenas de inquina hacia mi padre. Éste hacía como si no se diera cuenta. “Soren” me llamó la voz angelical de la compasión. “Tengo una sorpresa para ti”.

“¿Sí, madre?” Dije, simulando un mínimo de interés; esfuerzo que hice por ella.

“La señora Bienbuena y yo hemos estado laborando duramente, mas sólo para ti y Roderick os hemos preparado nuestras famosas migas de manzana”.

Se le erizaron las orejas a Roderick. “¿Has dicho migas de manzana?” Clamó, salivando cual cánido macilento. Madre asintió felizmente. De repente nos habíamos olvidado de que el Rey estaba allí; eso no parecía alegrarle.

“¿Con nata o natillas?” Bramó mi hermano, a cada vez más emocionado.

“Ambas”.

Mi hermano saltó de su asiento -algo que me habría costado muy caro de haberlo hecho yo- y correteó frenéticamente hacia mí. Me dio una palmada en la espalda, gemí con gran displicencia. “Lo siento, hermano” canturreó. “Pero ánimo, que hoy vamos a comer migas de manzana”.

Yo no podía compartir el entusiasmo de mi hermano. Quería sentir enojo contra él por obviar mi dolor, pero mi madre me guiñó un ojo, como si me estuviera pidiendo que no se lo tuviese en cuenta. Roderick era así y nada se le podía hacer. Simulé una sonrisa. Pues él me quería y yo le quería a él -por ende le dejé hacer.

Intenté comerme las suaves migas, las cuales había bañado previamente en copiosas fuentes de fresca nata para ablandarlas aún más. De veras que lo intenté. Dioses saben que yo era el mayor admirador de los dulces de madre -después de Roderick, quien era el primero en eso y en todo lo demás- mas no podía soportarlo por más tiempo.

“Madre” exhalé entre labios hinchidos que no daban para más.

“¿Sí?”

“Ruego lamentos, pero me hallo muy enfermo. Permiso para irme”.

“¿No vas a comerte las migas? ¿Estás seguro?” Preguntó Roderick.

“Sí” respondí.

Mi madre me apretó suavemente la mano, tomándola entre las suyas. Luego me besó la frente, la cual parecía sanar milagrosamente con el tacto amantísimo de los labios de una madre. “Por supuesto que tienes permiso, con todo lo que has pasado. Tranquilo, te guardaré una porción o dos”.

“Gracias madre”. Con dolores -y la ayuda de mi hermano- logré levantarme de mi cómodo asiento, ávido por ver finalizada tan horrible jornada.

“¡No tienes permiso!”

Mi hermano y yo nos detuvimos en seco. La barítónica vociferación de padre; el Rey Ingstad, el Vigésimo de Su Nombre, era demasiado de afrontar. Gimoteé. Pude sentir los nervios de mi hermano cuando me adherí a su estatura mayor.

“Siento vergüenza, como monarca y como padre. Ningún hijo mío se comportará como un miedica en presencia de sus superiores. Es indigno de un príncipe”.

Mi padre cesó verbo para tomar un pequeño sorbo de su copa de plata, a medio llenar del mismo vino que había estado tomando durante nuestro encuentro previo. Se escanció más, para ingerir y saborear mejor la comida de mi madre. Mas esta vez era su turno para mirar con ojos acusadores a su esposa, con un hilo de salsa bajando por su barbilla.

“Es como si no fueras hijo mío” farfulló, hablándome a mí.

¿O era a mi madre? Dahlia enrojeció mas no puedo asegurar si fue ira o vergüenza la que la poseyó. No expresó fonema alguno. Mi padre siguió comiendo. Trincho la carne tierna y rojiza con vigor, vi cómo asía los utensilios con rabia, podía sentir su enfado.

“Te han dado una paliza” prosiguió. “¿Y qué? En mi día Proteo y yo recibíamos heridas más severas cuando luchábamos bajo la atenta mirada de Gayo”.

*“Y en vuestros camerinos también” rio Orin disimuladamente, al punto acallado por Duncan.*

“Desde luego eres una gran decepción, Soren” dijo.

Como hojas sacrificiales de áurea muerte degollando al ganado durante las estaciones pluviosas del otoño, en las que los sacerdotes oraban a Demris en busca de su favor y a Astarios que está en los cielos, de igual manera el afilado verbo me punzó el corazón. Había tenido que soportar su indiferencia, su arrogante desdén, por años, mas eso no podía compararse con esto. Mis ojos abundaban en tristeza mientras que los suyos auspiciaban el odio. Y otro sentimiento se alzó en mis fueros anímicos, uno mucho más negro, la ira. ¿Cómo osaba llamarme una decepción y hacerlo mientras mentía sobre lo que me había pasado previamente esa tarde? Pensaba que no podía odiar a ese hombre más de lo que lo odiaba ahora. Otra amarga gracia del Destino.

Mi madre saltó de silla; ardua en su indignación, silencio, aquel que dormía en su ánimo, ahora roto. “¡Ingstad! Cómo osas....”

“¡Calla, mujer!” Exclamó él.

*¿Mujer?* Pensé en ese momento. *¿Cómo se atreve a tratar a mi madre de esa forma?* Eso es cuanto quería decir, mas no pude.

“Soren” dijo él en mi lugar, resumiendo dicción fatal. “¡Eres de facto mi cruz! ¡Una flagrante mofa de todo lo que supone ser un servidor del pueblo!

¿Acaso piensas que tu título te da licencia para hacer lo que te plazca? ¿A

pasarte tus días callejeando por tu ciudad, actuando como si tú fueras el Rey?

¡Bah! No me hagas reír. Aun si fueras el heredero a mi trono -y todos los días doy gracias a Astarios de que no es así- un monarca tiene responsabilidades para con sus vasallos. Tal como los hijos del granjero aprenden a tratar el ganado y a arar los campos para la subsistencia del reino, tal debe ser como un bravo monarca ha de comprender las maneras de la espada y las del raciocinio adecuado para el liderazgo.

Y aunque es verdad que sobresales en lo primero, cuanto menos eso he de admitir, tu falta de enfoque y concentración te convierten en candidato paupérrimo hasta para liderar el ejército más pequeño”.

“Espera un momento, *esposo*” protestó mi madre, interviniendo desdeñosamente versus su esposo y rey, tan valerosa como siempre. “Soren es tan sólo un niño. No puedes esperar tanto de él a estas alturas”.

“¿Cómo osas interrumpirme, *esposa*?” Disputó él a mi madre con total falta de esa amabilidad que muchos de sus vasallos aseguraban que poseía.

Mi madre debió haber sido la líder y monarca, mas por la ley sálica de la humanidad, tan distante de las leyes del pueblo Faerie, una reina era poco más que una muñeca de porcelana, una cara jovial y voz piadosa para calmar a monarcas irritables, mas vacuas en su fuero. Quizá haya sido ese el caso con reinas pretéritas, mas no el de mi madre.

“Te interrumpo, *esposo*” escupió, “porque me corresponde hacerlo.

Tú lo dices constantemente. Ningún rey puede hacer cuanto le plazca, por poderoso que sea. Y ningún rey tiene derecho a tratar así a un infante, menos si cabe cuando se trata de su propio hijo. He allí la cuestión, Ingstad. Soren todavía es un niño”.

“¡Soren es un príncipe!” Gritó un sabio que ignoraba el sabio consejo de su esposa.

“Pero no más.”

De repente cesó verbo para retomar su aliento y su humor que parecíase verazmente perdido. Se terminó la copa de vino y se limpió el mentón rabiosamente, frotando con vehemencia en demasía. El Rey recuperó algo de serenidad cuando el vino ascendió a su distorsionada mente. Entretanto mi hermano, que aún me asía fuertemente, permaneció quieto, poco acostumbrado a ver así a su padre.

“Muy bien” murmuró. “Si tanto le quieres, todo para ti”.

“¿A qué te refieres con eso?” Preguntó mi madre desafiadamente, seguía de pie.

“Soy el Rey y soberano de todo Antroporion, y como tal me compete tomar decisiones difíciles. Sabed esto, Dahlia, Soren, Roderick -pronunció el nombre de mi hermano con mucho más amor que el de mi madre o el mío-

Esta decisión me resulta pesada en el corazón, aunque algunos no os lo creáis”. Pausó de nuevo, deliberadamente; permitiendo que el silencio nos consumiera.

“De aquí en adelante continuarás solo con tu entrenamiento con Gayo. Sería una pena que malgastaras tu talento contra los niños nobles de tu clase. Mas no te lamentos, le daré órdenes a Gayo para que halle oponentes más aptos, entonces quizá aprecies estas heridas nimias que hoy sostienes”.

El fuego enardeció de nuevo en mí. Estuve cerca de hallar el coraje para decir la verdad allí mismo. Mi padre lo sabía también; lo vi agitarse nerviosamente en su asiento. Sin embargo eso no amainó su temperamento.

“En cuanto a tus otras lecciones, el saber intelectual esperado en un niño de tu estatus está ausente en ti.

Por tanto cualquier lección que desees aprender, podrás hacerlo en tu tiempo. Eres un impedimento para los futuros líderes de tu patria; más importante aún, eres una auténtica molestia para mi verdadero hijo y heredero, Roderick”.

Una silente indignación me apresó, mas la de mi madre no era tan taimada. “¿Cómo puedes decir eso?” Gritó, esta vez sin suprimir el volumen de su voz. “Es



imposible que el Maestro Héctor te haya dicho eso”.

“Tienes razón, mas solamente porque Héctor es un buen hombre y está claramente nublado por su cariño hacia mi hijo”.

Deseaba participar en esta terrible disputa, quería decirle a mi padre que el Maestro Héctor se pasaba la mayor parte de sus clases aleccionándome y haciéndome quedar mal delante de los demás alumnos; mas si apenas tenía las fuerzas para estar de pie, menos todavía para soportar esto.

Al seguir hablando mi padre, mi inocencia se desfizo, cada palabra que vomitaba su boca monárquica hería mi ánimo infantil, marcándola de por vida.

“Quizá Héctor no haya dicho nada, por ende líbralo de cualquier rencor que puedas guardarle y culpame a mí -y a mí solamente.

Un buen rey debe saber todo sobre su reino y cuanto acontece en cada esquina de éste. Cuanto transcurre en nuestras academias no es menos secreto. Soren es un necio y de haber nacido en una familia más humilde, no habría servido para más que carne de ballesta.

Es un guerrero, mas un peón y no un general. Empero, es desgraciadamente un príncipe y por mucho que desearé hacerlo, por el bien del reino y del futuro Rey, no puedo simplemente despojarlo de su título.

Si desea cultivar intelecto, puede acudir a ti o a cualquier otra persona del servicio. Mas de hoy en adelante, Soren, te prohíbo que atiendas a más lecciones y a más digo, de por vida te queda terminantemente prohibido poner pie en cualquier academia de estudios superiores. Tu lugar es el campo de batalla. Luego así sea.”

El Rey se levantó de su cena a medio acabar y confirmó su decisión ante toda la familia real. Mi cara estaba muy pálida -y no debido a mi débil estado. Busqué los vacuos ojos de mi hermano. “Roderick” le susurré; “ayúdame”. Pero él temblaba por el terror, incapaz de creerse lo que acababa de oír y presenciar.

Mi madre por otro lado avanzó imperantemente hacia el Rey. “Eso no es justo,

Ingstad” tronó.

Mi padre, todo un pie más alto que ella, parecía empequeñecido, el ímpetu de madre era imponente hasta para reyes y nobles.

“Esto es como ha de ser” dijo él severamente, mas una traza de pena, quizá aparente, se hallaba en su voz.

“Mientes” replicó ella. Mi madre templó su pathos en escalada, probablemente porque sabía que un talante más sutil apagaría la ira del Rey, adhiriéndose ella a la pequeña esperanza de que él, aunque haya decretado esto, lo había hecho en privado. El daño podía aún deshacerse.

Estaba muy equivocada.

“Cuanto se ha decretado no puede desdecirse, al menos no según los preceptos reales. Si tu hijo quiere llenar su cabeza hueca, que busque saber contigo o con tu escolta gnoma. Pero las brillantes mentes de nuestra academia no han de desperdiciarse en un niño con tan poco talento. Como segundo hijo, le ha tocado en mor de su eslabón jerárquico el aspirar al liderazgo de la guardia y los ejércitos, mas para lograrlo primero necesita enfoque, disciplina. Por su propio bien debería dedicarse en cuerpo y alma a esta sola meta.”

Padre concluyó y no había lugar para la refutación y el razonamiento. Mi madre agachó la cabeza, disgustada -derrotada. El Rey abandonó la sala en silencio. No había nada que pudiera hacer, ni mi madre ni Roderick. Si los puños de mi padre violentando mis débiles e inocentes huesos no eran de por sí razón suficiente, sus palabras amargas y venenosas demostraban con absoluta certeza cuánto me odiaba.

Poco más recuerdo de esa jornada. Salvo el despertarme en medio de la noche - a qué hora exacta no os sé decir. Me erguí de una almohada anegada en sudor que se apegaba a mi piel y cabello. Espasmos de una pesadilla tenebrosa conquistaban mi

cuerpo. ¿Había sido todo un sueño? A lo mejor mi padre no me había golpeado y luego abandonado como si fuera un vil bastardo. Deseaba que fuera así. Pero el dolor recurrente que azuzaba mi faz incesantemente discrepaba con las falsas ilusiones de un niño estúpido. Descuidadamente manoseé mi rostro pulverizado, los manchurrónes rojos estaban ahora evolucionando a un tono más oscuro de un morado azulón, un picor de feroz estrés atravesó la dermis que iba tocando.

Giré el cuello hacia la cama en el otro extremo de la habitación, mi cuello crujió y gimió dolores. Los aposentos que compartía con Roderick estaban tenuemente iluminadas, sólo ardía una lamparita de óleo que titilaba desde la pared más cercana a los ventanales. Sobrada luz para denotar que mi hermano mayor estaba ausente. ¿Era yo realmente tamaña decepción? Tal pregunta era la que resonaba dolorosamente en mi cabeza -una y otra vez. Un sollozo y al punto suprimí la tristeza que me suponía la realidad. Una pompa de mocos explotó en mi nariz. Me la froté con patosidad infantil.

Un trapo me limpió el sudor de la frente. No me había percatado de que no estaba solo. Me sobresalté un poco en mi cama por la sorpresa.

“No temas, Soren” susurró una voz bella, una que a día de hoy apenas puedo recordar, mas eso no quita que clame a ella todos los días de mi existencia desastrosa.

Era mi madre, en una blusa blanca sentada al pie de mi diminuta cama. Me estaba sonriendo. Con eso el dolor huyó, sintiéndome renovado.

“¿Dónde está Roderick?” Tartamudeé.

“Le pedí que durmiese en otro cuarto esta noche, Soren. Lo que más necesitas es un poco de tranquilidad y reposo”.

No contesté. Mi madre me acarició el rostro tal como yo había hecho recientemente, sin embargo esta vez no sentí dolor. Su tacto, diferente al mío, era suave y cariñoso. Cerré mis ojos y saboreé cada momento. Su presencia era verdaderamente agradable. Ronroneé cual minino casero.

“Bébetete esto, cielo” dijo mi madre, la Reina más grande y más infravalorada que hubiese visto nuestro reino. Dahlia tomó un pequeño tazón de una mesa cercana. Tomé un sorbo de su contenido e hice muecas agrias. Estaba ferozmente amargo. Traté de hablar mas me ardían los pulmones, tan sólo podía carraspear.

Rio mi madre. “La verdad es que el brandy es un poco fuerte para un niño”.

“¿Qué es el brandy?”

“Algo que un infante no debe probar jamás..... Pero esta vez haremos una pequeña excepción”. Me guiñó un ojo en señal de complicidad. La bebida había sido destilada personalmente por Doña Puentelargo -eso no era sorpresa. Tenía la sensación de que la cuidadora gnoma y mi madre habían bebido un poco antes de darme a mí la vil poción; bueno, entonces me parecía vil -en años sucesivos esa opinión cambió, como suele ocurrir con niños que han dejado de serlo.

Irremediablemente me tomé todo el tazón. Una vez se asentó el fuerte licor en mi estómago, sentí el calor y la somnolencia que venían con él; irónicamente logré recuperar la cordura aunque mi cabeza viraba y mi visión se emborronaba. Mi madre seguía allí. Pude ver el amor en sus ojos -y la pena. Mas el odio y la vergüenza que mi padre me había mostrado antes no estaban allí. Nunca en ella. Una de las pocas personas que me había querido incondicionalmente; esa era mi madre, la Reina Dalilah.

“Mi dulce Soren” titiló.

“Mamá” sollocé, sintiendo cómo me controlaba la candidez del alcohol.

“Calma, mi preciado Soren, es hora de dormir”.

“Mas no quiero..... No.... Quiero ..... Irme ..... a dormir” mas el sueño me halló sin yo darme cuenta. Mis diminutos párpados estaban forzándome a cerrarlos contra mi voluntad.

“No llores, mi niño” susurró una voz suave y femínea desde la distancia, la cual era más fuerte que cualquier timbre autoritario que pudiera prorrumpir un rey

todopoderoso. “No llores, Soren. Madre está contigo y todo irá bien. Tu padre se equivoca y le rezaré a Astarios, quien está en los cielos, para que se dé cuenta de ello.

Madre te quiere, Roddy también te quiere y aquí hay amigos que se preocupan por ti. Olvídate de tu padre, olvídate de Proteo, dioses saben que yo lo he hecho. Acuérdate de Gayo, acuérdate de Tilly -ese era el nombre de pila de Doña Puentelargo- acuérdate de aquellos que siempre mirarán por tu bien.

¿Que tu padre piensa menos de ti? Demuéstrale que está equivocado, demuéstreselo a todos.

No llores, mi hijo querido. Cuando el camino es oscuro y el futuro, incierto, seca tus lágrimas, pues madre siempre estará allí, esperándote. En esta vida y la siguiente.

Te quiero, Soren.”

Con esas palabras aladas y un tierno beso en la frente, hallé refrescante sueño.

Te quiero, madre, ahora y siempre. Aunque no lo merezca. Al menos deja que te quiera. Madre.

Soren pausó para tragar saliva. La tétrica caverna estaba más oscura que nunca, pero los ojos de Soren reflejaron por primera vez un efímero fulgor, tal era el dolor por la reminiscencia en su corazón y alma. Los tres huéspedes no tenían palabras, mas no eran necesarias. Ellos escuchaban. Y sentían cada emoción lacerante suscitada en el gigante sentado frente a ellos.

Soren resumió sus crónicas.

“Aquello es apenas una sombra en mi psique” dijo gravemente. “Tengo dificultades para recordar, mas con vosotros aquí, mientras hablo, me está regresando”. Pero ninguno de los presentes podía saber que era otra fuerza la que le daba los medios para recordar, un poder que había dormitado en silencio durante mucho tiempo.

“Lo sé, infantes, porque esa fue la última vez que pasé tiempo a solas con mi madre, esa fue la última noche de la Reina Dalilah en este mundo enfermo”.

## V

**N**adie se habría esperado que tan fatal acontecimiento en la historia de Krates tendría lugar en un día tan agradable. Igno bostezaba con su radiancia habitual, hacía calor mas no tanto como podría anticiparse para un estival kratesiano.

Mi madre vestía telas de un azul claro con áureos bordados en las mangas, brazos y cintura. Éstas no revelaban más que la elegante figura de la Reina, quien debía mantener un mínimo decoro que a ella no le placía nada.

El Emporio rebosaba, una rareza a todas luces. Era Sabbath, lo cual significaba que normalmente sólo estaban abiertas las iglesias, dado que se creía que fue tras una sexta jornada de batalla cuando Astarios y sus hijos, tanto los inmortales como los percederos, lanzaron a su gemelo maligno al abismo; siguiendo esta tradición habíase creado este día sacro, sólo otra convención social que servía para regular la tradición y la cronología de las actividades diarias.

A través de los ojos de un niño era un Elíseo de color y luz. Distinguí a los gnomos que iban de un lado para otro. Los mercaderes conducían carretas tiradas por mulas, repletas de toda clase de enseres. Podía oler las heces fundiéndose con el aroma picante de especias traídas de distintas partes del mundo. El fuerte jengibre del Bosque Blanco por un lado, por el otro la sutil dulzura de la canela de las tierras Faerie allende el Arco Malcariano.

Pocas veces en mi vida había visto a un Faerie. Pero allí estaban.

Bellos navíos curvos con forma de cisne navegaron en jovial procesión hasta atracar en el Foro. De éstos surgieron los majestuosos Faerie; y venían hacia nosotros. No eran altos, mas su pelo sublime refulgía a la luz de la mañana estival. Una sinfonía visual de rojo, verde y azul, apuntalada por algún ápice castaño, caminaba sincrónicamente en nuestra dirección.

Pero ante todo recuerdo a Tamriel.

Tamriel el Sumo Sacerdote; su piel era del tono de la caoba, sus ojos blancos como las estrellas del Cielo, entre los iris resplandecientes dos pupilas castañas. Éste se separó del pequeño tropel -asumo que había entre veinte y treinta Faerie- y se dirigió con firmeza a la Reina. Su blanco esmalte, que igualaba a sus ojos en esplendor, se ensanchó con un reconocimiento afectuoso.

“Reina Dalilah” dijo cortésmente, postrándose con ligereza ante la Reina, mas su semblante parecía bastante informal. “Un placer volver a verla.”

Su acento marcado denotaba su origen. Yo no era un especialista en topografía Faerie, pero mi hermano sí. Estaba a mi lado, ambos quietecitos detrás de nuestra madre; allí me informó apresuradamente de que él era un Faerie silvano, de los bosques de Caen que paraban cerca de la ciudadela santa de Toth.

Además era un hombre muy importante. Bien conocido en Krates, de especial renombre entre los académicos. Varios ciudadanos se detenían para observar al líder Faerie desde una distancia respetuosa. Algunos susurraban entre sí mas no lograba comprender qué estaban diciendo. Sí me percaté de cómo un pequeño grupo de sacerdotes que justo estaba pasando por allí -probablemente de camino a comprar incienso para la próxima misa del Sabbath- miraba despectivamente a los enviados foráneos -mucho más a Tamriel, quien lideraba la pequeña expedición. En ese

momento todo eso carecía de significado para mí.

“¡Tamriel!” Exclamó mi madre, exaltada por la dicha, envolviendo sus pequeñas e impolutas manos en las suyas. Era al menos una cabeza más alta que el Faerie, mas eso no significaba que él fuera menos mayestático. Yo me escondía apocado entre las faldas de mi madre, como hacía mi hermano, del todo atónito ante el ser extraordinario que estaba tan cerca.

Hacía calor pero él no sudaba. Era flaco, rozando la delgadez. Mas os aseguro que sus músculos de ébano estaban perfectamente labrados, incólumes de toda deformidad o fatiga; ese era el cuerpo de un hombre que no rehuía al esfuerzo físico. A fin de cuentas era una criatura del elemento tierra.

Mi madre sonrió al Faerie, quien devolvió suntuoso gesto gratamente; he allí dos bellezas distintas en colusión. La multitud plebeya y toda nuestra compañía real, compuesta de sirvientes y guardias por igual, se limitó a esperar a unos pasos de nuestra posición, admirando el encuentro y dejando que las dos celebérrimas personas pudieran disfrutar de su reunión. Yo mismo deduje que este líder Faerie era un personaje de suma relevancia.

Su físico era menudo pero vigoroso, mas lo que realmente le daba ese aire noble que sólo unos pocos obtenían a lo largo de una vida de hazañas y proezas era su disposición. Se erguía su espalda como la de un rey, aunque su sociedad no creía en el sistema monárquico. Por la postura informal de mi madre pensaba que ella era de una opinión semejante a pesar de su título, recibido únicamente por las pasiones de un hombre que la había dejado atrás más veces que no. Veraz, Tamriel tenía el aura de un monarca, mas lo que yo percibía de él no era nada como el terror que me inspiraba la presencia de mi padre.

“Qué grata sorpresa verte por aquí, Tamriel” dijo mi madre. Aparentemente llevaban un rato charlando. “¿Puedo preguntarte qué empresa te trae a estos lares, mi estimado amigo?”



“Desde luego que es una ocasión especial la que me trae a tu reino, Dahlia” dijo el hombre benevolente, miembro de una raza tan pura, “aunque me gustaría venir más a menudo, por desgracia la atención que mi templo requiere es tan exigente que no hallo la ocasión.”

“Veraz” asintió mi madre.

“Pero por fin he hallado en mi hijo Nanayaïel la ayuda que he estado buscando tan desesperadamente estos últimos seiscientos años. Ha escaso tiempo que alcanzó la mayoría de edad y ha decidido seguir mis pasos como Sumo Sacerdote y guardián de los dioses.”

“Estupendas nuevas”.

“Sí, pero aún hay mucho que debe aprender. Y estimo que mi ausencia le hará maravillas, así pueda aprenderse bien sus responsabilidades para con nuestro pueblo”.

Mi madre asintió plenamente. Yo quería preguntarle cómo es que conocía a hombre tan prominente, puesto que las relaciones con el pueblo Faerie, si bien pacíficas, parecían tan distantes; salvo por el comercio y los peregrinajes que hacían nuestros intelectuales a sus tierras -quienes buscaban saber más sobre su vasto conocimiento y sabiduría- apenas se les veía. Mas estaba en demasía impresionado. Roderick sudaba por la emoción, era un devoto admirador de los textos Faerie, un enamorado de las leyendas escritas en su verbo arcaico. Podía sentir en él la necesidad de satisfacer su ardiente curiosidad. Mas no era Roderick quien atrajo la suya. Sino yo.

“Ah, pero si es el pequeño Soren. Cuánto has crecido desde la última vez que te vi. En mi propio hogar, cuando eras tan sólo un bebé en los brazos de mi querida Dahlia. Mas no creas que no te he reconocido, ese cabello resalta en demasía.”

Me hallaba asombrado. No tenía yo constancia de haber estado jamás en el reino Faerie. Y qué extraña fijación con mi pelo la que tenía cierta gente. No podía ser más corriente.

Miró mis heridas con discreta condena, aún en proceso de curación. Doña Puentelargo había hecho magno esfuerzo en maquillar mis hematomas, mas un trauma semejante no podía ocultarse del todo. Mis aflicciones aún seguían tulléndome, a pesar de encontrarme algo mejor. No sé qué clase de medicina había destilado mi madre en esa poción, mas veraz que me estaba ayudando. Por lo menos podía andar, lo cual ya es más de lo que podía decir anoche.

Pero lo que realmente me desconcertaba era el hecho de que Tamriel me conocía. Podía llegar a entender que mi madre y él fuesen allegados, dado que ella tenía una inclinación natural para el viaje y había venturado por muchas tierras cuando era una dama lozana y bella, mas yo supuestamente jamás habíame alejado de las lindes kratesianas, quitando la ocasional estancia en el Bosque Blanco. ¿Habíame portado mi madre a las tierras Faerie siendo yo un bebé? ¿Habíalo aprobado mi padre? Quería preguntarle a este hombre misterico y a la par fascinante cómo podía aseverar esto con tanta audacia, mas mi hermano me interrumpió.

“Maestro Tamriel, señor.... Es un honor conocerle por fin, he leído tanto sobre usted. Yo soy...”

“Ah, sí” respondió de inmediato. “Príncipe Roderick, joven heredero de Antroporion. Es un placer conocerte.”

Tamriel habló con buen tacto hacia mi hermano, y aun cuando éste bombardeaba al clérigo Faerie con ingentes preguntas sobre el folclore y el antiquísimo saber de su gente -preguntas que el sacerdote contestaba con timidez y evitando revelar ciertas verdades- seguía mirándome fijamente a mí todo el rato. Deseaba hablar, preguntarle por qué me estaba observando así, mas no se me dio vez de verbo y, siendo honestos, no tenía las preguntas adecuadas.

“Ruegos, Maestro Tamriel” dijo mi hermano mayor, descuidadamente empujándome a un lado.

“Roddy” exclamó mi madre, regañando a Roderick; si bien a éste no parecía

importarle las regañinas, estaba absorto de todo menos del buen anciano Tamriel. Y digo anciano porque ahora sé que ya había sobrepasado el milenio ha mucho, mucho tiempo. Aunque en apariencia no parecía tener más de cuarenta años.

“Maestro Tamriel” pio Roderick.

El sabio apartó su mirada de mis ojos joviales y pacientemente miró a mi hermano, aún sonriente. “Gran príncipe”.

Los dos se pusieron a dialogar; resultaba gracioso que mi hermano fuera casi tan alto como el Faerie, mas uno era un infante y el otro distinguidamente un sabio, poseedor de un intelecto que sólo podía obtenerse con la experiencia de muchas generaciones vividas en este mundo. Los vericuetos de ciertos aspectos filológicos de algún texto u otro me eludían y me parecían detalles insignificantes. La verdad es que no lograba comprender lo que argüía mi hermano; obviamente Tamriel sí y contestaba con tanta educación como brevedad le era posible, mas era evidente que su atención estaba en otra parte. Me preguntaba qué lo había traído hasta aquí, mas hablar con mi hermano dicharachero no era su mayor prioridad.

“Su futura Alteza” habló con sincero cariño en su corazón. “Profuso es mi pesar por no poder saciar tu hambre de conocimiento, por admirable que pueda ser, mas asuntos pertinentes a mi gente me apremian a seguir adelante”.

“Oh” resolló Roderick en respuesta. Tamriel alborotó el cabello de mi hermano y profirió agradable chanza; mi madre le dijo a su hijo que se calmara, que el Maestro Tamriel tenía asuntos más importantes que tratar. Mi hermano quiso rechistar mas mi madre no se atenia a sus tontunas. Silenció al punto a su impetuoso hijo y luego se dirigió de nuevo a Tamriel. Mi hermano se apartó a un lado, meditando pataletas para sí mismo. Tamriel ciñó sus brazos en los suyos, mirándose ambos fijamente las ánimas, al parecer algo que pudieron haber hecho ha años. Mas esa es una historia que me elude.

“Mi Dahlia” entonó Tamriel. “Marcho ya, pues mi empresa me conduce al

castillo”.

“Le diré a Tilly que disponga los mejores aposentos para ti y tu comitiva”.

“Cuán magno gesto. Agradezco tu hospitalidad, mi Reina”.

Mi madre se ruborizó dulcemente. “Tonterías” respondiolo, “nada podría yo hacer que compensara la gentileza que nos mostraste a Soren y a mí”.

Como niño que era apenas sabía de lo que estaban hablando. Traté de preguntarle a Roderick, pero éste revoloteaba alrededor de la desconcertada comitiva Faerie, quienes no se atrevían a hablarle al insistente príncipe. Al parecer mi curiosidad no iba a hallar respuesta -a semejanza de las plegarias de tantos feligreses a lo largo de los años.

“Otra cosa, Dahlia” dijo Tamriel, “¿podrías pedirle a Tilly si sería tan amable de traerme una jarra de esa exquisita poción suya?”

“¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? Se alegrará mucho de verte” contestó mi madre felizmente, sin atenerse a cualquier noción de que su vida estaba cerca de ser sesgada abruptamente.

Una mano me dio una palmadita en mi cabecita de oscuro cabello. Era Tamriel. Tanto él como mi madre me sonreían; si sólo hubiese sabido que esa sería su última sonrisa, la última vez que sus ojos brillaran con vida, me habría aferrado a ella en un último abrazo. Mas en lugar de eso miraba al clérigo Faerie.

“Espero verte pronto, Soren. Ha pasado demasiado tiempo”.

Mascullé algo mas ignoraba qué decirle a semejante hombre. Tamriel rio tibia nota y para mi sorpresa se agachó, apenas, y me besó las mejillas sudorosas. Luego los Faerie prosiguieron en pos de la ventura que los clamaba.

Roderick observaba con tristeza al tropel Faerie en su partida. Si era respeto, asombro, odio o miedo, no podía decir; la mucha gente congregada en el Foro para en un principio saludar a su Reina y admirar a su primera dama, dio pasos hacia atrás para que pasaran los Faerie. Sin duda eran de una clase distinta a nosotros los

humanos. Cada movimiento, cada paso que daban refulgía bajo sus figuras perfectas. Supongo que sólo sería el impacto de ver a una raza tan ajena a nosotros. Mi madre se despedía de Tamriel agitando la mano informalmente; el Sumo Sacerdote hizo lo mismo. Quizá hubiesen sido dignatarios en sus respectivos mundos, mas entre ellos había un trato que parecía el de la cercanía propia de buenos amigos.

    Mi madre estimaba a tantos, era tan confiada. Esa era su fuerza, su poder -y en última instancia su fin.

    Comprenderlo entonces me era imposible, mas la diminuta figura que se aproximó a nosotros de entre la multitud indudablemente habría de forjar mi futuro, mi destino y en definitiva el de Rysia. Veréis, infantes, los historiadores os dirán que magnos hombres y mujeres, épicas batallas y espectaculares actos de grandeza y valentía son lo que dan forma al mundo, para bien o para mal. Permitidme discrepar, pues tengo buen motivo para ello.

    La guardia obró con la debida diligencia; dos capas almendradas se interpusieron ante el gnomo. “Lo siento, señor” dijeron educadamente, “mas no puede pasar”.

    Veraz, dudo mucho que sean los altos héroes y su grandilocuencia y actos reverenciados los que moldean del todo la faz de la Madre Historia; parcialmente, es posible, mas sólo esa parte de la que dan cuenta los arrogantes eruditos de cada generación. Mas detrás de las escenas majestuosas hay momentos más pequeños y personas de menor estatura y mayor humildad detrás de estas grandes gestas. Y ellos, a su manera, mueven también las ruedas del Destino.

    Palmas minúsculas se izaron patéticamente en alto, con aparente temor. “Sólo deseaba presentarle un obsequio a la reina” dijo una voz patosa detrás del muro de capas.

“Ruegos” dijo mi madre, “dejen que pase el buen hombre”. En primera instancia se mostraron dubitativos, mas obedeciendo la orden, finalmente dejaron pasar al gnomo.

Era un espécimen joven, probablemente de veintimuchos. Ya estaba totalmente calvo y sus mejillas y mentón se frotaban con una larga y enmarañada barba. Sus piernas deformes sufrieron laboriosamente para hacerse camino hacia mi madre; uno de sus brazos rechonchos portaba un ramo tricolor de rosas rojas, rosáceas y amarillas. Mi madre caminó hacia él alegremente.

“Un galardón para vos, majestad” dijo él, entregándole flores que sólo podían provenir de su hogar gnomo, el Bosque Blanco que tanto estimaba mi madre.

“Muchas gracias a vos, gentil señor” habló Dahlia.

Mas ya no sonreía el gnomo. Sólo examinaba a mi madre curiosamente mientras ésta tomaba el ramo y olisqueaba la dulce esencia que de la flora emanaba; tan bellas como aciago el presagio que cargaban. Cómo una criatura tan pequeña y endeble podía suponer amenaza tan grande, cómo algo tan feo podía actuar con tamaña destreza, no lo sé. Supongo que la llama del fanatismo puede hacer gigantes a los seres más insignificantes.

Oculto entre los gruesos michelines entorno a su ancha cintura, un cinto de cuero del cual sustrajo una pequeña daga. El tiempo se detuvo tal como también el hálito en mis pulmones. Yo me había movido unos pasos y por ende no estaba allí para salvarla.

Un grito pudo haber escapado de mi garganta de niño. Mi hermano se giró, su mano aún alzada hacia el tropel Faerie que se deshacía entre la ciudad. El hierro de las espadas se desvainaba con una moción agonizante, las fundas ahora vacuas y el metal centelleante en los guanteletes de nuestros guardianes. Mas acciones vanas aquellas.

“¡Somos gente de paz, zorra humana! ¡Esto es por nuestra independencia!”  
Proclamó el gnomo por lo alto.

Las flores cayeron débilmente al suelo, rotas bajo los pies alevosos del gnomo. La daga estaba hundida en el costado de mi madre, justo debajo de la axila izquierda. Un débil murmullo de sorpresa y un hilo de vida que descendía por su barbilla.

¿Cómo pudo ser? Me he estado haciendo esa pregunta durante eones. Yo sólo era un niño, mas el soldado que había en mí me revelaba la verdad y me exigía que observase cada detalle. Un pus negruzco manaba de la pequeña hoja a la herida mortal de mi madre. Veneno.

Y entonces el tiempo, antes pausado, ahora avanzó hacia una activa prolepsis. Para una criatura débil y ruinosa, el gnomo mostró agilidad, velocidad y resolución. Con una destreza e intenciones viles, torció la oscura hoja en el corazón de mi madre, atravesándolo, asesinándolo con su horrible ponzoña. La sustrajo violentamente, la dejó caer, pues ésta ya había cumplido su juramento para con el terrorista, y salió corriendo entre el incrédulo gentío mientras un torrente de sangre impura le privó a mi madre del aliento.

Su síncope fatal la vio caer rápidamente al duro suelo, como habían hecho las flores, y junto a los pétalos aplastados ella misma yacía marchita y fría, como la muñeca de porcelana que padre siempre quiso que fuera. Finalmente el tiempo recobró su esencia con la agonía final de la Reina Dalilah. Mi madre.

La llamé a gritos y a su vera corrí más veloz que nadie. Su vida se desangraba; sus ojos, los mismos que tantas noches pasadas me habían mecido al sueño, eran como un cristal empañado por la condensación del aire invernal. Una nébula difuminada que ya vislumbraban la brillante luz del Más Allá.

“¡Que alguien nos ayude!” Estallé. Guardias y sirvientes se apresuraron a auxiliar a mi madre, pero ni los cirujanos más aptos de Rysia podrían salvarla; incluso un mequetrefe como yo sabía eso.

El fin había llegado. Mi madre respiraba con dificultad entre que yo la cogía

cuidadosamente entre mis brazos, su peso era en demasía liviano. Su luz titiló como los destellos finales de una linterna de óleo. La Reina miró a su hijo. Su suave mano acarició mi mejilla, sus dedos bañados en mis lágrimas.

Sus últimas palabras en este mundo -y luego la jovial melodía de su timbre se apagaría para siempre.

“Te quiero” me susurró.

Y con ese esfuerzo terminal, ese último momento definitorio de amor entre madre e hijo, dejó este reino horrible y cruel.

Y a mí en él.....

Con mi madre partieron mi inocencia y mi niñez.

El paroxismo triste tornose inmediatamente en ira. El mundo a mi alrededor parecía haber sido absorbido por un ciclón. El semblante pálido de Roderick, quien en su bable parecía un retrasado. Las lágrimas, como ácido que quemaba mi dermis y labios cuando bajaron a raudales por la faz de la inocencia de mí arrancada.

Mi boca echaba espuma, mis dientes se agrietaron por la fuerza del dolor y la desesperanza. Recuerdo haberme mordido la punta de la lengua, con tanta dureza que vi cómo gotas de sangre, la mía, llovían sobre las facciones grises de mi madre muerta, a quien aún me aferraba fuertemente.

Vi la escarlata como un toro presto a cargar y embestir a quien osara encararlo. Yo era pequeño, mas no tenía miedo; frágil, mas no débil. Miré hacia arriba y allende las masas aturdidas; entre las cinturas anchas de dos damas aristocráticas, vi al gnomo desaparecer entre la multitud. Me limpié las lágrimas y sentí el amargo sabor del odio sobre mis papilas. Era mi sangre la que saboreaba, mas era la suya la que reclamaba. Más que cualquier otra cosa. Con una velocidad que no sabía que poseía hasta



entonces, corrí a través del gentío y allende mi hermano gemebundo quien me llamaba. Y fui en busca de ese pequeño hijo de puta.

Sólo una bruma de blanco mármol y ladrillo rojo envolvían a las dos minúsculas figuras. El más pequeño, yo, cada vez más cerca del otro, un tipejo gordo y barbudo que corría frenéticamente hacia los Bajos del cual había salido para cometer su despreciable acto de maldad. La escoria había reivindicado la independencia del pueblo gnomo. Era un fanático, mas eso no me importaba -ni una pizca.

Mi madre había amado a los gnomos, siendo ella una chica joven había crecido entre ellos. Su propia madre la había llevado muy a menudo al Bosque Blanco y ella se había granjeado sinceras amistades allí. Roddy y yo solíamos bromear con nuestra madre, alegando que ella misma era medio gnoma. Y siempre nos respondía, jocunda, que habría estado orgullosa de pertenecer a un pueblo tan noble. Había crecido entre la maleza, lo cual fue lo que probablemente hacía que fuera un poco rebelde, al menos para una Reina.

Tan buena, tan cariñosa; su mayor fuerza, su devoción hacia quienes vivían en Rysia, acabó por ser su gran debilidad. Sin una rémora de duda, ese día resultaría crucial para sus dos hijos.

En adelante ambos adoptaríamos la actitud de mi madre hacia otras razas de formas completamente antagónicas. Roderick buscó conmemorarla por mostrar tolerancia hacia los menos afortunados, considerando a todos iguales ante los dioses y la ley. Yo, por otro lado, decidí honrar su memoria rechazando la debilidad, para que así el mal nunca renaciera. Cuán equivocado estaba.

No, desde luego que las metas políticas de los patéticos gnomos no me preocupaban, mas desde ese momento aprendería a detestarlos.

Lo que zumbaba insistentemente en mi cabeza era su proclama y “¡zorra humana!” tal como había exclamado, entonando los gritos de los radicales ideólogos gnomos. Yo precisaba mi venganza y alguna deidad oscura y corrupta vio en su cruel

ánimo el concederme ese regalo emponzoñado. Ergo, sin inferirlo plenamente, un hombre tenebroso comenzó a susurrarme.

Tal como había ya designado la diosa Fortuna, me hallaba encima del gnomo, jadeando y sorprendido por las fuerzas invocadas, inmovilizándolo contra el suelo tras placarlo con extrema vehemencia.

Vi el ladrillo antes de que mi enemigo caído pudiera librarse de mí, la adrenalina había domeñado mis sentidos y mis pensamientos ambicionaban venganza. El gnomo pasó de la sorpresa al terror con un mero pestañeo. Intentó resistirse, trataba de deslizarse, a tenor de la agitación que sentía debajo de mí; iba a arrepentirse de esto el resto de su vida -el cual había de durar escasos segundos más.

Sus pupilas, de un amarillo menguante, se dilataron por el pánico. Alcé mis brazos, que se tambaleaban por el peso del ladrillo. Éste adoptó el rol de un pedazo rojo de muerte -el cual auspicié a impartir su arte nefasta. Giré el ladrillo con dificultad mas logré apuntar el canto punzante hacia la cabeza de mi enemigo. Podía sentir cómo temblaba el gnomo, cualquier fuerza que había poseído habíase partido. No quedaba en él rastro de batalla. Podía oler la orina filtrándose de su nerviosa vejiga -me parece que también mancilló su trasero. El hedor a orina y mierda sólo hacía que quisiera matarlo con mayor ahínco. El asesinato vivía en mi ánimo, la matanza, mi corazón.

“R.... Ruegos” sollozó patéticamente, “apiadaos de mí, joven señor”.

“¿Piedad?” Rugí con timbre agudísimo. “¿Como la que mostraste a mi madre?” No sé si había alguien alrededor, mirando. Estábamos a plena luz diurna, era inconcebible que no hubiese nadie observando con estupefacción, mas no me importaba nada.

“No” barbotó. “No quería hacerlo, fue un error. Por favor, perdonadme la vida, me rindo, joven maestro, de veras que se lo juro. Que me arreste la guardia y que se me someta a un juicio justo, como dicta la ley”.

Dudo que la ley hubiese reclamado su vida en pago por su crimen. Era culpable

de magnicidio, había asesinado a la Reina; mas aun así la justicia no se vería cumplida, al haber sido abolida la pena de muerte. Quizá una vida pasada entre rejas habría bastado.

¡No! ¡No! ¡No!

Había acabado con mucho más que una Reina, me había quitado a mi madre y eso es algo que no podía perdonar. Eso lo sabía ya, por muy joven que fuese. Y también sabía que, en el improbable caso de que lo ahorcaran o lo decapitaran por sus crímenes, mi propia ira no sería saciada. No si el golpe de gracia no viniera de mi propia mano.

Mas lo que sí sé hoy es que masacrando a ese horrible gnomo tampoco la saciaría.

Me detuve, incluso dudé. El infante en mí me imploraba que dejase que los guardias cumplieren con su labor; estaban de camino, en cuestión de minutos estarían apresando al criminal. Creo que el gnomo también se percató de mi actitud dubitativa, sentí cómo se calmaba.

Eso hasta que decidí actuar.

“No”. Ergo así dicté. Esa fue mi decisión, mi veredicto.

“¿Qué?” Lloró y comenzó a balbucear estupideces, la clase que suelen decir aquellos que saben que ya les llega la muerte, aceptando inconscientemente su destino.

Y el suyo ya estaba sellado.

Me faltaba el vigor para acabar con ese hombre de un solo golpe, mas aun si lo tuviera habría rechazado tal fuerza. Quería que sufriera. Dirigí un golpe iracundo a su cara y la hallé a medias. La esquina hormigonada, con el ímpetu de todo mi peso y la fuerza del golpe, reventó el mentón del gnomo y aplastó su mandíbula inferior, privándolo así de la posibilidad de expresar su dolor atroz.

Sentí, oí y vi partirse su dentadura cual cristalera golpeando contra el duro suelo de hormigón de una ciudadela hiperboriana; viví la sensación de su sangre salpicándome. Saboreé cada gota que regó mi aún novata faz.

Su mandíbula inferior pendía de un hilo cárnico y patético, trozos del gnomo manchaban mi arma. Comenzó a atragantarse con pedazos de sus propios dientes, disfruté viendo cómo manchurroneos oscuros marraban la garganta debajo de su larga barba gris. Gorjeaba, asfixiándose con su propio hálito. Sonreí, su dolor y pena me concedían un breve lapso solaz, hasta diría placentero. Mas su agonía quedaba lejos de finalizar.

“No” exhorté. “Aún no morirás”. Mi verbo era sincero y certero, como lo era mi puntería.

La segunda arremetida le dio justo encima de los ojos, en su pequeña frente. Fue puro éxtasis, escuchar cómo crujía su cráneo a tal punto que sus ojos estuvieron cerca de salirse de las cuencas. El hematoma era tan grande que se esparció hasta llegar a sus sienes, sangre del trauma mortífero se desparramaba de sus orejas, ojos y nariz. Visualicé un cerebro que quedaba tan sólo como una viscosidad derretida, fragmentos de su cráneo desgajándolo allende la salvación.

Siguieron los espasmos casi al instante. Alcé otra vez ese ladrillo ensangrentado y di rienda suelta a mi furia versus su rostro. Su semblante diminuto se hundió en su cráneo y acabó apabullado cual fruta podrida bajo la bota de un guerrero.

Inexplicablemente seguía vivo. Su respiración se acortó, sus ojos para siempre apagados, mas el ruinoso estropicio que era su lengua, cortada y despedazada salvajemente, aún se movía patética en lo que había sido su boca. Arremetí con una furia impensable en un niño, esta vez su cráneo no soportó mi poder y estalló, congraciándome con una ducha roja y viscosa. Aullé dementemente, a los cerúleos cielos; cacareé cual rábida Hiena, y luego golpeé al gnomo una y otra vez, una y otra vez -una y otra vez.

Aún no llegaban los guardias. Su rostro había sido pulverizado; sesgué su garganta y su cartílago tiroideo, lo arranqué de cuajo, para al punto seguir golpeando su pecho ensangrentado hasta convertirlo en pulpa. Mis ojos blandían iris y nada más. Miraba esto desde una distancia boscosa de tormento e ira. Extirpé la dermis de su torso malherido, lo mordí profusamente y probé las corrientes de su sangre coagulada.

No sé cuánto tiempo estuve desecrando el cadáver, mas con cada ataque mi odio proliferó, plantando maléfica simiente en mi corazón, esperando los momentos oportunos en mi vida para crecer y conquistar.

Todo cuanto recuerdo es mi rabia, mi ira -mi odio. Los guardias separándome -y creo que hicieron falta más de un par de éstos para arrancarme del cuerpo destrozado del gnomo. Gritaba con todo el brío que pudiesen extraer mis pulmones; exigía justicia, venganza -muerte.

Soren no pudo seguir hablando, bebió mas su boca permanecía seca. Su mirada erró allende la pequeña caverna y sus huéspedes anonadados, su ánimo en una era ya transcurrida. No lo podía soportar más.

“Ruegos” suplicó, “debéis excusarme, necesito algo de aire”.

Se levantó y se dirigió al acceso; pronunció su conjuro Faerie y de seguido dejó la estancia. Orin buscó decirle algo mas pensó que sería prudente no hacerlo. Agatha oteaba vagamente en las profundidades de su bebida. Duncan seguía sentado, probablemente en un mundo propio, uno repleto de hipótesis y suposiciones respecto a este Soren que clamaba tanto.

La montaña crujió bajo el inmenso cuero de las botas de Soren. Se acuclilló sobre un pequeño saliente y miró hacia el horizonte enmarañado; cielos negruzcos retumbaban con furia daemónica. En la lontananza abominaciones aullaban en sincrónica cacofonía, celebrando una muerte u otra. Nada podía hacer para prevenir

eso ahora, como tampoco nada podía hacerse en cuanto a sus memorias sufridas; salvo eso mismo, sufrirlas, aceptando que tomase dominio de él el dolor necesario.

Era un hombre tenebroso, Soren -desde luego que sí. Mas los corazones más oscuros también pueden llorar, pueden sufrir, pueden doler -y sanar y arreglarse, ¿por qué no? Había pasado mucho tiempo desde que Soren pensaba en su madre, seguramente porque ella se habría avergonzado de ver a su pequeño con la forma del monstruo en el que se había convertido.

“¿Cuánto tiempo ha pasado, madre, desde el día en que partiste de este mundo sórdido? ¿Cuánta la distancia temporal?”

El viento silente respondió a su pregunta. Una nubecilla de polvo susurrale al oído. Esa era la verdadera respuesta. Sin importar cuanto había hecho, no habría consuelo para él, no habría paz. Todas sus memorias, su infancia, sus padres, su hermano, sus muchos mentores e incluso ella, la única mujer que había amado y finalmente destruyó, habíanse ido todos. Eran como el vaho escurridizo que pasó por su vera, sólo una polvareda llevada por el viento.

Lo único que quedaba era Soren, el Villano, el Monstruo, el Enemigo. Un paria, expulsado ha tanto de Antroporiom, su condición de ser humano revocada. Empero, ¿no es humano sentir remordimiento? ¿No lo es acaso sentir, sufrir y llorar? Nadie sentía más dolor que Soren, nadie más tenía motivo para cargar con tal sufrimiento -tal agonía. Se cubrió la cara en un mísero intento de obviar las emociones que tanto tiempo llevaba tratando de enterrar, mas el precio de su maldición era recordar, el peor castigo posible. Amortiguó sus sollozos como bien pudo, aunque no había nadie alrededor.

Él sí. Él estaba allí y siempre lo estaría.

Cuando Soren regresó a su fría y apestosa morada, vio que sus huéspedes estaban apiñados entre sí; hermano y hermana se abrazaban inocentemente en busca

de calor, usando sus cueros como una especie de colcha. Soren sonrió tímidamente a los tres. No se había percatado de cuánto había pasado desde la última vez que hablaba con alguien.

A su derredor revoloteaban partículas de una luz blanquecina. “¿Tú también estás aquí, Fenrir?” Preguntó.

La misteriosa espada que había atravesado al Ánima de Draco como si a la mantequilla asintió en lo más hondo de la psique de Soren. Soren se percató de cuán tranquila y apacible se había vuelto con la presencia de esos tres. No se sorprendía por ello, a tenor de que la espada sólo emulaba sus propias emociones.

Soren se recostó contra la rocosa pared y cerró los ojos sin dormirse. Las pesadillas eran en demasía vívidas para eso. Esto lo entristecía, mas era lo normal. Revivir una vida tan maligna reclamaba tal precio. Se lo merecía y lo aceptaba con cuanta dignidad le quedaba.

Esperó a que saliera el sol, aunque éste no se alzaba muy alto en aquellas tierras baldías. Escanció ese licor viscoso en una copa y bebió largo trago. Luego devoró una ración de carne impura. Iba a necesitar las fuerzas.

## Canto II - El Agón:

### I

**E**n los arrebatos de la pasión nadaba, entre una arrugada marea de sudor, saliva y fluidos corporales.

Nuestros cuerpos unidos, con el candor que nos era común -deseo compartido. Ella gimió rubores al yo sugerir susurradamente traviesas ideas en su oído. Estaba completamente rendida a mi masculinidad. Oro, vino y lujuria habían fluido en ese orden. La noche fijada para la lascivia y la mañana venidera también. En el caso de que los humores de los amantes quedaran insatisfechos.

Con la aparición de los primeros rayos de un sol clamado por la áurea apelación de Igno, mi fuego interno abrasaba debajo de mi firme vientre juvenil. Hasta ella, tan acostumbraba como estaba a los placeres de Ida, podía sentir el máximo influjo de mi cuerpo -y yo el húmedo calor entre sus piernas.

Permanecí dentro de ella un poco más hasta que finalmente el éxtasis nos alcanzó mutuamente. Como uno estábamos enzarzados amorosamente y como uno arribamos al clímax. Con nuestro sexo trepidante sobre un campo belicoso de muelles y paja, nuestras miradas se entrecruzaron como hubieron hecho muchas noches antes; un alma, la de un joven e ignorado príncipe, la otra perteneciente a una simple tabernera que en sus ratos libres tendía a las necesidades más íntimas de la realeza.

Al final nos encontramos con un último beso. La noche habíase acabado.

“Mejoráis a cada día, alteza” dijo ella cuyo nombre no recuerdo, si es que alguna vez lo llegué a conocer.



Sonreía mientras ronroneaba traviesa sobre mi hombro, su cálido aliento me hacía estremecer por todo el cuerpo, mi flácido miembro más viril con cada latido.

Reprimí mi jovial deseo y canturreé. “Ya no soy un niño, cielo”.

“Eso ya lo veo” dijo, devolviéndome una risita.

Se tomó la libertad su lechosa mano de deslizarse hacia abajo en dirección a mi hombría en escalada. Me acarició el prepucio con una experiencia restringida a un lote exclusivo de amantes y luego me plació con su lengua.

Extáticos gemidos los míos. “Llega la mañana, mi grácil damisela”.

“Que Igno espere un poco más” dijo ella, “pues en mis manos tengo a mi propio dios, y cáspita que es también una deidad grande -y mira, aún sigue creciendo”.

Antes de que pudiera hacer moción alguna ya tenía apresadas sus caderas entre mis hambrientos dedos y mi sexo insaciable estaba de nuevo penetrándola.

Otra interrupción. Orin. “¿De verdad tenemos que escuchar esto? Como si esta horrible comida no fuera de por sí suficiente para hacerme vomitar.”

Soren, abochornado, miró a Agatha, cuyo resplandor era profuso. Estaba fútilmente tratando de retener las risotadas; tan avergonzada, su tímida virginidad era manifiesta. Soren sintió algo cálido en el pecho. Era la segunda vez que lo percibía. La primera vez siendo la llegada de los tres viajeros.

“No seas tan duro con él, Orin. Soren está recordando su infancia y juventud por primera vez en años, que rememore cuanto le plazca”.

“Sí, Duncan” gruñó Orin.

Soren no dijo nada, ni movió un músculo, mas debajo de la férrea armadura que era su cuerpo, sintió algo crecer de nuevo en su ánimo. Cerró sus enormes puños, el crujir de sus nudillos casi ensordecedor, y prosiguió con su historia.

Quizá no recuerde el nombre de aquella chica con la que me había pasado más

de dos docenas de noches, mas sí recuerdo El Daemon Audaz.

Estaba ubicado en un sector considerado el pozo más oscuro del distrito nobiliario, pero eso sólo puede tenerse por metáfora. Su emplazamiento lo sugería así, mas de crepúsculo a alba el callejón siempre alumbraba cuales luces de artificio. Y con éstas, algarabías cada noche -toda la noche. Era un lugar extraño, El Daemon Audaz, pero cada noche entraban por sus puertas los más altos rangos dentro de la nobleza y los patronos más ricos no sólo en la ciudad, sino en todo el reino.

De niño solía obligar a mi hermano Roderick a escabullirnos del castillo y acurrucarnos entre las diversas sombras que poblaban la zona. Desde los consejeros de mayor confianza de mi padre hasta el ilustrísimo Sumo Sacerdote del clero de nuestra nación, observaríamos cómo una multitud de renombradas personalidades entraban y salían continuamente de sus rosáceas puertas.

No lo había entendido siendo un impúber pero como adolescente lo comprendí perfectamente. Veréis, la fachada estaba tintada por coloridas linternas de papel y pintada en un salmón cremoso que contrastaba con la raja rosa que era la puerta. Bueno, niños, os dejaré dilucidar el símil por vuestra cuenta.

*Los gemelos se ruborizaron profusamente entre las risitas de Duncan.*

La sugerente puerta carnosa era solamente un acceso, y pasados sus límites y un corto pero oscuro corredor -construido así a propósito- lámparas de óleo ardían, pero con la timidez requerida para la práctica de estigmas amorosos.

A una tierna edad había mascullado y reído desde la seguridad de calles y avenidas contiguas, a veces sobre mugrientos tejados infestados de arañas. Recuerdo estar allí, musitando sobre qué aspecto tendría dentro. Entonces yo no sabía nada.

Mas como joven adulto sabía demasiado bien. El Daemon Audaz no era el único local de ese estilo, tenías el Duende Gris en el puerto y en un lugar situado entre el Foro y los barrios académicos había un lugar picantón que yo frecuentaba de vez en cuando llamado Los Floreceres de la Orquídea; mas ninguna podía competir con la

clase del Daemon Audaz. Allí no escatimaban en gastos para el gozo. Los mejores vinos y brebajes, incluida la sidra de gnomo, se servían a diario. Desde fuera el local no parecía tan grande como de facto era en su interior. Uno hasta podría pensar que se trataba de un truco de mágika, pero nada más lejos de la realidad.

Las cortesanas eran bellas y provenían de todas las regiones del reino. Las galantes rubias de Arlstad cuyos ojos mirándote fijamente era como nadar en un gélido océano de elación, cada movimiento de sus coquetas caderas capaz de hipnotizar hasta las mentes más represivas. En contraste con éstas, las morenas de piel bronceada, chicas locales de los Bajos, quienes tenían la suerte de haber nacido con los atributos más deseados de la feminidad. De la provincia Qin venían chicas menuditas, pero no por ello menos atractivas. Ellas eran las mejores bailarinas.

Alfombras leoninas se extendían por toda la superficie y cabezas de jabalí del tamaño de un yunque estaban clavadas a las paredes. Y luego estaban los camerinos. Si entrar en el local era de por sí una experiencia, las alcobas, con un toque a lavanda debajo de plumíferos lechos arropados en seda, eran el acceso a un universo nuevo. Redecorado y reformado constantemente, las mejores alcobas estaban reservadas para los eslabones más altos dentro de la pomposa nobleza de Krates.

Esas estancias eran subterráneas; allí, en un entretejido de siniestros pasadizos de piedra, amuebladas para los placeres de la carne. Independientemente de si en baños burbujeantes por el calor procedente de aguas termales que corrían debajo, en suaves camas o suelos enmoquetados, yo había celebrado noches de pasión en ese lugar noche sí-noche también.

Yo me acostaba con mujeres y hombres, agasajaba a invitados con orgías habidas en bases subterráneas; jarras de cerveza y barriles con los mejores vinos se transportaban a menudo por escaleras empinadas. Y yo bebía y fornicaba allí. Mas en verdad os digo que, mientras hubiese un lecho, un vino fresco y una mujer caliente en mi regazo, no me importaba dónde consumaba -con tal de consumir cada noche.

Tal era la ocasión. Pero esta vez había optado por unos cuartos más humildes. La cama de matrimonio aún temblaba por los amores de una noche que daba su último adiós; los rayos de Igno ya se estaban deslizando en la estancia viciada, cuyo olor tanto semblaba el aroma que aquella aciaga tarde había atrofiado las estancias de Proteo.

Tras lo que asumo había sido nuestra sexta ronda de pasión, me puse la ropa sobre mis músculos entumecidos.

La ramera suspiró: “una pena, verme negada de semejante vista”.

Ella fingía estar decepcionada. Yo no conferí con sus emociones falaces; estaba en demasía agotado. Meneé mi cabeza con desaprobación al sentir la súbita falta de oro en mis bolsillos; el dinero de los contribuyentes estaba ahora depositado en el canalillo de una chica cuyo nombre soy incapaz de daros.

Con un bufido acusé reconocimiento de su presencia, me calcé y con no más que el mudo chirrido de mis botas caras cerré la puerta tras de mí.

Mas no antes de oír: “qué romaticón es mi príncipe”.

El sarcasmo en su tono me hubo de hacer sonreír.

Apenas despertaba Aurora de su profundo soñar -entretanto yo me quitaba del cuerpo la pasión del contacto sexual- pero los mercaderes de Krates ya estaban trabajando bajo el influjo del frenesí comercial. Los puestos estaban todos en alza y las personas ya estaban colocando un variado abanico de productos para la venta. Yo caminaba despreocupadamente entre los puestos mientras me rascaba el escroto. Me rugía el estómago.

“Príncipe Soren” me saludaba la ciudadanía, más un acto de protocolo que sincero interés; no era la primera vez que se me veía deambulando por los puestos a primera hora.

Pasó por mi vera una patrulla de la guardia, probablemente prestos a ser

relevados. Los centinelas me saludaron respetuosamente. Uno de ellos me llamó la atención.

“¡Yepa, Laertes!” Sonreí profusamente al ver a mi amigo. Un guardia apurado, quien tenía mi edad y ya era entonces mi mejor amigo.

“Mi príncipe” exhaló forzosamente, se le veía cansado.

“Hasta luego, Laertes” refí.

El pobre muchacho trató de decirme algo más pero tan sólo pudo despedirse apocadamente mientras la patrulla lo arrastraba, volteando una esquina y desapareciendo de mi vista.

“Señor, esas manzanas tienen muy buena pinta” le dije a uno de los frutereros. Parecía nuevo, pues no lo había visto en anteriores ocasiones.

“Recién cogidos de mi propio manzanar, mi señor” canturreó el mercader.

“Las verdes parecen las más dulzonas. ¿Puedo?”

“Para el príncipe lo que sea”.

Le di en pago un talento de oro, aun cuando las dos manzanas que tomé no valían más de cincuenta duros de plata.

“Señor, no puedo aceptarlo” dijo él, tratando en su humildad de devolverme el pago exagerado por las manzanas.

Mas afablemente le cerré la mano. “Buen hombre, debo insistir. Quizá tenga usted un nieto o una nieta que de seguro apreciarían un regalo de su querido abuelito”.

La cara del hombre se iluminó, parece que yo había inferido bien.

Te ruego comprensión, Agatha; el oro era el metal más valioso del mundo y estoy convencido de que sigue siendo así hoy. Los banqueros eran más poderosos de lo que los humanos y los Faerie estaban dispuestos a admitir abiertamente. Habían invertido enormemente en nuestras tierras, si bien mínimos intereses tenían en las Faerie. En sus manos y en las muchas empresas que manejaban con sus trapicheos, naciones podían ser destruidas y remodeladas. Como ha sido siempre, estos hombres

y mujeres viles, los usureros todopoderosos, controlaban el flujo de oro y dirigían la deuda del reino con tal habilidad que hasta el Rey debía pisar con cautela cuando en presencia de estas ratas.

Si así era con mi padre, ¿luego qué de los ciudadanos de a pie? Eran ovejas, eran ganado y la mayoría de ellos con nada más que fango entre orejas; cotillas y necios que no veían más allá de sus raciones diarias de pan y circo. Pero también estaban los que trabajaban duro, los verdaderos gobernantes de toda sociedad. Las mujeres y hombres cuyo sudor es el pegamento que mantiene unida la hacienda gubernamental. Éstos tenían mucho más poder del que creían. Voy a instaurar un ejemplo en vuestra mente; si todos ellos decidiesen unánimemente retirar sus ahorros de sus respectivos bancos, la sociedad que habíamos acostumbrado a conocer durante muchas generaciones, cesaría de existir.

Pero muy al contrario, la opinión pública estaba domeñada por los banqueros y sus tétricos amos -en connivencia con las pantomimas, el cotilleo y los juegos que mantenían nuestras psiques lejos de estos tecnócratas indómitos que no eran nada salvo la peor clase de escoria. Tenían a la gente esclavizada con su propaganda engañosa y sus despiadados intereses e hipotecas; por ende buena gente como aquel viejo mercader estaba atada por una correa muy corta. Y yo esperaba que mi sencillo gesto le diera al menos dos meses de tranquilidad.

Se despidió de mí con grata efusividad mientras yo mascaba esas manzanas sabrosas. Anduve por las calles en su despertar; el olor a pan horneado colisionaba con el aroma del pescado traído fresco desde el puerto.

Las nociones me forzaron una sonrisa, por la sencillez del momento. Yo era, a pesar de cuanto había sufrido tras la muerte de mi madre, una persona satisfecha. No era feliz, ¡por los dioses que no lo era! Pero en fin, la felicidad es solamente un mejunje de feromonas que simula tal estado; la satisfacción, por el contrario, era real -más o menos.

Mas incluso esa sensación puede ser abnegada cuando el miedo aparece.

Mi vista dio una forzosa marcha en dirección al castillo -mi mal llamado hogar- y un escalofrío se deslizó por mi columna. Sabía que tanto padre como Roderick estarían despiertos, la reprobación que de ellos recibiría sería muy dura. ¿Mas a dónde ir si no?

Arrastré mis pies hacia el castillo. Estaba muy cansado, no había dormido la noche anterior. En proporciones idénticas, guardias y nobles bajaban por las avenidas de Astariom ora a pie ora en decorosos carruajes tirados por preciosos caballos kratesianos -eran purasangres. Todos se salieron de su camino para saludarme, pero yo no estaba de humor para ello. Sólo agité la mano automáticamente mientras mi mente me llevaba en dirección a las personas que vivían en y gobernaban el castillo.

La misma gente haciendo lo mismo, cada mañana nuestras rutinas nos habían de entrecruzar. Muchos de los obispos de la iglesia vivían entorno al castillo y siempre los veía allí bien tempraneros, ya sea yendo a limpiar la catedral o los santuarios locales o bien sólo para tomar un té rojo kratesiano con algo extra añadido. He de admitir que de sus costumbres cotidianas ni sabía ni quería saber. Yo era el príncipe, falto de cualquier aspiración formal al trono, pero igualmente de sangre real, ergo ellos no mostraban abiertamente su desdén hacia mí. Pero podía sentir el desprecio. Dicho de esta manera: mi relación con la Fe era, como poco, tensa, si no directamente inexistente. La última vez que había estado en la catedral, la última vez.....

*Soren suspiró, sin dejar que sus emociones imperaran delante de esos extraños.*  
No, no voy a redirigir mis pensamientos hacia mi infancia; no aquí, ni ahora.

Los clérigos no me saludaron, sólo agitaban sus cabezas afeitadas con enfática desaprobación. Aún puedo sentir la rebeldía juvenil en mi corazón siempre que me mostraban una actitud tan deshonrosa; el desecho social que era el segundo hijo del Rey Ingstad XX siempre bramaba en silencioso ánimo cuando tenía que ver tamaña exhibición de hipocresía. ¡Sí! Yo era un rufián, un putero y un asiduo a la borrachera -si bien siempre me había tomado más por un bebedor social que un factual borrachuzo.

Al menos admitía lo que era pero, ¿y ellos? Sus actos hablaban por sí mismos. Vestidos con las mejores túnicas blancas que el oro podía comprar, ese mismo metal, con él plata, bronce y varias gemas preciosas, condecoraban su egoísmo y arrogancia alrededor de sus grasientos cuerpos. Siempre resulta gracioso que las personas que pregonan la moderación y la inhibición de uno mismo son siempre las primeras en satisfacerse con los mayores placeres que ofrecía nuestra ciudad. La pura insinceridad; haz lo que diga no lo que hago, ese podría y debería haber sido su mantra. Mierdas arrogantes.....

¿Os acordáis de cuando os hablé de Roderick y yo, en nuestra prepubescencia, escabulléndonos del castillo de noche y correteando por las indómitas calles de la Krates nocturna? Bueno, pues dejadme deciros algo sobre ni más ni menos que el Sumo Sacerdote, el representante de Astaris en el mundo mortal -o al menos según lo que nos hacían creer. Pero pardiez, NO confundáis a Vitelio, el Sumo Sacerdote humano, con mi Tamriel.

Había conocido a mucha gente mala y en un futuro me hallaría frente a la maldad pura; en especial aquella corrupción, aquella mirada emponzoñada que veía todas las mañanas a través de las vicisitudes del espejo. Pero eso es malicia, lo que había en el alma del Sumo Sacerdote Vitelio era corrupción.

Yo era un parroquiano habitual del Daemon Audaz, él directamente era el dueño del local. Bajo un pseudónimo, claro está, el negocio era regentado por sus *socios*. Mas todos sabíamos quién mandaba en verdad, no es que a mí me importara eso, cuando estaba allí cada noche.

¿Eso detenía al pueblo de Krates, mis padres incluidos, de celebrar misas en su honor, de donar un dinero ganado sudorosamente a una iglesia sobre la cual él tenía un poder absoluto -caudales que acabarían en el vientre o entre los muslos de ese hombre nefasto?

¡Para nada!



En fin, deduzco que más de uno os estaréis preguntando qué tendrá que ver ese hombre en esta historia. Vitelio tiene mucho que decir, ya que él también tuvo un rol importante en el fenecer de su patria; mas eso, jóvenes, es harina de otro costal.

Lo que queda fuera de toda duda es que Vitelio era de facto un icono de su clero. Era el guía de un ideal, los sacerdotes que servían al amo -que eran muchos- simplemente lo seguían punto por punto. El Daemon Audaz era sólo la punta del iceberg.

¿Podéis recordar cuando mencioné los venenos que manufacturaban los gnomos en sus laboratorios bajo tierra? No soy un hombre que cree en la coincidencia. ¿Era coincidencia que elección tras elección ganaba sin oposición? ¿Lo era que más de dos docenas de obispos, los cuales habían sido duros oponentes para el título de Sumo Sacerdote, murieran en circunstancias misteriosas justo un día antes de las elecciones? Dejadme añadir que la gente cuchicheaba en Krates, y cuanto decían no eran buenas nuevas. Desde callejuelas sombrías a cuartos privados en tabernas o prostíbulos locales, los rumores indicaban que Vitelio también dirigía una elaborada red de laboratorios en los bajos vientres de la ciudad. Nunca dudé de ello, pero no tenía pruebas -al menos no entonces, cuando yo era un joven que llevaba una vida tumultuosa.

Lo peor de la corrupción dentro del clero de Krates era la falta de respuesta por parte de mi padre -no es que hablara de ello delante de él, bueno, a decir verdad él y yo no hablábamos y punto. Roderick, por otro lado, discutía acaloradamente conmigo sobre el rol de Vitelio en nuestra urbe y, en consecuencia, el de la Fe en su conjunto.

Y discutir, discutíamos. Y es que ahora las únicas conversaciones que manteníamos mi hermano y yo eran de esa índole. Él me decía que confiara en la iglesia; que todo cuanto tomaba del pueblo no era nada comparado con lo que le devolvía. “¿Y qué sería eso?” Le preguntaría siempre mientras que él siempre me remitiría a la importancia que la Fe tenía, no para con nuestros cuerpos, sino nuestros

espíritus. Sí, mi hermano se había convertido en todo un puritano; su mente había sido absorbida por un sentido religioso que a mí me parecía incompatible con su fervor intelectual. Eso no había mejorado nuestra relación. Digamos que eventualmente se pondría del lado de mi padre en cuanto se trataba de mi relevancia en los puestos más altos de nuestra nación.

Probablemente fuera esa la razón por la cual, tras saludar a los dos guardias de siempre apostados en la puerta, entré de puntillas al castillo, mis botas colgando de mis dedos mientras avanzaba descalzo y con gran cura.

“Príncipe Soren” clamó una voz aguda que sólo podía ser la de mi vieja cuidadora, la señora Bienbuena.

“Oh-oh” dije entre dientes, mi vello erizándose más por bochorno que miedo. Al fin y al cabo yo estimaba a esta mujer.

“Maldita sea, chiquillo” murmuró. “¿Qué dirá tu papá? ¿Eh, idiota?”

Me regañó con bastante vehemencia. Yo apenas me encogí de hombros. La resaca era demasiada como para responder adecuadamente. Traté de evitar sus miradas acusadoras pero ella me pellizcó la barbilla aguzadamente y miró directamente a mis ojos hinchidos -mis sentidos imbuidos todos en una bruma de alcohol, drogas y sexo.

“No me vayas a decir que te has vuelto a meter en ese detestable burdel”.

“No, doña” respondí con un croar, dado que mi garganta moría por un poco de agua.

La señora Bienbuena me observó con severidad, el mismo escrutinio con el que siempre nos había mirado cuando mi hermano y yo éramos niños.

Y tal como entonces, ella suspiró y me dijo: “Bueno, ¿a qué esperas? Primero vas a desayunar y luego veremos si esa vieja oca de Tilly es capaz de adecuarte antes de que te vean tu hermano y tu padre, Nuestra Majestad”.

Mi querida señora Bienbuena. Como a todos en el reino, la muerte de mi madre había hecho estragos en ella. El ver a una de mis más adoradas personas durante mis primeros años en Rysia caminando con la incomodidad de piernas artríticas, las durezas del lumbago abrumando su rechoncha espalda -eso realmente me rompía el corazón. Siempre había sido tan vivaracha, tan jocunda, mas ese destello vital con el que tantas veces me había regañado sin dejar de quererme -eso, niños, murió años ha. Mas para mí, su estimado principito, siempre reviviría un pedazo de su pretérita alegría, galardonándome a mí, un alma brutalizada por el látigo de la pérdida y el rechazo, con un momento solaz y el dulce sabor del ayer. Muchas gracias, mi bendita madrina.

Y si la señora Bienbuena había perdido esa esperanza y dicha que la infundían con vigor cada mañana, esos mismos sentimientos que le permitían irse a la cama con una ancha sonrisa -y las cariñosas manos del Maestro Gayo rodeando su oronda figura- también así con el castillo. Sus muros seguían impenetrables, aún brillaba claro el mármol siempre blanco bajo un océano azul, pero había una taciturnidad plenamente sentida, como si nos hubiera caído una sombra encima. Y así debió ser. Mi madre era vida, vitalidad; había adquirido esa virtud de la misma gente -sobre todo de la señora Bienbuena y Doña Puentelargo- quienes a su vez habían disfrutado de la melosa belleza de sus cuerdas y el calor iridiscente de su sonrisa. Todo eso ya no existía. Había dejado de ser. Me dolía, incluso en mi vinoso estupor, tener que ver a una de las mujeres influyentes de mi infancia arrastrar sus pies dolorosamente, como si cada paso fuera una aguja hundiéndose en las suelas de sus pies agotados.

Pero si había algo suyo que aún perduraba a la perfección, eso era su comida. Sólo ella podía hacer que la avena pasase de ser una simple pasta a una refinada delicia gastronómica. La gema abejera se pegaba gustosamente a mi barbilla tras deglutir yo tres cuencos ardientes con la mejor avena que había probado. Mi hermano y yo solíamos tomarla al menos tres mañanas por semana, mas esta vez sabía

especialmente sublime.

“Bébetelo esto, cielo” me dijo, pasándome un vaso de vino caliente, templado con un toque de limón; esto ayudaba al brebaje a bajar por mi garganta y en mi fuero disipar la locura de mi ajetreada mente.

“Sabes algo de Roderick?” Le pregunté, escupiendo pedazos de avena por doquier.

“¿Cuántas veces te tengo que decir que no hables con la boca llena? Dioses, ¿qué diría tu mamá?”

Un golpe súbito de mutuo dolor nos pilló casi desprevenidos, mas no hablamos de ello. El momento pasó. Engullí dos cucharadas de avena, me limpié la boca y formulé de nuevo mi pregunta.

“¿Tienes noticias de Roderick o..... -Pausé y tragué una saliva con sabor a miel-..... de padre?”

“Mira por la ventana, a Igno, y dime tú la hora, niño” se quejó la señora Bienbuena a la par que casi inconscientemente se ponía a ordenar ollas y sartenes recién lavadas.

Accedí a su regañina; a tenor de la posición del orbe debían ser cerca de las ocho, aunque jamás había prestado demasiada atención en Astronomía, una clase que no había atendido en más de ocho años, por claras instrucciones del Rey. No me hacía falta responder a mi cuidadora. Sabía que a esa hora mi padre y hermano estarían rompiendo el ayuno en el comedor real, posiblemente debatiendo algún asunto de Estado u otro. Yo mismo no había entrado a esa estancia desde..... En fin, desde la última noche de vida de mi madre. Pensar en ella era doloroso y sin embargo siempre estaba presente en mi mente. No sabía si eso era por la añoranza o el remordimiento; desde luego que ahora sí lo sé.

“¿Te importa si me siento?”

Antes de que pudiera responder, ella ya se había sentado. Sonreí. Incluso

cuando el alma se despedaza por el cansancio que proviene de un corazón roto, aún perduran algunos remanentes.

“Aún puedo verla en tus ojos” dijo la señora Bienbuena con la triste reminiscencia languideciente en su seca garganta.

“Por favor, doña” gemí. “No quiero -no puedo hablar sobre ella, ni siquiera contigo”.

Sonrisa amarga la suya, la cual aceptaba mis sentimientos. Me permitió acabarme la avena.

La concomitante negrura que al principio había tocado mis sienes era ahora un estrépito que atenazaba a mi propia consciencia. Acaricé mis sienes deseando que el dolor no se expandiera, pero mis óculos ya se estaban hinchando. La señora Bienbuena se levantó despacio y caminó a una estantería repleta de jarros de cristal; algunos contenían líquidos, otros algo que se asemejaba a hierbajos y raíces disecadas que no podía describir. De uno escanció un polvo gris, el cual mezcló con agua, limón y algo que olía fatal. Tal el hedor que sentí cómo se me revolvía el estómago, la bilis subiendo hacia mi boca. La señora Bienbuena ni se inmutó. Un agua demasiado marrón me fue vertida forzosamente por el buche. Escupí y me atraganté, tal era el fétido olor y el sabor, nauseabundo. Amargo y ácido.

“No te me vayas a vomitar, ¿escuchas?”

Me tomó mi tiempo pero logré digerir esa nefanda poción. Acto seguido, mis pesares se aliviaron -aquellos males que bramaban debajo de mis sienes y se incrustaban en un cerebro mío por culpa de tantas noches de alcohol y putas. Mi estómago comenzó a reposar y se iba calentando gracias a las generosas porciones de avena y el vil vaso de dioses saben qué. Sin siquiera preguntar, la señora Bienbuena me sirvió una nueva porción de avena en el cuenco. Mi estómago lloró.

“Vamos, chico, debes reponer fuerzas. Algo me dice que hoy va a ser un día largo”.

“¿A qué te refieres?” Inquirí mientras canalizaba el blanco -y delicioso- mejunje con la cuchara, mi estómago carente ya de hambre.

“No lo sé. Sé mucho de pasteles, pero los asuntos de gobierno no mezclan bien conmigo”.

Sonreí a la vieja mentora de mi madre. Su voz, su cháchara, eso siempre era bienvenido a mi oído. El castillo había sido mi casa y hogar desde el día que vine al mundo. Mas lo último ya no era. Lo que lo hacía un hogar no era su belleza arquitectónica, la precisión geométrica de cada ángulo, lo cual difería tanto de las estéticas duras y severas de nuestros edificios a lo largo y ancho de la capital y del reino. Tampoco el lujo que nos rodeaba ni el título monárquico que yo aún poseía en mor de ley. Lo que había convertido este lugar en un hogar era cuanto venía del corazón. Mi madre había sido esa luz. Así como mi hermano. Y también las pequeñas cosas. Había pocas personas a las que podía llamar amigos y, aparte de mi hermano y Laertes, la mayoría de ellos eran mis mayores. Mi nodriza, Tilly Puentelargo, el Maestro Gayo y, por supuesto, la señora Bienbuena. Pero tan poco quedaba de esta luz que siempre que sentía la más vaga reminiscencia, hallaba paz en ella.

“Roddy, y tu padre también; se les veía preocupados esta mañana”.

“No me puedo imaginar por qué” dije con calma, si bien blandiendo sospechas en mi fuero interno.

Cada mañana solía entrar a escondidas al castillo, haciendo hueco entre el polvo y las telarañas, no fuera que me pillaran. Era un ejercicio de sigilo, una cualidad que adquirí durante mi adolescencia; el pasar desapercibido tanto dentro como fuera del castillo, al menos cuando el ímpetu llamaba -tanto el de mi mente como el de mi entepierna.

Mas esta mañana se sentía distinta. Lo era.

Con el fuerte estruendo de varias ollas de bronce cayendo al suelo y otras tantas de arcilla haciéndose añicos; así entró Laertes. Mi patoso amigo soldado. El único

amigo de mi edad que había hecho en Krates -salvo mi hermano, quien venía de serie con el título de príncipe y todo eso.

“¡Pero si es Laertes!” Exclamamos ambos debido a su cómica entrada. El pobre muchacho estaba sofocado de la vergüenza por el desastre que había causado.

“¡Oh, cielos! Cuánto lo lamento, alteza” balbuceó.

“¿Cuántas veces he de decirte que no me llames así? Que no soy ningún rey, tío”.

“Lo siento, mi príncipe” disculpose.

No podía contener la risa más tiempo. “Meh, tampoco me veo como uno de esos” dije, desternillándome.

Laertes se ruborizó, incapaz de reaccionar. La señora Bienbuena, quien se había acostumbrado a ver a Laertes estos años recientes, se levantó y colocó otra cuchara y cuenco humeante de avena sobre la mesa.

“¿Cuánto hace que conoces a Soren, chaval?” Bramó felizmente, su papada gelatinosa al carcajear. “¿Cinco años? ¿Seis?”

“Ocho años, señora” respondí yo por mi amigo, revolviendo mi cuchara por la pasta que se enfriaba en mi plato. Aún estaría buena, con un poco más de miel, mas hallábame ya saciado. “Ven y tómate un poco de avena con nosotros, tronco” le invité mientras reclinaba mi silla contra la pared y ponía mis pies sobre la mesa.

“¡Soren!” Gritó mi vieja cuidadora. Inmediatamente bajé los pies, riéndome de paso.

Laertes se aproximó a la mesa con amabilidad. No nos veíamos todos los días, a veces nos pasábamos meses sin vernos, pero solíamos quedar para desayunar, comer o incluso pillar una buena borrachera en algún callejón en mitad de la noche.

“¡Por Astarios, tío! Quítate el maldito casco, que no te vamos a morder”.

Laertes se desabrochó la correa del casco, con manos tan patanes que la hebilla se le resbaló y el casco cayó al suelo.

“¡Ay!” Gimió.

Me tapé la boca, no podía sino reírme de mi tontito. “Espero que no te ocurra eso en el campo de batalla”.

Siendo sinceros, chicos, Laertes era de facto un soldado de lo más capaz; el único escollo, que se ponía muy nervioso cuando en compañía de sus superiores y si nos atenemos al hecho de que sólo había estado cuatro años en el ejército -de esos, uno en la guardia real- y que no había guerras en las que un joven podría demostrar su valía, todo el mundo era su superior en Krates. A pesar de ello yo sabía que le iría bien, porque, insisto, era un espadachín de lo más capaz y su destreza con la hoja, ora corta o larga, era sensacional. ¿Que cómo lo sabía? Porque le enseñé yo mismo. Yo y también el Maestro Gayo, pues nosotros nos habíamos ocupado del pequeño y desgraciado huérfano que no tenía otro lugar ni otras personas a las que acudir.

“Dime, Laertes, ¿ha habido acción en las calles esta noche?” Laertes tiñó sus mejillas con un tono rosáceo. “Joder, ten más huevos, de lo contrario tu cara se volverá roja de tanto rubor.

¡Venga, cojones, escúpelo! Sé lo que me quieres decir -y voy a citarte directamente lo que estás pensando: tú deberías saberlo, pues eres tú el que se pasa las noches bebiendo y yéndote de putas”.

Laertes no pudo rechazar su tibia carcajada, entretanto que la señora Bienbuena, quien se distraía con una pila de ollas y sartenes sucias, gruñó con desaprobación.

“Sólo bromeaba, señora” carraspeé. Todos sabíamos que no, mas preferíamos creernos la mentira.

“Sin novedades, señor”.

“¡Mi nombre es Soren, no señor!”

“Lamentos profeso, se.... Soren. No hubo acción. Nada de relevancia para mi informe. Algunos gnomos de aspecto turbio en los Bajos, los registramos, parecían



estar limpios”.

“¿Que **parecían** estar limpios? No sé yo si esa es la clase de informe que le querrás dar a ese sabueso de Proteo”.

Laertes se levantó rápidamente de la silla al escuchar el nombre de Proteo. Que conste que él no lo odiaba, sólo que le temía al estricto General.

“Siéntate, tronco. Espero que no te portes así delante del viejo”. Por viejo me refería a mi padre, aunque ambos me parecían dos viejos ruines, cuanto más lejos de mi vista, mejor. Mas al parecer los hados me reservaban otra misión distinta.

“N... No” fingió Laertes. “Claro que no. Quería decir que **estaban** limpios, un pequeño lapso, lo siento. Más allá de eso nada más que reportar. Bueno, a decir la verdad, tengo noticias para ti...”

Laertes pausó para tragar saliva y creyó conveniente llenar su boca con una ingente cantidad de papilla. Por desgracia Laertes no se había percatado de que aún ardía. Literalmente vomitó los candentes copos de avena que se le habían atascado en la garganta. Logré esquivar el pequeño torrente de vómito que mancilló toda la superficie de la mesa.

“¡Qué asco, Laertes!” Mas reía abiertamente.

Una respuesta mucho más severa y justa estaba al caerle. Una poderosa mano de ébano le dio a Laertes en todo el cuello. Hasta yo lo sentí, al haber sido tan sonoro el manotazo. Tenía que reír. Era demasiado gracioso. Acabé pues rodando por el suelo mientras la rolliza señora Bienbuena perseguía al desdichado por toda la estancia, escoba en mano, golpeándole el trasero con ella.

Al final agarró al chico del dorso del cuello y le dio patada al exterior. “Mis disculpas, señora” dije, completamente recuperado de la resaca gracias al júbilo que Laertes me traía siempre. “Yo me encargaré de él”.

“Asegúrate de que no acabe clavándose su propia espada”.

Mientras bajaba la señora Bienbuena al sótano a buscar una fregona, yo seguí a Laertes, quien estaba jadeando, faltar de aire, su faz en ascuas y de sudores profusos. Entre jadeos mi amigo nervioso me pidió disculpas.

“Lo... Lo siento, Soren” farfulló, escupiendo trozos de avena que aún estaban atascadas en su tráquea.

Gimió quejumbroso. Yo me reí abiertamente a la vez que le palmeaba a mi amigo en la espalda. Esto no hizo sino empeorar las cosas. Laertes vomitó más papilla, bilis y jugos sobre la pétreo superficie. La fuente de baba semisólida marró sobre las otrora limpias ventanas. Diose la casualidad de que justo pasaba por allí una pareja de damas aristocráticas comiendo bollos de caramelo pegajoso.

“Hola, señoritas” chisporroteé ameno.

Las chicas se cubrieron las bocas por el disgusto, tirando sus bollos, perfectamente comestibles, al suelo, claramente habían perdido sus frágiles apetitos.

“Oh, dioses” hiperventilaron mientras se alejaban correteando con sus formosos pies, escondidos bajo vestidos anchos y coloridos.

“Bolleras” bufé. “¿Estás bien, colega?”

“Sí” gimió. Por suerte no había visto pasar a las chicas; de seguro que eso habría acabado con su de por sí titubeante autoestima.

“Va, larguémonos de aquí cagando leches. Tomemos un poco el aire, anda; quizá una jarra de birra o dos allá en el Foro. He oído que han traído esta nueva sidra de Ithen, una destilación completamente novedosa....” Me detuve en ese pensamiento al acordarme de que tenía esgrima con el Maestro Gayo al mediodía; “borra eso, tengo que entrenar con el viejo Maestro Gayo”.

“De todos modos, Soren, no puedo quedarme mucho tiempo”.

“Es verdad. Me ibas a decir algo, te pusiste todo nervioso y te metiste demasiada avena por el gaznate”.

“Cierto, señor, digo Soren” Laertes tragó la saliva que remanecía en su garganta

quemada; un “*glups*” plenamente audible. “Se trata de Su Alteza, Soren. Desea verte cuanto antes. Tengo entendido que el príncipe Roderick también acudirá”.

Ahora era mi mundo el que se desgajaba. Sentí el peso de mi existencia y también el de las santas moradas de los dioses cayendo directamente sobre mis hombros. De nuevo me sentía febril y mi cabeza no paraba de darme vueltas. Me apoyé contra la pared con la esperanza de que el inocente Laertes no me viera falto de ímpetu. No lo hizo, por suerte para mí. Ahora era yo el que titubeaba.

“¿Qué puede querer el Rey de mí?”

Como se esperaba, Laertes no lo sabía. “Lo siento, Soren, recibí la orden del General Proteo.”

“Y claro, no había nadie mejor para darme esta noticia que el soldadito más ínfimo en las filas”.

“¡Ye Soren! ¡Eso duele!”

Le palmeé la espalda, esta vez con ternura. Laertes dio dos pasos atrás por el pudor; yo era dos cabezas más alto que él aunque él había sido el más alto cuando nos conocimos. No me importaba su actitud dubitativa, Laertes era así y punto. “No lo decía a malas. Sabes que el General Proteo te retiene en lo bajo por ser amigo mío. Siempre te lo he dicho, tronco: que te granjeas malas amistades”.

“Soren, pardiez, esa clase de palabrería no es vista con buenos ojos aquí”.

“¿Qué va a hacerme el rey, eh? ¿Mandarme a la sogá? Dioses saben que no necesita una excusa para hacerlo”.

“¡Soren!” Bramó desgañitadamente, acto seguido bajando el timbre, ojos abiertos de par en par, asustado él por el repentino clamor y el coraje recién hallado. “Soren” susurró, “sabes que eso no es verdad. ÉL ES tu padre”.

“Hay hombres que no están hechos para ser papis”.

“¿He de recordarte que es el Rey de quien estás hablando?”

“No mi rey”.

“¿Y debo añadir que tú eres un príncipe?”

Exhalé aguda risita. “Quizá he decidido volverme Faerie”.

“¡Blasfemia! Se sabe que los Faerie no honran a los dioses correctamente.”

“Laertes, te pasas demasiado tiempo en las iglesias”. Laertes chasqueó una lengua que desaprobaba de mi dicción. “Sé lo que estás pensando” dije al punto, respondiendo así a mi amigo: “que yo me paso demasiado tiempo en los burdeles”.

Laertes se ruborizó y para mi gozo empezó a hipar. Me entró la risa de nuevo. Yo quería a este chico. Dejadme añadir que había mucho más en él que cuanto reflejaba a primera vista y, a pesar de que tiró su vida al seguir la llamada de un falso rey, lo hizo con el corazón y la devoción de no sólo un soldado ejemplar, también de un verdadero amigo.

“No le des muchas vueltas, si algo estoy de acuerdo. Creo que estaría bien si hiciésemos una especie de intercambio. Ya sabes, tú empinando el codo y zumbándote a cada noche una chica distinta y yo el tipo felizmente casado”.

Laertes se irguió con presta indignación, tratando de taimar los hipidos al contestar. “Soren, ya sabes que yo jamás...” Mas no continuó, pues entrole otro achaque de hipo.

Al ver esto icé mis brazos a lo alto, dedos en forma de garra, emulando la pose de una bestia salvaje que ideaba en mi fuero interno. Sonreí con labios torcidos en malignidad. ¡Luego abrí la boca y rugí! Un bramido que reverberó por todo el pasillo.

“¡¡Gyeeeeaaaa!!” Grité. Con una mirada patidifusa, Laertes me preguntó qué demonios estaba haciendo. “Te estoy asustando. Soy un malvado Cíclope y te voy a devorar”.

“Mas creo.... Creo que los Cíclopes no son criaturas malignas”.

“Entonces soy una rara avis ciclópea, poseedor de rebaños y engullidor de bravos hombres de mar, encallados éstos en mi tétrica cueva. Os reto, enemigo mío, a que atacéis mi ojo, mi única debilidad, con ardiente estaca. Os reto a ello.”

“¿Pero qué me estás contando?” Balbuceó Laertes, confuso. Su delgada boca mostraba una expresión mema, los flecos de su cabello apegados a su frente anacarada.

“Trato de asustarte”.

“¿Por?”

“Pues para que se te pase el hipo”.

“No ha funcionado. No me asusto con tanta facilidad”.

“¿Ah no?” Reí. Luego, abruptamente, grité “¡Proteo, detrás de ti!”

“¡Joder!” Ululó Laertes, dándose la vuelta patéticamente, presto a ponerse de nuevo el casco, fallando clamorosamente.

Y otra vez me obligó a desternillarme de él, viendo tan entretenido cómo erraba en atarse el casco. Actuaba al modo del prepubescente que mendigaba por las callejuelas de Krates, aquel chico con el que me había pasado horas hablando durante mis constantes escapadas del castillo. Solo me habría hallado, y perdido -no en mi ciudad, la cual conocía como la palma de mi mano, sino en mi corazón- de no ser por aquel mendicante delgadito que me había hablado con tanta amabilidad y sinceras emociones.

“Estaba de coña” carcajeé. El pobre ya había tenido suficientes sobresaltos por hoy. “Pero eh, creo que lo he hecho bastante bien. He conseguido detener tu hipo y como premio te he visto cagarte encima, cabrón”.

Laertes se percató al punto de que cuanto decía era cierto, bueno, salvo la defecación de su ropa interior, claro está. Sonrió.

“O sea que nada de putas” le dije, para así romper nuevamente el silencio.

“Nada de putas, estoy casado” replicó.

“Por cierto, ¿cómo está Arianna?”

“Esa... Esa... Je, es otra cosa que quería decirte” tartamudeó. Cesó verbo y me dejó en un nuevo silencio, el cual parecime eternidad.

“Venga, dilo ya, hostia” le urgí.

Obedeció y me dio las mejores noticias posibles. “Está embarazada” dijo él.

Mi faz, júbilo. Aún puedo sentir la sincera felicidad que sostuve para con mi amigo. Laertes era de las pocas personas en Krates que sabían hacerme reír. Siempre había tenido en consideración a mi amigo, yo sufría cuando sus superiores lo pisoteaban -por orden de Proteo- mas también lo encomiaba cuando perseveraba. ¡Y qué perseverancia! ¡Qué noticias más alegres! Quizá no fuera el más listo ni el más bello, pero era fuerte, tanto en ánimo como cuerpo. Para ser del norte era bastante alto y de anchas espaldas también. Y además cariñoso, leal y honrado en acto y pensamiento. Mi propio hermano habíase vuelto cada vez más distante. Con el paso de los años, y al haberse desviado nuestros caminos en la vida, el vacío que fue mi adolescencia tuvo breves instantes de felicidad; cuando estaba Laertes conmigo.

Al mirar al inocentón vi al niño que se había pasado cada mañana entrenando con el Maestro Gayo y yo, el niño que robaba en la cocina -siempre en mi compañía- y deglutía enormes cantidades de pasteles. Ahora ese crío habíase convertido en un hombre bueno, de buen corazón -y distraída mente. Un hombre que había encontrado el amor en su media naranja, un hombre que se merecía eso y mucho más. Todo cuanto me competía hacer era abrazar a mi amigo, quien no dudó en devolverme el gesto.

Otra disrupción pospuso la lengua del poderoso Soren. Soren el Rojo, el Vengador, el Pérfido... Tantos epítetos para tantas crueldades. Mas nadie se acuerda de Soren, el amigo, el joven que sentía, que sufría y que dolía tanto como cualquier persona. ¡Claro que no! ¿Se les podía culpar por ello?

Pero hasta los monstruos sienten -como también lloran los diablos. Su hermano postizo..... El impoluto e infantil rostro de aquel buen bribonzuelo hacían palpar su aterradora musculatura. Percibía sobre ella el abrazo de su mejor amigo. Acarició la

cima de su calva cabeza, tocando el pelo fantasmal que de nuevo estaba allí.

Orin se apoyaba contra la pared. Agatha y Duncan sentaban. Ninguno osó romper el momento. No comprendían, jamás habían conocido a Laertes, no habían crecido a su lado. Los sentimientos tocados por la memoria de los personajes influyentes en su vida eran ahora una fuerza cada vez mayor despertándose en el interior de Soren.

En fin, mis invitados, prosigamos.

Tras calmarnos y mientras caminábamos por los aún quiescentes pasillos del castillo, le pregunté a Laertes sobre el nombre que le daría al bebé.

“Es un niño, lo presiento” cantó el jovial Laertes. “Se llamará Lucasz”.

Y nueve meses tras ese momento, nacería un niño marcado por la carga de un destino infeliz. Y Lucasz sería su nombre.

*Se apartó velozmente de la pared que lo sostenía, ese nombre había cautivado a Orin.*

*¿Lucasz? Suspiró Agatha, robándole a su hermano ese mismo nombre de la boca.*

*“Sí” afirmó Duncan. “Escuchad ambos.” Los hermanos no hicieron nada sino obedecerle.*

*“Por favor continúa” dijo disculpadamente el sabio a Soren. Lo cual hizo.*

“Bonito nombre. Tu príncipe, señor de Krates y duque de alguna tenebrosa tierra alejada de la mano de Astarios te felicita por tu buena decisión.”

“Mis agradecimientos a vos, mi señor”.

“¡Laertes!” Se detuvo en seco. Palmeé mi cara en desesperación. ¿Qué se le iba a hacer? Ah mi jubiloso Laertes.

## II

**L**a sombra de una reunión nada deseada con el Rey, mi padre, me asoló cuando los guardias apostados ante la puerta de la sala del trono abrieron la monumental belleza y me pidieron que entrara.

“Ea, parece que ha llegado mi momento de brillar, Laertes. ¿Te veré esta tarde en los campos de prácticas?”

“Mis lamentos pero el deber me reclama a las puertas, Soren. Mis oficiales me han ordenado que ayude al supervisor a vigilar el ganado que viene desde Siracusa”.

“Putada. Qué le vamos a hacer, tendré que contentarme con vencer otra vez al Maestro Gayo”.

“No sé si está bien hablar así del buen maestro, ya que estás hablando de una leyenda.”

“Sí, una vieja leyenda. Pronto seré yo de quien hable la gente. Cualquiera día de estos mi padre me nombrará el sucesor de Proteo como el protector personal del Rey y Alto General de las guardias reales y de la ciudad -amén de las huestes reales.

Entonces sí se pondrán interesantes las cosas. Para los dos. Te ascenderé al rango de capitán y ambos entraremos por las puertas de la ciudad, cual pompa triunfal, vencedores de alguna gran cruzada, montando sobre dos poderosos sementales, con la insignia del reino blasonados en una reluciente armadura blanca. Aplastaremos bandidos, separatistas y salvaremos a inmaculadas damiselas en apuros de los malhechores. Y luego les haremos el amor, perdón, se me había olvidado de que



estabas casado -yo les haré el amor y todos viviremos felices y follaremos como perdices.”

Laertes asintió más para aplacar mis delirios que de facto creyéndoselos. Me despedí de mi mejor amigo con un breve abrazo y una palmadita en la espalda antes de acceder a la sala del trono.

Estaba oscura. El ambiente cargado. La resaca ha instantes olvidada volvía a llamar a las puertas de mi cabeza, presta a seguir golpeando. Los guardias se apresuraron a cerrar las puertas tras de mí. Con un fuerte golpe resonando por la tenue mas aún bellísima sala, encaminé mi rumbo sobre el carmín alfombrado que conducía al trono. Como tácitos guardianes de personas mucho más merecedoras que yo, tal hacían las vacuas cáscaras que eran las armaduras brillantadas, ordenadas en dos filas paralelas y sincrónicas, mirándome con desdén. Brillaban con la timidez de las luces de óleo en lo alto encendidas. El aire era húmedo debido al calor estival. Mi respirar era pesado, mi pecho bronceado cargaba duros hálitos, tanto por la humedad como por los nervios.

Sobre el trono de muchas promesas estaba mi padre, engalanado por vestimentas cortesanas de un rojo sangre, exultante por las medallas uncidas a una banda azul de una seda pura, la cual se enrollaba cómodamente alrededor de su porte entrando en años mas no carente aún de vigor. Mi hermano estaba de pie, nervioso detrás del áureo trono. Nos lanzamos una mirada breve pero cómplice, aun distantes seguíamos siendo hermanos. Maldita sea, a pesar de la brecha que nos separaba, a pesar de obedecer a ese vil hombre al que llamábamos padre y por ende expulsándome de su lado -de su corazón- yo aún lo quería.

En quiescencia me situé ante mi padre. Su escrutinio gris se dirigía a mis ojos. Sentí el frío de un millón de hojas desalmadas cortando mi espina dorsal. Aún con las memorias de aquel olor fétido, el vaporoso resultado de la batalla de Ida, tan

reconocible por mis propias conquistas de naturas divergentes; incluso ahora el aroma me embriagaba siempre que lo veía.

“Soren” habló él con un tono inexpresivo que me era tan familiar.

Mi padre pausó, dándome el tiempo preceptivo para responder. Por un momento consideré no decir nada, ni una palabra que emergiera de mis labios. Mas esos ojos, tan fríos como las blancas llanuras de Teutoburgo, se hendieron en mi ánimo. Me deshice, por Astarios que me deshice.

“P... Padre” titubeé.

Al parecer había regresado a una posición de mera inocencia, aterrado como un cachorrito a la dura y encallecida mano de un amo abusivo. Mis dientes rechinaron segundos después, sintiendo yo vergüenza por mi propia cobardía. Mi padre no hizo indicación de que esto le importara.

“Te he llamado con un objetivo: que cumplas con tu destino encomendado desde tu nacimiento”.

¡Mi rostro se disparó de alegría! Los cálidos tonos en mis mejillas ahora estaban encandilados por trazas de esperanza y, ¿felicidad quizá? No, algo se había torcido. Algo debía ir mal. *Suspiro*.

¿Sabéis qué traicionó al Rey? El semblante apesadumbrado de Roderick. Un tímido monólogo de aciagos pensamientos que no auguraban nada bueno. Una premonición de las palabras que el Destino había dispuesto para decirlas mi padre.

“Y sin embargo tu futuro, que ya debería haber sido alcanzado, se ve tan lejano como las villas sacras de Astarios e Ida en el Cielo. Méliano me ha informado de que lo has vuelto a atacar. ¿Cuántos errores para que te des cuenta de la necesidad de tus actos?”

Una sonata iracunda perforó las profundidades de mi ánimo al escuchar el nombre de ese bastardo. Torcí las manos en puños, mis sucias uñas se hundieron en la carne de mis palmas. La sangre se deslizó por ellas.

“Mentiras, padre. Mélino es un calumniador y a más uno incompetente”.

“Y uno que te ha rebasado en mucho en toda lid salvo aquélla respecto a las artes de Aerios”.

En eso tenía razón, mas el intelecto y la estupidez no eran tan incompatibles entre sí como se podría creer. Además, esa acusación no carecía de calumnias; yo había sido privado de estudios superiores antes de iniciarse mi enemistad con Mélino.

“Padre” dije, replicando de manera tal que me era imposible ocultar por más tiempo mi descontento. “Aunque no faltáis a Véritas, soy más un guerrero dotado que él, y para ser General es eso lo prioritario. Por valía y los vínculos de la sangre debo...”

“¡Silencio, canalla!” Bramó mi padre con una gravedad tal que las armaduras temblaron.

Yo emulé su miedo. De padre miré a mi hermano. Éste no osó devolverme sus ojos. Su mirada se perdía en el negro mármol bajo sus pies. Era consciente de que no recibiría ningún apoyo del bonachón de Roddy, ya Mélino le había lamido el culo a tamaño nivel de brillantez que cualquier posibilidad que tenía de recuperar a mi hermano se habían disuelto ha mucho.

“Tu opinión no porta relevancia alguna”.

¡Maldición, cómo odiaba a este hombre! Aún sufro el escozor de sus palabras en la tierna carne de mi corazón perpetuamente malherido. ¿Iba yo a perder mi posición en beneficio de Mélino? No, eso era materialmente imposible, pues la ley Andria, ese código no escrito establecido en nuestra propia fundación por el primer Ingstad, lo prohibía; sólo la sangre real podía acceder al trono.

Pero era innegable que mi padre lo favorecía a él antes que a mí.

Me despojé de ese pensamiento. Mi padre era un hombre pestilente -para mí lo era. Para la plebe era un héroe, dador de paz. ¿Mas de qué paz? Entonces no conocíamos guerra; de lo contrario, ¿cómo había podido el enemigo vencer a Krates tan fácilmente?

En fin, mi padre seguía los principios de la ley. Lo había hecho desde sus primeros pasos dados en este mundo. Había observado todos los preceptos, paradigmas y códigos propios de un hombre de su estatus y no iba a traicionar sus principios, aun si con ello pudiera al fin negar a la odiosa mácula de su por otro lado impecable linaje.

Al parecer me estaba quedando dormido. Roderick se aclaró la garganta sonoramente y a propósito; retomé mi plena atención. Ellos estaban por encima de mí, al estar el trono, lógicamente, sobre un pequeño tramo de escaleras; para segregarse a los líderes del hatajo de cobardes a los que lideraban. Y parecían dos enormes montañas frente a un ratoncillo, el cual no podía más que quedarse petrificado por el miedo que le daba una visión que le parecía algo de otro mundo.

Yo era el ratoncillo. Y a mí se me dirigió la montaña más grande. “Pese a todo, la ley es la que es. Tú eres quien ha de heredar lo que por derecho le corresponde a los hermanos menores desde que nuestro Padre, Ingstad el Primero de Su Nombre, instauró la ley Andria.

Una ley que perdura, una ley que es justa. Y una que has deshonrado en muchas ocasiones”.

*Puto viejo de mierda.* Apenas un murmullo dentro de mi cabeza, palabras que ponderé mas reprimí de recitar en alto.

“Tus ojos, Soren” dijo mi padre con un tono más bajo.

“¿Disculpad, Mi Señor?” Pregunté. “Hallome confundido, no he captado eso último”.

“El mirarle a un hombre a los ojos, o a una dama hermosa, se trata de una ocasión muy especial. El alma, como el fervor de un amante cariñoso, se desnuda y es examinada punto por punto, sino a sino, y la perfección también debe ser hallada allí.

Los ojos son el espejuelo de cuanto mora dentro, una historia contada a viva voz mas sin destilar palabras. Pues ninguna es necesaria. Y los tuyos arden con odio

certero, principito”.

*Por primera vez el héroe mostró sus verdaderos colores, si bien una fracción y por un instante fugaz. Orin no lo vio, Agatha, no podría afirmarlo, mas sí Duncan. Con la misma claridad que el día.*

“Odio” dijo. Esta vez con mayor agudeza, un tono grave agriado. “Lo único que he visto en tus ojos es odio, hacia mí y hacia tu hermano”.

De nuevo desvié la mirada de padre a hermano, tratando de asegurarle de que esto no era verdad. Mas sí lo era.

“Y como hombre de odio te has familiarizado de tal modo con esta vil adicción que ves enemigos por todas partes”.

Ya no podía soportarlo más. “¡Eso no es verdad!”

Di dos pasos amenazantes hacia el trono dorado. Roderick se alejó un poco - deseo creer que lo hizo por amor y no por miedo- mas el Rey ni se amilanó. Se levantó de su silla y su presencia detuvo mi avance.

Los guardias apostados al otro extremo de la sala estaban nerviosos e inquietos. Comprensible reacción. Él era el Rey y tenían que protegerlo ante todo, incluso de mí, quien podía matarlos con mis manos desnudas.

Mas digo, por contra, que mi padre era más poderoso que yo, como también Proteo, el cual sospechaba que no andaba muy lejos. Ojalá pudiera decir que no fantaseé con asesinarlo, que jamás había esgrimido pensamientos tan atroces. Pero de nuevo estaría maldiciendo la verdad. Este era un momento tal, no os lo puedo negar.

Un silencio incómodo apresó la sala, la cual ya estaba hirviendo. Al mirar anodinamente al suelo, el sudor goteó sobre él. La pez marmórea, perfectamente encerada, me mostró la imagen de un hombre temeroso, por muy grande que fuera.

“Taima el ánimo. Escucha y calla, es lo único inteligente que puede hacer un hombre ignorante. Tú no eres más que chusma, pero por desgracia también eres mi..... hijo”.

Esa pausa me hizo sangrar adentro, no era rabia, esos fuegos habíanse sofocado, sino pura tristeza. Mi hermano frunció el semblante al escuchar esas palabras vociferadas por un hombre que tanto admiraba y cuyo ejemplo seguía fielmente. Traté de forzar una tibia y frágil sonrisa desde la esquina de mis labios. Quizá me quería aún, ¿si tan sólo un poco? Me había llamado hijo....

“Por mucho que nos lo neguemos, somos de la misma sangre; y por mucho que me disguste, eres de alta alcurnia, descendiente de reyes magnánimos. Pero eres el segundo hijo y el título que se te ha otorgado es el de Primer General de todos los ejércitos de Antroporion; salvo, por supuesto, Arlstad, el cual está bajo las órdenes del Rey en primera instancia y luego del Arl de los Llanos blancos”.

No era miel mas casi tan dulces las palabras escuchadas de mi padre. Al menos esa esperanza seguía viva.

Pero el sueño se truncó tan pronto como habíase formulado.

“Pero....” añadió el Rey, esa palabra hostigadora, una conjunción adversa, capaz de todo mal, “..... has vejado a tus antepasados. Por ello proclamo el decreto noveno”.

Un desaire en forma de sonrisa me profesó mi padre. Yo no entendía nada, pues en ese tiempo no conocía ninguno de los subartículos de la legislación Andria. Los otros nueve decretos los aprendería años después de la destrucción de Krates, en este mismo templo de tinieblas y enfermedad, mas el noveno lo aprendí allí y entonces.

“Como sospechaba, tu silencio lo confirma” dijo mi padre. “No te has memorizado los decretos promulgados por el Rey Ingstad I en persona; los cuales por tu sangre te vinculan a obedecerlos -suspiró mi padre disgustado por mi falta de sapiencia, pero siguió hablando igualmente-

El noveno decreto es aquél que trata de la privación a un hijo de su derecho a la herencia, si así lo decidiera el pueblo de Krates”.

Sudaba, estaba empapado, pero mi frente estaba seca y helada al tacto; no podía más que implorar. “No, padre, os lo ruego...” Mas mi disposición era miserable.

“¡No! ¡Guárdate tus quejidos! Esto es por tu propio bien. El Agón ha de ser decretado.

Sólo una vez en la Historia de nuestro pueblo ha sido invocada esta ley, pues ningún Rey debe jamás desearlo.

La Reina Alemma III, esposa del magno Licano I, Ruina de Centauros, dio a luz a un heredero ilegítimo, fruto de una pasión execrable, consumada cuando el Rey estaba de caza. Este hijo, quien como tú era el segundo, perdió el derecho del liderazgo que tú mismo reclamas, mas no antes de terminar el juicio del Agón”.

“Algo me dice que no le fue muy bien” respondí, tratando de mantener un mínimo de dignidad.

“Así acaeció” contestó Ingstad.

“¿Puedo preguntaros de qué consiste este juicio?” Esto lo dije amargamente.

Mi padre negó mi osadía. “¿Qué te ha pasado, Soren? ¿Qué es lo que odias tanto que te hace tan agrio y furibundo a una edad tan temprana?”

*Tú.* Roderick miró a padre directamente a la nuca, ya que estaba a unos pasos detrás de él. Yo a su vez miraba a mi hermano, preguntándome si era amigo o rival.

“¿Sabes lo que yo hacía a tu edad?” Preguntó, formulando una pregunta retórica, pues él mismo se contestó. “Hice lo que me decían, lo que esperaban de mí.

Me gradué cum laude sobre mis semejantes, estudié la batalla y la guerra en todas sus facetas, tanto marciales como diplomáticas. Lo hice para garantizar la paz.”

Ya no había duda -estaba jodido. No me quedaba otra que al menos mantener algo de honor y orgullo.

“No” respondí, siendo yo mi único representante allí. “No lograste nada.

La paz ya había sido instaurada antes de tu reinado. Ha pasado mucho tiempo desde que los Centauros, la viva encarnación del mal, hayan intentado una conquista a

gran escala de nuestras tierras. Las hazañas más memorables de aquellas batallas están en secos tomos encallados en las estanterías de algún viejo imbécil. Quizá el Faerie más anciano pueda contar una fábula o dos. Pero en verdad que, más allá de alguna escaramuza o dos, nada ha pasado recientemente.”

Ten en cuenta, Duncan, de que estaba hablando desde la ignorancia, pues entonces no sabía nada sobre la guerra versus Egberto Jones.

Una rencorosa luminaria se encendió en la faz aparentemente feliz de mi padre, como si esperándose este tibio arrebatado de rebeldía. “Me acabas de quitar las palabras de la boca. Sin saberlo has descrito, parcialmente, tu propio Agón”.

“¿Qué?” Pregunté, confuso y rabioso a la vez.

“Tus queridos Centauros han estado atacando algunos poblados costeros en Arlstad, Lovren está muy preocupado”.

“¿El Arl está preocupado? ¿Por qué?”

Mi padre me despejó las dudas, esta vez más calmo su ánimo. “Los Centauros no son criaturas fantásticas, simplemente habían sido antaño una nación poderosa que luego acabó desvirtuándose. Ahora agreden y rapiñan un poco y regresan ipso facto a sus islas, lejanas al este.

Te prevengo al decirte que harás bien en temer a los Centauros, pues ellos también son hijos de Sustarios, dios de la oscuridad y patrón de estas sucias bestias”.

No podía soportar por más tiempo su verborrea.

“¡A tomar por culo todo esto, a la mierda el Agón y a la mierda tú!” Siseé, finalmente dando carta blanca al deseo de mi ánimo.

Mi padre y yo convergimos en un punto cercano a la explosión. Escuché el deslizarse de su funda, la espada a medio sacar que podía factualmente cortarme cual manteca.

Por fin intercedió el silencioso.



“Por favor, mi Rey” interpeló con su habitual actitud servil, una que siempre había poseído pero que, joder, ahora aparecía con mayor frecuencia. “Perdona a Soren, lo que pasa es que adopta otras inclinaciones religiosas”.

Pausó. Los malditos tipejos de la realeza, todos tienen un fanatismo religioso, todavía sigo odiándolo.

Mi hermano se me dirigió y dijo “hermano, debes creerme cuando te digo que esto es veraz.

Se rumorea que sus números se elevan a los centenares, aun y cuando en los últimos doscientos años apenas se han visto cien navíos centauros, y a lo sumo éstos habían sido simples merodeadores. Te impelo, Soren, a creer a nuestro padre”.

“Basta, hijo mío” dijo el Rey. “Soren es un guerrero fuerte, pero no es más que un soldado raso. No hay sentido común entre esas sienes.

Lo que quiero decirte, Soren, es que no estás aquí para debatir y replicarme, sino obedecer”. Mi padre siempre sabía qué palabras emplear para destartalarme. “Mélino es mucho más sensato que tú. Quizá no posea tu fuerza bruta ni tu afinidad natural para con el combate, pero ha estudiado los tomos y papiros, los cuales, insisto, interpretan el arte de la guerra. Empero, todo lo que tú has domeñado es el arte de la desfachatez. ¿Me crees ignorante respecto a cuanto acontece en las calles de mi ciudad? -Mi mente me imploraba alguna contra dialéctica por mi parte, mas por nada podía hallar réplica en ese momento-

Un buen monarca ha de conocerse cada piedra y adoquín no sólo de su capital, sino de todo su reino. Y luego más... por si las moscas. Veo en Roderick, las buenas virtudes del liderazgo. Sé que tu hermano, llegado el momento, tomará siempre la decisión correcta, la cual no siempre es la más fácil.

Pero tú, lo único que te importa es sexo, vino y narcóticos baratos. Luchas como un animal mas también como un animal fornicas y con ello deshonoras el nombre de tus ancestros. No puedes ser un líder, pues apenas eres humano. Tú has de ser dirigido,

en el modo en el que un ínclito amo guía a su montura, permitiendo así que el cuerpo del animal cumpla con su verdadero cometido. Mas incluso los caballos conocen la lealtad.

Mélino, por otro lado, ha demostrado serles útil tanto a su Rey como a su nación. Bajo Proteo ha llegado a ser no sólo fuerte, también sabio”.

No podía creer lo que estaba escuchando. Todo lo que había sido, todo cuanto era mi destino ser, en pedazos. Tan muerto de repente, como la mujer quien, desde los reinos de la eternidad, lloraba por su hijo, quien también se pudría y marchitaba.

“He aprobado personalmente que Mélino sea sucesor en tu lugar. El consejo, la encarnación del pueblo de Krates, oficiales electos todos -como deberías saber- ha votado en unanimidad en favor de esta decisión.

Pero ni siquiera el consejo y su Rey en común acuerdo pueden despojarte de tu derecho. Se establece pues que has de superar un Agón para bien confirmar la amarga moción de censura del Rey -ambos sabíamos que era de todo menos amarga para él- o bien por el contrario darle al hijo descarriado una oportunidad para su redención; a los ojos de los dioses tanto como a los míos propios. Además..... Además”. Mi padre se atragantó con su saliva y se mordió el labio inferior. Se aclaró la garganta y prosiguió su discurso ominoso.

“.... Además es por mi autoridad, la propia de un heredero del Rey Ingstad el Primero de Su Nombre, que os convoco, príncipe Soren, a prestar audiencia ante mí y someteros a la evaluación de la ley.

Y por el poder legado a mí por el Altísimo Astarios, os declaro culpable de *traición*”.

“¡¿QUÉ?!” Gritamos, Roderick y yo, clamor de un unánime desacuerdo. “Padre” dijo Roderick precipitadamente, “confiero con vos en que Soren ha de ser castigado. ¿Mas la traición? Tal cosa infiere....”

“¡Nada es lo inferido!” Gritó él, feroz monarca y peor padre.

Como un cachorro asustadizo, mi hermano reculó y volvió a su posición inicial, cosita quiescente viviendo en la sombra de un dictador. Válgase que yo no seguí ese ejemplo, pero pocas acciones podía tomar dada la frustración doliente en mi ánimo.

“Tú... Tú”.

Lágrimas, el rocío que escanciaba mi faz, mi corazón sangrante lloraba igual. Mi pecho se desgañitaba con una presión extrema mientras la sala comenzaba a calentarse. No, era yo. No podía hablar, apenas carraspeaba. Tenía serias dificultades para contener la avena, la cual ahora yacía en el fondo de mis tripas con el peso del hierro. Mi aliento sabía rancio en mis fauces hiperventiladas.

Estaba condenado.

Mi padre confirmó su resolución y mi hermano no se atrevió a oponérsele. ¿Por qué, Roderick? ¿Por qué no me defendiste?

“La sentencia queda aprobada. En no más de cuarenta y ocho horas habrás de abandonar Krates y embarcarás rumbo a Arlstad. Teutoburgo será tu primer destino. Ya he informado a mi buen amigo, Arl Lovren, sobre tu situación.

Ha acordado acogerte como su invitado. Pero que no te quepa duda, tu estatus ha sido anulado temporalmente, no tienes autoridad real en la provincia.

El Arl y sus generales serán tus superiores inmediatos, cualquier orden o dictamen suyos serán ley para ti. Una ley que obedecerás si sabes lo que te conviene”.

“¿Y mi misión?” Pregunté amargamente.

“Ayudarás al Arl a contener la amenaza que suponen los Centauros”.

“¿No deberíamos al menos evaluar la situación antes de tomar acciones inmediatas?”

“Tan torpe como siempre, Soren. La situación ya ha sido evaluada por los mejores hombres de Proteo, con la ayuda del Arl. También Mélino, quien ha demostrado una gran aptitud en el campo. Un campo que tú aún has de pisar. Mas no te preocupes, pronto lo harás”.

“Mi misión, si os place” la resignación estaba conquistando mi ánimo. Pero la ofensa sufrida, aún la siento. Pude sentir el dolor que creía olvidado.

“Tu misión es ayudar al Arl y con total seguridad enfrentarte a los Centauros en batalla. No será una prueba fácil de superar. Si lo logras o no, eso depende del Arl. Tu destino está en sus manos, Soren. Pero insisto, no te olvides de que esto te lo has hecho a ti mismo”.

¿Cómo podía decir un hombre que me había menospreciado desde el día en que nací que me lo había hecho a mí mismo? Nunca había odiado más a ese hombre. Pero no os preocupéis, pues el odio es un sentimiento duradero.

Todo lo que me quedaba por hacer era preguntar. “¿Y qué me pasará si fallo?”

El Rey me profirió una sonrisa maliciosa, medio-oculta bajo el velo de sus dedos. “Entonces serás exiliado por el resto de tus días. A donde vayas no es asunto mío, con tal de que no sea en Antroporion”.

“¿De todo el reino?” Vi un tanto descorazonado a Roderick. Ahora mi mirada era fiera, mi rictus cargado de reproches.

“Afirmativo” respondió mi padre, carente de expresividad y emoción.

“¿Crees que eso es justo?”

“Justo o no, es la ley. Ahora ven, Roderick, que hay mucho por hacer y requiero tu asistencia.”

“Como ordenéis, Alteza”.

Mi hermano bajó las escaleras desconcertado. Llegó a mi vera y allí se detuvo, mas no se dignó siquiera a mirarme. “Todo saldrá bien, Soren. Arl Lovren es un buen hombre, quizá un poco tosco; y tú eres el mejor guerrero que conozco”.

Abriose la puerta y permaneció así mientras partían el monarca y su heredero. Los cálidos rayos solares destellearon y aumentó la temperatura de la estancia, lo cual me incomodó más si cabe.

Había sido abandonado por mi propia familia. Miraba directamente a un vacío

atemporal, obviando un mundo que era demasiado duro a mi entender. Pensaba que todo había acabado cuando de repente resonó la voz de mi padre desde el otro extremo de la sala del trono.

“Haz el favor de llevarte contigo a ese gusano tristón de Laertes. Tampoco tenemos necesidad de él aquí. Que sea tu único sirviente. Que limpie tu orinal o te cepille el pelo, que a mí me da lo mismo.

Eso sí, procura informar al intendente antes de irte del castillo, para que pueda decirte dónde has de estar hasta que partas -y sugiero que lo hagas lo antes posible. Ya no eres bienvenido aquí”.

Y así, con un fuerte clangor, las puertas se cerraron tras ellos. Me quedé a solas con la oscuridad de una sala que tanto temía; el trono brillaba en la tenue luz, mirándome casi, mofándose de mí.

Todo habíase acabado.

Nadie me creía, no, eso no es del todo cierto. Lo que quería decir es que nadie creía en mí. No Roderick y desde luego que no ese extraño que se hacía pasar por mi padre.

En una silenciosa jungla de ladrillo, roca y mármol yo andaba. Vejado, ignorado. Mi única compasión la del dolor. No sabría decirlo pues las memorias son a más tenues en mi mente odiosa, mas creo que aquel fue mi segundo paso hacia las tinieblas. Las vías entretejidas que llevaban a los campos de prácticas y de equitación estaban envueltas por los negros humores de la melancolía.

Ni mis lazos sanguíneos más próximos creían en mí. Antes preferirían secundar las causas de la escoria, de los que no tienen mérito, que la mía. Había fracasado como hermano e hijo. Asiduamente me habían recordado este hecho cuando era niño.

Admitido que yo no era ni mucho menos inocente, pero que te repudien de esta manera; me parece imposible siquiera expresar verbos que enuncien estos sentimientos. Sinceramente dudo que pueda expresarse cuanto sentía.

Desprovisto de mí. El decreto de mi padre vivía en mi alma y cada hilo de mi ser ardía con algo que no podía comprender del todo. Estaba enfadado; furibundas las llamas cociendo en el fondo de mi vientre. ¿Pero con quién estaba de facto enfurecido? Me sentía como el campesino de aquella fábula, quien había gritado “lobo” en repetición exagerada, incapaz de ver que su intento de comicidad no era más que su propio fin. Yo era mi lobo. Era una bestia rábida.

Quería abrazar y ser abrazado. Necesitaba que alguien me dijera que todo iba a salir bien. Mas sabía que eso no iba a ser así.

Así que replacé esa emoción por un odio al que me aferraba. Las semillas plantadas ha una década al fin germinaban, lo podía sentir. En aquel entonces no lo acepté abiertamente, mas en el fondo ya se me había dado motivo suficiente para hacerlo. Y por todos los dioses, tanto de luz como de tinieblas, tenía toda la intención de avivar esa ira y usarla contra mis enemigos. Si había de ser mi carga el sangrar -y el hacer sangrar- que así fuera.

Y cosa típica de los tres Hados: cuando las cosas son ya de por sí demasiado duras, algo o alguien siempre aparece para empeorarlas.

“Un hecho interesante a mis oídos han alcanzado, mi príncipe” silbó una figura sospechosa emergiendo de los arbustos, cual espía -no, cual asesino, esperando el momento preciso para saltar sobre un adversario distraído. Indudablemente se trataba de Mélino; su ánimo tan negra como los ojos que me inspeccionaban.

“Mélino” croé. Mi peor enemigo y némesis personal. El hombre a quien mi propio padre había decidido tutelar y, muy a su manera, había enseñado a odiarme. “¿Qué

quieres? Te aconsejo premura, pues poca es mi paciencia con las comadreas.”

Su sonrisa confiada se disipó y en su lugar se tornó contorsionada faz de puro desdén y desprecio. Yo, por otra parte, reí con un timbre malvado; su cara aún se hallaba marcada por la vehemencia de mis puños. Estaba cubierta con las cicatrices causadas por la pelea de anoche, una que había librado contra mí; y si se me permite añadir, con infeliz término para él.

Creo que se me ha olvidado mencionároslo, infantiles, pero Mélino sostenía fuerte enamoramiento por aquella puta con la que me acostaba con asiduidad. Vale, él también se la follaba, mas tenía que pagar un coste mayor al mío. A veces para mí el pago sólo era una sonrisa por aquí, una palabra bonita por allá, un cumplido sincero o un beso en el momento oportuno.

Le guiñé el ojo a Mélino. “Te veo un poco *machacado*. ¿Qué pasa? ¿Te ha dejado la novia?”

Tuve que reírme con mi propio comentario. Él hizo amago de levantar los puños, yo le contesté con pose de auténtico guerrero. Mélino titubeó, se lo pensó dos veces y bajó los puños, a sabiendas de que no me podía vencer. Sin duda volvería a intentarlo. Y de seguro que volvería a fallar. Pero no hoy.

No era inusual que Mélino y yo nos enzarzáramos de tanto en cuanto, mas la guerra que sosteníamos apenas superaba la definición de fría. Habíamos estado en disputa contra el otro desde ha casi ocho años, cuando mi padre lo nombrara segundo contendiente al puesto de Proteo. La ambición nos impulsaba a ambos -sobre todo a mí, lo cual no os niego. Mas yo era el mejor por mucho.

Y él un alumno aplicado, yo no. Ese era el único pretexto que esgrimía mi padre para tener a ese insecto cerca. Para empeorar las cosas, Mélino había adoptado un trato diametralmente opuesto para con mi hermano. Era a todas luces preferido por mi padre, y quizá hasta también por mi hermano.

Mélino recobró su compostura. Habló con un semblante maligno. “Lo sé todo,

Soren. Ni más ni menos que a Arlstad es a donde vas.”

“Ya” respondí, igualando su arrogancia fonema a fonema, “tenía ganas de unas buenas vacaciones; ver siempre las mismas caras y follarme a las mismas putas, se hace viejo tras un tiempo. Además, con la entrada en años del Maestro Gayo, no hay buenos oponentes a quien partirlas la cara como Astarios manda.”

Con el crujir interno pude denotar el cierre forzoso de sus dientes allende una boca cerrada. Expresé una malvada alegría al ver enrojecer su faz con odio. Era fácil incitar a Mélino; para ser tan inteligente y apto como pensaba mi padre, no era muy difícil jugar con su mente. Mélino sólo era una sierpe de meliflua ponzoña, un lameculos. ¿Cómo podía ser que yo era el único que lo veía? No, sé que Gayo y Laertes lo veían con los mismos ojos, pero ellos también veían cosas en mí cuya existencia yo tampoco podía aceptar.

Mélino calmó a duras penas. Aún no podía leer mentes, mas algunas personas, en especial las de mente floja, son más fáciles de leer que otras. Y Mélino era un idiota. Podía vislumbrar la victoria en su rostro, en cada gesto denotar el desprecio de un hombre que se creía en todo mi superior.

“Dime, Mélino, padre me ha dicho que Proteo y tú habéis estado pedorreándoos en Arlstad. ¿Es eso cierto?”

“Vigila ese tono, Soren” avisó mi oponente. “Dudo que el General aprecie comentarios tan injuriosos”.

Gruñí en repudio de sus palabras y presencia asquerosas, mas dejé de lado esa ofensa, al intrigarme cuanto tenía Mélino que decir. La sierpe habló de nuevo. “Pero sí, en las fronteras primero, luego de Vianna partimos al este, hasta llegar al norte de Las Comunas”.

Ninguno de estos lugares significaban nada para mí, mas simulé posesión de un conocimiento mayor de nuestra geografía, asintiendo con la cabeza como si tuviera idea de lo que decía Mélino. “Allí acabamos con una hueste de bandidos; tenemos



motivos para creer que están aliados con los Centauros”.

“¿Y cómo pudiste saberlo?”

“Porque las sospechas sobre tal entente no son mías, sino del mismísimo Arl Lovren”.

Cuando se mencionaba a Arl Lovren mis orejas se erizaban. No había visto al hombre en mucho tiempo. Cuando vivía mi madre y me quería mi hermano. Entonces Arl Lovren habíame parecido un titán de largos bucles dorados cayendo cual fuente por dos hombros firmes y bien armados. Y un hacha. Su enorme hacha de guerra. *Los infantes en la caverna se estremecieron un poco. Habían oído ese nombre antes.*

“No nos quedamos mucho tiempo en Arlstad, pero sí descubrimos varios grupos de bandidos en las frías tierras del sur y en más de una ocasión avistamos huellas de casco cerca de sus campamentos. Piensa lo que quieras, Soren, pero el Arl, el hombre más fuerte que he conocido, parece estar preocupado. No se te envía a la provincia para descansar, va a ser duro, el clima, la gente, los enemigos. Quizá sea demasiado para ti”.

Nada pude hacer más que creerme sus palabras, que no parecían un cuento. No había equívocos en su verbo, ¿y por qué había de haberlos si la verdad era más aterradora que cuantas mentiras podía él elaborar? Odio admitirlo pero tenía miedo, mas no osé mostrarlo abiertamente. Méliño sonrió de nuevo, viéndose en una posición ventajosa. ¡Maldito! No lo permitiría, empero. No le daría la satisfacción de verme perder la calma, así que yo también estreché una sonrisa.

“Sea como fuere, me gustaría pegarme con un Centauro”.

“¿Tú? Lo dudo mucho”.

“¿Quieres ponerme a prueba, Méliño? ¿Quieres ver cuán fuerte soy? No me importaría terminar ese lienzo cromático sobre tu cara”.

Méliño siseó en irrisión versus mi persona. “Quizá seas un gran luchador, Soren, no te puedo negar eso. Pero la fuerza bruta es inútil contra estas criaturas. Son, al fin y

al cabo, engendros tenebrosos, crías del Señor Oscuro”.

“Ya veo que estás tan cegado por la mitología como mi padre y mi hermano”.

“Deberías respetar el sentimiento religioso de tu familia, Soren. No te vendrían mal unas horas más de rezo diario”.

“Na” pie. “Sinceramente pienso que estar de rodillas es más lo tuyo. Tengo la sospecha de que Roderick e Ingstad te las tienen bien desgastadas.”

“¡Oh, serás.....!” Bramó Méline, tan ofendido como en sorpresa.

“Ja, ja” aullé, in crescendo mis hirientes vilipendios. “Bueno, también eres un muy buen economista. Quizá el Rey haya hecho bien en nombrarte sucesor de Proteo en lugar de a mí. Desde que llegaste, el gasto en papel de letrina ha disminuido sustancialmente -y los culos de mi real familia nunca han estado tan limpios”.

El semblante de Méline irrumpió en ira. “Venga va, Méline, coleguita del corazón, si sabes que te gusta.”

Esta vez cualquiera que fuese la serenidad que había poseído se disipó en una bruma aullante de furia interna. “Te voy a joder, Soren” replicó el muchacho iracundo, quien era un año mayor que yo.

“Eh, quieto *parao*, colega. Al menos invítame antes a un vaso de vino” bromeé, de todos modos preparado para cuanto habría de suceder al punto.

Méline rugió, saliva disparándose por doquier, incluso mi cara. No me importó. Si algo de satisfacción iba a hallar, sería a su costa. “No eres más que un bruto” gritó, “un borracho y un putero”.

“Putero soy, mas al menos no estoy enamorado de una” mofé.

Y cuando la fuerza bruta estaba a punto de vencer al raciocinio, se detuvo. “No caeré en tus trampas, Soren. Es posible que ame a una puta, pero al menos mi madre no murió a manos de un gnomo. Cuán indigno de una reina, aunque Dalilah siempre fue una mala excusa para una monarquía tan fuerte como la nuestra”.

Ahora eran mi verbo y disposición cuanto mutaba en palpitaciones violentas de

ira.

“Disponte a morir, Mélino”.

Apenas un murmullo surgió, mas fue suficiente. Estudioso yo, examinando un árbol resistente a pocos pies de allí, viejo y honesto, tan diferente a mí, su tronco duro cual roca. También vi la cabeza de Mélino aplastándose contra él una y otra vez, una y otra vez -hasta que su hálito se detuviera y su vida fuese rendida ante mí. Mas no había de ser así.

Lo que sí ocurrió fue lo siguiente. La nariz de Mélino achatada cual tomate maduro bajo la furia de mi puño. Había usado toda mi fuerza en ese golpe, no sólo fieros nudillos hallaron la faz de ese bastardo, también el peso de mi torso concentrado en una única víctima. Le di con tal ímpetu que literalmente salió disparado unos centímetros del suelo para caer duramente sobre su espalda.

Como una niña llorando lo vi, en el suelo con una nariz rota; eso me calmó.

Me burlé de su debilidad y salí corriendo. Sabía que los centinelas acudirían más temprano que tarde. También sabía que mis cuarenta y ocho horas habíanse visto reducidas al momento en que le di a esa rata a probar de mi puño.

Dejé atrás el bable airado y ensordecedor de Mélino, ahora un sonido entre muchos. De arrestarme, los guardias me llevarían directamente ante el Rey. Bueno, todos menos uno. El guardia que estaba en las puertas.

### III

**A** las puertas estaba Laertes -cubierto en heces vacunas. Olía muy mal. Me reí de él. Tuve que taparme nariz y boca para no vomitar. El calor estival no hacía sino agravar las cosas. Moscas revoloteaban alrededor del pobre muchacho, quien andaba espantándolas vigorosamente mientras controlaba la cosecha que traían los granjeros locales.

“Lamentos, mi pr..... Eh, Soren, mas si me permites debo atender a aquí mi buen señor Rodolfo. No quiero hacerle esperar”.

Saludé al viejo granjero Rodolfo, a quien no conocía de nada.

Se postró modesto a mis pies. “Mi príncipe” dijome.

Me reí por lo bajo, un tanto avergonzado, un príncipe era no más -al menos no mientras la prueba del Agón siguiera en efecto. “No es menester que os postréis, buen señor” dije, ayudando al granjero a erguirse.

Su esposa, una señora mayor de cuerpo orondo, y su joven hija, quien a lo sumo tenía dieciséis, ayudaban a Rodolfo con el variado arreglo de verduras y frutas que debían haber nacido en los mismos huertos de ese señor. “Veo que las cosas van bien, Rodolfo” dijo Laertes con plena simpatía.

La familia de tres echose atrás, espantada por el olor nauseabundo que procedía de mi amigo, mas lo trataban con alto grado de cercanía -a pesar del aroma pungente. Laertes siempre supo cómo granjear amistades, supongo que esa era una parte de él que tanto admiraba, dado que yo era más bien lo opuesto. Los amigos que yo hacía,

los hacía de noche y rápidamente los deshacía a la mañana siguiente, una vez el vino - y el oro- habíase desparramado. Mas Laertes era distinto en mucho, su honestidad era pura y a la gente caía muy bien. El hecho de que Rodolfo se mantuvo cerca de él, aguantando el pútrido tufo, era una clara evidencia de ello.

“No me *viá quejá*, Laertes. Astarios nos ha *bendeció* con este tiempo formoso, Demris rebosa frutos y tierras fértiles, y -dirigióse a mí el granjero- el Rey nos ha dotado de su protección. Ya ni recuerdo la última *vé* que los *bandíos* saquearon nuestras tierras. Na, si mal no recuerdo, fue cuando mi padre era un pequeñín....”

No prestaba yo tanta atención al talludo granjero y su verborrea como a su hija. No me entraba a la cabeza cómo una pareja tan anciana había podido engendrar a una hija tan joven; supongo que jamás lo sabré. Lo que sí me es preclaro en mi recontar es su cabello lacio y oscuro y unos ojos de suave luz coqueta que mostraban una fruta que ya buscaba ser cosechada. Empero, cuanto más admiraba de ella era su terso y pleno busto. No os mentiré -y esto lo digo con sinceridad a pesar de la vergüenza que me produce: tuve fantasías de chupetear sus pezones enternecidos, sugerentes éstos debajo de su blusa blanca.

“Jovencita, ¿te han dicho alguna vez que eres preciosa? Radiante ni menos. Ahora no me mientas, nena, ¿eres por casualidad una diosa? Yo diría que la mismísima Ida”. No creía yo mucho en dioses, pero si tenía que recurrir a la santidad para echar un buen polvo, así haría. Y así hacía. Un recurso que no me había fallado nunca.

Cual manzana madura tomada directa del árbol, así se tiñó ella. Se mordió el labio con timidez. Respiraba con un hálito pesado. Ahora lo que veía en sus ojos era una pasión desbocada. Esta chica no era pura, como hacía pensar con su vestimenta humilde. Mas debajo de esa dulce e inocente colegiala había una leona presta a saltar.

“Ejem” carraspeó la madre de la chica, quien, a diferencia del distraído de su marido, había fijado ojo avizor sobre su hija.

Me aparté de ella, mas no sin antes ser muy claro sobre dónde me podría encontrar por la noche, en el caso de que decidiera perderse por la ciudad.

“Tío, hueles a ojete. Como príncipe tuyo que soy, te ordeno a que vayas a casa y te des un baño. También te sugiero que le des cariño a tu esposa, una vez o dos, antes de que.....” Enquisté los labios, no quería darle las nuevas, no así.

“Señor, si pudiera yo....”

“Que no me llames señor”.

“Sí, se.....ñor. Sí, Soren. Si pudiera yo inquirir, ¿a qué te refieres con -antes de que....?”

“Tú ve a casa y lávate y luego reúnete conmigo en la taberna de los Inklings”.

“¿Los Inklings?” La curiosidad manifiesta en Laertes. “No es la clase de local que sueles frecuentar. Eh, lo siento -pero es verdad.

¿No es un lugar más propio de Roderick?”

“¡Ay!” Repliqué cómicamente, en absoluto ofendido. “¿Crees que soy tan ignorante?”

“No, Soren, claro que no. Me refería a que es un lugar demasiado elegante”.

“Ya, ya. Seamos honestos. Esa taberna tiene una gran historia, la gente que se congregaba y congrega allí son y siempre serán los mejores intelectuales y aedos que jamás haya visto el reino del hombre; los ilustres Inklings siendo los primeros de muchos.

O sea que vale, un gilipollas como yo no tiene cabida en su legado. Pero poco importa eso, las órdenes de padre son las que son”.

Laertes asintió, acordó reunirse conmigo más tarde y caminó raudo a su casa; mujeres y niños a punto de desmayarse cuando pasaba cerca. Los perros le ladraban disgustados, su olfato tocado por el horror. Pobre Laertes, cuán avergonzado estaba.

En fin, y pensar que había conocido a ese chico en la misma época que a la sierpe de Méliano -eso me fermenta la sangre.

No mentía. Los Inklings es un lugar que no significa nada para vosotros, pero haced caso a mi recontar; en mi día era un sitio muy, pero que muy popular. Nada de ramerías, tabernerías o cerveza barata aquí. Más veces que no -y me refiero ahora a los tiempos de la niñez de mis abuelos- un reducido grupo de intelectuales -profesores, escritores y poetas de talento singular- disfrutaban de sus tertulias en cómodos sillones perfumados en derredor de un fuego con olor a pino, en donde hablaban de todo y todo lo discutían.

Los Inklings, el nombre de esa grey. Hasta yo estaba enamorado de sus historias. Siempre apreciaré la memoria de un joven paria de apenas quince años, de día constantemente abroncado por sus muchas trasgresiones, quien buscaba refugio noctámbulo en la taberna, hallado al escuchar las leyendas recitadas en alguna de sus esquinas -habladas por lenguas distintas de las de aquellos que las crearon, mas con la llama de la creatividad humana aún intacta. La magia literaria y lingüística entonadas eran diferentes a la algarabía típica de maestros y clérigos, menos monótona, tan llena de vida. Era *poyeisis* en estado puro -la palabra Faerie para la creación. Para ser exactos, creación literaria. Aquello que no tenía ningún cariz pragmático posible mas aún era capaz de encantar un corazón, mortal o no.

Ahora sólo son una ahíta fantasía, mas a veces rememoro los soliloquios aquellos que santificaban a un Anillo. Una pequeña comunidad de una multiplicidad de lo más extraña. Recuerdo a un mago gris de sabiduría incontestada y palabras preclaras para quien las precisare; un heredero de un reino amenazado; un senescal incrédulo de esa misma nación; un enano y un elfo, primero rivales, luego amigos inseparables. Mas de todos estos altos compañeros, los más destacados eran los medio-hombres de una raza diminuta. Empezaba por H, y también con una dulce

historia sobre un agujero, mas no uno húmedo y oscuro, sino más bien una oquedad cálida y acogedora en donde los invitados eran siempre bienvenidos -claro está, si exceptuamos a cierto tropel de enanos. Sí, una humilde raza que se vio a sí misma, a través de bravos legados, destinada a ir a los fuegos del mismísimo Destino.

¿Cómo se llamaba el Creador? ¿Quién el Demiurgo poseedor de un talento tan puro? ¿Jonathan? ¿Ronald? ¿Reuel? No lo recuerdo. Murió antes de mi era, mas seguía viviendo en todos nosotros. Cuando escuchaba sus épicas, era como si el Hombre Mismo estuviera vivo. O cuando leía cada frase en anticipación de la siguiente, en la soledad de mis aposentos -ahora privados. Nunca más compartidos con Roderick, pero sí con aquel dragón que había conquistado la grandeza de los reyes enanos -tan distintos a los gnomos que conocía y asesiné; con la valerosa humanidad e inmortales elfos que se enfrentaron a las huestes orcas; los espectros del Anillo, esclavos para siempre del amo tenebroso al que habían vendido sus impías ánimas. Aquél quien había engañado a la gran nación del oeste. Aquél quien había creado el Anillo para unirlos a todos en la oscuridad.

¿Y qué de las Joyas del altivo señor elfo? ¿Y los dos amantes? Su pasión tan magna que con ella lograron perforar las lindes de la perdición y huir incólumes cuando ella, luminaria, Lu....Luthi.... -rayos que no lo recuerdo- distrajo al Val discordante, deidad que había entonado notas corruptas durante la Sinfonía de la Creación.

Tan similar aquél al Sustarios de nuestras propias leyendas. Mas a diferencia de lo contado por nuestros maestros, bardos y adláteres, lo que ese hombre había cantado, aquí no puede ser emulado. Ni de lejos. Pero esa es una historia que podréis hallar en otra parte, infantiles. Espero que la hayáis podido preservar, de veras. Cuanto menos ese gran poeta, y por poeta digo Creador, perdurará eternamente en mi corazón.

Allí estaba yo esa noche. El conserje había tenido la amabilidad de llevarme a la



gran alcoba reservada para la realeza o aquéllos que tenían el permiso del Rey; yo ya no era de lo primero, mas cuando había entrado a la oficina del intendente, justo encima de las mazmorras, un simple papiro me otorgó esto último.

Deseé no percatarme de los ojos juzgantes de la nobleza que reconocí en ese lugar. Mas tuve que soportar su inquina. Sin duda ya sabían todo. Méliano, siendo un noble cotilla, con total certeza se habría encargado de ello.

La alcoba era magna estancia. El suelo de madera calentaba el tacto de mis pies ahora desnudos, mas la disposición era refrescante; todas las ventanas estaban abiertas y una suave brisa calmaba el calor agresivo que entraba desde la bulliciosa ciudad de Krates. Las paredes eran pétreas, tocadas con vigas barnizadas que, en secuencia con los frescos silvanos colgados debajo de éstas, sugerían la combinación perfecta entre lo rústico y lo chic. Mullida la cama, de seda de Kashmir en armonía con un colchón de cisne. Inhalé la dulce fragancia de la lavanda que crecía en el exterior, en una parcela exclusiva que separaba esta alcoba de planta baja con el Foro. El griterío enmudecido de los vendedores del mediodía ahora estaba apaciguándose al llegar el momento de dejarlo por hoy. Inspeccioné el cuarto privado; un baño de piedra construido magistralmente estaba lleno de una agua tibia que surgía a chorros de una cascada en una oquedad labrada en la pared. Pétalos rosas y púrpuras nadaban calmos sobre el agua cristalina.

Los mejores ungüentos nutrían mi piel bronceada y pelo. Mi cuerpo estaba exultante por los rigores del entrenamiento diario, mas me di cuenta de que mi torso, extremidades y faz no mostraban indicios de combate real.

El pasado cesó de repente. Cualesquiera que fuesen los sueños de Orin y Agatha, cualesquiera los ensayos aún inferidos en los bordes de su alma briosa, se disiparon por la inoportuna quiescencia. Sólo instantes fugaces, mas un horror para los jóvenes, quienes eran tan novatos como el principito cuyas historias tenían que

soportar -y quizá disfrutar de vez en cuando.

La verdad que quería enseñarles era precisamente una contradicción a su aseveración previa; el joven muchacho que no había escanciado muerte a enemigo alguno ya no existía, sólo un fragmento de este ánimo colectivo. Porque, cuando se quitó su camisa desmangada.....

..... Sólo Duncan pudo mirarlo al principio. Una masa salvaje que antaño había llegado a ser atractiva; ahora habíase ido, los músculos eran titánicos en tamaño y solidez, mas las cicatrices, las heridas... Ellas mismas hablaban mejor que cualquier recontar.

Duncan reprimió a los gemelos por su excesiva vergüenza, alegando que tal cosa es impropia en estos tiempos, ergo exigió y los obligó a fijar la vista sobre un cuerpo que era tormento en estado puro.

En la soledad de mi psique -en donde gustaba a menudo de estar- y nadando entre más de cien distintas fragancias, reflexionaba sobre las ramificaciones del Agón; especialmente pensaba en el discurso agrio de mi padre. Traté de disuadirme de esa corriente de pensamiento. Me lavé el pelo con esmero, los aceites de baño, medicinales al destensar mis músculos. Era refrescante, calmante y apaciguador. Cuánto añoro la tranquilidad, la paz garantizada por esos fragmentos temporales. Focalicé mi oído de insólita agudeza en el piar de las aves; rítmico, armonioso. Era la misma Demris cantándoles a sus criaturas a través de bardos alados de la mayor finura celestial.

Una llamada abrupta a la puerta turbó mi paz. Hube de separar mi ánimo somnoliento del mundo onírico al que me aproximaba.

“¿Quién coño es?” Bramé displacido por ser interrumpido de manera tan impúdica.

Otro golpeteo a la puerta. Vociferé a mi máxima potencia pulmonar pero la

distancia y las fuentes del baño ahogaban mi voz. No tuve más remedio que salir del baño, desnudo y mojado como un sireno. Como me había traído mi madre, la grácil Reina Dalilah, a este mundo, así abrí la puerta.

La pobre sirvienta, una atractiva mujer a quien se la denotaba entrada en sus treinta mas con la sugerente belleza que sólo puede tener una mujer experimentada, a punto estuvo de tirar las dos jarras de cerveza que portaba en las manos. No me sonrojé, ni cuando se quedó mirando fijamente a mi sexo varonil, el cual daba la circunstancia de que estaba erecto debido a la calma templanza del agua. O quizá sencillamente porque me encantaba el fornicio. El vacío que lo clamaba incesantemente no podía dejar de pedirme más. Podía sentir un revoloteo en mi bajo vientre y mi soldadito, quien izaba armas. Estaba preparado para explorar el húmedo interior del montículo de Ida.

Por tanto le ofrecí, con la sonrisa más sugerente, que nos bañáramos juntos. Y ¡oh diosa! ¡oh tierna pasión! Cuando sus manos avezadas tocaron la punta de mi lanza, acariciándola rítmicamente en círculo, yo....

“¡Basta, perverso de mierda!” Protestó Agatha con la vehemencia de una justiciera, claramente abochornada. Orin asintió en favor de su hermana. “No quiero escuchar más guarradas” dijo la ofendida damisela tedesquiana.

Una tímida noción se materializó en la mente de Soren, una que no había tenido en cuenta en mucho tiempo. Una disculpa. La última vez que habíase disculpado por algo había sido el mismo día en el que puso pie sobre ese vil continente. Cuando se había lanzado sobre sus amargas orillas y gritado en agonía, dolor y rabia. Le había pedido perdón a ella, esa chica a la que había conocido en la flor de su vida.

Mas a ella no podía disculparse, no a Agatha, aun si era.....

Un remanente vil de ese orgullo enfermo que todavía lo atormentaba, el villano que había sido conocido como el Destructor de Almas, el Corruptor, escoria mayor que todos los villanos pasados, presentes y futuros; aquel bárbaro pestilente tenía aún

cierto control sobre la siempre atormentada ánima de este hombre, quien parecía estar destinado al sufrimiento -desde el día en que abrió los ojos a aquél en el que debió haberlos cerrado para siempre. Un día al que llevaba muchos años llamando. Un día que no llegaba nunca.

Sin embargo, que nadie se olvide de Duncan, a pesar de su aparente quietud. Duncan sabía poco sobre este poderoso ser que se asemejaba a alguna clase de deidad, mas sí sabía que estas memorias, todas, debían ser redescubiertas si habían de cumplir con su propósito.

“Agatha, sé prudente. Estamos aquí para escuchar, no juzgar. Al menos no de momento. Orin, esta orden se te aplica a ti también”.

Orin gruñó quejas mas asintió, confiando en la experiencia de su mentor. Por ahora. Pero lo cierto es que Orin estaba aprendiendo a odiar a Soren. Todo sea dicho, había venido hasta aquí con algún tipo de prejuicios asando sus entrañas -y tenía todo el derecho de cargar las rencillas que factualmente soportaba. Todo lo que Orin era..... No, todo cuanto podía haber sido en esta vida, habíase vuelto desilusión y mentira por culpa de este hombre. El viaje por un desierto abismal que había tomado las vidas de muchos amigos no ayudaba. Mas por el momento decidió permanecer callado.

Soren no les dijo nada a los gemelos. Mas creyó oportuno al menos tratar de ser amable.

La sirvienta se había marchado. Y yo ya me había vestido cuando Laertes llamó a la puerta. Llevaba puesto otro equipo de cuero, era muy probable que el anterior hubiese sido quemado por su esposa Arianna. Me dijo que le habían ordenado que se presentara aquí de inmediato.

“¿Pero no fui yo el que te dijo que vinieras aquí?”

“Sí, claro, Soren” farfulló. “Pero quería consultarlo con mis superiores igualmente. Y para mi sorpresa me dijeron que me reuniera directamente contigo en tus aposentos, no es que precisara direcciones ni nada por el estilo, pues ya sabes, tú me

lo habías dicho....”

“Laertes, que te me dispersas, tío” dije, un poco enojado.

“Lo siento, Soren. Le pregunté al capitán el por qué pero me dijo que ya me informarías de la misión personalmente”.

“Sin problema. Te lo iba a decir de todas maneras. Quizá quieras sentarte antes”.

Señalé hacia dos pequeños sillones y una mesilla de madera aún más escueta. Sobre ésta había previamente dispuesto los dos jarrones y una copa. Enseguida saqué otra de una minúscula vitrina junto a la cama. Las llené, terminé la mía de un trago y la volví a llenar. Y así obré en ciclo.

Me había acabado tres cuartos de jarra antes de darme cuenta de que Laertes ya no estaba a mi lado, sino caminando de un lado a otro por la alcoba mientras silbaba enfáticamente. “Caramba” exhaló. “Este sitio es la monda. Ojalá pudiera traer a Arianna aquí. Ese baño que tienes es increíble. En fin, con mi soldada.....”

“Date un baño si quieres. A lo mejor querrás cambiarle el agua si eso. Me he meado dentro”. Pobre Laertes se sonrojó, farfullando y tartamudeando. Yo me reí con dicha. “Que no, que era coña. Sólo he estado follando en el baño”. Esto le provocó a Laertes una risa desternillante. “Así mejor” sonreí. “Ahora quítate ese armazón que me llevas y emborráchate conmigo”.

Le serví fría copa de cerveza que, dado el calor que hacía, aceptó gustoso.

Pasaron las horas, por fin retrocedía la luz de Igno. Le había revelado a Laertes cada detalle de mi coloquio con padre. Cada aspecto, hasta el mínimo. Jadeó nervioso, “a Arlstad, ¿eh?”

Le di un golpecito en la espalda. “Eh, pan comido. Creo que nos hará bien ir de vacaciones. Así nos olvidamos un poco de este calor. Es invierno en Arlstad.”

“En Arlstad *siempre* es invierno”.

“Vamos a ver, eso tampoco es del todo cierto. Simplemente tienen veranos muy fríos. Y unos inviernos de agárrate y no te menees. Además, vamos a poder escapar de las garras de esas mariconas de la nobleza y también de la puta familia real”.

“Y mi esposa” musitó Laertes, profesando una pesadumbre que no podía ser más que sincera.

Suspiré. Me había olvidado de Arianna. No nos llevábamos bien ella y yo, de hecho me odiaba. Y bien que me merecía su odio. Pero Laertes, mi mejor amigo, estaba muy enamorado de ella -y ella de él.

“Eh” dije con tono conciliador, verdadera simpatía expresada en mi verbo, “no te comas la cabeza. Sólo son unos malajes Centauros, nada que los entrenamientos con el Maestro Gayo no puedan superar. Si lo piensas, sólo son caballos con el ego hinchado. Les daré una buena tunda, el Arl me aprobará y reclamaré mi título y mi debida herencia como sucesor de Proteo. Entonces es cuando empieza lo bueno. Tú y yo nos montaremos unas juergas como si no hubiera mañana”.

“Si usted lo dice, mi señor” rio Laertes.

No se le oía muy dichoso. Podía ver en su rostro el temor de tener que dejar atrás a su esposa. Estaba encinta, podía entenderlo. Tenía miedo de no estar aquí cuando naciera su hijo. Desafortunadamente iba a ser así, no iba a poder estar con Arianna cuando naciera Lucasz. Ni tampoco cuando el niño creciera, mas no por volición propia, si puedo añadir.

Yo no estaba preocupado porque conocía a Arianna; a diferencia de su tímido esposo, era una luchadora. Y también a diferencia de su esposo, no habíase despedido de la virtud de su flor en su noche de bodas. Eso lo puedo atestiguar de primera mano. Mas insisto, Agatha, en no contarte cómo me había acostado con esa mujer cuando ya llevaba meses en una relación con mi Laertes. ¡Ja! Supongo que te lo acabo de decir. *Soren quería pedirle perdón a Agatha, mas era incapaz, su orgullo no se lo permitía.* Era al fin un amargo secreto que decidimos ocultar a Laertes. *Duncan fue el único en*

*percibir la veraz amargura y arrepentimiento en la voz de Soren.*

“¿Qué más puedo decirte, tronco? No es mi culpa. El Rey es un capullo y el príncipe también”.

“El príncipe heredero aún te quiere, Soren. Es tu hermano, os criasteis juntos”.

“Na” protesté, sin deseo alguno de siquiera mentar a mi hermano, aunque le había confesado a Laertes todo sobre mi moribunda relación con Roderick en los años recientes.

“Dejémonos de esa mierda. Al menos por el tiempo que nos queda aquí. Algo me dice que vamos a marchar de Krates más temprano que tarde. Te sugeriría que pases cuantas horas te queden en Krates con alguien a quien realmente le tengas cariño”.

Laertes me miró tajante, por una vez la sombra de la duda no lo sobrecogía. “Ya estoy con alguien al que realmente le tengo cariño”.

Si las lágrimas, salina cascada de la redención, hubiese mostrado entonces, quizá habría habido una mínima esperanza para mí. Ojalá hubiese llorado allí y entonces, mas no lo hice. Me apesadumbra el haber contenido el candor y la seguridad que me daban aquellas palabras que sólo podía evocar Laertes. Pero de facto lo hice y mi restricción emocional me martiriza hoy como habrá de hacerlo en las muchas mañanas.

“Un cumplido muy agradable. Mas no pienses que con ello me vas a follar el culo”. Rompí momento tan tierno entre dos amigos con mi bocaza, como siempre hacía.

“¿Perdón?” Dijo Laertes, sorprendido por mi repentino cambio de humor.

“Mira alrededor” le pedí.

Laertes accedió. “No entiendo”.

“Una cama grande al otro extremo, cómoda como las nubes del cielo. Pero sólo una”.

“Es verdad” dijo Laertes, dándose cuenta de lo que antes no. “Bueno, pues me tocará dormir en el suelo”.

“¿Qué? ¿Por qué?” Urgí. “Vete a casa con tu esposa, hombre. Además, el baño no es el único lugar en el que me zumbé a la sirvienta.” Laertes se limitó a asentir con un “¡oh!” y miró al suelo. Sonrojándose otra vez.

“Es que no puedo, Soren. El capitán sólo estaba cumpliendo con las órdenes del General. Proteo ha insistido en que no deje esta estancia hasta que partamos.” Suspiró con desdicha. “En fin, de todos los lugares en los que podría estar encerrado, este no está nada mal”.

Pero su melancolía era visible. Echaba mucho de menos a Arianna. Le di un suave codazo e hice el mayor esfuerzo en mostrarle compasión. “De veras que lo siento, Laertes. Ese Proteo es un cabrón. Pero una cosa te prometo, en cuanto mi hermano ascienda al trono, yo seré el Alto General -y entonces las cosas van a cambiar.”

Estaba pensando en la posibilidad de reconectar vínculos con Roderick. Flacas posibilidades esas. “¿Sabes qué? Vamos a ir a Arlstad, vamos a partir caras y luego regresaremos a Krates como jodidos héroes”.

Laertes dispuso forzada sonrisa sobre sus labios. Luego algo le cruzó raudo la mente. “¡Oh! ¡Casi se me olvida!” Exclamó. “El Maestro Gayo”.

“¡El Maestro Gayo!” Grité. Me había olvidado por completo de mi viejo instructor. Habíamos quedado ese día para entrenar, mas después de las malas nuevas había obviado ese encuentro. “Mierda” dije con sonoridad, “debo ir y presentarle mis disculpas”.

“No será necesario” intervino Laertes, “con el debido respeto, ya me he tomado la libertad de hablar con el Maestro. Ya se imaginaba que no vendrías, de hecho...”

“¿Sí?”

“..... Estaba tomando té y pasteles con...”



“La señora Bienbuena” dije, terminando la frase de mi amigo.

Asintió. Me alegraba saber que había cosas que no cambiaban nunca. En ese mi tiempo de pueril ignorancia, la idea de dos personas tan claramente ancianas reuniéndose en, digamos, congreso amoroso, me revolvía el estómago. Mas hoy pienso diferente. Eso que tenían era amor verdadero. Algo que yo simplemente no podía comprender. No entonces, desde luego que no ahora.

*Hubo Soren de recordar aquellos ojos azules, largo cabello rubio cual invierno mismo, la lechosa faz de la única bella a la que había amado de verdad -y destruido por su maligna necesidad de conquista. Ese era el peaje que el recuerdo exigía.*

“Bueno” dije yo, “doy por hecho que esta reclusión no me afecta a mí”.

“Tiene usted razón, mi señor”.

“Supongo que nunca aprenderemos, ¿eh?” Dije, un tanto desgañitado por las continuas formalidades de Laertes.

“Lamentos te profeso, Soren”.

Le di una tímida palmada en la mejilla a Laertes. “Quédate tú con la cama, dudo que vuelva pronto. Eso sí, quizá quieras cambiar las sábanas”.

“Sí, Soren”.

“¿No quieres saber a dónde voy?”

“Francamente, señor, no”.

Ambos exhalamos risotadas de infante. Fue un momento breve, como solían ser los que compartía con mi Laertes, debido a sus labores como guardia y marido, mas cuando nos teníamos el uno al otro, éramos realmente felices. Había perdido a Roderick, mas habíame ganado un fiel amigo, una de esas pocas personas con las que podía contar cuando mi corazón estaba roto.

## IV

Igno estaba a punto de sumergirse en su lecho distante, atravesando el horizonte. Ahora llegaba la hora de Silene, hija de las tinieblas, mas esposa de la luz. Nunca dejaba de asombrarme cuán fugaz se volvía el tiempo cuando se estaba borracho. Seguía algo beodo cuando salí de los Inklings, mas todavía con suficiente claridad mental.

“¿A dónde ir he? ¿A dónde iré?” Pregunta esta que me hacía a mí mismo. Era una noche calurosa, mas con la caída de Igno la temperatura amainó, la humedad soportable, como también el calor. Portaba encima una camisa negra sin mangas, curtida de la piel de algún animal muerto. Mi torso estaba húmedo por el sudor y mi hálito aún rezumaba con el regusto de cerveza y sexo. Estaba considerando si volver al prostíbulo de la noche anterior. Mas no me dirigí a ese lugar.

Acabé paseando y vagando por las calles adoquinadas de Krates. Atravesé callejones mientras mercaderes y vendedores cerraban sus puestos y tiendas y volvían despacio a sus barrios simétricos de ladrillo y paja, de granito y piedra. Las campanas de la Catedral de Astaros en el Foro cantaron otra hora más, diez toques. Eran las diez. ¿Cuánto tiempo había estado caminando? ¿Y cuáles los pensamientos que iba musitando? No lo sé decir.

Fortuitamente me topé con una taberna local en las cercanías de los Bajos. Como era de esperar, entré adentro. ¿Por qué? Tenía sed.

La Joya de Antroporion se hacía llamar. Como la mayoría de tabernas, burdeles y demás lugares de dulce respiro, tenía una insignia: un gran diamante blanco,

impuesto sobre el tejado del establecimiento, a modo de faro para quienes son pobres mas también sedientos.

La cerveza sabía a pis de alce. Pero logró cumplir con su cometido. La Joya se llamaba, mas ésta distaba mucho de brillar. El suelo era pegajoso por los resecos charcos de cerveza, hidromiel, orina, mierda y esputos, entre muchos otros fluidos agradables. Las paredes estaban tiznadas de hollín y el aire, viciado por una nube de humo de pipa. Supe percibir un aroma a opio que emanaba de un cuarto oscuro que yo mismo no me atreví a aventurar. En ese punto de mi vida aún hacía ascos a las drogas más duras.

Me digné a sentarme en la barra y sufrir el escrutinio de un tendero brutal al que no conocía de nada. Mas diríase que él a mí sí. Sentía cómo me perforaban los ojos de la marabunta de hombres y mujeres, quienes por sus vestidos multicromáticos y atrevidos debían ser prostitutas -y también por el hecho de que estaban flagrantemente haciéndoles manuelas sub mesa a los hombres. No les presté demasiada cura, pues hasta un miembro descartado de la realeza podía atraer la atención de los parroquianos habituales de estos barrios bajos. Vi que había un grupo de hombres opacados en su rincón favorito. Sólo podía imaginarme qué estaban haciendo. Nada bueno, os lo aseguro.

“Otra birra” le pedí al tendero, quien mecánicamente rellenó mi copa, desparramando parte sobre la barra. Su único ojo, el otro cubierto por un parche negro, me avistó con una especie de sentimiento hostil. Tenía la sensación, la certeza, de que no se me quería allí. Escalofríos trepidaron mi espalda. No hube cuenta de mis instintos. Era un bravo muchacho -y mucho más diestro que todos ellos. Al menos eso era cuanto creía en mi arrogancia juvenil.

La noche prosiguió su curso. La gente iba y venía. En escasas ocasiones miraría de reojo el entrar y salir de quienes estimé que eran clientes habituales. Además de los ya mentados gnomos, distinguí a hombres que casi gritaban a voces su pertenencia al

gremio de los piratas, uno que, como os podéis imaginar, estaba plenamente ilegalizado en Antroporion. No portaban insignias ni emblemas, mas su dermis perforada hablaba mejor que cualquier sello; el metal brillaba en sus rostros, orejas, narices, labios, cejas y otros lugares ocultos bajo harapientos ropajes que habían visto mejores días. Cuando mis ojos se encontraban con los suyos, lo hacían con rebelión por su parte.

Me estaba empezando a poner nervioso. No marché. Aún tenía sed e hicieron falta seis pintas de cerveza para aplacarla. Con mi apetito etílico de momento saciado, decidí que ya había tenido suficiente de la *Joya* de la nación de mi padre.

“A la mierda Antroporion” hipé según le daba al tendero una moneda de oro que no se había ganado -menos aún cuando se trataba de la última que tenía. Rezongó despectivamente, mordiéndola para asegurarse de que no era falsa, luego se metió la moneda en un bolsillo de su delantal *blanco*.

Si no hubiera estado tan borracho, habría visto al reducido grupo de hombres levantándose cautelosamente de su mesa en cuanto salí de la taberna. Mas para su buena fortuna estaba bastante trompa.

Sería lógico pensar que a esas alturas mi cuerpo ya se habría adaptado a las cantidades semiletales de alcohol que me tragaba casi a diario. Pero esta birra, si bien agria y de mal sabor, era fuerte.

Y todos esos brebajes deliciosos eran de arriendo, nunca comprados. Mi vejiga hacía ascuas. Por desgracia tabernas semejantes no tenían sus propias letrinas, como aquéllas que acostumbraba a frecuentar. Pero siempre se erigían delante de algún callejón oportuno que servía, entre otras cosas, de meadero.

Doy por hecho que no es necesario que os diga que ese lugar olía a cosas peores que la orina. Mientras miccionaba sobre una pila descartada de tripas de oveja - material que se usaba para elaborar el anticonceptivo perfecto- oí un leve crujir a mi

espalda. Mi mente embriagada me decía que era un gato. Muchos felinos, salvajes o no, bajaban a este distrito, puesto que los Bajos era la zona más próxima a las cloacas, donde las ratas eran tan copiosas como pingües.

Mas los gatos no pueden romper una copa de madera contra el dorso de tu cráneo. Aún seguía meando cuando un chorro de sangre se deslizó por mi cuello. Lo más gracioso, infantes, es que no hice ademán alguno hasta haber terminado. De facto, sí, para sorpresa de mis misteriosos asaltantes, no moví un solo músculo hasta que había escanciado hasta la última gota. Luego, con un eructo y un pedo, me di la vuelta.

No reconocí a tres de las cuatro sombras que ahora tenía ante mí. El que estaba delante de ellos sí pude discernir. Calvorota que encumbraba una altura idéntica a la mía, centímetro a centímetro. Empero sus hombros tenían una anchura mucho mayor. Como masa tenía su estómago. Discerní también el parche en el ojo.

“Hola, chicos” dije con voz pastosa. “No hace falta hacer eso. Justo estaba terminando. Aquí hay sitio de sobra para que todos podamos mear en paz.”

Sonora carcajada emergió del tabernero, quien girose hacia sus secuaces. “¿Escucháis eso, compadres? El criajo este dice que ya ha *terminao*”.

Una mueca desdentada se amplió sobre su faz. Caminó hacia mí y se detuvo a escasos centímetros. Su olor corporal olía tan mal como su aliento. No debía bañarse mucho.

“Aún no has *terminao* ná, chico. Pero cuando te hayamos dado un buen repaso vas a desear que todo termine. No, chaval, tus jodidos problemas no han hecho más que empezar.”

Lo siguiente que recuerdo era el fuerte golpe de un puño grasiento dándome justo encima de los ojos. Tras eso, vacua inconsciencia.

Sospecho que no debí haber estado fuera de combate más que un mero instante; un minuto, ¿dos quizá? La primera imagen en retornar a mi campo de visión era la del cadáver hinchado de una rata, sus entrañas desparramándose de su grueso estómago negruzco. La sangre coagulada estaba a apenas un centímetro de mi cara. A mi derecha, un humeante montón de heces. Un poco más cerca de mí un charco de mi propia vomitona y orina.

“Buenos días, mi señor” canturreó el feo tabernero. Tanto él como sus amigos me miraban desde arriba con malvada satisfacción.

“Tabernero” croé. “Otra copa de su mejor sidra, si le place servírmelo”. Aún estaba mareado y mi cabeza plena de estrellitas, mas aún podía bromear, incluso en las situaciones más dramáticas.

Veía la escena delante de mí desde una cortina de consciencia borrosa. Mi estómago estaba en cal viva, mi garganta con el sabor de fumante bilis y mi aliento tan rancio como el de los cuatro hombres que estaban de pie alrededor de mí.

“Veo que los rumores son ciertos. El príncipe Soren, tan mal de la cabeza como dicen”.

“No querría decepcionar” aduje, con un tono cargado de una especie de dicha. Los hombres malos tuvieron que reírse, mas era el tendero el único en hablar, estableciendo así su liderazgo.

“Tienes huevos, chaval, al menos eso te concederé”. Su mueca era una sonrisa, mas horripilante resultó ser, su gesto revelaba dientes amarillentos. Alguien había estado fumando demasiado opio.

Se acuclilló a mi vera. Agarró mi pelo en su sucia mano e inhaló la fragancia languideciente de las cremas y aceites con las que me había bañado anteriormente ese día. Aunque ya debían ser más de las doce de la medianoche.

Me rodeaban, mas no me dejaban levantarme. Antes de que tuviera oportunidad de moverme, la bota gigantesca del tabernero me golpeó el pecho. Sentí el infeliz crujir

de mi costillar. Sentí cómo nuevas arcadas acudían a fluir violentamente de mí. Contuve las ganas de hacerlo, de lo contrario me habría asfixiado por tragarme mis propias deyecciones.

“Tú no vas a ninguna parte, cielito” dijo el malvado tabernero.

Luego me dio un rodillazo en el estómago con magno ímpetu. Tosí y escupí bilis, admito que el dolor era en demasía real para mí. Me agarré a su pierna pero me apartó de una patada. Luego me dio otra en toda la mandíbula. Un pequeño chorro de bilis y sangre expulsó mi boca con ácida vehemencia. Tuve suerte de que no me la rompiera - ni de perder algún diente.

Resistí con dureza estoica hirviendo en mis extremidades. Me curvé en el suelo, pero el matón conocía bien la anatomía humana. Me dio una coz directa al hígado. Sufrí intensa agonía mas no proferí mis gritos. El temor se confundía con la ira.

Me tenía retenido en el suelo, por ende a su merced estaba. No podía moverme. Se agachó nuevamente, su bravata nauseabunda demasiado cerca de mi nariz. Me acarició mi dermis mimada. Palpó mi torso, casi con cariño, mas debajo de esos dedos rasposos había una violencia en su estado más puro.

“Nunca he *violao* a un príncipe antes. Creo que voy a disfrutar mucho metiendo el relleno en este pavo.”

Yo tosía y carraspeaba, pero aún con fuerzas para hablar. “¿Qué? ¿No me vas a invitar primero a una copa? Venga, si quieres meterte en mis pantalones al menos sácame a cenar”.

Los cuatro bribones rieron sonoramente. Me sorprendía que nadie se hubiera asomado para ver de qué se trataba todo este jaleo. Luego me acordé de dónde estaba.

No dijo nada más. Con una siniestra risita se bajó los pantalones. Su asqueroso miembro, amén de erecto, era muy grande. No era el primer pene que veía en mi vida, dado que gustaba de la compañía de ambos sexos, preferiblemente a la vez. Pero a mí

me gustaba más dar que recibir. ¿Qué puedo decir? Era todo un altruista.

Bramó, su rictus exigente y lascivo. Pude denotar en cada gesto suyo cuán experto era este hombre en las lides de la violación. Cuántos pobres niños hubieron sido mancillados y luego asesinados por él, sinceramente no os lo sabría decir.

“Primero me la vas a chupar. Quizá y sólo quizá, sobrevivas si lo haces bien”.

El hombre ya estaba sacudiéndose el erguido miembro cerca de mi mejilla, listo para un momento de satisfacción a expensas de carne monárquica.

“Sea así pues” dije, presuntamente cediendo a sus amenazas, en apariencia toda insumisión de mi ánimo escapada.

Mas en verdad, infantes, no tenía elección. Tenía que admitirlo. Esos brutos me habían vencido. Por dentro maldije mi falta de buen juicio. ¿En qué estaba pensando, yendo a un lugar así de noche? Pero yo había estado en los Bajos veces un millón y nada por el estilo me había ocurrido.

Esto era inevitable. El tabernero rio a carcajadas mientras miraba a sus hombres, quienes semblaban meros espectros; espectadores tan ávidos como secundarios. A ellos no les asustaba lo que veían, sino que disfrutaban mucho con ello.

“Muchachos, parece que esta noche voy a mojar”. Con griterío festivo apremiaron a su líder. “De rodillas, si le placiera, mi señor” dijo él, simulando amabilidad, como si yo tuviera elección alguna.

No la tenía, pero lo que sí tenía era un plan. En su jactanciosa confianza hallaría su muerte. ¡Eso, niños, lo juro por mi propio honor perdido!

Cumplí con lo mandado. Con el tacto de un enamorado me metí su enorme virilidad en la boca. Sabía a mierda.

“Eso es, buen chico” risoteó el tabernero. Inflamado por la pasión, no pareció importarle que le acariciase -o fingiese acariciar-su bolsa escrotal. Ronroneó cual gatito cachondo. Y cachondo estaba. No puedo decir que me gustó la experiencia.

Claramente este tipo había estado en el recto de alguien ha no mucho. Iba a vomitar



otra vez. Era ahora o nunca. No habría segundas oportunidades.

No me lo pensé dos veces. Mientras reía y gemía de placer -cerca de la catarsis como estaba- raudo hincó los dientes en aproximadamente la zona media de su pene, atragantándose con la gruesa y venosa rama de su masculinidad.

Mordí con toda la fuerza que tenía en las mandíbulas.

Sesgué su músculo viril con extrema facilidad, como si estuviera mordiendo mantequilla a medio derretir. También él había estado cerca de derretirse. Con mi boca tragando el licor espumeante de su hombría, mis manos pasaron a cumplir con su cometido en mi plan; con la presión de mis uñas hendí profundamente justo en la mitad de su escroto. Aún jadeando por un pedazo enorme de su polla amputada en mi boca, le arranqué los testículos de cuajo.

El callejón tornose una orquesta de notas estridentes de pura agonía. Una gran fuente de sangre y roña me bañó la cara. El acto había tocado a su final -y no precisamente de esos que son felices. Cuando por fin cayó de rodillas, su vida inexorablemente escapando de su entrepierna, lo miré directo a los ojos, luego le mostré sus propios testículos y, antes de que se desmayara y muriera, los aplasté en mis manos desnudas -los sentí estallar como dos ciruelas maduras; lo último que vería él en su vida.

Con ese plan llevado a cabo, había llegado la hora de batirse en un combate a muerte. Dudaba que a sus amigos les haría mucha gracia la escena, temía que reaccionarían tarde o temprano, una vez se les hubiera pasado el espanto. No tenía ningún arma más allá de mis puños, mi último recurso ante estos enemigos. Indudablemente guardaban pequeños cuchillos entre sus ropajes; tenía que atacar ahora mientras estaban anonadados.

Pero antes de que pudiera avanzar y acabar con ellos -o morir en el intento- vi cómo una hoja familiar sobresalía del cuello de uno de los tres hombres. Centelleó con un carmesí platino en la oscuridad, reconocí el acero como el mejor acero en todo

Antroporion. No era Mythriliom, pero casi.

Los otros dos se pusieron nerviosamente a rebuscar en sus camisas, esperando hallar sus armas. Habían firmado su sentencia de muerte al hacerlo. El que estaba más cerca del anciano espadachín acabó decapitado. Su cabeza salió rodando del callejón. A una corta distancia gritó una mujer.

El último secuaz que quedaba en pie no hizo más que morir. Una delgada línea roja se expandió verticalmente de corona a entrepierna. En menos de un segundo las dos fracciones de su cuerpo se partieron hacia cada lado y con un espeso reguero de sangre y tripas cayeron sin vida al suelo.

Mi salvador, tapado por las sombras, me hizo una señal. “Vamos, chico, antes de que lleguen los guardias.”

Sabio consejo, pero no podía esperarse otra cosa de ese gran hombre. No corrimos, sino que sencillamente caminamos fuera de ese callejón, usando la protección de la noche y la creciente multitud que se estaba formando a unos pasos, seguramente congregada alrededor de la cabeza sesgada.

Vi una mano anciana envainando cuidadosamente la espada que había blandido por más de cuarenta años. “Adraste” murmuré para mis adentros, recordando el orgullo en los ojos de su dueño cada vez que la empuñaba. No era una ocurrencia tan habitual como se podría pensar.

## V

**H**ubieron de pasar un par de minutos hasta que nos viéramos a salvo.

Ya lejos de los Bajos, andábamos por barrios más acaudalados, en donde podría

construir su casa un mercader afortunado que había logrado hacer una buena suma de oro; refinada y tan arrogante como aquéllas en las que vivía la pedante nobleza, la cual estaba más arriba en la colina que llevaba al castillo -y por sentado que también en el status quo.

Nuestro paso era calmo. El hombre con quien estaba era demasiado respetable como para ser parado por el pequeño escuadrón, que sólo nos saludó respetuosamente antes de ir raudos hacia los Bajos. Habría una revuelta esta noche, como siempre. Mi boca aún sabía a fluido preseminal, sangre y tendón mascado. Pero al menos estaba vivo.

“Le doy mis muchas gracias, Maestro Gayo”.

“Sólo cumplía con mi deber, jovencito” dijo mi mentor y amigo. “Estaba preocupado. Me había esperado que hoy no aparecieras por clase, no es que un viejo chocho como yo pueda enseñarte mucho más, pero lo que no pude prever fue esto. O a lo mejor sí, Soren. Deberías estarte lejos de lugares tan peligrosos”.

“Lo siento, señor, mas me.... Distraje un poquito”.

El Maestro Gayo suspiró mas no profirió verbo al respecto. Se frotó un bigote que se equiparaba tanto en arreglo como en color con su níveo pelo. Taimamos nuestro paso, la marabunta de ciudadanos molestos y soldados llamando al orden y a la calma se desvanecían en la oscuridad. Ahora que no había gnomos en la costa, consideré prudente el disculparme. Si había una persona entre mis mayores a la que no quería decepcionar, ese era el Maestro Gayo.

“Señor” gimoteé, “si le placiera, gustoso explicarme he.....”

“Furias no, ninguna explicación de ti es debida. Cuanto ha acaecido, a pesar de mis reticencias sobre tus idas a los Bajos, no es culpa tuya”.

“Al menos usted me cree, señor” irradié emotividad, rara era la vez en la que alguien no me culpaba directamente a mí por alguna situación malparada.

“Borra esa sonrisa del semblante, chico, pues las noticias que tengo para ti no

son buenas”. Acepté esto, sabía que era demasiado bueno para ser cierto.

“Mélino” el nombre hablado por mi mentor. Contraje muecas dolidas, debía haberlo sabido.

“¿Era él el responsable de este ataque?”

Asintió el Maestro Gayo. “Tengo plena constancia de lo que ha decretado tu padre. No fue difícil averiguarlo, dado que la nobleza tiende a ser muy parlanchina, en especial aquellos más cerca al rey. Naturalmente, el círculo íntimo de Mélino, con suficiente vino, no es una excepción.”

“Lo voy a matar, Gayo.” Estaba furibundo, tanto que lo había evocado por su nombre de pila en lugar de -señor.

“Retén tus intenciones” exigíome el Maestro Gayo. “¿No ves que eso es exactamente lo que quiere? ¡Que aflojes tu cordura y recurras a la violencia!”

Cerqué en mi ánimo la tranquilidad, ateniéndome a su consejo, más sabio que cualquiera que yo pudiera darme. “¿Por qué busca mi fin? Si ya soy en esencia un desterrado”.

“Ah, el Agón” suspiró el viejo espadachín. “Dura proclama cuando un rey decreta el Agón para un miembro de la familia real. No tengo duda de que lo hizo con un grave pesar en su ánimo, mi querido Soren”.

Hube de resollar agriamente ante tal comentario; por mucho que admiraba y quería a mi Maestro Gayo, claramente se estaba engañando. “No puedo decir que esté de acuerdo, maestro”.

“Y buenas razones tienes para sentirte así, Soren. Mas hay aún muchas cosas que has de aprender”.

“Usted igual, señor, si piensa que mi padre no sintió placer alguno en exiliarme.”

“¡Soren!” Voceó Gayo. “Es el Rey de quien estás hablando. Por encima de su rol como esposo y padre, un rey ha de anteponer siempre el pervivir de su pueblo”.

“¿O sea que me dice usted que me está echando a patadas de mi hogar por el

bien común?”

“Veraz asunción la tuya” respondió Gayo calmo, “pues es así como dices”.

“Con respeto, señor, no creo que conoce a mi padre tan bien como dicen”.

Mi mentor, el legendario Maestro Gayo, el mejor espadachín en Krates, rio tácitamente por la ignorancia de mi lozanía. Una suave luz de simpática natura brilló en sus ojos a cada día más tenues, su bigote pulcro se contorsionó en una sonrisa amarillenta. “Con respeto, niño, creo que tú no conoces a tu padre tan bien”.

“¡Es un viejo idiota!” Grité con sonoro pathos, no podía contenerme. “¡Sí! ¡Es un puto chocho!” Mis cuerdas tañían ecos peligrosos por las calles de la alta Krates.

“¡Ya!” Ordenó Gayo, la sombría faz de la severidad sobreponiéndose a su habitual disposición tranquila. Con un resuello y una pausa en el camino, la calma regresó con la misma velocidad con la que había partido.

“Nada y menos es lo que sabes, príncipe” dijome. “Ahora hazle un favor al reino, cierra el pico y cálmate. No conseguirás nada vociferando fonemas blasfemos. Méliño tiene el oído puesto por toda la nación, y muy a mi pesar, sus seguidores entre la nobleza son en mucho más numerosos que los tuyos”.

Ya estábamos ascendiendo por los adoquines que guiaban al viandante hacia la elevada ciudadela que componía el castillo de Krates. Algunas luces titilaban entre una multitud de casas preciosas. Como un faro de esperanza y prosperidad, el castillo se alzaba con decoro. El Maestro Gayo seguía hablando. Yo escuchaba poco y menos. El castillo que estaba fijado en mis óculos era mi hogar. Y no podía odiarlo más.

“¿Me estás escuchando, niño?” Surgí de la ilusión en la que me hallaba focalizado.

“Perdón, Maestro Gayo” dije.

“Y allí está” carraspeó, un poco decepcionado. “Como siempre, en las musarañas, jamás prestando atención”. El buen hombre que era el Maestro Gayo me cogió los hombros, su poder mucho mayor de lo que indicaba su constitución baja y

frágil.

Ambos nos detuvimos a unos pocos pies de los campos en los que habíamos entrenado día tras día durante más de diez años. No podía evitar mirar a la húmeda tierra que había manchado y rasgado incontable ropa, el fango que había ensuciado mi rostro, palmas y rodillas, herido mi piel y endurecido mis músculos. La frustración, la suma incompetencia por ser derrotado tan fácilmente por mi ilustre maestro, hasta que las corrientes de la edad y la fuerza viraron a mi favor. Aunque en ese preciso instante diríase que nuestras fuerzas estaban igualadas. Mas el tiempo es un curso para todos inexorable; incluso alguien tan poderoso y diestro como Gayo no podía huir de sus garras. Mas las de mi maestro aún permanecían fuertes. Las sentí hendidas en mis anchos hombros.

“¡Mírame!” Me exhortó. “No pongas en tela de juicio el de tu padre, si no como progenitor -y he de admitir que no ha sido para ti el padre que debió ser- como Rey”.

“Le respeto, Gayo -y *te quiero*- mas no puedo tener cuenta de su verbo, al menos no cuando tratamos la figura del Rey”. No más pesar, eso era lo que en verdad quería decirle al Maestro Gayo, que sus palabras me dolían sobremanera. Mas estoy seguro de que era consciente de ello, pero cuanto estaba diciendo y había de decir eran imperativos.

Soltó sus manos de mis hombros. He de admitir que sentí alivio. Seguí a mi querido maestro a los mismos campos en donde habíamos entrenado por años. Tenía que sonreír por la reminiscencia de las pocas memorias tiernas que tenía de mi infancia.

“Estoy orgulloso, Soren” dijo el Maestro Gayo, sin nada que yo pudiera objetar como respuesta.

“Estoy orgulloso de ti. Ciertamente, podrías mostrar un poco más de moderación durante tus aventuras nocturnas, mas como hombre que ha sido educado para ser un guerrero, como guerrero que ha domeñado las técnicas pretéritas, me hallo orgulloso.”

Pausó para aclararse la garganta. Supongo que un luchador siempre será un luchador, y su resistencia y fuerza no son proporcionales a su capacidad para compartir o siquiera expresar emoción y sentimiento. ¿Mas era eso un guerrero o una bestia?

“El de hoy es un día dichoso para mí. Esta noche es la noche, el momento en el cual confieso solemnemente, y lo hago con toda la satisfacción que puedo hallar, que al fin me has superado”.

Mi cuerpo comenzó a crepitar nerviosamente. Nunca pensé que llegaría este momento. Lo había estado esperando tantos años y ya estaba aquí -no sabía bien cómo reaccionar.

Liberó su espada, Adraste, de su funda avezada. Harmónica arma en su diseño y perfecta por la forma en la que Gayo la manejaba. La blandía con la experiencia del gran maestro que era, ésta a su vez respondió y convergió con cada movimiento de fina cintura, con cada giro de su muñeca. Adraste obedecía sus órdenes, tal como había hecho ha una generación, cuando masacraba fila tras fila de piratas y bandidos junto a mi padre y Arl Lovren.

Era como una luminaria danzando en la noche.

La lanzó alto en el aire, mas no se movió cuando la afilada hoja giró cual bella, suspendida en el cielo. Abrió la palma y el endurecido cuero de su pomo cayó calma entre sus dedos arrugados. Luego tomó a Adraste de la hoja, sin miedo, pues no había alguno que ésta pudiera traerle. El Maestro Gayo me ofreció la empuñadura. Mi boca tomó la forma de una O, apenas podía hablar.

“No, Maestro Gayo... No puedo aceptar tal honor”.

Sí, Soren, puedes, pues debes. Y lo harás.”

Mis manos temblorosas, alentadora la presencia del Maestro Gayo. Oh cuánto deseo que hubiera sido él mi padre, aunque tenía edad suficiente para ser mi abuelo. Ponderé cosas por una fracción de segundo; de cuán diferente habría sido mi vida, cuánto más fácil, si sólo hubiera sido el bastardo de un espadachín y una vieja

cocinera. Habría sido libre. Libre de ser yo mismo, mi propio hombre y no el acerbo rufián en el que me había convertido. Mas mi existencia, desde mi mismo nacer, había de ser condenada a una guerra sin fin.

Con pulso cohibido cerré mi puño diestro alrededor del pomo. Expulsé un vaho caliente de aire estival. Estaba más que emocionado. Adraste era ahora mía. El Maestro Gayo gachó cabeza en señal de aprobación.

“Gratitud a vos, mi maestro” dije con un sollozo cargado de dicha. Estaba cerca de escanciar lágrimas, mas contuve los avances salinos. Eso, queridos amigos, parecía impropio de un guerrero, cuya causa y llamada eran lo único que conocía. Mas una cosa añadiré, chiquillos, ningún soldado raso podía empuñar a Adraste. Dedos vulgares no tenían derecho a cargar hoja tan bella.

“De nada, mi príncipe”.

Y para mi asombro, uno grande y total, el hombre que me había enseñado todo cuanto sabía y luego un poco más, hincó rodilla ante mí. El muy respetable Maestro Gayo, un hombre que no hablaba con palabras sino con cada gesto y estasis, dobló la espalda por alguien como yo.

Me alegró que nadie estuviera en derredor. A diferencia de mi padre o mi hermano, escasas eran las veces en las que mi ánimo acomodaba veneración. Los nobles, los guardias, el populacho, todos inclinaban sus mentones, me llamaban “príncipe” o “mi señor” o a veces incluso “alteza”, mas nunca lo hacían movidos por el amor ni la devoción, sólo cumplían con cuanto exigía el protocolo. Pero el Maestro Gayo, su caso era diferente.

Mas aun así me ruboricé cual joven damisela. “Pardiez, maestro, si no merezco yo esto. Le ruego que se levante.”

El espadachín, más un padre para mí de lo que sería jamás el Rey Ingstad, se irguió con una sonrisa sacudiendo las esquinas de su bigote. Se lo acarició con astucia en su rictus, como había acostumbrado a hacer desde su juventud. “No te subestimes a



ti mismo, príncipe Soren, no es algo propio.....”

“..... De alguien de mi estación”. Concluí. Me sabía el dicho mecánicamente, bien memorizado tras repetírmelo sucesivas cuadrillas de maestros y nobles.

“Hay mucho más en ti de lo que a ojo se ve. He entrenado a muchos jóvenes en mi día; también me he enfrentado a feroces adversarios. Mas ninguno de éstos puede compararse contigo en potencial. Busca en tu corazón, Soren, y sabrás que cuanto te digo es verdad.”

Dudaba profundamente de sus palabras, temblé al hablar. “Maestro Gayo” lloré, incapaz de comprender del todo el verdadero significado de su sabio verbo. “No sé lo que ve en mí. Ruego me perdone por decirle esto pero, ¿no será que anda en error?”

El Maestro Gayo filtró una carcajada y me revoloteó el cabello desaliñado. “Adraste no elige a idiotas. Ya han pasado algunos años desde que se convirtió en necesidad que fuese legada a sangre más joven. ¡Rayos! Que no conozco a nadie más digno que el futuro Alto General del Imperio más ilustre de nuestro mundo.”

“No creo que los Faerie aprecien esas palabras”.

“Oh al Infierno con ellos. Incluso Hipólita.” Ambos reímos tácitamente, en nuestra unión.

“Pero” hube de añadir, “no soy un príncipe y carezco de cualquier herencia más allá de la desconfianza y el rechazo. Es más que probable que Adraste, tu hoja leal, nunca vuelva a ver estas tierras”.

Y de nuevo él rio, esta vez con mayor estridencia, casi al modo de un halcón. “No veo a nadie más capacitado que tú para superar ese Agón. Además, no has de tener tanta cura, el Arl es un hombre justo y honorable”.

“Como mi padre, ¿no?”

“Veraz tu sentencia, mi querido Soren. Mas te digo que le das al Rey menos crédito del que merece”.

¿Cómo podía un hombre como Gayo defender a una bestia como mi padre?

Tratábase el monarca que tanto admiraba del padre negligente que a punto estuvo de robarme la vida a golpes, quien me había prohibido las ventajas de una educación superior. Mas por el bien de mi mentor, y debido al gran sacrificio que debió suponer el cederme a su amada Adraste, no llevé la conversación a un lugar al que no quería ir. Simplemente asentí en silencio.

“Por cierto” dijo Gayo, “¿no sientes algo de gazuza? ¿Te hace un tapeo de medianoche?”

Al pensar en comida mi estómago dio voces alarmadas, pues mi única *cena* había consistido de una cantidad ingente de alcohol.

“Lo tomaré como un sí” rio él.

Arribamos por fin a las lindes del castillo. Los dos guardias de siempre nos saludaron, con plenos honores para el veterano espadachín, quien había formado a más de uno de estos soldados; si no a todos, casi. Según caminábamos el semblante de Gayo se contorsionó en un rictus más serio. “También debemos tratar el asunto de Méliño”.

La misma evocación de ese nombre marró la faz de mi mentor, así como el ánimo que residía allende. Quería sugerirle que usáramos la noche a nuestra ventaja; quise decirle cuán fácil sería la labor de entrar agazapados a sus aposentos, en aparente invisibilidad, y allí mientras dormía cortarle su injurioso gaznate. Mas incluso alguien tan lanzado como yo lo creyó una imprudencia. Mi padre me tendría en el lado malo de una soga si lo descubriera. Y aun sin pruebas fehacientes, como monarca todopoderoso y mi tirano personal, me ejecutaría de todos modos por ser yo el principal sospechoso. Ahora bien, morir no me preocupaba, mas deseaba ver mi fin -a ser posible- bajo el filo de una espada, y no con una soga en derredor de mi cuello. Es por eso que no di voz a mis pensamientos.

El Maestro Gayo, lógicamente, no sabía nada de las fantasías sanguinolentas

que estaba teniendo. Por muy sabio que fuera, era incapaz de reconocer a la abominación. En su defensa, yo también. “¿Puedes oler los opíparos manjares de la señora Bienbuena?”

Vaya que sí. El hambre que me asaltaba no me permitía sospechar por el hecho de que la cocina estuviera abierta a esas horas. “Sabe, puede usted llamarla Betsy. Está en su derecho de hacerlo, Maestro Gayo”.

El viejo espadachín se ruborizó cual doncella adolescente. Yo reí entre dientes. Él gruñó “entremos de una vez y procuremos llenar el buche con cándido alimento”.

“¿Más que mi ración doble de sangre y esperma?” Crepitó sarcásticamente. El Maestro Gayo, con cara de pocos amigos, me pegó un manotazo en el dorso del cuello. “Ay” dije con no poca dicha.

La cocina olía a las albricias de siempre. Un estofado de venado no era un plato que se tomaba durante el caluroso estío, a menos de que viniera de la tierna mano de Betsy Bienbuena, la mejor cocinera en la historia kratesiana, al menos en mi opinión. La cocina, empero, estaba vacía.

“Como estaba diciendo” agregó verbo a la quietud el Maestro Gayo, “Mélino. Sospecho que él es el artífice en la sombra del ataque de hoy”.

*“No me digas” bufó Orin al fondo.*

“Va más allá de cualquier duda” dije yo.

“Sí” resolvió el Maestro Gayo. “Hay tantas dudas sobre ello como pruebas, ninguna.”

Verdad plena aquella, que además me irritaba. ¿Qué podía hacer? ¿Qué se suponía que debía hacer? Mi deseo era asesinar a Mélino. Resolví que merecía morir. Adraste se agitó nerviosa en su vaina que ahora se adhería a nuevo amo.

“Mélino es una criatura astuta” dijo el Maestro Gayo. “No puedo negar que se ha ganado un gran favor con el Rey y el heredero al trono”. Escuchar esta dura verdad de boca de otro era a la vez satisfactorio y frustrante. Mas veraz aserción y una que yo

tenía que soportar si quería cambiarla algún día.

“Pero señor, algo habrá que hacer para detener a ese hijo de perra” argumenté.

El Maestro Gayo se detuvo antes de abrir la puertecita de acceso al improvisado comedor que usábamos los sirvientes y yo. Pude oír movimiento al otro lado. No estábamos solos.

“Antes de que entremos, Soren, debes saber esto. Tu enemigo Mélino se está volviendo más audaz. A ser te sincero jamás creí que fuera capaz de acto tan nefando. Mas imagino que hallábame yo en graso error.”

“¿Luego qué he de hacer?”

“Dejar Krates”.

“Eso está hecho” murmuré por lo bajo, con mis dientes traqueteando otra vez con rabia y pesar.

“Mantén la calma cerca de ti” me avisó el Maestro Gayo, “y no te desestabilices, Arlstad es dura con quienes no están preparados, mas yo sé que puedes triunfar allí. Es cuestión de que creas en ti mismo y tus habilidades”.

“Pero si nunca he vivido batalla real, exceptuando escaramuzas como la que recién hemos experimentado. Mas guerra en estado puro, eso ya es otro cantar”.

“No te falta razón en eso” asintió el Maestro Gayo, quien había visto la guerra en sobradas ocasiones, “mas bajo la instrucción del Arl de seguro que logras superar tus límites. A fin de cuentas, y esto lo digo como maestro orgulloso, has nacido para ello”.

No estaba yo tan seguro de eso. La duda estaba plenamente dispuesta sobre mis gestos. El Maestro Gayo habló con verbo dulce y reconfortante. “Mélino es listo, mucho más que vos. Es por ello que has de partir y mostrar tu valía en un área de la vida para la cual tus muchas virtudes pueden usarse con heroicidad.”

“Yo no soy un héroe, señor” dije con una tácita melancolía, quemazón en mi pecho.

“Un héroe no nace, sino se hace. Y no veo mejor material que el tuyo, Soren”.

“Maestro Gayo” hipé, apenas una hebra vocal. Mas de nuevo el Maestro Gayo forjó un verbo más serio.

“Soren. Ten cuidado con Mélino. No es secreto que cuenta con más aliados que tú dentro del concejo real. Y muchos nobles fuera del concejo han secundado la moción que le permite remplazarte como sucesor del General Proteo.

Me temo que tu padre también se encuentra entre tus más fervientes detractores; probablemente influenciado por esa serpiente. Si yo no hubiese sido tan conciso en mi opinión sobre él en el pasado, seguramente también se me habría acercado a mí”.

Si había algo que detestaba más que los cabrones pomposos que adulaban a la familia real con falso apremio, era la política que arrastraban tras de sí. La política, niños, arruina hasta los corazones más nobles. Mi hermano, el niño afable con el que me había criado, ese niño que había jugado y reído conmigo, era prueba viviente de ello.

“Mélino es retorcido, cruel y de regia inteligencia. Krates es su sala de recreo y en él es cuando es más fuerte. Es un hombre que a la luz del día engalana a la gente más poderosa del reino y de noche trama su fin para beneficio personal. Este no es ni lugar ni tiempo para ti, hijo.”

El Maestro Gayo cesó temporalmente su verbo, tratando de hallar palabras adecuadas para esta dura realidad, mas al final una aproximación directa fue la mejor.

“Tu vida está en serio peligro, Soren”. No es que fuera eso algo que no sabía. “Por eso el Agón es una oportunidad perfecta para ti”.

“¿Qué?” No entendía nada. Era el primer Agón decretado en siglos, ¿cómo podía algo tan terrible y definitorio ser algo bueno?

Mas la lógica estaba del lado de Gayo. “Veraz” dijo el Maestro Gayo. “Hay muchas ventajas en tu partida de Krates.

Primero, tu vida. Eres fuerte, muchacho, pero es difícil vivir cuando la muerte te

acecha todo el día -y a cada día. Y seamos honestos, cuando bebes, una ocurrencia en demasía común para mi gusto, te descuidas mucho - allí no había quejas por mi parte-

Mélino es inteligente y no bebe. Krates es un lugar más apropiado para él de momento. E insisto, DE momento”.

Segundo, aún tienes mucho entrenamiento por delante. Yo, querido niño, soy tan sólo el primer paso hacia un cometido mayor. Veo en ti un potencial enorme, eso es innegable. Mas también he visto a muchos valerosos muchachos morir muertes penosas debido a su propia arrogancia y orgullo excesivo. Se creían intocables y por ello pagaron sangriento precio.

Veo esas mismas vicisitudes en ti y por experiencia sé que una ciudad altiva como Krates no es lugar para alcanzar la humildad. Arlstad, a cuya capital Teutoburgo has de ir, es el lugar indicado. Allí por fin podrás demostrar tu valía sobre el campo de batalla y no hay mejor hombre con el que estar que el buen Arl.

Lo conocí siendo él un niño y también libré batalla junto a él en el pasado; si bien admito que nunca tuve la oportunidad de entrenarlo, supongo que será por su sangre teutona. Pero lo conozco bien y sé que es un buen hombre, un general y líder muy respetado. Y un luchador ejemplar. Blande un hacha del tamaño de un pequeño árbol como si ésta fuera una simple espada de prácticas. Es mucho más poderoso que este viejo loco -y más joven. Aunque él también está entrando ya en su ocaso -El Maestro Gayo profirió inocente risotada-

El Arl te enseñará mucho más que cómo luchar, te enseñará a ser el hombre que el destino quiere que seas. Y va siendo hora de que espabiles. Nunca conseguirás tus objetivos en un sucio lugar como éste. Los Teutonianos son bravos, dignos y leales. Te enseñarán lecciones que debes aprender. Y una vez completadas tus labores, cualesquiera que el Arl te disponga, no tengo dudas de que volverás tan poderoso, tan imponente, que ni siquiera tipejos de la calaña de Mélino se atreverán a desafiarte.”

Eso sonaba muy bien. Sentí cómo se me alzaba el ánimo un poquito. “¿Pero qué

pasa con Mélino? Si tiene tantos aliados en Krates, seguro que mi ausencia cementará su posición”.

El Maestro Gayo sonrió con simpatía. “Tiene muchos aliados, sí, mas eso no significa que tú no tengas amigos entre estos muros”.

Pensé en mi querido Laertes, solo en la posada elegante. ¿Mi único amigo? Quizá no.

No puedo decir que no menguaron mis defensas cuando entré al pequeño comedor de la servidumbre. Mis lágrimas escaparon de su encarcelamiento ocular, liberándose sobre mi faz. No importaba, casi todos en esa sala me habían visto llorar. ¿Por qué esta ocasión habría de ser diferente?

“Calma, hijito” dijo una voz familiar. Una mano negra tomó mi mentón e izó mi cabeza mientras me ayudaba a levantarme del suelo sobre el que me hallaba hiperventilando, tal era la emoción que estaba sufriendo. En esa mano afable sentí todo el amor que esa mujer me había profesado durante tantos años.

“Señora Bienbuena” lloré. Sí, era la vieja y humilde cocinera. Al mirarla tras una cortina lacrimógena -y mocando cual bimbo- me percaté de otra cara de mis días primerizos. Una cosa pequeña y tullida cuyo corazón era más grande que los robles de las majestuosas campiñas de la realeza a unas pocas millas de la Ciudadela del Saber.

Doña Puentelargo, la mejor amiga de mi madre. Apenas la veía últimamente, dado que los días en los que precisaba una niñera habían pasado ha mucho. Mas su amor por mí no había disminuido lo más mínimo.

“Soren, no llores. ¿Qué diría tu madre?”

Al hablar estas palabras aladas, posó mi cabeza entre sus brazos menuditos y me abrazó fuertemente contra su busto maternal. Aun de rodillas era media cabeza más alto que ella. Mas no así en verdad; en sus brazos me torné de nuevo un infante

recién abroncado, ignorado e insultado por mis semejantes. Lo único que quería era amor. Esas debieron haber sido mis exigencias para con mi familia. Ésta representaba el dolor en mi pecho. Por su culpa yo era un niño perdido luchando batallas condenadas.

Aun con todas las féminas y varones que habían pasado por mi lecho y muslos, estaba tan vacío como cualquier otro habitante de las tabernas. Estaba solo.

Mas no entonces. Por primera vez desde que faltara mi madre, me sentí realmente querido. “Tranquilo, Soren, calma tu ánimo. Te quiero. Todos aquí te queremos”.

Ergo lo solté todo. Si antes lloraba, hasta desgañitadamente, ahora permití profusamente que la incipiente emoción estallara, libre de las murallas en derredor de mi psique y corazón. Adherí a la pequeña mujer gnomo a mis brazos, con cuidado, con tanta ternura como la que recibía. No precisaron las palabras. Mi vieja niñera me apegó contra su pecho firme y extrañamente grande y yo hendí mi cabeza en él. No como el ser pervertido que era cada noche, sino como el niño que sólo buscaba una cosa. A su madre de vuelta. Y a su hermano también.

Roderick no estaba allí. Mas mi madre sí. Eso quiero creer y sigo creyendo a día de hoy.

Traicioné a mi madre y a todo cuanto ella estimó. Pero al menos entonces el espíritu de mi querida Dahlia, la razón por la que perduraba, estaba allí conmigo. Acompañándome siempre. Cerré los ojos y cuando los volví a abrir, al menos en mi ánimo, la vi. Tan bella como había estado el último día de su vida. No, más si cabe, pues ya no estaba retenida por las limitaciones de lo profano.

Su sonrisa yo se la devolví, tan similares ambas. “Hijo mío” murmuró en mi oído. “Siempre estaré contigo. Aunque mi voz ya no oigas, mi fragancia no intuyas y mi faz no veas, eso no significa que no estoy allí. Mi hijo querido. Cuida de Roddy por mí”.

“¡Roddy!” Clamé, despertando de mi estupor. Mas Roderick no venía. ¿Por qué



no venías, hermano? Ahora que tanto te necesitaba.

Sincera mi sorpresa cuando vi a dos hombres a los que no había visto en años. Gothwin y Héctor; ambos estaban allí. Habían envejecido mas aún portaban sus túnicas con dignidad; Gothwin, al ser el Archimaestre, vestía la banda azul que marcaba muy bien su autoridad alrededor de su pecho. Me levanté por respeto a los dos intelectuales, con mis manos aún entrelazadas con las más diminutas de mi nodriza. No os podéis imaginar, infantes, cuán agónico para mí es recordar. Mas lo descubriréis tarde o temprano, cuando el recontar de mis hazañas tenebrosas sea del todo revelado.

En fin, allí estábamos. Denoté que el Archimaestre requería un bastón para andar; Héctor tenía entre manos un tomo grueso. Inscrito en la portada frontal había símbolos que apenas podía reconocer, pues mi Faerie no era muy bueno. El mismo hombre que me había repetido este mantra a diario estaba ahora conmigo en ese lugar. Me hallaba atónito. En sinceridad, había tenido una buena relación con ellos, mas no desde una perspectiva académica.

El Archimaestre rio, arrastraba una voz rasposa. Su cabello, ya debilitado durante sus magníficas clases -de las pocas en las que disfrutaba- era poco más que un recuerdo en torno a sus sienes. Pecas y venas recubrían su cúpula desnuda. Aun así, la vida ardía cual pira en su alma. Y continuaría haciéndolo otra década; hasta que yo, una noche aciaga, se la arrebatara. Me sonrió y vi la sinceridad que me guardaba. Le devolví el favor.

“Maestros” dije educadamente. “No esperaba verles por aquí”.

Héctor se sentó, Gothwin habló en su nombre. “Has tenido buenos motivos para desconfiar de nosotros, Soren. Mas permite que te expliquemos la verdad, o cuanto menos esa parte fragmentada que nos pertenece”.

“Pues no somos dioses” dije, evocando las cuantiosas veces en las que el Archimaestre había dicho esas palabras, en referencia a nuestras limitaciones mortales

tanto en los campos de la docencia como de la vida.

“Veo que nuestras lecciones no han sido en balde” bromeó Héctor, mientras toqueteaba su cuenco de estofado.

“No se me ponga usted a comer hasta que nos hayamos sentado todos en la mesa, viejo glotón” exclamó la señora Bienbuena con un rodillo de amasar pan golpeando su palma zurda.

“Ay dioses” dijo el Maestro Héctor. El Maestro Gayó rio abiertamente, tal como hicieron el Archimaestre y mi nodriza.

“Palabras justas, señora Bienbuena” pio Gothwin. “Mas la espera se nos ha hecho ardua. Y ese estofado huele tan bien. Ergo evadamos el hambre antes de dialogar más. Yo mismo hallome hambriento”.

Luego en ese punto ya no hubo de decirse más, al estar nuestras bocas repletas de un delicioso estofado de ciervo, nuestros mentones teñidos de salsa y el pan humedecido derritiéndose sobre nuestro paladar al mezclarse perfectamente con la sabrosa carne y el boniato. Un secreto culinario de sus estofados: la señora Bienbuena rechazaba la patata tradicional en favor de una cosecha especial de boniato que crecía en Heln, una ciudadela cerca del Bosque Blanco.

Media hora y copiosas porciones después, nos hallábamos reclinados sobre nuestras sillas, sudando y con las tripas prestas al estallido. “Sensacional” dijo Héctor, relamiéndose los labios con gran dicha.

“¿Y qué del postre, amor?” Pidió el Maestro Gayo.

Su amante clandestina por décadas chirrió malhumorada. “Si quieres postre ve y háztelo tú, ¡viejo bribón!” Mi mentor cerró el pico de inmediato.

“Volvamos pues a asuntos más serios, aún queda explicar nuestra presencia, la cual te tiene asombrado y un tanto confuso, ¿me equivoco, Soren?” Era el Maestro

Héctor quien habló. Asentí, si bien más ocupado en rematar la dulce salsa con un pedazo bañado de pan.

“Bueno” resumió Gothwin, tomando la vez de palabra en lugar de su colega, “quizá nos veas como dos viejos y pomposos búhos, Soren, y... Ah, realmente tienes razón, lo somos, mas también somos tus amigos y te queremos, no menos que las magnas personas con las que compartimos mesa, disfrutando de un festín glorioso. Creo que cumplidos son menester para nuestra querida señora Bienbuena”.

“Veraz que es así, tan bienvenidos son los sabores de su arte a mi paladar como a mis ojos su encomiable belleza” cantó el Maestro Gayo, una copa rebosante de cerveza en lo alto. Seguimos su ejemplo y la señora Bienbuena se iluminó cual pira en avergonzada felicidad.

Taimada la festiva intercesión, prosiguió Gothwin. “En esta ciudad no es secreto que tu padre, nuestro señor, te vetó de acceder a estudios superiores”.

“Oiga usted” intervino el Maestro Gayo, ahora con más seriedad. “Seguro que el Rey tuvo sus motivos”. La señora Bienbuena le propinó un manotazo sobre el dorso del cuello. “¡Ay!” Bramó. La vieja cocinera le susurró algo al oído y el anciano calló.

“Sí, hábil Gayo” habló Héctor esta vez. “Mas cualquiera que fuese ese motivo, a nosotros no nos llegó. Soren, debes saber que tú no tienes la culpa con esa decisión”.

Esta frase me tocó y no en el buen sentido. “¿Cómo osa a decirme eso? ¿Dónde estuvo usted cuando me expulsaron cual pingajo?” Grité. Me levanté del asiento y con estrépito cayó mi cuenco sobre el suelo. Los dos maestros se encogieron de pavor.

“Por favor” rogó Doña Puentelargo, “cálmate, Soren, que no te están mintiendo”.

Miré a mis sabios profesores, primero con ira, la cual pasó casi al instante una vez que intercedió la comprensión; después de mi expulsión de la vida académica, ellos también fueron reubicados a la misma Universidad a la que se envió a mi hermano -una especie de expulsión por igual. Empecé a sentirme mal por mis acciones. Me senté de nuevo y les proferí sinceras disculpas a dos hombres que no tenían culpa de nada -esto

lo juro.

“No” dijo el Archimaestre Gothwin, quien no tenía corazón para rencillas. “Ha sido una reacción lícita, hijo. Sigues siendo un niño, uno gigantón, pero niño al fin y al cabo. Pardiez, ruego que me dejes explicarme.

No mucho después de que nos dejara nuestra Reina, fuimos convocados; todos los maestros de la ciudad, por tu padre, el Rey Ingstad, Vigésimo de Su Nombre. No pudimos negar a una convocatoria real. Mas ésta nos fue causa de gran pesar.

No necesito repetirte el por qué fuimos llamados, al haber tú sido informado en su debido momento. Lo único que queremos que sepas, Soren, es que nunca dejamos de apoyarte. Admitido queda que eras revoltosa espiga en nuestro trasero, mas creíamos que tenías un gran potencial, independientemente de tu naturaleza desafiante”.

“De hecho, aún lo seguimos creyendo” añadió el Maestro Héctor, cuya hambre aparentemente había regresado; estaba hundiendo su tenedor en el pequeño caldero situado en medio de la mesa, raspando en busca del cárnico residuo que hallábase en su interior cóncavo.

“Estamos de acuerdo” dijeron las otras tres personas en la sala.

Oteé el vacío fondo de mi cuenco, el cual era mi alma. “No puedo decir yo lo mismo”.

“Paparruchas” clamó mi pretérita nodriza. “No digas eso, Soren, sabes que no es verdad”.

“Mas sí lo es, tata” no la había llamado así desde que contaba con diez años. Pude comprobar cuán feliz le hacía. No había visto la sonrisa de mi tata en años, no desde que muriera mi madre -su mejor amiga.

“Soren, no te hundas a ti mismo con tanta dureza. No te lo mereces”.

“Lo merezco y tanto más, muchísimo -muchísimo. Tata, soy el hazmerreír del reino, de todos ustedes”.

“Patrañas” replicó el Maestro Gayo.

“Asiento explícitamente con Gayo” afirmó el Maestro Héctor. “Y creo que tanto el Archimaestre Gothwin como yo podemos dar testimonio de ello”.

“No entiendo, señor” dije.

El Maestro Héctor fue conciso, defendiendo para mí la verdad. Aduciendo a la cruda realidad de las cosas, siendo éstas que mi padre de facto llamó para impulsar mi expulsión de lo académico.

“Los maestros y el concejo nobiliario asignado por tu padre para este caso en concreto votaron en favor de tu expulsión.” Vi el agrio reflejo de su rostro, azuzando en su ánimo la semilla del pesar. “Mas no nos” dijo él, cercano a las lágrimas. “Si te sirve de algo, a ti te defendimos”.

“Doy fe” confirió el Maestro Gayo, quien a modo de silente compañero había atendido a esa mañana funesta. “A tu padre nos dirigimos y le rogamos que te dejara continuar con tu educación”.

“¿Mas por qué así?” Exigí. “Si soy una lamentable excusa de ser”.

“No para nosotros. Jamás” dijome la señora Bienbuena.

Ah, estimados amigos aquellos. No quise, no pude decírselo, mas en su gracia me sentía protegido de verdad. Especialmente cuando el Maestro Héctor dijo: “¿no se te ha ocurrido, Soren -y esto también se lo digo a usted, Gayo- que tu padre estaba gravemente equivocado? ¿Mordido por la ponzoña del engaño?”

No, en honestidad que no se me había ocurrido nunca. Simplemente no podía entretener la idea de que pudiese haber benevolencia en mi padre.

“Tu hermano también defendió tu causa, como siempre hará” dijo lozana voz desde las sombras de esa cocina. No pude evitar levantar el culo de mi templado asiento y vagar errabundo hacia el hombre que caminaba desde el pétreo portal de la puerta.

“Roderick” gemí en mi incredulidad.

“Todos los presentes te queremos, Soren. De eso ruego que no halles duda en tu corazón” dijo el Maestro Gayo desde una creciente lejanía, pues toda mi atención estaba fija en el hombre al que quería más que la vida misma.

Regresaban todas las memorias; de pie frente al otro, no como el príncipe heredero y el despojo de hombre que era yo, mas los hermanos que habían crecido juntos. ¿Era ella a quien vislumbraba detrás del chico al que tanto adoraba?

“Estoy aquí, cielo” dijome la preciada memoria de la Reina Dahlia. Madre, todas mis memorias te mantienen cerca, me mantienen vivo -a duras penas.

“Tendrá Mélino el corazón de padre, mas no el mío”. Escuchar tal verbo de mi Roderick.... Percibí el timbre materno en él. De facto que vi su grácil figura detrás de la de mi hermano.

Sentir de nuevo sus brazos en derredor de mí. Era un niño, siempre lo había sido, aterrado ante los hados y su destino. “No os soltéis, hermano. Os lo imploro” lloré. Mas lloramos juntos. Estaba ahora con mi familia. Por lo menos una última vez.

“A veces las ánimas más atormentadas son las que poseen los corazones más grandes en su pecho” dijo la siempre sabia Tilly Puentelargo.

No me di cuenta mas tanto ella como la señora Bienbuena estaban junto a nosotros. Es por ello que el espíritu de mi madre, su mejor amiga, vivía. Protegían a su hijo de su parte. Sentí cómo se derretía el dolor, mas para volver pronto. Pero al menos la sentía: felicidad, por superflua y efímera que fuera.

“Mélino tiene fuertes aliados en Krates” noticias de sobra conocidas que el Maestro Héctor nos recordó desde la mesa a nuestra espalda, también escuchaba emociones fuertes en su timbre. *Gracias*, fue la respuesta que se atascó en mi garganta. Mas mi gratitud era magna, desde el fondo de mi ser sentida.

“Mas tú también, hermano” confirmó Roderick. “Los hombres y mujeres aquí presentes son amigos de verdad, somos tu familia tanto como tú eres la nuestra. Incluso la distancia creada por nuestras respectivas obligaciones, la brecha entre

nosotros, no puede extraviar nuestras ideas y sentimientos. Lucharemos por ti en este tu exilio temporal. Y no tengas miedo, no me cabe duda de que el buen Arl hará que padre entre en razón tarde o temprano”.

¿Pero dónde estaba él ahora, el Rey, mi padre? ¿Por qué no había venido a mí como Roderick? De eso, infantes, es de cuanto más hambre tenía. Por mucho que lo odiara, seguía siendo mi padre.

Esos lamentos en busca de amor paternal, esas acuciantes palabras las volvería a pronunciar, en un contexto mucho más cruel. Sea esta pues vuestra advertencia, amigos.

El Archimaestre Gothwin se nos acercó. Con acrimonia en mi corazón se me obligó a soltarme. No quería hacerlo. Mas quedaban pocas horas hasta el alba y asuntos importantes aún estaban sin tratar.

“Es imperativo que escuches, Soren” me aconsejó Roderick.

“Escuchar, no sólo oír” añadió el Maestro Héctor. Hube de reírme entre sollozos. Las veces que había dicho eso...

Vi el tomo en su mano. Me lo estaba cediendo. La cubierta era un negro caparazón de piel de buey, mas no había ninguna indicación comprensible sobre su contenido. Eso me lo aclaró el Maestro Héctor. “Tradiciones y lengua del pueblo Faerie, si eso responde a tu pregunta”.

Lo hizo. ¿Pero por qué? Una vez más el buen maestro respondió a una pregunta no formulada. “Lo necesitarás” dijo con tanta simplicidad como la claridad que la acompañaba.

“Nunca he sido muy ducho con la lengua Faerie” dije, abochornado, viendo venir una reprimenda, como las de los buenos tiempos. Mas cuanto ocurrió fue muy contrario.

“Mas claro es que tienes el potencial. Llámalo la intuición de un necio anciano. Y esta vez tengo el presentimiento de que mostrarás algo más de interés”.

“¿Y por qué dices eso?” Pregunté.

El Archimaestre tomó la palabra en nombre de Héctor. “Porque tu futuro depende de ello. Lee y aprende cuanto puedas durante tu viaje. Y considéralo no tanto un castigo como una oportunidad. Preveo que te encontrarás con hombres y mujeres muy interesantes en tus peripecias.”

“No sé, Maestro” susurré con aviesa incredulidad. Esta conversación me drenaba la boca. Me encaminé a la mesa y me serví un vaso de agua... Sí, agua, no cerveza ni vino.

“Si no por ti, hazlo por mí, Soren” mi hermano quien había hablado. No dije nada. Mas por él..... Todo eso y más. No vacilé más y cogí el tomo del Archimaestre Gothwin.

Mi gente, el verdadero pueblo que quería proteger. Pude sentir el alma de mi madre defendiéndome, queriéndome, desde cada uno de ellos -especialmente Roddy.

Aun si no pude decirlo entonces, y a pesar de la crueldad con la que acabarían tratándooos, lo diré ahora. Os quiero. Por favor, perdonadme. Por favor. Os quiero.

“Lamento interrumpirte, Soren, pero debo preguntar, ¿todavía posees ese tomo?” Dijo Duncan.

Soren carraspeó displicencia y suma molestia por serle cortado su monólogo. ¿Se le podía culpar? Al fin y al cabo, larga es la extensión temporal desde que pensara en su familia y allegados, al menos tan abiertamente.

Eventualmente Soren asintió y aceptó la petición del anciano, sustrayendo de su zurrón un tomo sucio y desgajado. Mas aún legible.

“Quédatelo” dijo Soren. “Ya me lo sé de memoria”.

“Cuán generoso de tu parte” dijo Duncan con sinceridad.



Soren gruñó, fingiendo desinterés. Pero el falso rey y el sabio anciano sabían ambos que las bibliotecas secretas de los Hijos en Arlstad se beneficiarían mucho del saber escrito por el Archimaestre Gothwin. Y Soren era consciente del error que sería negarle este tomo a la humanidad, especialmente con los Faerie ha mucho ausentes de este mundo. Y los dioses sabían que Soren, el Monarca Oscuro, ya había hecho suficiente mal.

“Por favor” dijo Soren, “tengo sueño, por tanto dejad que vele esta escena -y ya mañana continuaremos con la historia”.

Los tres invitados accedieron tácitamente. Orin, empero, bullía con desconfianza hacia Soren. No había en él amor para el hombre envilecido de magno poderío. Se cruzó de brazos y se apoyó contra las frías paredes de una cueva que, con el paso de cada instante, le parecía tanto más una prisión que cualquier otra cosa.

Estatuas quiescentes de héroes del otrora y dioses del mito nos despidieron con ciegos ojos cuando salimos del castillo, entrando a un gran laberinto de jardines que coloreaban el gran edificio de origen Faerie.

Caminamos cuidadosamente un rato, para evitar despertar a la servidumbre, quienes se merecían cada instante de sosiego que les daban.

Atravesamos filas sucesivas de lavanda, rosas y lirios, florida hermosura elegida personalmente por mi madre y Doña Puentelargo.

No habíamos compartido un momento así desde que tenía doce años.

Recuerdo la noche. A diferencia de ésta, había sido una fría noche de invierno. La cama de mi hermano, vacía, todas sus pertenencias trasladadas. El hombre imberbe que era había sido confrontado en ese preciso lugar por su hermanito -con lágrimas

lustrosas rebosando las mejillas de ambos.

“Lamentos profiero, hermano” me había dicho. “Mas padre nos ha prohibido vivir en los mismos aposentos, ahora que nuestros pasos han dado giros adversos. Requiere que asuma mis muchas responsabilidades, y yo como heredero he de hacer cuanto me dicten. Espero que puedas entender”.

¿Pero cómo iba a entender un adolescente? ¿Cómo podría soportar el hecho de que estaba perdiendo mi vida en un fragmento temporal que por igual me iba a apuñalar el corazón para toda la eternidad? Yo sólo tenía doce años, Roddy. ¡Sólo doce!

Tras aquello lo único que nos quedó eran exiguos encuentros en los pasillos del castillo, una cena o dos en las que apenas nos concedíamos algunas lindezas. Mas nuestro tono y relación habíanse vuelto distantes.

Nos sumergimos en una miasma de cipreses verdes y resinosos, absorbidos por el artificio de las hijas de la naturaleza. No tenía ni idea de qué decirle. Todo este tiempo ansiando tener al hermano al que tanto adoraba y admiraba, pero siempre que miraba de reojo al guapo mas frágil hombre, no podía ver a mi Roderick. Mas él clamaba que todavía me quería -traté de hallarte a pesar de la distancia, Roddy. De veras que lo intenté.

El tiempo había convertido a Roderick en un joven en sus veinte que era el sueño de todas las damiselas de la aristocracia humana. Era alto, empero yo le sacaba dos cabezas. Era fino y delicado, un opuesto a mi constitución musculosa. Nadie diría que éramos hermanos, ya que no nos parecíamos en nada, no físicamente, ni desde luego en pathos.

Me hallaba en una perdición total junto a él. Había confiado mis secretos y temores más íntimos con ese hombre. Mas ahora la persona a mi vera era poco más

que un extraño. ¿Qué había de decirle? ¿Estaba él tan nervioso como yo? La tranquilidad era una mofa que convertía el estío en un ambiente tedioso e incómodo. Tenía que romperlo, en bien de mi sanidad mental.

“¿Cómo has estado, Roderick?” Apagado el modo con el que rompí la quietud.

Él contestó similarmente. “Ocupado. Los asuntos del reino son exigentes”.

Con los humores mutantes que me eran tan familiares, desmantelé las cortesías, las cuales eran, en definitiva, falaces, y no las permití más. “A la mierda esto” troné. “No voy a seguir así”.

“¿Cómo?”

“Que no voy a seguir actuando como si fuésemos dos putos adultos que no se han visto en un montón de tiempo.”

Aunque eso, en parte, era lo que éramos.

Y entonces, a pesar de todo, mi hermano sonrió y hasta osó reír; si bien sólo un titubeo. “Tienes razón, hermano. Lo siento”. Se disculpó, a esto yo no estaba muy acostumbrado. Me inquietó más.

“No” repiqué con gesto visceral. “El sentirlo no es suficiente.

Te hablaré en honestidad, eres un misterio para mí, Roderick. Ya ni te conozco. ¿Cómo puedo confiar en ti? Has pasado más tiempo con Mélino esta última semana que conmigo los últimos ocho años. Aparte de algunas palabras cordiales, un hola y un adiós, nunca te has molestado en preguntarme cómo estaba”.

“Sé muy bien cómo has estado. Y no puedo decir que me honre lo que he tenido que escuchar.”

“Es posible” dije, desafiante, “mas si de verdad te importara, habrías venido a verme en persona y habríamos hablado.

¡Maldita sea, háblame!”

Podía ver sentimientos heridos en el semblante de mi hermano, su mueca denotaba un conflicto interno; quizá fuera mi imaginación, mas era posible que

estuviese sintiendo remordimiento verídico. Sin embargo Roderick no lo expresó con verbo.

Emergimos de las confusas vías del laberinto a una parcelita de tierra en la que crecía una muy dulce lavanda. Con una lágrima escapando de su ojo izquierdo, uno que vi deslizarse de su mejilla al filo de su boca, cogió una flor en mano e inhaló su fragancia.

“¿Te acuerdas de cuando la tata Puentelargo y madre venían aquí todas las mañanas? La lavanda siempre fue su favorita. La recordaba de sus tiempos de adolescencia, un espíritu libre vagando los caminos solitarios del Bosque Blanco. Ella me lo contó poco antes de....” No pudo terminar su frase. Recordarla le traía tanta tristeza como a mí.

“Sí recuerdo haberme sentado sobre un hormiguero y siéndome el ojete asediado por ello”.

Roderick rio efusivamente. “¡Veraz! Sólo tenías ocho años. Tan pequeño y asustadizo.... Pero mírate ahora, un soldado y un hombre hecho y derecho”.

No podía estar menos de acuerdo. Aún tenía miedo. Quería decirle que seguía siendo ese crío asustadizo que echaba de menos a su hermano y que ahora más que nunca lo necesitaba.

Erramos a través de la avenida de Mnemósine por un rato más. Por primera vez en mucho tiempo, hablábamos y reíamos.

“¿Te acuerdas cuando el Maestro Héctor fue pillado cogiendo las fresas de madre? Oh qué hostia dióle la señora Bienbuena en toda la jeta”.

“¡Sí! Fue muy gracioso. Por cierto, ¿cuánto ha pasado desde aquello?”

“Demasiado” contestó Roderick.

Y al punto el rictus sombrío de una mente temerosa retornó a su ánimo. Igno se disponía a congraciarnos con un nuevo día de calor estival. “No me fío de Méliño” admitió Roderick, “mas realmente te has metido en un apuro al antagonizarlo. Él

sostiene gran influencia con padre”.

“Y contigo” le recordé.

“Y conmigo” admitió. “Mas él no es mi hermano. Y nunca lo será”.

“Debes saber que fue él quien trató de asesinarme anoche”.

“No hay pruebas que así lo indiquen, Soren. Me duele mucho oír esto pero....”.

“¡Pero nada!” Bramé, mi propia alma tornándose iracunda. “No intentes timar a un trilero, tronco. El Maestro Gayo estuvo presente, puede dar veraz testimonio.”

Mi hermano suspiró, estaba pensativo. “Admitido, el Maestro Gayo sigue poseyendo cierto peso en el juicio de mi padre. Mas su edad es un agravante e incluso alguien tan sabio como él no puede rebatir a los aliados que Méliño se ha estado ganando a su causa durante los últimos años”.

“¡La puta política! ¡Es una mierda!” Chillé.

Me contestó mi hermano de una manera mucho más pacífica, muy como solía hacer. “Sí, la política está bastante podrida. Pero tú no puedes ignorar tales temas, por el hecho de sustentar la condición de príncipe”.

“Una condición que de poco me servirá ningún día de estos. Detesto la política. Preferiría ignorarla.”

“Eso no será tan fácil como desearías, Soren. Puedes ignorar la política, mas ten por seguro que ésta no te ignorará a ti”.

“Ergo he de verme exiliado de mi hogar por culpa de la política”.

“Exilio es un término excesivo”.

“Mas eso es lo que es”.

“¡No!” Exclamó mi hermano, esta vez con un timbre más alto, casi podría decirse que era autoritario.

“No si al final serás un rey cojonudo y todo” reí.

Mas mi hermano no estaba para bromas, no mientras debatía temas tan serios.

“Escúchame, Soren” me impelió. “Esto es un Agón, no un exilio. Y también una

oportunidad, como se te ha dicho ahora mismo. Arl Lovren tiene más palabra en el concejo de padre que cualquier otro noble, aun si de facto no tiene posición real en él. Mas él es un guerrero y un líder, como padre, por tanto tiene su más alta estima”.

“Me pregunto si muestra su afecto hacia sus vástagos con el mismo candor que el Rey”. Virulento el sarcasmo que escupí; a Roderick le hizo mucho mal, lo vi en los movimientos tensos de sus extremidades, mas no dijo palabras desaprobadoras. Quizá sabía que estaba diciendo la verdad sobre el tirano de Antroporiom.

“El Arl tiene una hija, y la quiere más que a su vida”.

“Luego no es nada como padre” gruñí.

“Di cuanto te sea grato. Mas el Arl es un hombre justo. Demuestra tu valor delante de él y te dará cuanto más ansías”.

“Sea pues” contesté, aceptando el reto.

Roderick no había terminado de traerle emociones distintivas a mi ánimo. “Y ahora, con el ascenso del gran orbe de la luz, en su camino hacia el oscuro trono de los viajeros celestiales, debo darte estas noticias atroces”.

Mas antes de que pudiera preguntarle por éstas, de un bolsillo interior de su camisa de seda sustrajo una libreta de cuero que contenía página tras página de papiro reseco. “Cuandoquiera que sientas duda y desesperación, hermano, escribe. Sé que nunca ha sido lo tuyo, pero aún somos jóvenes y ambos tenemos la oportunidad de cambiar. De volver a tiempos más felices y sanar las heridas innecesarias que afligen nuestras ánimas. Aunque la distancia sea grande, espero que nuestros corazones puedan encontrarse.”

Cogí la libreta y abracé sus palabras con solemnidad. ¿Realmente iba a tener a mi hermano de vuelta? Antes de poder decirle nada - un “gracias” y un “te quiero” - Roderick no demoró más en darme las nuevas.

“Tras los altercados con Mélino se ha cambiado tu hora de partida”.

“¿Cambiado? ¿A cuándo?”

“A hoy” dijo dolorosamente.

“¿Hoy? ¡Joder, si ya está amaneciendo!” Bramé.

Mi hermano agachó la mirada, incapaz de afrontar mi furia. “Lo lamento profundamente” murmuró.

Escupí e imprequé agresivamente, esto no era bueno. Había tenido la noción de que iba a partir antes de lo esperado -mas no tanto.

Por otro lado, pensé; dejar Krates me salvaría de cualquier otro intento de asesinato. Aunque Mélino estaba muy empeñado en verme morir. Si por algún caso acabase muerto a manos de un enemigo *anónimo*, de entre todas las personas, ¿quién iba a culparlo a él? Sea cual fuera el camino a tomar, me hallaba en una encrucijada.

Acepté mi destino ante la falta de cualquier otra opción. “Muy bien, me reuniré con Laertes de inmediato *-tras pimplarme unas copas de birra*”.

“Soren, debes creerme cuando te digo que yo no tengo nada que ver con esto”.

“Te creo” dije, al ser esto mi última esperanza.

Tú eras lo único que quería, Roddy.

No recuerdo si lo abracé o no o si le besé su mejilla áspera. Sólo sé que si no lo hice, habíame equivocado gravemente.

Soren se cubrió el rostro, transpirando fuertemente su grueso cráneo. Evocar el nombre y los actos de su hermano no era tarea fácil para él. Duncan sólo podía ponderar qué clase de pesar estaba sufriendo. Le tomó largo rato recordarse a sí mismo que todo dolor que pudiese sentir Soren, era uno bien merecido.

El hombre habló su verbo Faerie y la cueva se abrió, permitiendo que la neblina y las tinieblas ensombrecieran la ya tenue luz. Soren abandonó la estancia, dejando a sus huéspedes en las sombras cuando la puerta se cerró de nuevo.

“Maldito tipejo” escupió Orin. “¿Cómo podemos creer nada de lo que dice?”

Agatha también habló. “Debo decir que estoy de acuerdo con Orin esta vez. Nada tiene sentido. ¿Cómo pudo haber conocido a Arl Lovren?”

Duncan reprobó a los dos hermanos. “Sed pacientes, niños. Os aseguro que cuanto dice es veraz. Quizá el tiempo y el propio orgullo y arrogancia del hombre hayan distorsionado el recontar, mas es veraz en su esencia -no tanto en detalle supongo.”

“Sip” resolló Orin, para nada convencido. “¿Y qué pasa con esa fijación suya con los ojos? Por la forma en la que habla parece estar obsesionado con los ojos de la gente.

Duncan exhaló liviana risita en la cueva oscura. “Los ojos” dijo, “son el espejo de nuestra alma. ¿No te has percatado de que Soren apenas puede izar la mirada a la nuestra? Creo que entiendo por qué”.

“¿Culpa? ¿Remordimiento?” Preguntó Agatha. Orin se retiró a su esquina y escuchó al anciano desde el silencio.

“Sinceramente así lo espero” dijo Duncan. “Pero hay más. Mirarle a una persona a los óculos es observar la misma esencia de ese ser. No importa lo que digan las palabras, no importa lo que dicten las acciones. Lo que nos muestra la inclinación y carácter de cualquier ser vivo se refleja en los ojos.

Luego expresa esto con tal pasión y frecuencia: el revivir los ojos que él mismo cerró. Y no me hallo en duda cuando digo que mirar a las profundidades de su oscuridad, eso sería insoportable -al menos de momento”.

Como de costumbre, los gemelos aceptaron el consejo de su mentor. Y bajo sus órdenes cayeron a un sueño aquejado que anticipaba un descanso efímero. Pues mañana el héroe carmesí del Señor Oscuro, el rey de nada salvo pesar, proseguiría con otro capítulo de su existencia rota.



## Canto III - La Bella del Invierno:

### I

“**F**.... f..... fri... Frío” temblequeó Laertes, sus dientes un claqué.

La helada escarcha que colmaba el vello de sus mejillas humeaba febril. Su pelo estaba solidificado. “S... S... Soren” sus dientes saltaban en su boca, traqueteando; traté de mirarle pero ni siquiera podía abrir la boca; mi nerviosa saliva, habíase congelado, ergo mis labios entornados.

“N.... No puedo cr.... creer que este lugar había sido un paraíso esplendoroso.... Brrr”.

Con un titánico esfuerzo logré despegar los labios, que además estaban secos, y con la segregación la fina piel se partió y goteó sangre, la cual inmediatamente se congeló.

“Eso n.... no es más que m..... mit...mitología, t..... tío; los dioses no e... existen, tampoco los Daemon. Y de buen seguro que este lugar no ha sido más que un témpano ensartado en el ojete de la humanidad”.

Nos había tomado más de una semana llegar allí, a pesar de haber navegado bajo vientos propicios. Supongo que Antroporion es más grande de lo que dictan aquellos esbozos que los cartógrafos vertían sobre papiro.

Habíamos zarpado en una pequeña y discreta nave para no atraer la atención de piratas o bribones de tal calaña. Y -permitidme ser honesto- mi padre no quería malgastar uno de sus mejores barcos en un tipo como yo.

Tras embarcar, partimos desde el puerto interior de Krates; accedimos al gran

Océano Occidental y navegamos al sur rumbo a las costas heladas de Teutoburgo, capital de la provincia de Arlstad.

Astrid, el río más largo del mundo humano y usado por los Faerie que venían desde el norte, de Faeryaïe, también bifurca al oeste y su cauce vira hacia las costas occidentales. Dado que el río se expande a través del continente desde el norte hasta el sur, el comercio marítimo en Krates -como ya he mencionado- era fluido y continuo. Ergo, una vez alcanzado el océano, no teníamos más que seguir la costa rumbo al sur, doblar por un estrecho y virar al este hacia Teutoburgo.

Inspeccioné el entorno con excitada sorpresa. El *galeón* levó su porte helado en el puerto; las velas, antes teñidas en rojo y oro, ahora parecían más un manto de puro blanco invernal. No estaba preparado para esto. ¿Cómo podía estarlo? Si de por sí llevaba un jersey lanudo debajo de un abrigo de piel que me cubría hasta las rodillas, ergo mis piernas estaban también tapadas; tal como mis pies con dos pares de calcetas.

Pero nada. La salada humedad costera y el frío casi contranatura podía atravesar incluso la más gruesa protección termal y picarle a uno hasta el tuétano. Por temblar hasta nos temblequeaba el alma.

El capitán del navío rio a carcajadas. Era un nativo y llevaba ropajes en demasía ligeros para un clima que sólo podía definirse como ártico. Sus fuertes extremidades se erizaban en su desnudez, pero tanto él como su tripulación parecían encontrarse bastante bien con esta temperatura en constante descenso. Sólo una persona nacida en este invierno eterno podía soportarlo con tanta finura. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

Para agravar las cosas, estaba sin blanca. Al ser un heredero desposeído, no tenía derecho a ni una sola moneda de las arcas reales. El Agón lo especificaba claramente. Estaba al amparo del Arl y ahora me arrepentía por haber gastado el último

talento en aquella taberna cruel.

Y al respecto, que no se me olvide decir que yo era un engendro de sangre azul; en verdad yo no había dado palo al agua en toda mi vida. Solamente era el típico niño mimado que solía pasarse el día haciendo esgrima y pedorreándose, tumbado a la bartola bebiendo y follando.

Cuanto llevaba conmigo, amén de la ropa que cargaba el pobre Laertes en un arcón grande, era Adraste y, en un zurrón, algunas hierbas que pillé ilegalmente de unos gnomos en los Bajos; y evidentemente el libro que me había dado el Archimaestre Gothwin -y los papiros de Roddy. Hendí mis dedos por el cuero humedecido del zurrón para sentir que los papiros y plumas estaban protegidos junto al grueso tomo negro. Si bien os digo que sólo usaría un papiro y no en Arlstad, en donde estaría por lo demás muy ocupado. Había sentido la tentación de abrir el tomo magisterial y comenzar su lectura; pero por desgracia, Laertes sufría de mareo. Así que hube de pasarme casi todo el trayecto sujetándolo mientras echaba toda su comida por la borda. Así cada día.

Y hablando de Laertes.

Pasé mis últimas horas en Krates deambulando las calles, dado que Laertes había recibido una invitada especial en mi ausencia: su esposa Arianna.

Al punto de haber entrado a la estancia, me di la vuelta. Laertes estaba en la bañera, mas no solo. En cuanto discerní la figura detrás de la vidriera empañada que separaba el camerino del baño, consideré que lo mejor sería marchar.

No le caía nada bien a Arianna -y sus motivos tenía.

Quería a Laertes, mas yo era una vulgar excusa como amigo. Un buen amigo no habría auspiciado el amor entre ellos para luego follársela a sus espaldas.

Lo habíamos hecho en escasas ocasiones -tres o cuatro- pero esto había afectado duramente al corazón tierno de Arianna. Confieso que ella no estaba exenta de culpa, pero yo era el principal responsable. Me había sentido atraído por ella, en

esencia porque era algo nuevo que me ponía cachondo; y yo siendo como era, no podía mantener un mínimo de rigor en mi mente irracional - naturalmente sin contar el rigor en mis pantalones.

Ninguno de los dos teníamos el coraje suficiente para confesar nuestros pecados mortales. Ella nunca me había perdonado por ello. ¿Acaso se le podía culpar? Yo había teñido su dignidad y el amor que sentía veraz por Laertes y corrompido cada virtud que ella estimaba. También me odiaba porque creía que yo era una mala influencia para su marido. ¡Ja! Nadie puede competir con la intuición de una mujer.

Sin embargo, ella siempre se olvidaba de recordar que fui yo quien los había *presentado*.

Durante una tarde primaveral cualquiera, se había atrevido a acercarse al castillo, con el deseo de experimentar la vida de un noble o cualesquiera que hubiesen sido los sueños revoltosos en su cabecita; en lugar de eso acabó en la cama de un principito.

Y llegadas las altas horas del turno de Silene -para titilar y llorar por un corazón falto- mientras Arianna salía de puntillas de una puerta trasera de la cocina, acaecieron el cuándo y el cómo había conocido a mi amigo simplón, aún un acólito en la guardia - apenas un becario que trataba de tomarse un respiro de los duros insultos de Proteo.

Y entonces se enamoraron. O al menos así me lo había contado él.

Y con una gélida mirada en mi dirección, la bella con la que me había acostado más noches que esa se despidió de Laertes mientras nos disponíamos a embarcar; a mí ni una palabra me profirió. Lo que me dolía sobremanera era el beso que ella le había dado a su esposo. Por débil que a mí me parecía a veces, era en esos momentos cuando veía al verdadero Laertes, gentil y cariñoso, al cual añoraría si alguna vez le pasara algo. Y por esas virtudes del espíritu tenía algo que yo jamás poseería. De todas las mujeres con las que me acosté, ninguna me dio amor -lo único si eso, un orgasmo y un adiós.

En fin, que me disperso. ¿Por dónde íbamos? Ah sí, Arlstad.

Vuestro hogar ancestral no era el reino títere que es hoy. Era una provincia dentro de una nación mayor. Mas una orgullosa que aún respetaba las viejas tradiciones de aquellos Teutonianos de los que descendéis. Conocí a muchos Tedesquianos, la mayoría de ellos -bueno, ya sabéis dónde.....

Tenían una autonomía -tanto política como cultural- que las demás regiones de Antroporiom no disfrutaban -ni siquiera Atthinia.

Los Teutonianos o Tedesquianos -ambos términos aceptados- eran una raza aparte. Y sin embargo pocas había más leales que ellos a la hora de defender el reino. Desde que el primer Ingstad estableciera a su hermano menor como el primer Arl de la recién fundada provincia -tras salvar ellos a los Tedesquianos supervivientes de la legendaria guerra contra los Daemon- Arlstad creció y la relación entre los Arls y sus Reyes no podía ser mejor. Su vínculo se correspondía con honestidad, lealtad y sangre.

El vasallaje es difícil de obtener, especialmente de un pueblo tan noble como el vuestro, niños.

A cambio, el reino les garantizaba autonomía judicial y leyes más antiguas que las de Antroporiom aún se ejercían en las tierras de invierno perenne.

Muchos maestros y clérigos solían migrar a esta agreste nación y ayudaban a la nobleza tedesquiana en sus affaires cotidianos y con la educación tanto en la fe de nuestros antepasados como en la historia y el saber de nuestra gente.

Los Faerie, por contra, poco trato tenían con este pueblo, sus organismos no estaban tan acostumbrados al frío. Ciertamente Hiperboria era un lugar frío - allá en donde reinaban los mamuts- mas nada que ver con la gélida ira de Arlstad. Ésta te mordía el alma y el ánimo te lo retorció cual basilisco constrictor. Si no estabas acostumbrado.....

Serías nosotros.

Nuestras extremidades estaban agarrotadas por una larga mañana en la bodega -encerrados en un cuarto pequeño y húmedo que olía a ron y polvo. Durante los últimos dos días no pudimos salir, pues los fieros vientos estaban muy por debajo de los cero grados centígrados. Mi piel bronceada tenía problemas para adaptarse al clima. Y al desembarcar el aire no le hizo ningún bien a mi dermis vigorosa pero excesivamente consentida.

Me había esperado algún tipo de recibimiento real. Estaba equivocado. La ventisca soplaba con furia, las deidades eólicas, hijos de Astaris y Éter, estaban entonando un coro iracundo. Una sobrecogedora neblina, apenas atravesada por unos tímidos rayos solares -nuestra única bienvenida.

Podía oler pescado; mis ojos aún se estaban adecuando a la tenue luz. Este sitio me parecía lúgubre.

“Dioses nos sean benévolos” rezó el pobre Laertes.

Apenas podíamos caminar, en cuanto desembarcamos del navío nos hundimos hasta las rodillas en la nieve. La lana y el cuero cubriendo nuestros cuerpos poco y menos protegían nuestras piernas entumecidas de ser bañadas en helada humedad.

Maldije ruidosamente pero las silbantes ráfagas hacían imposible el poder escucharnos.

“Vamos, será mejor que nos pongamos en marcha” grité hasta el límite de mis pulmones.

Pero Laertes estaba teniendo mayores dificultades para avanzar; el arcón que llevaba pesaba demasiado para él. Chasquéé la lengua con decepción y cargué el aparatoso contenedor sobre mi ancha espalda que de muy buena gana lo acogió; cualquier oportunidad para fortalecer el cuerpo ha de ser aprovechada.

Séase así pues, el cuándo y el cómo -penosamente- dimos nuestros primeros pasos en y hacia Arlstad: en una cacofonía de pulsantes vientos, aguas agitadas y la

risa del capitán desvaneciéndose detrás -punzando nuestros tambores.

Circa cien pasos del minúsculo puerto logramos ver con algo más de nitidez. Las lámparas de óleo erigidas de la nieve guiaban una nimia senda entre dos filas de pequeñas chozas y cabinas de madera que asumí acogían a los pescadores y mercaderes que se atrevían a aventurar por esa tierra peligrosa; unos pocos hombres y mujeres, todos con el mismo cabello rubio y dermis clara, caminaban laboriosamente, cargando sacos de trigo, cebada y pescado. El aire aquí era tan puro, a pesar de las inclemencias de los elementos, que sólo podían olerse la nieve y los pinos que se escondían a poca distancia entre la niebla.

“Señor, digo Soren” tosió Laertes. “No hay nadie para recibirnos. ¿Qué hemos de hacer?”

De mi mejor amigo percibí su inquietud. Miré los alrededores pero aparte de las casitas no podía ver nada más. Algunas vagas siluetas que se movían de un lado a otro, el ocasional grito en una lengua, la teutonia, que no entendía.

Luego oí algo más familiar. El canto. Podía escuchar las pianolas, las flautas y las liras -acompañadas de las notas borrachas, cantadas erráticamente. De pronto me entró la sed.

“Sigue la música” ordené. “A ver si podemos tomar un respiro, ¿eh?”

La taberna era de hecho un lugar muy acogedor, bastante más que aquellos lares que tanto gustaba de frecuentar en casa. Sí, Arlstad era un territorio frío y peligroso, eso no lo puedo negar, mas el carácter de sus hombres y mujeres era proporcionalmente inverso a las inclemencias meteorológicas. Al punto de entrar nos acogieron la luz de jocundos festejos y el apasionado cantar de quienes se lo estaban pasando muy bien. Pero más importante que esto era el calor que emanaba de la gran hoguera en el centro de la estancia cuadrangular, fortalecido éste por las más pequeñas que había en todas y cada una de las esquinas del local; esto aliviantaba

sobremanera nuestros cuerpos agarrotados.

A diferencia de Krates, no viraban en mi dirección miradas en extremo curiosas. Si alguien conocía mi identidad, lo cual sinceramente era dudoso, no parecía importar. Mujeres de distintos tonos rubios corrían aplicadamente con bandejas cargadas del rubio néctar -oh mi dulce cerveza. Servían a clientes anhelantes con sonrisas que podrían derretir el hielo de esos lares.

“Mola” dijo un Laertes verdaderamente impresionado.

Silbé de acuerdo con mi amigo y sugerí tomar un respiro. Laertes encontró un emplazamiento idóneo, un rinconcito con una mesita de madera y dos taburetes. Una chica joven vino a tomar nuestro pedido casi al instante. Ella rapiñó mi atención -y mi atracción.

“Hola, caballeros” dijo educadamente, su Kratesiano estaba impregnado sutilmente por su acento tedesquiano.

“Hola a ti, primor. ¿Cómo es que formosa deidad como vos ha caído del firmamento para obsequiarnos con el honor de vuesa presencia y encanto?”

Le brindé mi mejor sonrisa, con la certeza de que esa noche venidera iba a arrugar las sábanas de su lecho. Por contra y muy a mi pesar, su sonrisa murió y fermentó de mala manera.

Ella me caló al instante y no parecía muy contenta con mis flirteos baratos. La joven adoptó un rictus agrio y con un tono duro nos preguntó qué íbamos a tomar.

“Dos cervezas, señorita” dijo Laertes, cuyo timbre infería una sutil disculpa por mi actitud.

La tabernera sonrió coquetamente a mi amigo, encandilada por sus buenos modales. Naturalmente, él no pudo reprimir su rubor.

Me sentía un poco celoso. De la camarera lo único que podía ver era su trasero - no es que me quejara por ello. Mi humor empeoró cuando me di cuenta de que estaba sin blanca.



“Eh, Laertes, ¿te importaría pagar esta ronda? Estoy un poco tieso”.

La dama glacial, quien no hacía ademán de ocultar su prejuicio contra mi persona, bufó ofensivamente ante mi falta de poder adquisitivo.

“Eh, bombón” reí, tratando de cambiar su opinión sobre mí. “La verdad es que soy un príncipe de Krates. Heredero a las huestes del reino de Antroporion. Soy el hijo del Rey Ingstad, el Vigésimo de Su Nombre, y de la Reina, Dalilah de Ithen.”

“Ya claro” rebufó ella, con desinterés más que otra cosa. “Y yo soy Ida, la madre de los dioses y la personificación del Amor”.

“De puto lujo” carcajeé. “Eso es lo que quiero oír”.

Sin embargo a ella no se la veía contenta. Ni pude lograr que me mirara mientras le hablaba. El pobre Laertes me acribillaba con la mirada, tan avergonzado, tan tímido.

“Por favor, Soren” susurró. “No empeores las cosas”.

Lo ignoré completamente. “También beso muy bien, cariño”.

Por fin se dignó a prestarme atención. Su reprimenda, ascuas. “Ni aunque fueras el último hombre en Rysia”.

“Joder, eres demasiado dura, chica”.

Pero nada más quiso saber de mí, viéndome como el patético merluzo que era. Supongo que ahora, niños, me doy cuenta del chico que había sido -y cuán superfluo mi ánimo. Las chicas de Arlstad, con su orgullo y femineidad intactos, no eran tan susceptibles como aquéllas con las que solía relacionarme. Esa era una señal que quizá debí haber advertido, si sólo hubiera podido ver el futuro.

Ninguna mujer de Arlstad me amaría jamás.

Laertes se disculpó tímidamente por mis modales y pagó los diez duros de bronce que costaban las cervezas y dos más por las molestias. Ella le dio sinceras gracias, malgastando en mi persona una ácida mirada, y luego marchó a atender otra

comanda como si no hubiese pasado nada.

Un ataque a mi honor cuando vino un camarero a servirnos -el cual asumí el hermano de ella por el claro parecido entre ambos. Peor me sentó que él también repudiara mis encantos tras intentar las mismas técnicas de flirteo con él.

“Wow, me han rechazado más veces estos últimos diez minutos que en toda mi vida. ¡Estoy jodido!” Aullé.

Rio Laertes, contestándome sagazmente. “¿Jodido? Creo que el problema es precisamente que no te van a joder esta noche”.

Ambos reímos descaradamente por la ironía de las palabras elegidas y bebimos copiosos tragos. Me olvidé del rechazo con la misma velocidad con la que la saliva se desparramaba por mi barbilla sedienta al otear la deliciosa cerveza sobre la mesa.

“De todos modos, un brindis por ti, Laertes, por la cerveza que has comprado y tu grata compañía”.

Laertes alzó su jarra hacia la mía. “Algo me dice que vamos a estar aquí por mucho puto tiempo -perdona mi Faerie”.

“Y perdonada queda, mi buen señor. Mi nivel de Faerie es también bastante alto, compruébalo por ti mismo: mierda, puta, pedo, joder, muerte”.

Festejamos en una algarabía de dos durante un buen rato, nada más siendo dos jovencitos que buscaban distraerse de sus problemas mundanos.

“Vale” babeé, fallando en mis fonemas debido a la fuerte cerveza que bebían los Teutonianos.

“Cáspita” dijo un Laertes de mente difuminada. “Yo borracho creo me hallo, señor”.

Tras varias jarras de la cerveza más fuerte que había probado, estábamos bastante pedo. “Agua, vamos a echarla en caras nuestras....” Apacigüé mi verborrea y eructé ruidosamente; por suerte para mí no había nadie alrededor para escuchar mi ventosa. “...Joder, vamos a sacar el mapa, ¿vale?”

Laertes había tenido el buen juicio para previamente adquirir un pequeño mapa de la provincia sureña del continente; el capitán había sido lo suficientemente gentil para vendérsela a un precio justo. Ah mi patoso Laertes, iba a gastarse su soldada en mí; yo, sinceramente, sentía un remordimiento que era patológicamente incapaz de expresar. Mas me juré a mí mismo que le compensaría por su servicio una vez tuviera el poder para hacerlo.

Tras una interrupción in promptu -a instancias de la vejiga de Laertes- nos centramos alrededor del mapa, el cual yo había estado estudiando durante la breve -y comprensible- ausencia de mi amigo.

“He estado mirando el mapa y parece que aún estamos a varios kilómetros al sur de la propia ciudad. Me lo temía.”

“¿Y ahora qué hacemos?” Preguntó Laertes.

“Bueno, siempre podemos esperar a que afloje la nieve, a fin de cuentas estamos en verano.”

“Creo que esta gente no conoce esa palabra, señor.... ¡Digo, Soren! Imagino que su lengua nativa ni siquiera la tiene en su léxico”.

“Tendrás razón, colega. Sea como fuere, ni aunque nos abrasaran el culo con los fuegos de Sustarios que vamos a ir a pata, se me helarían los huevos por el camino”.

Sorbimos nuestra cerveza con más calma, ponderando sobre qué haríamos una vez llegados a Teutoburgo. Miré a mi derredor con la esperanza de encandilar mi vista con el atractivo servicio; la similitud física entre los hermanos era digna de mención. Como ninguno me devolvía mis sonrisas afectuosas, continué examinando la amplia estancia cuadrangular en donde hombres y mujeres bebían y cantaban. Era tan diferente a Krates. Me placía. A pesar de los hados venideros que parecían estar tan lejos y prometían aciagas venturas, yo me sentía realmente agradecido por esta oportunidad.

La joven camarera pasó cerca. Se tomó la molestia en otorgarle a mi amigo una sonrisa sincera y reconfortante.

“Eh” le susurré a Laertes. “Creo que le gustas”.

Laertes se tornó un tomate en la faz.

“¡Oye, bombón!” Bramé así a la muchacha, para poder ser escuchado entre la marea de fervientes gargantas; “cielito, ¿podrías concedernos un poquitín de tu tiempo?”

Carente del deseo de corresponderme, aceptó venir. ¡Hostia! Que de veras tenía yo una habilidad innata para invertir cualquier sonrisa. Con los brazos cruzados me apoyé sobre nuestra mesita redonda, jugando a los tipos duros. La chica no infería estar impresionada. Para nada.

“Dulzura.....”

Finalmente Laertes optó por hacer lo correcto y me interrumpió. “Con el debido respeto, señor, eh... Soren..... Creo que será mejor que hable yo, sin ánimo de ofensa”.

“Sin ofensa recibida” lloriqueé, depresivo. Mis hombros y cabeza se hundieron con ánimas sombrías fermentando mi humor.

Le cedí el derecho de la palabra a Laertes. No era un chico sin atractivo, mi Laertes. Hasta sentí cierta pena por la tabernera; el modo en el que lo miraba, bueno, denotaba que sentía algo más que simpatía por él. Una pena que no era nada como su príncipe; él era leal y su corazón pertenecía a una mujer y a una sola.

Incluso habiéndose visto él obligado a denegarla -aunque respetuosamente y en acuerdo con las leyes de la cortesía- ella le decía que su hermano, el joven galán que había cautivado mi entrepierna y me había negado con la misma vehemencia que su hermana, partía rumbo a Teutoburgo una vez finalizada su jornada en la taberna. De hecho le quedaba escasamente una hora antes de acabar su turno; la tabernera tedesquiana dijo que él llevaría encantado a Laertes -a mí un poco menos.

Los estaba ignorando -ya que la chica estaba ante todo faltándome. En vez miré lascivamente a su hermano, quien estaba atendiendo a una larga mesa rectangular, ruidosa y abarrotada. El chico tenía un cuerpo firme y prieto. Me mordí el labio inferior, excitado por ese hombre.

“Soren, Soren. Señor” berreó Laertes incesantemente.

Regresé súbitamente de fantasías sexuales que me tenían a mí en el epicentro de un trío con ese hombre y su hermana -algo que jamás ocurriría. Maliciosos mis ojos posándose sobre mi mejor amigo, cuyo crimen había sido el devolverme a la realidad.

“¿Qué coño quieres?” Protesté.

“Lo siento, mi señor. Mi muy estimada Helga ha tenido la generosidad de ofrecernos pasaje a Teutoburgo dentro de una hora”.

“De puta madre” balbuceé.

“Qué bonito” dijo Helga con un tono derogatorio. “Veo que la nobleza de Krates es una institución agradecida”.

“Ah, por fin reconoces a un príncipe” ronroneé coquetamente. “¿Quieres agradecimientos, preciosa? Yo te puedo ser muy agradecido.

¿Qué te parece esto? Tú, yo, un cómodo lecho, unas cuantas jarras de tu mejor cerveza, sonoros gritos de placer, dioses siendo evocados y luego un poco más de lo mismo. ¿Te interesa?”

Helga agrió el semblante y gruñó malintencionada; de ahora en adelante me odiaría.

“Lo siento” dijo ella, sin sentirlo lo más mínimo, “no eres mi tipo”.

“¿Cómo puedes saberlo?” Le guiñé travieso ojo.

“Niñatos mimados no son lo mío”.

“Me rindo” dije, estremecido, pues asumía que en esta ocasión no iba a salirme con la mía.

A partir de entonces me trató con despectivo silencio, mas no a Laertes. “Te

traeré más cerveza mientras esperas. Invita la casa.”

Partió, no sin antes cederle a Laertes otra tierna sonrisita.

“Tío, hay que decir que está muy buena. Sólo te digo esto: a tu mujer no le diré nada si tú no lo haces”.

“Señor, se lo ruego, no....”

“Vale, vale” cedí jocosamente. “Pero hay que reconocer que tiene una sonrisa encantadora”.

“Lo secundo”.

“Esa boca; no me importaría verla allí abajo..... rondando mi cosita”.

Laertes se ruborizó de nuevo.

Aireé mis disculpas. “Lo siento, lo siento” dije a risotadas, en absoluto avergonzado de mi actitud.

## II

**H**erman -así se llamaba el chico- resultó ser un tipo bastante decente, mucho más abierto que su hermana. Debo decir, sin embargo, que mis avances lascivos lo incomodaron. Aunque fue bastante claro al decir que a él no le iba eso -a lo cual le aseguré que yo tampoco pero que de vez en cuando uno debía explorar otras opciones- de todos modos mantuvo ánimo sociable. Nos confesó que, a diferencia de su hermana -quien, según él, era la niña predilecta de papá- quería explorar todo el

globo. Nos reveló con júbilo que deseaba viajar sobre todo a Faeryaie y así ver sus gloriosas capitales y la majestuosidad de las artes arcanas de los Faerie. También ambicionaba poder vislumbrar a los Cíclopes y a los Dragones. Era bastante soñador, este Herman.

Por desgracia no pudimos seguir conversando; por el camino y a aproximadamente quinientos pasos del puerto, un contingente de cincuenta o más hombres venía acercándose desde una distancia cada vez menor. A nuestra fortuna, la niebla se había disipado y pudimos observarlos en su esplendor.

No eran hombres corrientes. Vestían cotas de una malla de menor calidad -y precio- que las forjadas en Krates, sus ropajes eran más cuero y piel que bronce, hierro o acero; exceptuando su armamento, que consistía mayormente de grandes-espadas. A semejante modo que los bravos marineros que nos habían traído hasta allí, las inclemencias no suponían reto alguno para ellos y de gratamente exponían al éter sus henchidos brazos; eran grandes y casi tan altos como yo.

Por encima de estos soldados tedescuianos, el hombre que me fascinó, incluso desde cierta distancia, era quien lideraba el contingente; iba montado sobre un brioso semental blanco, sus hirsutos cascos golpeaban grácilmente la densa nieve. Mi boca colgaba de una oquedad en fascinación envuelta. No tenía siquiera que inquirir, pero igualmente me erguí veloz sobre mi cómodo montón de paja y le pregunté a Herman sobre la identidad de ese hombre.

Conocía la respuesta antes de que me la diera el joven tedescuiano. La dio dos veces, tanto a mí como al hombre en sí, cuando se dirigió a él con un gran respeto.

“Mi señor, Arl Lovren” dijo él, confirmando lo claro.

“El Arl en persona” susurré entre dientes.

Arl Lovren era un titán, lo esperable en el líder de un pueblo tan orgulloso. El fuego del viejo reino teutoniano, aquél que el Rey Ingstad y su hermano pequeño habían salvado de una tenebrosa horda ha tanto tiempo, vivía aún en estos hombres. Especialmente así en su Arl.

Desde el mismo instante en que mis ojos se posaron sobre su figura, me sentí obligado a respetarlo. Su presencia, avasalladora, no exigía menos.

Permitidme recontar lo que entonces sabía sobre el Arl y su provincia.

En efecto, sabéis lo mismo que yo respecto al antiguo mito: la adhesión de las huestes tedesquianas al poder de Krates, forjada a partir de una promesa; una que luego se convirtió en un código de honor que todo Arl, desde el nacimiento de Arlstad como provincia, siempre había respetado y protegido -hasta con sus vidas si así fuera imperativo.

Arl Lovren no era una excepción. Aún más que mi rígido padre, el oficioso Proteo, el hombre servil al que llamaba hermano o incluso el honorable Maestro Gayo, cuya espada, Adraste, tenía yo equipada. Sobre todos estos hombres ejemplares se alzaba Arl Lovren como el más alto. No sólo porque era alpino y robusto, también porque todos los rumores que había oído sobre él durante mi niñez se quedaban cortos frente al hombre en persona.

El Maestro Gayo me había advertido de que la batalla real era mucho más exigente que cualquier cosa que yo había experimentado -y el Arl era un vivo ejemplo de que esto era así. Las medallas que portaba eran de carne y piel; algunas visibles, las otras insinuadas en ese cuerpo veterano pero aún vigoroso. Una cicatriz siniestra corría su faz de frente a mejilla, junto a su óculo izquierdo, una memoria rojiza de alguna escaramuza contra enemigos vencidos ha una generación. Su cabello rubio, el cual crecía lacio y asalvajado por su ancha espalda, se teñía con el mismo mate que el de su hogar ancestral y estaba trenzado en las puntas.



Parcialmente velado por su rico manto se hallaba la más imponente gran-hacha que jamás había visto. La legendaria gran-hacha de Arl Lovren, la cual había tenido que rapiñar del traidor de su hermano, el Malhechor. Aun desde lejos destacaba en plenitud. Lo que de facto iba allende lo creíble, incluso para un poderoso joven como yo, era el modo en el que soportaba su peso, el cual debería haber sido excruciante. Y aun así colgaba honradamente de la espalda de ese hombre sublime. Sus extremidades eran prueba suficiente de que blandía esa hacha con el mismo ánimo con el que lideraba a su pueblo.

Lo aseguro como paradigma, pues llegué a conocerlo muy bien, hasta me atrevería a decir que lo quise como a un padre, tal como había querido al Maestro Gayo y llegaría a adorar al Maestro Tamriel.

También puedo adelantaros esto, niños. Yo asesiné a ese hombre con mis propias manos.

Esta aseveración resultó serle demasiado a Orin. “¿Que hiciste qué?” Estalló iracundo el joven.

Duncan se levantó apresuradamente, posicionándose con sutileza entre su pupilo y el hombre marrado. Era muy consciente de que esta información era novedosa para el muchacho con hechuras de rey; no tanto para él.

Agatha estaba muy apenada por oír esto, mas lo único que supo hacer fue cubrirse la boca y así disimular la creciente sorpresa -la cual era de las dolorosas. No así Orin, quien punzaba miradas asesinas y carraspeaba violentamente en su pecho.

Soren no se enfrentaría a esa ira; no podía mirar al muchacho a los ojos tras confesar su crimen. Mas lo que no sabía Orin, lo que ni Duncan podía inferir....

¡Que ellos no habían estado allí! ¡Ellos no eran Soren! No había nadie más afligido por esas palabras que el hombre que las pronunciaba.

Orin quería abalanzársele, por inútil que habría sido hacerlo; pero el hacer sangrar a ese hombre maligno parecía lo más apropiado.

“Todo cuanto dices, Soren, es auténtica mierda”.

“¡Orin!” Bramó Duncan, disgustado por el lenguaje de su pupilo. “Contente”.

“¡No, Duncan!” Rugió, justicia y venganza entrelazándose en su ánimo, en alza el odio sobre su cabeza mientras señalaba con recto desprecio al reyezuelo amargado. “Este hombre es escoria. Nada más quisiera hacer que matarlo aquí mismo”.

Desenvainó a medias un pequeño cuchillo que había estado ocultando debajo de su cota jironada. Soren no dijo ni hizo nada para detenerlo.

Pero entonces una tierna manita, una semejante a la de Orin, detuvo sus intenciones macabras. La mano era de un níveo blanco, como el de su hermano gemelo. Soren estaba observando. ¿Qué era lo que sentía? No podía reprimir su discreto escalofrío. ¿Qué era lo que sentía removiéndose en los despojos de un corazón roto tiempo ha y renacido de nuevo por el simple gesto de una benévola jovencita? ¿Qué eran esos latidos en su pecho que le traían tanta ternura y candor como al mismo tiempo el más agrio dolor?

Mientras Agatha ponía su cuidadosa mano sobre el bramante pecho de su hermano, calmándolo entre susurros que le profería ella en esa lengua teutonia que Soren no comprendía -excepto algunas palabras sueltas- el pecho de éste sintió el picotazo de una hoja que él había llamado amor.

¿Regresaba? No. “Mil veces no” gritaba así en las profundidades de su mente oscurecida la maldita voz de la razón. Una cacofonía de memorias y una violenta represalia inundó los melifluos susurros que venían de algún lugar en su pecho. Soren quería hacerles caso, mas habían sido anegados por la desvaída imagen de ese mismo Arl siendo abatido cual cochinillo por Fenrir.

La respiración de Orin se taimó. Esta arremetida de odio lo agotaba, como solía pasar siempre. Soren podía testificar en persona sobre este pútrido sentimiento.

“Tranquilízate, Orin” su voz tan hermosa como sus facciones virginales.

Soren, a escondidas de todos menos Duncan, respiró el aroma de su cercanía y

cerró sus ojos cuando ella habló, pues su rostro era similar al de aquella otra. Una que conoceremos dentro de poco.

Sin más dicho por parte de los hermanos, Soren prosiguió.

Mi Arl, plañidos los míos -mi arrepentimiento profuso. *Dijo Soren, como si disculpándose a Orin en vez del Arl.* Siento de veras todo el daño que te he hecho a ti..... Y a tu hija.

Que así sea pues, continuemos. *Pero ya nada podía detener a una lágrima singular de trazar su cara. La limpió velozmente -tal como antaño se había limpiado sus emociones. Justo a tiempo para que ninguno de sus invitados se diera cuenta.... De que había llorado.*

Con la creciente proximidad me percaté de que sólo llevaba puesto una camisa de cuero sin mangas, sus fornidos brazos expuestos al gélido aire. Hallábame prendado. Apenas me acordaba de él; la última vez que estuvo en Krates, era para celebrar algún homenaje o algo así. Yo debía tener unos tres o cuatro años, lo único que recuerdo es que mi padre y él se habían sentado juntos y hablaban como iguales. Más allá de eso no sé mucho más.

Finalmente la pequeña carreta que transportaba a tres semiadultos de ojos como platos se cruzó con el contingente formidable. No profesó Herman esa especie de temor mojigato con el cual los desgraciados del populacho de Krates trataban a hombres del calibre de Proteo o ese imbécil de Mélino. Saludó a los guardias que rodeaban al Arl y éstos hicieron lo mismo. El código del pueblo tedesquiano era respetado por todos y todos eran iguales ante la ley. No tenían la necesidad de temer a sus líderes, pues el amor entre gobernados y gobernantes era mutuo.

Y cuando el Arl y yo entrecruzamos miradas, oscuridad conociendo una nueva luz, éste no tuvo problemas en reconocerme.

“¡Alto!” Ordenó el Arl levantando su brazo diestro. Su voz era barítona, tan autoritaria como noble y justa.

Tanto el escuadrón como Herman obedecieron instintivamente la orden de su querido Arl. Laertes, en su timidez, permaneció en el carro, envuelto en un montón de paja. Yo, por otro lado, no hice tal cosa. Salté a tierra y a punto estuve de ser engullido por la nieve. Logré mantener el equilibrio; este era el hombre que yo tenía que impresionar para así recuperar mi herencia perdida. El semental anacarado pisaba grácil la nieve, lo cual me sorprendió ya que yo apenas podía moverme, tan profunda como era. Quien haya visto caer densa nieve sabe lo que digo. Yo no podía dar pasos con coherencia pero el animal, mucho más acostumbrado al clima agreste, trotaba calmadamente a las órdenes claras y amorosas proferidas por su jinete. Por la manera en la que el equino se movía, tan elegante como era estable, quedaba patente que jinete y montura eran uno.

El frío hálito expulsado de mi boca, la columna de vapor blanquecino, emergía como una exhalación entrecortada. Sentía cómo mi corazón bombeaba sangre a ritmos frenéticos. Al acercárseme el semental, el hombre me parecía a cada vez más imponente. Podía oler el aroma varonil; el sudor, tibio bajo una dermis por lo demás impoluta. La piel de un líder de verdad, galardonado por escenarios violentos y atronadores que yo sólo podía imaginar; un privilegio, el del heroísmo y la reverencia, que jamás obtendría para mí mismo.

“Príncipe Soren” dijo Arl Lovren con ánimo festivo, una risotada un tanto brusca para mis cócleas.

¿Cómo pudo haberme reconocido? ¿Acaso aún se acordaba de mí a pesar de sólo haberme conocido una vez y siendo yo un infante?

“Arl Lovren” dije, saludándolo con cuanto decoro podía aunar. No mucho. Mantuve la cabeza en alto y me erguí con una disposición seria y respetuosa; celé bien mis nervios.

El Arl desmontó su precioso corcel con la misma agilidad y gracia que éste. Se me hacía raro ver los ojos de un hombre a la misma altura que los míos -sólo tenéis

que verme, infantes- pero él me igualaba en altura y me superaba en todo lo demás: musculatura, experiencia y ante todo astucia. No voy a mentiros, me hallaba en una tensión que viraba hasta alcanzar el mismo núcleo de mi ánimo, a pesar de mi adecuada serenidad.

Posó recia mano sobre mi hombro; pude sentir el peso de sus nudillos encallecidos cuando apretó fuertemente y un ligero dolor al amoratárseme un poco la piel, tal el brío del apretón del Arl.

Magna sensación aquella. Aún no habíamos compartido una sola palabra y su fuerza ya me estaba cautivando. Su pose guerrera era pura, tan distinguida y distinta a lo que yo estaba acostumbrado.

“¡El segundo hijo real! En cuanto te vi sabía que eras su hijo. Ah, cuánto añoro a mi preciada Dalilah, ella fue una inspiración para todos nosotros”.

“Vuestas palabras ciertamente lo son para mí, señor mío” dije con humilde lauro.

“Ja, ja” rio el Arl. “No le des muchas vueltas a tus formalidades, muchacho, aquí no las vas a necesitar. Esto es Arlstad y en Arlstad mostramos afecto y respeto de la única manera que nos es conocida.

¡Con una jarra de birra y una alegre melodía que la acompañe!”

“¡Ea!” Exclamaron sus soldados en confirmación de la veracidad de este hecho.

“Mi señor.... Digo, Arl Lovren” tartamudeé.

El Arl me negó las reverencias. “Me llamo Lovren, aquí no tenemos apellidos, salvo los patronímicos, de padre y madre en igual, quienes jamás debemos olvidar. Y eso, hijo, es lo único que necesitamos”.

“Lovren” murmuré, algo avergonzado -me sentía como Laertes. “No sé qué decir”.

“Pues no digas nada, chaval. Tú sólo vente conmigo”.

A cauteloso trecho, Laertes desmontaba, presto a cargar con el arcón, que estaba al fondo del carro simplón de Herman.

Arl Lovren izó una mano enorme hacia mi amigo. “Eso no será menester” le dijo a Laertes, quien se ruborizó profusamente al recibir una orden directa de nada menos que un Arl.

Como os podréis imaginar, Laertes -siendo un hombre ordinario en la guardia y para más inri mi amigo- nunca se había dirigido antes al Rey, por tanto no estaba acostumbrado a hablar con alguien del rango del Arl. A lo sumo recibiría alguna orden o bronca por parte de Proteo, pero lo normal era que fuera ignorado por los oficiales de mayor rango -y él tan contento por ello.

“Herman, chico, cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo vas estos días? ¿La vida te trata bien?” Me impactó mucho que el Arl siquiera conociera el nombre del muchacho.

Herman sonrió de oreja a oreja, se denotaba claramente su cercanía al Arl. “Ya sabes” dijo -hablando en Kratesiano, probablemente en respeto hacia los dignatarios extranjeros que lo acompañaban- “como siempre”.

Briosas carcajadas las del Arl. “Me alegra ver que todo te va bien. No lo querría de otra forma”.

Aun con su acento marcado, esta gente hablaba un Kratesiano perfecto, puesto que en parte también descendían del gran Arl Arlstad, quien hubiera sido Kratesiano -al menos a tenor de los estándares de nuestros mitógrafos.

El primer y más célebre Arl de su historia, del cual asumo que estáis familiarizados, mas en qué grado aún no puedo aseverar. En su momento os revelaré lo poco que me dijeron el Arl y la Arl Emérita Inga sobre su pueblo; mas por desgracia en ese preciso instante la acción llamó a nuestra puerta -de inmediato.

Miré hacia el contingente que estaba detrás; cercado en un redondel de caballos y guerreros de intachable poderío, pude discernir la figura de un hombre bruto que no parecía para nada un Tedesquiano. Cabello negro pero calvo en la coronilla, su faz era sucia y estaba considerablemente amoratada. La sangre reseca en derredor de su nariz, boca y cuello. Vestía harapos.

Uno de los guardias sujetaba una cuerda que aprisionaba el fibrado cuello del reo. Acercose el Arl a Herman, sus hombres no movieron ni un músculo. Se podía decir con seguridad que el Arl realmente no precisaba protección.

“Herman, ¿está Wulfric en la taberna?” Preguntó éste.

“Sí, Lovren. La última vez que lo vi, padre estaba haciendo inventario en la bodega”.

“Bien” dijo el Arl. “¿Me harías un favor?”

“Por supuesto, un placer”.

“Mil gracias, hijo. ¿Podrías llevar las pertenencias del buen príncipe a Teutoburgo? Diles a los guardias... Bueno, ya sabes”.

“Lo sé” rio Herman, dejando entrever que trataba al Arl con una familiaridad mayor de la esperada en principio.

Aún estaba maravillado por este trato, algo tan inusual en Krates -incluso por parte de los consejeros del Rey. Mas en Arlstad la nobleza, la ley feudal y la plebe... Todo eso sólo eran etiquetas, palabras llevadas por los aires y fácilmente revocadas. En Arlstad todos eran iguales. Prueba de ello es que muchas Arls habían gobernado con el recibo del mismo respeto y devoción que sus homólogos varones. Es más, la propia madre de Arl Lovren, Inga, había sido Arl durante más de treinta años, hasta que finalmente pasó la antorcha del poder a su digno hijo, el Arl al que yo aprendí a querer.

Y otra cosa os digo, la regenta, Arl Emérita Inga, estaba vivita y dando guerra -y esto no es simple metáfora- y las circunstancias me darían el honor de estar en su presencia y conocerla.

Entretanto que Herman marchaba entre los vientos brumosos y se disipaba en un denso velo que a esta gente no les traía oprobio -sino paz- el Arl se aproximó a mí y a Laertes. A mi amigo le dio la mano vigorosamente. Gimió éste cuando el Arl tomó su mano con tal fuerza -mas sin zafias intenciones- que pude escuchar cómo crujían sus tendones bajo el poderoso agarre del hombretón. Me tapé la boca, reprimiendo la risa,

aunque de seguro que, de haberme burlado de Laertes, Lovren se habría unido al coro. Era un hombre bastante gregario.

“Laertes” pio éste, presentándose en la manera que acostumbraba a hacerlo.

“Encantado de conocerte” respondió Lovren, dándole una palmada en la espalda al pobre Laertes, quien a punto estuvo de caer de bruces en la nieve. Los hombres del Arl bramaron jocundos mas sin ánimo de faltar al respeto. Laertes, como era lo esperado, tornose rojo por toda la faz.

“Bueno, ahora que estamos listos, ¿qué tal si nos ocupamos del asunto que nos atañe?”

Se refería concretamente al prisionero. Quería preguntarle qué era lo que estaba ocurriendo pero él me silenció, alegando que hablaríamos más en la taberna.

Yo aún iba un poco borracho, habíamos bebido mucha cerveza, pero la promesa de ternera y cerdo asado despertó mi hambre voraz. Seguí al Arl desde una distancia respetuosa, mas él no lo aceptó; caminó a mi vera, acariciando las crines de su semental.

“En cuanto resolvamos este entuerto, me tienes que contar tu historia, chaval”.

“¿Aparte del hecho de que soy un paria exiliado?” Dije, temeroso ante la idea de tener que contarle a tan ilustre señor la clase de hombre que de facto era yo.

El Arl me contestó con una risotada propia de él. “Eh, no seas tan duro. Y no te preocupes, que estás en buenas manos.”

Le creí. De facto que lo estaba.

Iba a ser una larga pero provechosa estancia en Arlstad.

Una mudez respetuosa y en extremo curiosa tomó lugar en la festiva taberna, mas tan pronto vino se dispó. A nadie parecía sorpresivo el ver a media docena de hombres entrando con un convicto atado con cuerdas apretadas. ¡Y con el Arl a la cabeza!



El cuerpo central de la diminuta cohorte se quedó fuera. A Helga se la veía mucho más simpática que antes. Era evidente por la manera en la que se dirigía al Arl que lo había conocido toda su vida. De hecho, como así me lo dijo el Arl, ella era una de las mejores amigas de su hija.

“Espero que tu hija no esté tan amargada como Helga” susurré en el oído de Lovren.

Éste titiló silenciosamente. “Helga es un poco brusca, sí, pero es una buena chica. Soy su padrino, ¿sabes?”

“No quería ofender” barboté nervioso.

“Ni lo has hecho, chaval. Eh, siempre que te preocupe algo, por muy duro que sea, siempre estaré dispuesto a escucharte y, aunque es probable que no siempre esté de acuerdo, respetaré cualquier cosa que me digas”.

Por un instante el tiempo cesó su rumbo. Mientras los hombres se llevaban al prisionero a la intimidad inferior de la curiosa posada -Laertes siguiéndolos de cerca- el Arl enrolló su brazo colosal alrededor de mi espalda, como si me conociera tan bien como a los dos gemelos que regentaban la posada con su padre. Habló con palabras que eran como el plumaje de un querubín; virtud solemne y justicia en ellas -y éstas sólo me pertenecían a mí.

“Lamento mucho no haber asistido al funeral de tu madre. Debes saber que tenía mis motivos, los cuales sabrás pronto, ya que eso forma parte de tu Agón. Mas no puedo excusarme por mi ausencia, la cual me duele todos los días de mi vida. Que sepas, Soren, que muchas lágrimas he derramado por tu mamá; entonces, ahora y siempre”.

Nadie excepto el Maestro Tamriel me había dado semejantes condolencias; ni Roderick, a quien se le había prohibido hablar demasiado sobre madre tras su defunción. Significaba mucho para mí. Una triste sonrisa formose sobre mis labios, sentaba bien saber que había gente que se preocupaba por mí. Me leía como un libro

abierto y a través de mis ojos, los de ella, veía cada pensamiento y emoción.

“Tu madre está orgullosa de ti, chico. Que no se te olvide nunca”.

Ojalá pudiera creer esas palabras, pero lo cierto es que mi madre no estaba orgullosa. A veces, en el silencio de aquí mi perpetuo exilio, me pregunto si alguna vez la he hecho sentirse orgullosa de verdad -a ella o a cualquier otra persona. Mas dudo que mi madre me conceda su bendición y honra. Nunca me lo he ganado.

El Arl me guio velozmente por unas escaleras polvorientas. Al fondo un hombre alto y orondo con hilos blancos que otrora habían sido rubios en derredor de una cabeza calva le dio efusiva bienvenida al Arl. Los dos hombres eran muy buenos amigos. Wulfric y el Arl se abrazaron enfáticamente.

“Me alegra volver a verte, Wulfric. Ha pasado demasiado tiempo”.

“Desde luego que sí, viejo amigo” carcajeó Wulfric, su felicidad desbordante al ver al Arl.

“Tengo una jarra que lleva tu nombre, mi buen Arl” bromeó el tabernero.

“Gustoso me lo beberé -si lo compartes conmigo”.

“No hace falta que lo digas dos veces” dijo Wulfric. Los dos hombres se dieron la mano con energía, mas al punto Arl Lovren tuvo que asumir sus responsabilidades como líder de su orgulloso pueblo.

“Si me disculpas” dijo Wulfric, “pero creo que Helga necesita ayuda allí arriba”.

Por supuesto que se trataba de una excusa. Antes de marchar, Wulfric nos dio la mano a Laertes y a mí. “Príncipe” dijo antes de subir por las escaleras con una velocidad que a priori sería imposible para alguien de su tamaño. Pero había estado haciéndolo toda su vida. Por alguna curiosa razón pensé en la señora Bienbuena y mi vieja nodriza Doña Puentelargo. Me pregunté qué estarían haciendo en ese momento. Mas el Arl inmediatamente me extrajo de mis pensamientos extraviados.

“Me temo que hay faena. Venid, chicos, que esto es importante”.

El prisionero estaba amordazado y atado de pies y manos a una silla, entre sacos de trigo, cebada y jarrones de fruta fermentada. Jamones ahumados y salchichas colgaban del techo, su oler me encandilaba. Mi estómago tronó y yo lo maldije, pues no era hora para tentempiés ni nada por el estilo. No permitiría que mi tripa me hiciera faltar a mi deber.

El Arl nos apartó a Laertes y a mí a una esquina, mientras dos de sus hombres ponían ojo avizor sobre el hombre revoltoso allí ligado. “Doy por hecho de que estáis al tanto de la situación, chicos” nos dijo Lovren en un tono bajo. Ambos asentimos.

“Tengo entendido que los Centauros están atormentando vuestras costas, mi señor” dijo Laertes.

“Insisto, no me llames “mi señor” o pamplinas de esas, no vayas a hacerme sonrojar” jocosó el Arl, sonsacándole una risita al por otra parte nervioso y serio rictus de Laertes. La tranquilidad con la que se expresaba en un momento tan serio era en sí muy reconfortante.

“Los Centauros son una peste sobre este mundo. Aunque odio decirlo, son unos locos hijos de perra. Arlstad históricamente ha tenido que sufrir sus incursiones, las cuales han sido pocas en las últimas generaciones. Pero de reciente, durante al menos diez años, se han vuelto más atrevidos. Normalmente no se extraviaban de pequeños poblados pesqueros pero últimamente sus números aumentan y su fuerza también. Hay algo oscuro ocurriendo en el horizonte, no sé el qué pero lo presiento.”

Palabras ominosas que debían ser advertidas y tomadas en minuciosa consideración. Nunca había visto a un Centauro, pero sí muchas representaciones de ellos, sobre todo con las historias del Maestro Héctor.

Antaño un poderoso imperio, como dicta la mitología; en los tiempos de los guerreros arcanos y las abominaciones de los Daemon, cuando los dos hermanos divinos, dioses de Luz y Oscuridad, libraban guerra entre sí, la cual se había expandido por todas las lindes de Rysia.

Se atribuía a los Centauros el ser hijos de Sustarios y Silene, la bella protectora de la noche, y en negra alianza con los antiguos Daemon. Mas eso era burda fantasía, producto de mentes embotadas que requerían de cuentos gloriosos de guerra para hallar una explicación a aquello que no entendían. Eran medio humanos y medio bestias. Sus cascos robustos, más metal que roca; su altura era superior a la de los hombres más altos en Antroporion. Empero, muy a diferencia de los Daemon, no tenían facultades mágicas. Yo sospechaba que eran la contraparte de los humanos en comparación con los Faerie. Quizá sea así, que la realidad del mundo esté unida a la oposición entre fuerzas antagónicas. Y no hay mayor rivalidad que la que hay entre el bien y el mal.

“Pero ahora” continuó el Arl, “amén de Centauros hay hombres de dioses saben qué culo del mundo atacando e invadiendo nuestras tierras. Vale, nuestros hombres están haciendo un buen trabajo, pero aun con el mérito de nuestros centinelas, los cuales he doblado personalmente, nuestros comerciantes no pueden viajar con libertad por sus propias tierras; los granjeros temen por su ganado y sus vidas”.

“¿De veras hay alguna relación entre estos hombres salvajes y los Centauros?” Pregunté.

“Siendo sincero, ni puta idea. Odio tener que admitir que no tengo ninguna pista. Los Centauros no han sido nunca avistados en compañía de estos hombres y de por sí sus incursiones se han hecho relativamente escasas. Pero sé que hay relación entre ellos. Lo siento en mis entrañas” dijo él mientras aporreaba su sólido estómago. Sólo podía imaginarme cuánto daño sufriría un hombre corriente si alguna vez recibiera un puñetazo de una de sus mastodónticas manos.

“Señor.... Esto, quería decir Arl Lovren” intervino Laertes. “¿Quiere decirnos que nunca se ha visto a los Centauros con estos tipos?”

“Así es” respondió el buen Arl, “pero tampoco es ninguna coincidencia. Yo no creo en esa mierda. Los Centauros son criaturas grandes e imponentes. ¿Por

casualidad habéis visto a alguno de cerca? -Ambos negamos agitando la cabeza-

Tanto me imaginaba. Desgraciadamente tengo la sensación de que eso va a cambiar bien pronto”.

Oí a Laertes tragar saliva. Yo me limité a sonreír. En honestidad admito que estaba ansioso por tener la oportunidad de enfrentarme a uno.

“Ver a un Centauro haciéndose paso entre las filas, despedazando a gente que has aprendido a querer y respetar, amigos con los que has pasado más de una noche en vela..... Eso, muchachos, es algo que ningún hombre debería ver.

Y sin embargo ocurre. Pero una cosa os voy a decir, su sangre es roja como la nuestra, gritan y se detienen cuando se les hiere y como nosotros ellos también pueden morir. Hace no mucho descubrimos una incursión teniendo lugar cerca de las Comunas, en un pueblecito pesquero llamado Kallagaith; debían haber sido a lo sumo diez, pero joder si eran duros de roer. Aplastaron a los pobres granjeros como si fueran moscas. Por suerte tanto Proteo como yo estábamos allí para minimizar el daño y evitar que la sangría se desbocara”.

Me mordí el labio con fiereza y dejé que un nimio reguero de ese mismo néctar rojo lo manchara. ¿Podía ver el Arl mi deseo de guerra y gloria? A lo mejor. Quizá hasta se haya visto reflejado en mí; como un joven y hambriento guerrero bajo la atenta mirada de su madre. Quizá.

“Pero” prosiguió Arl Lovren, “no podemos estar seguros de que esos hombres estén aliados con los Centauros. Pero hay algunas pautas que indican que es así”.

“¿Pautas?” Balé.

“Sí. Ha pasado más de un año desde la última vez que vimos a un Centauro, cuando los rastreadores de tu padre estuvieron aquí. En su lugar nos topamos con estos cabrones, claramente más bestias que hombres.

Les traiciona su forma de luchar y la manera en la que nos miran, en su disposición hay sed de sangre y una vil ambición. Hasta yo tuve mis problemas para

abatirlos. Nunca he visto a un humano luchar así.

Pero no son más fuertes que los Centauros. A lo mejor los están entrenando para decantar la balanza a su favor”.

Dijo esto mientras, quizá inconscientemente, acariciaba la afilada hoja de su formidable hacha. La oteé con admiración, dándome cuenta de que había sido usada muchas veces y que, a pesar de haber sido abrigantada y limpiada exhaustivamente, la sombra de los vertidos linfáticos aún marraban el acero.

“Ya, pero todo eso no significa nada, con el debido respeto” dijo Laertes.

“¿A qué te refieres?” Preguntó el Arl inquisitivamente, su ceja izquierda arqueada.

“Algunas cosas he leído sobre los Centauros, en esencia mitología común, y entre toda la religiosidad aprendí algunas cosas que eran de hecho bastante interesantes.

-Laertes gozaba de nuestra atención, en especial la mía. Yo sabía muy bien que debajo de los nervios y la inseguridad había un espíritu perspicaz y hábil-

Se dice que los Centauros fueron maestros navegantes y los navíos que construyeron, nada lejos de ser un prodigio; sus famosas trirremes no tenían par en este mundo. Ni siquiera los Faerie, quienes habían practicado el comercio marítimo durante milenios, podían competir con ellos. Para ser una raza tan primitiva, debió ser algo impresionante.”

Luego Laertes pausó para musitar en su ánimo. Una idea se le manifestó, estaba atando cabos. Ahora incluso los dos guardias estaban prestando seria atención a mi amigo. Eso, por desgracia, resultaría ser una imprudencia que les costaría la vida. No atendieron a escuchar los crujidos casi inaudibles de muñecas y tobillos dislocándose y comenzando subrepticamente a desligarse de las ataduras. Tampoco yo me percaté pues Laertes siguió hablando.

“Y de repente.... ¡Puf! Todo desapareció como por arte de magia. No hay textos

que aseveren o desmientan más, en referencia al imperio equino, ni cómo cayó; si es que siquiera existió en un principio.”

“¿Y qué piensas tú, Laertes?” Pregunté curioso.

“Que sí existió ese imperio naval. Quizá no como sale en los libros -escritos probablemente por la excesiva imaginación de algún maestro- pero debe haber algo de veracidad.”

“¿Y qué te hace pensar eso?” Preguntó el Arl.

“Bueno, teniendo en cuenta que durante generaciones han estado asediando nuestra nación desde el mar, siempre desde el mar. Sí, son un pueblo rapaz, al menos según he oído, pero nadie ha estimado oportuno relacionar este hecho con las crónicas. Por mucha mitología que sea, en cada leyenda debe haber algo de verdad -y si juntamos las piezas, tiene sentido.

En algún punto de la historia estas bestias fueron algo más. Debieron haber tenido una civilización; y algo, algún evento, bien externo, bien interno, los cambió e hizo que perdieran su poderío. Pero en los remanentes que aún luchan hay indicios de una gloria pasada. Gloria, por supuesto, desde su perspectiva, señor”.

Estaba sinceramente impresionado con la inteligencia de Laertes. “Wow” exhaló el Arl, bastante sorprendido por las certeras -y premonitorias- observaciones de Laertes. “Tu amigo es todo un figura, tienes suerte de contar con él. Y yo también”.

“Estoy de acuerdo” dije.

Laertes sólo balbuceó, “son demasiado amables, señores”.

“Pero eso todavía no explica la relación entre estos bandidos y los Centauros” dijo el Arl, agriando sin querer el momento de Laertes.

En esa cuestión ni Laertes ni yo teníamos explicación alguna.

“Para eso tenemos a nuestro amigo allí sentado” dijo Arl Lovren. Sin embargo ninguno miramos hacia atrás, una pena, pues de haberlo hecho habríamos prevenido algunas muertes innecesarias.

“¿Dónde lo encontraste, Lovren?” Le pregunté.

“Más bien nos encontró él a nosotros -bueno, él y doce más. Estábamos justo de camino para recibirlos cuando nos emboscaron. Aunque emboscar es una palabra excesiva. No tenían nada que hacer. Tratamos de advertirlos, les dijimos que dejaran sus armas, pero ellos no querían saber nada de treguas. Gritaban como halcones y sus ojos eran de un rojo sangriento. ¿Algún truco de mágika? ¿O quizá alguna clase de droga? Vete tú a saber”.

“Sinceramente dudo que los Faerie han tenido algo que ver con esto” remarcó Laertes.

Su lógica nos pareció irrefutable, era imposible. Los Faerie no podían estar detrás. Para dejar las cosas claras, no estaban involucrados en esto. Tampoco los gnomos eran responsables de esta trama, añadió.

“No lo sé, pero el hecho es que a duras penas logramos reducir al tipejo este sin usar nuestras espadas, estos mamones son realmente muy fuertes. Es todo tan extraño, claramente estaban imbuidos”.

“Sí” asentí. “¿Mas en qué estaban imbuidos? Quisiera yo saber”.

No hubo tiempo para formular hipótesis plausibles. En cuanto nos dimos la vuelta, uno de los leales hombres del Arl estaba exhalando sus últimos hálitos; su vida se desparrió por su cuello abierto, su yugular arrancada horrendamente. El corte tan profundo que me permitió ver su tráquea medio sesgada.

El otro soldado, por muy hábil que sin duda era, tampoco fue lo suficientemente presto. Su propia daga se hallaba en la mano del endemoniado, degollando al pobre hombre antes de que siquiera pudiera moverse. La sangre del uno se mezcló con la del otro. Un enorme charco comenzó a expandirse como una marea creciente sobre un suelo de madera por lo demás limpio, haciéndose hueco entre las ranuras y consagrando a la Madre Gaia con un sacrificio inesperado. Formose luego una mancha



que sería recordada mientras el local permaneciera en pie.

Los oscuros pozos que eran los ojos del hombre eran tan negros como la sombra del mismísimo Infierno. Su sonrisa malévola, demacrada por el néctar vital de los hombres a los que acababa de exterminar con tanta violencia. Estaba ya armándose con la espada de uno de los caídos, con el fin de cometer prejuicio mayor contra Arlstad.

“¡Hostia, joder!” Gemí en mi urgencia, mi mano temblorosa ya posada sobre el pomo de Adraste.

Pero el Arl era mucho más veloz. Ya tenía en mano su inmensa hacha de guerra. Libre era tanto más impresionante. Con una mano la mantenía firme, sus tendones en tensión y sus músculos, endurecidos por la lucha y en nada mellados por el paso de los años, esgrimían la potente arma con una pose que denotaba seguridad y experiencia.

“Dejádmelo a mí, chavales” ordenó el Arl con seguridad, su timbre inalterado.

Obedecemos y nos echamos atrás ocultando nuestro pánico con crudeza.

“Tira el arma y salvarás la vida” avisó el Arl, tal como le exigía su código moral.

El hombre agreste no se atuvo a este consejo piadoso. En vez de eso se precipitó contra Laertes y yo, quienes estábamos de por sí muy ocupados en tropezarnos con nuestros propios tobillos, de un modo casi teatral diría.

“Oscuridad” dijo con raspada voz, tan distorsionada ésta. Como el ulular tétrico de un nido de cuervos, agudo y desgarrador.

Escalofríos crepitaron por toda mi carcasa musculosa; centellas zigzagueantes de terror atravesaron mi joven cerebro. Pero también había excitación.

Apenas un murmullo quiescente, mas golpeaba y pulsaba. Allí, en la forma de un hombre tenebroso de mudos pasos, de una esquina lejana apenas mostrando su cabeza.

Y entonces, para mi vasta sorpresa, el ser rabioso que parecía humano mas en

verdad había dejado de serlo ha mucho, apuntó un dedo acusador a..... ¡A mí! Mi mandíbula casi bajó a la superficie, atónita, cuando pronunció palabras de aciaga premonición.

“La oscuridad del submundo ansía vivir de nuevo” cacareó. “Un alma oscura, capaz de verter la sangre de sus seres queridos, es requerida. Santificado sea tu nombre, oh tenebroso, pues la gloria de la alteza maligna está cerca”.

En vida esa bestia ya no diría más, no disfrutaría de más amaneceres -ni ocasos. Sin un solo milisegundo más para vomitar otro fonema, la pesada hacha del Arl descendió sobre su cabeza enmarañada y la partió por la mitad, en vertical hasta el cuello. Su esófago colgaba en una masa rojiza mientras su cerebro se caía por los lados de su cabeza reventada. El hombre murió de inmediato y acabó caído junto a sus víctimas.

“¿Por qué has hecho eso?” Grité.

“Pronto lo sabrás, me temo. Baste que os diga que estos bastardos son peligrosos, era mi única opción.”

Molesto, tuve que aceptar esta explicación. Más yo quería.... ¡No! Necesitaba saber más. Pero por ahora habría que esperar.

Según bajaban corriendo por las escaleras una media docena de guardias - seguidos por Wulfric y Helga- arriba la conmoción se hacía entre la clientela. Inspeccionamos el cadáver con cautela y sin demasiado celo, pardiez.

Sus ojos seguían abiertos del todo, sus pupilas desaparecidas, solamente una blanca y pura locura vueltas hacia nosotros, una demencia muerta que vagaba los límites del velo. Arl Lovren se puso de cuclillas junto al enorme charco de muerte entrelazada.

Tuve un pensamiento extraño, en ese momento. Algo me vino a la mente. Me preocupaba la forma en la que el Arl obviaba lo que yo discerní inmediatamente; en el combinado escarlata había pequeñas hebras de una sustancia negruzca.

Me sentí atraído a ella. Adopté la misma posición gacha del Arl y metí un dedo en la sopa.

“¡Soren, espera!” Advirtió Laertes.

Pero era demasiado tarde. Era espesa y viscosa al tacto.

El mejunje negro me hipnotizó al mirarlo allí sobre mi dedo índice. ¿Pudo haber sido la luz, jugándome una mala pasada? En lo más mínimo. Nadie salvo yo se dio cuenta, pero la sustancia estaba viva. Podía sentirla dentro de mí; susurrando, llamándome con promesas de un poder que no conocía igual.

“Acéptame, príncipe Soren. Di mi nombre y desde las sombras responderé a tus plegarias”.

*¿Quién eres? ¿Qué eres?* Imploré rabioso en mi cabeza.

“Yo soy Aquél que siente vuestro dolor, Rey Soren”.

Rey Soren.

Cuán prometedor epíteto, aun si su procedencia era una rara y terrorífica voz. ¿Qué clase de maldad me estaba poseyendo? Me zafé inmediatamente de esa insana tentación.

“¿Y cuál es tu opinión, Soren?” Era la voz del Arl.

Extraño, pues ni Laertes ni Lovren parecían sospechar de nada. Me pregunté si habían visto lo mismo que yo; ¿o me lo estaba imaginando? Me di cuenta de que ya no estaba de cuclillas, y los guardias estaban limpiando la escena del crimen por orden de su líder. Me miré la mano. ¿Qué había pasado con la sustancia negra?

El charco estaba siendo limpiado con la máxima eficiencia posible. “Espera” exigí, dando un paso adelante. “Debemos examinar esa sustancia negra detenidamente”.

Pero Laertes y el buen Arl sólo me miraron confusos. “¿De qué sustancia estás hablando?”

“¿Cómo? ¿No os habéis dado cuenta? La viscosidad negruzca manando de ese

hombre”.

“Soren” dijo Laertes. “¿A qué sustancia te refieres?”

“¿Pero qué cojones?”

Al final decidí que lo prudente era dejarlo.

¿Me estaba volviendo loco? ¿Me estaba engañando a mí mismo o quizá alguna entidad venenosa estaba tramando algo más?

### III

La noche se había arruinado. La posada, que había dado la sensación de estar siempre jubilosa, ahora quedaba atrás, teñida por un silencio que lloraba a los dos muertos. En Arlstad cada vida contaba, y para ser una ciudad mayor, Teutoburgo era una comunidad muy cercana y acogedora, tanto para con extranjeros como los suyos.

Vi desde la esquina del ojo a la pobre Helga llorando desconsoladamente. Mi corazón derramaba sangre por ella. Cualquier amargura que hubiera antes poseído su ánimo habíase evaporado. Mantuve la cabeza gacha en respeto a los plañideros. Wulfric hacía todo lo posible para sofocar, con afecto paterno, el dolor de su pequeña.

“Se llamaba Magnus” susurrome el Arl al oído. “El pobre chico al que le arrancaron el cuello, el primero en caer. Sólo tenía diecinueve. Helga y Herman lo conocían desde el parvulario. Jugaban juntos en la nieve, estudiaron los tres en la academia; y Magnus fue el primero en robarle a Helga su primer beso. Y ahora se ha ido”.

Era audible la aflicción en su voz, no hacía esfuerzos para disimularlo, no era momento para que un líder negara sus emociones.

“Y la esposa de Olaf, su bebé llegará en menos de un mes. Un niño que nacerá y crecerá sin padre.”

Su timbre y rictus eran tan sinceros que sentía que mi corazón se partía por ellos.

“Eran buenos hombres, bravos soldados y aún mejores amigos. Serán añorados”.

Esto lo dijo en alto. Todos levantaron sus copas.

“¡Por Magnus! ¡Por Olaf!” Clamaron sonoramente con su brindis de partida.

Mas las pruebas estaban solamente comenzando, y no me refiero a las pruebas del Agón.

*Soren se detuvo por un instante corto, buscando en su psique rota las memorias que no habíase atrevido a molestar en años. Los tres invitados podían sentir la disputa interna. Mas él relataba a gente importante para su causa, estaban demasiado ansiosos para que se detuviera tan de pronto. Soren renovó pues su triste épica.*

Para cuando estaban ardiendo las piras funerarias -a unos pocos kilómetros de la ciudad de Teutoburgo, sobre las planicies de un invierno silvano que se extendía varias hectáreas al norte de la capital- el ocaso se había puesto y las estrellas del eterno firmamento destellaban hacia abajo y reclamaban ya los valerosos espíritus que habían escapado de su nicho temporal. Ahora eran libres.

“Al pasar los días y nuestras noches cada vez más largas, debemos hallar el coraje y el amor de donde es debido.

Al partir las almas de nuestros amigos caídos, finalmente descansan con sus antepasados y nosotros les rezamos para que nos guíen.

No os negaré, mi pueblo querido, que vivimos tiempos oscuros, no sólo en Teutoburgo y Arlstad, sino en todo Antroporion. Pero sabed esto, amigos y familia - pues eso es lo que sois para mí: que no podamos oler su fragancia familiar, ni escuchar las voces que tantas veces nos hicieron sonreír, eso no significa que ya no estén aquí.

El afecto de esposos y amantes de tierna naturaleza, por quienes lloramos hoy.

Amor, esa es la clave. ¿Y qué es el amor?

Os voy a decir algo que mi padre me contó cuando yo era un niño, poco antes de que él mismo muriera. -Las lágrimas no demoraron más en cursar las faces de más de una

mujer y hombre-

Amor es aquello que nos mantiene en pie en ese mundo a veces sórdido y apagado. Amor es lo que nos permite afrontar cualquier adversidad. Amor es esa extraña fuerza que nos hace levantarnos tras una terrible caída.

Sí, gente de Arlstad, somos valientes, somos fuertes. Somos guerreros. Pero a diferencia de las bestias salvajes que han decidido hacernos sus enemigos, y hablo de los Centauros y sus probables aliados, no luchamos porque odiamos al enemigo que tenemos delante, no, luchamos por el amor a los prójimos que están detrás, aquéllos a quienes una y otra vez hemos jurado proteger y amar.

Es por eso que os pido que miréis con la cabeza bien alta a las columnas de fuego sacro y las llamas divinas que tenéis ante vosotros. Aquí yacen hombres que han muerto por todo aquello que siempre han amado y es por eso, por ellos, que debemos seguir luchando.

No puedo ignorar que una entidad tenebrosa, un espíritu maligno, está detrás de esta perfidia y crueldad. No podemos negar la existencia de lo oscuro; ¡y es por ello que debemos alegrarnos más que nunca! Como antaño dijeron los grandes filósofos: son los opuestos y su constante lucha lo que hacen real al mundo, la verdadera esencia de la vida. Sí, esto es cierto; existe la oscuridad más rancia en este mundo, mas si eso es así, ¿no es tan cierto que existe la luz más pura también?

¡Así es! Y debemos todos llamarla. Y esta noche esa luz brilla más que nunca. Esa luz es Magnus. Esa luz es Olaf.

¡Alyssa! Sí, tú, Alyssa. Por ti mi corazón llora con una roja desazón, pero recuerda que la luz de tu esposo brilla en ti, en más de una manera. Como yo haré -lo prometo- tú debes recordarle a tu hijo todos los días cuán bueno y valiente fue. Nunca olvides el amor que te ha dado y tú le otorgaste a él, pues ese es el deber de todo buen padre. Por tanto concluyo así, si hay mal debe haber bien. Y cuando el mal se nos presenta en nuestra hora más oscura, es entonces cuando debemos evocar los seres queridos que nos han dejado mas permanecen en nuestros corazones, para que podamos mirar al

mal a los ojos y encararlo con la dicha de haber conocido el amor.

Sabiendo que desde el velo de la perpetuidad están con nosotros y nos bendicen con su protección. Es por eso que lloramos hoy, pero también celebramos, conmemoramos y honramos.

No hay nada peor que una vida sin amor. Pero esa es la carga del enemigo, no nuestra.

¡Por Arlstad! ¡Por Antroporion! ¡Por Rysia!

¡Por la vida! ¡Por el amor!”

Aquel el panegírico del Arl, por fortuna en Kratesiano. Su voz regia y solemne, tanto como su discurso. Quizá la desdichada Alyssa, encinta esposa de Olaf, en su negro velo, pudo hallar algo de consuelo en él. Recé para que así fuera.

Más de quinientos ciudadanos estaban congregados en una gran multitud en derredor de las piras funerarias; las fumatas de ánimas volanderas, regresando al firmamento del que habían nacido, ahora prendían con el candor de los bravos hombres a los que canonizaban con su caricia final.

“Id en paz, admirables guerreros” tembló Laertes.

Ojalá hubiese podido llorar como sí hizo él, pero mis emociones se expresaban con mayor dificultad. Mas me enorgullezco en decir que sentí emotividad, hasta diría que bastante.

Tardó su tiempo, pero pronto las últimas ascuas comenzaron a apaciguarse y los restos mortales de dos hombres buenos se tornaron cenizas -una amarga memoria que yo esperaba que cicatrizasen con el tiempo. Luego la gente caminó de vuelta a la ciudad y a la calma de sus hogares.

Si los días eran fríos en Arlstad, tanto peores eran sus noches -si bien no hace falta que te lo diga, Duncan. Deseaba hablar con Alyssa, tranquilizarla de alguna



manera, mas ella partió con la ayuda de sus padres y dos hermanos. Además, ¿quién era yo para decirle nada a nadie? A fin de cuentas era un recién llegado. Laertes estaba triste, sus sentimientos expresados a través de su arrugada faz. Una caricatura de lo que eran los buenos corazones, pues sólo ánimos piadosos pueden sufrir por el pesar de desconocidos.

Quien estaba más perturbada, empero, era Helga. La joven tabernera era un agreste mar de lágrimas, desgañitada en los brazos de su hermano, cuyos sentimientos me parecían no muy lejanos de los de Helga; ambos habían perdido un fragmento muy importante de su niñez.

Los dos de Wulfric no estaban solos. No pude divisar la silueta velada, ataviada en un velo negro tan similar a las muchas vestimentas tejidas en melancolía, la cual cubría hasta su última facción; pero debajo de las muchas capas de ropaje había una figura hermosa -y me atrevo a desafiar a quien ose decir lo contrario.

Su gracia no podía ocultarse. Mis ojos expandidos en sus horizontes, absorbiendo cada movimiento de su galante cintura. Quienquiera que fuese, era preciosa en su simplicidad. Tenía sobre su seno la faz plañidera de Helga. Había una hendidura entre sus ropas funerarias que brillaba con el tono de perlas. Por un motivo que me elude, me parecía la combinación perfecta.

¿Quién era? Sentí algo fuerte en mi pecho y un revoloteo en el estómago. Se me secaba la boca aun cuando no tenía sed; mi respiración se hacía difícil y errático.

Le pregunté a Laertes. “Eh, tronco, ¿quién es esa chica?”

Se arrugó de hombros, admitiendo no tener ni idea. Mantuve la esperanza de perseverar en mi intento de descubrir la identidad de aquella criatura atractiva, mirándola fijadamente, allende la creciente oscuridad de la noche, admirando cada gesto y movimiento. Mas no podía discernir su fisionomía.

Antes de que pudiera continuar con mi análisis minucioso, la belleza misteriosa

se disipó entre la cortina de niebla y habíase desaparecido. Pestañeé en mi incredulidad. ¿Era real? Esa la cuestión -la mía.

*¡Claro que lo es!* Me imprequé en mi ánimo. “Mierda” susurré, odiándome por distraerme tanto.

Por contra, quien sí estaba allí era el Arl. El llanto solemne y el dolor por los fallecidos y sus familias patentes en su rictus.

“Vamos, muchachos” exhaló con menos energía de lo acostumbrado en él. “Es hora de descansar un poco, mañana será un nuevo día y con él vendrá una nueva batalla que debemos librar con toda la pasión de nuestros corazones”.

Asentimos, mas faltos de palabras, y seguimos al contingente empequeñecido del Arl hasta Teutoburgo.

La ciudadela de Teutoburgo era rudimentaria pero estaba bien fortificada. Era substancialmente menor que Krates y se dividía en cuatro sectores. Lo que más me asombró de su disposición era la equidad manifiesta. No presenciaria tal ecuanimidad hasta mis viajes por Faeryaie más adelante en ese año, bien entrado el otoño; si bien añadido que Faeryaie era la mejor democracia de todas las habidas.

Su foro era más madera y ladrillo que mármol y granito y tan minúsculo como coqueto. En lugar de una catedral consagrada a Astarios, la cual estaba en pleno centro de nuestro Foro, los Tedesquianos tenían un Panteón labrado en piedra; coronando el edificio había una cúpula de cristal y acero.

Si me permitís dispersarme un poco -pues esto es algo que vería durante mi larga estancia en Arlstad- en su interior el edificio era bellísimo. No había ornamenta más allá de una estatuilla por cada dios. En la parte superior de la nave circular había un único altar, engravado en un nicho, el cual acogía al Altísimo Astarios, fuera del alcance de manos mortales y también de las otras deidades cuya vista estaba fijada

devotamente hacia su padre. Se trataba de un simbolismo moral; el puesto en donde el sacerdote daba sus misas estaba justo enfrente de las once deidades, quienes a su vez miraban a Su Padre en lo alto. Una lección para los devotos: que siempre habían de mirar hacia arriba y dirigir su fe en pos de un poder superior.

El foro en sí estaba flanqueado por los distritos residenciales, los cuales se entrelazaban pero al mismo tiempo discriminados por el poder financiero. La sección izquierda de la ciudadela englobaba la academia y sus escuelas adyacentes. Aquí es donde plebeyos, comerciantes e incluso futuros Arls daban sus primeros pasos académicos, la razón por la cual Arl Lovren y sus predecesores habían sido tan cercanos a su propia gente. Obviamente los Arls recibían muchas lecciones en su palacio y sus múltiples obligaciones acababan por distanciarlos de la plebe; pero su unión permanecía inalterada igualmente.

En el pico superior, sobre una pequeña colina -de las que Arlstad tenía pocas- estaba el distrito nobiliario. Sin duda y a pesar de lo que me dirían los Teutonianos, su capital estaba construida en imitación de la mía.

El palacio era ante todo una fortaleza, bien cimentada y protegidos hasta sus soportes; tres torreones acogían a varios arqueros y centinelas siempre vigilantes, en busca de enemigos ocultos que acechaban su paz desde la niebla que envolvía estas frías tierras. Mas esta niebla no tocaba la ciudad.

Ciertamente era un lugar de lo más apacible. Si había disturbios en Teutoburgo, yo no vi ninguno, lo cual es una fina ironía a tenor de la aparente naturaleza de los Tedesquianos.

Sus viviendas eran menos sofisticadas que aquellas que poblaban Krates; bueno, mucho menos que los barrios ricos pero infinitesimalmente mejores que las de los rapaces Bajos, las cuales se estaban literalmente cayendo en pedazos. También la diversidad racial era mínima, pues era obvio -a razón de lo mencionado anteriormente- que tanto los Faerie -salvo los Faerie Oscuros- y los gnomos no soportaban el clima de

Arlstad.

El palacio era un monumento a la grandeza de los Arl. Pétreas paredes cargadas con gelidez estaban templadas por fogones y antorchas; además de un sistema calefactor hidráulico bajo tierra que convertía un lugar que de lo contrario habría sido un infierno helado en uno bastante acogedor. El amor de Arl Lovren por la caza se podía ver por todo el santuario. Cabezas de ciervo adecuaban con su majestuosidad casi todas las paredes y osos pardos disecados se alzaban sin vida sobre sus cuartos traseros, patas en alto y sus colmillos afilados y resplandecientes. Quienquiera que fuera el artista responsable de tales obras -quizá el Arl en persona- era un taxidermista experto. El mantener vivos los ojos de las bestias abatidas, he esa la magia para lograr la reanimación de una criatura poderosa, casi un truco propio de la alquimia daemónica. Como Rey yo también me acabaría convirtiendo en un taxidermista aficionado, mas mis creaciones eran bastante más abominables que estas magnas bestias.

Difiriendo con el castillo de Krates, no había un trono per se ni una sala correspondiente. La entrada principal conducía directamente a una estancia modesta pero debidamente amueblada, en cuyo centro había, sobre un asiento de cobre, un escudo de roble barnizado en un tono avellana.

El Arl no acostumbraba a sentarse sobre él, ya que prefería gobernar entre el populacho y no desde la petulante distancia, como hacía la nobleza allá en mi hogar.

Hogar, palabra efímera donde las haya. El verdadero hogar de uno reside donde exige su corazón -y el mío acabaría cada vez más próximo a Arlstad.

Laertes no era de la misma opinión. A pesar de los fuegos y suelos alfombrados, podía escuchar el traqueteo de sus dientes.

“Vale, muchachos” dijo el Arl a sus hombres. “Id a echar un trago, dioses saben que yo necesito algo caliente en la tripa”.

“¡Ea, ea!” Gritaron mas carentes de todo ímpetu en sus cuerdas.

Dirigiose el Arl a uno de sus soldados, quien estaba justo saliendo de la sala principal del Arl. “Gustaf, ¿dónde está Dannah?” Preguntó casi desinteresadamente, tal era el cansancio que lo atosigaba.

Gustaf habló a su Arl con una sonrisa disculpada por bajo de su enmarañado bigote. “Lo siento, Lovren; Dannah va a pasar la noche con Helga y Herman. No le parece bien dejarlos solos en una jornada tan trágica”.

Lovren no le dio mucha preocupación a esto. “No te disculpes, hombre, ya sabes cómo es mi hija, siempre hace lo que le dicta el corazón”.

“Como su padre, mi señor” sonrió abiertamente Gustaf antes de abandonar la sala y el palacio acto seguido.

*Los tres invitados en la tétrica caverna murmuraron con palabras en Tedesquiano. Lo único que pudo discernir Soren de este bable era un nombre que le traía dicha y dolor en el mismo grado. Dannah.*

“No sé vosotros, pero yo me estoy muriendo de hambre” gruñó el Arl. Nuestros estómagos sinceros respondieron de la misma forma.

“Luego no demoremos más en llenar el buche” canté con salvajez.

En menos de media hora, entre que el Arl, Laertes y yo charlábamos sobre menesteres triviales, damas agraciadas en una hermosura a priori insuperable dispusieron sobre la mesa dulces y tiernas viandas que soplaban su deseosa fragancia en nuestras fosas nasales. Mi hambre rapaz despertó y mi apetito, titilante en mi fuero. Pude constatar cómo le caía la babilla a Laertes de la boca.

Carne arrancada directa de las ascuas de los espetos, la deliciosa grasa corriendo por mi barbilla ensombrecida mientras mojaba un pedazo de pan y lo chupeteaba hambriento; patatas asadas y chirivías que acompañaban muy bien la sabrosa ternera y el dulcísimo cerdo que manaba jugosidad. La comida estaba

deliciosa y dulzón el vino. Je, quizá estas pruebas no iban a ser tan difíciles. La comida y las pociones etílicas abundaban. Los únicos comensales éramos el Arl y nosotros dos.

Laertes no paraba de quejarse del frío y el Arl reía enfáticamente, asegurándonos que aún no habíamos visto nada. Nos aseveró que un Kratesiano acabaría congelándose -y cito literalmente- *las pelotas* si alguna vez viniera a Arlstad en invierno. Ponderé sobre que mi estancia posiblemente sería bastante larga y como tal tenía que aceptar que iba a sufrir dicha estación.

Reclinábamos nuestros cuerpos sobre pequeños divanes plumíferos que semblaban tronos; picábamos gloriosos las rosáceas y jugosas viandas y las patatas asadas tomábamos directamente con las manos desnudas. El vino no estaba nada mal pero las verdaderas obras de arte eran las cervezas servidas en Arlstad; tanto rubias como las negras más amargas -sublimes.

“Oye, Soren” dijo el Arl con una boca llena que regaba con una copa de cerveza rebosante. “¿Cómo va todo en tu vida?”

Supuse que me estaba tomando el pelo. Sí, el Arl sonreía alegremente, pero eso se debía a la chuleta de cerdo que devoraba con gana saludable.

“Bueno, aparte de ser abandonado por mi familia y también por toda mi jodida nación.... De puta madre. No, en serio...” Reí, eructando sin querer. “Vaya” bramé disculpadamente.

El Arl y Laertes rieron vehementemente ante mi ligero sonrojo. “Ah, mi joven Soren” dijo Arl Lovren palmeándome la espalda con fuerza; el hombre era muy fuerte.

“Vas a encajar muy bien aquí”.

“No creo que esa sea la intención de mi padre” respondí con pesar.

“Seguramente espera verme destripado por el primer bandido que se cruce conmigo”.

El Arl frunció el ceño con severidad, un gesto hasta entonces desconocido en él. “No digas esas memeces sobre tu viejo, chavalín”. Una vez dijo esto, su disposición se

relajó y al punto volvió a ser el amigable bravucón de siempre.

“No quería acojonarte. Sólo que no conoces al Rey como yo, chico. Es un buen hombre -y lo más importante, se preocupa por ti, Soren”.

No deseaba enojar al Arl. Había sido muy hospitalario con nosotros hasta ahora y no quería deteriorar eso el primer día aquí. Pero no me podía creer que un hombre tan aparentemente bueno y justo -si bien a su tosca manera- podía ver con buenos ojos a una bestia violenta como mi padre. ¿Acaso estaban todos ciegos? ¿Cómo podía ser?

“Si tú lo dices, señor”.

El Arl rellenó su copa por la que debió ser la décima vez. “Sabes, tu papi también se pasó una temporada aquí en el sur con nosotros. Debió ser ha unos veintipico años o quizá treinta. ¿O a lo mejor fueron treinta y cinco? ¡Astarios me zurza si me acuerdo! Pero sip, por allí anda la cosa”.

Ahora era el Arl quien eructó, sonora ventosidad que hasta parecía grácil. Aplaudimos irónicamente, también bastante bebidos ambos.

“Ya, ya, chavales, soy un desgraciao y todo eso -el Arl y yo nos íbamos a llevar divinamente- ¡pero es verdad! ¡Estuvo aquí! ¡Que me parta un rayo aquí mismo si miento!

Entrenábamos y cazábamos juntos, hablábamos de chicas -si bien ambos ya estábamos prometidos para entonces- lo normal entre dos muchachos. Era una buena persona entonces y sé que lo sigue siendo ahora, a pesar de no haber visto a tu viejo desde... Pues desde hace una eternidad, me parece”.

Una eternidad no, pero borroso el momento incluso para mí -especialmente para mí. Recuerdo haber visto al Arl con mi padre cuando yo era un pequeñín, recuerdo mirarlo desde los brazos de mi madre. ¡En la cómoda seguridad de los brazos de mi madre!

“Era un buen tipo y un guerrero de sobrada pericia -y eso que a mí el rollo ese de la esgrima no me gusta mucho- y sigue siendo un buen amigo como lo será siempre”.

“¿Aún seguís en contacto?” Inquirí.

El Arl cesó verbo, por la manera en la que se tocaba el mentón diríase que estaba pensando detenidamente qué decir. ¿Acaso se creía que no me había percatado del cambio en su semblante?

“A veces. Con Tamriel también..... Ups.... ¡Oh, diantres!”

El Arl tomó otro trago de cerveza, hincó el diente en un trozo de pan negro y masticó lentamente mientras regaba el bocado con otro copioso reguero de cerveza. Eructó de nuevo y rio. “Dannah tiene razón, joder, sí que bebo demasiado”.

Pero nosotros no reíamos. Laertes parecía estar en un vívido arrebató de curiosidad, unas gotas de vino regaron alrededor de su boca abierta. Yo miraba al Arl respetuosamente, pero no permitía que sus ojos se apartasen de mi escrutinio. Aunque me devolvía el semblante con gracia, cuando su boca sonreía sus ojos entonaban un himno diferente. Mas no podía percibir odio en él -y siempre confiaba en mis instintos. Con el tiempo llegaría a comprender la razón detrás de estas extrañas sensaciones que me arreciaban. Y vosotros también, niños.

El Arl nos contó una historia -a regañadientes. “Allá cuando tu hermano aún no había pisado la guardería y tu un bebé al cuidado de nuestra dulce Dahlia, tu padre lideró una expedición hasta la tierra de los Faerie. Una expedición encabezada por tu padre, mas sólo una expedición de dos, que luego sería de tres.

Entonces ni tu padre ni yo habíamos estado nunca en Faeryaïe, y permitidme deciros que era otra cosa. Quizá hayáis visto a algún Faerie en vuestra ciudad, sobre todo los comerciantes que vienen desde el océano del norte y, cómo no, a Tamriel. Ah el buen sabio Tamriel. -Me sobrevino la imagen del hombre santo al que conocí de casualidad aquella mañana hace diez años, pero no le presté demasiada atención, pidiéndole en vez al Arl, con buenos modales, que prosiguiera con el tema a tratar-

Lo siento, Soren, sólo que ha pasado tanto tiempo....

Faeryaïe es un lugar interesante, no sólo porque es en sí una oda a la



naturaleza, sobre todo por su equidad. Su sociedad me inspiró, como Arl, a ser un líder mejor y más ecuánime.

También resulta que, a pesar de las pacíficas relaciones que tenemos con ellos, aún nos ven como bárbaros salvajes e incivilizados. En modales son pacifistas pero a nosotros nos trataron como a ciudadanos de segunda clase, no es que quisiéramos ser ciudadanos de Faeryaïe. Es una tierra preciosa, pero su estilo de vida, tan frugal y taimado, puede ser bastante aburrido, en mi opinión; oh, y no empezamos a hablar de su comida, agh, ¡con todas sus verduras!

Bueno, como iba diciendo, teníamos bastante prisa. Verás, tu papi necesitaba conseguir algo”. El Arl detuvo el discurrir de su lengua, probablemente temía haber hablado en demasía.

“¿Qué andabais buscando?” Urgí con premura.

“Na, chico, esa es una historia para otra ocasión”.

“Por favor, Lovren. Necesito saber.”

“¿Por qué?” Preguntome el Arl.

¿Por qué quería saber? ¿Cómo podía decir eso? ¿Vosotros lo sabéis, jovencitos?

“Porque apenas sé nada sobre mi padre. Roderick habla con él a diario mas yo soy ignorado y envilecido”.

“¡Chorradas! El hombre al que conocí y quería como a un hermano nunca haría eso. Pero te aseguro que esta es una historia que ni siquiera tu hermano mayor conoce -y con razón, además.”

“Luego te impelo a contármela” imploré, ansioso por saber. ¡Tenía que saber!

Pero el Arl no sufriría mi insistencia, apartando el tema a un lado y bebiendo más. “Deberías saber mejor que obligar a un viejo a recordar sus años mozos, le hace a uno querer echarse a llorar”.

Pero el Arl, aun con la edad algo marcada sobre él, seguía en su cénit y era

fuerte hasta en el calcio de su tuétano. En aquel entonces yo no era rival para él. Así que desistí, pues lo contrario habría sido un ejercicio en futilidad.

Tras remachar los platos fuertes, una cuadrilla de sirvientes gnomos entraron patosamente a la estancia. Dos enanos canturrientos bromeaban con el Arl en la lengua teutoniana según disponían la mesa con fruta y nata fresca. Laertes bañó con esa delicia blanca un cuenco de plata repleto de fresas. Yo seguía sorbiendo mi cerveza, con la barriga llena mas aún hambriento de información.

“Lovren, hay tanto que necesito saber”.

El Arl me miró amigablemente. “Entonces hoy es tu día de suerte. Mi madre me educó sobre todo en el arte de hacer la guerra, pero llegué a pasarme una parte importante de mi niñez en el norte; muy al norte, allá en la Ciudadela del Saber, Atthinia.”

La Ciudadela del Saber era la superficie académica más grande de todo Antroporiom, ergo un lugar en el que nunca había estado. En sus últimos años educativos, mi hermano había asistido a la universidad allí durante dos años. Era el centro académico más prestigioso de toda la nación. Dos años enteros sin mi hermano. En fin, para entonces yo ya me había acostumbrado a su ausencia.

Resumió el Arl su narrativa. “Me labré una bonita amistad de crío. El hombre en cuestión ya estaba estudiando para ser un maestro -y hoy es uno de los más reputados intelectuales del mundo, respetado hasta por los Faerie”.

“¿No será?” Preguntó Laertes, cuyo interés habíase disparado.

El Arl contestó al instante. “Correcto, joven Laertes. Estoy hablando del gran Maestro Juliano, Decano de la mayor universidad de la ciudadela -el Liceo.

Si me preguntarais, os diría que es un tipo cojonudo. Sabe de todo sobre todo. Así que, si queréis adquirir más saber, ya sabéis a quién preguntar”.

“Elemental” respondió Laertes en mi lugar. “Pero dudo que un viaje a Atthinia

sea una buena idea ahora mismo.”

Carcajadas las que soltó un jocosos Arl. “Ni falta que hace. El buen hombre Juliano está aquí mismo, en Teutoburgo. Llegó dos días antes que vosotros de hecho”.

“Me gustaría saber qué hace un hombre tan ilustre aquí” constaté.

“¡Eh!” Exclamó el Arl sin haber sentido ofensa alguna. “Que no todos aquí somos unos borrachos busca-bregas. La mayoría de hombres y mujeres que has conocido son bastante listos. Especialmente Dannah. -La hija del Arl, su ojito derecho-

Esa chica se parece a mí y no podría ser más distinta. Tiene la llama; recita, compone, canta como una inmortal. Quizá tenga mi cara bonita, pero ese cerebro es de su madre -su corazón también.”

El Arl reía pero era evidente que hablar de su esposa difunta no era fácil para él, como se hacía denotar cuando miró abajo hacia el vacío de su vaso, quizá rememorando las dulces ascuas del amor y la pasión de la juventud, la unión cómplice entre dos enamorados, sellando pacto amoroso con el “sí quiero”. O no; yo no podía leer la mente del Arl si bien sus gestos me decían suficiente.

Continuó el Arl con su discurso. “El Maestro Juliano estaba en Vianna estudiando algún artefacto o algo parecido y le pedí si podía venir a darle algunas clases a mi niña, no le vendrán nada mal”.

“¿Y aceptó?” Preguntó Laertes, incrédulo. Asumí que sabía mucho sobre este tal Juliano. Yo no era tan afortunado.

“Claro que sí. Él y yo somos compis de ha mucho. Veréis, cuando tenía apenas doce años le salvé la vida. Así que digamos que me debe una. No es que se lo tenga en cuenta ni ná de eso, lo habría salvado de todas formas.

¿Queréis conocer la historia?” Asentí, Laertes ídem.

“Tampoco es gran cosa, la verdad. Iba yo por mi camino, tras haberme fugado del internado en el que me hospedaba, mayormente vagando sin rumbo, con el solo fin de tomar el aire puro de la noche.

Supongo que ambos estábamos investigando lares poco halagüeños esa noche.

Toda ciudad, por muy pura que pueda parecer a primera vista, tiene un lado oscuro. Y que me folle un mamut por el culo si la Ciudadela no era igual. -El Arl estaba ahora del todo borracho-

Y así iba yo hasta que vi a un gafotas escuchimizado cruzando el puente del canal con unos tomos bajo el brazo, en dirección a distritos muy jodidos. Y de todos los malos sitios a los que pudo haber entrado, el muy loco va y entra a la peor taberna que os podáis imaginar: el ojo de Aerios. No le pude seguir adentro al ser demasiado joven.

-Supuse que el Arl y yo nos habríamos divertido en ese lugar. Realmente me estaba empezando a caer muy bien; tan diferente a mi padre, tan parecido a mí, espíritu rebelde de rango y estación similares. Y sin embargo había sido amigo de mi padre y lo seguía siendo, algo que yo no podía comprender-

Como diciendo iba.....” Su voz estaba ya emborronada; aun así el hombre se llenó la copa otra vez y de un trago se la acabó antes de proseguir.

“Pero el rarillo que me llamó la atención decidió entrar a la jodida taberna....”

“Me pregunto por qué haría algo así” dijo Laertes con brío, interrumpiendo al Arl. Le di un golpecito discreto y bajó la mirada avergonzado; el Arl, por otra parte, no parecía molesto, tan borracho como estaba.

“Nada importante. Sólo había quedado allí con un tipejo que le había dicho que tenía una antigua reliquia Faerie o alguna tontuna de esas, a saber.

Resulta que le habían tendido una trampa y, diez minutos después -entre que yo estaba escondiéndome entre dos desgastados cestos fruteros y comiéndome un par de manzanas pochadas- tres hombres de brutal aspecto lo sacaron a rastras del local. Los típicos matones del tres al cuarto, os podéis hacer una idea. - Efectivamente. Un recuerdo reciente, el del Maestro Gayo y yo acabando con cuatro de tal calaña en un callejón ha no mucho-

Para su suerte -y la de todo el mundo académico- yo estaba allí. Era grande para

mi edad y tenía conmigo mi espada cochambrosa que a duras penas cortaba la mantequilla. Bueno, quizá no pudiera cortar la mantequilla, pero me hizo orgulloso cuando le tallé un segundo ojete en la nalga a uno de esos cabrones. Antes de que los otros dos pudiesen reaccionar, yo ya estaba arrastrando al empollón atónito y nerviosete a un lugar seguro.

Abreviando que es gerundio, corrimos como almas poseídas durante casi una hora antes de encontrar el camino de regreso al Liceo.

Y al final el profesor novato llamado Juliano resultó ser un tío bastante interesante; un tanto excéntrico y rarillo, pero un buen tipo en mi opinión.”

El Arl paró para respirar y tomarse otro trago. Había ingerido más alcohol que Laertes y yo juntos -y mira que yo bebía muchísimo.

“Somos colegas, él y yo. Así que lo llamé para que educara a mi Dannah, como creo haberos dicho..... Y también para educarte a ti, Soren”.

“¿A mí?”

“Sí, a ti. Un pajarito, cuya identidad no voy a revelarte, me ha dicho que debes leer más -y no me imagino a nadie mejor para esa tarea que Juliano”.

“Ya lo intentó el Archimaestre Gothwin” señalé, “y no le fue bien”.

“Gothwin, nunca he tenido el placer de conocerlo en persona, pero he oído cosas magníficas sobre él. Pero dudo que Gothwin tenga el *tacto* de Juliano, por no decir que esta vez Dannah estará allí para echarle un ojo encima.”

“¿Tu hija?” Pude comprobar cómo se le humedecían ojos tímidos bajo la luz de las lámparas de óleo -percibí amor en ellos.

“Es mi hija en la superficie pero en verdad que es hija de Lavinia. Y un padre no podría estar más orgulloso de su hija. Algún día será una Arl cojonuda, pues también reside en ella el espíritu de su abuela”.

“Eso no te lo discuto” dijo un timbre tallado mas honorable que reverberó en cada esquina de la no menos honorable estancia que conocía tan bien.

De pronto giramos el cuello en dirección a la procedencia de aquella voz.

En la puerta se hallaba una mujer bien entrada en los setenta, si no ya en los ochenta. Se mantenía firme. Su cuerpo distaba mucho de la fragilidad propia de una persona de su edad. Su cabello tan blanco como los copos que caían silenciosamente en el exterior allende las ventanas selladas; sus ojos tan cerúleos como los del Arl y, a pesar de la piel suelta que sobresalía de un blanco vestido sin mangas y las venosas arrugas talladas sobre ella, tenía el vientre plano y un semblante que exigía nada menos que el mayor de los respetos. Ninguna clase de maquillaje o ungüento pervertían sus facciones y apenas portaba joyas, amén de un colgante de plata y un anillo en su mano diestra, en el cual había incrustado un minúsculo diamante. Ese anillo simbolizaba una promesa hecha ha mucho por un hombre que había plantado la simiente vital para la concepción del asombroso líder que me había acogido en su hogar.

Hijos de Arlstad como sois, aquella valerosa dama no era otra que la anterior Arl de su brava nación. La Arl Emérita Inga.

El Arl se alzó como bien pudo, pero el éxito de su empresa fue nimio. Hizo lo posible por detener su eructo; se tapó la boca con una fuerte mano a la par que se golpeaba el duro pecho. Laertes y yo gimoteamos por la risa.

“Arl Inga, madre querida” barbotó. Se mantuvo erguido, mas su equilibrio flojeaba bastante. El Arl respetaba a su madre con honesta devoción. Había sido Arl casi treinta años, los primeros veintitantos de la vida de Lovren.

Ella portaba su edad magistralmente. Caminaba con la grácil feminidad que tan bien había combinado con una pose orgullosa y noble en su cénit. Sus pies desnudos, apenas perceptibles en su velo blanquecino, tocaban livianos los suelos de madera, mármol y piedra del palacio del Arl.

Ha tiempo retirada de los asuntos de Estado, se dedicaba igualmente a ayudar a su hijo cuando su ayuda era necesaria y él a su vez nunca dudaba en buscarla cuando ésta precisaba, tanto moral como política. Pero la verdad, o al menos a mi entender, es que Lovren disfrutaba de su compañía, como había hecho allá cuando Ivar y él eran hermanos.

*Ese nombre despertó la curiosidad de Duncan; Orin y Agatha no se percataron, mas Soren sí. Pero el guerrero tenebroso no le prestó cura ni dijo más sobre un nombre, lectores míos, que pronto adquirirá otra dimensión en esta historia.*

Ella profirió sonrisa ceremoniosa, gozosa al ver cómo trataba su hijo de emular sobriedad. Se quedó quieto, al modo de un simple soldado de infantería, al acercarse madre a hijo. Una mano templada acarició la mejilla un tanto velluda del Arl.

“¿Qué tonterías les has estado contando a estos pobres niños? Espero que no sea otra historieta de pescar trucha en los riachuelos escarlatas o de cazar jabalíes en la guarida del Kraken”.

“¿La guarida de quién?” Pregunté, fuera de lugar.

“Ah” arrulló. “¿Dónde están mis modales?”

Se aproximó a nosotros, nos levantamos de inmediato, con quizá mayor soltura que el Arl -mas no mucha. Nos estrechó la mano, para una mujer de tan avanzada edad tenía un agarre firme. Laertes se postró tímidamente mientras cantaba alabanzas casi mudas a la pretérita Arl.

“Un honor, mi dama” dijo él reverentemente.

“Por favor” rio, “no te pases con las formalidades. Sólo soy una viuda añeja que rememora los días en los que yo misma jugaba aquí, con una muñeca de trapo en una mano y una espada de madera en la otra”.

Suspiró y miró a un vacío pertinente al de las memorias pasadas; quizá en su cabeza la misma gran sala en la que estábamos, las mismas mesas y lámparas, el mismo decorado - todo era idéntico, mas la gente a la que veía caminando por estas

estancias eran diferentes, fantasmas de tiempos pretéritos, meros recuerdos de guerreros legendarios que ahora sólo moraban en las salas de los muertos y los papiros de maestros. Fue efímero instante. Pasa a veces. Inga siempre me viene a la mente cuando yo mismo me adentro en mis memorias.

“De hecho, madre, estábamos hablando sobre el padre del príncipe Soren, mi viejo compi Ingstad.”

“Ah, valeroso y joven Ingstad” celebró la Arl Emérita, su mención a mi padre del todo cariñosa. “Ha pasado demasiado tiempo.... ¿Cómo está el Rey estos días, mi querido príncipe?”

“No sabría decirle, dama” dije, intentando ocultar mi desdén hacia padre, quien era tratado como un héroe entre esta gente. “Mi padre es un hombre ocupado, como usted misma bien sabe”.

“Sí, lo sé” respondió Inga.

“La gente dice que los líderes viven en el lujo y la comodidad, que llevan vidas fáciles. Pero eso es sólo la voz de los ignorantes, las voces más sonantes de todas.

¿Mas no es la necesidad uno de los mayores defectos de la humanidad? Es difícil degustar un buen tinto Faerie o un jugoso filete con patatas asadas cuando la espada siempre presente pende constantemente sobre tu cabeza, día y noche. Y dudo que haya alguien más ocupado que el Rey de Antroporion. Te aseguro que tu padre es un hombre fabuloso, quien sacrificaría todo por su pueblo”. Pausó. “Y su familia” añadió segundos después.

Abstuve mi lengua de pensamientos venenosos que ésta deseaba expresar versus el Rey. En lugar de eso traté de desviar la conversación sin salirme del tema de la visita de mi padre a estas mismas tierras.

“Estimada Inga, a seros veraz os he de decir que el buen Arl nos ha hablado sobre la estancia de mi padre en Arlstad. Sin embargo se ha mostrado más reacio en contarnos sobre su peregrinaje con mi padre a Faeryaie, en donde ambos conocieron



al ilustre Tamriel y se labraron allí su amistad.” No lo estaba mirando, mas sentía sobre mí la quemazón que era la mirada del Arl.

“No” dijo Inga. “Eso que has dicho no es del todo cierto. Verdad que mi hijo conoció a Tamriel por primera vez en ese trayecto; mas no así tu padre, quien ya había conocido a Tamriel previamente. En Krates. Es más, si mal no me equivoco, tomó parte en tu alumbramiento. Fue suyo el primer rostro que viste en este mundo”.

Inga, aun en su vejez, seguía poseyendo una belleza admirable. Su pose, la manera en la que sus brazos se entrecruzaban inconscientemente, acariciados éstos por dedos que no conocían la deformidad artrítica, era la de una auténtica dama, de los pies a la cabeza.

Admiraba a la Arl Inga, aun si nunca llegué a conocerla tan bien como quisiera. Vivía una vida reclusa y frugal, tal era el modo de los Arl que legan su cetro a las generaciones venideras. Mas ella parecía agradable de todos modos.

“¿Es esto verdad?” Le pregunté a Arl Lovren, mi agitación notoria por lo que habíase revelado a mí.

“No lo sé” dijo.

Respuesta insuficiente que no ayudaba en nada. Mas lo dejé pasar. El Arl estaba recuperando algo de sobriedad, mas profesaba severa reticencia en compartir cualquier información sobre ese viaje particular. Así que decidí preguntarle a su madre.

“Gran Arl Inga -dije para ser interrumpido por ella; “por favor, llámame Inga”- Lamentos, mi señora... Digo, Inga, eh, bueno, lo que quiero saber, sobre todo por la curiosidad que me pica, es qué asuntos llevaron a mi padre al mundo de los Faerie”.

Ella obvió el tema del todo. “¿Cómo contestarte a eso?” Dijo tajantemente. “No estuve allí. Sólo tres personas pueden ayudarte con eso”.

La noche aumentaba presta, mas aún quedaba mucha por delante. Arl Lovren gentilmente le ofreció su asiento a su madre, quien agradeció a su hijo tal gesto,

ocupando pues su lugar. Él se sentó a mi vera, muy cerca de mí. El diván, cómodo y almidonado, gimió por el peso combinado de ambos. Enrolló su brazo alrededor de mi espalda y me revolvió el pelo como si fuera un niño. Ahora yo era quien se sonrojaba. Supongo que eso es lo que era a ojos de dos líderes de esa magnitud.

Pero pronto acabarían por respetarme como un semejante. Y muchos años después -y esto os lo adelanto con la esperanza de que me odiéis menos luego- me mirarían con el odio de un enemigo. *Soren apagó el llanto en su garganta con una confianza simulada.*

Tras presentarse Laertes a Inga, la Arl pretérita nos habló sobre la situación actual. “He escrito misivas a Segismundo, la situación en Las Comunas parece bastante tranquila.”

“Eso es extraño” dijo Lovren, un poco más calmo de su embriaguez, “y para nada bueno. Las Comunas, no, es imposible.

Si esos piratas han estado atacando desde el mar, aun si vinieran los Centauros, Segismundo los habría avistado y de inmediato habría enviado legados”.

“Tales eran mis pensamientos y tales los de Segismundo”.

Dos cosas me quedaron claras. Una, a pesar de su reclusión, la anterior Arl aún seguía al tanto de los acontecimientos de su hogar. Dos, yo no tenía ni remota idea de lo que estaban hablando. ¿Quién era Segismundo? ¿Qué eran Las Comunas? Tomé lugar en la conversación, con gentileza, y le pregunté al Arl por el significado de todo esto.

Arl Lovren profirió sinceras disculpas. “Lo siento, Soren, no me he portado bien. Como nunca has estado aquí y tú mismo no eres un adepto de la lectura, deduzco que sabes poco sobre nuestra tierra y sus costumbres”.

“Sí, querido hijo, pero ya aprenderá todo eso por su cuenta, empíricamente” dijo Inga, interrumpiendo abruptamente a su hijo en el diálogo, quien lo aceptó sin disputa.

“¿Acaso no tengo razón?” Me preguntó ella. Yo asentí. “Bien. Así que ¿por qué

no dejas la historia para tus mayores?” Lovren, tanto un niño para la Arl Emérita como nosotros, también asintió. No había replica que valiera, esa mujer había tomado una decisión y así iba a ser. Era mejor no jugar con Inga.

“Todo gira alrededor del sistema feudal dentro del sistema feudal” dijo.

“¿Disculpe?” Dijo Laertes en su confusión. “No entiendo muy bien”.

“Pareces más instruido que Soren, Laertes. Seguro que captas la idea” dijo la Arl Emérita.

Pero Laertes no la captaba, así que Inga se tomó la libertad de explicar.

“Como Arlstad era el hermano menor del célebre Rey Ingstad, el Primero de Su Nombre, y tal era el amor habido entre ellos, a Arlstad se le dio un mayor grado de autonomía dentro de la nación de Antroporion. Así es como se había decretado y así es como lo debemos cumplir.

Así pues, como dice la leyenda, tras morir Arlstad, su hijo Wilhelm obtuvo el título de Arl. Pero ¿y la hija de Arlstad, Olga? ¿Acaso el tener otros genitales la privaron de recibir el mismo respeto paterno? ¡Pues claro que no! Yo fui Arl, y lucho tan bien como cualquier hombre, más que la mayoría de hecho.

Olga se convirtió en la primera suma caudillo. Y de su vientre nacieron otros caudillos menores. Eso explica que en torno a nuestras ciudades hay tantas aldeas y poblados.

El segundo vástago de cada Arl recibe el título de sumo caudillo, el segundo al mando en Teutoburgo cuando el Arl está fuera, ergo actuando como oficiante legal del Arl durante su ausencia. Tienen la función de consejeros, alguaciles y legisladores, entre otros honores.

El tercer hijo y los subsecuentes, junto a los descendientes del segundo, tienen el derecho, si lo desearan, de fundar una casa propia y, si florece, ésta se convierte en Historia.

Tomemos como ejemplo a Vianna, la bisnieta de Arl Ingrid I, descendiente

directa del Arl Rasmus II y segunda hija; mas bajo su mando Vianna, en menos de un cuarto de siglo, se convirtió en un núcleo de tal intelecto y habilidad académica que, en mi opinión, es capaz de rivalizar con vuestra Atthinia.”

“¿Tienes tú hermanos o hermanas?” Le pregunté al Arl.

Viró en demasía en torno a esta pregunta en cuestión, mas en el momento no percibí duda en su ánimo. “No” dijo a secas. Arl Inga no le prestó cura a la tosca y escurridiza respuesta de su hijo y prosiguió.

“Esa es la verdad de nuestro sistema político, pero hay excepciones. Bueno, lo cierto es que sólo ha habido una, ocurrida en mis tiempos de Arl -mira tú por dónde.

Segismundo, el Rey Gamba.”

Estaba bebiendo de una copa de cerveza a medio acabar cuando la escupí toda sobre los tres que estábamos arrejuntados sobre el mismo asiento. Pronto me dispuse a las disculpas para con el Arl, quien sólo eructó de la risa.

“Sí” rio Inga. “El Rey Gamba. Segismundo no es el hombre más alto. De hecho es bastante bajito, apenas mide metro y medio”.

“Wow” suspiró Laertes, “es un enano básicamente.”

“Pues dejad que os diga” dijo Inga entre risitas tontas, “que tenía, digamos, algunos atributos muy grandes”.

Laertes se ruborizó, Lovren gruñó sonoramente; yo me eché a reír. “¡Pervertidos! ¡Sacad la cabeza de las cloacas!” Exclamó Inga con buen humor. “Me refería a su nariz, que era muy aguileña”.

“Ah, bueno, vale, si ese es el caso....” Farfulló Lovren puerilmente.

“Claro que también tenía un pollón”.

“¡Madre!” Bramó el Arl, para nuestro gozo. Hasta Laertes se permitió la libertad de desternillarse. El Arl me guiñó mientras regañaba a su madre. Inga le hizo caso omiso, como solía hacer a menudo.

“También tiene un gran corazón. Pero no había sido siempre así. La primera vez

que nos conocimos yo llevaba pocos años como Arl.

Al sureste, a pocas millas de nuestras costas hay un pequeño archipiélago, Las Comunas se llamaba; como también se llama hoy, aunque ese sitio sí ha cambiado desde que estaba en mi veintena. Islas yermas habitadas únicamente por lagartos y aves.

Eso es hasta que llegó Segismundo.

Durante mis primeros años como Arl, tras morir mi padre, Regnar, de una Viruela que nos había asolado cuando yo misma era una niña, y aprovechándose de nuestra posición debilitada, un pequeño pero bravo grupúsculo de piratas se apoderaron de las islas e inmediatamente se pusieron a hacer lo que mejor sabían: robar y raptar niños.

Secuestraron a tantas personas que en menos de un año nuestras arcas habían sido agotadas por ese bastardo Segismundo. La pobreza se acrecentó entre las clases más humildes y nuestros granjeros tenían que soportar el ver sus sembrados rapiñados, su ganado tomado y sus hijos e hijas arrastrados de sus camitas; gritando aterrados cuando los hombres de Segismundo, ante los ojos de madres enloquecidas, los llevaban por la fuerza a sus navíos y luego en dirección a Las Comunas.

Pero siendo justa, Segismundo y sus hombres eran ladrones y chusma, pero no eran ni violadores ni asesinos, características muy comunes en quienes se dedican a la piratería. Esas inusuales cualidades eran las que acabarían por salvarles la vida.

De todos modos había que acabar con su campaña.

Abreviando una muy larga historia, encabecé una expedición de más de mil hombres para derrotar a Segismundo.

El maldito pirata había resultado ser bastante duro de pelar, ah, viejo cabrito. Recuerdo bien la noche anterior a la batalla definitiva, la cual aconteció en la isla principal de Las Comunas, Thera. Entré al bastión neurálgico con la sola protección de mi intrépido Capitán de la Guardia -leal hombre donde los hubiera, uno que siempre me había amado.”

Inga trabó su historia, la memoria de un buen hombre nubló más que sus facciones, también las del hijo de ese hombre. “Björn, amor de mi vida” suspiró, tenue sonrisa impregnada por el recuerdo del padre de Arl Lovren, muerto ha tiempo. “Siempre había estado enamorado de mí, mas yo entonces sólo tenía ojos para Segismundo.”

“Discúlpeme” pío Laertes. “No es mi deseo malinterpretarla, mi Arl, ¿pero cómo pudo usted amar a alguien como Segismundo?”

“Bueno, amor es un poco mucho, joven Laertes. Pero debo insistir en que obvies lo que hayas podido leer u oír sobre él y que recuerdes que el Rey Ludovico no nos prestó ninguna ayuda en aquel entonces. Sin ánimo de ofender, Soren, pero los Kratesianos no tenéis derecho a juzgarlo. Nunca estuvisteis allí para ver lo guapo que era en su lozanía”.

Inga se mordió el labio con lascivia, en silencio acariciándose la suave dermis de sus antebrazos.

“Era una hermosura que pocas chicas hoy sabrían apreciar.

No, hoy día las chicas se obsesionan con afeminados débiles y enclenques que se hacen pasar por hombres -apenas unos bebés os digo. Ahora bien, Segismundo no era así. Segismundo era un hombre. No uno alto, pero sí de cuerpo fuerte -tal como su espíritu.

No me malinterpretéis, cuando nos conocimos, lo hicimos como enemigos. Pero tras años de rapiñas y pillaje en nuestras tierras; tras estudiar al detalle la naturaleza de sus ataques, decidí adoptar un método más sutil. Vía un mensajero le sugerí un diálogo al Rey Gamba. Para mi sorpresa -accedió.

Ergo partimos, dejando al ejército en la bahía de nuestras frías tierras, y navegamos solos en una balsa, Björn y yo. Al desembarcar sobre las costas de Thera, le habían ordenado permanecer en el pequeño puerto en el que habíamos atracado. Me aseguraron que no se le haría daño. Björn había protestado mucho pero yo lo

calmé con la suave promesa de mi retorno.

Por algún extraño motivo, confiaba en Segismundo. Mi hijo bien sabe que un buen líder debe confiar en sus instintos. Y los míos me decían que Segismundo, para ser un pirata, era uno con moral.

Traviesa moral, eso sí” titiló Inga, como si volviera a ser una adolescente.

“Tras dejar allí con sus pataletas a mi futuro marido -aun y a pesar de sus palabras, seguía batiendo pestañas húmedas al evocar a su amado Björn- me adentré, con la cabeza alta, a la guarida de piratas que estaba en lo alto de la torre de Thera: un promontorio enorme, más alto que cualquier escarpado o colina que hay en tierra firme. El astuto pirata había construido un fabuloso sistema de cuerdas y correas que conectaban un ascensor desde el bosquecillo a pie del promontorio hasta su cima, la cual se extiende en un perímetro superior a los doscientos cincuenta pasos. Acunada por aullantes vientos marinos y líquenes, una pequeña fortaleza improvisada, cuyos cimientos eran los bribones que seguían la llamada del monarca crustáceo.

Y me había estado esperando, en su castillo de cuero y guano; ¡oh y cómo me esperaba! El fugitivo, ladrón de mi flor”. La Arl Emérita Inga no pudo sino reír de nuevo. “¿A quién pretendo engañar? Yo era de todo menos una dama inmaculada. No, hijo mío, tu padre no había sido el primero... Pero sí el último”.

Otra corriente de dolor que era común en madre e hijo. Sí, Inga era pilla, pero sólo porque había amado la vida -y aún lo hacía. Pero a Björn lo había amado aún más.

“Sólo pasé una noche con el pequeño hombre encantador, mas qué noche. Se lo había trabajado bien.

Tantas pieles de zorro arriaban los troncos que componían las paredes interiores que parecían el baile de un terciopelo rojizo, solemne cielo de otoño o las llamas de Enero ardientes en el frío manto estrellado, vagando hacia el regazo de madre Silene y sus hijas diamantinas.

Las sombras de las llamas apasionadas que se fundían en el estómago de ese

hombre enano bailaban vivaces, emitiendo una suave fragancia a lavanda bajo la carpa de piel. Ese mismo hombre sentado en la mesa con su sonrisa puesta. Sobre la mesa una pluma, tinta, un papiro y una húmeda rosa roja de espigas desnuda sobre la complicidad del silente papel.

La vida en sí misma se asemejaba a un pétalo de rosa y un hálito del verde romero. Otro ornamento que decoraba la mesa se me hizo aparente: dos vasos y una botella de tinto. El mejor tinto Faerie que jamás he probado, y nada menos podía esperar de un viajero y aventurero del nivel de mi buen amigo Segismundo. Debí saber incluso entonces, con nuestro primer cruce, que ya éramos buenos amigos y rivales que ante todo se respetaban.

No alcanzamos acuerdo alguno y no se hubo vertido ningún acuerdo en tinta sobre el papiro. Sólo el ruido de la alegría y la cháchara amistosa al hallar dos enemigos consuelo en su mutua compañía. En sus sonantes corazones tratábase de un canto mutuo de amistad. ¡Oh cómo se sentía! El canto era algo así:

Sonrisas por historias comunes de pesar e infancias semejantes pasaron a ser labios desnudos que ya habían olvidado cualquier disputa pasada. Todo cuanto tenían allí y entonces era el uno al otro.

Pudo haber sido amor, Laertes -sólo que de otra clase. Mas como el rojo brebaje de las uvas fermentadas, no menos era nuestra pasión. Nuestros sexos se agitaron y obedecieron su llamada; nuestras lenguas se fundieron entre sí como el acero eterno penetrando la misma vida de Caos por la hendidura de su infamia; nuestras almas en llamas con esa clase de fuerza que sólo puede provenir de la valiente Ida, madre del Amor y el Sexo.

Arañé su torso, él podía saborear la dulce ternura de mis labios juveniles cuando me entraba repetidamente con su sublime hombría.....”

“¡Madre!” Abroncó un hijo a su ahora emocionada progenitora. Inga tosía, atascándosele su gozo en la garganta. Mas no hablaba en hipérbole. Yo tenía la



certeza de que su recontar no había sido modificado para avergonzar a su hijo.

“Lo siento, lo siento.... Mi cielo, Lovren...” Con cuidado se puso una mano sanadora sobre pecho palpitante, esperando a que su tos amainara.

“Como iba diciendo, nos acostamos como hombre y mujer en su pleno derecho, y a más de un arrebatado de pasión sucumbimos esa noche. -Arl Lovren agregó un tosido de protesta-

Sí, sí. A falta de una mera hora antes de Igno, regresé junto a mi Björn descontento.

Callé, mas el olor a vino, colonia barata y el pungente aroma a sexo hablaban a voces más claras que las palabras. Mas recuerda, amor mío, allá donde estés, que tú fuiste el amor de mi vida y el padre de mis hijos - *¿Hijos?* Pensé, asumiendo que debía tratarse de una errata-

Tú me enseñaste la verdadera felicidad y te imploro, Björn el bravo, Björn el bello, mi Björn, que mires bien nuestros actos desde las alturas de las moradas celestiales que tanto mereces, y que me dotes tu bendición a mí -y a Lovren, tu amantísimo hijo, y a tu querida nieta Dannah, mi ojito derecho. Pues son ellos mi recuerdo de ti y ergo también la luz que brilla fuerte en mi corazón.

-Como pude discernir, la Arl contuvo las lágrimas que manaban a raudales y continuó-

Y Björn, a pesar de haber sufrido mucho por mi transgresión -espero que no demasiado- estaba a mi lado, preparado para impartir mis órdenes a los centenares de soldados detrás, cuando Segismundo, con la mitad de hombres y el doble de agallas, arribó con sus galeones; las velas negras de la piratería ondeando altas en el frío aire de Las Comunas.

Björn dispuso a los arqueros. Yo les ordené que bajaran las armas. No había tenido más palabras con Segismundo después de la pasión y la función amorosa que interpretamos a la perfección. ¿Mas eran realmente necesarias? A seros franca, creo

que no; quizá unas palabras de advertencia o un diálogo escueto habrían sido prudentes, mas también insípidas y malas al tacto, tras un encuentro semejante. Compartimos algo ese día que me marcó; algo que pertenecía a Segismundo.

Del galeón frontal, el cual empequeñecía a la otra media docena, emergió un único bote. Imaginad la sorpresa pintada sobre todas nuestras faces cuando vimos que El Rey Gamba venía solo, remando con bastante pericia a pesar de su diminuta estatura. Muchos hombres rieron, algunos a carcajadas preguntaban si el pirata estúpido pensaba vencerlos a todos él solito. A mí también me hacía gracia, mas Segismundo era un hombre de código honroso, cuanto menos eso pudimos denotar con el trato dado por sus hombres a Björn y a mí.

“Buenos días, mi señora” el primer saludo de una rendición anunciada.

Sin embargo cabía también la posibilidad de que tramaba algo. Yo necesitaba saber a qué jugaba así que cabalgué sola hacia él, malogradas las copiosas quejas de Björn.

¿Se suponía que tenía que tomármelo en serio? ¿Debía ponerlo bajo mi custodia el momento en que doblara rodilla? Quizá, quizá no. Por el momento me bastaba con fútilmente reprimir la sonrisa que a su vez aumentaba en una risa que carraspeaba por mi garganta. Me salió un graznido un poco impropio, y luego eructé sin volición de hacerlo ni femineidad en el acto. Segismundo sonrió. ¡Maldición! Sería pequeño, pero cuán bello, su barba cepillada y su pelo aceitoso tenían un olor duro, y el vago tono de sudor le dotaban de un atractivo que no puedo describir.

“Pirata” maullé, “proclama tus intenciones. ¿O has venido a rendirte?”

Su respuesta fue tan inesperada como su osado desembarco. “Desde luego que lo segundo, oh Arl.”

Si por casualidad pensarais que me caí del caballo, pensaríais bien. ¡Pues así fue!

Mas la arena congelada no me dañó, nunca la alcancé a tocar. Ese fue el

momento en el que Segismundo me mostró al aliado valioso que resultaría ser en el futuro. Con gran velocidad me cogió antes de que cayera, tomándome firmemente en sus brazos. “Me rindo, mi Arl” tarareó en mi oído, su aliento salado sobre mi mejilla y pelo.

“Acepto tu rendición” gemí, no podía evitar sentirme excitada.

Tras eso lo pusimos a él y a todos sus hombres bajo custodia. Ninguno desobedeció a su capitán y cooperaron con mis soldados. Ordené que Segismundo y su segundo al mando fueran transportados en carruaje, más una jaula que un carruaje, mas suficiente para que pudiera mantener su bien merecida dignidad.

Y con la misma clase de dignidad decreté un indulto real para él y sus hombres; que serían absueltos a cambio de su lealtad a su Arl. Doblaron todas la rodilla ante mí, especialmente Segismundo, gran guerrero y ducho marinero. Ese decreto fue luego sellado y aprobado por el Rey Ludovico.”

Ergo así concluyó Arl Inga la *breve* historia de cómo había conocido al legendario Rey Gamba Segismundo. Laertes, quien había leído mucho más sobre él que yo, le preguntó emocionado a la vieja Arl por qué había tomado el pirata esta extraña decisión, en lugar de pelear.

“Sí” respondiòle Inga. “Sí sé por qué lo hizo; Segismundo me lo diría muchos, muchos años más tarde. Pero no os lo diré”. Me supo tan mal como a Laertes. Inga se levantó del escaño otrora ocupado, también su hijo, pero para ayudar a su madre anciana. Ésta le apartó el brazo de inmediato, no aceptaba la ayuda ni la necesitaba.

“Si queréis saber más, preguntadle a él. Asumo que tarde o temprano vuestros caminos se cruzarán, con estas nuevas que he escuchado sobre bandidos, piratas e incluso puñeteros Centauros.

Tened cuidado, jóvenes, el trayecto que os aguarda está llena de espigas y en la hierba acechan las sierpes”.

Con esto se despidió con un bostezo y la magna Arl Inga dejó la sala. Una pena que tenga que decirnos que nunca descubrí ese secreto suyo. Supongo que todos debemos guardar algo de misterio, de lo contrario la vida sería aburrida y monótona.

“Desde luego” dije por las palabras de Inga. “Aún queda mucho de lo que hablar respecto a los cabrones acechando en las sombras”.

Mas el Arl pospuso el tema. “Es demasiado tarde y vamos demasiado ciegos. Ya debatiremos esto otro día, pero no esta noche; ni tampoco mañana”.

“¿Entonces cuándo?”

El Arl se encogió de hombros. “Cuando toque”.

“¿Pero por qué?”

“No, Soren. Quejarte no te servirá de nada, hasta puede que me cabree”. No puedo aseverar si bromeaba o no. Elegí no tentar a la suerte.

“Estás aquí por tu Agón y es innegable que debes demostrar tu valía en la batalla; y creedme cuando os digo que siento en las tripas que de eso vais a tener mucho.

Pero no te apresures tanto, olvídate de los sueños y fantasías en esa joven cabeza tuya. La lucha es visceral, algo que es mejor evitar -y eso es exactamente lo que vais a hacer, los dos”.

Me sentía deprimido y con la necesidad de protestar, de revocar esta decisión, mas a sabiendas de que sería en vano. Así que la acepté de mal grado.

“Bien” dijo el Arl, satisfecho con mi aceptación. “Pero no penséis mal, aparte de la decisión de tu padre en que debes luchar y demostrar tu valor, lo demás es cosa mía, y creedme cuando os diga esto, chicos: no tolero la holgazanería”.

Acepté sus órdenes según tocaba, aún había mucho por hacer.

El Arl bostezó como hiciera su madre ha poco, pero aún habló algo más.

“Mañana vamos a encallecerte, golpearte y embarrarte esas lindas manos kratesianas a base de bien. Pero dale un par de semanas y pronto no podrás vivir sin ello. Como tu

padre antes que tú”.

El Arl me guiñó un ojo. “Pero por ahora buenas noches y bienvenidos a Arlstad, mis jóvenes amigos”.

Antes de poder dejar la estancia, el Arl enunció mi nombre. “Soren, ¿podemos hablar un momento?” Le dije a Laertes que fuera a nuestros aposentos a deshacer el equipaje -si Herman lo había dejado allí.

Me dirigí a donde estaba él. Bostezaba profusamente, los tendones de su cuello tensos y visibles cuando lo hacía. Cuán asombroso era. “¿Sí, Lovren?” Dije con serenidad.

“Sólo serán unas palabritas” dijo él con tranquilidad similar.

No sentí peligro. Respiré con más calma. Normalmente cuando alguien, generalmente un mayor o bella dama, me llamada para *tener unas palabras*, significaban malas nuevas... Para mí, por supuesto. Esta no era tal ocasión.

De nuevo, como había hecho cuando estábamos hablando con Helga, rodeó mi espalda con poderosos bíceps más grandes que yo. Estaba claro de que seguía borracho, pero sus palabras no podían ser más sobrias.

“Sé que tienes muchas preguntas. Sobre mí, tu padre, sobre ti. Y no creas que estoy enfadado contigo por preguntar o incluso por interceder en medio de una conversación entre dos Arls. Demonios, te respetaría menos si no lo hicieras. No pierdas ese pathos, chaval”.

Me sonrojé tanto por el alcohol en mis venas como la timidez de mi ánimo. “Dudo que mi padre esté de acuerdo” confesé con suave taciturnidad.

El Arl chasqueó la lengua con desaprobación. “No pienses tan mal de ese hombre, Soren. Si sólo supieras lo que ha hecho por ti. Te salvó la vida....

¡Maldición! Borra esa última frase de la mente, nada bueno te puede traer. Joder qué bocazas soy”.

“Por favor” rogué, emocionado ante nueva revelación. “Por favor hálame.

¿Cómo esperes que lo deje estar? ¿Dices que mi padre, el Rey, me salvó la vida? Lovren, señor, no entiendo. No has visto a mi padre en años, quien fuera el hombre que me salvara la vida... Es imposible, no". Expulsé verbo incoherentemente, mas sabiendo como sabéis sobre la golpiza, ¿me podéis culpar mi reacción?

Pero poco tiempo tuve para poner mis pensamientos en perspectiva, alguna disposición lógica para las emociones que penetraban mi coraza armada. Mas la duda halló cada mella en ella, ¡condenado seáis, Astarios!

Eso importaba poco y menos. Cuando mi rostro se vio enterrado en los gruesos cojines que eran los pectorales del Arl, sus robustos brazos sujetándome firmemente contra su cuerpo, yo no podía más que -no, en verdad que nada más deseaba que devolverle el abrazo.

"Calma, chico" susurró quietamente, cual padre o madre, o nodriza o la anciana señora Bienbuena, quienes solían decirlo. "Calma, chavalín" repitió con el firme rigor de un progenitor. Y qué bien sentía, cómo disfrutaba con ese instante fugaz en una vida por lo demás rota. Sentí algo revolotear en mí.

"Eres de corazón libre, sin duda la noble sangre de tu padre fluye fuerte en tus venas, como divino icor. Pero por muy nobles que sean estas virtudes, a veces los niños deben dejar sus dudas y depositar su fe en mayores que -aun si no lo dicen- les quieren y se preocupan por ellos.

Nunca te olvides de que eres el hijo de Ingstad y Dalilah, ni de que yo los quise a ambos como se quiere a hermano o hermana. Tu padre fue el verdadero hermano mío. Y tu madre, ¿cómo podría no quererla? Así que no pienses por un segundo que no te quiero como a un hijo. Y como hijo que eres te acojo en mis brazos y como hijo te concedo mi lealtad a la vez que te pido a ti la tuya. ¿Puedo contar con ella?"

"Ahora y siempre" murmuré, tratando de luchar contra el impulso de abrazarlo con más fuerza; tratábase de una promesa que habría de romper en el negro porvenir.

Él apretó en mi lugar, queriéndome mas de lo que yo jamás podría quererme.

“Recuerda” dijo el Arl, aún abrazándome con firmeza, “que estas pruebas no son una broma. Descansa con la tranquilidad de saber que mi madre, Laertes, Dannah y este cenizo estaremos a tu lado y te ayudaremos a salir exitoso de esto.

Pero no podemos creer en ti si tú no lo haces, y la única manera de lograrlo es que obvies todas esas mariconadas del pasado. Déjalo atrás, que sólo es un lugar para viejos chochos y vagabundos. Y tú no eres ninguno de esos, así que mantén la cabeza alta y orgullosa y lucha por el mañana.

Y como premio, por cada prueba que superes, te diré un poco más sobre tu padre y yo -si hay tiempo, eso sí. Y creo que de eso andamos escasos”.

Pero con eso bastaba. No, de nuevo insulto a Véritas, una de las hijas predilectas de Astarios. Aun si me hubiese dicho que no habría de recibir explicación alguna sobre el pasado que tanto me intrigaba -pues me concernía- habría aceptado su resolución igualmente. Él poseía mi espada y honor, mas también llevaba consigo mi amor. Esa es la primera vez que experimenté el tener a un padre.

Pero el momento habíase de acabar. No ofrecí resistencia, traté de mantener controladas mis emociones.

“Hora de descansar. Es tiempo para el duelo. No debemos olvidar a los camaradas caídos y quedándonos sobados durante nuestra misión les estaríamos haciendo flaco favor. Ea pues, con el debido respeto, por favor recibe mis buenas noches y bla, bla, bla”.

El eco de su risa sonaba por doquier mientras entraba a un aposento dispuesto previamente para mí. Herman había traído nuestras cosas, las cuales estaban ahora pulcramente ordenadas y colgadas. Adraste descansaba en su vaina, sobre una mesita de madera cerca de mi cama -y de mi alcance. En el otro extremo de la estancia dormía Laertes, arropado por un manto de piel, roncando libre de preocupación.

Mas la mía era grave. Sí, al Arl no le faltaba razón. Mis propios dilemas aparte,

pensé en la pobre Helga, preguntándome si sería ella capaz de dormir algo en esta oscura noche. Tenía sinceras dudas al respecto. Por algún motivo me sentía culpable.

Comencé a rejuntar los eventos de la posada en mi cabeza. El hombre-bestia que había mostrado gran aptitud para la lucha. ¿Pude haber hecho más? ¿Qué podría haber hecho mejor para salvar sus vidas? Lo único que me era claro es que muchas lágrimas estaban derramándose bajo el palio de un firmamento glacial, tan distante e indiferente.

Cerré los ojos e invoqué a Sueño, para que acudiera a llevarme otra noche más. Pero el odioso dios no quiso aceptar mis demandas.

## IV

**M**e era imposible conciliar un mínimo de sueño. Los horrores que pululaban por mi mente eran demasiado vívidos. No había sido mi primera vez en ver morir a alguien. ¡Por Aerios! Que había visto a mi propia madre arrancada de mi lado por un vil y maligno terrorista.

No, no era la violencia lo que me perturbaba, eso habría sido un sentimiento hipócrita; lo que me molestaba sobremanera era el dolor y el sufrimiento de sus seres queridos. Las lágrimas, la tristeza, la soledad. Serían tan añorados.

Pensamientos así me habían de arrostrar incesantemente a aquella cripta solitaria; belleza pétreo con tallados que contaban historias de dioses y diosas y hacían promesas de una paz eterna escrita sobre un hermoso friso que poco solaz le daba al pequeño infante asustado. No me dejaban dormir las memorias de aquel niño, llorando en su soledad a altas horas de la noche, llamando a su madre, pidiendo un último



abrazo, un último beso en la frente. Cuando desperté, un hombre en desesperación reemplazó a ese niño, mas no estaba menos aterrado. Mañana a primera hora me tocaba iniciar el Agón. Pero ya estaba de facto en él, aun si no era consciente de ello. ¿No estaba ya sufriendo mis pruebas con cada vuelta que daba turbado en la cama?

El descanso no me iba a llegar. Luego opté por dar una vuelta en la noche de Teutoburgo. No tenía ni un duro, pero a mi fortuna el Arl había decretado que yo pudiera consumir gratuitamente a donde quiera que fuera. No quería abusar de su gentil naturaleza pero, como de costumbre, mis tripas y entrepierna clamaban deseo. Ya me había masturbado tres veces esa noche, aun a pesar de los altos ronquidos de Laertes. Pero ni con todas las tocatas de bandurria iba yo a dormir siquiera una sola hora.

En menos de diez minutos estaba vestido y salía por las puertas del palacio.

Los fuegos que crepitaban en las estancias palaciegas lo hacían con calor tácito, manteniendo los pasillos y salas en cómoda templanza. El crujir del carbón era amenizador en la noche silenciosa. Los guardias apostados a las puertas me saludaron y me dejaron salir sin oposición ni queja, sin duda por bendición del Arl.

La primera inhalación del frío estival punzó mis pulmones como cuchillas. La ciudad estaba bañada en niebla, quietud el único sonido audible -para mis cócleas en demasía ensordecedora.

Me arrojé en la gruesa piel que portaba, absorbiendo cuanto calor me era posible. Vagué lentamente por las calles, permitiendo que mis extremidades se fuesen despertando. Me sentía como un ogro, criatura mitológica de entre las abominaciones de la no menos legendaria raza Daemon; un niño gigantesco errando por el abismo eterno, en busca de una calma que mi pulsante corazón jamás hallaría en su negrura.

Veraz que hallábase mi mente por lo menos así de perturbada. No podía quitarme las imágenes tristes de la cabeza. “Así que este es el mundo real” dije en alto,

a nadie si no a mí mismo. “Si esto es verano, ¿cómo hostias será el invierno en Arlstad?”

Me retornó de súbito la broma del Arl. Sí, mis pelotas se estaban congelando. Me estremecí ante la idea de estar en Arlstad durante la estación invernal. Miré a mi alrededor; los muros de la capital, de piedra, eran más bajos que aquéllas que rodeaban a Krates, ya que el tiempo -el cual les era mucho más familiar a los nativos- resultaba mejor defensa que los muros.

Al fin hallé lo que buscaba. Una posada. No había letreros ni indicaciones como tal, tampoco un nombre ingenioso ni luces centelleantes que te incitaran a entrar. Tenía ligera constancia de la hora, por la posición de las estrellas asumí que debían ser cerca de las dos de la madrugada, pero era sólo una suposición. Lo único que sí sabía era que la cerveza de Teutoburgo era exquisita. La auténtica delicia rubia de esa tierra.

Una jarra tras otra iban en vuelo hacia mí, necesitaba como fuere despojar mi psique de ideas alicaídas y del timbre de los lamentos. Sentía tanta pena por las personas que tanto habían perdido; sentía empatía por ellos, la verdadera madre de todas las virtudes, al haber yo mismo sufrido antes semejante trauma.

Mi mente iba y venía con los recuerdos de la mujer en la que tanto había estado pensando desde que me fuera arrebatada. Mi madre, la Reina Dalilah. Al rememorar las lágrimas de Helga y la encomiable oración del Arl, su rostro se me reveló. La tierna y cariñosa Dahlia. En mi fango mental y la solaz esquina en la que estaba sentado, la recordaba. Y me dolía.

El entumecimiento de mi ánimo embriagado no me privó de verla, tan clara como la luz diurna. Podía oler las lilas sobre su todavía joven y grácil cuerpo. Sentía el tacto de sus manos sedosas acariciando mis mejillas y, con el cerrar de mis ojos, yo era de nuevo un impúber, a salvo en el abrazo del amor maternal.

Me habría olvidado de todo y de todos, al menos por un fugaz momento, de no ser por la presencia que de pronto percibí sentándose delante de mí, una que no podía ignorar ni habría querido hacerlo de haber tenido alguna otra opción.

No puedo datar fehacientemente la cronología, ya que ha pasado tanto que he perdido cuenta de mi propio tiempo, mas recuerdo esa fría noche como si fuera ayer.

Abrí mis pesadas cuencas y de la nublada cortina de alcohol y reminiscencia vi a la chica más hermosa que jamás había vislumbrado. Me imbuí de lleno en sus ojos azules, tan similares a los de Helga mas tan distintos a la vez. ¿Cómo podría explicarlo? Al verla me embebí de su belleza, su largo cabello rubio tan similar a uno no menos largo que había visto recientemente -desaliñado y caído cerca de una inmensa faz cicatrizada.

Mas su sonrisa, una fila de pureza anacarada. Nadie me había sonreído así, ni siquiera mi madre. ¿Era un ciego amor el que estaba sintiendo? ¿Amor ciego? Eso habría sido infravalorarla. Cuanto me arreciaba el corazón no podía ser descrito.

Una nueva y necesaria interrupción en esta historia de traumas y sombras plagadas por la eternidad.

“¡No! Me niego a detallar este momento, es en exceso doloroso. Por favor...” Imploró así Soren, “.... No dejéis que continúe. Os lo ruego. Duncan, olvídate de este momento. No puedo avanzar más.... La pena es demasiado grande”.

“¡No!” Mas no gritó Duncan, sino Orin. “Tienes muchas explicaciones que dar y por Astarios que así será, te guste o no”.

Esa arrogancia, sin templanza ni moderación, no gustó a Soren, quien se levantó violentamente de su rocoso asiento. “Yo de ti vigilaría esa boca, mocososo, antes de que.....” ..... *Antes de que te la arranque*, lo cual deseaba tanto decir, mas por fortuna pudo ataviar su ira.

Una mano pequeña y suave, hermanada con la de aquélla, tomó su magnitud

encallecida en su tímida feminidad y mirele dulcemente al terrible villano que tanto se elevaba sobre ella. Agatha sonrió y el corazón de Soren palpitó. Lentas pulsaciones al principio, pues éste estaba recubierto de polvo y duramente golpeado, mas pronto sintió una tempestad en el pecho y las sienes.

Soren se calmó.

Muy bien, Duncan, pero que sepas que me estás matando. *Soren suspiró.* No, ya me he quitado la vida a mí mismo ha eras.

Parecía divertirse el ver más de media docena de jarras vacías. “Veo que te gusta nuestra cerveza” canturreó.

¡Qué timbre! ¿Cantaban los dioses o era mi propio amor desbocado brotando en mi corazón? ¿Era ella real o quizá por contra una ilusión auspiciada por las mañosas deidades mensajeras que vivían arriba en los cielos?

Esas preguntas me estaba haciendo, mas ahora sé fuera de toda duda. Era una diosa, enviada desde la pira de aquellos gemelos ancestrales; moldeada a semejanza de la mismísima Ida -con el fin de atormentarme y traerme el amor por primera y última vez. Amor verdadero.

“Vaya, así que eres el típico chico encobado” rio. ¡Oh qué gracilidad! Estaba absorto, mi boca caída y ojos como platillos. “Espero que no te importe si me siento contigo, lo cierto es que tengo algo de sed. Es difícil dormir con este calor”.

Traté de disimular mi nerviosismo tomando un largo trago de cerveza, pero cuando adjetivó el tiempo como caluroso casi muero atragantado, escupiendo el brebaje por doquier. Ella risoteó mientras se limpiaba la babilla y la cerveza de su atractivo rostro.

¿Por qué era incapaz de hablar? De decir un “eh, chica, ¿te han dicho alguna vez que tienes la sonrisa más bonita de todo Antroporiom?” O al menos un silbido afectivo o una sonrisa propia; pero nada, nada podía hacer. Traté de taimar las

crecidas de mi duro pecho. Pero era del todo imposible. Me sentía tan nervioso como un hombre encaminándose a la soga. Y de facto era yo un reo condenado, desesperanzado ante el horrible final que me aguardaba.

“¿Cómo te llamas?” Me preguntó. Su voz era el de un coro celestial. Supuse que la empleaba para el canto, pues si no lo hacía, sería un crimen contra el don -uno entre un millón- que los dioses le habían concedido.

“S... Soren” tartamudeé. “Me llamo Soren”.

De nuevo sonrió con dulzura y de nuevo mi corazón sintió calidez. Me la imaginaba sosteniendo una lira, tocando notas de lo más tiernas y entonando ella canto a los cielos; el mismo Astarios llorando con alegría al oír una voz que merecía más estar a su vera que no allí abajo con los mortales.

Por su respuesta contrasté que su pregunta había sido meramente retórica. “Ah, el príncipe caído. Sabía que no eras de por aquí”.

Gimoteó picarona, gozaba de manifiesta ventaja sobre mí. ¿Habíame sentido alguna vez tan inferior? Ni en la presencia de mi padre. Yo también quería preguntarle su nombre, mas las palabras no deseaban salir.

“Realmente eres un tipo silencioso” dijo. “Luego no hablemos, ¿te parece bien? Sólo bebamos”.

Asentí escuetamente pero mi vaso estaba vacío. Ella lo remedió. “A ésta invito yo y no el Arl, ¿vale?”

Asentí otra vez, mas todavía me recorrían tibios espasmos y me pesaba mi inhabilidad para hablarle. Yo no era el típico chico silencioso, más bien un torpe idiota, golpeado por algo que osaba desafiar los límites en los que un hombre ama a una mujer -si bien era incapaz de reconocerlo entonces.

Con ella cerca, la cerveza sabía mejor a cada sorbo. Ella me había cautivado e inadvertidamente, sin palabras ni gestos compartidos, yo le había entregado mi corazón.

¿Por qué? No os lo sabría decir. Como bestia actuaba y pensaba y como tal me había tornado en un ser irracional, nutriéndose de nada más que mis propios instintos. Mas esta vez esos instintos venían del alma y no del cuerpo. ¿Estaba enamorado? Una fugaz pregunta que atravesó mi cerebelo, allí y entonces, mas una que no me atreví a contestar.

Ella sesgó el silencio que momentáneamente nos había nublado, sin prestar caso al júbilo canturriente que nos rodeaba. La clientela no era más que una mancha difuminada, una numerosa tropa gris de figurantes que correteaban ocupados en sus propios asuntos; vivían su existencia a una irrelevante. Todo lo que importaba e importaría siempre -era ella.

“Dime, buen príncipe, ¿qué has venido a hacer aquí?”

“B... Bueno, yo... eh.... A mí me ha enviado aquí mi padre, el... el” mis palmas estaban húmedas en el grado que mi boca seca y el alcohol no me estaba ayudando en absoluto.

“Tu padre el Rey, ¿verdad?”

No podía sino reír nerviosamente. “Sí, cierto” balbuceé.

Pausé para aliviar mi sed con un frágil remedio, el cervecero, y, tras esta breve intercesión, traté de ordenar mis pensamientos. Finalmente hice acopio del mínimo coraje requerido para el habla, al menos sin vomitar de paso.

“Me veo en desventaja contigo” dije, emulando algo que parecíase a la confianza. “Parece que me conoces y de mí lo sabes todo, mas yo de ti no sé nada”.

Ella rio infantilmente. “Bueno, está bien guardar misterio de vez en cuando”.

“Brindaré por eso” dije, alzando mi copa.

Ella hizo lo mismo y al tocar los cantos de madera, por algún cruel designio nuestros dedos rozaron. Solamente un milisegundo y apenas las puntas, mas sentí que una onda de energía pura atravesaba mi cuerpo de una manera antes inaudita. Claro, había deseo sexual, pero éste carecía totalmente de importancia en esta macabra

función en la que me veía metido forzosamente. ¡Y yo era un actor nefasto!

“Príncipe Soren, hijo del Rey Ingstad, el Vigésimo de Su Nombre. Vaya, ese es todo un currículum” dijo la misteriosa damisela rubia, sorbiendo su cerveza.

No podía evitar el ajeteo de mi pelvis cuando una fina hebra de espuma serpenteó por su barbilla. Ver cómo se relamía los labios -un gesto mucho más inocente de lo que doy a entender- produjo en mi fuero una nueva clase de deseo.

“Quizá te sorprenda.... A peor” dije yo.

No me apetecía hablar de mí. Quería hablar sobre ella. Quería saber más. Entonces una nueva idea comenzó a formarse en mi mente.

“Háblame un poco más de Krates” me pidió ella con sincero interés, podía percibirlo manando de ella.

Inspiré hondo y me bebí la copa de un solo trago. Mi cabeza volvía a nublárase.

“No” fue lo que dije.

“¿No?” Preguntó ella, arqueando una ceja.

“No” dije de nuevo.

“Tú preguntando y yo contestándote, eso es demasiado fácil. Fácil es sencillo, sencillo es aburrido y yo no toco lo aburrido, chica”.

Mis piernas temblaban bajo la mesa. No voy a mentiros, había conseguido flirtear mi camino a la cama de más de una damisela y en más ocasiones de las que puedo contar, pero no podía evitar denotar que cuanto sentía por esta fémina en cuestión era demasiado real.

“Me tienes intrigada, chico” dijo ella, oh mi chica traviesa. Leía rebelión en sus ojos. “¿Qué tienes en mente?”

Le contesté con la sonrisa más rebelde que podía formar. A pesar de mis nervios lograba retener un poco de coherencia.

“Bueno, mi dama, tú sabes más de mí que yo de ti”.

“¿Y qué quieres saber de mí?” Me preguntó.

Me ruboricé por todo el cuerpo. Ansiaba decirle que ella era la chica más bella que había conocido en toda mi vida. Mas no podía contestar. Ella rio coquetamente por mi nueva *inocencia*. Era obvio que ella era más joven que yo -a lo sumo debía tener dieciocho años.

“Prosigue” invitó.

“Muy bien. Una pregunta por otra”.

“¿Oh?” Se la veía picada por la curiosidad.

Aclaré mi decisión estableciendo las reglas de un juego que me había inventado al punto. “Yo te formulo una pregunta, tú me contestas. Y viceversa”.

“Interesante” dijo la diosa que estaba a un nimio palmo de distancia.

“Tú me puedes hacer cualquier pregunta y yo te la contesto. Yo te hago cualquier pregunta y tú me la contestas. Simple, ¿verdad?”

“Demasiado” titiló una risita. “Firmo -si me permites unas condiciones de más”.

“Muy bien, ¿y cuáles son?”

“Tenemos derecho al veto. Si a alguno de los dos nos disgusta una pregunta, podemos vetarla”.

“Suena bien. Pero....” Añadí, disfrutando de la competición que ya de facto habíamos comenzado. “.... No podemos hacer una pregunta hasta que hayamos respondido; por tanto, si tú vetas o veto yo, la persona vetada tiene derecho a hacer una pregunta subsiguiente”.

“De acuerdo”.

“Luego comencemos, dama mía” guiñé con picaresca. Ella se mordisqueó el labio -para mí un gesto remarcable.

“No tan pronto” sonrió, interrumpiendo la que iba a ser mi primera pregunta -el saber su nombre. “Aún tengo otra condición”.

“¿Cuál?”



“Que se me otorgue el derecho a hacer cinco preguntas de seguido y nada más empezar.....”

“Eh, eso no es justo....”

“... Y ADEMÁS tú rescindes tu derecho al veto para estas cinco preguntas”. Su acento era marcado, mas claro y perfecto.

Los términos estaban flagrantemente decantados en favor de una parte, ¿pero cómo iba a decirle que no a ella?

Acepté, ergo comenzó el juego.

“¿Cómo te llamas?” Su primera pregunta.

Esto me pilló desprevenido. “Ya sabes la respuesta”.

“Sí, es una pregunta gratuita -para abrir boca”.

“Mi nombre es Soren de Krates, segundo hijo del Rey Ingstad, el Vigésimo de Su Nombre y, hasta hace poco, heredero al ejército y la guardia real de Krates”.

Eso parecía llamar su atención. Intuí que ya sabía mis respuestas antes de yo dárselas. Y yo sin idea sobre cómo reaccionar.

“Segunda pregunta. Háblame de tu padre, el Rey”.

Listilla ella, tan superior a mí. Me di cuenta de su grávititas con cada dulce palabra que salía de sus preciosos labios de rosas.

“Esa no es tanto una pregunta como una demanda” protesté. No quería responder a esa pregunta, si bien ya estaba disponiendo una respuesta.

“Una demanda sigue siendo una pregunta, Soren. Debes contestar”.

Suspiré resignadamente, tenía razón. Siempre. “El Rey Ingstad sofocó una rebelión pirata hace más de dos décadas -o algo así- con la ayuda de su fiel amigo y consejero, el reputado General Proteo, y asistido por su mentor, el Maestro Gayo”.

“Oh, el Maestro Gayo” exclamó de súbito. No me importó, de hecho aprecié su digresión. “He oído hablar de él. Cosas buenas”.

“Y estoy seguro de que son veraces. El Maestro Gayo es un espadachín

extraordinario, y más un padre para mí de lo que jamás fue el Rey”.

“¿Es eso cierto?” Inquirió, portando un ánimo muy curioso.

Me di cuenta del error que acababa de cometer. En un intento vano de desviar el tema, palmeé la larga vaina de cuero que guardaba a Adraste. “Adraste. La legendaria espada de Gayo. Ahora me pertenece a mí”.

Pero la misteriosa dama no aceptó mi farol. “Si crees que voy a dejar esa pregunta sin contestar, piensa otra vez, Soren”.

Espasmos recorrieron el grueso de mis pectorales. ¡Maldita ella por el dominio que tenía sobre mí!

“Venga, hágame de tu padre”. Ella ordenó y cual esclavo de un creciente enamoramiento de esa chica, respondí a sus demandas.

“El Rey sofocó la rebelión, aunque he de resaltar que los rescoldos de ese conflicto humean todavía....”

“¡No!” Exclamó. Habría sonado soez de no ser por su divina y meliflua voz. “Quiero saber sobre tu padre; no como Rey -pues eso ya lo sé, mi padre me contó todo sobre él- sino como padre”.

“¿Realmente quieres abrir esa caja?”

“Sí, quiero”.

“Pues así sea”.

“No tengo padre. El hombre al que admira todo el reino -el liberador, el demócrata- es una mentira para mí.

Para mí, Ingstad no es más que un nombre, una sombra que me atormenta en mis pesadillas”.

Presté a beber de nuevo, mas mi copa estaba vacía. La jarra también. Suspiré, deprimido por la falta de alcohol. La bella pidió otra jarra. Me sentaba en muestra de una retraída melancolía, pues me sentía forzado por mandato divino a rememorar cada mal trago sufrido por ese momento. Era inevitable regresar a esa noche, la última

noche de mi madre en esta Tierra.

“No pares, por favor” dijo ella con ternura; el aura rebelde de antes se había tornado en cariño.

Me conmovió la sinceridad de sus emociones. Pero lo que me conmovía más era su mano sobre la mía. No me había dado cuenta, al hallarme sorbido por la oscura reminiscencia, pero en cuanto me percaté y sentí la sedosa finura de sus dedos tocando los míos, mi mente, cuerpo y alma se excitaron a más no poder.

“Me duele confesarte esto. Sólo eres una desconocida”.

“Sí, pero una que se preocupa por ti”.

“¿Por qué?”

“Porque esa es mi naturaleza, supongo”.

Sus manos eran las de una deidad; no habían sido creadas para ser tocadas por un simple mortal como yo. Pero yo no podía negarle el tacto. Lo anhelaba. Y a la vez no podía soportarlo, el calor, tan distinto al de las pasiones habidas. Esto era mucho más.

“Vale” asentí. Estaba derrotado.

“Mi padre es un gran líder, un diplomático hábil y con la espada tan ducho como el mismo Gayo. Es duro y estricto, mas generoso y justo. No puedo obviar su valía como monarca, mas su valor como padre es cuanto menos ambiguo”.

“¿A qué te refieres por ambiguo?”

“Fácil. Él quiere a mi hermano Roderick; desde su alumbramiento lo ha educado y preparado para ser su sucesor. Su deferencia para con su primer y único hijo es admirable”.

“¿Su único hijo?”

“Sí. ¿Cómo puede un hombre que me ha golpeado y maltratado de tantas maneras darse el derecho de llamarse mi padre? No, niego a ese hombre en el mismo grado en el que él me niega a mí.”

“Oh, Soren” murmuró, su rostro efervescente con auténtica cura por mi persona. Era la cara de una persona que nunca había sentido un dolor como el mío, mas lo comprendía perfectamente.

“Una vez me dejó al borde de la muerte..... ¡Por favor, no más!”

“Vale, Soren, ya has dicho suficiente”.

“¿De veras? ¿Qué podría decir para empezar a describir mis sentimientos hacia esa persona?” Mas todo lo que debía saber, lo sabía, con tan sólo mirarme lo sabía. Estaba tan seguro de ello entonces como lo sigo estando ahora.

“¿Cuál es la tercera pregunta?” Inquirí, mis fuerzas y mi rebeldía adolescente absorbidas.

De pronto empecé a sentirme agotado. No era por el alcohol, que regresó de nuevo en la forma de otra jarra. Estaba borracho, pero también aterrado. Y emocionado. Muy.

“Háblame de ti”.

“¿De mí? Sabes muy bien quién soy”.

La chica rio y de nuevo acarició mi mano con tierna atención. Pero entonces sonrió con malicia, las arrugas formándose en derredor de una boca por lo demás impoluta me hizo estremecer en mi asiento.

“Tu juego, no el mío, Soren. Ahora dime quién eres”.

“Ya te lo he dicho, soy Soren, un extraviado príncipe de Krates, segundo hijo del Rey Ingstad, el Vigés.....” Pero ella impidió que me sumiera en repetición de mí mismo.

“No, Soren. Eso es lo que eres, lo cual ya sé. Lo que quiero es que me digas *quién* eres”.

“No entiendo”.

“Vetusta filosofía Faerie, quizá te lo cuente algún día. Por ahora dime quién eres”.

A cada segundo pensaba en esa terrible cuestión, ponderando su esencia y

reflexionando sobre aquellas cosas que me definían. ¿Las meretrices, el alcohol, la violencia? No, no era eso. Nada me venía y nada es lo que le di a ella.

“No lo sé” mi única respuesta, dada con toda sinceridad. Quería llorar. Contuve mis emociones.

Y por tercera vez tenía su mano en las mías. Mi pecho bombeaba más sangre que el de un mamut. Mis dientes cercanos al traqueteo -y eso que dentro no hacía nada de frío. Por el contrario, hacía más calor que nunca.

“No pasa nada. Esa habría sido mi respuesta”.

La chica me desnortaba considerablemente. ¿Cómo era posible que yo, un hombre mayor y con mucha más experiencia, la temiera de tal manera?

Por primera vez me di cuenta de que estaba pensando en qué podría hacer **por** ella, no **a** ella, como con otras féminas. Y luego otra noción me sobrevino. Totalidad.

Todo. Eso era lo que le daría. Mi corazón estaba en cruel disputa con mi psique. “No lo hagas, necio” dijome este último, mientras el primero me imploraba que dijera las dos palabras que nunca le había dicho a ninguna mujer salvo mi madre. “Te q.... qui....” Mas no podía hablar. Ella me preguntó si me encontraba bien.

“¿Qué te pasa?” Inquirió.

No podía evitar mirar profundamente en la grandeza de sus facciones. Cada fragmento de piel sin tocar, de buena gana besaría y amorosas caricias daría de allí en adelante, si ella me lo permitiera.

El juego acabó con lo que creía era mi vida, al menos aquella parte de mi existencia que tenía valor.

“Cenemos juntos, tú y yo”.

Un error cometido en ese mismo instante, ahora lo sé. Quizá de todos mis errores el que acabaría definitivamente por precipitarme al abismo. Y sin embargo uno que cometería una y otra vez.

“Vayamos a algún sitio más íntimo. No infiero nada deshonoroso, preciosa. Sólo que necesito verte a solas. Sin los ojos y las voces de terceras personas alrededor nuestra. Solos tú y yo. Por favor, una cita, es lo único que te pido -lo único que necesito”.

El lanzar de una moneda. Eso fue lo que acaeció. Los Hados habían comenzado a tejer y los dioses echaron los dados. Pero Doña Fortuna no iba a cambiar mi suerte así de repente, ¿verdad? ¡Claro que no!

El secretismo en el que ella me tenía apresado era peor que la agonía. Todos a nuestro derredor parecían enmudecer. Claro que eso sólo era un delirio mío, ya que el mundo exterior no me era relevante en lo más mínimo; el ayer y el mañana por igual carentes de toda importancia. Ella bajó la mirada con pesar, cualquier calma que hubiese adoptado estaba ahora desapareciendo perceptiblemente. Mas antes de que sus ojos de un azul expresivo se dieran con la madera de la mesa, vi sus dudas, sus emociones, sentimientos que luchaban entre sí cual antagonistas íntimos. Mas estos no eran suficientes. Antes de empezar, ya habíase acabado todo. Lo supe en cuanto vi su abatimiento -sufría su corrosión en mi propio ánimo.

“Mis lamentos, Soren. Pero ya estoy saliendo con otra persona”.

La realidad se volvió cristal y con cada fonema enunciado con su brío musical, del cual yo ya era una víctima, mis frágiles defensas se hicieron pedazos y mi ánimo se convirtió en uno de duda y pura desesperación.

*No quería yo rebatirle mas no lo hice. Sal con otro, con alguien mejor que él, más fuerte. Conmigo.* Pero por un motivo que me elude, era incapaz de defender mi cruzada amorosa. Era un guerrero, un soldado y un líder, pero esta era una guerra que no podía vencer. Había perdido incluso antes de elevar mi espíritu en pos de su mano - una causa que de facto no podía ser más heroica.

No más preguntas, no más juegos, no más tiempo juntos. “Lo siento, Soren” gimió. “Mas no puedo. Debo irme ya, que se me hace tarde. Ha sido un honor conocerte, de veras que lo ha sido.” Sé que hablaba con veraz rectitud. Pero el desconsuelo, la pérdida....

Con la misma velocidad de sus disculpas me dijo adiós. Se levantó con firme gracia, a pesar de haber bebido cuantiosa cerveza, y partió sin darse la vuelta.

Mi corazón estaba roto. Jamás dejaría de lamentar ese episodio. Añoraría la amistad y el amor que habríamos tenido; lo que podría haber sido, no fue jamás. Clamaría por su voz llamándome y lloraría su ausencia en sueños futuros.

Y por algún extraño designio del destino hallaría paz a pesar del dolor que me iba a causar su silencio, al pensar en los breves momentos que habíamos compartido. Las escuetas palabras tenidas en esa pequeña y agradable posada.

Una que significaba tanto por haber conocido a mi reina. Paz y felicidad pura, cuanto había sido ese simple momento con ella, tal era su importancia en mi vida, en este mundo.

Siempre que huías a algún recóndito lugar al que yo no podía seguirte, cuando tu mágica voz era acallada para así soportar mi maligna presencia, entonces yo cerraría mis ojos salados y regresaría a ese lugar especial en donde te conocí.

Te amo. Ahora y siempre. Quizá no haya sido el amor de tu vida, pero al menos que sepas que tú, paloma celestial, siempre serás el mío. Cuanto menos concédeme ese honor, aunque me sea inmerecido. Mas por otro lado, ¿de verdad merecí hallar al amor de mi vida y perderlo tras nuestro primer encuentro? ¿De verdad lo merecí, oh dioses crueles?

Muchos mozos y mozas de altas ilusiones hallan consuelo en saber que allí afuera, en el vasto y frío mundo, hay alguien singular que nos necesita tanto como nosotros a esa persona. Allí afuera, en lo desconocido. Y yo sabía con total certeza

dónde estaba mi alma gemela, y también tenía que vivir a sabiendas de que era un amor que jamás me sería correspondido.

Sencillamente ella no me quería.



## V

**M**e desperté a la mañana siguiente con un frío glacial en el cuerpo y con la madre de todas las resacas.

“Despierta, Soren” vociferó Laertes insistente, urgiéndome, zarandeándome e implorando que me levantase. Abrí un ojo zambo y miré amenazador a mi amigo.

“¿Qué coño te pasa?” Protesté, mi voz el croar de un sapo. Cerré los ojos otra vez, mas Laertes no me permitiría regresar a mi sueño afligido.

Gruesas cortinas se abrieron con vehemencia y una tibia luz perforó el dormitorio, haciendo que mi cabeza me golpeará con más fuerza si cabe. Me tapé el rostro en un fútil intento de seguir durmiendo.

“No, joder” chirrié.

La luz matutina irradiaba con excesiva claridad para mi gusto. Como si mofándose de mí, un gallo cantó a una distancia no muy lejana. Sonaba el ave como campanas santas tañendo notas de una solemnidad funeraria en la Aurora. Me entraron ganas de vomitar, mas dominé mi aprehensión.

“Por favor” insistió Laertes, quien vestía un armazón de cuero marrón, apto para las prácticas. Un equipo similar estaba sobre una silla al pie de mi cama. Lo miré con sumo desinterés. Me erguí en mi lecho, recordando poco a poco los acontecimientos de la noche anterior.

Un rostro, una sonrisa que aclaraba las ciénagas de mi corazón, un timbre que los dioses envidiarían. Deseé desesperadamente que hubiese sido todo un sueño, pero el regusto metálico a cerveza sobre mis papilas dictaba lo contrario. Aun así tenía la esperanza de que ella hubiera sido un producto de mis delirios embriagados. Las tontunas de una mente enferma, pervertida por fulanas anónimas y cantidades

excesivas de hidromiel, licor, cerveza y vino.

Desde una difuminada realidad a unos pocos pasos de mí Laertes me apuraba a alzarme del lecho. “No creo que el Arl aprecie tardanzas por nuestra parte”.

Pensé de súbito en el Arl. Me libré de las sábanas y en menos de un minuto ya me había equipado con mi atuendo, una coraza de piel de jabato sobre mi pecho, estómago y espalda. Guantes y botas en conjunto con ésta. Uncí a Adraste a mi cinto, cuya hoja dormitaba en su vaina.

Me seguía martilleando la cabeza, pero el bueno de Laertes siempre estaba allí cuando más precisaba de su mano auxiliadora. Sostenía una taza de madera que contenía una viscosa sustancia verde; me la extendió a modo de ofrenda. Cogí la taza y olisqueé brevemente su contenido. Desprendía rancio hedor.

“Argh” escupí asqueado. “¿Pero qué Daemon es esta mierda?”

Laertes no podía ocultar su dicha. “Bueno, llegaste bastante colgado anoche -o quizá debería decir hace dos horas. O sea, en cuanto te fuiste a dormir yo me levanté y me fui a la cocina a preguntar si alguien conocía de algún remedio para las resacas. Resulta que..... Sí”.

Laertes se hinchó de amor propio mientras yo seguía inspeccionando el contenido de mi taza con cierto resquemor. Laertes no tuvo ningún reparo en diseccionar los ingredientes de mi pungente brebaje. “Citronela, miel, menta y cerveza”.

“¿Pero qué diantres?”

“No sé, pero parece que los Tedesquianos usan la cerveza para todo. Y la mantequilla también. Aquí tienen unos bollos para chuparse los dedos”.

Me hacían unos bollos. Pero antes me tocaba ingerir la grasosa poción. La verdad, estaba bastante buena y en menos de cinco minutos ya hallábame listo para otra lucha de las que la vida te presenta.

“Ey, no está mal” sonreí, pero una extraña voz, el extraño siendo yo mismo, me dijo que no tenía motivos para las sonrisas, menos si cabe para la felicidad.

“Bueno” dijo Laertes, “hoy es el gran día”.

“El primero de muchos, me temo”. Laertes asintió tácitamente. “¿Doy por hecho que sabes a dónde tenemos que ir?” Inquirí.

“Sí. Nos han ordenado ir primero al comedor, para romper el ayuno en la mesa del Arl, el Arl no nos acompañará por desgracia”.

“¿Has visto al Arl esta mañana?” Le pregunté en un tono cercano al fático.

“Sí, pero más que nada fue un encuentro fortuito, señor” respondió él con modestia. “Me topé con él esta mañana. Tuve la oportunidad de conocer a su hija Dannah; una chica maja”.

La visión de una bella dama tedesquiana, bañada en una fuente de rosas rojas y blancas copó el enfoque de mi ánimo. Una hermosura casi mediumística que inadvertidamente había raptado del todo mi corazón y deseo.

“¿Te dijo algo más?” Pregunté de nuevo.

“Que se iba a las puertas a despedir a unos legados que parten hacia Vianna”.

“¿Vianna?”

“Sí. Como nos dijo la Arl Emérita, es la ciudad más grande en Arlstad, sin contar a Teutoburgo. También conforma la principal ruta de suministros de toda la provincia. En la frontera norteña, colindando con territorio kratesiano, disfruta de un clima más templado y es la mayor abastecedora de trigo y cebada de todo el reino. También es conocida por la calidad de su ganado y la carne que produce. Hasta nosotros los Kratesianos sabemos que Vianna ofrece los mejores filetes.”

“Bah” carraspeé. “Nunca me ha importado de dónde viene mi papeo.”

“Ya, Soren. De todos modos, el Arl está enviando tropas allí para proteger las vías de abastecimiento. Según he oído, han estado sufriendo incursiones a cada día más audaces. Me pregunto si el Arl está pensando en pedirle ayuda a tu padre”.

“¡Ja! Nosotros somos la ayuda” dije con énfasis, aduciendo a lo obvio. “Además, no quiero ver ni de lejos al pringao ese de Méline. Juro por Astarios que no me hago

responsable de mis actos si aparece por aquí”.

“Mi señor, insisto que tu padre nunca haría nada para impedir que completes tu Agón. Seguro que él y el príncipe te desean lo mejor”.

“Roderick, sé que sí”. Eso es al menos lo que nuestra última charla, nuestro último abrazo, me habían declarado. Los jardines y sus vástagos aromáticos, el rescoldo final del amor de nuestra madre, los únicos testigos de dos hermanos distantes intentando arreglar su relación.

Pero cuando pensaba en el Rey se me inquietaban las extremidades. “Me temo que mi padre no querría nada menos que verme morir por la hoja de un Centauro”.

“No puedes decir eso, Soren. Es tu padre de quien hablas”.

“Es el hombre que ha tenido la decencia de infectar el vientre de mi madre con su simiente grotesca, Laertes. Nada más. Quizá sea el hombre que me concibió, pero no es ningún padre para mí. El Maestro Gayo ha sido más...” No pude continuar, no iba a discutir sobre mis sentimientos, era algo inferior a mí.

“Hala, larguémonos de aquí” exhorté con sequedad.

Tras un desayuno sustancial, eso sí.

El maestro pastelero del Arl habría resultado serle un oponente excelso a la señora Bienbuena; las delicias variadas estaban sobre una oblonga mesa de cedro y consistían de bollos de pasas con generosas porciones de mantequilla derritiéndose sobre los dulces, pan de trigo frito y grandes platos de bayas silvestres que degustábamos según bebíamos un delicioso tinto caliente; podía oler un toque a baya en el aroma y sobre el paladar. Estos Tedesquianos sabían cocinar.

Tras un segundo plato de jamón y un queso azul muy fuerte, el cual decliné - Laertes, por contra, devoró al menos seis pedazos malolientes- marchamos hacia el pabellón; yo, tapándome la nariz por los vahos de queso fermentado exhalados por la

boca inusualmente parlanchina de Laertes.

Ambos habíamos pedido que nos trajeran unas túnicas de lana que portábamos sobre nuestro equipo de entrenamiento, pero la gelidez aún era capaz de perforar las paredes, cualquier hueco y hendidura sería avasallada por pequeños soplos de un viento helado. No podía creer que estábamos en pleno verano. Adraste me repicaba la cintura y sí, ¡a Laertes le apeataba el aliento! ¡Incluso en el exterior!

Llegamos al patio con casi dos palmos de nieve hundiendo nuestras piernas. El Arl estaba esperando, detrás de él había un pequeño grupo de cinco hombres, todos blandían las espadas de madera que tan bien llegué a domeñar en los campos de Gayo. Parecían hombres aptos, oponentes dignos, pero no era capaz de observar bien su orgullosa pose ni examinarlos con la estudiosa percepción del guerrero; pues había contado mal. El Arl, cinco hombres.....

Y una mujer.

Allí estaba ella, ¡malditos sean los dioses! Pensé que mi pecho iba a implosionar; que yo, en resultado, iba a caer fulminado, ahíto y tan ceroso como la nieve que sería mi último lugar de reposo. Creí que mi ánima iba a escapar libre de mi boca mientras me despedía de este cruel mundo.

ELLA era Dannah. La misma faz, mejillas coquetas y labios sonrientes en los que me imbuía siempre que cerraba mis párpados; esa cascada de oro claro que adornaba su figura femenina, la cual estaba acentuada por mil debido a unos ropajes de un cuero apretado que comprimían sus bellas caderas, las cuales parecían danzar en el níveo reflejo solar.

Y sé que ella también lo sintió: esta situación bochornosa. Empero, debió haber previsto que nos íbamos a encontrar tarde o temprano. Quizá se había quemado con la cerilla que ella misma había encendido sin querer.

Me rezagué, situándome detrás de mi amigo Laertes, cada paso que daba dolía mucho, como si agujas oxidadas y corruptas estuviesen agrietándome la suela de los pies. Pero el dolor venía de más arriba, en aquella solaz caverna en donde moran los enamorados.

Debió tratarse de un mero soplo, mas cuando nos miramos el uno al otro y mi espíritu atravesó su ánimo bondadoso, incluso sin conocerla de verdad supe y reconocí el bien que residía en su corazón; percibí cómo se encendía un fulgor común en nuestros mismos seres, viendo a plena luz la pasión que residía bajo esa calma faz, cándida por la pasión de una vida prometedora.

Como pasara anoche con la taberna, nuestro entorno volviose negro. El pabellón se detuvo e incluso el Arl y sus altos y fornidos guerreros se tornaron tan exánimes como los muñecos de paja que utilizaban, allá a la otra punta del patio, para la práctica. Dos orbes de luz orbitaban sobre las únicas dos figuras que importaban.

Dannah era su nombre. Y lo único que sabía era que desde entonces yo sería su más devoto feligrés. ¿Cómo podría explicaros este sentimiento? Cuando te das cuenta de que conoces a una persona en su totalidad aun sin conocerla en absoluto.

Habíame dicho anoche mi intuición que ella era especial, ahora mi corazón me lo confirmaba. Por fin comprendía cómo debió sentirse el Sumo Padre Astarios cuando vio a la grácil Ida, la preciosa deidad de enamorados, desnuda en su perfección divina entre las llamas celestiales de la Creación. Y tal como el Dios tomó a su esposa en brazos, igual quería yo envolver con mis musculosos troncos su figura más pequeña. Cuánto ansiaba decirle que lo único que querría a partir de ahora era ella.

¿Mas cómo podía ser tan estúpido? No la conocía. Eso era lo que me insistía en decir mi mente embotada por el etanol. No le faltaban razones; toda lógica se desviaba de cuanto yo sentía. ¿Pero por qué no escuché en vez a mi corazón? Éste quería hablar con Dannah y yo, para mi ruina, lo encerré bajo una fuerte mano encallecida, muy parecida a aquélla que, de una especie de realidad alterna, apretó mi hombro con

amigable vehemencia y me apartó de mi extraña ilusión de amor y pasión; un sueño que jamás habría de pertenecerme.

“Buenos días, cielito” brilló el Arl con sol propio. “¿Has dormido bien?”

Traté de intuir un toque sarcástico en su voz, mas no había ninguno. Sea de la naturaleza que fuera, el momento que compartimos esa chica y yo había permanecido entre nosotros. Yo me estaba comiendo a Dannah con ojos callados. Ésta estaba charlando con uno de los hombres en su incomprensible lengua nativa.

“¡Oh visión gloriosa! Amor, dale tus sonrisas a otros hombres y mujeres, entrégale tu divina voz a oídos más dignos, mas cada vez que agarro aun si fuera una hebra de tu gracia natural, siento de nuevo la esperanza”. Suspiré suave hálito entre labios mudos.

Pero sus ojos en adelante ya no se atreverían a cruzarse más con los míos. Volví a fijar mi atención en el Arl. “Lo siento, señor” dije. “He tenido una noche movidita, no lo niego. Salí, me pillé un pedal y hace menos de una hora aún iba bastante ciego. Pero no te preocupes, que este Kratesiano está listo para darle a los enemigos de nuestra nación una buena tunda”.

El Arl bramó con copiosa dicha. “Ese es el espíritu, muchacho. Pero no me vayas llamando chorradas como Arl, señor o gaitas de ese estilo. Todo el mundo me llama Lovren. Lovren, el hijo de Inga.” Rugió de nuevo con notas de saludable júbilo. El Arl era un tipo campechano.

Amainó su alegría y adoptó seriedad. “Bien” dijo el Arl, constando lo claro. “Va siendo hora de que comencemos el asunto este del Agón. Soren -llamó a filas y yo obedecí-

¡Eh! ¿Qué te he dicho? Nada de ñoñerías. Tranquilo, chaval.”

Relajé mi rígida postura. Mas aun si fuera un milisegundo a la vez, tenía que seguir mirándola -de reajo. Hasta que algo se interpuso ante el objeto de mi pura y ciega devoción. Un hombre alto. No tanto como yo, mas profesaba una pulcritud

allende toda convención, debate o ideal efímero de la belleza. Indudable la mano de Ida cuando comprobé una faz elaborada sobre un cuello distinguido. Una espalda que debió ser de un color marfileño y al tacto el más exquisito mármol, mostraba una figura sana que respiraba debajo del cuero negro de su equipo de batalla. Aún más hermoso cuando diose la vuelta; un castaño suave coronaba su cabeza con un marrón otoñal y sus ojos -incandescentes con la esencia de los mares inmortales.

No me sentía atraído hacia esto. Gruñí, un simple quejido, murmurado en lo más recóndito de mis cuerdas. No me gustaba este hombre. Me dio una impresión cual la de pomares putrefactos. Lo divisé, hallándolo con inquina amenazadora.

Entre que nos miramos, estudiando cada cual al enemigo que tenía delante, habló el Arl, ignorando esta especie de duelo mental entre el joven hombre y yo, uno que yo tampoco podía descifrar.

“Ah ¡Pero qué modales los míos!” Nos llevó a ese chico -y unos pasos detrás de él, Dannah.

Su nombre, su imagen, su esencia envolviendo todo cuanto conocía o deseaba conocer; no, era demasiado para procesar. Tal era su lindeza que su cercanía progresiva me quemaba la dermis. *¡No por favor!* Grité enfervorecido en las cámaras acolchadas de mi psique. Me pregunté qué pensaría el Arl si de repente lo hiciera bruscamente a un lado y corriera como un animal rábido, abandonando el palacio, atravesando las puertas de Teutoburgo y simplemente escapando entre la salvaje naturaleza. Sólo corriendo hacia el vacío, esperando allí la solaz libertad que me daría la muerte.

Válgase que nada de eso transcurrió. Al acercarme, Dannah apartó la mirada y habló burdas distracciones con los guardias detrás de ellos, quienes siempre tenían tiempo para charlar con Dannah. ¿Y por qué no? ¡Dioses cuánto los envidiaba!

Patrick, por otro lado, me miró directamente a los ojos. Así es como se llamaba el hombre al que ya ansiaba odiar. El Arl me contó que, a pesar de contar tan sólo con



veinticinco años, había asumido inmediatamente su justa posición como Capitán de la guardia del Arl; tras sufrir su padre, Bernard, una lesión incapacitante mientras subvertía una pequeña incursión de bandidos. De aquello un año había pasado y al parecer Patrick se había asentado perfectamente en el puesto.

Su eficiencia era superada únicamente por la devoción y el honor con los que cumplía su deber.

No era inusual que un sumo caudillo asumiera este título. Como hijo único, el Arl lo había asignado al más honorable de sus hombres. Ese había sido el diestro Bernard, quien ahora disfrutaba de un bien merecido retiro en Vianna; y Patrick no iba a ser diferente. Oh Patrick, cuán magno vos. Cuán perfecto. Nadie podía resistirse a un hombre tan encantador.

¡Que le den! Esos los sentimientos míos cuando nuestras manos chocaron por mor de una presentación forzosa. Indudablemente un gesto escarchado, mas necesario para mantener un mínimo de formalidades. Patrick, ojeándome con tanta curiosidad como desagrado supongo, fue el primero en romper el hielo, uno que sería inquebrantable en un lugar tan frío y entre hombres que guardaban sentimientos de esa misma gelidez para con el otro.

“Es sin duda un honor, mi príncipe. Noticias de vuestro éxito con el gran Maestro Gayo han llegado hasta la lejanía de estas tierras cabezotas. Ruego recibáis mi más cordial enhorabuena, pues creo que son más que merecidas.”

“Gracias” mi torva respuesta. El Arl no parecía percatarse de la tensión. ¡Ja! A saber, niños, quizá sólo existiera como tal en mi cocorota.

Bien si fuera mi demencia o no, Patrick añadió más verborrea, algo que no debió haber dicho. “Magno será para mí el venceros en estos mismos campos de adiestramiento. Alta victoria la mía”.

Las palabras equivocadas, errónea una idea. Aparté su mano de la mía con un fuerte golpe. Mis ojos enardecieron un croma púrpura, mas él respondiome con una

indiferencia azul. Eso me inquietó.

“¿A qué te refieres con eso?” Dije con severo timbre y un rictus que buscaba intimidar. Patrick sonrió, un gesto que me era neutro en demasía.

En el momento oportuno intercedió el Arl. “Chicos, jugad limpio, ¿me escucháis?” Dijo tratando de suavizar el ambiente. Me preguntaba si Dannah nos estaba mirando. No lo podría haber asegurado. Tan necio el corazón del hombre que con tanta facilidad puede pasar, en el abrir y cerrar de un ojo, del amor al odio.

“Soren, sólo se estaba quedando contigo” dijo el Arl con jocosidad.

Patrick asintió, profiriéndome disculpas por cualquier ofensa que hubiera podido ocasionar. Empero, para mí ya habíase pasado cualquier oportunidad de enmienda. *Enemigo*, todo cuanto me decía la tenebrosa deidad que soplaba desde sus salas sombrías.

“No pasa nada” dije con aspereza.

“Perfecto” cantó el Arl, dando palmadas de satisfacción. “Bien. Hora de empezar tu primera labor. Es una que durará dos meses. Entrenamiento básico de combate.”

Mis ojos retomaron su vivacidad. Esta labor sería tan fácil como deglutir los pasteles y tartas de la señora Bienbuena; por ende en mí un sentimiento celebratorio que carecía de fundamento. “¡De puto lujo!” Bramé, velozmente desenvainando a Adraste.

Todo el mundo se quedó mirándola, impresionados. Menos Patrick. Tampoco miró Dannah. El Arl, por el contrario, encomió a Adraste. “Bonita espada. Me pregunto si la empuñas con la habilidad del viejo Gayo. Supongo que pronto lo sabremos. Pero no aquí desde luego”.

“¿Qué dices?” Pregunté, sintiendo una creciente desazón. Yo mismo llegué a la lógica deducción a través de las yermas espadas que blandían los demás. “Claro, coño. Lo siento, Lovren -espadas de entrenamiento exclusivamente”.

Mas esa lógica también había de serme refutada. “No” rio. “Espadas tampoco,

de hecho mis hombres sólo estaban sacándolas de aquí. -Estaba desnortado y decepcionado también, las espadas eran lo mío. Aun así asentí, con un bufido quejumbroso-

Na, eso sería demasiado fácil. Con espada en mano, eres más que un digno rival para todos los presentes, incluidos Patrick y este viejo chocho que tienes delante; Gayo me lo dijo personalmente. Y sí, él fue quien sugirió que te apartáramos de la esgrima. Pues en eso eres un maestro. Pero recuerda lo que te acabo de decir - combate básico”.

“¿Y qué hay más básico que la esgrima?” Pregunté, confuso.

“Simple” me contestó el Arl alzando sus increíbles puños, con el zumbido del crujir de sus gruesos nudillos revelándome su sed por la lucha.

“El combate físico, chico. Un mano a mano de toda la vida. Me imagino que ya te sabes los principios básicos de lo básico, ¿no?”

Enrojecí bastante, mas asentí. No se equivocaba el Arl. Había librado más de una pelea amén de aquélla que casi me arrancó de la vida, de no ser por mi astucia y la llegada providencial de Gayo.

“Bien, eso nos quitará bastante trabajo. Oye, chico, ¿Laertes, verdad?”

-Laertes, quien estaba varios pasos detrás de mí, a una distancia discreta para no llamar la atención -siendo él tan nervioso- se irguió recto al escuchar su nombre-

Calma, hijo, no hace falta que te pongas así. Que tú también tendrás parte en todo este desaguisado”.

“¿Y.... yo?” Balbuceó Laertes.

“Sip, te necesitamos en plena forma para cuanto se te necesite.”

“P... pero s... si sólo soy un novato, mi Arl.... Digo, Lovren.... Señor”.

Acudí presto en defensa de la tartamudez de mi amigo, quien parecía estar al borde de un infarto. “Doy fe de su valor, la cual demostrará a la perfección, esto te lo aseguro”.

Laertes se puso rojo por la sorpresiva vergüenza, miróme con una visión cercana a la malicia, culpándome por haber posado semejante carga sobre sus delgados hombros. Yo me limité a sonreír burlón.

“Bien” dijo Arl Lovren. “Pero tranqui, Laertes. Tú estás obligado a seguir la instrucción del Arl y te aseguro que te pondremos a trabajar duro, pero no tendrás que acometer la prueba final. Soren sí, me temo”.

“¿Y cuál es?” Inquirí, triste, mi ánimo habitual siempre que escuchaba esa nefasta palabra. Prueba, examen.... Eso me sacudía.

“En dos meses tendrás que enfrentarte a nuestro mejor luchador”.

“¿Y quién es? Asumo que uno de tus veteranos”.

“Te equivocas otra vez, chavalín” dijo un Arl muy animado.

“Este de aquí, mi buen Patrick” remarcó mientras le golpeaba la dura espalda al muchacho. Ésta no se movió.

Estudí a Patrick inquisitivamente; ¿era realmente tan fuerte? Mi cardio corrió de nuevo. Esta vez con anticipación. Me abrasaba, extremo era mi deseo de que llegara el momento. Sólo dos meses. Mi sonrisa, cargada de maldad. El Arl, aún en aparente ignorancia, se tomó mi pérfida gesticulación como algo que sin duda era también, si bien parcialmente: emoción.

“Pero antes de que nos pongamos manos a la obra entre la nieve y el barro, hay algo más que debes saberte sobre tu Agón”.

Laertes y yo observamos fijamente al Arl, prestando seria atención, subyugando nuestros nervios.

“El Agón es un todo. Diría más bien un pequeño continuo. En aras de finalizarlo correctamente, el actuante debe superar tres labores. Pero no es obligatorio aprobarlas todas, ya que cada una será evaluada individualmente”.

“¿Evaluada?” Preguntó Laertes. “¿Como un examen?”

“Efectivamente” contestó Arl Lovren. “Tal cual, aunque tú sólo irás a algunas

lecciones, Laertes. Para ti tengo mejor uso”.

Una gris nube de desánimo disparose sobre las facciones del chico y su frente se arrugó en su tristeza. El Arl rio a jocundas carcajadas. “No te preocupes, que no vas a pasarte el día limpiando mierda de los establos - el “uf” de Laertes plenamente audible-

Pero Soren sí tiene que hacer estos exámenes -sí, llamémoslos así”.

Ahora era yo la víctima de la siempre odiada Desesperación. Ahora era su sombra la que se cernía sobre mí, burlándose de mí desde la oscura nube de Desesperanza, su vil hermana. ¿He mencionado ya que detestaba los exámenes?

“El primer examen final será una pelea contra Patrick y después; bueno, eso ya te lo dirá Juliano esta tarde”.

Juliano, quien no era un simple maestro; sólo Arl Lovren y el Rey podían dirigirse a él así. Él era el Alto Maestro de Atthinia, su rango a la par con el del Archimaestre Gothwin. Y lógicamente esos dos eran amigos. Pero de Juliano yo sólo conocía su reputación como académico, lo cual significaba poco más que nada en ese momento. Ya me llegarían los dolores de cabeza después.

“¿Y la prueba final?” Pregunté, presuponiendo que sería algo estúpido como cocina, hacer punto de costura o alguna mariconada por el estilo.

Pero el Arl sólo se limitó a señalar al muro y a cuanto moraba detrás. “Allí afuera, lejos de la seguridad de Teutoburgo, está tu prueba final, la exigida personalmente por el Rey”.

Asentí con la cabeza. Dos de tres, al menos esas parecían hechas. Estudiar, por otra parte, iba a serme mucho más costoso.

“Pero eso no es para ahora” concluyó el Arl respecto al Agón.

Calló y de repente se puso a mascullar palabras para sí, su barbilla anidada entre su pulgar e índice. Dudó una vez, dos, mas al punto dio luz a su idea. “Quizá estas putas labores sean demasiado jodidas. Pero hay que superarlas... ¡Oye Soren!”

“Dime, Lovren”.

“¿Qué te parece una oportunidad de gratis?”

No lograba captar el significado de esta asección. “¿De gratis?”

“Sip. ¿Qué te parece un intento contra Patrick aquí y ahora mismo? Sin presiones. Si ganas, no tienes que entrenar más, pudiendo así enfocarte en las otras labores. Si pierdes, meh, no pasa nada, mejor suerte la próxima vez. ¿Qué me dices?”

En mi fuero un fulgor, éxtasis me llegaba. “Acepto” afirmé con avidez.

Si Patrick estaba preocupado, no lo mostraba.

¡Sí! El momento habíame llegado mucho antes de lo esperado. No era capaz de comprender el odio que sentía, y en verdad que seguiría confundiéndome por meses - hasta que descubriera el por qué; pero había algo que me empujaba a subir a la pequeña arena a pocos centímetros sobre tierra. Habiendo sido limpiada previamente, la madera resistente destacaba sobre el lecho nívoo debajo.

Yo quería embadurnar ese tetrágono en sangre. Y lo haría -con la mía propia.

“Cuando digáis, chicos” dijo un dichoso Arl, sin ver las ondas de pura rabia que abrasaban el aire alrededor de mí.

Se nos obligó a chocar nuestros nudillos desnudos antes de dar pie a la lucha. Yo golpeé con más fuerza de la recomendada, disfrutando de la ligera contorsión de dolor que producían esos labios, lo cual a mí me alegró mucho.

“En guardia, pues” ordenó el Arl mientras regresaba junto a su hija y los demás.

Éstos vitoreaban con sonoridad, y sin un mínimo decoro, a su favorito -el cual claramente no era yo. Asimismo, su nula disposición hacia mi persona sólo me inflamaba más, vigorizándome por la posibilidad de hacerle mayor daño a Patrick; rata detestable que creía poder vencerme a mí.

Nos dispusimos en guardia, yo sonreí al izar mis puños apretados.

“¿Listos?” Dijo el Arl, extendiendo en alto su brazo.

¡Oh pues claro que lo estaba! Ya me hallaba inspeccionando su constitución. Su cuello parecía un punto débil, sus piernas más delgadas que las mías y yo era el más alto de los dos. Iba a ser una victoria aplastante a mi favor. Independientemente de su agilidad y reflejos, quizá superando los míos -aunque lo dudaba- yo tenía más experiencia, aun si él fuera mayor que yo. Había participado en más peleas de las que incluso el Arl se habría imaginado. Burdeles, tabernas y hasta casas nobiliarias; desde mis días primerizos había estado luchando en lides de toda índole, aquéllas que no tenían reglas salvo las que dictaminare el vencedor.

Sí, mi plan era golpearlo duro en la yugular, para acto seguido arremeter contra sus sienes con mis palmas abiertas; luego, con él ya medio noqueado, le propinaría un rodillazo directo a la nariz -a ser posible rompiéndolo. ¿Que si estaba listo? ¡Qué gracia! Estaba más que listo.

“¡Luchad!” Anunció Arl Lovren, bajando el brazo bruscamente.

Y luchar fue lo que hicimos. Cargué contra mi enemigo, mi odiado rival, con rauda vehemencia. Quería acabar con esto de la forma más rápida y dolorosa posible.

Pero en medio de mi exhortante paso -erré.

Allí estaba ella, Dannah -amor. ¿Me estaba mirando a mí? ¿Sí? Yo la seguí con la mirada, ella caminaba hacia su padre y mi disposición me falló con una interrupción inesperada, por mí perpetrada, al ser golpeado por un amor que en mi fuero no sabía bien si me correspondía sentir.

La miré directamente, una vez de muy pocas, y pensé, durante ese efímero momento en su ocurrir, que ella también me miraba a mí, hallando oscuros ojos que

deseaban con un amor sin medida; mi sentimiento, incalculable -ni por Ida, quien en su saber poseía todos los romanceros conocidos en verso, el instrumento de poetas enamoradizos, sus plumas y tinta movidas en celeste sincronidad por la apasionada madre de Amor cuando vierten los sueños de su corazón sobre la fiel y callada compañera que es la siempre misericorde hoja de papel.

¿O estaba mirando a Patrick?

Busqué a mi oponente, sólo para hallar un puño duro y encallecido, el de un buen luchador, cursando hacia la base de mi mejilla. Mi mandíbula rechinó en agonía bajo el peso sorprendente del diestro golpe de Patrick. Su diestra conectó perfectamente contra mi mejilla izquierda -y para ser más exactos la hendidura entre dientes y hueso. Vomité un torrente de violenta sangre, echado atrás por el golpe, trastabillándome y casi cayendo de culo.

“¿Pero qué mierda...?” Rugí, parcialmente noqueado.

Mas no pude hallar recurso para ocultar mi sorpresa. Una suave punzada a mi tabique nasal me vio de bruces contra el suelo, sujetándome fuertemente a los bordes del cuadrilátero, no fuera a caer y con ello mi estasis condenada.

¡Eso ni pensarlo! ¡No delante de ella! *Oh cómo revivía Soren este momento de su juventud.*

Sangraba mi nariz, un nimio reguero derramaba para encontrarse con mi labio superior y dotar a mi lengua con su venenoso sabor a cobre y derrota. Me alcé a tientas, mis sienes y garganta ululando con rencor.

“¡Bastardo!” ¡Bramé! “¿Cómo osas hacer trampas?”

Patrick seguía adoptando pose vigilante y defensiva. ¡Maldito Tedesquiano! Sabía luchar. Estaba más que a la par conmigo, por mucho que odie admitirlo.

“¿Trampas?” Bufó desdeñadamente, controlando, según asumo, su tempestad emocional. “En absoluto, mi príncipe. El Arl HABÍA dado la orden de comenzar, yo sólo



estaba siguiendo mis preceptos. Además, ¿crees que allí afuera -señaló hacia el exterior, tal como había hecho el Arl previamente- van a mostrar favor hacia tus mal llamadas reglas?”

“¡Ni se te ocurra decirme cómo he de luchar! No estoy menos versado que tú en la lucha cuerpo a cuerpo Y guerra militar.”

Pero Patrick sólo chasqueó la lengua, hiriéndome profundamente. “No, eso no es así. Sinceramente lo dudo”. Dijo esto con una voz que intuí como la más patética que había escuchado - ¡y yo había conocido a Méliano! Pero Patrick no era Méliano. Sólo que era mejor que yo y lo odiaba.

Así que, como comprenderéis, ese tono chulesco me hizo estallar. ¿Estaba tratando de templar mi ira o tentarla? ¡Ja! Sin duda lo segundo. Y le había salido bien. Rugí y sin mente atacué a mi rival, quien sólo tenía que permanecer quieto y esperar con toda la tranquilidad del mundo, siguiendo el ritmo de su ánimo calmado.

¡Sí! Así fue como me venció ese día. Yo era más fuerte y no menos superior a él eran mi resistencia e ímpetu. ¿Pero de qué te sirve la fuerza bruta si pierdes toda cordura en un torrente de ira y furia?

Cierto que de haberlo golpeado el puñetazo que le proferí -y en donde había intencionado, la frente de aquél- creo que sin duda habría sufrido un severo trauma craneal y habría padecido redundantes hemorragias. Pero su cerebro no sufriría como sí lo hizo el mío con la humillación de perder el equilibrio por completo y ser zancadilleado como un vulgar infante, cayendo de cabeza sobre la madera escarchada.

La sensación era la de mis dientes pidiendo ser liberados de su lecho de encías. ¡Mierda! Me hallaba del todo derrotado. Escupí sangre sobre la superficie, mis labios se habían agrietado pero la adrenalina me impedía sentir dolor. Con el dorso de la mano me limpié mi boca malherida de sangre, flema y saliva, aunadas en una pasta de odio visceral. Ahora sólo podía ver estrellas danzantes con el tono de fucsia.

“¡Cabrón!” Vituperé para mí mismo, oteando con incredulidad las manchas rojas

sobre mi guante. “Ha osado derramar sangre real, ¡ese hijo de puta barriobajero!”

“¡Escoria tramposa!” Aullé cual Hiena de Hiperboria. “Pedazo de mierda, perro mentiroso. Debí haberlo supuesto”.

Estaba totalmente fuera de mí, en mi furia psicótico; también la elegante damisela, Dannah querida, desapareció bajo un manto de escarlata. Sólo importaban el Arl y Patrick, ergo eran las suyas las únicas figuras divisibles en la infamante pantalla que era mi vista.

“¡Arl Lovren!” Chillé, en un tono nada lejano al de un asesino. “¿Cómo puedes permitir que un capullo deshonesto como él sea el Capitán de tu guardia?”

Pero el Arl nada pudo decir -y me alegro de que no hubiera liberado su desaprobación contra mi piel- pues el propio Patrick intervino en su lugar.

“Os aconsejo cura, joven príncipe. Las palabras que proferís no son propias de ser dichas por un hombre de vuesa estación -ni ser escuchadas por uno de la mía. Vigilad cuanto digáis; las intenciones en vuesa mente, si enunciadas, no serán acogidas de buen agrado por mi parte”.

Acarició su mano la suave empuñadura de la muerte que ocultaba envainada. Adraste también estaba despertándose, excitada con la posibilidad de encontrarse con un nuevo amante en el tierno conflicto de la muerte. No sería tratado así, mi sed de venganza no sería aplacada; desde luego que no por SU mano.

“Eres patético, Patrick” reí yo con maldad, convirtiendo mi impotente y arrugada ira en cuchillas afiladas e hirientes. “Yo si fuese tu padre, al nacer te habría tirado al mar y me habría reído mientras los tiburones devoraban tu carne. Pues tal es la miseria de su hijo, la de un tramposo pedazo de roña. ¿Y qué clase de servitud puede esperar el buen Arl de la simiente de un hombre lisiado por un vergonzoso tropel de tres bandidos?”

No quise esperar a que su resentimiento se manifestara físicamente. Adraste había surgido a la velocidad del rayo, mas juro que encontró su par ese día. Como las

campanas del Destino sonaron. Con mi aliento agarrotado sobre el suyo y viceversa. Nuestros ojos colisionaron detrás de la brillante cruz que eran nuestras belicosas espadas. Yo reía, gruñía y salivaba con virulencia. Quería matarlo. ¿Pero por qué? Supongo que el odio es ilógico.

“¡Ya basta!” Exhortó una barítónica vociferación en la distancia. No era la del Arl. La reconocía. De timbre a fonema, y con ella la imagen de una hermosa mano tomando la mía, que ahora usaba para infundir terror en ella -presuntamente.

Pero aún podía amar. Y aún puedo. Dannah, ¡te amo y lo lamento tanto!

Sí, fue Dannah quien había llamado a la paz. Pero yo no podía hallar paz en mi ánimo, mi deseo por la sangre de Patrick era demasiado grande.

Y el Arl quizá no había entonado vocablos, como sí su hija; mas cuando ésta clamó para que cesara la locura, el Arl le puso fin.

¡Más que digno rival para este viejo chocho -mis cojones! Eso es lo que os digo. No podría haberlo derrotado aun si éste hubiese tenido los ojos vendados.

Una enorme hacha de guerra hizo que nuestras espadas volaran libres y en mutua compañía cayeron en la nieve a varios metros. Las dos enamoradas habían tenido suficiente por hoy. Mas ya se encontrarían de nuevo. Tal como de nuevo volvería a ver esa airada centella en los óculos del Arl. La mirada que nos lanzó a ambos era una que clamaba pura autoridad, la cual me influenció tanto que se me escarcharon los fueros tanto como mi carcasa exterior. Me intimidó a tal nivel que no me había dado cuenta de haberme echado varios pasos a un lado; ergo confirmando mi suspenso cuando me tropecé y caí fuera de los límites del cuadrilátero.

Patrick estaba ante su Arl, cabizbajo. Al levantarme del suelo y erguirme, el Arl se apresuró en mutar su rictus amenazador, reduciéndolo a una disposición seria pero menos formidable. Amablemente me ayudó a volver a la arena y a quitarme la nieve de mis cuerudos ropajes.

Me esperaba reprehensión por su parte -quizá una golpiza. Si esa había de ser

su decisión, nada iba a poder hacer para impedirlo. Pero la atención pasó de mí a Patrick. Yo aún tenía los ojos puestos en tierra. Estaba empezando a sentirme avergonzado.

Y luego el Arl me sorprendió totalmente. “Podía esperar esa reacción de nuestro invitado, siendo él un joven príncipe de Krates aún desacostumbrado a nuestras tradiciones; pero de ti no, Patrick, un Tedesquiano de cuna y ni menos que el Capitán de mi jodida guardia.”

Mi buen amigo, mi salvador, me dio una palmadita en la espalda y caminó hacia el joven aterrado. El Arl levantó su mano y yo mi cabeza, esperando -no, ansiando ver a esa cabeza intacta recibiendo un golpe. Mis moratones y labios hinchidos retozaban expectantes. Para mi abatida sorpresa, el Arl sólo le palmeó su roja mejilla.

“Eres mejor que eso” le dijo con tibieza. “A tu viejo no le parecería bien verte dando pataletas”.

“Asiento, mi Arl” dijo el chico penitente.

Esta vez el Arl le dio a él una palmada en la espalda. “Sabes que Soren no hablaba en serio cuando te dijo esas cosas. ¿Verdad, chavalín?”

Mas sí las había dicho así, en total convicción. Me contuve de evocar la sinceridad de mis pensamientos y distraídamente dije - “ajá”.

“¿Lo ves? Y la verdad sea dicha, sí hiciste trampas”.

“Así resultó” dijo él, secundando a su Arl. “Y por ello mis más veraces disculpas”.

El Arl y Patrick se me acercaron, el Arl sonriente, como así también Patrick, pero con mayor timidez que su superior.

“Aun así Patrick tiene razón en una cosa; allí afuera, esos putos bandidos no dudarían en destriparte aun si estuvieras en tu cuarto íntimo plantando un pino”.

“¡Papá!” Protestó Dannah, atónita.

“Lo siento, cielo. Lo que quería decir es que hay muchos peligros allí afuera. ¿Y debo recordarte, Patrick, que Soren es un guerrero extraordinario? Por mucho que

digamos sobre ella, Krates no es del todo segura, a pesar de la gran labor que está haciendo Proteo.

No, te has equivocado en dudar de su pericia. Así que, ¿por qué no lo dejamos estar, eh? Digamos que todos, incluido yo, tenemos la culpa y a la vez nadie la tiene.

¡Ja! Un día recordaremos este día y nos partiremos la caja”.

Por desgracia, amigo mío, no podías haber estado más equivocado con esa predicción.

Concluyo, no habría de haber más disputa ese día. Patrick me ofreció su mano y yo la acepté. Tan simple como eso. Sin más palabrería, sin más disculpas forzadas.

El Arl se excusó inmediatamente después, abreviando esta primera sesión debido a.... Bueno, debido al acontecimiento más reciente, si bien tuvo la decencia de llamarlo - errores técnicos.

“¿Y ahora qué hacemos?” Le pregunté a Laertes. Sólo eran las once y las lecciones con el Alto Maestro Juliano no eran hasta las cinco.

Laertes bostezó. “Todo este trajín me ha dado sueño. Creo que me voy a echar una siesta antes de la comida”.

“Buena idea” asentí. Dicho de paso que me dolía toda la cara y apenas llevaba unas horas de sueño encima.

Así que eso era todo, en esencia. *Soren rio tímidamente en la oscuridad de la cueva.*

La comida había sido opípara. Con ambos manoseándonos la tripa y la cintura, prestos a explotar como estábamos, eructé con alegría.

“Tronco, tengo que dejar de comer tanto, si no me voy a poner mazacote”.

“Es posible” resolló Laertes, veraz su satisfacción. “Pero no te olvides de que estas pruebas serán difíciles y mañana el combate físico será más exigente. Quizá toda esta carne e hidratos sean algo bueno, especialmente de cara a enfrentarte a un chico tan duro como Patrick”.

Abucheé disgustado. “Que le den al capullo ese. Hizo trampas. La próxima vez le daré duro”.

“¿Crees que es prudente antagonizar al Capitán de la guardia?” Mi querido amigo, siempre el más sensato de los dos.

“¡Me cago en el Capitán y todos sus esbirros!” Siseé. “Les partiré la cara a todos ellos”.

Laertes asintió en silencio, sin creerse mi achaque de bravuconería.

“No” suspiré. “Donde sí la voy a cagar, pero bien, es con el Juliano este.”

“¡Soren!” Me reprehendió con vehemencia mi mejor amigo. “Te ruego que no te refieras al Alto Maestro con tal crudeza. A fin de cuentas es una eminencia en su campo. Es una leyenda de las humanidades y una de las más ínclitas mentes que Rysia haya visto”.

“Como si esa mierda me importara algo”.

Me tomé los últimos sorbos de mi vaso de agua. No tenía ganas de beber alcohol, aunque un poco de vino me habría ayudado a calmar la hinchazón de mi rostro. Debía mantener la cabeza sobria para esta nueva lid, la cual iba a ser agonizante. No tenía idea de lo que tenía que hacer de allí en adelante, más que nada porque iba a tener que hacer esto solo.

“Señor Laertes” dijo humildemente una sirvienta entrada en sus años áureos, no menos de setenta años debía contar.

“¿Puedo ayudarla en algo, señora?” Dijo Laertes amablemente.

“De hecho sí, puedes” silbó con comicidad, su papada movediza formando una sonrisa. “Tus tareas te requieren”.

“¿Mis tareas?”

“Sí, y además tengo un mensaje de parte del Arl. Se lamenta profundamente por separarte de Soren, pero él necesita estas lecciones mucho más que tú. No te lo tomes a mal, tienes plena libertad para hablar con los pocos maestros en Teutoburgo - incluyendo al Alto Maestro de Atthinia- o consultar nuestros tomos, aunque no haya nada aquí que no puedas encontrar en Krates. Pero aun así vas a tener que hacer tus tareas.”

“¿Puedo preguntarle qué clase de tareas son las que me separan tan pronto de mi amigo?” Inquirí con cierto descontento.

“No” contestó la sirvienta, “porque no lo sé”.

“Supongo que sólo hay una forma de averiguarlo”.

Apreté el antebrazo de mi amigo con ahínco; galante muchacho aquél, con el que había entrenado, jugado y reído en tantas noches que ya no hallo cuenta de ellas. Él respondió con el mismo espíritu. Mi otra mano firme sobre su hombro, dije; “eh, tronco, que podemos hacerlo”. Laertes asintió tácito en su semblante, como así yo. Nos miramos el uno al otro, sonrisas cómplices, gestos repetidos a lo largo de nuestros tiempos juntos.

Te quiero, Laertes. Mi mejor amigo, mi compañero, mi sol.

Al marchar mi amigo con la vieja, sonó cinco veces la campana de la plaza principal de Teutoburgo. Había llegado la hora. “Oh, mierda” farfullé; el único ser presente para oír mi soez boca era una araña solitaria; era bastante grande la vetusta arácnida, tejiendo cuidadosamente una red de bella seda en una esquina del techo. No podía apartar la vista de las mañosas creaciones de la criatura octópoda. Pestañeeé, anonadado, y luego me golpeé la cara por tonto.

“¿A dónde se supone que debo ir?” Me quejé a la araña, la cual, al modo de las

tres Furcias en el Infierno, no escuchaba mis protestas y aún menos le importaban; lo único que hacía era seguir tejiendo su propio ciclo destructivo.

Aunque el palacio del Arl -tanto una mansión como un palacio per se, cosas de la semántica, supongo- era más pequeño que el castillo en el que me crie, seguía siendo bastante grande. Sólo tenía dos plantas y dos sub plantas que incluían las bodegas, una destilería y, debajo de éstas, las siempre vacuas mazmorras. Era un laberinto para quienes no estaban hechos al lugar. Si bien era fácil salir del palacio, guiarse por él no lo era tanto.

Atravesé patios y jardines, dando zancadas de un bloque a otro. Por lo general eran salas talladas en roca, calentadas por pequeños contingentes de lámparas de óleo y piras anidadas en oquedades enanas. Las estancias en las que entraba no diferían en estilo y materia prima.

Mal me pesó sobre todo la primera estancia a la que accedí; para clarificar, Agatha, yo tenía intención de entrar, a trancas y barrancas, en un cuarto tras otro. Y la estadística, en connivencia con la excruciante puta que era Fortuna, tuvo en bien que la primera sala no fuese el aula, sino los aposentos de las damiselas del servicio doméstico.

No se las veía muy felices de verme, válgase decir; si bien yo lo estaba y mucho. “Mis disculpas, chicas” triné.

Las pobres féminas, en el desvalimiento de sus blancas prendas íntimas -las cuales en verdad sólo revelaban las figuras formosas de las más jóvenes, las rollizas de las menos- se ruborizaron primero y gritaron después. Luego asumieron una estrategia más valiente: tirarme almohadas, las cuales yo esquivaba con facilidad. Con las almohadas a mis pies, comenzaron a tirarme su calzado; para agravar una situación embarazosa, una me tiró un zapato de tacón, que fue a golpearme en la frente. Ya os



podéis imaginar que grité para inmediatamente proferir disculpas mil y, entre que seguían amonestándome a la distancia, correr por mi vida.

Errando con raudo paso por un laberinto de piedra, granito y ladrillo, un pasillo tras otro, les preguntaba a los muchos guardias y sirvientes con los que me topaba dónde estaba el aula. También ellos desconocían el lugar en donde el Alto Maestre había decidido impartir sus lecciones. Según me dijera una de las sirvientes -la única con un mínimo de amabilidad como para detenerse en sus quehaceres y darme información- Juliano tenía la reputación de ser.... Poco ortodoxo. A diferencia del Archimaestre Gothwin, que era de rutinas y hábitos más rutinarios, Juliano gustaba de cambiar de escenario a diario. La joven que cargaba pilas de camisas blancas me había dicho que también disfrutaba dando las clases al aire libre. Eso era algo que no quería hacer -salir afuera a la intemperie de *verano*. Tenía suerte de que Atthinia, el domicilio habitual de Juliano por décadas, era una tierra cálida; por tanto la sirvienta había asumido que Juliano debía estar dentro. ¿Pero dónde? Eso no me lo había podido aseverar.

Tras ella les pregunté a muchos y más; recibiendo de su parte la misma respuesta, ora interpretada a través de vacuas expresiones de ignorancia o simples noes en un denso acento teutoniano. Estaba empezando a odiar ese acento el cual, por contra, había admirado y amado cuando de una boca que cantaba miel y rosas. Su boca.

“Pareces estar perdido” maulló una voz astuta que respiraba sobre mi dorso.

Tras haber recorrido los mismos pasillos y cuartos en rumbo circular, por fin aparecía alguien que sabía dónde estaba. Me di la vuelta para ver a un gafotas enclenque y sin demasiada musculatura recubriendo su cuerpo, no parecía muy Tedesquiano -una clave sobre a quién me estaba dirigiendo. No es que yo la captara.

“Hallome tan perdido, cual gnomo en un concurso de belleza” confesé; a lo cual titiló aquél, quien actuaba con una simpatía inusual. Mas tenía la sensación de que me estaba estudiando. Me alzaba varias cabezas por encima de la suya -una gris, lacia, sana y de gran arreglo- pero me sentía empequeñecido por él.

“Te las das de gracioso. Y uno bastante misterioso debo añadir, pues son las bocas burlonas las que más tienden a guardar secretos” dijo el enigmático ser.

Hice mío verbo formoso enunciado la noche anterior. Como si recurriendo a mejor psique para hacer frente a este hombre que me confundía e intimidaba. “El misterio es lo que mantiene vivo el interés, ¿no cree?”

El simio raro era también uno -gracioso, tenía un aura que no me era posible descifrar. “Lo creo” asintió con no poco grado de pomposidad. Este hombre era listo, un intelectual quizá, pero uno muy distinto a los estirados vejetes en Krates.

“Pero como todo, el misterio puede ser una vertiente resbaladiza”.

“No le entiendo” dije en sinceridad.

“Sencillo” contestó el hombre de elegante atavío. “¿Recuerdas los acontecimientos del año treinta mil Antes de la Batalla Maldita?”

“¿Treinta mil ABM? Que me follen si lo sé. No le puedo decir, no estuve allí para verlo”.

Expulsó aquél un hálito feliz a pesar de mi tosca respuesta. “Entiendo, será verdad que tienes el cráneo lleno de serrín”.

¿Pero qué....? ¡Quién se creía él para hablarme a mí de forma tan directa y explícita! Tenía toda la intención de recordarle con quién estaba tratando..... Mas no pude. Pues se puso a discurrir verbo.

“Dicta la leyenda que fue Thamrael, el todopoderoso mago Faerie, quien venció al Señor Supremo Daemon, Thanax.”

“Muy bien” repliqué, “¿pero qué narices tiene eso que ver conmigo?”

El maestro se fijó las lentes a la vez que se arreglaba un pelo gris mas bien

nutrido. “Como debes sin duda saber, jovencito, en su confrontación final, Thamrael persiguió a Thanax por un negro laberinto diseñado por el Daemon.

A lo largo de cuatro días y cuatro noches Thamrael se perdía a cada esquina que giraba, cayendo presa de la desesperación. A cada camino cruzado se topaba con gruesos muros de espesa negrura. Hasta que al fin halló la salida con la ayuda de su amante divina, Ibi, copera de los dioses.

Pero ni el poder de la feliz diosa pudo prever lo que se encontraría el Faerie a la salida del laberinto. Ni más ni menos que un oscuro reflejo de sí mismo, una entidad burlona y riende y enloquecida por el pesar y el tormento. De hecho tratábase de la encarnación física de sus propios temores. No sólo había tenido que hacerse camino a través de un laberinto que buscaba su muerte, también había de confrontar sus miedos encarnados.

Mas logró superarlos. Y luego, imperando sobre el fuego y sus llamas de tenebrosa mágika, caminó sobre la negra tierra bajo sus pies y, con su legendaria gran-espada, Luciferina, le cortó la cabeza al Señor Supremo daemónico.

Sólo al comprender sus miedos internos, el misterio que vive en todos nosotros, supongo, pudo sobreponerse a las pruebas mortales de su enemigo y librarnos así de su vil presencia para siempre.”

Bonita historia, pero yo sólo atendí a ella con la mirada vacía y despreocupada. Y dije así: “insisto ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?”

Esto parecía divertir al hombre, quien rio a carcajada limpia, sin atenerse a quienes pasaban de soslayo, mirándolo como si a un demente, cosa que bien podía ser. Quizá sea por eso que me quedé.

Sin más palabras compartidas, me agarró por la manga y me guio forzosamente. “A mí, joven Thamrael, deja que te lleve a tu Thanax”.

“¿Sabe dónde está la clase de Juliano?”

“Alto Maestre Juliano, muchacho, no olvidemos las preceptivas formalidades”.

Me corregí. “Alto Maestro Juliano. Sí, lo que sea. ¿Pero lo sabe o no?”

“Sí. Mas no seas tan impaciente, ya llegará tu momento brioso”.

“Todo eso está muy bien, pero... ¡Eh! ¡Deje de tirar tan fuerte!..... ¿Es él un profesor porculero?”

“¿Porculero?” Rio. “Digamos que es un hombre un tanto..... peculiar”.

Si Juliano había de ser peculiar, este hombre no era menos de esta índole. Y al instante me sobrevino una horrible noción. ¿Por casualidad había llamado porculero al Maestro Juliano -al Alto Maestro Juliano?

Eventualmente me llevó a una estancia que podría decirse que era un ropero glorificado. “Es lógico que te hayas perdido, empero” dijo él, de nuevo su hálito sentido detrás de mí, “ya que el viejo porculero tiene la costumbre de cambiar de aula con mayor asiduidad que de calzoncillos.”

Había marrado estrepitosamente.

Dentro había una larga mesa de mármol, detrás la cátedra de madera del profesor, esperando acoger al silente maestro que estaba ya muy cerca; tras la silla una sucia y vieja pizarra.

Como había esperado, Laertes no estaba, ausente al haber sido requerido para otras tareas, pero tampoco esperaba ver a los dos gemelos que había conocido ayer a mi llegada. Y allí estaban sentados, sus mesillas semejantes a la manera de ellos. Como Agatha y tú, Orin, Herman y Helga estaban separados físicamente tan sólo por su sexo. Si su psique y ánimos divergían no lo podía decir. Al dar mi primer paso en el aula Helga giró los ojos, chasqueó la lengua y suspiró “esto será interesante verlo”. Herman censuró la insolencia de su hermana, si bien con tácitos gestos. Él fue el único en concederme un tímido “hola”.

“Ruego saludéis a vuestro nuevo colega, un príncipe a más decir” habló el locuaz profesor quien también entraba a la case, cerrando la puerta tras de mí. Había decidido intervenir al ver recibimiento tan gélido por parte de mis compañeros de clase.

Los tres musitaron un mínimo reconocimiento por mi presencia. ¿Los tres? No. Una tercera persona no dijo nada; no hizo nada salvo aventurar su mirada sin propósito a la mesita de madera debajo de ella -y el suelo debajo de ésta. Se la veía profusamente inquieta por mi presencia.

Inquietas no menos mis rodillas, tambaleantes, mi garganta y cuerdas un tartamudeo; perdía control sobre mis actos y en mi fuero se deshilachaban las hebras de mi corazón. Me tropecé con la pata de mi silla al caminar hacia la cuarta mesita, la que estaba detrás de las otras tres - ¿quizá puesta allí a propósito? Caí y me golpeé duramente contra el suelo, una superficie muy dolorosa, por cierto.

Ay. Mas nadie rio. Mis lamentos y rogatorias de amplio énfasis. Mi vista y mi mente y corazón también estaban fijadas en ella. La había visto la noche anterior y esta mañana. Ella me había visto enloquecer en mi rabia. Dannah no miraría atrás. ¿Por qué?

Con la cordura todavía sin retomar por mi parte, el Alto Maestro Juliano abrió un tomo sobre su mesa. "Papiros fuera, niños" decretó. "Hoy vamos a empezar con..."

Fue pronta la interrupción del tonto de la clase. Mi mano se levantó. "Ah, Soren, el príncipe, el poderoso. ¿En qué podemos servirlos, nosotros vuestros humildes siervos?"

"Yo... eh..... porfa.... Que no soy un príncipe..."

Ahora era el profesor quien no le daba cura a mis balbuceos. "Bromeaba sin más, chico". Por el timbre de su voz sabía que estaba siendo honesto aun en sus mofas. Algo, una especie de intuición oculta en mí me decía que era así. Simulé una sonrisa quebradiza sobre mi confusa y nerviosa faz.

Luego enuncié tal confusión. "Señor, Maestro, o lo que sea, tío.... Eh, parece que me he dejado mis cosas..... eh..... Donde las haya podido dejar".

"Oh mis dioses" siseó Helga. Diose la vuelta y con violencia me maldijo. "¡Insolente cretino!" Gruñó. "En primer lugar, no te puedes dirigir al Alto Maestro como -

tío- Háblale con respeto. ¿No sabes quién es?”

“Seh” respondí, malicioso. “Es el hombre que me ha ayudado a llegar aquí a tiempo.”

Me eché una risotada, impelido por el sutil tosido feliz de Juliano, pero ni Herman ni su hermana me rieron la gracia. Dannah hacía como si estaba en otra parte. Absorta de cuanto ocurría. Al sentirlo -cómo me ignoraba cuando lo único que quería era verla sonreír- mi propia risa murió.

Helga insistió en seguir imprecándome. “En segundo -debiste venir preparado”.

“Oye, espera un momento, hermana; que hoy es mi primer día, ¿cómo se supone que debía saber eso?”

“NO me vuelvas a llamar hermana, Soren. No soy familiar tuya, gracias a Ida” me advirtió.

Esto me hizo enfurecer. ¿Quién se creía que era para hablarme así?

Habló Helga. “Es mucho más que un simple hombre. Él es una eminencia y uno de los mejores intelectuales de nuestro tiempo”.

También habló Juliano, para apaciguar a Helga. “Vale, ya, jovencita, que me va a hacer usted sonrojar”.

Helga se volvió y miró al profesor cual niña mimada y consentida.

“Oh no” bramé, haciendo como si sintiera ofensa. “¿A él le ríes pero a mí no? Wow, Helga, tu boca debe saber a mierda con todos los culos que lames. No me sorprende que no tengas novio”.

Ahora quien tenía que disimular sus risitas era Herman; me alegró bastante notar una reacción positiva de éste, quizá no era tan cabezota como su hermana. Pero Herman calló al instante de ser regañada por ella. Una vez hubo éste callado cual cachorro ante la ira de un amo furibundo, fijó su inquina contra mí.

“Hijo de puta, ¿cómo te atreves a decirme eso? ¡Beodo irritante!”

“¡Por favor, ese lenguaje!” Avisó Juliano con futilidad, pues nadie le prestaba

atención.

“Si vuelves a llamar puta a mi madre, me voy al cuarto a por Adraste y te la ensarto tan al fondo del coño que te van a salir las telarañas disparadas”.

La discusión habíase vuelto flamígera. Mi incredulidad acrecentó, pues ella se mostró más que dispuesta a agredirme. Con pasión lanzó su silla a un lado, yo sólo me recosté en la mía, desplegando mis piernas sobre la mesa, dejando que fuera mi entrepierna la que hablara mientras yo me rascaba las gónadas con indiferencia. Como era de esperar, esto no gustó a Helga. Me habría atacado con todo de no ser por la intercesión de Dannah; había obviado por completo la presencia de Dannah y por ello me arrepentí al instante.

Le dijo algo a Helga en el oído, lo cual no pude captar, pero ésta calló tras decir: “sí, supongo que sí. Supongo que lo ha sufrido, supongo que él es así. De todos modos me cae muy mal”.

Helga se calmó, se disculpó ante el Maestro Juliano y retomó su asiento, aunque mascullaba quejas contrariadas y susurraba obscenidades contra mi persona. Oh cuánto me odiaría de allí en adelante, un sentimiento que quedaría eternamente grabado en su alma, pues el momento en el que más me odió fue aquel que supuso su caída a las profundidades de su muerte

¿Pero qué le había dicho Dannah? ¿Por qué no me levanté para preguntárselo a la cara? Porque, siendo la blanca paloma que era, habría echado a volar, lejos de mi alcance, y yo habríame puesto a llorar como el infante aquel que vio morir a su madre en sus bracitos. Tanto me importabas y tanto me importarás tú, Dannah. Y no tenerte a mi lado, eso me matará en perpetuidad.

Y todo esto acontecía bajo la mirada de Juliano, sin duda satisfecho por ver disrumpida su aburrida rutina de manera tan espectacular. “¡Ea, qué espectáculo! ¿Habrá un bis? ¿Qué opinas tú, Herman?” Mas el joven Tedesquiano no quería saber nada.

“Bien, estudiantes” anunció nuestro profesor, “parece que nuestro principito se ha dejado las cosas”.

Herman me dirigió breves y tímidas miradas, ojos simpatéticos que se detendrían un escaso segundo por la esquina del hombro. Quizá también hubo una sonrisa para mi beneplácito sobre esa cara agraciada y ligeramente afeminada.

Al comenzar su discurso el profesor, yo me quedé prendado por la visión de Dannah y su espalda, viajando mi vista al sur, a las elegantes y bien vestidas nalgas. Estaba en forma, vestía como una damisela mas yo sabía que debajo de la tela blanca hallaría el cuerpo formoso de una guerrera. Me recordaba a las guerreras arcanas que vivían en torno al Monte Ignarios: las legendarias princesas de Faenor, con sus armaduras blancas y doradas y escudos con tapices de sus muchas victorias tallados sobre ellos.

A través de Dannah las vi como las había visto en mi psique, llevadas a la vida por los papiros que solía leer en las noches solitarias de mi adolescencia: durante sus momentos de descanso en los cálidos afluentes de Ignollia, sus pezones erectos sobre pechos de perenne juventud danzando cual ninfas silvanas en el agua, divinas en su desnudez. Recuerdo la excitación sexual que me producían los textos de antaño. Recuerdo el haber leído esos mismos pasajes a la edad de dieciocho, a un joven y patoso aspirante a guardia de la ciudadela -mi Laertes.

Sentimientos tan comprometidos y entrelazados entre sí -amor y lujuria, paz y pasión- es cuanto sentía renacer en mí siempre que te veía desde mi fortaleza apartada en esa aula anquilosada. Y cada vez ejercerías de mi salvadora, oh amor, oh vida. ¿Cómo poder explicártelo? Con cada palabra que habrías de decir en adelante, cada sonrisa y gesto feliz, aun si habrían de estar a un millón de millas de mí en tus intenciones, siempre me salvarías el alma con ello.

Y tú también, estimado Juliano, cuando diste palmadas y agitabas la mano para sacarme las pájaras.



“¿Cómo se está allí arriba?” Rio. Ah las burlas incesantes, ese hombre siempre supo cómo romper mis defensas.

“¿Ein?” Barboté tontamente. Helga gimió disgustada -no era el tipo de gemido que me habría gustado sonsacarle.

“Nuestra Silene, o luna como me gusta llamarla. ¿Cómo se está allí? No me pongas esa cara, Soren, sé que has estado galopando sobre su superficie”.

“Eh, no le pillo, señor”.

Estalló Helga, mirándome con ojos acídicos mientras se apartaba su hermoso cabello. Era bella con creces, a pesar del odio y la ira apestandola por dentro. “Que estás en la luna, zopenco. ¿No te das cuenta? Tu mente es retrasada y en esencia algo roto y sucio.”

Estaba exasperada, mas no iba a darle el beneficio de rebajarme a su nivel -oh, eso llegará después y a más bajos me derrumbaría.

“Dime algo que no sepa, bomboncito”.

“¡Serás villano!” Exclamó Helga.

Juliano rápidamente taimó su ánimo. “Venga, venga, jovencita, es impropio de alta dama como tú enrojecer en ira.”

Ella se ruborizó y maulló ante el comentario del Maestro Juliano; yo chasqueé la lengua y dije “pelota”. Por suerte Helga no llegó a escuchar ese último comentario.

El maestre avasallador caminó hacia su mesa y silla pero no se sentó, sino que miró emocionado a la pizarra, mas no la tocó. Diose la vuelta. Habló.

“¿Sabes lo que eres, Soren? Eres un semental; un ser salvaje e indómito”.

“Je, je” vilificó Helga. “Un animal descerebrado, con una sola cosa en el coco, aquella que está entre las piernas”.

Parecía estar muy contenta por lo que debió haber pensado que era una crítica sagaz. Estaba triunfal.

Pero Juliano, para su disgusto, tenía una opinión adversa. “Difiero con esa

aserción, pequeña Helga; y por favor, procura contener tales comentarios de ahora en adelante. Los sicofantes no caen bien, querida.”

Eso -en mi modesta opinión- le causó a Helga un daño irreparable. Apenas veía su espalda, dada mi posición, pero por la manera en la que se tapaba la boca e hiperventilaba, era fácil comprobar que estaba cerca de las lágrimas. Herman pudo poco más que susurrarle palabras tranquilizadoras en Teutoniano.

A Juliano esto le importaba bien poco. “No, de todo son los sementales, mas no descerebrados, Helga. -Pero me estaba hablando a mí, me miraba a mí-

Los sementales piensan con el corazón y actúan con el alma. Las mejores yeguas de la noble caballada siempre tienden a ir detrás de ellos y a amarlos sobre todos los demás. ¿Cómo si no, cuando son ellos los elegidos para legar con su simiente apasionada los futuros sementales del mañana?

Los sementales son la mayor gama y la mejor raza y por eso son los únicos dignos de reyes -me miró otra vez, pronunciando con especial énfasis esas últimas palabras-

Ah, se atreven a aventurar los páramos más peligrosos y salir ilesos y más fuertes que antes; ellos comprenden el sentimiento humano, mejor que nosotros, diría yo; hablan sin palabras, mas todo lo saben.

Sienten y reconocen las inclinaciones y necesidades de su jinete y siempre los salvan del peligro; conocen la amistad y la lealtad mejor que cualquier hombre; no pueden ser comprados y no aceptan amenazas de nadie. Alabado seáis, mi Semental”.

Y al encantar su flagrante hechizo, su voz ululante resonando por la pequeña y sucia cueva que era nuestra clase, de allí en adelante ese sería mi mote; hasta llegada su hora, cuando mi espada le librara el estómago de sus tripas. Eso ocurriría circa cinco años después, en una desafortunada tarde de Caledonia.

Juliano no había concluido aún, todavía tenía un adendum que exponer, concerniente a la salvajez de su sonrisa.

“Pero hasta los sementales han de ser adiestrados. Quizá amos suyos sean reyes, emperadores y sabios, mas amos remanen por igual, de cuna a tumba; ergo los sementales también tienen constancia de las cadenas de la servitud.

Esto es imperativo, pues dejar en bruto semejante talento es un crimen contra el mismo Astarios. Y de ningún modo he de permitirlo. Mi deber como maestro me lo impide”.

He de admitir que en este monólogo sí intuí algo del mágico Gothwin y un tinte del estricto Héctor. En una oportuna regresión mental -la cual no era otra cosa que un destello de lo etéreo aún latente- el manual que éstos me habían dado; sería pronto mencionado por Juliano, por ende uniendo a los maestros antes mentados a esta maravilla con gafas, quien aún tenía más anotaciones que dar.

“Y adivina quién será tu rey todopoderoso. Cuyas manos magnas y especiales te uncirán y cuyas nalgas montarán tu espalda ocre”.

*Ambigüedad, ambigüedad.* Murmuré por lo bajo, cual borrachuzo. Lo que había dicho me inquietaba hasta el frágil tuétano en mis oquedades esqueléticas.

Y luego dio una fuerte palmada Juliano, templando nuestros humos al instante. “Está bien, basta de cháchara por hoy. Finita queda esta lección”.

“¿Qué? ¿Por qué?” Exigió la impertinente chica que no era Dannah.

Juliano se dignó a darle una respuesta. “Me hallo algo decepcionado con lo que veo. Se os ve preparados, bueno, excepto a uno -y ese lobo solitario me deprime un tanto”.

El Alto Maestro rio juguetón. Salvo Dannah, todos se giraron para mirarme con maliciosa inquina. ¿Por qué todos me trataban tan mal? Deseé con urgencia que me tragara la tierra. Como si yo iba a ser tan afortunado.

“Pero estate tranquila, Helga. Tu búsqueda de saber comenzará mañana por partida doble. En cuanto Soren haya terminado con la justa o cuales hayan de ser sus minucias para con el Agón, y ni un minuto más tarde, os voy a reunir en esta misma

clase -por descontado una cortesía especial para nuestro querido semental- y revisaremos los fonemas fricativos ocultos en el antiguo Faerie. ¡Hasta que alcancemos la hora más oscura de la noche!”

El anuncio de estas nuevas no resultó bien digerido a los estudiantes, quienes resignadamente cedieron ante la fenomenal voluntad de Juliano. Pude constatar el odio humeante sobre sus jóvenes cuerpos tedesquianos, un rocío de reproches a mí auspiciado. Si antes había tenido una erección, cuando con estudiosa lascivia examiné y desnudé a Dannah desde mi posición privilegiada unas filas detrás de ella, ahora era sino un flácido recuerdo.

Al menos la clase había terminado. ¿O no? “Soren, no olvides traerte el manual de antiguo Faerie que te dieron buenos amigos a tu partida”.

¿Cómo podía saber eso? ¡Ja! Ese hombre sabía mucho más que cuanto daba a entender -y entendía mucho. Asentí depresivamente, prometiendo que a la clase siguiente actuaría con más esmero.

Gracias a vos, Juliano, comprendí la verdadera naturaleza del tomo. Condenados maestros; brillante y fabulosa grey la suya. Ese manual resultaría muy valioso con Juliano. Como iba a descubrir en lecturas venideras, había sido escrito por Juliano y Gothwin, ni menos que en cercana colaboración.

Viejos sabuesos de guerra intelectual, cuán profuso mi amor por vos. Que Astarios repose vuestras ánimas a su diestra, pues vosotros fuisteis su honor. La llama que Él alumbró en los cielos vosotros blandisteis en vuestros corazones por el bien de todos.

Y entonces repitió Juliano, ergo ejerciendo del todo su edicto final del día. “Vale, esta vez de verdad, se acabó la clase. En marcha, fuera, vamos. Bueno, al menos vosotros dos”.

Se refería a los gemelos, quienes obedecieron sumisamente, recogieron sus bártulos y dejaron la estancia, mas Helga halló un instante para lanzarme otra rancia

mirada antes de desaparecer por los pasillos más allá de la puerta. Al menos su salida fue un alivio. Mas el desasosiego pronto me raptaría con las siguientes palabras condenatorias.

“Dannah, Soren, quedaos. A mí, si os place”.

Obedecimos pudorosamente, evitando cualquier atisbo de contacto entre ambos; sólo había una barrera, la que nos concedió inadvertidamente Juliano al interponerse entre los dos.

Y de nuevo mi recontar plaga erratas. No fue un acto involuntario; no se desplazó entre nosotros por simple casualidad. Se había percatado, ah vieja oca resabiada.

“Un poco embarazosa esta situación” murmuró, presumiendo otra vez de una sabiduría mayor a cuanto yo podía concebir.

Lo que para mí era peor que los tormentos del mismísimo Infierno -estar en la presencia de alguien a quien amaba, admiraba e idolatraba a la vez que la temía tanto- no era sino un juego de niños para él. Tiene sentido si consideramos que eso era lo que éramos Dannah y yo a sus ojos.

“Pardiez” exhaló, “poco me importa a mí; cuales sean los sentimientos que tengáis o dejéis de tener, cual sea -y cito- *vuestro drama*, todo eso os lo dejo a vosotros y a nadie más. Dioses saben que ya he librado mis decepciones en el terrible campo de batalla que Ida y su vil hijo disponen para nosotros los mortales.”

Visualicé las mujeres y/u hombres con los que habría estado, ergo la noción -no, la verdad de ese preciso instante de mi vida había pasado sin darme cuenta. ¡Mas Eureka! Al hablaros a vosotros, Orin, Agatha, Duncan, me doy cuenta.

Juliano fue el primero en reconocer la ligera posibilidad de que cualesquiera que fuesen mis sentimientos por Dannah, no carecían del todo de reciprocidad.

Si tal momento había pasado como una centella golpeando una planicie

abandonada, también fue debido a Juliano. “Soren, ¿ves a esta agraciada moza aquí delante?” Dannah tiñó su tez facial de un rojo salubre. ¿Cómo iba a ser de otra forma? Yo la veía como de facto era, una diosa de áurea pureza bañada en un amor sin límites.

“Pues esta dulzura es una de las mejores mentes que Arlstad haya conocido en su larga historia de hielo. Lo siento, cielo, pero los Tedesquianos no me parecéis los tipos más preclaros. -Dannah no dijo nada por esto, sólo sonreía tímida-

Mas tú, tú eres magna y Soren podría -no, debe aprender una costumbre o dos de las tuyas. Sólo el consejo de un amigo, supongo. Mas uno que quizá quieras seguir, joven semental de yermos grises”.

“¿Y por qué querría hacer yo eso?” Pregunté, mas ya temeroso de cualquier respuesta dada la iluminación de su rostro.

“Por el Agón, claro está. Para dar por superadas las labores, por ley necesitas una media mínima de un siete.”

“¿Un siete sobre diez?”

“¡Veraz!” Exclamó Juliano en afirmación.

Mi cabeza comenzó a caer en espirales, mi cerebelo a derretirse; ahora me parecía el aula un cercado pétreo que deseaba aplastarme con duro abrazo. Así se sentía mi ánima, destrozada al escuchar nuevas tan funestas.

Juliano me palmeó la espalda con simpatía. “Tampoco es un dilema tan grave, seguro que lo harás divinamente en tu Agón. Y si no, ¡no pasa nada! Al Arl le vendrá bien tener a un joven galán como tú en su guardia, establos o cocina”.

La idea de estar bajo las órdenes de Patrick me revolvía el estómago -eso no era admisible. Empero, la impresión que tenía era que el único obstáculo real serían las lecciones de Juliano; por dos motivos, estando ambas allí junto a mí.

No más hubo de decirnos el enigmático rarito, sólo se despidió y marchó apresuradamente cual ratoncillo laborioso.

¡Bastardo! Comprendía bien lo que estaba haciendo. Nos había dejado a solas a propósito. ¿Pudo haber previsto el bochorno que nos sobrevino? Dannah ni osó respirar. Actuó con la velocidad de un rayo, si bien sus movimientos eran tempestades torpes y avergonzadas. Trataba de evitar que sus nervios y ansiedad surgieran a la superficie de su ser. Yo no podía hacer nada. Quería moverme hacia mi mesita y hacer lo propio, con tanta premura en marchar como la suya. Si la habitación había parecido claustrofobia, ahora mi cuello tenía un tono púrpura por el creciente malestar.

Pero no podía moverme. Aunque mi cabeza gacha caía bajo mis pies, algo dentro de mí me estaba forzando -con bastante fuerza, si se me permite añadir- a mirar arriba. Su sombra bajo las sutiles luces, era tan hipnótica como su ama. Y al saber que esa silueta nunca sufriría el tacto de mis manos y labios, nada más quería hacer que agacharme y tomar a su facsímil sombrío en mis brazos.

Y nunca soltarla.

Lógicamente, no hice nada por el estilo. Y ergo la paloma echó a volar lejos y con prisas. El adiós de sus suelas golpeando la superficie con apuro era como el aleteo de las alas de un fénix.

Tal como el ave señorial del mito, yo morí cuando abandonó la estancia. Mas habría de volver de nuevo a la vida, con su llegada al día siguiente.

Las trepidantes convulsiones que representaban a mi aliento estaban en nada lejos de ser frenéticas. Ese embarazoso momento de quietud a punto estuvo de acabar conmigo.

Había sido la primera vez y tampoco puedo aventurarme a decir que sería el último. A lo largo de mi vida el silencio nunca había estado tan presente como lo sentía ahora. Mas con ella cerca realmente podía escuchar los latidos de mi corazón.

¿Por qué los dioses me hacían esto? Malditos vosotros, deidades. En mi acotada existencia en este mundo nunca había tenido silencio; si no era con mi propia

cháchara y tonterías y los arrebatos embriagados y los ruidos que producen los fornicadores en el lecho, era el coro de voces a mi alrededor y dentro de mí las que embotaban esa gran nada que es el silencio total.

Hasta entonces -cuando con mi Dannah.

Me satisfizo su partida y sospecho que nuestro alivio era mutuo. ¿Cómo pudo haber sido tan intenso para mí? Una simple niña ella, mas cuando estaba apresuradamente recogiendo sus bártulos..... ¿Apresuradamente? ¡Retruécanos! Quizá su intención fuera esa, mas habíase detenido el mismo tiempo, la arena en los relojes granulados cesaron su goteo, las palabras se volvieron grises y las aves en el exterior dejaron de piar. Y nosotros sufrimos más por ello.

Finalmente estaba fuera de la ya de por sí diminuta aula, mas con Dannah allí, a solas conmigo, me había sembrado hasta abarrotada. Mi cabeza daba vueltas y de nuevo se desgañitaba conmigo mi estómago, exigiendo nutrición tras el terror por estar a solas con Dannah.

“¡Que te follen, bola de sebo, acabas de comer!” No, no volvería a comer más ese día, mi apetito no se iba a saciar. ¿Cómo podía saciarse cuando lo que realmente deseaba no podía deglutirse?

Yo quería saborearla a ella, besar cada átomo de la dermis de su cuerpo perfecto, inhalar su aroma y lamer las gotas de sudor de sus senos. Quería penetrar su mirada con la mía y jurarle todo el amor que sentía hacia ella. Lo único que quería era ella y solamente ella. Eso es cuanto precisaba. Estaba confuso, jamás había sentido un hambre así, que me revoliera corazón y pelvis. Estaba hambriento de amor, lo ansiaba.

Pero no había de ser. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Mas hombre estúpido era yo.

Y uno sediento -también.



Laertes dormía plácidamente en la dimensión de algún sueño en el que su esposa era coprotagonista. Como me confesaría Laertes a la mañana siguiente, el Arl lo había hecho llamar para realizar tareas a las cuales él no estaba acostumbrado a hacer como guardia de Krates. Lo habían instruido a montar a caballo, a erigir campamentos o incluso a disponer pequeñas hogueras utilizando cosas simples como musgo, ramitas y dos piedras de lumbre. Su historia quizá te sea irrelevante a ti, Orin, mas no es por ello menos digno de ser reconocida. Aun más que la mía, pues su corazón era uno dorado. Él es merecedor, maldito sea yo si no es así.

Sea pues que se había ganado su descanso, su intimidad o lo que fuera que hubiese compartido con su esposa, quien muy probablemente estaba también soñando con su amor; ergo ambos en su derecho se encontraron en abrazo amoroso y tierna complicidad en ese reino etéreo del sueño, tan cercano al de la muerte. Más adelante, en años venideros, ese sería el único lugar en el que se podría hallar a Laertes.

Yo tenía apetencia de empinar el codo. Por tanto, ¿a dónde creéis que fui? Como quería encontrarme con ella, fui a la misma posada en la que había estado ayer. En esta ocasión me hallaba en soledad y permanecería así durante mi lapso allí. Pediría una jarra, a expensas del Arl lógicamente; luego otra y tras ésta otra más. Igual que cuando Dannah estaba allí. Y cuán niño había actuado ser, mohína y solitaria criatura sentada a una mesa en la que nadie se fijaba. Si en Krates, de seguro que todos los ojos habríanse vuelto hacia mí. Y cuán burlesco habría sido el modo en el que acallarían su cruel escarnio, borrachuzos desagradables. Pero los Tedesquianos no eran tan cotillas, una cualidad por la que acabaría respetándolos. Así pues, no en silencio sino con coros ensordecedores y cantos en mi derredor, me cubrí los ojos tras el velo de manos encallecidas y lloré. Bebí, lloré y volví a beber.

Y como había hecho en demasiadas ocasiones en el pasado, salí dando tumbos

al exterior y vomité un mejunje de saliva y roña verdosa por doquier, bañando mis botas de paso. En cuanto llegué a la calle me trastabillé hacia un lado y caí penosamente. Por suerte no se veía a nadie en un radio de kilómetro y medio. Me levanté y alivié mi vejiga por largo rato, el fuerte olor a orina levitó en vapores en pos de apuñalar mi olfato. Esto me hizo resumir mis arcadas.

Tras un trabajoso cuarto de hora para dejar reposar a mi cabeza y estómago, entretanto que me sentaba sobre el porche y mi esparcida vomitona, discerní una figura flotando en la niebla. Estaba acercándose progresivamente. Mis instintos cada vez más extraños me exigieron que me escondiera si quería descubrir algo que merecía la pena saber. Cedí a su dictamen y utilicé la noche borrascosa a mi ventaja. La calle en la que se ubicaba la taberna era discreta y los muchos edificios de ladrillo allí daban acceso a tantos callejones. Siendo éstos pequeños y discretos, los usé para ocultar mi corpulencia. Miré de soslayo y vi a una figura pasar cautelosamente.

¡Era Patrick! Vestía negras telas, mas era una larga capa negra la que cubría su cuerpo. Llevaba una capucha que escondía su faz, mas a mí no se me podía burlar tan fácilmente. Yo lo reconocí a él, pero él no me vio a mí.

¿Qué debía hacer? Debía seguirlo, ¿mas cómo? Tuve en cuenta mi entrenamiento con el Maestro Gayo. Él me había enseñado más que la fuerza bruta de la espada. Había reconocido mi talento natural para el subterfugio y muchas tardes solitarias -las más desde que mi padre me vedara de la educación superior- las pasamos andando por las calles y mezclándonos con la ralea. Él me enseñó a emplear las sombras de cada hora del día para hacer que mi presencia pasara desapercibida y a apreciar los soles tanto en alza como en caída, a caminar con el sol a mi espalda para así usar su luz cegadora como escudo. Luz y tinieblas pueden ser aliadas. Como también podía serlo el tiempo. Los vientos que imperaban en Teutoburgo eran instrumentos perfectos para silenciar mis pasos y la niebla la mejor cortina para ocultar mi figura.

Patrick estaba por lo menos a cien pasos delante de mí, apenas era una silueta claroscuro. Era evidente que no quería ser visto. ¿Pero por qué? No se tambaleaba como yo; parecía estar sobrio, o cuanto menos mucho más que yo. Las puertas principales estaban lejos, pero había otros puestos menores en los cuales los centinelas hacían guardia sobre los muros, caminando sobre rampas con orden instruido. Patrick se detuvo y se escondió detrás de una casita, usándolo para esconderse de los propios soldados bajo su comandancia. Eso era muy sospechoso.

Yo estaba a tres casas detrás de ésta, también oteando desde una esquina. Podía oír a gente charlando tranquilamente en el interior. Una pequeña columna de humo surgía de la chimenea y las paredes de ladrillo estaban algo calientes al tacto. Esto calmaba las punzadas de acídica náusea en los pozos de mi estómago embriagado. Pero yo era ante todo un soldado y mis instintos me impelían a mantener la concentración, así que aquieté los círculos evanescentes ante mis ojos hinchidos mientras vigilaba al vigilante Capitán de la guardia del Arl.

Había esperado un mínimo de quince minutos pero al fin, con el relevo de la guardia, corrió de puntillas hacia un trecho oscuro del muro, cubierto de musgo y ramaje de fieras plantas que habían sobrevivido a los rigores de un invierno perenne por generaciones incontables. No parecía haber ojos que quisieran vigilar esa zona del muro. Quizá no era muy alto pero igualmente era duro y resistente; nadie podría trepar por él, ni siquiera Patrick. Mas yo todavía tenía dudas sobre cuán capaz era realmente este hombre. Consideré oportuno no subestimarle.

No lo vi de primeras pero en cuanto se acercó a él me di cuenta de que había un diminuto pozo que parecía en desuso a tenor de su estado decadente; muchos pedazos de él yacían en el suelo enfangado. Así que me llevé un susto cuando Patrick desapareció en la oscura boca del pozo. “Por el amor de Astarios, ¿qué ha pasado?” Murmuré, confuso.

Evitando miradas que no existían mas de igual manera trepidando en la

oscuridad nocturna, corrí en silencio hacia el pozo. ¡Un truco barato! Que me hostigara la perdición -más de lo que ya lo había hecho- si aquel pozo tenía una profundidad mayor de tres metros. Estaba desgastado por el tiempo y sus paredes internas estaban severamente dañadas; por esto se habían formado hendiduras a lo ancho y largo de las paredes que servían de apoyo para escalarlas en una dirección u otra. Eché un vistazo por el oscuro pozo y en la distancia escuché los pasos de Patrick, quien caminaba en una única dirección posible: al exterior de la ciudadela. Ergo tomé las riendas de un ánimo que ya era lo suficientemente audaz, esperé a que se alejaran los pasos y, usando los vientos como silenciador acústico, salté y aterricé en las bajas entrañas de Teutoburgo.

Y cuando surgí de debajo de la pequeña colina, a través de un túnel que parecía haber sido construida una mitad por el hombre y la otra por la misma Demris, comprendí por qué ya no se usaba ese pozo. Cualquiera que hubiese sido el riachuelo o afluente que antaño había abastecido el pozo ahora estaba seco y abandonado. El escueto túnel que había usado estaba infestado de arañas y ratoncillos que lo llamaban hogar, dando a entender así que no había sido usado desde al menos la infancia de Arl Inga.

Miré hacia atrás para divisar la distancia entre los muros de la ciudadela y la colina en donde moría el túnel; no más de un cuarto de milla creo yo, mas una distancia suficiente como para no ser visto si la niebla estaba alta, y de facto lo estaba a menudo durante las noches de la fría Arlstad, al estar ésta más cerca del polo sur.

Luego me adentré a la sombría noche, siguiendo al furtivo Tedesquiano en su grueso manto negro. Finalmente, tras unos sutiles minutos de caminata entre la nieve, me vi a mí mismo arrastrándome sobre la superficie, en una maraña de matojos y arbustos; como una serpiente desesperada, deslizándose por cuchillas escarchadas que helaban la tibia sangre en mi cuerpo.

Me agaché detrás de unos matorrales y vi que Patrick caminaba hacia un granero abandonado. Y cuando posé mi vista sobre él, su vieja madera de un gris desgastado, grande y quieto como un mamut caído, mi corazón comenzó a batir rojas olas de desesperación en mi pecho y mi cuello revoloteó como polillas en torno a la cándida luz de la antorcha.

“¿Por qué me siento así?” Pregunté yo a las silentes deidades del frío que coquetas caían sobre la punta de mi nariz, serenos copos que hacían que la sensación en mi vientre fuera tanto más agresiva.

Tras estudiar la situación y evaluar el silencio, deshaciéndome del miedo que convertían mis huesos en polvo, me encaminé hacia el viejo granero, echando vistazos de un lado a otro, no fuera a hostigarme un peligro cuando menos me lo esperaba. Mas los *Fatta*, deidades juveniles cuyo propósito divino me sería revelado por el gran Tamriel en persona, repiqueteaban en mi oído y me advertían de que el objeto de mi inquietud no era un enemigo sin rostro acechando en las afueras; me decían que mi enemigo estaba dentro de ese granero. Un nombre me vino a la cabeza y no podía ser otro que el suyo.

Con cuidado pisaba la densa nieve, procurando no dejar mis suelas impresas en ella -o al menos no suscitar las sospechas de Patrick. Pasé la palma por las paredes decadentes del granero, raspaban al tacto. Sigilosamente caminé alrededor del edificio deprimido; era ancho y grande, sus puertas principales habían sido tapiados con esmero, quienquiera que hubiese sido su propietario no quería que el santuario que pudo haber sido fuera molestado, aun en su estado de abandono. ¿Luego cómo entró Patrick?

Pronto descubrí que Patrick había accedido por una pequeña puerta trasera. No estaba tapiada pero cuando intenté girar el pomo tímidamente y abrirla un poco para mirar adentro, me di cuenta que estaba cerrada.

“Joder, como si las cosas fueran tan fáciles” mascullé con tristeza.

Miré tentativamente a Adraste, pensando cuán fácil me sería tirar la puerta abajo. En realidad no tanto. Pasé la mano contra la dura madera, no sólo estaba helada sino que también era bastante gruesa. En su estado -quizá hasta infestada de termitas- necesitaría al menos dos -o tres- placajes y patadas para tirarla abajo. Tiempo de sobra para que un pillo como Patrick saliera huyendo. Medité profundamente pero aparte de reventar la puerta no tenía ninguna otra idea. Mas por un motivo allende mi imaginación, no tenía gana alguna de saber qué estaba ocurriendo allí adentro. Ni siquiera cuando empecé a escuchar susurros viniendo del otro lado. Primero hubo habla, luego una suave risa que inmediatamente se apagó. A veces las voces se acercaban, haciendo que saltara raudo hacia atrás y fuera de vista; mas nadie salía del granero.

Luego decidí esperar.

Pero los minutos se convertían en horas y sentía sobre mi piel los últimos hálitos nocturnos. El clima era una carga que no podía soportar. Por ello sentí como hórrida idea el esperar la salida de Patrick, pues me pillaría desprevenido y desprotegido de cualquier trama que urdía en su rueda sedosa, ruleta de incertidumbre que se deslizaba por bajo de mi dermis con una malevolencia que carecía de fundamento.

En ese ánimo fue como denoté el gran roble que no estaba nada lejos del granero. Oh madre roble de poderoso tronco, ¿fue tal vez tu estirpe la que erigió ese maldito granero que tan mal me hacía sentir?

Como el granero me parecía la raíz de todo mal, algo ominoso que me dañaba la cabeza y me quemaba el corazón, tú me llamaste y yo respondí al acudir a vos, querida madre roble. Tu madera era resistente y caliente al tacto y en la base de tu elevada estatura crecía una parcelita de suave hierba que pródiga se sobreponía a las garras de la nieve; allí cerré los ojos, acurrucándome contra las coquetas paredes de musgo sobre tu carnosos cuerpo. Reposé mi cabeza contra ti y de nuevo me sentí a salvo. Me

hallaba en paz y cualquiera que fuese la angustia que había sostenido, picándome la espina dorsal, era ya solamente un susurro en el subconsciente de un muchacho con problemas.

Eras un regalo de dos madres: Demris, Madre de Naturaleza, y Dahlia, Madre de mí. Mis mejillas ensombrecidas dispuse al calor de tu pecho firme y respiré hondo el aroma de tus muchas generaciones vividas. Eché un vistazo secundario al granero mas una voz en mi cabeza me dijo lo siguiente.

“No ahogues tu mente con oscuros encantamientos que vienen de dentro, procura ignorar pesares innecesarios”.

Para mí la silenciosa voz del roble, que cantaba dulces melodías de vida en mis oídos, era la de mi madre. Madre querida, ¿realmente eras tú a quien sentía en mi corazón o no era más que una acerba ilusión? Esa es una respuesta que no puedo dar.

Más de una vez habría de oír y verla en mis sueños, algunos se tornarían grotescas pesadillas, en las cuales mi madre se convertiría en un espectro demoníaco que me miraría con desdén y decepción por acciones que ninguna madre, viva o muerta, debería ver realizadas por su progenie. Mas en esa ocasión viví su melifluo timbre de jazmín, uno que añoraba cada día de mi vida. Ellas, madre roble y Reina madre, me hablaron y aun si fue por un instante, me aliviaron mi psique turbada.

Poesía para almas emponzoñadas y acerbos ánimos, un bálsamo y una dulce liberación de las preocupaciones propias de una vida que prometía malas experiencias. No decía nada, sólo escuchaba la armoniosa voz de mi madre, una luz a mí arrebatada antes de tiempo, cantando en el viento, entre las incontables hojas que poblaban las vastas ramas de la maravillosa madre roble. Nuevamente acaricié su lomo, con mi pelo y faz contra ella, quien me inspiraba el amor más tierno, influenciado por los aromas más frescos de la natura.

En un vaho níveo me olvidé del dolor que había sentido a la sombra de ese jodido granero y eventualmente, tras disfrutar de esa extraña clase de amor, acabaría

por volver andando a casa, con sospechas mas demasiado cansado para prestarles cura.

Pero ahora sé, infantes, que quizá sí fue mi madre a quien escuché esa noche y volvería a escuchar las muchas noches en las que acabaría topándome con esa maravilla robusta, porque lo que en verdad había en ese granero era algo que me causaría un sufrimiento que no quiero recontar ahora.

Por tanto, niños, dejadlo estar y no insistáis más. Firmemos una tregua por la cual yo pueda avanzar en mis oraciones, porque lo único que hacía la mayoría de las noches era beber y seguir a Patrick; sentir pavor cuando él se escondía en su templo maldito y yo huía en lágrimas hacia mi buena madre roble.

## VI

**T** tiempo fugó y yo florecí con mi experiencia tedesquiana. No me malinterpretéis, tuve que sudar para llegar tan lejos. ¿Por dónde empiezo?

El Maestro Juliano probó ser más duro y severo que el Arl en sus momentos de Berserk, pero consta decir que su trato era ecuánime con todos. Aunque he de decir en su defensa, infantes, que más que un cabrón per se, era un personaje al que había que dar de comer aparte -locura que lo distanciaba de los ejemplos de Héctor y Gothwin, entre muchos otros.

Además me había puesto un mote, Semental, que perduró -oh maldito diablo astuto. *Soren no pudo evitar imprimir una sonrisa sobre su faz por lo demás impertérrita; así habló sobre el Alto Maestro de la ya difunta Atthinia.*



Cómo se mofó de mí; cuánto me enseñó. Su alto conocimiento me enloquecía. Vía sus mofas y burlas los versos dicharacheros del viejo comediógrafo Faerie, Aristofael, entraban en escena y cobraban vida -sí, también nos obligaba a recitarlos y a entonar los chistes guarros pertinentes a las representaciones de Aristofael.

Los aspectos lingüísticos siempre predominaban, pero tampoco nos faltaban gracietas que sufrir cuando medíamos el timbre y la extensión de los magnos versos en Antiguo Faerie.

No sólo acabé por dominar las declinaciones del Faerie, su léxico complejo y morfología enrevesada, también aprendí mucho sobre las laringales. *Duncan, el viejo e inteligente Duncan, atendió a esta última parte, verazmente intrigado. Al fin y al cabo se trataba de un más que apto sucesor de Juliano.*

Según marca la tradición, si bien esto es hipótesis hasta entre los Faerie, hubo una lengua común de la que derivan el Faerie y las lenguas humanas, inclusive también la olvidada lengua de los Cíclopes; es así puesto que compartían algunos paradigmas. Por ejemplo el verbo Faerie *Shtenda*, el cual presenta una evidente correlación con nuestro Estar -tanto semántica como fonológica y morfológicamente. Su *e* es una vocal larga, así como nuestra -a, en estar. Esa sílaba tónica no está allí por nada. Se hipotetiza que esta *e* de facto fue una *a larga* que pasó a *e larga* por la evolución fonética de la vocal; este alargamiento es a su vez consecuencia de la pérdida de una antigua laringal H2. Así que, si nos atenemos a que eH2 evoluciona a a larga, la cual por su parte es una *e* en textos posteriores.....

“Vale, vale” gimió Agatha airadamente. “Te creemos en la afirmación de haber superado tu clara inhabilidad para el aprendizaje. ¿O más bien debería decir tu total falta de concentración?”

Orin sonrió, ampliamente de acuerdo con las sabias palabras de su hermana. Duncan también sonrió, apreciando este momento de pausa y amena conversación,

mas por igual interesado; Juliano era una figura celeberrima, incluso en esta era.

Muy bien, listillos. *Rio Soren, en alto, la primera vez desde que llegaron, sentaba bien, la hilaridad; hasta en tales ocasiones en las que él era el objeto de mofa -como ésta.*

Logré perfeccionar mi aptitud en materia de concentración, pues no hube de hallar otro remedio. En particular una clase me forzó a modificar mi anatema hacia los eruditos y las artes en las que se adiestraban.

Ocurrió tras haber pasado más de un mes desde que comenzaron mis lecciones, las cuales iban desde la historiografía hasta filosofía y lingüística -recordad que Juliano era un humanista- yo estaba reclinado contra la pared aquella rara jornada. Esta aula habría sido empujada por la anterior, de hecho era poco más que un vulgar retrete -perdonad mi analogía.

Siempre éramos los mismos cuatro en clase, así que me fue fácil hallar una mesa y silla al fondo -cuanto más lejos del maestro, mejor. Sin embargo ni un millón de millas habrían podido defenderme de su cruel sentido del humor. Sea pues que allí me balanceaba vagamente, en las musarañas perdido, del aburrimiento poseído; pensando pensamientos mundanos mientras observaba a una avispa rabiosa zumbear en su intento idiota de fugarse por una ventana cerrada. Entretenido mirándola, le deseé éxito en su empresa y que, una vez liberada del mohoso retén del estudiante, le diera picudo beso a Patrick en la polla de mi parte. Extendí mis brazos fornidos y bostecé indecorosamente en medio de una de las lecciones de Juliano; llevaba ropas prietas, sin atavíos de cuero en demasía, pues para entonces ya me estaba acostumbrando a, por lo menos, el frío estival de Arlstad.

¡Y ay cómo sufrí picadura por mi arrogancia hereje! Si tan sólo hubiese sido la avispa. Pero ésta era mucho más certera que aquella inofensiva que colisionaba una vez tras otra contra la ventana inflexible.

“ESO es lo que yo llamo tener buen cuerpo” silbó, tentando atravesar la fina

línea que hay entre la sorpresa y el sarcasmo. “Qué despliegue de virilidad, ¡te comería entero, muchacho! Mirad, niños, al bravo guerrero que tenéis detrás, daos la vuelta, venid uno y todos, pues esto es algo digno de espectáculo”.

De haber estado allí conmigo, Laertes se habría caído de la envidia; ni siquiera él habría igualado mis mofletes en su albor rosáceo. Ni los mejores tomates habrían podido crecer tan rojas y plenas de vergüenza. Pero eso no es todo. Se dirigió a mí y frotó su cara contra mis bíceps, cepillándolos con su arreglado cabello gris. Mi primera reacción, estúpida la más, fue pensar si me olía el sobaco. Me aparté, plenamente abochornado.

“Maestro Juliano, señor, Alto Maestre..... No sabía que usted andaba por la otra acera”.

Esto hizo reírse suavemente a los gemelos -de mí, por supuesto; Dannah no se dignó ni a mirarme, ni tan siquiera a proferir un lamento desaprobador hacia tamaño despojo humano que era yo. Su espalda a mí vuelta, su atención lejana -algo de lo cual ya era muy conecedor- su faz enterrada entre sus manos. No sólo me ignoraba, además se avergonzaba de mí y es muy probable que me odiara.

“¿En qué acera?” Arrulló. “Sólo pienso que ningún mortal, con indiferencia de su orientación sexual, puede resistirse a esta maravilla. Ved vos, infantes, cómo parece más una estatua que un hombre, ¿a que sí? Me pregunto si todo lo tienes de piedra, aparte de tu cerebro, claro. -Fatal semblaba la incomodidad de mi situación-

Ah mi bravo e insumiso semental, aún lograré adiestrarte.” Me palmeé la cara. *Aciago ese hombre. Soren rio otra vez.*

Sí, os puedo dar fe de mi éxito en esa empresa, por ende obteniendo un buen nivel de conocimiento. Mas aún era insuficiente. Me costaba a pesar de mi opulencia intelectual; los paradigmas, el análisis, era todo demasiado para mí. Tenía el ímpetu y el corazón, mas me faltaba la precisa diligencia de materia gris para competir con Dannah, la mejor de todos.

Como si fuera la madre legendaria, la Primera madre mortal, Rysia, la princesa Faerie cuyo apoteosis fue celebrado por el Mismísimo Astarios. Dannah, a mi juicio suma. La adoraba, reverenciaba todo cuanto tenía que decir y cuando el propio Juliano tenía que rendirse ante su destello -que era más bien un Ignarios de sabiduría- yo absorbía toda cuanto había de dispensar.

¿Y por qué no habría de hacerlo? Esos eran los únicos momentos cuando la veía. Especialmente notables eran las primeras sonatas post las clases de Juliano, las cuales siempre nos amenazaban con un silencio despiadado entre nosotros. Cuando sonaban las campanas ella siempre sería la primera en recoger sus papiros y otros bártulos y huir cuan lejos de mí posible. Y yo siempre me quedaba atrás, entre que el jocosos pero malsano profesor me vociferaba una cosa u otra -imprecaciones, cordiales despedidas o quizás ambas; sentado allí, cerrando los ojos y reviviendo su voz, tratando de retener una fracción de la perfección que destilaba a través de su verbo tan puro, tan repleto de grávititas y pasión, inteligencia y autoridad.

¡Sí! Verdad que muchas caras he condenado de volición propia al abismo del olvido. Mas nunca la tuya, mi dulce Silene en las estrellas.

Me quedaría prendado de ella, mirándola una y otra vez, pensando en ella, soñando con el tacto de su suave dermis y el sabor del néctar amatorio de sus hábiles labios. Y cada noche post momentos tan únicos, me despertaría helado hasta los huesos, deprimido en el anhelo yaciente de mi almohada.

E inexorablemente tornáronse los días en semanas y éstos en meses que pasaron cual relámpagos. Como siempre ocurre con aquellos obsesionados por culpa de los terribles misiles de Amor, el tiempo nada más que se desvaneció con la moción de mis párpados bañados. *Timeom feuga*, como dirían los Faerie.

Y arribó el última día -tocaba enfrentarme a mi examen final.

¿Habíame adiestrado para él? Pues sí, por muy sorprendente que sea el modo en el que acojáis esta nueva. Laertes, un Laertes muy exhausto, insistió, siempre me ayudaba por las noches; mientras nos recostábamos sobre nuestras camas, con una linterna de óleo a mi lado entre que revisábamos con constancia cada aspecto de mis intensas tareas.

¡Así que os lo juro! Me había preparado y me estimaba preparado, pero para mis dolores que el examen solamente consistía de un fragmento aristofaleo. Había estudiado Faerie con Gothwin y Héctor y había devorado en dos ocasiones el manual escrito por Juliano y Gothwin, pero los textos de entonces no eran nada en comparación con el horror que era tratar a Aristofael.

Y os ruego que me creáis cuando os diga ¡que era locura! La mayoría de papiros que manejábamos eran manuscritos escolásticos, las cuales no eran sino un fragmento de lo que los propios Faerie poseían -que a su vez era un átomo de lo que habían poseído en el pasado. Todo esto era así, ¡excepto los fragmentos del puto Aristofael!

Había muerto ha más de ocho milenios, mas seguía violándome desde la tumba. ¡No, Duncan! No voy a recitarte esos versos envilecidos, pues me habían llevado a la demencia entonces y temo que lo harán de nuevo si las he de mentar ahora. Confórmate con que te diga que eran todos un surtido de improperios sexuales y humor de pedorretas.

Además era un texto muy específico: se trataba de una comedia, un drama creado con el fin de ser interpretado sobre un escenario, no un aula. Añadiendo también que no era menos específico en su contexto; un acto dirigido a un público concreto, los Antiguos Faerie, y un tiempo concreto - ¡hace muchísimo!

Pero Dannah, brava y silente belleza que me embriagaba y acabaría inevitablemente por distraerme de mi examen final -que os recuerdo era una de mis pruebas agonísticas- fue la primera en terminar..... Y la primera en aprobar.

Pronto Helga estaría abrazando a su mejor amiga y su hermano Herman no tardaría en unirse a las celebraciones de un triunfo común. Dannah sacaría un diez mientras que los gemelos no estarían muy lejos de esa marca.

Una predicción lógica, ergo una ocurrencia fáctica. Y además de eso también acaeció sobre mí una sensación de alienación lanzada por esos tres. Dannah ni podía ni quería hablarme. Helga me despreciaba abiertamente; no me había perdonado mis avances el día de nuestra llegada a la taberna portuaria de Teutoburgo y desde luego que no me perdonaría jamás nuestro encontronazo durante el primer día de clase. No así Herman, quien de los tres era el que más simpatía me mostraba. El único que me saludaba y me daba conversación de vez en cuando.

Cuando me trataban así siempre simulaba modestia, mas en mi fuero ardía. Para explicároslo mejor: ahora siendo un joven gigante, la gente en Krates o bien me respetaba, bien me temía. Mas de crío no había sido muy popular.

Y de nuevo me sentía así, las miradas frías y la tolerancia por mi presencia, forzosa -y sólo porque era de alta casta. Vale, cierto que ahora podría romperle el cuello a Herman como si fuera el de una gallina -si así lo deseara- pero hacerlo no me habría servido de nada. Mis colegas féminas, ellas me despreciaban. Es algo a lo cual no estaba acostumbrado, si consideramos mis acercamientos pretéritos al bello sexo.

Pude respirar de nuevo en cuanto se fueron los tres vencedores de su campo de batalla académico. Pero para mí el examen no había hecho más que empezar. Tras dos horas dándole vueltas en la cabeza, los versos escritos sobre el papiro comenzaron a girar en un remolino alrededor de mi vaciedad mental. Ante mis ojos se tornaron un gran montón de nada. Me mordí la punta de la lengua y en voz baja maldije a la madre que había engendrado a ese truhán de Juliano. Éste estaba sentado, quiescente y estudioso detrás de su larga mesa. Me sonreía maliciosamente. Eso me hizo execrar aún más su existencia.

Pero no lo odiaba; era mi propia estupidez la que me llevaba allende las lindes de la furia. Deseaba escupirle en la cara, zarandearlo y humillarlo, recordarle quién era el príncipe de Krates. Mas no era capaz. También lo admiraba. Por más de un millón de rigores me había hecho pasar. En más de una ocasión habíame pasado la tarde entera en su oficina, revisando y por ende revisitando los versos de ese cabrón de Aristofael.

Y en tantas ocasiones yo había dicho: “ya podría meterse sus putas obras por donde no brilla el sol”. Aquello me había costado deberes de más, todo eso mientras se mofaba de mí el profesor. Mas aun con mis reticencias y payasadas dentro y fuera del aula, me hubo enseñado bien. Tenía algo, un carisma que me obligaba a escuchar. Quizá fueran sus continuos ex abruptis y criticismo airado contra la manera en la que hacíamos las cosas en Krates.

Le había llegado a preguntar por qué palabras tan críticas si hombres como Gothwin eran sus colegas y amigos, a lo cual él me había contestado: “amigos y colegas serán, semental, mas eso no significa que deba estar de acuerdo con las tontunas que imparten”.

Quizá fuera por su estado mental, claramente tan deteriorado como el mío, lo que lo hacía tan excéntrico. Durante nuestras clases, ora recitando versos o analizando pasajes vía un acercamiento más lingüístico, siempre nos haría parar en medio de nuestras tareas, buscando cualquier pifia con la cual atacarnos. Me viene a la mente cuando Herman se llevó una buena tunda dialéctica por sacarse los mocos en clase. Lo había convertido en el único tema de toda la lección e incluso yo hube de reírme con vivacidad del pobre y abochornado Herman. También sabia reírse de sí mismo. Siempre cuando mi ego ingenioso buscaba provocarlo, él sería el primero en darse cizaña, para luego contraatacar con el doble de dureza. Se burlaba de nosotros; se burlaba de sí. Nos reíamos con él; él con nosotros. Era diferente, tan sencillito como eso.

Y es por esas cualidades que no tuvo otra opción que suspenderme.

Y sé que carecía de intenciones aviesas para conmigo. Y eso a tenor de que ese cinco al que aspiraba estaba escasamente a un par de decimales de mi resultado.

Un cinco no habríame bastado para superar el Agón, pero el hecho de aprobar su clase me era suficiente. Mas no pudo ser. Los dioses me habían engañado de nuevo. No, los dioses no, sino mi propia inhabilidad. Un cuatro con ocho décimas mi nota. Ni más, ni menos.

Mi primera prueba final del Agón había yo suspendido. Había fallado a mi padre, a Juliano -y qué decir de mí mismo. Mas ante todo mantengo la sensación de haberte fallado a ti, Dannah, por muy lejos que estuvieras siempre.

Y verdad sea dicha que no estaba enojado con Juliano, quien así trató de consolarme. “De veras que mi lamento pesa” dijo. “Por mucho que mi corazón exija que te apruebe este examen, el cual a serte honesto no te ha salido tan mal, mi raciocinio académico simplemente me lo impide; crueles son los dioses por haberme cedido un don tan pérfido. No, no puedo traicionar mis principios docentes”.

“Está bien, Maestro Juliano” dije con ánimo calmo.

De facto yo no estaba enfadado, algo decepcionado por no haber aprobado aun con todas las horas de estudio, mas contento por la certeza de haber aprendido tanto. En días pretéritos con Héctor, Gothwin y otros maestros en Krates, tal caso habría sido entelequia. En un cierto modo lo sentí como un triunfo menor. Seguía siendo un joven bocazas de mierda, mas ahora uno mucho más culto que antes.

La verdad sobre el rostro que tanto apenaba a Juliano, semblante el mío de pura tristeza, era otra; una que ni siquiera el Alto Maestre de Atthinia, con todo su poder cognitivo, habría podido inferir. O a lo mejor sí. Yo personalmente creo que el hecho de que Dannah era el centro de todas mis atenciones no le había pasado por alto, pero si se había percatado o si en algo le había preocupado mi corazón adolescente roto, ni un fonema de su boca hube escuchado. El auténtico quid de mis ojos manchados con



lágrimas invisibles no era el haber perdido una buena ocasión para sumar en pos de mi Agón, mas el saber que la había perdido a ella.

Perder a Dannah sin haber tenido siquiera la oportunidad de ganar su mano en causa amorosa....

¿Habéis tenido alguna vez la sensación de haber perdido sin haber tenido oportunidad alguna? Eso es exactamente lo que sentí yo aquel día -y todas las tardes en las que era ignorado por todos menos Juliano.

Cómo me hiciste florecer como persona, como humano, y cuánto me atormentaste, oh dama de magnificencia inmaculada. Hablarías y aun si un fugaz momento, el silencio aterrador romperías y yo cada vez me amansaría. Y cuando tú misma permanecías bajo el hechizo de dioses quiescentes, mi fe se lamentaba. ¿Estaba de veras tan cegado por el amor, aun conociéndote tan poco? ¡Ave a vos, sí!

Estas cosas o se sentían o no. ¡Y cuánto sentía yo! Sé que me barraste de entrar en tu vida -o más bien de la escueta posibilidad de formar parte de tu vida. No ignoro que tenías buenas razones para no querer saber mi nombre -mi reputación y los vívidos sentimientos de ira taciturna entre ellas- ¿mas realmente merecía tal cruel tortura de alguien tan buena como tú? No sólo en el modo cual tratabas a Helga y a Herman, como hermanos, mas como familia tratabas a todos los demás -incluso a mi amigo Laertes. Mas cuando yo aparecía, los cálidos rayos de sol que eran tus facciones y gestos se convertían en una escarcha agreste que me despojarían el alma, mi ánimo dolorido, de todo vigor.

En mi opinión, de la modestia muy lejana, ella hablaba con mayor claridad cuando no hablaba en nada -y creo que estas habrían sido sus palabras si puestas sobre papel.

“Te odio, Soren, príncipe de nulidades, hombre altivo, hombre fuerte”.

Pues así es justo como me sentía cuando me ignorabas, Dannah.

Mas ni ha de ocurrírseme reprochártelo. Jamás. Por estúpido que pueda sonar,

una parte de mí, aquella que más estimaba porque había nacido por haberte conocido, creía que me habías alejado de ti para protegerme, para guardar mis sentimientos de un mal que yo no podía percibir: las mismas tinieblas que trágicamente nos apartaron del todo.

¡Joder! Reíros de mí si es vuestra apetencia hacerlo, jóvenes, mas a este día aún creo en ello y para toda la eternidad voy a mantener esa idea y disposición; que me auspicien a defender vuestro honor, mi amada Dannah.

Cuando tú estabas cerca yo sentía el bien que había en mí.

Ea pues, cuando Juliano me dijo “de nuevo he de profesar lamentos, pero como el cálculo agonístico no acepta la inclusión de decimales -una memez a mi juicio- debo descontártelos de tu resultado final y reducirlo a un cuatro. Repito, joven semental, lo lamento profundamente.”

Poco y menos me importaban sus disculpas.

Protesté mas con las maneras de un mimo, discrepancias lógicas, empero, ya que lo justo habría sido subir la nota a un cinco, pero en mi fuero yo me hacía a la idea de vivir eras sin Dannah en ellas.

Mi conclusión simple: que no las sobreviviría.

Pero eso sería un problema para el mañana. Si Dannah, la futura Arl, no me quería como príncipe y sucesor de Proteo, menos querría saber de escoria exiliada como yo, Soren el Vilipendiado, Rey de los gusanos. Y ese cuatro no me llevaría a ninguna parte. Como bien dijera Juliano ha dos meses, precisaba de una media mínima de siete si quería superar este Agón terrorífico. Pocas opciones me quedaban, no podía permitirme pifiarla en la próxima prueba.

Mas a pesar de este contratiempo, mis posibilidades sí habían aumentado

sustancialmente; si antes había estado a la par con Patrick, ahora que había entrenado y aprendido las técnicas que esta gente usaba en combate marcial, tenía una gran oportunidad.

Y con la mejoría de mis habilidades también habíanse acrecentado mis sospechas sobre Patrick. Ah, aquella prima noche, en el misterioso granero de aparente inexpugnabilidad, maldito vos granero, quien mis pesadillas atormenta....

Pero hoy iba a obtener mi venganza. Llevaba entrenando seis días a la semana durante semanas varias, con la ayuda de un veterano que había luchado junto al Arl y la Arl Inga antes que él. Seberto se llamaba, si no recuerdo mal. Un buen hombre, me había enseñado a luchar según el estilo tedesquiano, el cual, en honestidad os digo, no era muy difícil de domeñar. Punzada-punzada-puño, puño-puño-gancho. Lo más difícil de esto era controlar la respiración con cada golpe y los movimientos eran fundamentales, tanto cadera como piernas debían moverse en ritmo. En menos de un mes yo, ya un adepto en las ciencias agresivas, lo había dominado. Me moría por probar mis nuevos conocimientos contra Patrick.

El muy cretino se creía que nuestro último escarceo fue cuando nos habíamos declarado una muda enemistad, cuando habíamos luchado y él había despertado a la bestia en mi fuero.

Esa enemistad seguía ardiendo ferozmente en cada fibra de mi ser. Estaba cerca de echar babas en expectación de cuanto iba a venir, pero, como habíame dicho Seberto, no podía permitir que los nervios y la excitación nublaran mi juicio.

¿Mas os podéis hacer la idea de que me era hartoo difícil no tentar al destino y dejar que de nuevo surgieran las piras blasfemas del odio, embriagando mi psique con sus siempre tentador vaho? ¿Acaso no era peligrosa tentación dejar que mi ira me tomara y me devolviera a las mismas catacumbas oscuras que cuando lo vi, de pie sobre el mismo cuadrilátero en donde habíamos luchado ha dos meses? ¡Dannah no estaba presente! ¡Alabados los dioses por ese pequeño descanso! El amor, en

ausencia, como estaría por siempre en mi vida, y con el amor ido, el odio, mi odio interno, no tendría oposición.

Ergo así invadí la escena, extático mi ánimo impaciente -para que dieran comienzo violentas baladas de mi composición. Como dijera Seberto, preparándome de hecho para esta función macabra en mi vida, tenía que inspirar hondo y luego exhalar, cuantas veces precisaran. Eso hacía cuando se me acercó el Arl, a la cabeza de un pequeño tropel de hombres, los de Patrick, quienes no me miraban con buenos ojos; a todas luces estaban convencidos de la victoria de mi rival. Mas no se atrevieron a más que mirarme mal.

Quien habló fue el Arl, con una simpatía considerablemente mayor hacia mí. “Eh, semental” su chanza pícara.

“Por favor no me llames así” le rogué. Odiaba ese mote horrible.

“Ja, ja, está bien, Soren, sólo te estaba tomando el pelo. ¿Cómo te fue con Juliano?”

“No muy bien” gimoteé.

“Me sabe mal oír eso. No puedo decir que te envidio, eso hará que esta prueba sea tanto más difícil. Al menos esta vez tendrás un buen árbitro”.

“¿Quién, si se puede saber?”

“Yo, tontorrón” dijo Arl Lovren.

¿Había de ser eso algo bueno? A fin de cuentas, Patrick era su mano derecha. Y a más un tramposo. Pero el Arl era, sobre cuantas virtudes tenía, un hombre recto.

Apenas lo había visto los últimos dos meses y cuando lo veía sería para discutir enfervorecidamente con él; bueno, también digo que el mal humor solía ser unidireccional. Constantemente le había exigido formar parte de sus consejos y muchas incursiones, quería saber más sobre Arlstad, mas en primer lugar deseaba estar donde

transcurría la acción de verdad. Y el Arl siempre acababa interrumpiéndome, riéndose en alto y dejándolo estar, alegando que ya tendría tiempo de sobra para eso. Me decía poco, verdad sea dicha, niños, mas lo que sí decía contenía una lógica y razón a las cuales me tenía que doblegar: el Agón, en concreto sus dos primeras pruebas, le ofrecían al subyugado la oportunidad de adaptarse a su entorno. No había errado en esa aseveración.

Para esta lid llevaba menos ropa, una tela corta debajo de un cuero oscuro. Eso había resultado ser el elemento crucial la última vez, ya que en mi primer combate me había ataviado con capas más gruesas que Patrick, mucho más acostumbrado a las inclemencias meteorológicas de su tierra natal. No así hoy, pues había aunado una gran pericia para luchar en este intenso frío.

Las espadas habían sido vedadas por la previa instrucción del Arl. Tanto Patrick como yo habíamos tenido que dejar las espadas en nuestros cuartos, bajo pena de ser descalificados. Si yo viniera con Adraste, sacaría un cero y podría ir despidiéndome de mi condición de príncipe. Si era él quien cometiera la infracción, sacaría un diez. Mas esas esperanzas eran vanas.

Caminé hacia el borde del cuadrilátero, sin esfuerzo alguno salté sobre el lugar que había de ser para Patrick su caída en desgracia; sobre mi enemigo imperaba, buscando así intimidarlo con mi poderosa bravuconería, enseñando un cuerpo fortísimo bajo uno nuevo equipo más ligero. Si estaba impresionado, no hacía señal o indicación de ello.

Eso no me disuadiría. “Que no se meta en mi cabeza.... Que no se meta en mi cabeza..... Que no se meta en mi cabeza” escupía tácitamente de labios trenzados, en constante repetición mientras despacio me encaraba ante mi hermoso enemigo.

Inhalé el frío aire, expulsé un hálito fumante de esperanza en ese lóbrego lugar por el cual a cada vez sentía más cariño.

Había regresado a mi descarriada posada en más de una ocasión, algunas acompañado por Laertes. Entrábamos juntos, para salir siempre del brazo de nuevos amigos, felices Tedesquianos de origen de lo más humilde: fuertes y corpulentos herreros, panaderos y algún bardo o dos. Gustábamos todos de cantar jocundas melodías a las casas vacías de Teutoburgo, eructando, parlotando y vomitando entre callejones o incluso barrios redichos cuyos habitantes, lo más seguro Teutonianos nobles, nos tiraban cubos de agua helada a la cabeza.

Sí, estaba eso -y también la vegetación. La flora que crecía en Arlstad no era abundante, mas cuanto sobrevivía a sus terruños nevados era cuanto más precioso por ello. Los Claritos del Invierno, flores blancas que parecían lirios bañados por la nieve de esa tierra. Y una variante especial de rosas que solamente crecía en la zona de Teutoburgo; frías al tacto y pétalos que tenían un ligero tinte azul, mas prevalecía el blanco en ellas -al modo de los Claritos del Invierno. Y desde luego que hay que destacar las arboledas: negro roble y cedro negro que crecían hasta alcanzar alturas increíbles a lo largo de ese invierno de nunca acabar. Eran taimados y podados a cotas menores en la megalópolis, pero en las granjas y aldeas locales a no mucha distancia de la capital, crecían salvajes, crecían fuertes.

Y ancianos también se hacían. Aprendí esto cuando apenas había pisado allende los muros. Gracias a Patrick, el mismo rival que tenía enfrente, quien guardaba en espera de que su Arl diera la orden.

Lo había seguido con frecuencia a ese viejo granero cubierto en musgo y las memorias quiescentes del ayer lejano. Más allá de los susurros dentro del edificio y esos sospechosos consejos a espaldas de su Arl, estaba ella. No era humana y maldito sea Sustarios que no era joven. Cada alta noche que me ponía bajo su mirada amplia trataba de abrazarla para ver si mis dedos se tocaban. Una idea necia. Ni siquiera si Laertes y yo la ocupásemos desde anchos opuestos podríamos haber hecho eso. Sus

ramas eran un manto de hojarasca verde y amarilla cuyas hijas estaban engalanadas en blanco y oraban poemas a los dioses a través de los muchos pájaros que la llamaban hogar. Ella era un hogar y junto a ella me había sentido en uno.

Tal dualidad sentimental me ocurría cuando Patrick entraba a ese granero y luego cerraba su único acceso; cuando entraba, cuando escuchaba las voces apagadas, sentía tristeza. Sentía miedo. Por un motivo que hoy comprendo, quería invocar a mi madre, mediante plegarias que imploraban por su consejo. Quizá había respondido a mis lamentos vía su vieja sirvienta. Ella había amado a la naturaleza y ésta la había amado a ella hasta el fin de sus días. Quizá cuando me sentaba junto al gran roble, volvía a sentir el alma de madre, venida desde los valles de la muerte para traerme paz mental. La verdad es que me gustaría pensar que fue así.

Patrick me inquietaba. La madre roble me calmaba. Sobre Ella pensaba cuando el Arl se acercó a los bordes del que iba a ser nuestro campo de batalla.

“¿Estáis listos, chicos?”

“Sí” Dijimos a la vez.

“Bien, aquí luchamos a mano limpia, Soren. ¿Podrás soportarlo?”

“Sí” dije. *Cuanto más brutal, mejor.*

“Luego chocad nudillos y cada cual a su rincón”.

Así hicimos y a allí fuimos.

“Tres.... Dos.... Uno.... ¡A luchar!”

Por un breve segundo antes de comenzar, tuve el extraño impulso de atacar a Lovren en vez de Patrick. Él era más fuerte que el chico al que iba a aplastar. Tenía que ser por lógica un rival más admirable para alguien tan poderoso como el niño que fantaseaba con derrotar al Arl. ¡Qué victoria habríame ganado! En fin, uno puede soñar.

Y ese breve segundo fue todo cuanto necesitó Patrick para denotar mi pausa y

usarla a su ventaja. O tal es lo que se creía.

En la tranquilidad de un gimnasio improvisado que Laertes y yo habíamos levantado en las profundidades del palacio del Arl, en una sala adyacente a las mazmorras, había estudiado nuestro encuentro anterior y el error por mí cometido. Y habíase encendido una idea en mi cabeza. Concentración. ¿Sencillo, verdad? ¿No me la había enseñado acaso el Gran Juliano del modo más mordaz?

Me había enseñado bien.

Pensé en él, llegada la hora señalada, con profuso agradecimiento a pesar del suspenso. Gracias a él podía hacer más de una cosa a la vez; por ejemplo, inferir el poder oculto del Arl y esquivar la primea punzada de Patrick. Me agaché, para al punto moverme a la izquierda desde mi posición baja, con su primer puñetazo había dejado su costado zurdo desprotegido.

Su costillar izquierdo clamaba a voces mi puño, así que me presté a un encuentro entre ellos. Ya que, ¿quién era yo para negarle amor tan alarmante a mis nudillos? Éstos golpearon violentamente contra el costado de Patrick. Le había dado con toda mi fuerza. Sentí cómo crujían dos costillas. Una labor fácil.

Se tambaleó, aullando vívidamente mientras caía sobre una rodilla, agarrándose el costado izquierdo con diestra mano. Para mi fortuna no era zurdo, ergo había sido herido severamente para la lucha restante.

¿Iba a ser una victoria tan cómoda? Pudo haberlo sido; él estaba derrotado y sin aliento, podría haberlo echado de una patada fuera de la arena y con ello alzándome triunfante. ¿Pero iba eso a garantizarme un diez o reducir mi nota a un mero cinco? Tenía que enseñarle mi habilidad al Arl, era la única forma de ganarme su favor. Todo por el bien de Arlstad y el reino; si le mostraba cuán capaz era, acordaría en hacerme su mano derecha.

Orin vociferó palabras de protesta, las cuales, por otra parte, no carecían de justicia y virtud. “Ambos sabemos que eso no es verdad” vituperó.



Sus compañeros no convinieron en corregir al tímido principito, pues sabían que por mucho que dijeran, él seguiría teniendo la razón. Soren no era ajeno a las mentiras que él mismo había escupido, por tanto permitió a Orin seguir avasallándolo.

“Si cuanto dices no es todo una soplapollez, entonces lo que te movía era el odio que sentías hacia Patrick. ¿Y cómo podemos siquiera creer que cuanto dices es veraz? He leído mucho sobre Arl Lovren; en un tomo dedicado a él había también un breve capítulo que hablaba de Patrick -pura cháchara de maestro, mas dice cosas distintas sobre él....”

“¡Ya, Orin!” Exigió Duncan. “Me alegro de saber que has estado haciendo tus deberes y que has aprendido sobre el buen Arl. Por eso es imperativo que calles y escuches”.

“¿Pero por qué, Duncan?” Mas Duncan no permitió más. Levantó una vieja mano arrugada y venosa; Orin acalló su disensión con mal humor.

Pero Duncan sí osó contestar a la reciente protesta del joven. “¿Por qué - preguntas? Eso es bastante irónico, permíteme añadir. Para formular tal pregunta uno debe estar dispuesto a sentarse en quietud, sólo así podrá ser contestada una pregunta de tamaña magnitud. ¿Por qué? Cruel cuestión. ¿Por qué?” Soren esperó a que acabara el viejo, realmente impresionado por él. Le recordaba un tanto a Gothwin y también Juliano.

“Por favor, amigo, continúa” dijo Duncan; y sólo entonces lo hizo -Soren.

Me había confiado en demasía. ¡Cuán altivo de mí! Patrick era el Capitán de la guardia al fin y al cabo. Había sido entrenado para soportar heridas más incapacitantes que ésta.

Mi exceso de confianza me privó de ver que ya no estaba gacho, sino de cuclillas, su brazo zurdo agarrando fuertemente el borde del cuadrilátero para darle a su patada mayor fuerza. Como una mula me coceó directo en mi pudor varonil.

Gimieron desgañitadas mis gónadas, como también hice yo. Me habían extirpado el aliento al punto de vomitar mi ha olvidada comida. Ahora ambos doblamos la rodilla, jadeando con dificultad. Yo tosía y escupía copiosa saliva y bilis. Era rápido ese jodido bruto tedescuiano. Soportando inmenso dolor logró levantarse y me apresó, para al instante darme un rodillazo en la cara.

Suertudo de mí que aún se hallara mareado por el ataque a las costillas y me golpeara en la frente. Mi cráneo tonto y grueso aplacó su fuerza en gran medida, mas no os engañéis, el dolor siguió siendo intenso.

Ahora era yo el brutalizado. El soliloquio cantado de mi boca fue uno de agonía; me llevé la mano a mi frente amoratada. Ese golpe debió acabar conmigo. Él estaba luchando a muerte. Miré en dirección al Arl, se le veía atento a la lucha; cuales fuesen sus pensamientos, los ocultaba bien. Patrick cojeaba, mi cabeza me daba vueltas; aun de hueso denso, me costaba ver. Cada vez que pestañeaba una tempestad azotaba mi cráneo. Mas un poder en mi ánimo habló con mi voz, dirigiendo palabras exclusivamente para Patrick.

“Te odio” dijo ésta. ¿Era yo quien hablaba o estaba poseído por alguna entidad tenebrosa? Sea lo que fuese, me llevó a ponerme de pie. “Burda jugarreta” siseé. “Bien, Patrick ¿se ha acabado ya el calentamiento o quieres seguir dando saltitos un rato más?”

“No juguéis conmigo, príncipe mío, vueso farol está revelado”. Parecía tan calmo como antes, mas pude ver cómo se le contraía el labio inferior al hablar, no era un tic. Había hallado la grieta en su armadura.

Sonreí con sobria impiedad. “¿Un farol? Quizá sea así. O quizá no. ¿Quién sabe? Queda eso en la puta incertidumbre. Mas una cosa está clara, amigo mío. ¡Tú ya eres un cadáver!”

Mis cuerdas aullaron demencia cuando corrí hacia él. Girose a su derecha pero su moción era demasiado lenta. Ya estaba en mi salsa y mi vista fijada en el asesinato.

Lo plaqué por el vientre, hundiéndolo contra el suelo, precisión militar cuando lo retuve y allí abajo le llovió una tormenta de puños, mis nudillos tornándose energía estática. He de admitir que era ducho el muchacho. Aun estando en clara desventaja, supo usar sus antebrazos y codos para bloquear mi furia torrencial. Me herí los nudillos al punto de desgajarme la dermis superficial, mis puños tan cerrados que mis palmas sangraron sobre su faz. Pero no perdí mi concentración. Podía protegerse la cara, pero con ello desfaciendo la protección de sus costados. Me desgañité contra su torso, dedicando especial fervor a sus costillas amoratadas y violentados. Esto le hizo chillar con dolor. Esto me hizo reír albricias.

“Soren” murmuró una voz desconocida.

Era una avispa. ¿Me estaba picando? No, me estaba gritando. Era la misma avispa de la que me hube burlado en el aula. ¿Cómo podían las avispas soportar semejante clima?

“¡Soren!” Dijo con sonoridad esta vez, diminuta criatura.

Odiaba a las avispas. No podía dejar de pensar en un enjambre de estas viles bestias, a punto de matar a Roderick. Esa avispa no era menos culpable que aquellas, era rey de todas las avispas. Portaba un manto de ni menos que la piel de un oso. Patrick lloraba en el suelo, su cabeza era también la de una avispa. Sus ojos negros se burlaban de mí. ¿Por qué no se echaba a volar?

“¡Soren!” Bramó esa voz molesta.

¿Me estaba tocando? Sentí cómo me agarraba el cuello. Sí que era molesta.

Me estaban arrancando de mi presa. ¡No! ¡No podía ser! ¡Por favor, no! Deseaba matar a Patrick, él estaba retorciéndose en agonía sobre el suelo, en plena disposición de ser rematado. Ansiaba asesinarlo, fervientemente. Sentía el hambre, el dulce antojo por carne desmembrada. Era el mismo sentimiento rojizo que había tenido cuando murió mi madre. Y esa avispa buscaba negarme mi trofeo.

“¡Que te den, puta avispa!” Estallé, golpeando hacia la avispa que tenía detrás, dirigiendo mi puño a su horrible rictus.

Pero la avispa me detuvo.

¡No! El Arl me detuvo. El juego había acabado y la cortina aterciopelada hubo de ser corrida.

Me arranqué de mi locura cuando el gigantesco puño del Arl crujió el mío en él. ¡Imposible! Mi puño, cuando entrecerrado, poseía los huesos más resistentes, los más poderosos tendones en toda Krates; mas el agarre con el que me tenía apresado era uno excruciante.

“Basta” exigió la grávitax del Arl.

“Basta” dije yo, cediendo a su poder mayor.

Entonces -y sólo entonces- el Arl aflojó su tensa mano y al hacerlo, también desapareció el aura que lo había rodeado, retornando así algo de claridad a esta situación embarazosa. Según me mecía la mano dolorida, me dijo “felicidades, has aprobado”. Mas mi ánimo distaba de ser feliz, mi cabeza sufría como si hubiese sido golpeada por el Ragnarök de Aerios.

Devolví jugos gástricos sobre las botas del Arl. “Lo siento” gimoteé. El Arl sólo se rio y me palmeó la espalda con fuerza, como solía hacer siempre que me veía; vomité de nuevo, esta vez evitando bañar al Arl en mis efluvios.

“Eso es lo que yo llamo una pelea” cantó, tratando de ignorar el hecho de que yo estaba expulsando toda mi bilis sobre el terruño.

Patrick cojeó hacia nosotros, colocándose a la vera de su Arl. No parecía estar enojado, pero sí se estaba sujetando su costado malherido. “Lo secundo” dijo, jadeando profusamente por los rigores de la violencia. “Habéis actuado a gran nivel, sumo príncipe”.

“Lo siento” mentí. “No quería volverme *to loco*, ruego me disculpes -y tú también, Arl Lovren”.

“Eh” bufó éste. “Sólo espero que muestres esa llama si un hatajo de esos violentos Centauros aparece husmeando por Teutoburgo”.

“Estoy sobradamente presto a ello, mi Arl” jadeé, contento de saber que mi locura había pasado relativamente desapercibida y en nada castigada. No quería displacer a Arl Lovren.

¿Era realmente tan poderoso? El puñetazo que le había roto a Patrick un par de costillas, él lo había detenido sin problemas y apenas moviendo un solo músculo. Yo estaba empezando a sentirme avergonzado. No, avergonzado no, en mi estómago sentía una rémora de arrepentimiento, no debí haber actuado así. Era impropio de un príncipe. Pero el Arl, si había tenido en cuenta mi violenta irrupción, no mostró desaprobación por ello.

En lugar de eso, dictó su resolución final. “Te voy a poner un ocho”.

Patrick, empero, tenía objeciones. “Mi Arl, insisto que reconsidere su decisión”.

“Dices eso como si no te hubiera pillado contra el suelo. Te ha ganado con creces, Patrick, no tengo dudas en eso”.

Patrick tragó saliva y con ella su orgullo. Pero ahora se aferraba a sus costillas rotas con rabia; lo vi contorsionarse, gestos tácitos mas perceptibles. Más sonora fue la aceptación de Patrick en su derrota. “Veraz es que él es justo vencedor, cosa que no puedo impugnar.

Pero él también se ha visto herido duramente. Su frente roja e intimidad ardiente así lo enmarcan. En la batalla sólo los dioses saben lo que le habría pasado.”

“Sí” dije, en consonancia con sus advertencias iniciales. “En una lucha contra esos monstruos no habría salido tan airoso -puede que hasta habría acabado tullido.

Luego dime, ¿qué le habría pasado a un Capitán de la guardia que baja la suya tan fácilmente? ¿Qué le habría pasado, Patrick?”

Si sólo hubiera estado Dannah allí, para verme ganar, para verme minando a mi enemigo, quizá habría cambiado mi vida. Pero así como Dannah era para mí un espectro, que vagaba por las mismas salas que yo mas en una dimensión completamente ajena, ergo a mí perdida ella, tan perdida me fue la reacción de Patrick, quien se conformó con aceptar la derrota y retomó su lugar correspondiente a la derecha del Arl.

“¿Y ahora qué?” Pregunté, cambiando de tema.

“Primero querrás darte un largo y caliente baño, para darle descanso a tus músculos -y luego una buena noche de sueño. A los dos os sugiero esto. -Queríamos protestar por razones distintas mas el Arl no aceptaría el escucharlas-

No, no, niños, no habrá debate aquí. Id a descansar. A ti Patrick te veré mañana. Tú, Soren, tómate unos días para ti. Te vendrán bien. ¿Por qué no pillas uno de mis mejores caballos y te das un trote al norte? A media jornada de viaje y llegarás a un poblado llamado Sturmerheim -una maravilla de lugar.

A pesar del frío, hay debajo de su tierra un volcán enano, durmiente por supuesto, y en las cercanías, a unos pasos de las Cataratas de Lino, hay unos baños termales que te quitarán cualquier telaraña del coco. ¿Qué dices?”

Tajante mi respuesta. “No, eso es lo que te digo. Mi Arl, ambos sabemos que hay algo urdiéndose en dioses saben dónde. ¿Piensas que me he olvidado de ese hombre salvaje y sus miradas de odio feroz? ¿Que me he olvidado de las piras y los lamentos? Te imploro que me dejes ayudarte”.

Sonrió con una tristeza manifiesta en las esquinas de su boca cicatrizada, como también en las profundidades de su ánimo; el semblante de un buen padre y un hombre aún mejor.

“Patrick, retírate a tus aposentos, haz el favor”.

El Capitán marchó y la tropa soldadesca, aún entristecida por la inesperada derrota de su oficial, siguió -de buen seguro a ayudarlo a mantenerse en pie el momento en que ya no lo pudiera ver. Pero mi atención estaba fijada en el Arl, no Patrick.

“Hijo mío” dijo con ternura. “Debes mantener la calma”.

“¿La calma, dices? Arl Lovren, con todo mi respeto, pero he estado currándome durante dos meses muy jodidos, durante los cuales he mantenido la calma y volviéndome tan fuerte que ni tu Capitán de la guardia puede derrotarme”.

El Arl rio gozoso por este comentario. “Desde luego que te has convertido en el hombre más fuerte de por aquí -Una mentira osada; no se había incluido a sí mismo, quien era vastamente superior a mí-

Pero la fuerza no es lo único con lo que puede contar un guerrero de verdad. ¿Qué pasa si te atrapan? ¿Qué si eres raptado por un grupo de esos piratas hijos de puta, atado de pies a cabeza? Bueno, siendo concisos mayormente de muñecas y tobillos. Pero ya me entiendes; por tanto piensa, ¿qué harías?”

No había lugar a muchos recursos concebibles por mi parte. “Esperar a ver lo que pasa, supongo”.

“No así exactamente, pero casi. Vale, hay que tener cojones para admitir que en cualquier momento tu vida pueda verse echada, bien por la hoja bien por la borda. Pero como rehén, con la ventaja que te da el silencio, debes pensar.

Debes respirar hondo, cerrar los ojos y estudiar mentalmente tus opciones y el entorno. Cualquier cosa que pueda servirte, lo examinas. Ya sea un fragmento de cristal o una vela, intenta hallar una solución. Pues siempre hay una solución. Como

quizá te haya dicho Seberto, no hay agarre tan firme que no pueda romperse. Sólo has de hallar el modo de hacerlo.

Y eso es lo que vas a hacer ahora. Esperar y considerar todas tus opciones. Si quieres saber más sobre la situación, eres libre de preguntar, te doy permiso para interrogar a quien creas oportuno, claro está que siempre desde el respeto. Se dice que es más fácil atrapar moscas con miel que con vinagre.”

“Se atrapan más con mierda” respondí agriamente. No me había convencido en nada la excusa barata del Arl. Estaba más que preparado.

El Arl rebuznó ante mi comentario. “¡Con mierda! ¡Fabuloso! Realmente me partes la caja, chico”. El Arl me golpeó la espalda con vehemencia, mi mueca se amargó por el peso de su mano golpeadora. Mas lo aguanté con cierta dignidad.

Luego el Arl se excusó y partió. El baño era una sugerencia a cada vez más prometedora.

Y al bañarme me adormecí con un sueño en el que siempre estabas presente, Dannah. Como lo estarías por los días, meses y años venideros.

Y al pasar esos días, pocas respuestas habría de hallar en los soldados y matronas a las que interrogaba. Así que decidí seguir el consejo del Arl y esperé.

Y al esperar maté el tiempo entrenando.

Y al entrenar mis músculos se volvieron más grandes y fuertes.



## VII

“¡Joder, cómo me aburro!” Grité mientras golpeaba el saco de boxeo, rompiendo su in promptu cosido y vertiendo sus entrañas de paja. Abrumaba su suave forma con puño hambriento, como había estado haciendo a lo largo del último mes; cuando hacía esto siempre visualizaba la cara de Patrick, mirándome. Hice acopio de toda la fuerza de mi diestra y atacé con tal violencia que tanto el saco como Laertes, bañado en sudor por su entrenamiento conmigo, cayeron al suelo.

“Eh” protestó enojado. “Cuidado, Soren, o me romperás el cóccix”.

“Lo siento, tronco” me disculpé. “Sólo estaba desfogándome un poquillo”.

“Ya” farfulló Laertes. “Si te place, trátame con menos vehemencia. No todos somos tan fuertes como tú”.

Cogí a mi amigo de la mano y lo levanté del suelo. Se estaba frotando el cuello mientras se alzaba lentamente, dolorido. Rodeé a mi amigo por sus hombros livianos. “Ah, esto me recuerda a los viejos tiempos. Allá en los campos de Gayo, mientras nos daba golpizas en el culo con su espada de prácticas”.

Risoteó Laertes, movido por memorias que compartíamos. En los ánimos de ambos, imágenes de nuestra adolescencia se materializaron delante de nuestra visión somnolienta; las miradas reflejadas hacia las nuestras pertenecían a dos adolescentes mentecatos. Mi brazo delgadito alrededor de su complexión aún más escuchimizada. Entonces él había sido el más alto de los dos. Ahora, mientras nos uníamos en un abrazo igual, era todo un pie más alto que él. Ya era más alto que el Arl. Mis músculos

eran más fuertes que nunca. Entrenaba mucho durante el día.

No había visto a Dannah ha más de un mes pero su esencia seguía impregnada en mi corazón. Me había tocado el alma y su ausencia se me hacía insoportable. ¿Cómo podría vivir sin ella? ¿Cómo puedo existir sin ti, mi paloma? Mi cielo, mi flor más bella, ¡oh pétalo! ¡oh amor! Se me moría cada filamento de mi ser. Dolía en mis tendones y ligamentos porque ella estaba lejos de mi corazón en llamas, arrumbado por el mismo Amor, quien se retorció cruel en mi pecho, haciéndome sangrar manantiales por la pérdida. Y sin embargo, cuando precisaba tu inspiración, cuando me faltaba una repetición de enormes mancuernas y barras cargadas con excesivo peso, siempre había un nombre que me prestaba la potencia para levantar la quemazón exacerbada.

Eras tú, Dannah. Siempre tú.

En cambio, los siempre ominosos bucles que en espiral lanzan nuestras vidas por la letrina habían tenido en bien que el ejercicio también me ayudara a ignorar mi tormento. Con Laertes a mi lado, quien tenía serios problemas para mantener mi ritmo, dejaba que el sudor lo limpiase todo. La ansiedad, el sufrimiento, los nervios. Con el tiempo habrían de regresar, mas cuando entrenábamos, al flexionar cada uno de los ligamentos de mi cuerpo avasallador, me olvidaría de ella por unas pocas horas.

Laertes no estaba a la par conmigo -nadie allí lo estaba, salvo el Arl- pero él también se había vuelto más fuerte. Aún era un amasijo de nervios tartamudos - especialmente en las escasas ocasiones cuando cenábamos con el Arl- mas al igual que yo se había adaptado al clima. Ahora podía montar a caballo como un caballero de verdad -lo cual no era, pero igualmente su valor era el de un millón. También había estado dando clases nocturnas con el Maestro Seberto, y luchaba ahora con brazos prominentes. No era excelente como yo -o Patrick- pero era mucho más diestro en el combate pugilístico que antes.

Otro día de entrenamiento había pasado sin nuevas del Arl. Y según nos

lavábamos nuestros cuerpos desnudos en los baños locales, los cuales eran comunitarios -una costumbre conocida en Krates mas no tan abiertamente aceptada como en Arlstad- una idea se prestó a excitarme.

Laertes no se sonrojó al ver mi hombría en escalada, ya se había acostumbrado a ello, de hecho. “Oh venga, Laertes, sabes que no he follado en.... Buf, ya ni me acuerdo, tío”.

Laertes meneó la cabeza con desaprobación. “No creo que tener sexo con alguna meretriz de tres al cuarto te venga bien”.

“Es posible que tengas razón” cuchicheé. “Pero de todos modos estaría guay echar un polvo y relajarme un poco”.

Laertes giró los ojos y chasqueó la lengua, mas lo dejó estar. Él era un esposo ejemplar. Yo un chico malo. Un mierda lascivo. Y aun con todo siempre estaba conmigo cuando erraba -y creedme cuando os digo que erraba más veces que no.

“Eres capaz de realizar tantas proezas, Soren, y a la vez deshacerlas en un instante con tus apetitos.”

“Hostia, ni que fuera por allí matando niños o algo parecido”.

“Te lo juro por Astarios, Soren, que algún día serás mi fin”.

Una broma, sí, mas también una profecía en demasía real. ¡Oh mi miseria por ti, Laertes! ¡Cuánto mal os hice a tu familia y a ti! Por mi puta ansia de poder.

¡Muerte y su Condena siempre constantes en mi verborrea! No deseo más rememorar este solaz momento con mi mejor amigo. La cháchara del redil, las bromas y la alegrías -no, no soy digno de evocar a un hombre tan bueno y honesto.

Os imploro que avancemos en adelante, del día vayamos hacia la noche, en la cual yo, una sombra escurridiza, me hallaba más a salvo.

Ciudades tan pacíficas como Teutoburgo no estaban exentas de sombras, así como todos tampoco lo estamos en nuestros corazones -con la excepción dada de Dannah, quien no ocultaba tinieblas en su ánimo. ¡Ah veraz! Aquella presencia mínima que nos susurra ideas asesinas al oído cuando bajamos la guardia, esa misma voz que desbordaba mis sentimientos en más ocasiones de las que querría admitir; era algo de lo cual Dannah carecía.

Y probable que fuera aquélla la razón por la que busqué ese lugar. Situado al extremo oeste partiendo del palacio del Arl y entramado en un inmenso distrito a lo bajo de una cuesta hecha para los desamparados, estaba lo que podría llamarse Los Bajos de Teutoburgo, si bien no me consta que tuviera nombre alguno. De hecho tratábase de un cul-de-sac que acogía a los pobres y a aquéllos que no tenían lugar al que llamar hogar. La misma gente que se aferraba a mis pies, mendigando desesperadamente por una moneda de bronce. Un duro de semejante metal, la moneda de cambio más baja en Rysia. Dispensé cuanta chatarra tenía en los bolsillos. Por un viejo de un ojo falto, su cuenca vacía cubierta tan sólo por un sucio trapo que le rodeaba la cabeza, yo habría de llorar, tanto como por aquellos muchos que se nos acercaron al ver mi repentina generosidad.

El distrito menor estaba en demasía encerrado y de él se desprendía hedionda fragancia. Al atravesar un pequeño bloque de chozas agujereadas de barro y una madera innoble -un horror en el invierno, asumí- pronto las notas más altas y las chanzas excitadas de los borrachos me llamaron la atención. Un edificio en concreto estaba iluminado con lámparas que blandían llamas de colores variados como el azul, rojo o un amarillo áureo, lo cual indicaba la clase de establecimiento que era.

Un letrero enorme encima de la puerta indicaba su nombre a los viandantes.

Las Crías de la Yeguada.

Sitio idóneo para mí.

Mi boca se tornó sonrisa estilizada cuando llegué a las puertas del burdel. Chicas lascivas de atavíos sugerentes que revelaban la jugosa rapiña de sus senos hacían gestos mimosos y soplaban besos al joven príncipe presto a llamar a su puerta.

Una ramera de apretado vestido me habló con flirteos en su ánimo. “Mmm, ¿pero qué tenemos aquí?” Dijo, arrugando sus labios coquetos.

En cuanto me acerqué a ella, me percaté de que no era ni por asomo una damisela agraciada de inmaculada flor. Su faz estaba en demasía embalsamada por el maquillaje y potentes ungüentos que a la mayoría ocultaban estaciones no por debajo de las cincuenta primaveras. A pesar de eso, su pecho era firme como sólido su trasero, lo cual de facto pude comprobar cuando le di una palmada en la nalga derecha.

“Oh, cuán audaz vos” flirteó, con ese acento tan marcado y de una rareza seductora; ah las tradiciones dialectológicas de su gente. Era de oscuras crines mas éstas habían sido teñidas, quizá para esconder un cabello rubio conquistado en gris.

Esto no me disuadía. “Sólo busco pasarlo bien, querida” gimoteé con picaresca, soplándole besitos. Ella expulsó una risotada de falsa juventud. Su dermis era suave y los pelos de su brazo se erizaron al yo acariciarlo brevemente con intenciones fornicadoras.

“Pasarlo bien” maulló. “Me sé de unas cuantas maneras de hacer que un galán hermoso como tú se lo pase..... bien”.

Me gustaba cómo sonaba eso. No le faltaba atractivo y sí, es posible que requiriera algún adendum cosmético para seguir ganándose la vida, pero estaba estupenda para su edad y la idea de ser tomado por una amante tan avezada enterneció mi entrepierna con deseo. Fantaseé mentalmente con escenas protagonizadas por explícitos actos de un placer hambriento; agarrando su fructífera cintura, disfrutando del denso sudor sobre sus nalgas ligeramente ensanchadas al meterle el dedo en la intimidad de su recto mientras ella me montaba como un salvaje

semental. ¿No era tal mi condición según el gran Juliano?

Fantaseé, pero la burbuja en mi cabeza estalló y al punto regresé a la realidad. “Otra vez será, pibita, te lo prometo. Entonces tú y yo nos pondremos a follar en serio”.

Ella trinó, resuello de una inocencia de la cual estaba del todo desprovista. “Lo tendré muy en cuenta, cariño”.

Me lanzó un último beso; lo atrapé en el aire, llevándomelo primero a los labios, luego al corazón y por último a la polla, la cual así vigorosamente mientras miraba Yo, el Lascivo, a la meretriz tan entretenida como impresionada. De eso estaba seguro.

No puedo ignorar, por muy despreciable que suene, que de muy buena gana habríame unido a esa ramera en el éxtasis de un fornicio remunerado; quizá dos o tres veces. Era una posibilidad que todavía consideraba cuando entré al elegante local.

Esperaba encontrarme con una algarabía mayor, más apropiada de esa gente y ese lugar específico de su capital. Lo que no me esperaba eran las cabezas de reno y jabalí montadas con decoro como trofeos en la cálida pared. El ambiente era el de tenues linternas de un blanco enmudecido, si bien carecía del trasfondo de vergüenzas celadas tras alcobas adyacentes. Aquí la gente no sentía pudor por quitarse de encima el estrés cotidiano vía transacción monetaria. No eran hipócritas, no se avergonzaban de su humanidad. Para bien o no, esta mi sinceridad, lo dejo al juicio de los dioses.

Las mujeres flirteaban con hombres que a éstas ofrecían plata y oro por su tiempo, mas algo que hacían también con respeto. Un coloquio sincero que no caía en cócleas insensibles, no había reloj allí que apremiara las horas remuneradas; más bien íntimas conversaciones entre dos adultos, interesadas mas educadas también. Eso me impresionó considerablemente.

Me supo mal, al principio, malgastar el dinero del Arl en las altas tasas por una simple jarra de cerveza; y eso era lo único que estaba dispuesto a gastar, mi ánimo sin

sentir las tentaciones de cócteles muy extraños. A pesar de las pociones caras -lo cual evidenciaba que la clientela no era nativa de este distrito- los ritmos melódicos de un violín singular que acalló los diálogos entrelazados hacían que ese recinto valiera hasta la última monedita.

Subió al escenario una joven muchacha. Diríase que era una empleada del establecimiento, vestida como estaba en un sutil paño púrpura en torno a su porte juvenil, el cual escasamente cubría aquellas partes mejor dejadas para el camerino o el imaginario de poetas osados. La bella de burdel dio vida a una lenta melodía que escaló a un crescendo al cuarto minuto de su solo, y con él comenzaron las guitarras y el bajo -y luego un violoncello al que presto se sumaron las flautas.

Todas las integrantes eran damas de gala sin par, vestidas en la misma seda que la chica del violín, mas cada una portaba distintas tonalidades de rojo en contraste con el lascivo lila de la violinista. La música escaló a un ritmo más fuerte, el violín infuso en fuego con el rápido frenesí sincrónico de las cuerdas de las guitarras, era increíble; en un plano más discreto comenzaron a ondular un coro de flautas.

Y luego apareció ante el ojo del público un hombre guapo, si es que hombre podía llamársele. Sus pantalones azules se materializaron sobre el mágico escenario, moviéndose rítmicamente con los vívidos colores de las damas y su melodía. Su torso desnudo, mullido y aceitoso con ungüentos aromáticos, me hipnotizaba al modo de los movimientos sinuosos de una serpiente encantada. Su espalda se inclinó hacia atrás sólo unos centímetros y con esto sus músculos abdominales se tensaron, mostrando su plenitud en la oscura luminiscencia.

Entretanto que sorbía mi brebaje en calma, fijado en el espectáculo, me percaté de que no todos los hombres allí presentes gustaban de compañía femenina; un putero anciano impelía a su follamigo de arriendo que dejase de mirar al radiante hombre y que se fijase más en él. Así al menos fue como intuí su conversación enmudecida. Creo que el bello enamorado estaba tan absorto como yo, por la ligera femineidad en el

timbre de ese cantarín.

Era melódico, claro y puro; era también imponente. Ahora el joven chapero estaba dando forma a historias que los instrumentos ya habían estado tocando desde el principio. Por el arrumbe extático de las guitarras y la pasión del violín majestuoso, pensé que, en lugar de la sencilla madera y cuerda, habría sido muy satisfactorio escuchar esas melodías traídas a la existencia a través de guitarras metálicas; conectadas quizá a algún sistema de aparatos amplificadores, controladas por el estable ronroneo de la electricidad. Ah si sólo existiera una música así; habríase adaptado milimétricamente a mi personalidad, especialmente dado la excitación que me producía el martilleo constante de la cabeza del cantante, aquél de áureos bucles libertinos.

Y con un gran aplauso acabó la canción. En cuanto se dispó, comenzó una balada, con la violinista como protagonista y el cantante su leal escudero. Me di la vuelta y le pedí al buen camarero que me sirviese otra cerveza a expensas de la moneda del Arl.

Y entonces un hormigueo sentí cuando el vello sobre mi nuca se excitó por la estática de un hálito que olía a miel y vino, una mezcla tan agradable.

“Nada mala la música de este lugar, ¿me equivoco?” Títiló una voz que bien podría haber surgido de alguna obra tallada en mármol e inscrita en las crónicas de mitologías de lo más asombrosas.

Y desde luego que así era, radiante primor de ébano que parecía tener mi edad, mas tenía, de hecho, cerca de mil años humanos. Aun si no era culpable de los crímenes de la humanidad, la experiencia de las vidas de los muchos amantes que debió haber gozado refulgía briosa cuando oteé su semblante de esculpida perfección. Sus folículos honraban un croma rojo, ergo exponiendo su clase elemental y la clase de amada que prometía ser.

De no ser por vos, Dannah, y esto lo juro por los dioses, me habría enamorado



perdidamente de ella. Aun así, representaba a la perfección mi tipo habitual de damisela, aquél que no me hacía llorar por las noches y helarme en mi esencia cuando estaba cerca -como tú, mi eterna razón de ser.

Traté de hablar mas ella me acalló. “¿No me vas a invitar a un trago?”

Su sucinta audacia me robó el aliento de los pulmones. Estas chicas siempre me cautivaban al principio pero siempre acababa recuperando mi tesón, recordándome quién era yo y que en lugares de esta naturaleza -pues a pesar de todo seguía siendo un burdel- yo era el mandamás.

La encandilé con mi sonrisa más formosa y le guiñé un ojo, “eso está hecho, preciosa”.

Y, contrario a las ocasiones previas con damas similares, esgrimí una mueca de una inquietud implícita. ¿Por qué? Diréis. Porque en el fondo sabía entonces como sé hoy que *preciosa*, ese común pero mayestático adjetivo, era un epíteto que habría concedido tan sólo a Dannah.

¿Pero cuándo iba a poder darle título tan merecido? Cuando cayera rendida a un sueño seguro sobre el colchón de mi pecho varonil, el cual existía para ella sola; y cuando abriera sus ojos opalescentes, siendo recibida por esa palabra y mi faz jocunda.

Mas como eso era sólo fantasía, la fantástica dama Faerie habría de ser mi premio de consolación.

Ella pidió una bebida más cara, un insólito cóctel de ginebra y un espíritu local que los nativos llamaban *wermut*, en un vaso frágil con una oliva para adecuar el decoro del paladar. Se me antojaba como una bebida bisexual, así que le dije al camarero que vertiera para mí otro más. El licor era extrañamente sabroso, dulzón a la par que también era fuerte. Me gustó.

“Dime, ¿me vas a dar algo especial a cambio por la bebida?”

Gimió por lo bajo la chica Faerie, sus labios eran un rojo más oscuro que su pelo

incandescente. Su dermis algo más oscura que la mía y por mucho más suave a mi parecer. Me entró el antojo de manosear su piel.

“Depende. ¿Está mal decirle que no a un príncipe de Antroporiom?”

Por mi semblante corrieron sentimientos varios; en parte por culpa del cóctel que bebía a largos tragos y su potencia, mas quizá también debido por la terrible coincidencia de este primer encuentro. Me atrapó la fatalidad de ésta. Mujeres que nunca habían tenido contacto previo entre sí. Y ambas habían venido a mí con la ventaja de saber mi nombre. Eso les daba poder e imperio sobre mí.

Así pues, ¿cómo debía reaccionar si no con una depresiva reacción? “Doy por hecho que tu nombre no he de conocer”. *Otra vez lo mismo.*

Esta chica tan sensual, salvaje e independiente; ella fue la que no me deshizo.

“Mi nombre es Farrah de Toth”. Toth. Me sonaba ese nombre de algo, mas no lo había oído desde... ¿Mi madre quizá?

“Encantado de conocerte, Farrah” dije, izando un vaso vacío. Asimismo ella levó el suyo y ambos se encontraron con un beso titilante.

“Mi nombre es lo menos que puedo darle a alguien de tu estatus, mi príncipe”.

Le pedí que sólo me llamara por mi nombre real; aunque yo no podía asegurarlo del todo, ella no estaba siendo cortés ni nada por el estilo, sencillamente estaba flirteando conmigo. “Ah, un príncipe modesto” dijo.

“Mas un príncipe de todos modos, preciosa” respondí. “Bien, Farrah, ¿qué más puedes hacer para un hombre de mi, eh, estatus?”

Gimoteó sugerentemente y acercó su boca, laxa con amorosa ternura, a mi oído, diciéndome: “seguro que querrás saberlo, cariño, pero antes tendrás que invitarme a otra copa”. En cuanto dijo eso yo ya estaba llamando al camarero.

Comenzó una nueva balada sobre el escenario, ésta más vivaracha que la anterior; incluso había logrado que algunas meretrices se pusieran a bailar, con ello siendo visualmente desnudadas por sus *citas*. Nos dirigimos a la fila última,

recostándonos en pequeños sillones a la vera de una linterna que a la vez daba una luz tenue y discreta como también un calor que enfatizaba el amor estimulante en mi entrepierna. Ella acercó su sillón al mío, mas no demasiado, al alcance de mis manos pero allende mi atrevimiento de hacer cualquier cosa. Al fin y al cabo ella esperaba ser remunerada por su tiempo, si bien aún no había hecho mención alguna de dinero.

“Decidme pues -dije yo así para romper el hielo- ¿qué hace una apuesta dama Faerie como vos tan lejos de su hogar? Ruego no te ofendas por mi curiosidad, sólo que no vemos a muchas personas de tu pueblo por territorio humano -junto a los rufianes de nuestra raza”.

“Ey, chico” rio. “Los humanos no sois tan mala gente”.

“Estate aquí unos minutos más en mi compañía y ya verás cómo cambias de parecer”.

A esto tuvo que reírse con pícaro timbre, a nadie alrededor parecía importarle, prefiriendo cada cuál ocuparse de sus asuntos. Yo también me reí con ella.

“Yo seré quien determine si eso es así o no”. Movié los ojos sucintamente, haciendo que el maquillaje negro en torno a sus ojos se avivase. La pasión que había allí era casi palpable. Podía ver el Elíseo en ellos.

Mas apenado aparté mi mirada de la suya, dirigiéndola a la mesa y los cócteles a medio consumir. “Me temo que no tengo ni un duro, no sé lo que te habrán contado de mí, pero digamos que de momento estoy en un punto muerto y mis bienes, embargados.

Actualmente estoy viviendo gracias a la caridad del Arl y dudo que se alegre si se entera de que me he estado gastando su dinero en una casa de putas.”

Farrah no se mostró turbada por esta confesión, señaló al camarero -quien estaba en una zona remota de la barra, limpiando un vaso y disfrutando de la melodía- y luego hizo una leve indicación hacia los cócteles que yo había adquirido con el dinero del Arl. “Un poco tarde para eso” arrulló, revelando lo obvio.

“¡Oh, joder!” Me lamenté, palmeándome la frente, abochornado.

“No te comas la cabeza, no creo que al Arl le importe”.

“Puede, pero a mi orgullo sí”.

“Orgullo” bufó con nota de un desdén libre de prejuicios. “Esas sandeces de machito son las que te llevan a féretro temprano. No te queda bien eso, príncipe Soren, eres especial y no me gustaría que un hombre especial como tú desperdiciase su vida por algo tan flojo y superfluo como el orgullo”.

“Ja, para ti es fácil decirlo, primor”.

“Vale, me vas a tener que perdonar un minuto...”

Levantose de camino a la barra con la cadencia de sus curvas hipnóticas, tuvo palabras con el buen camarero, las cuales no podía discernir por el repiqueteo envolvente de la sala y sus parroquianos, quienes ahora parecían tan felices. El camarero rio una carcajada alta y le entregó a la bella Farrah una pipa de madera; el instrumento idóneo para escribir una novela o para tomar té y tabaco en la compañía de colegas intelectuales. Mas este ambiente era por mucho uno bien distinto.

Enseguida regresó, jovial por el largo y suave premio en sus manos sedosas, las cuales asumí que debían tener el mismo sabor que cuanto infería su croma -como el más dulce chocolate lechoso que las lenguas pudieran saborear.

“A ésta invita la casa, se ve que lo necesitas”.

“¿Qué es eso, si pudiera yo preguntar?”

“Pregunta, si ese es tu deseo, que yo no te voy a contestar, mi príncipe”.

“Claro, ¿por qué hacer las cosas tan fáciles?”

“Desde luego” contestó.

Yo ya estaba en deseo de conocer los secretos de su cuerpo, mas para ser justos, también me estaba empezando a gustar mucho esta chica. Era mi tipo en más de una manera. Portaba una cajetilla de cerillas. Encendió una y lo mismo hizo con la pipa que expulsaba un humillo blanco de raro aroma; era uno fuerte pero también

herbal. Nunca había olido algo semejante.

“¿Qué es eso?” Pregunté con una curiosidad avivada al olisquear el humo que entraba por mis fosas. “¿Es tabaco?”

“No” respondió traviesa, sin decir más, optando en vez por aspirar de la boquilla, esperando a que el humo se expandiera por sus pulmones y, segundos más tarde, expulsándolo por nariz y boca. Doy fe de que era una fumadora sensual.

“¿Será opio?” Pregunté. Había probado el opio antes, si bien una sola vez, tras haberseme sido ofrecido por una sirvienta de una de las familias aristocráticas de Krates. Había tosido con tanto estrépito que había estado a punto de vomitar. Odiaba el opio, lo cual me resulta hasta gracioso, si consideramos que en un futuro próximo me volvería un adicto a él.

Mas opio tampoco era. Tras darle otras dos caladas, habló. “Es una planta mágica; como el tabaco o el opio, nacida de la natura que mi pueblo tanto ama, mas a diferencia de esos dos monstruos adictivos, *Oniron Kalé* no provoca el ansia que consume mente y alma.

Tampoco es manipulada por hombres o gnomos, sino que crece bajo los rectos nutrientes de padre Igno y la misma Demris, tomada del tallo del cáñamo y consumida en estado natural, ya sea en forma de tés, pastas o fumada.”

“¿*Oniron Kalé*? ¿Eso no es lengua Faerie?”

“Sí” dijo. La lengua de su gente. “Como persona que ha disfrutado del beneficio de una educación superior, doy por sentado que lo hablas perfectamente, ¿no es así?”

Un mal sentí, no es que ella tuviera malas intenciones al decir eso, sino porque me hacía recordar las prohibiciones académicas promulgadas por mi padre. “No” cedí, admitiendo mi estupidez. “Ni siquiera con la ayuda del Alto Maestro de Atthinia, Juliano”.

“O sea, me estás diciendo que has estudiado bajo el más célebre intelectual humano, un experto en Faerie antiguo y moderno, ¿y aun así no puedes hablar nuestra

lengua? Lo siento, mi príncipe formoso, pero parece que eso es lo único que posees - forma”.

“¡Ay, mujer!” Bramé en desdicha. “No me digas esas cosas. Lo que pasa es que el Maestro Juliano se obcecaba con los preceptos lingüísticos del Faerie, además era un porculero cuando tocábamos los textos de Aristofael.

-Esto forzó hábitos de entretenida alegría en Farrah, quien de facto estaba muy bien versada en las comedias de ese comediógrafo mamarracho-

Añado también que he conseguido domeñar todas las declinaciones y los ingentes paradigmas de tu lengua, preciosa. ¿Quieres que te lo muestre?”

Le guiñe un ojo grácil y ella se rio. “No, no, déjalo, odio la lingüística. Vale, está bien, me rindo, bravo guerrero de radiante armadura.

*Oniron Kalé* significa la Bella de los Sueños”.

“Bonito nombre” dije. “¿Por qué? ¿Hace que se te cumplan todos tus sueños?”

Dándole otra calada a las verdes hierbas en la pipa y reteniendo el humo en sus oquedades pulmonares, tomó mis mejillas en una mano y acercó mi rostro al suyo. Nuestros labios estaban a punto de encontrarse, ella me miró a los ojos, sus iris cargaban el croma de su pelo rizado.

“Eso lo vamos a descubrir ahora mismo” murmuró.

Y acto seguido mi lengua se fundió con la suya. Degusté la ginebra en su aliento y en sus dientes. Mas antes de que pudiese distinguir un espíritu del otro, una legión de blancos vahos emergieron de sus pulmones, su garganta y asaltó los míos.

No me eché atrás. Al principio el sabor era amargo, pero luego un regusto herbal me sobrevino, no tanto en mis papilas como sí en los receptores de mi cerebro. Mis pupilas se dilataron cuando cerré mis ojos y acaricié sus mejillas con dedos aventureros; ella era belleza, ella se sentía como belleza, ella sabía a belleza. Dioses, ¿dónde estaba ahora? La música y su escenario parecían estar cada vez más cerca. No, yo era uno con la música. Era todo tan maravilloso. Con cada beso apasionado que

nos dábamos, el mundo giraba mas no al modo de un borracho, pero como si mi espíritu estuviese surcando las lindes de mi envoltorio físico. Vi desde esa altura el momento de deseo cómplice entre la Faerie y yo.

Estaba en el Cielo.

“Te deseo, te necesito” lloré. Ella me pasó la pipa y de ella fumé con hálito profuso. “Joder, esta mierda mola” dije con una mueca sonriente que carecía de límites. Estaba enamorado de esa hierba, tan pura y buena para corazones preocupados y cabezas estresadas. “Aún quiero follar contigo, una pena que no tenga oro”.

Pero Farrah no se quejó ni me dejó plantado. “Soy una mujer libre, hago lo que quiero con quien quiero. Me gustas, príncipe Soren. Así que, ¿por qué no nos olvidamos de todo eso y nos vamos a algún sitio más privado?”

En cuanto dijo eso me tomó de la mano y me condujo a una pequeña escalinata.

Por el cuello del abrigo me tenía atado en corto y yo, cual cánido amaestrado, dejé que Farrah me arrostrara hacia el piso superior. Aún podía oírse la música detrás de nosotros; las artistas habían cambiado el tema a uno tristón mas de una dulce instrumentalidad, las cuerdas del violín comenzaron graves mas al punto se alzaron para rápidamente decaer de nuevo. La canción tenía una grávititas especial; hablaba de tiempos pretéritos y los ecos de las memorias que atormentan a los ancianos. Era una melodía sin cantante, pues ninguno precisaba; las flautas describían sueños y una única guitarra entonaba historias de mujeres y sus maridos, todos ellos ha mucho fenecidos -mas cómo habíase vuelto su amor mutuo en recuerdos inmortales a través de las deseosas notas de la hermosa guitarra.

Farrah estaba tarareando la sinfonía, la cual enmudeció con el cerrar de una puerta barnizada de cedro. La alcoba era tan preciosa como Farrah, y de un color

amelocotonado que se complementaba con el cabello destellante de ésta; olía a vainilla, su cuello a violetas azulonas. El tono caoba de su piel se asemejaba al de una chimenea cálida que crepitaba agradablemente con copiosa llama. La cama era de un rojo aterciopelado, de plumas debajo de un lecho amplio que acogía pequeños cojines y buscaba acoger a los amantes recién llegados.

“Esto es....” Quería decir precioso o algún sinónimo de esa alcurnia, mas su dedo índice, que sabía como ese mismo perfume suyo que subrepticamente se deslizaba por mis fosas nasales, me impidió el habla.

Ella me acalló y llevó sus labios de pétalos a mi oído derecho y sin más aviso comenzó a gemir de placer, su mano descendió despacito, con la paciencia propia de los mejores amantes, por bajo de mi esculpido vientre y haciendo círculos por mi región pélvica.

Luego con sus largas uñas tocó ligeramente la cima de la hombría creciente en mis pantalones. Me mordí el labio con lujuria y comencé a jadear fuertemente, mis poderosos pectorales, todavía sin cicatrices, palpitan arriba y abajo, al Cielo para volver de nuevo al Infierno. Dejó de ronronear placer en mis cócleas y coqueta anduvo hacia la cama. Tenía esbeltas caderas, sus piernas las de un atleta. Palpó el borde del lecho y se dirigió a mí. Sus ojos destilaban luces amorosas, sonreía con una belleza pícara que me excitaba aún más si cabe, y la pira en mi vientre ya estaba de por sí tan vívida y brillante como aquella en el corazón de la chimenea.

La deseaba. El hecho de no haber gozado de ningún tipo de contacto íntimo desde mi partida de Krates tanto más me asalvajaba los sentidos. Me gustaba esta chica. Habíase formado alguna especie de conexión entre nosotros, si bien nada comparada con la que experimenté con Dannah. Verazmente digo que disfrutaba de la compañía de la bella Faerie -mucho, a decir verdad. Pero en ese momento lo único que quería era follármela salvajemente. Y ella parecía la clase de chica capaz de domeñar la bestia que era mi sexualidad.



Mirándome con fijeza, aún sonriendo encantada, comenzó lentamente a deshacer los nudos de su vestido rojo. Ya revelaba mucho de su atlética figura, ¡mas no lo suficiente como para que no clamara más! ¡Quería más que eso! Me abstuve de babear como un chucho, pero me hacía presa de mis instintos básicos - ¡y dioses, qué sensación más grata aquella!

Vi, para dicha de mi excitación, que más allá de las regiones de su vestido sólo había desnudez. Sus pechos eran más bien pequeños pero firmes y bien formados, sus pezones dos puntitos negros de pasión. Paseé mis ojos buscones por bajo de su ombligo; estaba depilada, yermo su montículo de Ida, tal como a mí me gustaba. Con sus dedos me llamó a su vera.

Yo extendí mis brazos hacia ella, deseando tomarla entre ellos y besar sus labios ígneos. Mas evadió mis intenciones y con ánimo juguetón me apartó a un lado. Gimoteó. Yo quería volver a ella mas seguía escurriéndoseme.

“No” dijo con un flirteo. “Antes quiero ver a mi príncipe sin ropa”.

Mi pesado abrigo ya estaba sobre un sillón rosáceo, así que empecé a quitarme todo lo demás. Arranqué mis ropajes íntimos de mi tren inferior y tensé los músculos con petulancia, golpeando mis pectorales al ritmo de la música acallada en la planta inferior. Sus ojos, por contra, habíanse posado muy por bajo de mis pectorales y vientre musculosos. Estaba examinando aquella región que está debajo de la hebilla del cinturón.

Ella silbó su aprobación. “Vaya, esa es la sierpe más grande que jamás he visto. No sabía que los de sangre azul estuvierais tan dotados”.

Pié adorablemente, la hierba mágica que los Faerie llamaban *Oniron Kalé* aún retenía a mi mente en su nébula. Mas si antes había sido un mero tintineo en mis zonas íntimas, ahora era una lluvia torrencial de húmeda pasión que alzaba en armas a mi grueso soldado venoso. Ya estaba salivando sin pudores ni remilgos, incapaz de controlar instintos primarios que hacían que se me estremeciera todo el cuerpo por la

necesidad de sexo.

Farah comprendió mi lujuria y permitió que escalara aún más. Se subió al vasto lecho circular, el cual sin duda podía albergar toda una orgía, y se puso a gatear a cuatro patas sobre su superficie. Alzó en pompa sus prietas nalgas en mi dirección; cual leona en celo se mostró al alfa felino que gruñía impaciente por gozar del apareamiento que le tocaba.

Yo también me metí de lleno en esa cama, tomándola por su firme cintura y penetrándola directamente -ambos estábamos bien lubricados y la unión fue fácil.

“Oh, alabados los dioses, cómo me gusta” yo gemí.

“Sí, sí, vos sois tan grande y poderoso” gimió ella.

El sonido de nuestra piel golpeándose era ensordecedor, la única música presente, la de nuestras voces impelentes que clamaban albricias a los dioses. El cabecero atacaba violentamente la pared con cada arrebató de pasión. Yo le agarré el seno izquierdo con mi mano derecha y apreté su espalda contra mi pecho, todo esto conmigo dentro de ella. Canté así: “me voy a correr. Corro hacia ti, preciosa”.

Y de súbito me hizo sufrir; me dejó a medias y en pleno deseo, se escurrió de la erecta penetración de mi miembro palpitante, rojo y henchido en sus fluidos vaginales. Me dio un golpe en el pecho y dijome -no.

“Aún no estoy satisfecha, así que no viertas en vano tu preciada simiente”.

“Como mandéis, mi reina de carmesí florido” dije con tono quejumbroso.

Mi ánimo dolido rápidamente mutó de nuevo. Mordisqueé sus pezones erectos, jugué con ellos entre mis dedos y recorrí su cuello con mi lengua, bebiendo su aroma embriagador. Luego atrapé su cuerpo desnudo bajo el mío y entre una floresta de cojines me adentré en la blanda cueva de su intimidad, comenzando suave, y al gritar ella en deseo de más al techo y a los dioses más allá, aumenté la velocidad de mis caderas, moviéndome en remolino dentro de ella. Estaba caliente, estaba mojada y estaba a punto. Entonces, a su pesar saqué mi miembro. Mas pronto sus ojos

arrugados se volvieron en iris por el placer cuando juré mi lengua a su clítoris; dibujé alfabetos sobre su intimidad y ella lloró, ella rio y ella me roció en ríos de finales felices.

¡Cómo jadeaba ella! ¡Cómo sonreía! Pero yo aún no había acabado. Sin yo preguntárselo, pues un permiso no escrito nos había vinculado, nuestros ánimos en uno, su puerta trasera se abrió a la llamada del semental. Chilló primero por el dolor, luego por el placer, ella bramó y el semental relinchó al correrse en su acceso posterior como una fuerza invasiva de la naturaleza.

“Wow, no sé si volveré a andar en un tiempo, ha sido un momento bastante intenso” dijo ella, jadeando sus palabras entre hálitos exhaustos.

Yo jadeaba con el mismo exceso, el aire emanando de mi boca como un huracán. Las sábanas desparramadas y los cojines en todas partes menos en su posición inicial bajo el cabecero de la cama. Mi cuerpo olía a sudor, sexo y Farrah. Era una mezcla que me hacía sentir de nuevo excitado. Mi miembro comenzaba a endurecerse a pesar de las fatigas recientes. Mas no creció del todo aún.

“Nunca me respondiste mi pregunta, por cierto” dije, rompiendo ese instante de silencio post coito.

“Pardiez, ¿de qué pregunta me hablas?”

“Nunca me hablaste sobre qué asuntos te han traído hasta aquí”.

“Asuntos que no son los tuyos” dijo con un humor agazapado.

“Soy un príncipe” respondí, astuto. “Y estas por derecho mis tierras, así que tus asuntos son de facto los míos”.

Ella gruñó con énfasis. “Me pregunto si le dirías lo mismo delante del Arl Lovren”. Por supuesto que no.

“Sin embargo” añadió, “te lo diré”.

“¿Qué te ha hecho cambiar de idea tan de repente?” Inquirí, imbuido en el dulce

estupor de la relajación, en la cual cualquier pregunta puede ser recibida y cualquier respuesta dada, sin importar contenido y tono, pues allí siempre hay tranquilidad.

“Te lo he dicho, soy una mujer libre. Hago lo que hago al modo que me place hacerlo, y no respondo a nadie salvo a mí misma.”

Me tumbé en quiescencia, besando sus rizos y aventurando mis dedos por la suave dermis de su cadera. Circulé con picardía la yema del dedo por su pelvis. Ella gimió un tanto, aceptando de muy buena gana mis brazos en torno a ella y dándome un tierno beso en mi pezón derecho.

Su admirable libertad me hacía sentir envidia. Libre de cura y preocupaciones. Era común entre personas libertinas el profesar tales sentimientos con el fin de ocultar un dolor que no querían compartir con nadie. ¿Acaso era yo diferente a éstos? Mas ella, a diferencia de mí, parecía no soportar las cargas de las horribles represiones que mi propia estirpe me hacía sufrir. Yo deseaba ser un Faerie; no es que supiera mucho sobre ellos, y su lengua más que nada era bable a mis oídos, pero su estilo de vida parecía estar perfectamente representada por la mujer que tenía en mis brazos, acurrucando su cabeza contra mis abdominales, tan cerca de la hombría en escalada que ahora tenía entre manos.

“Todo eso está muy bien” dije yo, “pero no he visto a ningún Faerie en Teutoburgo aparte de ti”.

“No nos sienta muy bien este clima” admitió Farrah. “Pero hay una pequeña tribu de inmigrantes Faerie en Vianna. Para serte semánticamente concisa, yo no los llamaría inmigrantes, más propio sería llamarlos nómadas. Asumo que puedo considerarme de tal clase, puesto que Faeryaë es nuestro hogar y estamos unidos a él en más de una forma”.

“Quizá quieras detallar un poco, preciosa”.

“Preciosa, palabra tan ajena. No hay mucha gente que me llama así a menudo”.  
Dejó entrever un toque de ese negro humor que tan bien conozco -la melancolía.

“Bah” bufé, celoso por la idea de que ella hubiese gozado de tantos amantes en su vida. “Que les den a los pringados que no se atreven a enunciar tu belleza en alto, ¡porque deberían!”

Ella exhaló un jolgorio herbal, virando sus ojos a los míos. “Quizá por eso seas tan especial.

-El cumplido me honró más de lo que reflejaba mi actitud, pocos se referían a mí como especial, al menos no en el buen sentido de la palabra-

Pero sí es verdad que los Faerie añoramos nuestra tierra por más motivos que los emocionales. Por ejemplo, hay vínculos mágicos que no podemos ignorar”.

“¿Por qué?” Pregunté en mi celosa intriga.

“Nuestros textos afirman tajantemente que nuestro pueblo procede de la materia que reside en el reino de la Madre Éter. Como puedas o no saber, eso depende de cuán cabezón seas -rio flagrantes notas por su comentario, como también yo- el éter, ese plano que existe entre los dioses y la mortalidad, consiste de materia y antimateria.

Esto se debe a un viejo entente de los dioses -o al menos eso es lo que maestros y clérigos tienden a decir. Astarios y Sustarios, tras vencer a su maligno padre Caos, firmaron un tratado con su propio icor, por el cual luz y tinieblas debían mantener siempre un equilibrio. Con esta la más sacra ley, crearon el éter y en él aún pervive la esencia de ambos dioses: la materia, esencia de luz; la antimateria, el alma de la oscuridad.

El éter, en sus dos variantes, convive junto a nosotros; incluso ahora mientras hablamos y hacemos el amor, vive en nuestros corazones y cuerpos. Está en los fuegos que arden en nuestros hogares o en los campos, entre la fauna y la flora y hasta los objetos inanimados, el éter está en todas partes”.

“¿Y qué diferencia hay entre la materia y la antimateria?” Formulé pregunta casi retórica, en el fondo conocía muy bien la respuesta.

Empero, Farrah no contestó a ésta. “No te disperses, ni me hagas dispersarme”

me urgió seriamente, “y déjame terminar”. Expresé mis perdones, tratando de explicarle que debajo de mi falta de concentración había una mente realmente inquisitiva.

“No lo dudo, guapo, pero te encomiendo a que me dejes explicarte por qué los Faerie estamos unidos forzosamente a nuestra tierra ancestral y por qué debemos volver; hasta los Faerie más aventureros, como yo misma, debemos regresar a casa.

El éter, como ya he dicho, es en verdad un velo entre el reino mortal y las justas salas de la eternidad. Dragones, Cíclopes, humanos, no pueden percibir el éter más que cuando están dormidos. Ya que el Mundo de los Sueños tiene en el de la Muerte a su par, es lógico pensar que el éter sólo puede sentirse al abandonar el ser consciente. Sí, asimismo el subconsciente tiene cierta afinidad con el éter.

Pero nosotros los Faerie tenemos por fuerza una conexión con el éter, para ser más exactos la variante luminosa del éter, nuestra sagrada materia. Eso es lo que nos da el poder de nuestra mágika blanca, la diestra habilidad de invocar un elemento y comulgar con otros seres. Y esa materia, residuos del poder del propio Astarios, es lo que guía nuestras naturalezas hacia lides pacíficas y ánimos benignos y apacibles.

Sí, tanto la materia como la antimateria están en todos lados y, en algunos casos específicos, las almas ocultas de luz y tinieblas pueden concentrarse en ciertos lugares de la existencia, ergo manifestándose físicamente. Complicado, lo sé, pero piénsalo, guapetón; ¿no somos los Faerie en cierta manera representaciones físicas de la sacra voluntad de Astarios?”

Esta información hacía que mi cerebro acelerase a velocidades que no había alcanzado ni con Juliano. Contrario a las lecciones del Alto Maestro, este momento intelectual me era mesmerizante. Hallábame totalmente cautivado. Algo ayudaba el serme impartida esta clase por un pibón. Tan bella como inteligente, la combinación perfecta para perfecta noche.

Quería participar en tema tan fascinante que me parecía uno tan místico y lejano. “Tiene sentido” intervine. “O sea, por poner un ejemplo: ¿luego es un nido de

víboras, llamadas crías del Señor Oscuro por clérigos y hombres santos, un punto focal de materia oscura que congrega a criaturas daemónicas?”

“Algo así, sí. Pero no ha sido esa una buena analogía, ya que las víboras, así como todas las sierpes, son condenadas por su aspecto y mordiente veneno. ¿Y no es verdad también que la humanidad es el depredador más feroz en nuestro mundo?” - Asentí, pues era incapaz de refutar esa lógica. Sobre todo yo era la persona menos adecuada para ello-

La humanidad condena y da caza a aquello que no logra comprender. Una víbora muerde, una abeja pica y un águila desgarrar. ¿Mas no matan las madres para proteger al tesoro de su vientre?

En fin, la analogía es errónea mas el principio veraz. La luz y las tinieblas, representadas por sus facciones en el éter, pueden congregarse en ciertas áreas y, desde luego, atraer a seres de sus respectivas inclinaciones.”

Entonces Farrah interrumpió su intensa oración sobre ese éter que escondía en su reino neblinoso los secretos de la verdadera naturaleza de la mágika. “¿Quieres ver algo asombroso?” Preguntó.

“Pardiez, sí” pedí, expectante por lo que Farrah tenía para ofrecer.

“La materia que hay en mí llama al fuego, como la santa pira en el firmamento, nuestro calor más tierno, deseo jovial.”

Luego cerró los ojos y extendió un dedo índice que sobresalía de un puño cerrado. Un aura de algo ajeno tomó control de la estancia. Oí voces susurrantes en mi cabeza, no sabía decir si era el timbre de Farrah o de alguna deidad foránea cuyas palabras no entendía pero que sí intuía en el fondo de mi ánimo. Las luces de por sí tenues parecían opacar hasta volverse una sola llama azul. ¿Era mi mente o quizá algo más? ¿O era Farrah, llamando a su Madre Éter, pidiéndole consejo mientras yo, un simple mortal, observaba con asombro reverente las maravillas sagradas que iba a experimentar?

De súbito la oquedad de la chimenea tornose un rugir violento. Dragones creados de su propio don divino iniciaron vuelo en su jaula hollinada y descendieron al pozo ígneo con majestuosidad y alas extendidas que llamaban al Padre Igno; corceles de tonos rojizos y anaranjados galoparon sobre troncos ardientes, expulsando llamaradas de sus fosas nasales antes de desaparecer entre el sacro elemento. La voz de Farrah reverberaba en cada ascua de esa chimenea enardecida.

“*Ignu Vaake*” fue la instrucción susurrada. Casi podía ver las notas escapándosele de la boca.

Ahora hallábase sentada a un lado de la cama, su trasero sobre las sábanas manchadas, apenas arrugadas bajo su peso liviano. Estaba más radiante que nunca, bañada en las sombras de una luz que reflejaba la suya por todo el techo.

Entonces la llama abandonó su prisión y voló con las formas de hombres, mujeres y niños que jugaban juntos en el éter, flotando alrededor de Farrah. He de admitir que salté de la cama con pavor, mi corazón dando vuelcos asustadizos.

“No temas” dijo ella con calma. “Este fuego es mi amigo, este fuego es justo y bondadoso. Ha nacido para calentar extremidades escarchadas y traer de vuelta el candor a corazones gélidos”.

“¿Cómo puedes saber esto?” Pregunté, incrédulo a pesar de los milagros vislumbrados. “El fuego, fuego es y quema tanto quieras o no”.

“Trata a otro con respeto, ternura y amor e incluso las bestias más voraces vendrán a ti con orejas gachas y ojos de cachorrito, y lamerán tus palmas y mejillas en son de amistad. El fuego no es diferente. El fuego canta y celebra cuando puede aliviar a un extraño del agudo mordisco del invierno. El fuego es bueno y eso es todo lo que necesitas saber, Soren. ¿O es que piensas que te estoy mintiendo?”

Cauta mi moción al regresar a la cama, encogiéndome detrás de Farrah por el respeto que sentía por el potencial destructor de un fuego que lamía mi faz. Mas en un milisegundo el fuego asalvado amainó hasta volverse una llama singular. Ella tomó la



pipa de una pequeña mesilla de bronce al lado de la cama y la acercó a la llama. Con una larga inhalación de pulmones limpios y puros, la Bella de los Sueños se encendió de nuevo y antes de darme cuenta, Farrah me estaba besando apasionadamente con los vahos de la verde hierba.

Con los temores vencidos en mi cerebro, dejé reposar mi cabeza sobre sus caderas mientras tosía tímidos hálitos al expulsar el sabroso humo; miré arriba, a su barbilla, tan perfecta como todo lo demás, y le pedí que diera disculpas de mi parte -a ese fuego benigno que me estaba llenando con el calor de su pira eterna.

“Este fuego es sencillamente divino” canturreé.

Una vez me vio calmado y recostado entre las piernas de mi amante, con mi lengua ahora sedienta de sus fluidos, Farrah terminó su historia.

“El éter -o mejor dicho fragmentos del éter- puede abandonar su mundo de Ideas, en donde juegan los dioses, y venir a los planos inferiores de la realidad, el de los sentidos que por fin lo perciben. Como has hecho tú, mi querido Soren, al experimentar con ojos mortales una de las formas más espectaculares en las que el éter se manifiesta: la mágika. Y eso no es nada, pues no has visto el mayor hito de la materia y su poderío mágiko”.

“¡Ha de ser fascinante!” Tosí, más que nada para escuchar mi propia voz en esta conversación.

“Lo es” dijo ella. “Y mucho, de hecho”.

“¿Cómo es?”

“Un lugar”.

Estaba claro a qué lugar se refería. “Faeryaïe” dije yo y no Farrah.

“¡Bravo!” Me encomió con un suave aplauso. “Sí, Faeryaïe. La Mitología, aunque hay quienes prefieren llamarlo Historia, asevera que los Faerie no vivimos allí por mera coincidencia. A diferencia de mi padre, yo no soy una persona religiosa, pero sí creo que hay algo de verdad en esta parte de los anales. ¿Alguna vez la has visto, a

Faeryaïe?”

Con gran pesar hube de confesar que no había estado nunca, pero que había soñado con ella en más de una ocasión.

“¡Pues debes ir, Soren! Es maravillosa. Se ha escrito y dicho mucho sobre esto: que una noche, tras caer rendido al sueño su hermano Sustarios, Astarios se dirigió al nuevo mundo que estaba creando a espaldas de su envidioso adverso.

Allí anduvo horas, abrumado por la tristeza al ver cómo los animales eran incapaces de levantar lugares de culto para él y su formidable progenie. Pero de repente lo sintió, mientras exploraba las aún quietas tierras de Faeryaïe.

Lo reconoció como su propio espíritu, mas libre de su dominio. Así que Astarios le preguntó a Éter qué era esta curiosa sensación. Y Éter le dijo al Altísimo que no era más que la voluntad viviente del acuerdo firmado en sangre divina.

La materia había sido llamada por esa tierra, ergo haciéndola especial cuando, aun sin saberlo Astarios -pues elusiva es la naturaleza del éter- formó un vínculo con ella; volviéndose una sola presencia en sus ríos y mares, en sus colinas y montañas, planicies y bosques.

Puesto que en aquel entonces Sustarios no estaba al tanto de la existencia de la Creación, su oscuridad tampoco sabía nada de este nuevo mundo. Por ende la materia fue la única fuerza que se había atrevido a abandonar el velo y penetrar el mundo mortal. Y Faeryaïe fue bendecida con el poder luminoso que vivía en cada átomo y hacía que todo creciera allí con más belleza que en el resto del mundo.

Eso explica por qué sólo se puede ver la Aurora Boreal en Hiperboria; por qué los tiburones, hasta los grandes blancos, comen pacíficamente de la palma de tus manos y se dejan tocar e incluso ser abrazados, cuando nadan en las cálidas aguas de Fatammía; por qué los animales no se asustan al vernos, porque desde el albor de los tiempos habían sido impregnados por la Justicia y la Virtud.

Evidentemente, al ver esto el Altísimo, en un congreso secreto con la Madre Ida

y Demris, quien también quería ver la belleza nacida de sus semillas, decidieron crear a la Madre Rysia, la primera Faerie, y a sus hijos e hijas a partir de esa misma materia y vincularlos para toda la eternidad a la sacra tierra de Faeryaïe.

Y ese vínculo es lo que eventualmente nos hizo mágikos.”

Ahora, con el silencio concedido y tras ponderar los vericuetos de esta fabulosa historia, di voz a mi deducción a partir de sus últimos verbos. “O sea, si lo que quieres decir es que estáis conectados espiritualmente a vuestro hogar ancestral, ¿entonces perderíais vuestras capacidades mágikas si pasáis demasiado tiempo alejados de Faeryaïe?”

Farrah rio burlesca por mi ignorancia. “Claro que no, tontaina. Como te he dicho, eso no es más que la rancia verborrea de chamanes glorificados. Si me preguntas, pura hipérbole. Sin embargo, la mitología siempre contiene verdades ocultas.

Podríamos vivir una existencia fuera de nuestra tierra -no es algo insólito- y no nos afectaría ni física ni psicológicamente, mas sí nos dañaría el espíritu. No puedo detallarlo bien, pues es un sentimiento que no puede describirse.

Ahora bien, ¿se pueden describir sentimientos no vividos en persona? Y, dado que este sólo puede vivirse si eres un Faerie, me parece un sinsentido tratar de explicártelo, ¿no crees? -Lo pensé, acepté que esto era así-

Pero es doloroso, te digo. Es una añoranza que no puede ser silenciada. Cuando pasamos demasiado tiempo lejos de nuestras familias, aun si nunca nos hemos llevado bien, escuchamos las voces de nuestros seres queridos y no podemos dejar de llorar, ya sea día o noche. Y dioses saben que he llorado en muchas de ambas”.

Al fruncir ella su ceño en melancolía, mi propio rictus también se entristeció. Así que cambié de tema, por ella. “Háblame un poco sobre la antimateria” le pedí con tono nada exigente, ante todo con la curiosidad de conocer mejor la adversaria de su mágika blanca.

Mas no me hablaría de ello. “No” negó ella. “No soy una sabionda, soy una

viajera, una nómada cuya principal fuente de sabiduría es la del populacho. Mi padre, por otra parte, podría decirte todo y más sobre la mágika. Y sobre muchas otras cosas también”.

Su humildad, empero, sonaba falaz, pues tenía la sensación de que Farrah era más intelectual de lo que suponía. Mas no osé inquirir más; me preocupaba el inquietante desasosiego que manaba de ella cuando evocaba a su padre. Le dio otra calada a la pipa mágika, dejando que sus propiedades medicinales suavizaran la tempestad que debía estar tronando en su corazón.

Me levanté y la miré a los ojos. “Lo siento. No quería tocar ningún tema sensible. Farrah, no era mi intención...”

Pero me interrumpió con una bella sonrisa carmesí. “No, no te disculpes, no es tu culpa. Ya te he dicho que muchos Faerie abandonan su hogar, y muchos de éstos por la misma razón que yo. Nuestras familias. Los Faerie, por muy místicos que podamos pareceros a vosotros, sólo somos gente normal con problemas mundanos.

No me malinterpretes, quiero a mi padre y a mi hermanastro con todo mi corazón, pero nuestras personalidades chocan entre sí y nuestras opiniones sobre la vida son sustanciales. Es irónico si se tiene en cuenta que mi hermanastro es también un elemental de fuego. Pero en una discusión siempre se pone de lado de mi padre, y entre él y yo hay muchas discusiones. Demasiadas, para mi gusto. -Farrah se tocó sus mejillas hinchidas y suspiró-

Mi madre y hermanas, por contra, son otra cuestión. En especial mi hermana pequeña, ella es la mejor. -Ahora pude ver cómo retenía las lágrimas en sus ojos- Ha pasado medio siglo desde la última vez que sostuve a mi hermanita entre mis brazos. ¡Cuánto la añoro!”

“Yeee, quieta parada, preciosa; ¿cincuenta años? ¿Cuántos años tienes?”

“¡Eh!” Exclamó con tosquedad. “¿No te han dicho que es de mala educación preguntarle a una mujer su edad?” Naturalmente estaba bromeando; como averiguaría

en un futuro, la edad no era un factor determinante para el pudor de un Faerie.

“¡Oye! Que no soy tan gilipollas, sé bien que los Faerie tienen vasta longevidad. Te lo ruego, dime tu edad”.

“Está bien” exhaló. “Si de verdad tienes que saberlo, tengo ochocientos veintidós años”.

Mi cara se petrificó en un rictus que determino que debió ser de puro asombro. “Hostia, ni qué decir de amantes experimentadas. Ahora entiendo por qué apenas me siento las piernas.

¡Caray! Dame un poco de esa hierba, si os place, si bien ya estoy flipando colores con sólo saber tu edad.”

“¡Ay!” Protestó mi dama. “Debería considerar ese comentario ofensivo”.

Me sonrojé fervorosamente. “¡No! No lo decía por eso, eres joven y bella, y, ugh, eh, ejem.....”

Farrah estalló con un nuevo achaque de histeria. “Está bien, te entiendo, infante” bromeó. “Sí, soy tan vieja, mas en nuestra cultura esta es la edad de la juventud descarada y la rebelión que viene natural con ella. Mi hermano también se había rebelado, pero no pasa nada, porque siempre ha sido el favorito de padre.

En fin, no hablemos más de mi familia, tanto me guste o no, la veré muy pronto. Mi alma me urge a volver a casa y esta noche será para mí la última antes de mi regreso.”

Esto me llenó de una inesperada sensación de tristeza. No quería que se marchara, le pagaría cualquier cantidad de oro que pudiese arrear con tal de que se quedara. Mas el modo en el que suspiraba cuando recordaba su hogar me hizo desistir de todo celoso intento de retenerla en un lugar que no era el suyo. Era de otro mundo y yo debía contentarme con el lujo de su compañía en esa noche singular, una que habría de pertenecernos para siempre, dondequiera que estuviéramos.

Mas la miseria desconsolada, ella la sentía con aspereza y de súbito ésta se

manifestó por arte de mágika; en los fuegos que domeñaba, los cuales mutaron al punto en que cambió de tema. “Por saber yo, ¿qué edad tienes?” Me preguntó.

Yo respondí. “Ahora que lo dices, dentro de poco será mi cumpleaños. El último día del octavo mes de nuestro antiguo calendario lunar, mas el décimo por los estándares del solar.”

“Ah, un nacido bajo la luna de la Cosecha”.

“Así es”.

“Según creencia humana, un día en el cual el velo del éter es más tenue”.

“Sí” dije en respuesta. “Cumpliré veintiún años ese día”.

Farrah gimoteó a risotadas. “Anda, es decir que acabo de acostarme con un infante, cuán pervertida de mí”.

“Puede, pero este infante siempre ha disfrutado de damiselas más experimentadas que yo”.

Le dio una calada final a la verde pipa y como antes permitió que el humo aventurase por mi garganta; con un beso, esta vez acompañado de una lengua plena en consonancia con sus labios. Ahora sí estaba listo para gozar de más sexo.

“Entonces que sea este tu regalo de cumpleaños”.

Y la noche la rematamos conmigo encima de ella, quien no dudó en dejar que la penetrase profundamente.....

“¡Ya basta!” Gritó Agatha estremecida, su rostro abochornado escondido entre los dedos. Orin también parecía seguir los sentimientos de su hermana.

Soren llegó a un súbito silencio, de nuevo auspiciado por la interrupción de los gemelos. Duncan reía suavemente en su trasfondo particular.

Una especie de sonrisa alumbró la faz sombría del malvado héroe. Se pasó una mano por su calva testa mientras seguía con su depresiva mirada puesta en el fuego, que le enseñaba imágenes que le traían calma a la par que un fiero remordimiento.

“No hacía falta que dieras tantos detalles” protestó Orin a voces.

Agatha asentía enfáticamente en favor de la protesta de su hermano, añadiendo comentarios propios. “Una historia tan interesante, una chica tan interesante, y qué final más anticlimático para semejante episodio, y qué manera tan soez de describir a una mujer así de impresionante. ¿Por qué tienes que ensuciarlo todo?”

“¿Anticlimático?” dijo Soren algo indignado, pues no estaba de acuerdo con los gemelos. “Creo que el arte sexual de Farrah es un claro punto a su favor”.

“¡Pero es todo tan sucio!” Vociferó Agatha.

Soren iba a rebatirla profiriendo su propia perspectiva. Pero entonces acalló su lengua, luego pensó, ergo rio un poco. “Oh, ahora entiendo. Claro.”

Inspeccionó a los gemelos, casi con malicia. “Algo me dice que vuestra pureza virginal todavía vive en vosotros inmaculada. ¿Me equivoco?”

“¿Pero qué Daemon estás contando?” Escupió Orin, irritado, diríase hasta ofendido. Mas ahora su rictus ardía más que los cenicientos troncos del fuego repugnante. Antes de que pudieran hacer más, Duncan comenzó a reír y se acercó a los gemelos pasmados, quienes confirmaban con sus pudores las sospechas de Soren.

“Tampoco es tan soez, jovenzuelos, además, estamos aprendiendo mucho sobre la naturaleza mística de los Faerie. Al menos yo sí; si sólo prestarais más atención a su verbo y dejarais de fuñar tanto sobre quién se folla a quién”.

“¡Ja!” Carcajada la de Soren. “Este buen señor sabe de lo que estoy hablando”.

Por un segundo, con una simple mirada entrecruzada, de un veterano a otro, húbose presentado un momento de complicidad entre Duncan y Soren. Duncan también vivía la reminiscencia de noches de locura con novias pasadas. Lo hacía tan feliz como triste -de la misma manera que la sentía el hombre daemónico.

Soren acabó por ceder a los gemelos. “Vale, omitiré esta parte. Pero dejad que os diga que, por muy vulgar que os pueda sonar, jóvenes vírgenes -los gemelos lanzaron miradas amenazantes a Soren- Farrah me había impresionado

considerablemente esa noche, y su partida tras nuestro adiós de pasiones, cuando salió por la puerta y desapareció de mi vida con la misma velocidad con la que había entrado en ella, me entristeció sumamente, pues ella había resultado ser, durante las escuetas horas de sexo y coloquios, un remedio que apaciguaba los dolores de un corazón que volvería a llorar por Dannah, quien no era, supongo, tan diferente a la Hierba Durmiente que habíamos fumado.

Pero como deseéis, avancemos en esta historia mía.”

Farrah era una mujer que, en una noche singular, había hecho que mis piernas crepitaran y mi corazón danzara frenético a una melodía un tanto disimilar a la de la belleza inocente de Dannah. Encantos distintos, mas ambas mujeres encantadoras.

Y al desvanecerse Farrah de mi visión mental y ella misma en el neblinoso manto de la incertidumbre; al entonar los puñeteros gallos -oh cuánto detestaba sus gargajos- patéticas notas en mor del día naciente de este joven otoño tedesquiano, me di la vuelta y partí camino al palacio del Arl, dispuesto a afrontar las vastas dificultades que mi particular travesía me iba a lanzar.

Pero no entré al acogedor hogar de los líderes de Arlstad, orgullosos descendientes del hermano menor de Ingstad quien había dado nombre a la nueva estirpe del viejo reino de Garmenia, cuyas tradiciones y lengua pervivían en las cabezas y pechos de esos impresionantes hombres y mujeres de rubia cumbre. No había notado antes el pequeño camino de hielo que escalaba por una colina menor. Tampoco había girado nunca la cabeza a mi izquierda, para ver a una distancia la pequeña cabaña sobre su cima achatada. Así pues, en lugar de ir al palacio, me di otro paseo. En esta ocasión la claridad había venido a mí por una noche que había sido mágika; no estaba borracho ni drogado -es más, en mi vida había estado tan sobrio.

La choza de la Arl Emérta Inga era modesta; cuatro pequeñas paredes de



troncos con densas capas de barniz y resina que la protegían del elemento inclemente del agua escarchada.

Hacía falta más que un sistema auditivo para escucharlo, más que uno visual para verlo, mas un poder latente en mi alma -como los pétalos estivales que aún duermen durante los días de invierno, a la espera de que llegue la primavera- me hizo sentir una belleza que aún vibraba en derredor. Lo supe cuando cerré los ojos, cuando respiré el puro aire mañanero y puse pie hacia el porche.

Al pasar las palmas de la mano por los pilares que mantenían ese porche erguido, pude sentirte, Dannah, como un hermoso espectro, imágenes de un pasado muy cercano, yendo y viniendo a ese mismo lugar. No fue Arl Inga quien me invocó a ir allí, ni fue la acogedora casita, sino la memoria de ti viniendo por ese pequeño camino y llamando a la puerta firme con tus puños anacarados, trayéndole flores y fruta a tu querida abuelita. Y sentí el amor que le profesabas y me congracié con él, permitiendo que mi seca dermis hallara nutrientes en las energías de tu bondad.

Te amo Dannah, lo he dicho tantas veces y jamás se hará viejo, ni ahora en este mi lugar de soledad y tormento en donde yazco y muero cada día por no escuchar jamás de ti esas dos simples palabras que, cuando se entrelazan, hacen sonrojar a reyes y a los míseros alzan como si fuesen montañas. *“Te amo” dijo Soren para sí mismo, entre hálitos de una boca que se recubría con los dedos, tanto como apartaba sus ojos entristecidos de sus huéspedes.*

Llamé dos veces a la puerta; no quería faltarle al respeto a la madre del Arl, temía que siguiera dormida. Mas al venírseme su imagen a la mente, su pose elegante y la estasis propia de una reina guerrera, tuve sinceras dudas de que una mujer semejante necesitara demasiadas horas de sueño.

Mi palpito no andaba en error. “Soren” me saludó cuando abrió la puerta. “Qué sorpresa tan agradable, no me lo esperaba”. Extraña reacción si consideráis la manera en la que me estaba mirando. Se diría que se había estado esperando esta visita más

temprano que tarde.

Portaba el mismo vestido blanco que llevaba cuando nos conocimos formalmente, mas una piel de oso negro cubría su vieja figura. Sus tobillos y pies seguían carentes de cualquier protección visible; si bien arrugados, era aparente que vivían libres de la artritis, estrías y otras máculas sufridas por el paso inmisericorde del tiempo. Su cabello era tan blanco como la nieve de su tierra natal mas aún se defendía el recuerdo del claro oro que habíase ganado los corazones de más de un admirador, clandestino o no. Tuve que pensar si había sido tan hermosa como Dannah. Asumí afirmativamente. ¿De quién si no ella habría heredado tal gracia? Esto me hizo sentir una estrecha cercanía con la Arl Emérita, aunque apenas nos conociésemos de nada.

“¿Te gustaría tomar una taza de té y una tartita?” Me preguntó amablemente.

Mi estómago, cansado por la frenética pasión de la noche, habló en mi nombre. Ella rio tímidamente, cubriéndose los labios con una mano que evidentemente no conocía la apabullante discapacidad de los años. En ese destello fugaz vi su belleza, aún la poseía.

“Marchando un té y una tartita”.

De una tetera que ya silbaba vapores, me sirvió una taza caliente de té rojo con un poco de leche templada y sobre un platillo tartitas de pasas con copiosa mantequilla derretida para acompañar la infusión.

La mezcla de té lechoso con una pasta mantecosa era perfecta para el paladar. Le di mi primer bocado, regándolo con la infusión; oh cómo bailaban las ninfas sobre mi lengua.

“Delicioso, os doy mi gratitud, Arl Emérita Inga -esto lo dije con demasiada reverencia para el gusto de Inga. Me pidió que sólo la llamase por su nombre-

De tal palo tal astilla” dije, apreciando la humildad de la Arl Emérita y de sus descendientes a los que tanto adoraba. Bajé la cabeza respetuosamente, asegurando que así haría en adelante; ella me golpeó la nuca festivamente por ser tan formal, mas

no fue un golpe duro.

“Dime, Soren, ¿qué puede hacer esta vieja loca por ti?”

“A decir verdad sólo pasaba por aquí”.

“Y ya iba siendo hora” me abroncó. “Llevaba tiempo esperando para compartir verbo con el apuesto príncipe de Krates”.

“Aprecio tu sinceridad y gentileza, Inga, mas insisto que no soy ningún príncipe”.

“Eso dices, mi querido Soren, pero me han dicho que estás haciéndolo bien en tus labores”.

Le di otro par de largos sorbos al té aún candente, la quemazón en mi garganta despertó del todo mis sentidos revueltos. Inga rellenó mi taza inmediatamente y me ofreció otra tartita de mantequilla -a las que no pude decir que no. No sabía muy bien qué decirle, por ende seguí enfocado en el tema de mi Agón.

“Bueno, admito que imperé versus Patrick, sacando ni menos que un ocho sobre diez -esto impresionó a Inga, quien no desconocía la habilidad de Patrick- pero Juliano fue especialmente duro conmigo, me puso un cuatro.”

“Pero si no me equivoco mantienes una media de seis, sólo estás a un punto de superar tu Agón.”

“Veraz cuanto dices, Inga. Pero ese punto me parece que está a kilómetros de mi alcance y no sé si lograré dar la talla. La tercera y última prueba va a ser muy dura”.

“No lo dudes. Va a ser más dura de lo que puedas imaginar”. Inga pasó de una faz sonriente a una de arrugada preocupación. “Esos malditos bandidos y piratas” dijo, “no sé qué andarán tramando, pero no es nada bueno, eso te lo aseguro”.

“¿Crees que tienen alguna relación con los Centauros?” Inquirí.

Inclinó la cabeza en afirmación. “Lo creo, sí. En mis tiempos los Centauros eran poco más que mito para nuestra gente, gracias en gran parte a mi querido amigo Segismundo. Pero ni el Rey Gamba puede mantenerlos a raya estos días. Sus incursiones cerca de las Comunas se están volviendo más osadas y estos piratas...”

pero no dijo más, adoptando en vez un semblante contemplativo, era evidente que este tema la hostigaba. Era una buena líder, incluso estando retirada, y no le pasaba por alto nada de lo que su hijo hacía respecto a sus responsabilidades como Arl. Mas cualquiera que fuese lo que copaba su atención y miedo, eso era algo que solamente su ánimo podía saber.

“En fin” dije yo, con la voluntad de cambiar de tema. “Te agradezco tu interés en saber cómo me va con este pérfido Agón y también las gracias he de darle al Arl por la amabilidad con la que te ha hablado de mí.”

Entonces Arl Inga me miró con una sonrisa pícaro, consciente de algo que a mí me evadía. “No, jovencito, mi hijo no me ha dicho nada sobre tu progreso, que conste que es porque es un hombre muy ocupado, como bien sabemos.

No, niño, no fue él quien me dio las buenas nuevas sobre tu avance.”

“¿Quién si no?” Y luego recordé. “Ah, claro, Laertes”. Esa era la única respuesta lógica que me venía a la mente.

Y entonces, para mi gran sorpresa, la Arl Emérita Inga negó esa posibilidad. “Laertes es un buen muchacho, por lo que me han dicho, y uno tan ocupado como mi hijo o tú. Así que él tampoco ha tenido tiempo para venir a verme, una pena ya que me habría gustado conversar con él”.

Inga dejó de hablar mientras se terminaba su primera taza de té y luego se escanció una segunda; tras un primer sorbo del brebaje humeante resumió su verbo -y cuán inesperada fue la respuesta que hubo de darme.

“Quien me informó de tu progreso fue mi nieta Dannah”.

Dannah. Dannah. Oh Dannah. ¿Cómo podía ser? Mi corazón se congeló y mi aliento se detuvo. No me lo podía creer. “Eh.... ¿Puedes repetirme eso?” Dije con una expresión de total incredulidad. Mi ojo zurdo se contraía nerviosamente.

A esto echó una risa liviana la abuela de Dannah, encantada con mi ignorancia infantil. “¿Qué? Dannah y yo hablamos de todo. También de chicos, sobre todo de

chicos. Ella va a ser una Arl genial algún día, ¿lo sabes, verdad?”

“Sí, por supuesto” respondí llanamente.

Esta noticia me golpeó con la guardia baja. Di nimio sorbo al brebaje caliente en mi taza. Me quemé la lengua y grité cual canino menudito que ha metido su hocico en un arbusto de ortigas. “Aargh” vomité un chorro de té, lo cual le hizo mucha gracia a Inga.

“Ah, la torpeza de jóvenes enamorados, cuánto la añoro” risoteó. Mis ojos expandidos y mis nervios ya desparramados me atosigaban por dentro.

“¿Enamorado?” Titilé angustiado, mi corazón estaba siendo lentamente pelado y bajo cada capa había una verdad que yo no quería revelar al mundo. “No” escupí. “No sé qué te han dicho, pero no estoy enamorado de nadie”.

La Arl pretérita suspiró con reminiscencia, miróme a los ojos, no había manera de negarla. “No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo”. Me guiñó un ojo, sus pestañas batieron con elegancia; llevaba maquillaje, aun a esa hora tempranera.

“Supongo que no hay forma de engañarte, ¿eh Inga?”

Guiñó de nuevo, esta vez con travesura alcanzando su faz talludita. “No”. Gemí una risita con un timbre tembloroso que fue silenciado por su risa vehemente.

Luego ésta amainó y adoptó una disposición más seria, pero que estaba llena de bondad y algo más que yo no quería ver ni en pintura: pena. Era sobrecogedora. Mis dedos ya apenas podían coger la tibia taza de té y mi estómago normalmente voraz ahora observaba las deliciosas tartitas de mantequilla con verdadero asco. Giré la cabeza y suspiré, con una palma velando mis ojos destilados del llanto desesperado y una infelicidad y un descontento que, por otro lado, necesitaban de consuelo. Ella comprendía mi dolor; no tenía que decirlo, pero sabía bien por qué lloraba mi corazón moribundo. Ella era un dechado de sabiduría para jóvenes amantes. ¿Acaso le dije algo cuando ni yo mismo sabía qué palabras decirle a esta ínclita anciana?

Esto no lo puedo asegurar, pero el calor y la paz que sentí de súbito cuando sus

manos acogieron las mías.... Pude sentir el cariño en sus dedos.

“Sí, lo confieso, Arl Emérita, Inga, matriarca de grandes líderes, uno que ya es y otra que pronto ha de ser. Confieso que tu nieta, Dannah, hija de Lovren y Arlstad, es la razón por la cual mi corazón sigue latiendo.

Por fuerza debo negar estos sentimientos delante de los demás, no puedo dejar de llevar la férrea máscara del orgullo, el cual me consume entero y me obliga a caminar pavoroso cuando mis pasos se cruzan con los suyos.”

La pobre Inga se mostraba arrepentida en sus facciones mohínas. “¿Por qué temes a la mujer a la que amas?” Me preguntasteis vos, gran Inga. “¿No es mujer a la que se deba amar?”

A mi entender, en su ánimo no denoté aviesas intenciones con esa última pregunta. Al contrario, habíase formulado para que yo acogiera mis sentimientos y los expresara con la belleza y cariño de un cisne, pues así fue la respuesta que surgió de mí, algo completamente ajeno a un hombre como yo.

“¡Veraz!” Bramé a pleno pulmón. “Si alguien merece ser amada con todo el brío de mi ser, que esa persona sea Dannah. Para mí nunca tendrá culpa, aun cuando sea por encima de frío hombro desde donde me mire a mí. Sí, quizá me haya repudiado, mas en el fondo debe haber una razón. ¡Sé que es así!”

Suspiré y tosí pesar. Le di otro sorbo a mi tibia infusión, la cual hizo que mi estómago bostezara en melancolía. Tenía algo de hambre mas mi ánimo estaba fijado tan sólo en la borrosa imagen que veía a través de los mismos ojos de la Arl Emérita Inga. Su rostro era sabiduría encarnada, y apasionada el alma que vislumbraba debajo de su mirada compasiva. Sus labios se arrugaron un poco, por el respeto que les suscitaban mis sentimientos. Suspiré otra vez, cubriendo mi boca por miedo a llorar o a quejarme de un corazón que dolía mucho. Con un mínimo de compostura que no sé bien cómo adquirí, pues en mí no había de eso, hablé con una voz que no pude creer como mía. Mas lo era.

“Ante todo, estimada Arl Inga, que sepas esto: que no quiero decir estas palabras y tengo absoluta certeza de que tú no las quieres oír. -Inga chasqueó la lengua, negando esto con expresión afable-

¿Por qué las voy a decir de todas formas? A saber. ¿Por qué un ave migra al sur? ¿Por qué los caminantes celestiales allí arriba obedecen cada antojo de Igno? Éstos te darían la misma respuesta que yo.

No porque quiera, ni porque pueda o deje de poder, sino porque debo.

Es obvio que me faltan las agallas para mirarla a los ojos o siquiera hablar coherentemente cuando está cerca, pues siempre que lo intento ella me mira como si fuese alguna especie de animal rabioso. Y por favor, Inga, permíteme aclarar esto; me mira como si fuese una criatura delirante y asalvajada y no la culpo por ello. Pues eso es lo que soy. Pura pasión y fuego ardiendo eternamente en mi propio ser. Mas pasión puesta en toda lid de vil índole. Además, todo dolor cuanto pueda sentir, toda aspereza causada por mi pecho sangrante, procede de mí y de nadie más; todo cuanto procede de ella es para mí pura inspiración y un carisma sin par que me trae algo de paz a un ánimo por lo demás turbado.

Sí. Soy un niñoato pedante y altivo. Y es precisamente por esto que cedo esta amarga confesión que me martillea con cada fonema llorado de mi boca; mas si no expresara estas palabras, el dolor me mataría por dentro como un veneno. Me arrepiento profusamente por mi vida pecaminosa, mas no conozco otra cosa, no he disfrutado del abrazo materno desde que era un infante.

Nunca me educaron para sentir mariposas en el estómago.

¡Por esto que la temo hasta en lo más intrínseco de mi ser! ¿Quién o qué es ella para hacerme sentir así? No es mi amiga, apenas una compañera de clase que de vez en cuando pasaba por mi vera mas desaparecía con la misma premura con la que llegaba; y apenas eso, si se me permite añadir. Mi orgullo, mi respeto y mi lealtad rara vez son otorgadas, y aun así yo, por alguna extraña razón que ignoro y soy incapaz de

comprender, me llevaría una espada al corazón por ella, tan sólo por la oportunidad de escuchar su timbre una última vez.

La única explicación posible es la siguiente.

La vida es una larga y ardua vía que constantemente nos presenta cruces que conforman esta vía. Y a cada ocasión dada, en cada decisión tomada, ella siempre elige el camino correcto. Yo, muy por el contrario, a cada giro caigo, deseoso siempre de tomar el camino fácil, uno más oscuro que siempre acaba mal. Con cada paso que doy me tropiezo y erro, mientras que ella anda con paso liviano y calmo. Donde ella encuentra paz, yo hallo violencia. Cuando ella halla verdad, yo descubro mentiras.

Y precisamente eso es lo que me ha hecho darme cuenta de que ella es mejor que yo. Nunca he pensado gran cosa de mí mismo, aún menos, de hecho, si consideramos mis apuros presentes. ¡Pero maldición! Jamás he doblado la rodilla ante nadie. ¡Nunca he huido de una pelea!

Hasta que llegó ella -para tumbar a hombres altos y poderosos.

En un principio hube de preguntarme cómo podía una chica tan inocente superarme en todas las facetas. ¿Cómo luchar por ella si ella ya era mucho más fuerte que yo? Quizá sus brazos no sean tan fornidos como los míos, ni sus nudillos del tamaño de nueces y de la textura del acero, pero sí, más fuerte por mucho. Mientras que ella abrazó su noble cultura, yo traicioné a la mía con mis actos y oscuras afiliaciones. Tuve la oportunidad de ser como ella y lo tiré todo a una espesa ciénaga.

¡Pero eh! Si hubiera sabido que conocería a alguien tan inspirante y talentosa como ella, habría cortado y sangrado simultáneamente, una y otra vez habría vuelto a cometer esos mismos errores para ver de nuevo las virtudes en su haber.

Por fin descubro, ahora que la veo a través de ti, gran Inga, que al ser nosotros espíritus tan alejados, también lo es nuestro lugar en este mundo. Yo he sido traído aquí para el dolor, tanto causarlo como sufrirlo, un dolor que, insisto, me he causado a mí mismo. Yo soy el Hacedor de mi propia destrucción.



Mas ella ha sido traída aquí para ser feliz y hacer felices a la gente a su alrededor. No ha venido a las planicies mortales para sufrir, ni aquí ni en ninguna parte. Y supongo que eso es lo que siento cuando estoy en su presencia, aun remotamente. Felicidad.

El verbo Faerie *verior* describe mis sentimientos hacia ella con bastante claridad. Ella es Thana, pura, inocente y bella, mas fuerte y digna de los mayores encomios. Y yo soy Aerios, grande y poderoso mas temerario y estúpido. Vivo la vida no para defender a inocente alguno, sino por el rápido mas violento castigo de culpables.

Al ser la vida un cuento, ergo sus ocupantes deben asumir los roles que la misma Fortuna les ha dado. No soy más que el villano, la serpiente que debe ser vencida por el bien común. El monstruo nunca se gana los amores de la chica. Pero es que ella no es la chica. Ella es la heroína en sí. Yo no soy digno, mas tampoco lo son los demás mortales. Ni los dioses pueden aspirar a su estatus.

Y por ello me veo en la obligación de renunciar a ella; porque aun si soy capaz de luchar contra un pequeño ejército de hombres sin valor, a pesar de toda mi fuerza, mis armas no surten efecto en ella. Imagina tratar de cazar a una tropa de Krakens daemónicos con sólo una barcaza y una caña de pescar. Ella es una guerra que no puedo ganar.

¿Pero eso me hace amarla menos? ¿Siquiera tengo derecho a estar tan enamorado de ella? ¡Ja! Supongo que esto me recuerda al viejo cuento popular que habla sobre el llanto final de Sustarios y su legión infernal.

Hasta las almas plagadas por las tinieblas pueden lamentarse por aquello que antaño poseyeron y, desde el abismo que ellos mismos cavaron, llorarle al sol marchito y pedirle a éste una última oportunidad. Mas con la Justicia y la Virtud a su lado, Igno no responde y las criaturas penitentes caen en una noche cada vez más profunda.

Pero recuerda, grácil Inga; es en oscuridad absoluta cuando mejor brillan las estrellas, y en su luz ando errante, hasta que una estrella brilla por encima de todas.

Mas no es una estrella, sino una ninfa bailarina en el firmamento, sonriendo como mi amada Silene en los cielos.

Y ella es ese candor. Ahora y siempre estará en mi corazón.”

Y entonces el silencio fue cortado por lo que creí un llanto rechistado.

Inga no lloraba, mas su voz parecía distinta, más suave. “Eso ha sido precioso” admitió. “Eres una caja de sorpresas.”

Se levantó y puso una tetera llena sobre el fogón. Yo también me levanté. “Muy gentil de tu parte, mas innecesario. Con su permiso, pero ya llego tarde.”

“No te preocupes por eso. Mi hijo no se fija mucho en la puntualidad. Tampoco yo. Mientras una persona esté allí cuando de verdad se le necesita, eso es lo único que importa.”

Respetuosamente acepté otra taza de té, esta vez lo pedí con un toque de miel. Miré por la ventana y me sorprendí al ver un cielo claro y azul, mas en el horizonte la niebla amenazaba con invadir Teutoburgo. Me acerqué con paso lento hacia la ventana y exhalé mi aliento visible sobre el cristal, empañando el escenario exterior.

Y cuando el vaho se disipó del vidrio, vi a Dannah en mi mente. Y con un suspiro voceé mis protestas a la lejanía a través del cristal.

Y una mano sabia estaba suavemente tocándome el hombro, era Inga. “Sólo quiero que sepas que me honra tu confesión. Y si alguna vez descubre Dannah la verdadera naturaleza de tus sentimientos por ella, sé que se sentirá igual que yo.”

“¿Te ha hablado Dannah sobre mí, el Agón aparte?” Pregunté sin dudarlo.

Pero Inga meneó la cabeza, sin negarme la pregunta, mas tampoco dando respuesta a mi necesidad. “Lo que hay en el corazón de Dannah no me compete a mí revelarlo, eso es todo lo que puedo decirte.”

“Muy bien” dije yo, decepcionado. “Entonces he de asumir que me odia”.

“¡No!” Rechistó Inga. “No te atormentes así, Soren, y no mientas sobre mi nieta. ¿Crees que Dannah es tan mala como para odiarte? ¿Por qué razón? ¿Por tus

sentimientos hacia ella? Si ese fuera el caso, entonces media Arlstad, quizá más, le sería odiosa.”

Me disculpé sinceramente a Inga. “No quería expresarlo de esa forma. Sólo que sé bien cómo es el ser despreciado y es lógico que una chica buena como Dannah no quiera saber nada de un merluzo como yo”.

Con un destello, la velocidad de mil Arls, me golpeó Inga. Me intimidaron sobremanera su velocidad e ímpetu, pues su mano aún seguía impresa sobre mi mejilla izquierda tras azotarme ella la cara.

“¿Qué....?” Traté de decir, mas Inga, todavía con esa afable expresión en el rostro, me sesgó el habla.

“Es una buena chica, te diría la mejor de todas ellas, si me preguntaras. Pero también tú eres un ánima recta, Soren”.

Mi mano aún curaba mi mejilla enrojecida cuando hablé. “No creo que el Rey y su leal séquito estén de acuerdo”.

“Mi hijo es un vasallo de Krates, no lo olvides. Como también lo soy yo, y Dannah, y Juliano, y Laertes -y a todos nos gustas tal y como eres.”

La noción de gustarle a Dannah me hizo estremecer de dichosa emoción. Giré la cabeza, abrumado por emociones opuestas que fervientemente fustigaban mi ahíta y dolida mente. “No sé” lloriqueé. “Es todo tan confuso”.

La pretérita Arl parecía divertirse con mi novata locuacidad. “¿Cuándo ha sido el amor para los cuerdos?” Reí por lo bajo, tenía razón.

“Arl Inga, ha sido un honor, mas ahora sí que tengo que irme”.

Me acabé el té y me encaminé a la puerta. Inga me siguió, me agarró del hombro, tomando mi faz entre sus manos, calientes, como sus labios cuando plantaron un afectuoso beso en mi frente.

“Cuídate, Soren. No puedo contarte los secretos de mi Dannah, pero ella no te desea mal alguno y estima con cariño tus sentimientos, independientemente de cuanto

digán sus acciones.”

“Por favor” imploré. “No más, no creo que pueda soportar esta emotividad por mucho más. El dolor brota cuando pienso en ella..... Y pienso en ella mucho”.

La Arl agrió un hálito en su garganta. “¿Puedo hacerte una última pregunta antes de que te vayas?”

“Por supuesto, tu hospitalidad me honra sobremanera y nada puedo negarle a una de las mejores Arls que ha tenido esta bella provincia invernal”.

“Soren, que vas a hacer sonrojar a esta vieja loca.

Dannah me contó hace algo sobre vuestro embarazoso primer encuentro en la posada. Contéstame esto: ¿te arrepientes de haberla conocido o de haberle hecho esa aciaga pregunta que daña a dos almas simultáneamente?”

Quizá era demasiado imbécil para verlo, quizá conscientemente no quería aceptar que Dannah pudiera pensar en mí en ocasiones, pero respecto a la pregunta, no había duda por mi parte. Bajo el marco de la puerta y con el aire invernal punzándome como cuchillas heladas, hendiendo su dolor y sufrimiento en mis poros, soporté el apuro físico y emocional que me producía el pensar en Dannah, precisamente porque estaba pensando en Dannah. Amor mío, me atormentabas tanto como me dabas una inspiración que a día de hoy aún mantengo, la cual me abstiene de lanzarme al precipicio de la locura.

Así que “no” fue la respuesta que exclamaron mis pulmones enardecidos y resonó por más lindes que las de aquella pequeña cabaña, también por cada rincón y vericuetto de Arlstad, siendo escuchada en cada casa y callejuela. O al menos así lo sentía cuando di voz a mi negación; para bien de Arl Inga, a quien presenté esta alegación enamorada.

“Aun si el mismísimo Astaris torciera el flujo temporal a mi favor y me permitiera entrar a ese local, sentarme en esa mesa y hablar con esa bella deidad que tu hijo nombró Dannah, aun si lo hiciera a sabiendas de todo cuanto sé hoy, me sentaría

igualmente delante de ella y aún más audaz que la última vez sería mi disposición. No acallaría mi lengua, si eso es lo que crees; sino que hablaría con todo el brío de mi joven pecho, miraría en lo hondo de su hermosura glacial y con ello cejaría el batir de mis pestañas, bebiéndome su encanto, carisma y majestuosidad, su sonrisa de perlas, su piel por la cual yo sangraría y su alma por la cual moriría gustoso.”

Mi psique estaba abrumada por visiones de Dannah, su faz radiante sonriéndome y haciéndole cosquillas a mi corazón, con un cerúleo vestido, leyendo poesía bajo un roble, bañada su hermosura en un sol de primavera..... “Imposible sería la relación que mantuvierais” dijo Inga, devolviéndome a la realidad y sus verdades realistas. No la odié por ello, pues su tristeza era tan visible como la mía.

Empero, no iba a aceptar la veracidad de su sentencia. “No” dije con ánimo doliente. “Habría motivos sobrados para que Dannah me repudie, y hasta puede que sea ese uno muy convincente, el de una conclusión lógica. Pero eso es mentira.

Mi estimada Inga, soy de facto una mala persona, una vergüenza para mi familia y amigos, o al menos esa es la corriente de pensamiento en Krates. Y sin ningún atisbo de duda, ni un millón de replicantes de mí serían suficientes para igualar a Dannah. Soy malvado, lo sé.

Pero una cosa tengo clara: toda mi envidia, todos mis vicios, todo mi deseo carnal y maneras lascivas, a su vera todo eso dejaría de ser. No sé qué puede ofrecer mi corazón, ya que desde que muriera mi madre no he inspeccionado su interior. En verdad que me aterra lo que pueda estar allí. Mas lo que es innegable es que la amo y que cualquier cosa que yo sea o pueda ser, sería para ella y solamente ella.

Domeñaría a Igno y al dios traería atado por una correa, presentándolo como suyo, para hacer con él cuanto le venga en gana. Por ella. Luego no, jamás aceptaré la excusa de que sería un amor imposible. Si hay en mi ánimo alguna virtud, yo la llamaría testarudez, porque haría que ese amor fuera posible. Siempre hay una manera.”

Y con esto mi conclusión. Esta vez dos gotas singulares no se le escaparon a mi

vista, tal era la emoción con la que había hablado.

“Eres digno” aseveró Inga. “Más de lo que imaginas. Mi hijo sabe esto tanto como lo sé yo. Ve con mi bendición, Soren, y que los dioses te concedan la felicidad que mereces. Te imploro que no obvies la posibilidad de ser feliz, no dejes que la oscuridad te consuma”.

Asentí sin más palabras que yo pudiera decir. Silente, con una última mirada agradecida para la pretérita Arl, con despedidas mutuas, partí de vuelta al palacio.

Nada más entrar me encontré al Arl de paso. Empero, no fue un encuentro fortuito. “Eh, chaval” sonrió. “Buenos días. ¿O en tu caso mejor buenas noches?”

“Eh, em...” No sabía bien qué decirle. El Arl contestó por mí con un potente manotazo en la espalda. “¡Ay!” Es lo que debería haber dicho, o cuanto menos lo que decía mi dorso.

“Pues ajo y agua, chavalín; no te queda a ti ná para pillar el catre.”

Me mostró un tomo grueso, calculé que debía contener un mínimo de mil páginas. Tragué saliva. No pintaba bien eso.

“He estado haciendo algunas investigaciones con mi colega Juliano. Le tomó todo un mes al hombre, pero al fin tiene algunas respuestas, al menos eso espero.”

“¿Qué es eso?” Le pregunté al Arl, quien me pasó el tomo. Lo toqué por los bordes y sus carátulas suaves. El cuero era viejo mas resistente.

“Es una vieja enciclopedia cíclope. Supuestamente este tomo sólo es parte de un corpus mayor”.

“¿Un corpus mayor? Hostia, seguro que a los profesores se les pone dura con la fantasía de poder castigar a sus alumnos con la lectura del corpus entero” dije yo.

“¡Ja! Seguro que sí. Pero por desgracia este pequeño bastardo es el único que ha perdurado. -El Arl se puso a pasar las páginas velozmente, ojeando las diversas

inscripciones-

¡Su puta madre!” Exclamó de repente.

“¿Qué pasa?” Pregunté.

“Está todo en Cíclope”.

“¡Su puta madre!” Chillé yo.

El día había empezado mal, o también se podría decir que una muy buena noche había acabado de manera horrible. Sea como fuese, un tomo indescifrable iba a ser el menor de nuestros problemas.

## VIII

**E**l Arl y yo estábamos leyendo el antiguo tomo que nos había dado el Alto Maestre Juliano. Las runas escritas por los Cíclopes eran difíciles de leer. Bueno, yo de hecho no podía descifrar ninguna. Lovren también estaba sufriendo lo suyo. Bebíamos copas de un delicioso vino templado. Se asentaba bien en el estómago y la cabeza. Estaba cansado de muchas maneras, mas debía soportarlo. Sabía que estaba metido de lleno en la tercera prueba de mi Agón.

“Hostia, ¿por qué la única fuente antigua que concierne al viejo Imperio Centauro tiene que estar en Cíclope?” Bramó el Arl disgustado. “¡Ni Juliano puede traducir esta mierda!”

“¿Por qué no les pedimos ayuda a los Cíclopes?” Dije, apelando a lo lógico.

Pero el Arl rechazó mi consejo. “No, eso sería inútil. El lenguaje de los Cíclopes

ha sido olvidado por todos menos un par de ellos. No son un grupo muy prolijo académicamente que digamos. ¡Ja! Supongo que eso es algo que tienes en común con ellos”.

“Ja, ja” berreé con sarcasmo. “Dicho desde el respeto, pero a ti tampoco se te ve muy triunfal en esta empresa”.

El Arl carcajeó vigorosamente, siempre presto a convertirse en el centro de la gracia. “Aun si les enviásemos misivas, nos llevaría una eternidad conseguir que venga uno hasta aquí. ¿Sabes lo lejos que están las tierras Cíclopes de aquí?”

Meneé la cabeza en admisión de mi ignorancia respecto a la geografía de mi mundo.

Pero eso nada importaba y menos cuando un soldado abrió de súbito las puertas y se adentró raudamente, sofocado y falto de aliento. “Arl Lovren” gritó con frenesí nervioso; su boca borbotando saliva, su pecho airado palpitando con los nervios de la carrera.

“¡Ludwig!” Exhaló el Arl, sus facciones pasando en un milisegundo de la calma al pavor. “¿Qué pasa?”

El aún exasperado guardia se agarraba el estómago achacado por las agujetas. “Que alguien le traiga agua a este hombre” ordenó Lovren a uno de los sirvientes que justo estaba en la puerta, observándolo todo. “¡Ahora!” Gritó.

Mas el guardia izó mano revestida en guantelete. “No hay tiempo, mi señor. Se trata de Dannah”.

¡Dannah! Mi corazón dio un vuelco y mi cabeza comenzaba a darme vueltas, tal era el efecto que tenía ese nombre en mí. Por ella estaba hechizado. “¿Qué le ha pasado a mi hija?” Urgió el Arl.

Hombre fabuloso aquel. Sólo podía imaginarme los nervios que debía estar sintiendo en su fuero interno, al ser Dannah la persona más importante en su vida; mas ante sus hombres mantenía la calma perfectamente.

Se frotaba el mentón, dejando que Ludwig recuperara el aliento. Jadeando



todavía considerablemente y entre hálitos entrecortados, éste nos reveló que Dannah iba de camino a una aldea vecina cuando fue raptada por un grupo de bandidos. Con cada nueva dada por Ludwig a mí se me comenzó a hacer jirones el corazón. Dijo que Dannah había partido con algunas de sus amigas más cercanas -entre éstas destacaba Helga- y un contingente armado del todo insuficiente, formando Ludwig parte de él.

Lovren abroncó a Ludwig por permitir que esto sucediera, aunque él no tenía culpa alguna. Dannah lo había exigido así, ya que no quería desviar a demasiados hombres de su deber para con el Arl y la ciudad. Y por ese error fatal la mayoría de los miembros del séquito de Dannah había perecido en la emboscada. Helga y Dannah habían sido raptadas por los bandidos, pero los demás habían sido masacrados, salvo Ludwig y otros dos soldados de los veinte que en un principio habían salido de la ciudad con Dannah y sus amigas.

“¿Piratas?” Dijo Laertes quien había entrado raudo a la sala el momento en que vio a los soldados haciendo lo mismo.

“Es posible” dijo Arl Lovren. “A lo mejor buscan cobrar un rescate”.

“¿Pero cómo podía saber que Dannah saldría de la ciudad?” Esa mi cuestión.

“¿Un pálpito?” Añadió Laertes.

Regañé su comentario simplón. “¡Laertes, joder! ¿Como puede alguien, especialmente un necio pirata, hacer algo así movido por un simple pálpito? No digas sandeces”.

Inmediatamente proferí disculpas a Laertes por haberle hablado así, sólo que estaba cansado y aterrado. Él aceptó mis disculpas sombríamente.

“¿Y cómo cojones lograron acercarse a la capital sin que nos diéramos cuenta?” Gritó el Arl.

Rápidamente di verbo a mis pensamientos. “No se trata de un pálpito ni nada así. Quienquiera que sean los responsables, están actuando desde dentro”.

“¿Crees que estos bandidos están recibiendo información de....?”

“Sí, Arl Lovren. Creo que hay un topo en tu entorno cercano, alguien te ha traicionado”.

Pensé en un cierto alguien, mas no expresé mis sospechas en alto. Aún no tenía pruebas para demostrarlas. El Arl contrajo una mueca de dolor al pensar en que alguien entre su propia gente podría haber dejado que su hija fuera raptada por los bandidos que incordiaban sus dominios. Mas no permitió que la urgencia del momento tomara control sobre su ánimo.

“Todo eso es ahora secundario. Debemos partir de inmediato. Si tenemos suerte aún podemos atraparlos antes de que lleguen al puerto”.

Sin embargo algo olía mal. Los piratas no tenían las agallas para atacar la ciudadela misma del Arl, ni tan astutos como para secuestrar a su hija. Y atracar en el puerto, ¿aun a escondidas? Imposible. Tenía un muy mal presentimiento sobre esto.

“Rápido” exhortó el Arl. “Vosotros dos, id a la armería, tomad vuestras armas y poneos vuestro equipo, luego id prestos a las puertas. Debo reunir a mis hombres”. El Arl marchó con prisas, seguido de cerca por Ludwig y sus hombres ensombrecidos, se les veía heridos y agotados, mas su paso era bravo y leal.

“Laertes, ve tú a la armería y asegúrate de que Adraste sea pulida y luego envainada, también dispón mi armadura”.

“¿Cuero o hierro, señor?” Me preguntó Laertes.

“Toma el mejor cuero negro que puedas encontrar, para mí y para ti. Y cotas de malla también, pero que no sean ni demasiado gruesas ni demasiado pesadas, algo me dice que la velocidad será más importante que la fuerza bruta en esta lucha”.

“¿Acaso sugieres.....?” Mas nada sugería, pues en mi corazón sabía que estos no eran simples piratas. Podía oler equinos en la distancia, esperando. No osé decirlo, en el caso de que pudiera caer en los oídos equivocados.

Apenas había estado dos meses allí, mas ya sabía que había tramposos entre los guardias del palacio. A juicio del Arl podría ser cualquiera, mas yo sabía que el

culpable -o culpables- estaban entre los propios muros de la casa del Arl. Y yo favorecía a un claro candidato a traidor del año: Patrick.

El joven Capitán de la guardia era un chico fuerte, parecía bastante leal y en extremo la devoción que sentía hacia su Arl, mas había algo en él que no encajaba. Lo había estado siguiendo, en silencio, sin ser escuchado. Es extraño cuando un Capitán de la guardia camina en las sombras de su propia ciudad, ocultándose de sus propios hombres. A veces variaba sus pautas alrededor de la ciudad, eso dependía de la posición exacta de sus hombres, mas el granero, aquel viejo edificio abandonado bajo la pradera, siempre acababa allí. En cada ocasión cerraba la puerta a cal y canto tras de sí. Pero siempre escuchaba los murmullos y las risitas. Algo pasaba allí.

Antes de que pudiera seguir sopesando la situación, me encontré con ese mismo demonio. Había desviado el rumbo en dirección a los baños, pues necesitaba desesperadamente plantar..... bueno, os podéis hacer una idea. Una vez allí me percaté de una tenue voz que susurraba en la lengua tedesquiana. En uno de los cubículos de madera estaba Patrick. Se sobresaltó cuando me vio mirándolo de frente.

“Es sólo cortesía común el cagar con la puerta cerrada” siseé.

Había algo con este hombre que no me gustaba nada, y si resultara ser un traidor, sería una victoria grandiosa para mi destreza inquisitorial.

Irguió el cuello nerviosamente, sus sudores profusos. “Príncipe Soren” me dijo con tono árido, recomponiéndose casi de inmediato.

“¿Qué estabas haciendo, Patrick?” Le exigí más que haciendo una pregunta, con una vehemencia amenazante.

Replicó con sarcasmo chulesco. “No lo sé, oh mi príncipe maravilloso, ¿qué crees que podría estar haciendo en un lugar así?”

Vastamente me disgustó su chulería, no supe digerirla bien. Este chico guardaba un secreto podrido, pero el Arl lo estimaba mucho y confiaba en él con su propia vida. Realmente tenía mucho sentido; el hombre más próximo al Arl, esperando el momento

oportuno para entrar sigilosamente a sus aposentos privados para luego cortarle la garganta en las discretas sombras de noche aberrante.

¿Luego por qué la espera? ¿Por qué las desviaciones nocturnas a áreas tan alejadas de la fortaleza? Si su objetivo era desbancar al Arl, todo cuanto precisaba era esperar a su vera. Pero el Arl seguía vivo y Dannah había sido raptada. ¿O era su plan acabar con dos pájaros de un solo misil? ¿Quizá buscaba llevárselos a un lugar remoto y allí matarlos, para luego inventarse alguna alocada excusa que eventualmente lo encumbraría como el nuevo Arl? Astuto plan sin duda. Mas tenía sus agujeros, los cuales yo no sabía llenar. ¡Mas por Thana que llegaría al fondo de la cuestión!

Pero eso era algo que tendría que tratar con suma cautela y meticulosidad, seduciendo al tiempo mismo a mi causa; por ahora sólo había una persona que me importaba, Dannah, y cada minuto de duda acortaría mis posibilidades de salvarla.

Tenía que salvar a Dannah, ¡maldita sea tenía que hacerlo! Juro que ella era -y es- el amor de mi vida. Entraría en escena vestido con aires heroicos y la cogería entre mis brazos y la miraría a sus hermosos ojos y declarararía mis intenciones amorosas para con ella. Luego completaría mis labores del Agón y me la llevaría conmigo de vuelta a Krates en donde la haría mi esposa y juntos gobernaríamos sobre las huestes reales. Juntos ella y yo, maldición, incluso podría ser el nuevo Arl, tal como había sido el hermano menor del primer Ingstad. Eso sonaba muy bien.

Mis fútiles divagaciones oníricas me hicieron perder de vista a Patrick, quien precipitadamente salió de las letrinas. Maldije mi imprudencia por esto mas el ardor en mi esfínter me hizo olvidar al escurridizo Capitán y cual rey sentado en mi trono cagué..... *¡Soren! Gritó Agatha asqueada.*

Lo siento, Agatha, Orin, divago; continuemos.

Mi mente se hallaba hastiada por el desconcierto. Sin más demoras, Laertes y yo salimos veloces del palacio y, a través de una cacofonía de ciudadanos preocupados,

nos hicimos paso hasta llegar junto al pequeño ejército congregado a las puertas.

Los Tedesquianos eran indudablemente un pueblo más agreste que nosotros los norteños. Mientras que nosotros profesábamos el antiguo arte de la guerra con firme rigor, los Tedesquianos eran bastante menos organizados. Si nuestra infantería favorecía el ordenarse en cohortes formadas por diez centurias en cada, ellos arengaban sus posiciones en filas; nosotros preferíamos la cercanía de escudos rectangulares y compactos -con la excepción de los jinetes que blandían largas *spadhe*, forjadas y nombradas a semejanza de las espadas largas de los antiguos guerreros arcanos Faerie- los Tedesquianos tenían espadas largas algunos, grandes espadas otros -e incluso hachas de guerra como la que tenía el Arl. Estos mastodónticos hombres y mujeres portaban cuero más que la sofisticada metalurgia que favorecíamos nosotros.

Mas no eran desordenados. Los hombres esperaban impacientes detrás de su Arl, en una disposición in promptu mas con un pathos militar. Su líder montaba sobre un corcel de brillante blanco que voceaba delicados relinchos en una nieve idéntica a su lomo impecable. A su derecha estaba Patrick, Capitán y segundo al mando.

Técnicamente ni Laertes ni yo teníamos rango alguno, dado que mi título había sido revocado temporalmente; a pesar de esto había dos monturas esperándonos a la zurda del Arl. Ninguno de los dos pronunciamos fonema, limitándonos a subir a nuestros corceles. Acaricé las suaves crines de la bestia, sintiendo su fibrosa musculatura y los tendones pulsando bajo su piel. Admiré el calor manando de su hocico vivaz. Le susurré verbo alentador al oído.

“Había pertenecido al pobre Magnus, esa joven y cariñosa yegua” dijo el Arl. Magnus, uno de los hombres caídos a manos del bandido psicópata hace un par de meses. Había sido el único amor de Helga -según me dijo una vez Laertes, tras hablar éste con.... Con..... Con Dannah. Laertes hablaba a menudo con ella cuando sus caminos se cruzaban. Oh cuánto lo envidiaba por ello.

“Joder” exhalé. “En ese caso será mejor que empleemos a esta chica para una causa mayor. El espíritu de Magnus descansará mejor sabiendo que su yegua ha ayudado a salvar al amor de su vida”. *Wow, cuán sentimental ha sonado eso*, pensé, sin creerme que un tipo de mi calaña podía expresar tales sentimientos. Mas me hallaba en amores profuso, por primera vez en mi taciturna existencia. Eso me potenció el ánimo.

“¡Al puerto pues!” Ordenó el Arl, empujado por mi misericordia para con uno de sus hombres. Los soldados cogieron sus escudos y avanzaron con paso raudo hacia el pequeño puerto a unas pocas millas al sur de Teutoburgo; teníamos la esperanza de que los guardias allí habrían detenido a los agresores.

“No puede ser” dijo el Arl, perplejo.

El puerto estaba como siempre. Dos pescadores estaban saliendo del pueblo portuario a la vez que entrábamos; llevaban una carga fresca que aún se retorció en la zona posterior de sus carros, en donde sus hijos e hijas remataban a los pececillos enérgicamente. No se pensaron dos veces el quitarse de en medio cuando pasó el Arl.

“¡Desmontad, raudos!” Ladró éste.

Tras desmontar presurosamente la caballería, Patrick, Laertes y yo, el Arl dispensó rápidamente órdenes por doquier. Dejó al cuerpo principal del pequeño ejército a las puertas mientras que a algunos de sus lugartenientes les dijo que interrogaran al pequeño núcleo de ciudadanos inquietos que lentamente se iban arremolinando alrededor de los soldados que entraban al pueblo. El Arl le ordenó a Patrick que hablase con los trabajadores del puerto. Patrick obedeció diligentemente tras dejar a dos de sus hombres cerca de su Arl.

“Vosotros dos” nos dijo el Arl, “a la taberna conmigo”.

Nosotros también hicimos lo mandado. Esperaba que hubiese un momento para echar un trago o dos -a ser posible de algo fuerte, era un mediodía muy frío. Mas tenía

mis dudas sobre ello.

“¡Wulfric!” Chilló el Arl con gran urgencia. Había unos pocos hombres bebiendo sidra en una esquina, giraron sus cuellos para ver qué pasaba, mas en cuanto tuvieron cuenta de que era el Arl quien corría hacia la puerta trasera, volvieron de buena gana a sus menesteres. Salvo éstos, nosotros éramos los únicos allí. Algo estaba asándose sobre el fuego. Carne, especias, jugosas salsas goteando sobre los troncos en llamas. Mi estómago hambriento tembló mas reprimí sus quejidos con un suave puñetazo al vientre.

Oí pasos que venían de las escaleras que llevaban a esa bodega que por desgracia tanto recordaba. “Lovren” dijo el orondo dueño de la taberna, portaba dos jamones ahumados bajo los brazos, dejándolos caer en cuanto vio la cara de circunstancias aciagas que blandía su viejo amigo.

El Arl no se molestó en porfiar bravatas masculinas, sólo abrazó a su amigo con intenso ánimo. “Wulfric, cuánto lo lamento” lloró Lovren.

Wulfric le preguntó a su amigo qué estaba pasando, confusión entendible destilada de su ser. “Será mejor que te sientes” le pidió el Arl, quien también añadió, entre labios silentes, “y a ser posible lejos de orejas chismosas”.

“A mis humildes cuartos, pues” dijo Wulfric, mirándonos a nosotros dos mientras señalaba a la pequeña puerta trasera.

“¡Helga, no!” Ululó Wulfric. El olor dulzón a carne asándose en espetos era más intenso que nunca, haciendo que mi estómago se desgañitara con el hambre. Aunque mi mente me exigía muchas cosas, el alimento no estaba entre ellas.

“No te apures, amigo mío” le dijo Lovren, posando una mano atenta sobre el grueso hombro de su amigo. “Recuperaremos a nuestras niñas, esto te lo juro por el honor de mi padre”.

Wulfric contuvo su emoción de desbordarse, mas sus manos temblaban y su pie

izquierdo repiqueteaba nerviosamente contra el suelo. “¿Crees que los Centauros están detrás de esto? De no ser así, ¿cómo han podido llegar tan lejos al interior sin que nos percatáramos?”

“Esa es la cuestión” gruñó Lovren. “¡No tengo ni puta idea! ¿Por casualidad has visto algo extraño? ¿Quizá algunos tipejos diciendo cosas inusuales?”

Wulfric sacudió la cabeza, cepillándose la barba con las uñas. “Nada extraño ha ocurrido aquí desde el día en que trajiste a ese fiero hombre a mi bodega”.

“Entiendo” dijo el Arl con un desasosiego demasiado feroz para ocultar.

“¿Qué crees que está pasando?” Le inquirí a Laertes en una esquinita de la oficina de Wulfric.

Mas éste sólo se encogió de hombros. Me mordí la lengua, apenas sabía nada sobre piratas, bandidos y Centauros. Los piratas y los bandidos procedían de Caledonia, una fiera provincia al norte del peligroso desierto de Norn. Ellos son a los que había derrotado mi padre ha décadas. Aparte de eso, poco y menos sabía yo. Pero el hombre que había matado al anterior amo de mi yegua no había tenido el aspecto característico de un Caledonio.

Entretanto que Laertes y yo nos mirábamos el uno al otro y a los dos veteranos silenciosos, la diosa Providencia intercedió rauda vía su humilde servidor, Herman.

“¡Padre, padre!” Tronó desde fuera el eco de su acento marcado. El dueño de esa voz apareció un instante después.

“Hijo mío” gimió Wulfric. Abrazó a su hijo con amor paternal, cubriendo su faz con picos de su bigote.

“Padre, por favor” rogó quien fuera mi compañero de clase. Caminó hacia el Arl y le habló en un fluir de fonemas que debían expresarse. “Mi Arl, señor. Sé a dónde han ido”.

“¿Quién? ¿De qué estás hablando?” Dijo el Arl impacientemente.

“Una tropa de bandidos armados”.



“¿Caledonios?” Esta vez era Wulfric quien insistía con ánimo apresurado.

“No” contestó Herman. “Por lo que me han dicho no parecían Caledonios”.

“¿Se tratará de....?” Murmuré a los demás, recordando vívidos terrores nocturnos a los cuales yo era propenso por mi corazón roto; terrores que me mostraban a hombres rábidos con fauces amarillas y afiladas, oscura viscosidad entre el carmesí derramado ha meses en esa misma taberna.

“No puedo asegurarlo” me dijo Herman, plenamente sabedor de a quién me estaba refiriendo.

“¿Y cuándo pasó esto?” Preguntó el Arl. “¿Y cuáles son tus fuentes?”

“Mi fuente es un amigo mío, Evandro”.

“¿Evandro? ¿Quién es ese?” Imploró el Arl.

“¿Ese no es el joven Caledonio que trabaja en el muelle?” dijo Wulfric.

“Veraz. Por eso le creo cuando dice que no eran asaltantes de su tierra”.

“¿Y qué estaba haciendo él en los claros?” Interrogó el Arl.

“Su día libre” dijo Herman. “Pero no creo que eso sea importante”. El Arl asintió. Tal era su seriedad que casi parecía forzada.

Herman trató de aportar más información a la ya dada en esta discusión. “Sólo los vio de lejos, pero era un gran tropel. Se dirigían al este, es lo único que pudo decirme.”

Si bien no sabía mucho sobre los Caledonios, sí sabía sobre su supuesta actividad preferida, la piratería. El Maestro Gayo me había adiestrado esmeradamente en estrategia militar. Con específico interés me había martilleado el melón con las nociones sobre la piratería, lógico si nos atenemos a que veintiocho años antes había liderado expediciones marítimas versus los piratas en la bahía de Andros, Caledonia - un hecho que yo nunca aprendí del propio Gayo, sino del Arl durante esta particular desventura.

Pero sí me enseñó a combatirlos y fue insistente en que aprendiera, aun si no se

esperaba de mí tener que enfrentarme jamás a un pirata. El detalle más importante, el que estaba en la cima de mi mente en ese momento, es que un pirata era ante todo un pragmata. Siempre atacaban ciudades costeras, posiciones que tenían asegurada alguna ruta de escape, y, más importante si cabe, siempre empleaban tácticas guerrilleras. Excursiones breves, mas nunca limpias. Violaban, rapiñaban e incendiaban en su maldad con el tic-tac frenético del reloj a sus espaldas.

Es por eso que creía que había algo más que se nos escapaba, algo que examinaba nuestro entorno, esperando para atacar cuando menos nos lo esperábamos. Los Centauros habían mostrado sus sucios cascos en ocasiones infrecuentes, pero cabe recordar que los Centauros también eran piratas y, como aseguraban las leyendas, adoptaban patrones similares. Los piratas no se aventuran tierra adentro.

*Esto es imposible*, pensé, mas sin atreverme a acercarme al Arl y a su amigo desconsolado. Era un novato -mas no uno corriente; yo era Soren, príncipe de Krates y maestro soldado.

Nada tenía sentido para mí. El Arl debía estar pensando lo mismo, estoy seguro de ello. Estos piratas no habían usado el puerto ni habían atracado en ninguna parte. Eso sólo dejaba las costas occidentales, lo cual habría sido una explicación plausible, considerando que no estaban tan lejos. Pero ese tal Evandro testificó haberlos visto marchar al este. Los únicos atracaderos que me venían a la mente estaban en las costas orientales, a varias semanas de trayecto desde Teutoburgo.

Eso significaba que la expedición en tierra debía ser una bastante grande. Y sin embargo ni un solo guardia había visto nada. Ningún centinela había reportado ningún evento inusual. Eso sólo podía ser posible si los invasores, independientemente de si eran bandidos, zafios o los misteriosos hombres salvajes, tenían el conocimiento de esas tierras a su plena disposición.

Y sin que los hombres del Arl supieran nada. Una trama así sólo podía

elaborarse desde dentro. Y tú eras mi principal sospechoso, Patrick.

“Soren, Soren”. Era Laertes, mas sus atenciones se hallaban muy lejanas puesto que yo pensaba y tejía mi propia red de dudas.

Ojeé a Laertes. Parecía preocupado. Wulfric lloraba afligidamente, ciñéndose a los toscos brazos del Arl. “Debes salvarla, es mi niña. ¡Maldita sea, Lovren, te lo imploro!”

Wulfric soltó a su amigo, nos miró un breve instante mas giró su cabeza con brusquedad. Su gesto denotaba orgullo. Y amor. Hace falta mucho para derribar los muros que rodean a corazones orgullosos -esto os lo puedo aseverar, queridos infantes, de mis propias experiencias macabras.

Lovren dejó que el hombre recobrara la calma, permitiéndole la dignidad frente a su hijo. Herman reconoció los sentimientos de su padre abrazándolo fuertemente. Herman parecía menos viril que su progenitor y más proclive a mostrar emoción. El Arl participó en este momento familiar, pues él era de Wulfric un hermano.

“Las traeremos de vuelta, amigo mío. Sabes que puedes contar conmigo”.

Wulfric respiró hondo, venciendo al dolor, aunque con extrema dificultad.

“Si puedo contar con alguien, sé que ése eres tú. Por eso con honor te llamo a ti, Lovren, amigo y hermano.

Hemos luchado antes, ya hemos vencido en el pasado a esos piratas malnacidos, cuando embarcamos con Segismundo y Wilkins para encararlos en la bahía de Andros, en el mismo corazón marchito de esos cerdos.

Y por ese amor que aún nos aviva, le he concedido a tu hija un estatus familiar en mi corazón y ella es también de mi hijo e hija una tercera hermana. Quizá no seamos sangre pero juntos hemos liberado la del enemigo que trató de quitarnos nuestra libertad. ¿Y ahora se atreven a llevarse a nuestras niñas? ¡Ni por asomo, Lovren!”

Los dos guerreros portentosos inclinaron la cabeza con complicidad, a pesar de

su masa Wulfric aún se movía como lo que ha sido siempre, un guerrero. Nunca lo tuve por un soldado la primera vez que estuve aquí. Así que imaginad la sorpresa que sentí cuando los vi solaparse los antebrazos con brío vigoroso y darse leves cabezazos con la pasión que posee todo hombre armado.

Wulfric siguió hablando. “Sabes bien lo que me pasó tras la batalla de Andros. Me rompí la rodilla zurda en dos zonas diferentes y perdí el movimiento de mi brazo bueno, el que empuñaba filo, por voluntad de la maza de un pirata que hizo papilla mi hombro. -Eso explicaría su masa actual-

Rezaré por vosotros y desangraré mis nudillos con frustración al hacerlo. Mas mi estirpe no os va a dejar de lado”.

Wulfric miró directamente a su hijo. Herman no se opuso, todo lo contrario, de motu proprio dio un paso adelante, su rictus se expresaba afanoso. Lovren, sin embargo, tenía sus dudas. “No” se quejó. “No puedo pedirte esto, Wulfric. Ya has perdido demasiado, no voy a dejar que pagues por mis errores. Esto está sobre mis espaldas, Dannah está en peligro por mi culpa como también Helga. No voy a poner a Herman bajo la espada también.”

Y Wulfric habría de insistir, incesante se quejaría airadamente, mas Lovren habría de seguir negándolo. Wulfric lo tomaría como una ofensa, como de hecho hizo, mas Lovren preferiría ver a Herman vivo y ofendido que no muerto y glorificado.

Pero Herman no buscaba ni oro ni gloria. Esto lo aseveró él mismo. “¡Arl Lovren!” Vociferó con un timbre arrollador que denotaba autoridad, una tal que hasta un Arl debe reconocerla y finalmente obedecerla. Me impresionó enormemente.

“Dejando a un lado el honor, padre, y al otro la seguridad, mi Arl, pues creo que esto es mucho más que eso.

Estamos hablando de familia, tal como padre confirmó ha un instante. No una sino dos hermanas mías han sido raptadas por dioses saben qué clase de gente. Imagina la frustración de mi padre por no poder prestar auxilio a sus hijas -que también

son las tuyas. Te digo que aún mayor sería la mía, si nos atenemos a que mi cuerpo hierve con lozanía, apta y dispuesta a ayudar a mi pueblo en su hora aciaga”.

Sublime. No era capaz de reprimir mi admiración hacia el entusiasmo de Herman. Al igual que yo, él carecía de experiencia mas qué bien puestas tenía las gónadas. Las mías estaban cerca de trepidar y mi propio soldadito desfilaba armas al ver la ira de Herman. Contuve mis pensamientos irracionales sobre secretos libidinosos debajo de las sábanas -ahora no era momento para eso.

“Pero si no tienes la experiencia. Sí, eres un guerrero excelente, como tu padre, pero no puedo asegurarte de que saldremos de ésta con vida.” Ergo contestó el Arl.

“¡Luego riesgo que estoy presto a tomar!” Con vehemencia un magnificado Herman defendió su estasis. “¡Por Arlstad y por nosotros, padre!”

No sólo referíase a Wulfric, también a Lovren, quien tenía dificultades con las riendas de sus propias emociones. Mas éstas podían sentirse por quienes eran lo suficiente afortunados para vivir ese momento de pura camaradería. Chocamos puños silentes, Laertes y yo. Él sonreía. Su sonrisa evocaba la esperanza. Yo pensaba en Dannah. Dejé que el amor ganara esta ronda, y cuánto más feliz me hallaba por ello.

El Arl no discutió el asunto por más tiempo. Herman se venía con nosotros.

Tras aquello dio órdenes a viva voz a todos menos a nosotros, a quienes quería tener cerca. Íbamos a quedarnos el resto del día en el puerto entre que esperábamos que vinieran más provisiones desde la capital. El Arl era sabio allende sus maneras alocadas, porque de facto este esperpento resultaría ser una carrera de fondo.

## IX

**H**abían pasado dos semanas desde que Dannah fuera raptada. Estaba preocupado -y convencido de que Patrick estaba involucrado. No me engañaría, sabía que tenía algo en mente

Desde el puerto habíamos virado al este, por la cuenta que nos había dado personalmente el mozo Evandro. Luego el rastro que estábamos siguiendo nos había conducido al norte, a algo más de cien kilómetros de Vianna. Pero mucho antes de llegar a la gran ciudadela, en una granja por el camino, nos había informado un granjero muy turbado de que una pequeña tropa había marchado por allí ha más de tres días; los restos cenicientos de su granja y las tierras ahítas de grano y ganado fueron fieles testigos de su avance. El Arl se había disculpado honrosamente mas el humilde hombre le había contestado que no pasaba nada, que contento estaba con que su familia hubiese salido ilesa.

Yo mismo había permanecido en su derredor -en esta ocasión tranquilo y sólo escuchando. Como he mencionado, ora piratas o bandidos, normalmente no se extraviaban de aguas saladas. Tal no era el caso, dado que habían pasado días desde que viéramos, siquiera remotamente, algún atracadero, playa o cala.

Mas esa era la menor de mis sospechas. Los piratas podían, en contadas ocasiones, ser audaces. Y por las cuentas del Arl, se habían estado volviendo así en gran medida. Al punto de osar abducir a su hija. Dannah. La chica de la que ya estaba enamorado. Mi corazón ardía con los nervios y mi estómago, hirviendo por la ansiedad. Las chicas estaban en gran peligro.

Ese era otro embrollo que me destrozaba la psique: eran chicas. La piratería era

un oficio predominantemente masculino -con alguna excepción, creo- ergo cuando estaban en medio de una incursión o ataque, dejaban muy pocos testigos y aún menos damiselas sin desflorar. Y otro aspecto intrigante: ese granjero tenía dos formosas hijas de rubio ápice, la más joven parecía haber visto su primera sangre, mas no hace mucho, pero lo suficiente para satisfacer el placer de un criminal; la mayor semblaba tener la misma edad que Dannah -un año más o uno menos.

Mas allí habían estado, puras, mientras sus campos habían sido completamente devastados. No, según había detallado Gayo, si eran realmente piratas, ni el granjero ni su esposa e hijas habrían estado allí para darnos indicaciones exactas de a dónde habían ido estos supuestos.

Mas en adelante descubrimos que estaban dirigiéndose al este otra vez -y céleres en su ventura.

Atravesamos muchas aldeas por el camino, las cuales presentaban los mismos signos de invasión, pero la gente no había sido atacada. Sí, sus rastros estaban cubiertos de tristeza y hollín, mas ningún niño había acabado huérfano, había mujeres mas no viudas y los hombres estaban incólumes.

Pero los centinelas..... Los centinelas no habían recibido piedad alguna. En cuanto llegamos a una pequeña aldea, todos éstos habían sido ahorcados o empalados a las puertas.

Uno me marcó ese día. Aún me viene la imagen de Laertes vomitando su frugal desayuno al ver el cuerpo desfigurado y contorsionado de un centinela que recién debió haber alcanzado la mayoría de edad. La llama de la juventud disipado a través del único ojo remanente en su muerta y pálida faz. El otro había sido picoteado meticulosamente por los ciervos que se reían de nosotros desde los árboles, burlándose de nuestra tardanza y regocijándose en su bandada asesina. “¡Maldita sea!”

Enfervorecí disgustadamente. Laertes tuvo que retroceder hacia un árbol cercano y agacharse frente a su tronco mientras se aferraba a su estómago en náuseas profusas.

Me acerqué al bravo semental del Arl, mi yegua estaba demasiado asustada para aproximarse a la carnicería. “Algo va muy mal”.

A él se le veía considerablemente preocupado. “¿Tú también te has dado cuenta?”

“Veraz, y también asumí que tendrías un plan, habiendo tú versado contra piratas tantas veces en el pasado.”

“Sí, pero eso no me reconforta.”

“¿Qué piensas sobre la situación?” Le pregunté al Arl.

Montaba callado sobre su intrépido purasangre, pensando, meditando con constancia. “Que nos están tendiendo una trampa -y a eso muy buena. Están varios pasos por delante de nosotros. Estamos a su merced. Eso es lo que pienso”.

Yo estaba totalmente de acuerdo con eso. El Arl y yo pensábamos de un modo similar. Pero ninguno de los dos podíamos llegar a captar el patrón. No tenía sentido. Por la manera en la que habían masacrado a los centinelas, aplastados cual insectos, esto no podía tratarse de una lid de meros piratas. Éstos no eran tan osados como para hacer algo así.

¿Pero por qué a los guardias sí y a la gente común no? Eran presa fácil. Esto no era coincidencia y, viendo la brutalidad cometida contra los pobres centinelas, tampoco era cuestión de piedad. Estábamos persiguiendo a bárbaros inmisericordes.

Seguía espiando a Patrick, constantemente, cada hora al menos una vez lo observaría desde la esquina del ojo. Rara vez se alejaba del Arl. En ese preciso instante se hallaba investigando los cadáveres a la par que sus hombres interrogaban a los supervivientes. Mas se le veía demasiado calmo. ¿Por qué? ¿Era de facto tan bueno? ¿O es que escondía algo?



“A tomar por culo” dije susurradamente.

Conduje a mi yegua a comedida lejanía del escenario, pues estaba asustada y no había vergüenza en ello. Yo estaba aquejado por los mismos sentimientos que a ella acuciaban. La até a un pequeño arce; allí calmadamente pastó sobre el verde delicioso que osaba asomar la cabeza allende el pequeño manto níveo. Mimé sus crines tiernamente, susurrando en sus orejas erizadas -que no la culpaba, que yo también me sentía mal por los difuntos.

Esa era otra razón por la cual no quise entrar al pueblo. Los cuerpos estaban siendo apilados para un rápido mas santo crematorio. El olor a humo funerario, el clangor de madres e hijos plañideros, de hermanos y hermanas los lamentos, combinadas las plegarias de los fieles y la frustrada ira de los agnósticos, todos por igual pidiéndoles a esos mudos dioses por qué les habían arrancado de la luz de sus vidas....

¡No podía soportarlo más! No quería que muriese la gente. No quería que esos buenos hombres y mujeres sufrieran. Y empero yo no era nada salvo una mera partícula en un mundo que no podía salvar. Le di un puñetazo al arce y la corteza se agrietó y sangró blanca savia. Mis nudillos también sangraban. Le pedí perdones al árbol inocente y a mi yegua atemorizada. Acaricié su hocico y lloré con ella.

“Lo siento” le dije a la bella criatura. “Es que no puedo vivir con esto. Mierda, se supone que debo aspirar a ser un general y ni siquiera puedo ver la muerte de cerca. Todo esto me exige en demasía....”

“¡Eh Soren!” Clamó una voz que reconocí ipso facto. Era Laertes.

“¿Qué estás haciendo? El Arl está formando un perímetro alrededor del muro, o mejor dicho lo que queda de él. No es buena la situación presentada; como ya no quedan guardias, el Arl está sopesando dos opciones: o enviar a los aldeanos a Teutoburgo con una escolta armada o bien traerlos con nosotros. Debemos elegir entre perder guerreros o portar lastre hasta dioses saben a dónde nos estén dirigiendo esos

perros”.

Resoplé depresivamente. Todos los planes estaban desmoronándose. Las aves carroñeras graznaban en derredor de la silueta de Igno; esto hizo que se me revoliera el estómago. Me tomé el tiempo para lanzar miradas de puro odio a los pajarracos, los cuales se mofaban divertidos, planeando en círculos sobre mí, en lares a los que jamás podría llegar.

Respiré hondo y exhalé un hálito apesadumbrado. “Lo mejor será que se vengan con nosotros, esa sería mi opción” dije con taciturnidad. Oteaba el horizonte vacío, la nieve no era espesa mas sí lo era la neblina en la lontananza; esa era la dirección en la que debíamos marchar -a la incertidumbre que era pisar planicies de hielo y traición.

“¿Por qué elegirías tal opción, Soren? Sólo traería peligro a esta buena gente. Lo mejor sería llevarlos a algún lugar más seguro y en una dirección contraria a la nuestra. Cuanto más lejos mejor”.

“Según tengo en cuenta, esas ánimas desgraciadas que ahora levitan hacia los dioses habían estado lejos de nosotros pero eso no los salvó de la mordedura que da el acero.

No, que se vengan con nosotros, así por lo menos puedo intentar protegerlos. Si han de caer víctimas a esos bastardos escondidos allí afuera, que primero me lleven a mí, que sesguen mi hilo un millón de armas penetrando mi ánimo y quizá con mi sacrificio final al menos un alma, una esperanza, pueda sobrevivir y dar fe de mis proezas.

No me importaría morir así. No suena mal en absoluto.”

Laertes tomó asiento a mi vera sobre el mullido césped. En unión de dos miramos hacia la bruma ritualística que desafiaba el éter, para que así los espíritus pudieran hallar a los dioses.

“A mí sí me importaría si me faltaras, Soren, con indiferencia del contexto y modo. Mas has obviado un detalle muy importante -un error de cálculo impropio de un

príncipe hoy y un general ejemplar mañana.”

“¡Ja!” Bufé con malos modos. “¿Y cuál sería ese hipotético fallo?”

“Yo. Quizá sea un ramplón de rojiza faz, mas uno jodidamente leal, perdona mi Faerie”.

Laertes, siempre ducho en qué verbo expresar -y cómo expresarlo- para hacer que mis humores se alivianaran en el fuero de mi duro caparazón. Aun si todo cuanto veía era una espesa neblina extendiéndose ante nosotros, entre los cielos nublados un rayo de sol escaparía de su enrejado y otorgaría a mi faz y al ánimo que la sostiene con la valentía necesaria para seguir adelante.

Y mi mejor aliado habló de nuevo, halagándome con cada fonema proferido. “No has tenido en cuenta que alguien siempre estará contigo, aunque tuvieras que lincar contra las mismísimas huestes de Sustarios. Y ese buen soldadito lucharía y moriría sin dudarlo por su príncipe y héroe, siendo ése su deber y deseo -y quizá con mi sacrificio final al menos un alma, la tuya, sobreviva y esparza verbo triunfal a través de sus valerosas acciones.

¡Y que ese príncipe viva para siempre!”

Oh, mi amor Laertes. Cuánto deseo haber hecho cuanto debí hacer; abrazarte fuertemente a mi pecho y agradecerte cien y una veces por tu lealtad y fe. Mas tu fe estaba puesta en mal hombre. Esa era la noción exacta que no percibí como sentimiento discernible, por la cual reaccioné insolentemente. Juro que me arrepiento tanto por haberte decepcionado.

De facto decepcionado ha de ser la única definición válida del ceño fruncido de mi pobre amigo cuando me levanté malhumorado y apenas hablando, más bien vociferando una dicción incómoda y banal.

“Joder, esta puta mierda es demasiado ñoña para mí. ¿Quién te crees que soy, Dannah?”

Mentar su nombre no mejoró mi ánimo crudo. Me mordí el labio con tanta furia

que se partió y dio a sangrar.

“¡Muerte a esto! Me largo. Laertes, tú también, levántate de una puta vez, que tenemos faena por delante.” Despotriqué con verbo plumizo, desatando erráticamente a mi yegua entretanto; ella relinchó con desaprobación cuando tiré de su lustrosa cabeza con excesiva potencia.

De inmediato se levantó Laertes, sobresaltado y con tanto temor como mi yegua. “Soren, señor, no era mi intención provocarle ofensa”.

Su timbre era tan humilde y asustadizo que, contrariado por mi propio comportamiento, taimé mis malos humos; Laertes no se merecía ser tratado de una forma tan maligna. “No, Laertes. Ruego que seáis vos quien acepte mis disculpas. Lo que has dicho, me honra, de verdad que lo hace. No estoy enfadado contigo, sino conmigo mismo”.

Nos dispusimos a regresar a las puertas tiznadas de la aldea, con mi yegua trotando a mi vera. Acaricié su lomo con cariño, para así apaciguar el miedo que yo le había forzado a vivir, uno que en esencia era tan pérfido como el que había causado una matanza tan innecesaria en esa aldea rural.

Las piras eran ahora negros montones humeantes, lo que quedaba de los valientes protectores estaba ahora surcando los cielos en busca del sosiego del otro mundo. Oía el suave tintineo de la liviana malla de Laertes, arropada por el negro cuero que portábamos en simetría.

“¡Eh, espérame!” Jadeó.

Se había distraído por el camino, quedándose atrás. Me resultó cómico verlo jadeando y tosiendo detrás de mí. No es que le deseara mal alguno -dioses no. Sencillamente me divertía la familiaridad de esto. Era un tanto característico, él carraspeando a mi vera, tal como habíamos carraspeado ambos con el sufrir merecido de las azotainas que nos había dado el Maestro Gayo con su espada de prácticas.

Lo rodeé con un brazo y planté un piquito sobre su sien diestra. “Ven aquí, cabronazo” dije yo, con mi mano libre metiéndole un meñique salivado en la oreja.

“¡Argh! ¡Bastardo!” Bramó, carente su disposición de toda malicia, formalidades previas y pudor.

Luego así comenzaron dos muchachos a lanzarse bolas de nieve. Le di a Laertes en toda la nariz. “¡Ay!” Berreó, mas a pesar del puente enrojecido se reiría y se lanzaría contra mí. Intentaría placarme, fallaría y se tropezaría. Y al final acabaríamos corriendo cuesta abajo, tirándonos de panza sobre la nieve y el césped, el cual era suave y fresco. Entretanto nos seguía la confusa yegua, de igual hechizada por el aura benigno que exudaban los dos amigos en juego.

Pero antes de que los soldados en patrulla alrededor del muro pudiesen ver nuestra dicha, fuera de lugar en horas de duelo, nos levantamos de la nieve, nos la quitamos de la ropa y caminamos con decoro religioso hacia las puertas.

El Arl se había congregado en la plaza principal. El templete que había servido a las necesidades espirituales de los aldeanos ahora era un cairn; escombros, ceniza y dioses rotos. La oficina del alcalde era prácticamente un amasijo de polvo y piedra. Muchos hombres y mujeres, mayormente aldeanos, también estaban allí, a una distancia respetuosa del Arl y su decenvirato menor, un comité de diez hombres, quienes estaban examinando algo entre las ruinas de lo que había sido una estatua muy grande.

Mas no se fijaban en la estatua; allende los escombros caídos y la roca estaba el foco de sus pesquisas. Al ver las multitudes corrí raudo en esa dirección, apartando al gentío en mi camino; mi estómago se contrajo cuando oí el llanto de los infantes.

Las imágenes evocadas por todos ellos, una pesadilla de la que no podía escapar; se aferraban a sus animales de peluche con las mejillas hinchadas, laceradas por lágrimas que portaban las memorias de padres y madres a los que no volverían a

ver; amigos y familiares les decían que estaban allí para ellos, que no tenían que sufrir solos.... Pero claro que habrían de sufrir igualmente.

Este era el verdadero rostro de la guerra. No había gloria, no había fama. ¿Qué tenían los centinelas caídos aparte de las lamentaciones de cónyuges y su progenie común? Desde la colina no había escuchado otra cosa salvo las frías verdades que invocaba el agudo ulular de aquellos atormentados por la pérdida.

Por tanto así estaba mi mente -tullida por el pesar de la buena gente de esa aldea desconocida para mí- cuando llegamos al amparo de la presencia de mi glorioso Arl. Diose la vuelta, como si hubiese percibido nuestras auras. Yo estaba a unos pocos pasos detrás de él, pues sabía mejor que acercarme a este hombre por la espalda.

Rápida moción, mas su semblante mostraba amabilidad. Su mueca de reconocimiento parecía forzada, como lo eran todas nuestras sonrisas simpáticas; mas para nosotros siempre tendría una. “Chicos, he de decir que me alegro de veros”.

Me puse delante de Laertes, con ello adoptando yo el rol de líder de uno, y le hablé directamente al Arl. “Mis lamentos, Arl Lovren” empleé un tono educado, respetuoso, “por irme repentinamente. Acepto cualquier pérdida de puntos que decrete. No merezco menos”.

Pero el Arl no era la clase de hombre que castigaba la humanidad. “Eh chavalín, no digas esas cosas. Si de verdad te hubiese querido de vuelta, yo mismo habría ido a buscarte, pero leí tus intenciones perfectamente cuando te vi subiendo por esa colina. No te culpo, de hecho yo quería hacer lo mismo. Pero claro, siendo yo el Arl y todo eso....”

Me azotó la espalda con un manotazo, algo usual y en demasía frecuente para mi gusto, y se deshizo del tema con un “no le des más vueltas”. Asentí y recobré la calma. Mas sospechaba que ésta iba a durarme poco cuando le pregunté al Arl qué estaban investigando.

“No sé si querrás ver esto”.

Pero debía. Le aseveré enfáticamente que sí quería, que era tanto mi prerrogativa como un juramento que debía seguir milimétricamente.

“Muy bien, joven valeroso” me dijo. Laertes me siguió, naturalmente, pues él era el más valiente de los dos.

No fue Laertes quien expulsó su desayuno sobre sus botas militares. Fui yo. No pude evitarlo, con sólo el hedor me alboroté. Mas la visión del que fuera alcalde de esa aldea, partido en cuatro pedazos irregulares de sangre, era algo que mi estómago no podía soportar.

Cuando hube acabado lo que fue visto como una reacción lógica por todos menos por mí, el Arl me dijo que el alcalde había sido atado a cuatro caballos y acto seguido despedazado. Sus entrañas y órganos vitales yacían en el centro de un charco helado de sangre, mas los restos mortales habían sido arrastrados en direcciones opuestas y después abandonadas a la putrefacción. Lo que más me aterró eran las dos partes de su rostro, dos ojos de un azul idéntico estaban separadas a varios metros, mas ambos marcados con la misma expresión de terror. Lo que debió haber sentido ese hombre en sus segundos finales, sólo los dioses lo sabían -pero por su mirada sobrecogedora, debió haber sido horrible.

El Arl ordenó que se levantara una apresurada mas solemne pira para sus restos destrozados. Tras eso se acercó a mí. Yo sufría dificultades para permanecer en pie, mas era el primero al que acudí. “Lo tengo claro, los aldeanos se vienen con nosotros. Quiero estar con mi pueblo en su momento de necesidad.

Además, las Comunas no paran muy lejos, al este de aquí. Es esa la dirección en la que se dirigen, por lo que me dicen mis rastreadores, añadida también la información que me han dado los aldeanos. Si no hallamos oposición por el trayecto, quizá podamos enviar una escolta armada a Thera. También he enviado mensajeros de camino a las Comunas, para convocar a Segismundo”.

“Buena idea” asentí.

Sin embargo fea mueca la que hizo el Arl; a tenor de su expresión, asumí que había una pega. Y haberla, la había. “El problema es que tardarán. Partiendo directamente al este, Thera está a menos de ocho horas de trayecto, pero tengo la sospecha de que hay enemigos en esa dirección, así que he redireccionado a mis mensajeros a una ruta al sur que me conozco bien; está bien protegida, hay de camino muchos asentamientos armados que les darán agua y comida -y descanso. Sin embargo, con todo eso, tardarán al menos día y medio, y eso contando que los vientos les sean favorables a los barcos de Segismundo.”

“Luego Segismundo llegará en barco” dije, señalando lo obvio.

“Sí” contestó el Arl. “Unas pocas leguas rumbo al norte y luego nos encontrará por el camino”.

“¿Y si encontramos enemigos antes de que llegue?”

“Entonces defenderemos nuestras vidas con honor y fuerza -asentí con él enfáticamente-

Anda, id, nos quedaremos aquí una hora más. Todo está dispuesto, tú déjame al cargo de todo esto. He reunido suministros en la posada; una botella de agua y una hogaza de pan por soldado. Tú no eres una excepción, ve y tómate un respiro”.

Entonces Laertes intervino abruptamente, asolado por otra clase de urgencia. “¿Las letrinas?” Inquirió avergonzadamente. Hube de reír, como hizo también el Arl.

“La posada yendo por esa vía, luego gira a la izquierda; ídem con la letrina, pero a la derecha”.

Luego los tres desviamos nuestros caminos. Le dije a Laertes que nos encontraríamos en la posada. Él asintió, frotándose las tripas, las cuales gruñeron en simultaneidad con la boca farfulladora del muchacho. Me despedí de él con burlescas chanzas y me encaminé en dirección a la posada.

La pequeña calle estaba abarrotada con amas de casas que retenían con ahítas



manos a sus infantes ahora de padres faltos. Algunos cargaban criaturitas plañideras. Ancianos corrían cuan raudos les permitían sus bastones y frágiles piernas. Mas no podían mantener el ritmo de los jóvenes. Un pobre señor deambulaba con el único auxilio de un bastón mellado en distintas zonas. Tanto éste como su dueño se arrastraban por la nieve.

Finalmente el hombre, exhausto, cayó de rodillas. Me detuve en cuanto lo vi, sintiendo gran pena por sus lamentos, los cuales eran profusos.

“Oh, dioses me lleven, que me he convertido en un inútil” sollozó el anciano, quien no hablaba con nadie sino con el éter que él no podía percibir mas cerca estaba de llevárselo.

“Yo fui un herrero” continuó su bable. “Yo fui fuerte y admirable hombre, uno al que sus hijos adoraban.

Mis hijos se habían alistado a la guardia, pues querían hacerme sentir orgulloso. Y cuán me hicieron. ¿Y dónde estaba yo cuando esos salvajes les privaron de la vida? ¡Temblando en la puta posada!”

El hombre se arremolinó en el suelo y lloró sin parar. La gente pasaba, arriba y abajo por la calle enfervorecida, portando cuantas posesiones podían, en sábanas o pequeños arcones. Nadie tenía tiempo para preocuparse por ese anciano.

Mas hubo alguien que sí lo ayudó a levantarse. Ese alguien había sido infundido con esa amabilidad y ternura que infería de la misma belleza con la cual tenía prohibido hablar. Vedado por Ida quizá hubiese sido, mas no por su humanidad. Cogí al pobre anciano por un brazo raquíptico y pausadamente lo ayudé a ponerse en pie.

Se trastabilló, la poca fuerza que le quedaba estaba abandonando sus extremidades artríticas. Mas yo no dejé que se cayera. “Sea fuerte, abuelo, por sus hijos” dije yo.

“Pero si soy un lastre” habló él.

“¡Incierto!” Refuté con justicia sus alegaciones pesimistas. “A lo mejor herreros

veteranos y habilidosos es lo que más necesitamos”.

“Pero lo que más necesita ahora este herrero es ver de nuevo a sus hijos, eran todo lo que tenía en esta vida”.

“Lo entiendo, de veras que lo hago, buen señor. Mas hoy no será el día en que los vea.

Mas cuando ese día llegue, le prometo que ascenderá a la mismísima morada de los dioses y allí sus hijos le cantarán alabanzas, tal será su júbilo. ¿Y sabe qué odas le cantarán?”

El anciano no me contestó, mas sus ojos recobraban un hilo de optimismo y yo me nutrí de él, tomando coraje y devolviéndolo por mil; remodelado y mejorado, para que este buen hombre siguiera adelante. Pues la vida era un don que yo, en aquel entonces, apreciaba.

“Le hablaré de esa oda que ha de ser. Será maravillosa y será aplaudida por todas las cortes celestiales. Nada menos sería digno de un hombre que forjará armas tan fuertes y resistentes que ningún Centauro podrá escapar a su ira.

Porque impresa en ella estará la recta mano de un padre herido; y la protección de aquellos que blanden las hojas de la Justicia, pues el amor por y de sus hijos estará también tallado en ellas”.

Y con lágrimas en el rostro de un hombre cuyo nombre ignoraba, lo solté, irguiéndome con una firmeza que él no había tenido en años, mi avidez tornándose aura alrededor de él.

“Sobrevívanos a todos, abuelo” le dije, levantando un pulgar en su dirección y golpeándome el pecho, saludando al bravo hombre que antaño fue y estaba volviendo a ser. Tal era el dictamen del honor.

Me sentía genial. Nunca me había sentido así antes. Veraz, siempre sentí familiaridad con los humildes, aun si yo mismo no lo era, mas esto era antitético en mí. Pero se sentía como una vocación real.

El pesar, el dolor de ver morir a gente inocente.... Tenía que usarlo, dejar que me guiara de tal manera que tuviera la fuerza para prevenir que ocurriera otra vez. Ergo sólo era natural que acudiese a una nueva llamada de auxilio. Y presto iría a ello.

Oí ruegos y quejas. Como el anciano al que acababa de ayudar, esta mujer estaba siendo ignorada por sus semejantes. Sus nervios eran tales que le dio una bofetada al pequeño que se aferraba a sus faldas. Yo también sentí el golpe. Mas no hallé culpa ni en madre ni en hijo, aún menos en la hermanita de este chico, una criatura que lloraba, enloquecida por el terror de ver lo que ningún niño debería.

La madre rompió en llanto y comenzó a besar la mejilla de su pequeño. “Lo siento mucho, Bastian, por favor perdona a tu madre.”

“Te quiero, mami. No pasa nada, Edith y yo, los dos te queremos”.

No pude evitar llevar mi mano de guerrero a mi corazón de poeta. Pulsaba éste una angustia vívida por cuanto habían de ver mis ojos. En cuanto se calmaron los niños, la pobre mujer intentó recomponerse. Un baúl enorme estaba detrás de ella. Parecía muy pesado. Esto quedó confirmado cuando intentó arrastrarlo, tan sólo pudiendo moverlo unos centímetros. Ella se esforzaba y sufría e incluso urgió a sus pequeños a que la ayudaran -vano ejercicio aquel.

No dudé en correr en su auxilio. “Perdone, doña” dije con unos modales que normalmente prefería ocultar. “¿Puedo serle de ayuda?”

Ella profirió inquietud, dudas y desconfianza. “Gracias, señor, mas no es necesario”.

“Insisto” urgí, dado que esta mujer manifiestamente necesitaba la ayuda. No opuso demasiada resistencia. Sólo se encogió de hombros, asiendo a sus hijos de la mano.

“Espere un segundo” añadí, pues me sobrevino una idea.

Me tomó menos de un minuto pasar corriendo por la sonora multitud de gente hambrienta en la posada. Grité a vivo pulmón y adopté un tono que reflejaba la

autoridad de mi rango. Pocas veces en mi vida había experimentado lo que era ser un príncipe. Eso era algo más pertinente a Roderick. Pero creo que un buen príncipe, un noble que se preocupa más por la gente que por sus propias ambiciones, habría actuado como yo ese día.

La muchedumbre se partió como afluentes chocando contra las rocas y yo cogí mis raciones debidas; una hogaza de pan duro y un pequeño zurrón de agua. No las quería para mí; quizá Laertes compartiría conmigo las suyas -en nuestro camino al este. Mas sí requería esos alimentos, pues me sabía de dos niños y brava madre que los necesitaban más que yo.

Había sido una sensación calurosa y bienvenida cuando ayudé al anciano. Mas cuando la madre me vio, ofreciéndole mis raciones, finalmente se deshizo del último remanente de sospecha y antes de darme cuenta estaba llorando vívidamente en mis brazos. Sentí en primera persona el candor de sus mejillas cuando se apretaban contra las mías. Yo le devolví el gesto, no la solté. No sentí excitación sexual con el tacto, mas sí sentí en cada fibra, simpatía y empatía en medidas iguales. Esta era la gente por la cual luchaba. Si alguna vez había de haber gloria en la batalla, era esta.

“Gracias, mi señor, mi salvador” lloró. “No hace ni seis meses desde que perdí a mi Simón, quien me ha dejado con mis hijos, sola y aterrada. ¡Y luego esto!” Bajó el tono de inmediato y susurró en mi oído. “Sinceramente, no sé si podré mantenerlos con vida”.

Según la sostenía cada vez con mayor apego, y sin susurrar en absoluto, sino hablando en alto cuanto me exigía mi corazón, le dije así.

“Sobreviviréis. Todos vosotros lo haréis. Doña. Yo soy el príncipe Soren, hijo del Rey Ingstad, el Vigésimo de Su Glorioso Nombre, y liderándome a mí y a muchos otros está el mejor Arl que hayan conocido estas tierras.

Por tanto le garantizo que no hay de qué preocuparse. En nombre de Simón, su querido esposo, juro que vivirá una larga vida y verá crecer a sus hijos, verá a sus

nietos y así tendrá mucho que contarle a Simón cuando lo vuelva a ver. Mas eso será en un largo tiempo, como sin duda también lo desea Simón”.

Esa extraña me dio un millón de gracias, sofocando mi ceño, mejillas y garganta con besos maternos que verazmente me encandilaron. “Creo que mi madre estaría orgullosa” dije involuntariamente -un pensamiento expresado en alto.

Me ruboricé. Mas la mujer me sonrió. “Sé que lo está”. Eso me llenó de vasto júbilo, un momento único de dicha. Significaba mucho para mí.

Laertes no se encontraría conmigo en la posada. Acabé dándole plantón. Lo vi una hora después, charlando con Herman, quien montaba sobre el lomo broncíneo de magno corcel. El Tedesquiano se alegró de verme y se mostró orgulloso cuando me disculpé a Laertes y le di la razón de mi ausencia.

Laertes no se creyó del todo mi historia, contrariamente pensó que me había ido a emborracharme. Por fortuna esa misma madre pasó por nuestro lado y habló con muchas palabras de gratitud, lo cual alentó a Laertes y a Herman. Sin su hermana controlándolo en el aula, éste parecía menos tenso y en mucho más simpático hacia mí. Resultó ser el tipo de chico que había asumido que era desde el principio.

La hora avanzó y con los primeros minutos de una nueva, la aldea se tornó fantasmal. Ergo partimos al este.

Esta vez -y me alegraba por ello- Patrick no estaba junto al Arl. Por orden de Lovren, se hallaba vigilando el perímetro a unos metros de distancia, con un contingente armado a su disposición. También se había enviado a rastreadores en avanzadilla para que nos informasen de cualquier posible movimiento.

Me congraciaba el hecho de no tener a Patrick cerca, Herman me gustaba

mucho más. Me había confesado durante breves lapsos de silencio que estaba impresionado por cuanto veía; una parte de mí que había dudado de que siquiera existiera.

Mas nuestras confesiones más solícitas e íntimas no iban a llegar, aún, pues se nos interrumpía a constantes ráfagas que eran las repentinas órdenes que vociferaba el Arl a doquier. Cuando éste amainó verbo, ya llevábamos cuatro horas de trayecto. Para entonces mi atención estaba fijada en el propio Arl. Era momento idóneo para el saber. El vituperante martilleo de Juliano de facto había dado buenos frutos.

Durante una lección nos había hablado sobre la importancia del saber. En concreto habíase dirigido a mí cuando nos habló sobre la especial importancia de aunar saber durante una batalla. Lógicamente se había referido a los breves y vitales momentos de respiro entre batallas, a los cuales él llamaba el entretejido que forma el tapiz de la guerra. Sus palabras no carecían de virtud; esto no era nada sino una batalla, distinta en natura mas no en modo. Mientras avanzábamos, algo en mi vientre, un instinto que crecía a cada trote que daba mi yegua, me decía que esta era ocasión de tamaña índole. Tenía que aprovecharla.

El Arl estaba mascullando para consigo mismo cuando le pregunté si me podía detallar algo más sobre los piratas y su origen. Trotó también Herman, entrando de lleno en el coloquio. “Veraz, mi Arl, si alguien puede aclarar este punto, eres tú”.

“Ah, centellas, Herman, qué amable eres. Sí, supongo que algo sé sobre la piratería”. Luego Herman y yo amainamos nuestra lengua y dejamos que el Arl ilustrara un poco nuestras jóvenes mentes.

“No es que se me tenga como un gran historiador ni ná así, pero los textos aseveran que los piratas descienden de los Caledonios, un antiguo reino venido a mucho menos, la verdad”.

“No puedo decir que sepa mucho sobre los Caledonios. Roderick, quien posee el beneficio de la educación de un príncipe, probablemente podría darte más información”

dije yo, avergonzado por mi falta de memoria histórica.

El Arl rio a carcajadas, no le preocupaba esto lo más mínimo. “¿Acaso tengo pinta de Juliano? -Risoteó Arl Lovren-

Na, tipejos belicosos como nosotros solemos estudiar historia con cojones. -Esto parecía haber confundido un tanto al joven Herman-

La única manera en la que los guerreros aprenden historia, recibiendo de ésta una buena dosis de jarabe de palo.”

Su propia sentencia desternilló considerablemente a Lovren, quien le pidió a Herman que interviniera. “Eh, chaval, tú siempre has sido un chico listo, ¿por qué no compartes un poco de ese zumo neurológico con estos dos idiotas?” Bromeó.

Herman aceptó la petición con modestia.

“Te agradezco la gentileza, Arl Lovren, aunque cierto que tú sabes mucho más que yo por haberte enfrentado a piratas de primera mano. De todos modos, intentarlo he.

Si mal no me equivoco, Caledonia fue quondam un reino independiente, uno, a más decir, que había aunado un cierto poder, debido a siglos de invasiones por mar.

Mucho se ha perdido de aquellos días, mas se sabe que Atthinia y Heln habían sufrido vastamente a las manos inmisericordes de los mercenarios y piratas que comandaban los mares norteños de Antroporion con su crueldad particular. También Garmenia que estaba al sur, nuestra actual Arlstad, aprendió a temer el hambre de los Caledonios.

Mas centrémonos en lo que sí sabemos con certeza. Concédeme el contarte, Soren, cuanto aprendí de los maestros bajo los que mi generoso Arl me permitió estudiar.

¿Alguna vez has oído hablar de las Guerras Gnomo? -Incliné la cabeza en señal de afirmación, recordando escuetamente esas lecciones con mis profesores decepcionados- ¿Y por casualidad sabes cuándo tuvieron lugar?”

“¿Tú que crees?” Dije con timbre chulesco.

“Vale, vale” tosió Herman.

“En ese caso, centrémonos en la Cuarta Guerra Gnomo, la cual es la última. Ésta no duró más que un año, entre el ocho mil ochocientos noventa y seis y el ocho mil ochocientos noventa y siete DBM; versus los veinte, doce y veintidós, respectivamente, de la previa tríada de conflictos.

A pesar de ello, ésta fue por mucho la peor. Porque en esta ocasión los gnomos sediciosos lograron forjar importantes alianzas bajo la bandera de un rey autoproclamado, el parricida Cleonte.

Fue un Infierno para las huestes de Antroporion, quienes se vieron asediados en tierra por unos radicales que se hacían llamar los Cata. Se habían autoproclamado descendientes de la mítica nación de Lonia, la cual supuestamente había existido quondam en los confines norteños de Heln; no es que yo sepa mucho sobre ellos, aparte del hecho de que se habían aliado con el vil rey separatista Cleonte y causado graves daños tanto a Ithen como a las tierras Qin, ambas situadas al sur del Bosque Blanco.

Se podría pensar que Krates era lo suficientemente fuerte como para detener esta revolución, mas sería una asunción errónea. Los separatistas tenían la fuerza para combatir a las mermadas tropas de Krates, puesto que su brazo más fiel en la lucha, su provincia leal, Arlstad, también estaba sufriendo lo suyo.

Esos gnomos bastardos, si algo eran magnos demagogos y mentirosos empedernidos. Repito, estoy recontando una historia plena de agujeros, mas creo que la antigua llama de la piratería caledonia se encendió de nuevo cuando Cleonte los unió magistralmente a su causa, permitiéndoles atacar el territorio tedesquiano”.

“Una verdadera putada” dijo Lovren, interrumpiendo a Herman. El Arl tocó tímidamente las mejillas del joven, satisfecho con tu buen recontar. “Bella historia la que cuentas. Mas creo que ahora voy a interceder yo, si no te importa, Herman”.



“Por favor, mi Arl, cuentas con mi beneplácito”.

“Así sea” rio el Arl mientras acariciaba el cuello immaculado de su purasangre.

“No andas en error, es cierto que los Caledonios despertaron por la llamada de ese hijoputa de Cleonte. Mas todo eso transcurrió mucho antes de nuestro tiempo, chavalines. Pero sí, en esencia el tirano gnomo permitió que tales pensamientos y ambiciones se asalvasen en los cráneos de esos condenados piratas. Al menos esa mierda es cuanto había evocado Egberto, unos minutos antes de que tu viejo acabase con él, por cierto.”

“¿Egberto?” Inquirí, por una vez en mi vida estaba fijadamente concentrado en esta particular *lección*.

“Egberto Jones” contestó pues el Arl, con gestos incómodos. “Verdugo de los mares norteños, tan osado que incluso Fatammía, ciudadela portuaria de los Faerie de Azur, sufrió sus incursiones. Un hombre que, en el año nueve mil novecientos y sesenta y tres declaró la guerra al joven Rey de Krates; tu padre, Soren.”

“¡Maldición! Sólo un año antes de que naciera mi hermano”.

“Así es, chavalín.

Cleonte había levantado a muchos fantasmas del pasado. Espectros mitológicos que eran tan violentos como el hirviente odio que curvaba las infectas hojas de los hombres de Egberto. Aun estando muerto por más de un milenio, las palabras de Cleonte habían permanecido en los Caledonios, quienes habían estado construyendo una armada durante siglos, presta para la conquista.

Veraz, estos hombres de Egberto eran leales y, en su creer, devotos de las antiguas tradiciones del pretérito Imperio Caledonio. Todavía puedo oler la destrucción y la sangre causada por las enormes ballestas que golpeaban nuestros buques y los enviaban a las profundidades. De no ser por Segismundo y Wilkins, dos almirantes de puta madre, habríamos dormido ese día con los peces y tu hermano y tú no seríais más que una intención frustrada. -Pensé que semejante destino, el de no nacer nunca,

habríame sido uno benigno, pero claro que tales sentimientos no profesé abiertamente-

Andrés Wilkins fue el primero en llegar a Caledonia, navegando desde el noroeste y golpeando de frente al cuerpo principal de la armada de Egberto. No sé cómo cojones sobrevivió tu viejo, porque ni siquiera nuestras estrategias lo habían dispuesto para tamaño encuentro. Trirremes guiados por los mejores navegantes que yo haya visto jamás estaban esperando a Ingstad y su flota, superando los números del Rey cinco a uno.

Supongo que el tener a dos maestros estrategas como Gayo y Proteo a tus espaldas siempre es reconfortante. Mas dudo que hubiesen salido victoriosos de no ser por Segismundo. Ese pajarito es un genio cuando se trata de la lucha marítima. En mi opinión, no hay nada mejor que un pretérito pirata para partirle los huevos a otros.”

“¿Luego así es como vencisteis?” Preguntó Herman.

“Si, pero no te creas que fue fácil, digamos que ambas facciones tuvieron cuenta de héroes, nacidos y muertos allí mismo, y la batalla naval duró más de un día y una noche.

Finalmente, cuando ya habíamos conseguido hundir más de la mitad de los barcos de Egberto a los abismos del estrecho de Andros, un pequeño batallón armado hasta los dientes, liderado por Ingstad y este locario como su segundo al mando, logró asaltar el galeón principal, que estaba directamente bajo el mando de Egberto.

Ah, me vuelven las memorias.

-Al decir esto, Arl Lovren acarició inconscientemente la afilada hoja de su inmensa hacha de guerra, con el cariño de un padre. Se escuchó tanto como se sintió un sollozo reminiscente, el cual se deshizo con el agudo llanto de mujeres y niños como telón de fondo-

En fin, acortando una larga historia; Egberto, en un intento desesperado, desafió al Rey Ingstad a un duelo, el cual aceptó el monarca, muy en contra de mis

advertencias. Pero tu padre, Soren, tenía un gran espíritu en él y éste se desató furibundo versus Egberto, quien había intentado toda manera de triquiñuelas: cuchillo oculto en su bota, arena lanzada a los ojos de tu viejo y otras mierdas semejantes. Pero mi compi, cuán astuto era; al fin y al cabo estamos hablando de un alumno de Gayo, como tú, y nadie pelea con la espada como Gayo -sin contar a Proteo y al mismo monarca.

Y todo el rato en el que luchaban, con cada paso atrás que daba Egberto, cediendo terreno rápidamente, el caudillo pirata gritaba sobre la pureza que corría en sus venas, un linaje que era más antiguo que aquél compartido por los hijos e hijas de Ingstad y Arlstad -sus palabras, no las mías. Incesantemente rebuznaba sobre cuán superior era, cuán profundas las raíces de su árbol genealógico y juraba que una era dorada para el nuevo Imperio Caledonio estaba al caer.

Todo eso hasta que mi amigo Ingstad lo acalló para siempre con su hoja de acero hundiéndose en sus entrañas. Debo reconocer que me sentí aliviado cuando la muerte por fin se llevó a ese payaso.

Y así fue como se resolvió esa rebelión, en los primeros meses del nueve mil novecientos sesenta y cuatro. Cuando el cuerpo inerte de Egberto golpeó el suelo, los piratas que quedaban en pie tiraron sus armas y rogaron por nuestra piedad. Bueno, todos menos uno. El único hijo y heredero de Egberto, el pequeño Eobardo, quien tan sólo contaba con diecinueve primaveras esa mañana aciaga; no es que nosotros fuéramos mucho mayores que él.

Ese crío debió morir ese día, por mi mano. Cuando intentó atacar al Rey por la espalda, su cara debió encontrarse con esta hoja -señaló de nuevo a su magna arma- y no mi puño. Ese bastardo me plantó cara, pero logré derrotarlo. Eso sí, conseguí romperle la tocha -un pequeño regalo por haberse metido con quien no debía.

“¿Y por qué le perdonaste la vida?” Le imploré, si bien ya sospechaba la respuesta, la cual llegó inmediatamente.

“Por tu padre sin duda, pues él es un firme detractor de la pena capital.

En lugar de cargármelo, lo llevamos encadenado a Krates donde se pasó todo un año encerrado; queríamos que recapacitara sobre sus actos. Oh y ya os digo que escarmentó. Tras eso, el muy mierda condenó públicamente las acciones de su padre y juró obediencia al Rey y a la Constitución que éste representaba.”

Cuando el Arl cayó en quiescencia, diose fin al breve recontar sobre la célebre victoria de mi padre. Yo estaba musitando seriamente sobre una piedad que no lograba entender. “¿Eres consciente de que las palabras de Eobardo eran falaces?”

El Arl ladeó la cabeza. “Por supuesto, toda una farsa. Me apuesto lo que quieras a que, mientras hablamos, esa rata está tramando alguna incursión.”

“¿Y vais a dejar que actúe con libre albedrío?” Pregunté, un tanto enfurecido.

“No nos queda elección. Tras esa pantomima suya, Eobardo se retiró a una pequeña villa que tiene en territorio limítrofe entre su nación y el peligroso desierto de Norn; apenas se aleja de su hacienda.”

“Sí, pero los ataques de la piratería sobrevivieron a Egberto, ¿no?” Inquirió Herman.

“Sí, pero el Rey siempre ha estado varios pasos por delante de quienquiera que esté detrás de estas incursiones.”

“En otras palabras, Eobardo Jones”.

El Arl tuvo que reconocer lo obvio. “Quizá sea así, Soren, pero no tenemos pruebas, y sin evidencia fehaciente no hay crimen.”

“Estás empezando a sonar como un demócrata Faerie” gruñimos Herman y yo a la vez, al parecer teníamos más en común de lo esperado inicialmente.

“Los políticos hablan, los líderes actúan” contestó el Arl, con una sencilla mas justa solemnidad.

“Haber ejecutado a Eobardo habría sido el camino fácil. Mas dejarlo vivir, muchachos, desde el principio ese había sido el plan magistral del Rey. Siendo yo

mismo un hombre más joven, protesté y voté a favor de la ejecución de Eobardo.

Mas para bien de la patria, yo sólo soy un Arl e Ingstad el Rey. En realidad, si lo pensáis detenidamente, Eobardo es un solo hombre. También lo soy yo, también lo es el Rey en última instancia.

No es un título, ni siquiera un plebiscito, lo que determina a un líder, sino las acciones que vienen de una mente clara y un corazón puro -y dejadme decir que pocos líderes actúan con tamaña virtud.”

“Claramente debes tenerte como un hombre así” aseveró Herman.

El Arl titiló con suave risa mientras agitaba la cabeza con vehemencia. “No como el Rey Ingstad. A pesar de las muchas quejas del consejo del Rey, la decisión pronto nos mostró la verdad. Al dejar que Eobardo viviera y mantuviera su posición, el Rey sabía que había fortalecido la suya. Los Caledonios pensaban que sus tierras serían pasto de las llamas y sus barcos hundidos a los pozos más abisales del océano conocido. Mas no, en lugar de eso el monarca reinstuyó a Caledonia como noble provincia de Antroporion; y con esto se ganó la amistad de muchos hombres que se habían alzado en armas contra la corona -como la ilustre familia Olah, la cual había inventado ni menos que la guitarra.

Ah, pero si le hubiese quitado la vida a Eobardo, el último eslabón de un linaje y unas tradiciones en las que muchos Caledonios creen hoy en día, entonces aún estaríamos lidiando contra esos perros testarudos.

Por lo tanto creo que algunas incursiones anecdóticas son preferibles a una rebelión a gran escala liderada por Eobardo Jones, un hombre que pronto será olvidado por la Madre Historia, mientras que tu padre siempre será recordado y alabado, tanto por sus gloriosos aliados como los enemigos perdonados”.

El sentimiento no carecía de justicia, una pena que la lógica dictaba inversamente. Al fin y al cabo, corazones y psiques suelen a menudo discrepar violentamente entre sí. Si mi padre y el Arl se pensaban que era una buena idea darle

una segunda oportunidad a Eobardo, ya estaban perdidos.

No tenían ni idea de cuán rencoroso era realmente este Eobardo Jones. Muchas jornadas habrían de pasar hasta mi primer encuentro con Eobardo, mas cuando nos conocimos, nuestros negros corazones unieron fuerzas en causa común. La Venganza.

“Por cierto” intervino Herman, coronado por la curiosidad. “Nunca llegué a comprender bien la diferencia entre bandidos y piratas”.

El Arl carcajeó. “No te culpes, es una discriminación estúpida. ¿Queréis saberla?” Asentimos. “Una burda cuestión de linaje, nada más.”

“¿Qué?” Preguntamos ambos, sorprendidos por la simpleza de su respuesta, una que el Arl explicó.

“No es que importe mucho, pero por lo que sé, la vigente Caledonia está gobernada por cinco familias principales. La más antigua de éstas es la familia Jones. Mas como se reciben pocas nuevas de Eobardo, salvo alguna esporádica aparición en los consejos celebrados por las familias cada mes, cuatro son las familias gobernantes que actúan como representantes de la voluntad del Rey en Caledonia; y éstas son, por orden de su relevancia: los McDoughal, los Murphy, los Olah y por últimos los McClintock. Sí, todos esos habían acudido a la llamada de Cleonte primero, luego Egberto.

Como suele ocurrir con casas nobiliarias, adquirieron seguidores, generalmente matones zarrapastrosos, para que hicieran el trabajo sucio a cambio de una posición mayor dentro de la cadena jerárquica”.

“¿A cambio de vasallaje?” Preguntó Herman.

“Sí, así lo expresaría un empollón” replicó Arl Lovren.

“Algunas de estas familias vasallas crecieron hasta alcanzar cierto prestigio y se labraron un nombre por derecho propio. Mientras que la mayoría de éstas denuncian la piratería y son leales a Krates, algunas, especialmente aquéllas bajo la protección de la casa Jones, son sospechosas”.

Di una palmada cáustica al manifestárseme una luz en la psique. “Y claro, estos bastardos son los responsables de las muchas incursiones que han sufrido nuestros asentamientos costeros durante los años”.

El Arl gimoteó. “Si sólo fuera tan simple.

Sí, los piratas son precisamente miembros de estas nuevas casas nobiliarias, las cuales por su parte no actúan sin el beneplácito de las familias mayores.

Pero repito, es imposible hallar pruebas de esto”.

“¿Mas por qué?” Urgí en saber.

“Porque cuando tenemos la suerte de atrapar a un pirata con vida, sus propios familiares niegan cualquier participación y señalan a ese pirata como renegado. Y para agravar las cosas, los piratas mismos raramente suelen extraviarse de la seguridad de sus navíos, los cuales sólo cursan por alta mar.

No, los hombres que factualmente cometen los crímenes son mercenarios, posiblemente unidos por algún frágil juramento a estas familias, pero nada más. Estos son.....”

“..... ¡Los bandidos!” Exclamamos.

“¡Correcto!” Dijo el Arl. “He allí la cuestión. Basta decir que Eobardo y sus aliados son hombres astutos”.

“Pero todo eso no sirve de mucho respecto a nuestro embrollo actual” dije.

Arl Lovren resopló un asentimiento implícito. “Si los Centauros están plenamente involucrados en esto, tenemos un problema totalmente distinto. Mas no nos comamos el coco aún. Nuestro principal objetivo es salvar a mis pequeñas, ¿entendido?”

“¡Ea!” Cantamos, dejando atrás el tema.

“Oye, Lovren” dije yo.

“¿Sí?”

Iba a preguntarle al Arl un poco más sobre mi padre y a ser posible suscitar una vieja pregunta que aún revoloteaba por mi mente joven, a ser veraz un surtido de

preguntas. Aquéllas que concernían a la desventura de mi padre en Faeryaie, en su periplo para salvarme la vida con la ayuda del Arl y de Tamriel. Mas los nervios in crescendo no me lo permitieron.

“¡Arl Lovren!” Gritó un guardia que reconocí como Ludwig, el hombre que había entrado urgentemente para darnos las nuevas sobre el rapto de Dannah. Él era inocente, un mero soldado raso, mas uno que había sido elegido por Fortuna, esa mala pécora, para ser su oscuro legado. Sí, en cuanto lo vi acercándose raudo a nosotros, previne hados feroces.

A Ludwig lo seguía un pequeño núcleo de cuatro féminas. Estaban arropadas en trapos socarrados que olían a una devastación muy reciente. Mis instintos erizados me decían que el peligro estaba próximo, aguardando pacientemente.

Estas mujeres, estaban rotas. En cuanto se acercaron las refugiadas, a unos pasos detrás de los soldados agitados, me percaté de cuán hastiadas estaban, pero lo que más me apesadumbraba eran sus lamentos tácitos. *¿Quién ha podido hacer esto?* Ponderé, sopesando si realmente quería saber la respuesta.

“¿Qué ha ocurrido?” Imploró un Arl acuciado por la pena, una sentida por ambos en igual medida.

Ludwig nos informó de inmediato. “El pequeño pueblo de Gorgos; ha sido borrado del mapa, mi Arl”.

Con esta sentencia, las pobres mujeres, quienes eran oriundas de Gorgos, se encorvaron y lloraron abiertamente ante los mismos cascos de nuestros corceles. Por cuanto presenciaba, habían sufrido terriblemente. Mas otra noción, una muy inquietante, me sobrevino.

¿Y si a estas chicas se les había perdonado la vida deliberadamente? Había cuatro, eran bastante jóvenes, la mayor debía tener la misma edad que Laertes y yo. Su piel no estaba sucia, mas de entre sus ropajes calcinados discerní que esa dermis estaba cubierta de cicatrices; no toda la sangre alrededor de ellas estaba seca. Mas



toda ésta era suya.

Una de las adolescentes se desmayó delante nuestra. “Malditos los dioses” exclamé entre que me agachaba y cargaba su plumífero cuerpo en mis brazos. Le hablé directamente a Ludwig. “Estas chicas precisan atención médica. ¡Ahora!”

El soldado, angustiado y agotado, me miró a mí y luego al Arl, sin saber bien qué debía hacer. El Arl secundó mi sentencia. “Ya lo has oído, Ludwig, llevadlas al cirujano, al final de la caravana -de inmediato”.

Sin más dilación urgió a las otras tres a hacer esto mientras él ayudaba a la cuarta -quien se estaba despertando en mis brazos- a ponerse de pie. Luego la llevó junto a las demás y fueron en busca de amparo médico. Yo quería ir con ellas, sentía un gran pesar por las chicas.

Lamentablemente el Arl no tenía tiempo para una compasión que él también sentía mas tenía que ocultar por el bien de sus soldados y por el de Dannah y Helga. “A tu montura, príncipe, tenemos trabajo que hacer.”

Galopamos al este junto a Herman, un reincorporado Patrick y todos los honrados jinetes del Arl. A una distancia prudente de los rescoldos abrasados de Gorgos había un grupo de rastreadores, aquéllos que habían sido los primeros en ver la devastación. El Arl se dirigió a ellos con nosotros siguiéndolo detrás.

“¿Cuál es la situación?” Inquirió.

Uno de los rastreadores, un viejo corpulento, admitió desolado que cuando llegaron no quedaba más que las negras ruinas de edificios; y múltiples cadáveres, también civiles, tirados brutalmente sobre las tierras de la aldea muerta. Por nuestro bien los rastreadores se habían tomado la licencia de quemar los cuerpos y realizar los preceptivos ritos y libaciones para las pobres almas que habían sido arrancadas violentamente del mundo de los mortales.

El Arl me explicó que Gorgos había sido hasta entonces un hermoso poblado de interior que se caracterizaba por la elaboración de adornos de esparto, que iban desde

sombreros y cestos a sillas y hamacas. Y de un solo golpe, su arte había desaparecido para siempre.

Caminábamos respetuosamente por las calles cenicientas de la aldea, le pregunté al Arl por qué semejante masacre, la cual difería mucho de la piedad relativa mostrada anteriormente.

“Hasta ahora estos bandidos, piratas o lo que sean han estado arrasando asentamientos y matando a centinelas, mas ahora han metido a los civiles en este embrollo. Aquí hay algo que no cuadra, Arl Lovren”.

No pudo más el Arl que aceptar mi inquietud con una de su propio ánimo. “Desde luego” confesó. “Pero no hay mucho que podamos salvo avanzar prestos”.

“Va a ser un viaje duro con tantos refugiados”.

“Es un peso que debemos cargar, no nos queda alternativa. No podemos detenernos, no podemos desistir, aún hay muchos poblados antes de alcanzar las costas orientales. Temo por ellos.”

“Como yo, Arl Lovren. Como yo”.

Y pronto nuestros miedos se tornaron realidad. Siempre que llegábamos a un poblado, sin necesidad de las nuevas de los rastreadores, hallábamos la locura esparcida por nuestros misteriosos enemigos. En cada ocasión se nos acercaban guardias que escoltaban pequeños grupos de supervivientes, todos igual de abrumados que las primeras cuatro muchachas. Y al punto hallaríamos aldeas muertas. Y cuando las aldeas acabaron encontraríamos algo novedoso.

Campamentos. Cada uno más fresco que la anterior.

Eventualmente, con los mares a menos de sesenta kilómetros, hallamos los rescoldos de un fuego aún fumante. El Arl desmontó su purasangre y se acuclilló junto a él, examinando la tierra quemada entre sus dedos agrietados. La olisqueó. “Este fuego se ha apagado hace apenas una hora.”

Oteé el brumoso horizonte; la tierra era vasta y plana, con la excepción de una miasma escarpada que ocultaba la expansión marina de nuestra vista. No parecía en verdad un escarpado, como había pensado inicialmente, más bien eran dos acantilados que se partían, formando un desfiladero. Llamé al Arl y le dije que ese era el único lugar donde podían estar. O quizá estaban ya marchando allende el desfiladero, escondiéndose entre la niebla.

“Esto tiene mala pinta” habló el Arl con severidad. Miró arriba hacia los cielos nublados, mas la luz debilitada de Igno podía verse, penetrando el manto gris con una timidez inusual para un dios tan poderoso como la deidad de los carruajes áureos.

“Será mejor que levemos campamento aquí”.

Esa fue la decisión adecuada. Resultó que más de uno de los supervivientes que habíamos rescatado de la destrucción de sus respectivos pueblos habían perecido debido a la dureza de nuestra ventura. Cuando Ludwig nos informó de estas malas nuevas, el Arl se retiró a su tienda; sospecho que para llorar y sufrir remordimientos, pues su prisa fue la que pudo haberlos matado. Yo también eché culpa sobre mí mismo. Me picaba el corazón. Ojalá hubiese podido hacer más.

Diose la casualidad de que la pobre chica de Gorgos que había tenido en brazos, una que apenas había llegado a la pubertad, también había fallecido durante el viaje.

Ergo con acerbo ánimo, cargado por los gritos de los muertos que todavía estaban por vengar, arribó el ocaso, y con él, la certeza -la cual creo que era común en todos los presentes- de que mañana anticipaba una catarsis sangrienta para nuestro contingente.

Estaba nervioso, pero me hallaba presto para la batalla que podía olerse en el frío aire de un otoño joven.

Herman se sentaba a mi zurda mientras que Laertes se recostaba, medio dormido, usando mi brazo diestro como cojín; estábamos muy cerca del fuego y envueltos en tantos abrigos que apenas se nos podía ver; parecíamos la fusión de tres osos con severas anomalías congénitas.

Aparte de la aproximada docena de centinelas que hacían guardia alrededor del campamento, la mayoría de los hombres del Arl, y el Arl mismo, estaban durmiendo profundamente, cómodos en sus largas tiendas de lana. Los supervivientes malheridos en dos grandes comunitarias que los hospedaban de la mejor manera posible. Ellos también dormían, mas con gran malestar.

Por otra parte, el sueño no nos encontraba con tanta facilidad. Éramos más jóvenes que la mayoría en el contingente, excluyendo a Patrick -uno de los doce haciendo guardia- ergo los nervios nos eran más familiares y esperábamos la batalla con miedo, sí, mas también con orgullo y honor -supongo que se debía a la manera en la que nos habían educado.

Pero aún no podía quitarme a los muertos de la cabeza. Me entristecía. Mas debía mantener la serenidad, especialmente por Herman, cuya hermana estaba entre las raptadas.

El joven Tedesquiano le estaba dando pequeños mordiscos a un pedazo curado de venado. “Tranquilo” le dije reconfortantemente. “Tu hermana saldrá de ésta -y tú también”.

“Sí, lo sé” dijo con su acento marcado. “Gracias”.

Le di una palmadita en la espalda. “Espera y verás, bandidos o no bandidos, las hostias se las llevan seguras.” Vi que mis palabras lo reconfortaban por su trino apacible.

“¿Sabes?” dijo Herman. “No eres tan cabrón como parecías en un principio. Y las cosas horribles que a menudo nos contaban los clientes en la taberna me parecen infundadas. No eres un mal tipo.” Ahora era yo el que gimoteaba dicha, en parte

avergonzado, en parte agradecido.

“Cualquiera que llega a conocer a Soren, a conocerlo de verdad, se da cuenta de ello” dijo una voz a mi derecha; un semidurmiente Laertes. Me pilló desprevenido, ese cumplido de los que rara vez tenía en mi vida.

“Creo a tu amigo y estoy de acuerdo” dijo Hermano. “Contéstame a algo, Soren: ¿por qué actúas como actúas? ¿Por qué la locura y las excentricidades?”

Reí, mas esta vez mi tono era distinto. “Buena pregunta, y a eso una bastante jodida. Sinceramente no tengo ni puta idea. Quizá porque perdí a mi madre a una edad temprana, a lo mejor para llamar la atención de un padre ausente. O quizá porque no soy el buen tipo que me hacéis parecer. No lo sé.”

Pero de hecho no era nada de eso; era para ocultar el alma de un hombre enloquecido por el dolor, una máscara de incertidumbre que hacía de carcelera de un alma que lloraba y buscaba ayuda -buscaba perdón.

Buscaba amor. Como mi corazón aún te busca a ti, Dannah.

“Te subestimas” dijo Herman. Pausó por la labor de mascar su pedazo de carne, el cual regó con el líquido remanente en su copa. Lo podía oler, incluso en el frío agreste; mientras bebía, mientras fluía sobre su mentón barbilampiño. Al lamerse los labios me recordó a su hermana Helga. Pensé para mí mismo cuán bueno sería tener sexo con ellos, simultáneamente. Mas me deshice rápidamente de esa noción. Había asuntos más acuciantes.

Habló Herman. “Eres un buen hombre, Soren -resollé y fingí humildad-

Puede que tú no lo quieras ver, mas yo sí lo veo, el cariño que profesas hacia mi gente. Eso es algo que respeto. Muchos hombres en nuestro país, con todas sus bravatas y fanfarronería, no tienen en hombría ni la mitad de tu valor. Vale, tenemos muchos guerreros bravos, pero francamente creo que, a la hora de la verdad, tu empuje será el que arremeta con más fuerza en las líneas enemigas.

Eso me gusta. Eres noble y en verdad que hay poca gente así hoy día”.

Me hallaba sin verbo que detallase cuánto significaba esto para mí, me sofocaba el rubor. “Me honras” respondí honestamente. “Mas creo que me sobrestimas. Admito que soy de noble linaje, no es que eso importe mucho aquí -y esto lo digo como algo bueno; empero, mi corazón dista de ser noble.”

Le llegó la vez a Laertes para intervenir. “¿Ayudaría un hombre innoble a una madre maltrecha a levantarse, traerla hacia sí y abrazarla con todo un candor y cariño que no conoce ni el clero kratesiano en su totalidad? ¿Podría un hombre innoble anteponer la vida por encima de todo lo demás, sacrificando la suya si fuere menester, todo por el bien de otros?”

“Laertes, yo...” Mas me atraganté con el nudo que se formaba en mi garganta falta de verbo.

Laertes pues avanzó con su homilía. “Tu propia gente te condena y vilifica. La nobleza, el consejo, los maestros, los sacerdotes y los clérigos, hasta tu padre, hablan mal de ti. Vale, eres diferente, disfrutas de placeres que yo jamás comprenderé. ¿Pero a quién dañas con tus acciones?”

Laertes esperó a que contestase a preguntas que parecían pura retórica, no a mí desde luego. Laertes sonrió. “Eres una persona buena y gentil. Hasta las ramera te aman, Soren, tú les das las cosas que más quieren: oro y placer.”

Me ruboricé al modo común de Laertes, quien ignoraba el detalle de que Herman -quien sabía poco más sobre mí que la cháchara y los cotilleos de los habituales de la taberna- estaba conociendo partes de mi vida que prefería mantener a cal y canto. Empero, a éste no se le veía preocupado o disgustado. Sólo escuchaba atentamente. Supongo que él también estaba empezando a creer en mí, obviando las superfluas acciones del yo más alocado.

Habló de nuevo Laertes. “Soren, créeme cuando te digo esto: que no te culpes a ti mismo por lo que dicen. Sólo tienen envidia”.

Gruñí. “¿Envidia de qué? No tengo nada. Y nada soy”.

Pero Laertes no iba a dejarse amilanar. “¡Basta!” Me exigió, con un fuego latiendo en su fuero, una valentía que de tanto en cuanto se hacía eco y nunca cesaba de asombrarme y de hacerme sentir gran amor por este mi hermano putativo.

Inhaló pesadamente el frío de ese invierno eterno, expulsando ese hálito de la boca y la nariz. Se calmó y, mirándome a los ojos, me habló como sólo puede hacer un amigo de verdad.

“Me tienes a mí, Soren. ¿Y qué de Gayo, Doña Puentelargo, la señora Bienbuena? ¿Y de tu hermano? Recuerda que aún te queremos. ¿Quieres saber por qué? Porque te conocemos; y por conocerte -al gallito riente, al fuerte guerrero, al hombre orgulloso y honrado- semos mucho más afortunados por ello”.

“*Somos* mucho más afortunados” dijo Herman con un chasquido de lengua, al punto corrigiendo la errata de Laertes. Éste se dio buena regañina a sí mismo por error tan bajo; ambos risoteamos.

“Ja, bueno, como iba diciendo. ¿Por dónde iba?” Laertes se tomó un par de segundos para pensar. “Hmmmmmmmmm” murmuró mientras se frotaba el mentón, en pensamiento reflexivo. Lo cierto es que resultaba cómico, Laertes era tan inocente y disparatado. Ah, Laertes, mi mejor amigo. Cuánto te adoro.

“¡Ah sí!” Exclamó. Herman y yo le rogamos con quejas enmudecidas que bajara la voz. “Lo siento, lo siento.

Soren, no me sorprende que no puedas ver la briosa bondad que hay en ti. Mas yo la veo, clara como el día. La cura que sientes por los demás, y el modo en el que la expresas. No hay vergüenza en sentir pesar por aquellas buenas personas que tanto han perdido. Y no hay deshonor en traer esperanza a los desesperanzados. Como haces para conmigo. Oye, Herman, ¿sabes cómo nos conocimos Soren y yo? -Herman ladeó la cabeza, si bien insistía en saber-

Yo era escoria callejera que mendigaba por escasas migajas en las sucias calles de los Bajos. Nunca llegué a conocer a mi madre, ella murió durante el parto. Y mi

padre, él jamás me quiso, jamás me dio amor. Me abandonó cuando yo tenía ocho años.

Apenas lo recuerdo hoy, mas a seros francos, me da lo mismo. Lo único que me importa es aquel principito que le mostró misericordia al pequeño vagabundo que se hallaba en un callejón mugriento, llorando. La única persona que me dio cobijo; en los establos, en donde practicaríamos esgrima y jugaríamos, lugar en el cual ya no tenía que estar solo.

El chico que había convencido al Maestro Gayo a que me recomendara cuando quise alistarme al ejército real. Esa persona es lo único que me importa.”

Sus palabras me suscitaron a recordar ese día. Le había urgido a mi hermano a que viniese conmigo a los Bajos, cosa que no habíamos hecho jamás. Pero al morir mi madre, Roddy se había convertido en el noble príncipe Roderick, ergo mi hermano nunca más.

El motivo, supongo, que me empujó a llevar a escondidas a ese mendicante escuchimizado a mi hogar fue la amistad, una que veía morir en la creciente distancia con mi hermano.

“Laertes, tronco, no sé bien qué decir....”

Me cortó en medio de mi tímida palabrería. “Pues no digas nada. Sólo sigue siendo tú mismo, sigue preocupándote por el pueblo llano, y pronto todo el reino te verá como eres en verdad”.

Quizá Dannah me vería por cómo era en verdad. Bah, cuán afligido me hallo por haber traicionado esas expectativas puestas en mi persona. Mas las palabras igualmente eran bellas y preciadas.

Laertes eructó y cualesquiera que fuesen las emociones doblegando mi ánimo, se disiparon inmediatamente. Mas la amistad.... Ninguna flatulencia podría romper el vínculo que indudablemente compartía con mi buen amigo.

“Creo que me estoy poniendo un poco ciego con todo este fuerte güisqui



vuestro” temblequeó un Laertes embriagado. Hipó risita tonta y se ruborizó, lo cual resultó extrañamente tierno. “Quizá me haya tomado una copa de más, no estoy tan acostumbrado a estas bebidas como tú, Soren”.

Icé mi copa hacia mi amigo. “Guay, más para mí” dije al verter el fuerte espíritu por mi garganta. “Será mejor que te echés un rato” aconsejé a Laertes.

Se llevó un puño al corazón, irguiéndose en regia pose de soldado. “A sus órdenes, mi príncipe”. Después dio cómica despedida y marchó trastabillándose.

Una vez que Laertes se había retirado a su tienda -una que compartía con Herman y conmigo- le pregunté al joven Tedesquiano si él mismo quería irse a dormir. Él, como yo, no tenía ningún sueño. Así que le sugerí a que nos diésemos un garbeo hasta que nos acabáramos el güisqui que guardábamos en un zurrón de piel que estaba a nuestros pies. Herman aceptó.

Patrick, por contra, parecía discrepar.

Al intentar salir del campamento improvisado, nos advirtió céleremente, pues justo estaba vigilando ese perímetro.

“Lamentos, pero nadie puede entrar o salir del campamento, ni siquiera un príncipe de Krates” dijo con una impasibilidad característica, la expresión sobre su rasa faz la de un muñeco. Eso me enfurecía. Para entonces ya estaba convencido de que Patrick era el topo. Oh cuánto lo detestaba.

“Sea como fuere” dije en claro desafío de su autoridad, la cual no quería reconocer, “...vas a tener que hacer una excepción. Tengo ganas de darme un paseo, no puedo dormir. No veo qué problema pueda haber con eso”. Miré al muchacho con ojos aviesos, no estábamos lo suficientemente cerca para enzarzarnos, mas sí como para sentir nuestra tensión -si bien él seguía inexpresivo.

Simuló una sonrisa cortés. “Mi señor Soren, os lo ruego, hace frío allí lejos. Además, debo recordaros que estas son órdenes del Arl y no me perdonaría si algo malo os ocurriese a Herman y a vos.”

“Hmm, ladrando las órdenes de otro. ¿Mas cuál es tu opinión propia?” Le pregunté con sumo desdén.

Patrick respondió secamente. “Mi opinión no es de vuesa incumbencia. No habría de importunaros.”

Asentí, sonriendo despectivamente. “Muy bien” bufé. “Piensa lo que quieras. Pero de todos modos, Capitán, vas a apartarte.”

“No” me contestó con brusquedad.

“Vale, entonces deja que lo simplifique para tu necio cerebelo.

Voy a pasar, y también lo hará Herman. Veo dos escenarios posibles. Uno, que nos dejes pasar y sigas luego con lo tuyo; llevándote contigo nuestra bendición, respeto, admiración y tal y cual... Ya me entiendes.

Luego está el segundo, en el cual coges una copa y te echas un trago con nosotros, ¿qué me dices?”

Evidentemente, a mí no me placía su compañía, dado que me caía muy mal, mas prefería eso a una respuesta violenta.

Muy a mi pesar Patrick rio. “Te olvidas del tercer escenario, mi señor. Aquél que de facto has debido contemplar cuando mentaste los dos primeros. Deja que te lo deconstruya, mi querido príncipe de Krates. La tercera vía empieza contigo atacándome y acaba también contigo, inconsciente en tu tienda.”

Vacilada tremebunda la sufrida. Nadie podía atacar mi orgullo de tal manera. Sobre todo no ÉL. Hablé con una ira hirviente, empero reprimida por mi chulesca respuesta. “Quizá también haya un cuarto escenario”.

“¿Y cuál es?” Me preguntó, fingiendo curiosidad, mas sabía que la estaba infiriendo.

Antes de que pudiera decirle que la cuarta vía consistía en presentar a Adraste a su intestino grueso, para que pudieran conocerse a fondo, Herman, el olvidado en este *debate*, intervino a tiempo. Se puso a discurrir con Patrick en Tedesquiano; apenas

entendía una palabra o dos, mas por la forma en la que Herman estaba hablando podía inferir que poco menos le estaba rogando a Patrick. Bien no podía discernirlo, mas tenía la certeza de que eso era lo que Patrick quería. Que se rebajasen ante él; algo que de mí no obtendría jamás.

Tras circa un minuto, volvieron a mi vera. "Muy bien" dijo Patrick, calmo. "Ese roble que está allí, ¿lo ves?" No debía estar a más de cien pasos del campamento, mas sería suficiente. "Y mantente a la vista" ordenó, ignorando cortesías previas, aquellas que de inicio ya habían sido falaces.

Acepté resignadamente. Caminamos hasta esa distancia no tan lejana del campamento, mas adecuada para no soportar a ese cretino.

El roble estaba, como todos los árboles en Arlstad, de nieve revestido. Mas no parecía molesto por ello. Este espécimen me recordaba a los grandes árboles parlantes, tan lentos y pacientes como eran poderosos y justos; gobernados por el Árbol Barbudo, cuyas hazañas fueron narradas por aquel gran aedo -mi maestro inkling al que apreciaré siempre.

¡Veraz! Así era este bravo tanque de la Madre Gaia. Nos dio saludos cuando los aires silbaron sus ingentes hojas y denso ramaje. Se alzaba muchos metros allende el suelo y profesaba una larga edad. Las cosas que podría haberme contado. ¿Qué secretos yacían debajo del fuerte tronco de ese roble? Sólo los dioses lo sabrán.

El roble no habló pero sí lo hizo Herman, con afabilidad; cualquier rastro del chico que, al igual que su hermana raptada, me había visto como el canalla que los rumores aseguraban que era, habíase ido y ahora tenía conmigo a un gran amigo. Apenas nos habíamos llegado a conocer hasta esa noche, aun habiendo sido compañeros de clase durante dos meses. Mas sentía que se estaba formando un vínculo entre nosotros.

Hablamos durante más de una hora, entre sorbos que vaciaban de güisqui al zurrón. Debatimos política, discurrimos temas como la esgrima, el deporte y la religión -

y ambos nos dimos cuenta de que teníamos mucho más en común de lo que habían indicado las apariencias iniciales. Reímos susurradamente cuando nos burlamos de Patrick a sus espaldas. No podía imaginarme que Herman nunca había sentido simpatía por él. “Me alegra no ser el único” habíale respondido yo.

Mayormente hablamos sobre cuestiones triviales -hasta que llegamos al último tema.

¿Habéis vivido alguna vez, infantes, una situación en la que comienzas a hablar con alguien y, por alguna razón que desafía toda lógica y sin siquiera saberlo ambas partes, acabas empatizando intensamente con esa misma persona que ha instantes había sido poco más que un extraño -y en el momento de semejante camaradería confesando vuestros secretos más íntimos?

Bueno, pues tal cosa fue la que ocurrió. De entre la pesca y la caza en los bosques, de entre la mejor manera de derribar a un jabalí sin que te desparrame las tripas en los matorrales, de entre todas estas trivialidades destacó un nombre cuya mención cambió el tema dramáticamente. Incluso el cariñoso ancianito roble que nos había dado la bienvenida como si a un hijo titiló y cayó silente.

Ese nombre era Lovren, hijo de Arl Inga y hermano menor de Ivar el Malhechor.

“He podido ver que has hecho muy buenas migas con el Arl” dijo Herman, sonriente.

“Sí” confesé felizmente.

“Eso está bien. El Arl es un amigo de nuestra familia, mi padre lo conoce desde que ellos mismos eran críos”.

“Me cuesta creer que tu padre y el Arl compartan años, sin ánimo de ofender, válgame”.

“Sin ofensa recibida, ¡se ha puesto muy hermoso estos últimos años! -Ambos reímos juntos, sin contención, libres, si tan sólo por el restante de una noche que ya moría-

Sin embargo siempre lo tendré como el hombre valiente y fuerte que es. Aunque no dé el pego, podría fácilmente doblegarnos a cualquiera de los dos en combate singular. No por nada lo entrenó el Arl en persona.

-Mis orejas tomaron buena nota. El nombre del Arl y cualquier cosa que concernía a su pasado era de sumo interés para mí-

Me extraña que no te lo haya dicho. Supongo que se le habrá pasado, si consideramos la amenaza que pende sobre nuestras cabezas. Mas sí, ocurrió.

Por orden expresa de Arl Inga, nuestro Arl actual fue enviado a vivir con mi padre en la taberna. Se pasó allí todo un año, con mis abuelos y padre, aprendiendo nuestro oficio- Tenían la misma edad y mi abuelo Wilhelm, dioses amparen su ánima, los enviaba juntos a hacer un sinfín de tareas -¡vaya si las conozco bien!

Así que fue inevitable bien que se acabaran odiando a muerte o bien volviéndose buenos amigos. Como sabes, ocurrió lo último”.

Herman calló en pos de un segundo de tranquilidad. Sus facciones mutaron, discerní la tristeza propia de la reminiscencia. Como os he dicho, jóvenes, esas cosas acaecen con naturalidad, tal es la voluntad de la Cordialidad y la Amistad, hijas de Astarios y Éter.

“Mi padre ha tenido una vida dura. Mi madre murió en el parto y ha tenido que hacerse cargo de dos infantes él solo. Y la taberna. Buf, es más exigente de lo que te puedas imaginar. ¡Y qué dos Helga y yo! Éramos bastante difíciles de criar, créeme.”

“Oh te creo” bromeé. “Soy ducho en tabernas y he conocido a un montón de taberneros. Conozco su cruzada”.

“Lo ves, Soren. Es por cosas así que la gente que llega a conocerte bien acaba queriéndote, como sé que el Arl te quiere. Y Dannah también, estoy seguro; la conozco, ella valora virtudes como las tuyas. Amabilidad, honestidad, valentía.”

Me había extraviado totalmente del hecho de que Herman y Helga habían crecido con Dannah, la única mujer aparte de mi madre a la que podría decirle “te

quiero” y realmente sentirlo. Mas no quería sacar un tema que a la par me llenaba la faz de escalofríos como el estómago de calor, que me hacía llorar y reír a la misma vez y me inspiraba tanto de duda como seguridad.

“No me sorprende que el Arl se vea reflejado en ti, tan similares como sois. Me lo dijo, ¿sabes? -No, no sabía- Que ve en ti al hijo que nunca tuvo.

¿Y por qué no lo iba a ver? Lanzados, como solemos ser los jóvenes como tú y yo, mas valientes y plenos en nuestros corazones de solidaridad y estima por los demás -aun si nuestras acciones nos privan de verlo a veces.

¿Pero y qué? ¡Que le den por culo a todo eso! Como dirías tú, querido amigo mío. El Arl ha sufrido dudas similares y los ha superado como sé que tú lo harás también. El Arl es un hombre del pueblo, él es la voluntad popular y así en legitimidad.

Él es el pueblo porque forma parte de él. A diferencia de la nobleza en tu lado de la nación, nuestro Arl y sus más allegados -ungidos algunos por tu padre, a más añaden con el corazón de un plebeyo y la espada de un caballero. Y eso es lo que los convierte en líderes tan justos, porque gobiernan con compasión y amor -y no mediante el terror.”

Estaba de acuerdo con esto, si bien parcialmente, pues tenía serias dudas de que yo mismo fuera de una natura tan virtuosa.

“Por mucho que discrepe con mi padre, por mucho que choquemos cabezas - una verdad sublimemente mitigada- creo que....” Esto me costaba mucho de decir. “..... Es un buen rey y gobierna con justicia, la gente tiene su voluntad debidamente representada a través del consejo real y el Rey Ingstad no veta sus decisiones; a menos que él mismo, en su gran sabiduría, lo decreta -mas sólo bajo circunstancia extraordinaria.”

“¿Estás convencido de ello?” Preguntó Herman, su verbo repleto con el poder de un sabio.

“No” fue la única respuesta que super darle, la única que era veraz y pura.

“Tu padre será amigo del Arl, mas no es como él. -De eso no me cabía duda y estaba del todo de acuerdo con Herman-

En Krates, si un panadero no paga sus impuestos a tiempo, aun si falla en un solo día, en especie es desproveído de diez veces la cantidad debida. Me pregunto cuánto puede extenderse su paciencia antes de soltar a su perro faldero Proteo contra cualquier forma de disidencia.”

¿Qué puedo decir? El descaro de ese chico me hacía admirarlo más si cabe. Era auténtico. Era genial.

“Lo siento” masculló tibiamente el muchacho. “No quería faltar a tu padre. No hallo culpa en él, ni en Proteo, pues así es como fueron educados. No más que siguen el protocolo, obedeciendo al terrible amo que es el linaje, en especial el de la nobleza. Su propia ascendencia, la cual los encumbra a los eslabones más altos del poder, se convierte en las mismas cadenas ligadas a ellos desde el día en que abandonaron el útero. Tu hermano no es diferente”.

¿Estaba llorando, Agatha? No puedo confirmarlo, mas creo que alguna lágrima debió escapárseme. *Agatha seguía temiéndolo, mas sonrió hacia dentro, para sí misma, y en su corazón decía “estoy segura de ello”.*

“Mas no así el Arl. Ni tú. Es algo que os une.

Pero tú lo tuviste aún peor que nuestro líder; a ti te blindaron con esas cadenas y en lugar de aceptar lo que se esperaba de ti, te deshiciste de ellas.

Ahora lo veo. Eso explica por qué eres como eres y es por eso que no sólo Antroporion, sino Rysia entera recordará tu nombre y lo reverenciará por los siglos sucesivos.

-La irritante ironía de esas palabras era sabida entonces únicamente por los dioses, mas siento perfectamente el veneno de dicha ironía, ahora según hablo-

Conoces el corazón de la gente, un don que muy pocos gobernadores poseen. Y tal es el caso de Arl Lovren....

Aunque no todos lo piensan.”

Esto me intrigó mucho. “¿Oh?” Inquirí. “¿Por qué?”

Herman frunció el ceño. “¿El Arl no te ha hablado de Ivar el Malhechor? Al menos así lo llaman. Cuán injusto ese epíteto.”

Ivar, el nombre que nadie evocaba en Arlstad, eso según pensaban los tedesquianos más proclives a cumplir la ley. Mi curiosidad, por contra, me impelía a hablarlo y a preguntar sobre el hermano mayor del Arl. Ni Inga ni el Arl lo habían mencionado y de sus allegados, ni un murmullo. Juliano, quien nos informaba de todo cuanto queríamos saber -aunque siempre con sus giros sardónicos- no nos había dicho nada. Mas ahora Herman iba a confiarme con algo que permanecía tras las puertas en el frío invierno de la vieja Garmenia.

“De Björn e Inga nacieron dos hijos; ambos fuertes, valientes y honrados.

El mayor, Ivar, heredero al título de Arl, y el joven Lovren, cuatro años menor que su hermano, tan noble y virtuoso. No puedo decir mucho sobre Ivar, mi padre no se atreve a hablar de él. Mas lo que sí he oído, los susurros de pajaritos preclaros, capaces de pasar desapercibidos en cualquier lugar y a cualquier hora, me marcó sobremanera.”

“¿En qué sentido?”

“¿Sabes como, a pesar de la vasta distancia en el tiempo, las historias de antaño -los magnos guerreros arcanos, las marchas de Ingstad y Arlstad, las victorias de Antroporiom contra los Daemon- pueden producirte un asombro tal que se te queda para siempre?”

Verazmente no podía decirlo, no era hasta entonces cuando comencé a buscar información en archivos antiguos, libros y polvorientos tomos en las centenas. Me encogí de hombros. “Más o menos”.

“No es que yo sea una rata de biblioteca, pero crecer en una taberna tiene sus ventajas. Tienes a nuestros marineros y mercaderes navegantes que nos cuentan



historias extraordinarias. Historias de Faeryaie; la dulce fruta que parece demasiado buena para ser real, quizá así fuera; las altas torres de cristal que brillan sobre las ciudades de Hiperboria cual faro alumbrado por el mismísimo Igno...

Es por éstas que deseo dejar atrás estas gélidas tierras y ver esas maravillas por mí mismo -y a los dioses rezo que algún día lo haré.”

“Te deseo mucha suerte, Herman” dije empáticamente.

“Gracias, Soren. Pero como iba diciendo, de todas las historias que escuchaba, había una que siempre sobresaldrá de las demás. La historia de Ivar, de quien yo había oído hablar anteriormente.

Debía tener como mucho doce años. Un viejo y renqueante adivino, quien hablaba tanto como escupía, dado que sus dientes eran ya sólo una memoria para él, llamó mi nombre al entrar y yo, que estaba ayudando a mi padre, accedí y tomé su pedido.

Mas el anciano sólo quería la compañía. El silencio y la soledad, me había dicho, habían corroído su vida por demasiados años, desde que su esposa muriera mucho antes de su tiempo acordado. Y él había sido condenado a vagar el país de sus ancestros como poco más que un mendicante.

Sus ojos eran tan tristes. Actué como mejor podía hacer un niño, supongo, y le pedí que me contara una historia por la cual valiera la pena ser regañado. El anciano me miró tiernamente, esbozando una mueca desdentada, la cual era asquerosa ya que sus encías eran del todo grisáceas, y me lanzó un duro de bronce. Me dijo que me lo quedara como pago por mi tiempo. Así que me senté con él y escuché.

Ya entonces el Arl era una leyenda en el pueblo, una que vivía y establecía el orden y traía la paz. Y oír que hubo en su día un guerrero que superaba al impresionante Lovren me pareció a mí tan intrigante y misterioso como falaz.

Mas no era falaz. Este hombre lo había visto, lo conocía. Me había dicho que nuestros padres -incluso mi padre Wulfric- lo habían conocido. Habían jugado con él,

comido con él, habían bebido y cantado juntos. Si alguna vez in dubio, me dijo que se lo preguntara a mi padre. También me contó que, de los dos hijos de Björn e Inga, Ivar era el más diestro, algo que el Arl no había tenido más remedio que aceptar. Y esto, al parecer, no había gustado nada a Lovren.”

Había en el aire una tensión enrarecida, el timbre de Herman mutó con esta última sentencia revelada.

“¿A qué te refieres con eso?”

“El Arl envidiaba las habilidades y la pericia de su hermano mayor. El Arl era listo, mas Ivar siempre sacaba mejores notas en sus exámenes. El Arl era fuerte mas cuando entrenaba con su hermano con el fin de entretener a su madre durante eventos y ceremonias oficiales, Ivar siempre salía victorioso.”

No podía imaginarme al afable Arl sintiendo alguna vez resquemor hacia su hermano -a nadie, de hecho. La manera en la que hablaba de su hija, la reverencia con la que trataba a su madre anciana, esa no parecía la clase de persona que odiaría a un hermano. Empero, ¿cuáles eran entonces mis sentimientos hacia Roderick? Le había dicho que le quería mas al enfriarse el tiempo también lo hizo mi corazón y mi opinión de él.

“No lo sé con seguridad, pues no estuve allí para verlo, pero este hombre no parecía ni mentiroso ni fanfarrón. Sus manos estaban chapadas mas debajo de las arrugas uno podía ver todavía los callos y las ampollas de un hombre que había pasado los mejores años de su vida con espada en mano.

Me dijo que un día, en su ira, Arl Lovren intentó atacar a su hermano delante de toda la corte. Se dice que fue porque Ivar, como futuro Arl que era, tenía permiso para asistir a las reuniones entre la Arl y sus caudillos; y Lovren, quien quería a su madre por encima de todo, no. Algo que le dolía profundamente.

El adivino me había confesado que el Arl había ardido con envidia y un odio cruel hacia su hermano. Me dijo que la situación llegó a tal extremo que no cenaría con

su madre y hermano, recluyéndose en sus aposentos o en una vieja cabina en páramos salvajes, dejando Teutoburgo y renunciando así a sus responsabilidades como futuro caudillo, pues tal era el destino para los segundos hijos, como creo que pueda haberte dicho el Arl.” Asentí. Lo había hecho, concretamente la Arl Emérita Inga.

Hasta el mismo tuétano en mis huesos se hallaba atónito. Por Astarios, ¿cómo era posible que ese hombre, uno con el que gozaba de tanta cercanía y similitud, hubiese poseído una naturaleza semejante? Me chocaba como algo imposible. Mas creía a Herman, se había sincerado ante mí y se merecía el beneficio de la duda. Sin embargo mis instintos estaban ajetreados. Me decían que Herman no mentía, que me decía la verdad o lo que él tenía por verdad, pero también que el Arl no podía haber hecho una cosa así. ¿Dónde terminaban mis instintos y dónde empezaban mis sentimientos? No puedo aseverarlo. Quizá no era tan perspicaz como pensaba, a lo mejor era que yo no conocía en nada al Arl.

“A Ivar lo disponía su madre para el liderazgo, mas ella sufría y añoraba la faz de su hijo menor. Pero aun cuando la Arl iba a verlo, éste no la recibiría o, anticipando la compañía de la Arl y los ladridos de sus sabuesos, saldría por una puerta trasera de la pequeña cabaña y huiría. Los tiempos eran buenos para Arlstad, mas no para Inga, quien tenía el corazón partido entre dos hijos que no se aguantaban -ni lo harían jamás.

Veraz, la situación era tensa, mas habría de agravarse cuando llegó el príncipe Ingstad a Teutoburgo”.

“¿Mi padre?” Exclamé.

“Calla” imploró. “Patrick vendrá si hacemos demasiado ruido.”

“Que venga” carcajeé con orgullo y arrogancia juvenil.

“Por favor” rogó Herman. “Déjame terminar.

Sí, tu padre vino aquí ha casi treinta años, antes de que hubiéramos nacido. -Le comenté a Herman que sabía este detalle-

Vale, ¿pero sabías que el futuro Rey de Antroporiom ayudó a Lovren a usurpar

el título de Arl mediante una conjura para asesinar a Ivar?”

“¿Qué?” Grité, de seguido disculpándome por el ruido. “Eso es imposible” susurré. “¿Cómo puede ser?”

Herman apartó la cuestión. “No le prestes cura, como dije, es sólo el verbo de un ser viejo y resentido. Seguro de que se trata de una mentira.”

Debía serlo, pero conociendo a mi padre, ese bastardo, todo era posible. ¿Mas el Arl? Nada de esto me cuadraba. ¿Por qué mi padre y Lovren intentarían acabar con Ivar? Debía haber una explicación tras todo esto.

Mas antes de que pudiera indagar un poco más hondo, y creo que Herman estaba más que dispuesto a resolver mis dudas, uno de los centinelas se acercó a nosotros. “Herman, Don Soren” dijo toscamente. “El Capitán sugiere que os retiréis a vuestra tienda, el descanso será vital para el largo trayecto que anticipa el mañana.”

Miré duramente al guardia. Me retiraría a mi tienda cuando me diese la puta gana, si es que me venía. Pero Herman, oyendo notas amenazantes sin pronunciar aún en mi boca cerrada, anticipó mi respuesta desafiante y contestó en mi lugar. “Claro, Siegfried” dijo él. “Iremos en diez minutos”.

El guardia asintió con indiferencia, diose la vuelta y partió. No antes de dirigirme una mirada árida. Yo le devolví una sonrisa bravucona. Recuerdo a este hombre porque él no iba a sobrevivir a la batalla venidera.

“¿Qué piensas tú?” Le pregunté a Herman, en referencia a la presunta traición del Arl.

“No lo sé” respondió mi nuevo amigo. “El viejo tampoco me dijo más, pues no pudo; ya que el duro de bronce que me había dado era la única moneda en su bolsillo y mi padre, quien ya estaba bastante enojado conmigo por hablar con él, no toleraba en su taberna a muertos de hambre.

Esa misma noche, mientras cerrábamos y una vez a solas, le pregunté a padre sobre Ivar. ¿Sabes lo que hizo después? -Negué con indiferencia más que nada-

Me castigó durante todo un ciclo lunar. Hasta me dio un guantazo, la única vez que me hubo golpeado. Pero no antes de decirme en un ataque de histeria y amenazas que Ivar había sido vencido ha muchos años por el Arl y que no había más que discutir sobre el tema. De facto nunca más volvimos a tocarlo.”

El misterio se intensificó dramáticamente entorno a la figura del Arl, quien seguía durmiendo en su tienda. Yo no podía, por principios, acusar al Arl de cometer tan cobarde acto; a mi juicio era imposible que él hiciera tal cosa.

¿Y qué de la participación de Ivar en esta historia? Quedaba patente que ésta fallaba en muchos sentidos. Pero también había que considerar la reacción de Wulfric. Apenas conocía al padre de Herman y Helga, mas no me parecía a mí esa clase de hombre. Sin embargo Herman no mentía. No creía que lo hacía. Ergo, si el Arl era inocente, ¿por qué una reacción tan violenta e inesperada por parte de su amigo?

“¿Y tú crees en el Arl?” Quería saber la opinión de Herman.

Me esperaba que asintiera casi al instante, mas el silencio entre pregunta y respuesta me sorprendió. “No lo sé, todo esto... Yo sólo soy un hombre joven que aspira a algo más emocionante que servir cerveza y vino. No, no quiero ser ese niño que espera ávido la llegada de marineros que regresan de alguna embarcación a las lindes más lejanas de Rysia.

Yo quiero ser ese hombre duro que llama la atención de todos al momento en el que pone pie en cualquier taberna o bebedero. Oliendo a sal marina y con un fuego en el corazón. Eso es lo que quiero. Y también ganar dinero, para que pueda comprarle a Helga ropa bonita y joyas, y otros artefactos maravilloso, tal como le prometí cuando éramos pequeños.

Pero para eso primero debemos encontrarla. Eso es lo que deseo más que nada ahora mismo. Rescatar a mi hermana y traerla salva a casa.”

Sonreí y Herman me devolvió el gesto. Cualquiera que fuese el momento que habíamos compartido, estaba disipándose, mas como la hora más oscura es aquella

que precede al alba, como era esta ocasión, de igual manera nuestra amistad estaba alcanzando su cénit en ese momento.

“Volverás a ver a tu hermana, Herman. Eso te lo prometo. Y también viajarás ancho y largo y verás los milagros y maravillas más grandes que este mundo te pueda ofrecer. Y yo estaré a tu lado”.

Herman me miró fijamente. “¿Lo prometes?” Preguntó.

Extendí mi mano diestra, la cual tomó ávidamente en su zurda. Nuestras manos estrechadas firmaban pues un pacto no escrito. Uno, a más añadido, que cumpliría, si bien en las maneras más nefandas y por los motivos más siniestros.

Los primeros rayos de Igno amenazaban con romper la calma de la oscuridad. Ergo acordamos que al menos una hora de sueño sería una buena idea, no es que estuviese dispuesto a admitir abiertamente el buen consejo de Patrick. Pero durante el corto camino entre el buen roble anciano y el campamento, Herman mentó a alguien más.

“También rezo por Dannah. Ella es como una hermana para mí. Su seguridad es no menos importante que la de Helga.”

No le dejé siquiera seguir hablando. ¡Maldito Herman por evocarla!

“Su seguridad es todo lo que me importa a mí. Por encima de los demás.”

“¿A qué te refieres?” Preguntó Herman.

“Para” insté. “Dame un minuto”. Accedió él al imperativo de mi ánimo y nos quedamos de pie, juntos, a unos pocos pasos de los centinelas que nos observaban con suma indiferencia.

“La amo” admití. Tenía que admitirlo. Deseaba hacerlo. Necesitaba confesarle a alguien la atroz verdad que corroía mi altiva ánima.

Herman parecía sorprendido por esta revelación, una que me dolía hasta en las mismas raíces de mi ánimo, el cual lloraba ante la idea de que ella pudiera estar sufriendo en ese mismo instante, mientras hablábamos, temiendo yo cualquier destino

al que podría estar enfrentándose.

“Cuando la veo mi corazón se torna hielo y llama y respiro una nueva vida que no sé bien si puedo del todo soportar”.

Herman me palmeó la espalda afablemente. “Y aun así harías cualquier cosa para seguir aferrándote a esa vida, ¿verdad?”

“Verdad” respondí, volviéndome uno con mi propia melancolía.

“Luego permíteme añadir con altísima honestidad que Dannah es afortunada por ser el objeto de tu devoción. No es que yo sepa mucho sobre el amor, mas como amo a Helga también amo a Dannah; ella es una chica buena y atenta y un alma tan dulce como la suya sólo puede enriquecerse con el amor que por ella siente un hombre tan magno como tú.”

“No sé si merezco el título de hombre, ni ningún otro de hecho”.

“No te menosprecies, Soren” insistió Herman.

Tomó mis manos entre las suyas y me besó los nudillos y las palmas trabajadas. Era un gesto tierno, mas no erótico, como me habría esperado. El calor de sus labios un tanto resacos me confortaba. Pero tras unos pocos segundos aparté mis manos de su boca y dije “basta, por favor”. Una reacción lógica que igualmente me hizo disculparme a Herman.

Le dije que todos los días en Arlstad tenía que soportar estos sentimientos y que mi alma estaba exhausta de tantos arrebatos de pesar que me causaba el no tenerla entre mis brazos. Herman comprendía mi duelo y por mí no dijo más cuando nos encaminamos a nuestra tienda, en la cual Laertes dormía plácidamente. Sus ronquidos eran calmantes en su simplicidad y pronto los míos, y los de Herman, se entrelazarían en el amparo de la noche, en donde podría volver a ver a Dannah.

Pero esta vez Dannah no me concedió este honor. En lugar de eso, los cuarenta minutos aproximados de sueño que me dio la llegada del alba no fueron buenos.

Vi cadenas y olí agua estancada y moho creciendo sobre las paredes de una

caverna. Podía escuchar la humedad goteando y en el silencio tenebroso vi a través de los ojos de una chica asustada. Mas también era valiente y no se amilanaba antes los demonios invisibles que gritaban y chirriaban violentamente en sus oídos. En los míos.

Abrí los ojos, bañado en mi propio sudor y miedo.

## X

**A**rribó el alba con la velocidad que sólo un día de decepción y engaño prometidos podía traer. La nieve estival era fina y yacía apenas como una minúscula capa sobre la firme superficie; el musgo verde y marrón podía discernirse de entre un tapiz de un blanco claro bajo los cascos de mi yegua. Ésta relinchó con inseguridades, acaricié su lomo de perlas, buscando taimar sus nervios. Le susurré bello verbo en las orejas y besé su húmeda frente, una técnica que hacía maravillas para con mi querida montura.

Amainaban las inclemencias meteorológicas a un mínimo de asperezas, impeliéndonos esto a una sensación de malestar. A una vasta lontananza podía divisarse el mar, el cual era poco más que un espejismo. No era, empero, una ilusión, sino una promesa. La promesa de una batalla al caer que, a pesar de todo, escasamente pudimos anticipar.

Pocas habían sido las horas de trayecto cuando hallamos más restos de campamentos recién desmantelados, las piras aún humeantes crepitaban bajo el cielo de un nuevo día. En él podía olerse perspicacia equina.



Éramos una larga caravana de gente, mas casi la mitad de nuestras fuerzas eran refugiados, destacando entre éstos mujeres y niños maltrechos. Una señal aciaga; nos estaban haciendo rezagar, hecho de indudable fatalidad en el caso de que tuviéramos que emprender huida.

¿Mas de dónde huiríamos? Yo no conocía el terreno y eso se unía a mi temor de no poder ayudar a esta buena gente. Mas debía perseverar, no podía permitirme el lujo de fallarles. Y tal emoción me hacía pensar en Dannah. Cada momento dubitativo la alejaba de la salvación. Yo estimaba las vidas de todas estas personas, mas la suya era en mucho la más preciada para mí.

“Por Dannah” voceé en susurros. “Sé fuerte por ella -aun si por nada más”.

“Ya nos vamos acercando” dijo el Arl, a unos pasos por delante de la caravana. Había desmontado su formoso purasangre, el cual rebufaba con elegancia a la vera de su amo. Mascaba algunas briznas rezagadas de hierba. Mas yo podía sentir cómo temblaban los cuellos de bestia y hombre en la escarcha matutina.

Los pájaros no cantaban. Me apegué a Laertes. El silencio me producía un gran malestar. “¿Lo oyes, Laertes?”

Asintió éste, contestando con idéntica sospecha en el ánimo. “No oigo nada. Mala señal esa”.

Miré hacia atrás y poca tranquilidad me produjo el recuento de poco más de doscientos hombres capaces de empuñar armas; luego miré en dirección a nuestro destino, examinando el pequeño valle a una distancia cercana.

Era más un estrecho desfiladero de piedra afilada y gélida. Éramos un contingente en demasía escueto para una emboscada a gran escala, lo cual sospechaba que podía ocurrir, mas también éramos demasiados para maniobrar dentro de la delgada avenida natural que cruzaba el pétreo escarpado. La zona a la que se nos estaba conduciendo no era una ubicación elegida al azar. Nos estábamos metiendo de lleno en una trampa.

Esto no le era ajeno al Arl, quedaba bien remarcado sobre su avezado semblante. Mas ambos sabíamos que había pocas alternativas. ¿Era prudente arriesgar tanto por una sola persona? Mas la vida en peligro no era la de una persona corriente; Dannah había sido raptada -de su padre robada.

Y de mí no menos. Quizá no se atuviera nunca a mi verbo ni osara mirarme a los ojos, es probable que de facto me odiara profundamente. Quizá fuera así. ¿Mas la amaba menos por ello?

Yo no era parte de tu vida, brioso amor de la mía, mas que sepas que un mundo sin ti en él es un mundo en el que no merece la pena vivir. Créeme, cielo, pues esto lo sé por experiencia directa.

En fin, avancemos.

Como me había esperado, el estrecho entre ambos escarpados de profuso hielo era demasiado..... eh, demasiado estrecho para pasar. Nuestro tropel, exhausto como estaba, no cabría por el fino pasadizo. Era un trayecto en demasía duro.

El Arl bizcó los ojos por el sol de mediodía, por ende establecida la hora de esta ventura. “Estos son los estrechos de Garmenia Ultra” estableció el Arl mientras se fijaba su hacha de guerra y se crujía los nudillos. “Se dice que érase una vez había sido un precioso oasis y que al otro lado del desfiladero había una fuente que se creía que tenía propiedades curativas.

Claro que todo eso es un mito. Han pasado algunos años desde la última vez que estuve aquí, pero recuerdo haber venido con mi padre. Hay quienes aseguran que este lugar está embrujado, pero eso también es un montón de mierda.

Veréis, hay muchas cavernas subterráneas por aquí. Y cuando sopla el viento, puede darle sustos a cualquier chaval cuando rebota contra las paredes cavernosas. Como ecos fantasmales.

Es un lugar perfecto para una emboscada. La cueva se bifurca y se entrelaza hacia abajo y cada camino conduce a una amplia cueva subterránea. En realidad es bastante bonito de ver, pero intuyo que eso lo averiguaremos muy pronto.”

“Supongo que sí” dije con aire depresivo.

“Cuando estéis listos, vamos” dijo Laertes con afán.

Lo que yo quería hacer ante todo era hablarle al Arl sobre Ivar, mas me abstuve de pronunciar mis pesquisas inquisitivas. Pensé en Dannah y Helga. Estaba seguro de que estarían en algún lugar allí abajo. Observé a Herman; se estaba ciñendo sus cuchillos de combate, atándoselos en corto a su cinto. Se puso sus botas resistentes y nos aproximó.

“Mejor si te quedas aquí” le aconsejó el Arl.

“Pero mi Arl” barbotó. “No puedo, no debo.... Es mi hermana la que está allá abajo”.

“Lo sé” dijo Arl Lovren. “Y es por eso que te necesitamos aquí arriba. Esto no es un juego, chavalín. ¿Qué crees que me diría tu padre si te pierdo a ti también?”

“Lo dices como si Helga ya estuviera perdida” sollozó Herman.

“No lo decía así”. El Arl pasó la mano por la mejilla sonrojada del muchacho y le alborotó el cabello suavemente, como bien habría hecho tantas veces cuando Herman era un infante. “Mi pequeña está allí también. Pero estamos hablando de dos de las chicas más duras de pelar en Arlstad, estarán bien. Sólo quiero tenerte lejos del peligro. No sé lo que nos vamos a encontrar allá abajo, pero algo me dice que no va a ser bueno. Necesitamos que el futuro y la esperanza de Antroporion siga con vida, ¿me oyes, muchacho?”

A pesar de la grávititas del Arl, Herman seguía manteniendo duda patente, mas aceptó la autoridad del Arl y se apartó, desconsolado y amargamente decepcionado. Pero el Arl tenía razón. Por valeroso que fuera, Herman no era un guerrero.

Mas la pregunta de si yo lo era o no rondaba insistentemente en mi cabeza. ¿Iba

yo a mantener la debida fuerza para prevalecer aquí o por contra iba a hallar mi destino en la espada de algún enemigo tenebroso ocultándose en las entrañas de ese frío barranco?

Me puse cerca del Arl y sus hombres más leales. Me metí entre él y Patrick, quien no mostró señal de molestia. Mas esperaba que la sintiera -lo odiaba por una razón que aún no podía entender. Pero el sentimiento estaba allí. No poseía ningún tipo de rango oficial mas tenía agallas y las usaría para prevalecer con una autoridad que me era natural.

“¿Cuál es el plan?” Pregunté. El Arl sostuvo silencio momentáneo, ponderando sobre cuanto había que hacer. Se sabía esta zona de Arlstad posiblemente mejor que cualquier otro de los presentes, pues todos miraban con seriedad a su líder.

“Sólo hay una cosa que se pueda hacer. Ahora bien, no puedo pedirlos que bajéis conmigo, lo más seguro es que se haya puesto una trampa en moción mientras hablamos. Pero no parece haber alternativa. Sea como fuere, yo voy. Podría ordenar que vinierais conmigo, pero no lo haré. No sería un buen líder si no tuviera en cuenta que todos tenéis familias que esperan veros regresar a casa.”

No sorprendió a nadie cuando los leales guerreros de Arlstad izaron sus brazos con honor y ofrecieron sus armas en combate, para sobrevenir a cualesquiera que fueran los peligros que nos esperaban en el fondo de ese maldito lugar.

Yo no fui, ni mucho menos, el último en poner a Adraste a su servicio. La llamada a la lucha que tantas veces me había inflamado el estómago cuando practicaba con Gayo estaba ahora dispuesta para la acción, aun cuando el terror se mezclaba con la bravura. “Puedes contar conmigo” clamé.

Laertes, mi querido y valiente amigo, siguió mi ejemplo. El Arl asintió satisfecho y resumió sus directrices. “Sea pues”. El Arl alzó la voz, todos atendían.

“Hombres, formad un perímetro y mantened ojo avizor. Un pequeño grupo de veinte, el cual incluirá al príncipe, a Patrick y a mí, bajaremos para ver qué es lo que

nos está esperando. O sea que equipaos, sonsacad la bravura que sé que está exultante en vosotros y marchemos sin remilgos. Diez minutos.”

Esas eran sus órdenes, breves y encomiables, como exigía la ocasión. En menos de cinco estábamos todos preparados y antes de que expirara el plazo fijado por el Arl ya estábamos marchando por las tétricas catacumbas, en pos del destino que nos aguardaba; sabiendo yo mismo a la perfección, por medios de un poder que todavía no lograba descifrar, que no todos aquí, tanto del reducido grupo de veinte como los cerca de doscientos en la superficie, iban a ver un nuevo día.

La temperatura descendió gradualmente al bajar por las catacumbas naturales. El Arl había tomado sagaz decisión al formar un grupo reducido de veinte, estos pasadizos sepulcrales eran en demasía estrechos para un escuadrón mayor. Algunos hombres estaban a unos pasos detrás de nosotros, cubriendo la retaguardia. Yo estaba entre Patrick y Laertes. Todos caminábamos con firme precaución en aras de evitar hacer cualquier ruido innecesario. Mas eso no serviría de nada para prevenir que nos avistara algún enemigo invisible. Había demasiada oscuridad para bajar sin luz. Cinco hombres llevaban antorchas para que no nos tropezáramos con nuestros propios pies y nos rompiéramos el cuello. Eso sí sería una manera muy patética de estirar la pata.

“Esto tiene una ventaja” dijo el Arl, quien estaba al frente de la minúscula expedición. “Estos caminos bifurcan sistemáticamente por aquí, en espiral en distintas direcciones y vía muchas intersecciones; pero realmente están todos conectados y al final sólo conducen a dos lugares: o arriba o abajo. En caso de que necesitáramos emprender retirada no nos perderemos. Sólo tenemos que seguir la dirección del viento que sopla desde la superficie.”

Un plan lógico, mas no uno tan fácil como podría suponerse de inicio. Yo

contradije esa lógica. “Eso es si no esperan que hagamos justamente eso. Bloquear nuestra salida sería algo fácil de predecir.”

El Arl tuvo que admitir la verdad en las palabras que de mi boca manaban y tibiamente resonaban detrás nuestra. Aunque hacía frío, el sudor bañaba la tela debajo de mi fina cota de malla.

Nos llevó menos de un cuarto de hora hallar la salida, dado que seguíamos al gran Arl Lovren.

Veraz, Arl Lovren no se equivocaba. Una enorme caverna se extendía ante nosotros. Charcas de una oscura agua humedecían el entorno y las paredes. Del techo gotas de humedad rompían la misteriosa quietud al penetrar la fina superficie de las charcas. La humedad también destilaba de las paredes salinas, ricas en minerales y secretos ocultos de tiempos pretéritos, cuando este lugar había sido un pequeño paraíso en una tierra celestial, fértil en risa y felicidad. Grandes formaciones geológicas crecían altas de la sólida roca y colgaban algunas desde arriba con afiladas e imponentes estalagmitas, salientes que actuaban como visibles manifestaciones de antigüedad.

Un promontorio devanado en medio de la vasta cámara monolítica en la matriz de Garmenia Ultra, acabado en un largo acantilado que conducía a una muerte segura al final de un precipicio. Era una maravilla, el arte de Demris en su mayor gracia. O quizá Malachor había tendido labranza en la creación de esta fortaleza subterránea, pues casi parecía tallada por manos diestras.

La humedad se hospedaba en nuestros pulmones y de nuestras bocas emergía como vahos visibles de hálito; y hálitos dábamos a raudales. Los nervios de una lucha cercana nos acuciaban a todos. Un aire limpio fluía de las muchas oquedades que conducían a las salidas de esta sórdida locura.

Algo me inquietó al punto en que avanzamos hacia delante, obligándome a inspeccionar el entorno. Pequeñas ondas sobre la superficie de las ingentes charcas -

sinuosas al principio, mas al punto un frenesí burbujeante.

Los vimos emerger con una incredulidad de lo más nefanda. Hombres parecidos a aquél al que vencimos ha tiempo en la taberna comenzaron a surgir de los abismos acuáticos y nos rodearon, como también las posibles salidas, en cuestión de segundos. Y no había nada que pudiésemos hacer para detenerlos....

“¡A las armas!” Rugió el Arl, sus propias manos dirigiéndose raudas a su gran-hacha.

Yo hice lo mismo con Adraste, liberándola de su letargo y apuntándola hacia los enemigos en derredor. Los guerreros del Arl formaron velozmente un redondel de escudos alrededor de nosotros tres, por las órdenes bien ensayadas de Patrick.

A éste observé silenciosamente, si había alguna trama nefasta en su ánimo, la ocultaba para sí. Él estaba en el círculo interior, como yo, a la vera del Arl. Su propia espada estaba en ristre, brillante en la oscuridad. Los hombres que portaban las antorchas también estaban cerca, preparados y protegidos; era imperativo mantener viva la luz.

Denoté y reconocí el destello rojizo sobre los rostros de estas fieras bestias. Parecían estar más acostumbrados a la oscuridad que nosotros. Sólo podía intuir qué clase de personas eran.

Una voz barítona resonó sobre el acantilado, una que pronto aclararía mi curiosidad. Oí el raspado de cascos sobre piedra, sombrío y lento, que de súbito se apagó.

“Al fin llegas, Arl Lovren” dijo un timbre grave y cruel.

Miré hacia arriba y vi en la distancia a una montaña de varón, seguido por siluetas humanoides, algunas en cadenas, otras portándolas. Entrecerré los ojos para tratar de discernir las figuras que había allí. Y entonces por primera vez vislumbré algo que a primera vista parecía un ser humano, mas distaba mucho de serlo.

Sus patas eran las de un caballo, pero los bramantes músculos que eran sus

cuádriceps hacían entrever algo más, no exactamente equino, mas casi. Su lomo podría ser negro, pero era difícil de ver. Sólo dos hombres-bestia portaban antorchas. Pero la luz que daban bastaba para reconocer al poderoso Centauro por lo que era.

Su físico superior me mesmerizaba; sus músculos hacían que los del Arl pareciesen los de un chiquillo. Forcé la vista un poco más para tratar de discernir a las dos féminas que estaban junto a él, las cuales estaban peligrosamente cerca del borde del precipicio. Mi corazón dio un vuelco aterrado cuando reconocí la hermosa figura de Dannah. Helga también estaba allí. Deseaba correr por el escarpado en su rescate, mi cerebro estaba cargado de pavor. ¿Qué haría si la asesinasen? ¿Cómo podría perdonarme de ser así?

Al punto y sin dudas en mi ánimo me presté a subir el escarpado para salvar a la chica que tanto amaba. Pero el Arl me detuvo. Ladeó la cabeza imperiosamente. Me asombraba cuán calmo estaba, era su hija quien se hallaba al borde de la muerte. Literalmente.

Nada hubo de decirme, ni yo a él, pues fue el Centauro quien habló. “Arl Lovren” vociferó; discerní cómo se le hinchaba el pecho, abrumado con cicatrices de escaramuzas que había luchado en el pasado. Sea quien fuera este hombre, era un veterano.

“Bienvenido a tu tumba”.

Antes de que cualquiera de nosotros pudiera desafiarlo, ordenó a sus hombres que nos cercaran. Por increíble que pareciera, no nos atacaron, sino que formaron filas ordenadamente, bloqueando nuestra retaguardia mas formando un corredor humano -o metahumano- que llevaba hacia el camino devanado que nos conduciría a donde estaba el Centauro.

Según nos acercábamos, arrastrando los pies para aunar cualquier plan posible, denotamos que muchas criaturas nos esperaban en las sombras; de hecho resultaba que ese lugar estaba a rebosar. Algunos colgaban de los rocosos salientes mientras



otros se agachaban en esquinas por todo el camino ascendente. Esta ventura presagiaba un mal final para nosotros.

“Ven, mi querido Arl, y acepta mi invitación, deseo dialogar contigo”. Habló el Centauro cuando comenzamos a ascender.

“¡Pedazo de mierda! Si vas a matarnos, ¡ven y hazlo de una vez y déjate de chorradas!” Gritó el Arl ferozmente, mas pronto se arrepintió de sus palabras, aparente la emoción en su faz -y la mía.

El Centauro, decepcionado por la respuesta del Arl, agarró a la pobre Dannah del cuello y la levantó sobre la vasta nada allende el precipicio. Ella se agarró frenéticamente a su antebrazo y pataleaba al aire, mas un intento fútil ese.

Al verla revolverse y agitarse en pánico, la sangre comenzó a subírseme al rostro, sentí el agudo dolor de mis temblorosas palpitaciones. Ya no podía aguantar más cualquier atisbo de serenidad. “¡No, ruegos! ¡Apiádate de ella!” Esos los mismos que aullé a la monstruosidad, rindiéndome a la ansiedad. Casi a mis rodillas me sentí caer, con la imagen de mi amada en manos del peligro. “Aprésame a mí, Centauro, mas por favor devuélvela a su hogar.”

El Centauro parecía asombrado por oír mi voz, aunque era difícil asegurarlo por la distancia. “Ah, apenas puedo creer lo que ven mis ojos, pero si es el príncipe Soren en persona”. Para ser una cosa tan salvaje y feroz, podía hablar con un alto grado de envidia. “Debo admitir que tu presencia es inesperada. Tenía la esperanza de que te quedarías atrás, en el amparo del palacio del Arl.”

“Entonces no me conoces muy bien” repliqué con una rebeldía fijada en llamas en mi ánimo. Mas otra noción me atacó, casi por sorpresa; ¿cómo Daemon podía estar al tanto de mi presencia en Arlstad? Hube de mirar suspicazmente a Patrick. Se le veía demasiado calmo. ¿O era ese su estado natural? No, él debía ser el enemigo, el espía en las filas del Arl.

Mis sospechas comenzaron a cobrar el estatus de una férrea acusación, porque

el Centauro exigió que el Arl y yo fuésemos a su presencia, mas también Patrick debía venir con nosotros. ¿Por qué iba a exigir esto si no era por el hecho de que él era de facto el traidor?

El Centauro nos prometió, casi sosegadamente, que los hombres que quedaban atrás no serían atacados -al menos por ahora. Mas había otro hombre de nuestros veinte que insistía en no dejarme afrontar este envite solo. ¿Quién si no mi fiel Laertes, quien también subió con nosotros? El Centauro no porfió queja a sus imprecaciones y permitió que un cuarto nos acompañase en nuestro ascenso mortal.

En cuanto ascendimos me percaté de que los hombres-bestia se contaban por lo menos en las bajas centenas, mas tenía la acuciante sensación de que había más en las cuevas y posiblemente en la superficie. La única esperanza era que Segismundo hubiese recibido la misiva del Arl a tiempo. Pero por el momento mi ojo suspicaz estaba puesto en Patrick. Él aún mantenía un espíritu calmo y caminó sin nervios aquejando sus rodillas. Eso me enojó mucho porque yo estaba conquistado por ellos. Cuando se trataba de Patrick la ira me venía demasiado fácil. Mas eso tendría que esperar unos segundos más. Por ahora debía tolerar las miradas amenazantes de los ojos sanguinolentos de las agrestes criaturas que parecían hombres y mujeres pero que en el fondo yo sabía que de tal condición no eran.

Finalmente alcanzamos la pequeña cima del montículo de roca. Desde arriba parecía mucho más alto de lo que lo había hecho desde su pie. El techo estaba cerca, salivaba húmedas lágrimas de un agua negruzca. El aire era denso y con el nauseabundo hedor de heces de caballo. Mas no había caballos allí salvo uno, un híbrido macabro que era el Centauro. Mas por encima de la peste destacaba la fiera impresión, la primera que me había causado -siempre la más importante.

Lo oteé con absoluto interés y creo que él vio mi expresión admirada, pues se hinchó altivamente, mostrándome un amplio torso, desnudo y ajado con viejas heridas ahora plenamente manifiestas. Como atuendo portaba solamente un cinto en la famosa

sección que ungió la humanidad a la natura equina. Atada a éste había una hoz inquietante, curva, dentada y oxidada, usada para la tortura tanto como la guerra. Se me hacía casi palpable la iracunda aura que rodeaba al Centauro; sus ojos, bordados con un odio tan vil como el de las bestias que lo acompañaban, estaban fijados en una sola persona; y yo no era esa persona. Era el Arl el centro de su contenida animosidad; aparentemente de ninguna parte una extraña voz me aconsejó que me mantuviera cerca de él. El Arl no parecía perturbado por las circunstancias, mas su mano diestra tiritaba y creo que estaba sincronizada con la gran hacha aún ceñida a su espalda.

Mis ojos pasaron del Arl a la bestia de nuevo y entonces a un lugar a un palmo detrás de éste. Dos bellezas rubias estaban atadas, retenidas por un hombre fiero.

No, corrijo esa asección. Sólo una chica estaba cautiva. Y para mi terror era la chica a la que amaba, mi formosa damisela, mi cariño, mi Dannah. Aun si el Arl y Patrick mantenían su cordura, mi corazón pulsaba al verla en peligro.

Quiero que sepas esto, luz de mi vida: gustoso habría cedido mi hálito por ti y cuerpo, corazón y alma me imploraban que acudiese a tu auxilio. Mas antes de que pudiera dar un paso adelante, el Arl, con un mero susurro, me avisó urgentemente contra esta iniciativa. “No lo hagas, Soren, mantén la calma” eran las palabras rogantes que nacían de su formidable boca. Contra toda noción en mi ser, obedecí a mi Arl.

¿Luego qué de Helga? Quizá hubiese sido antaño la mejor amiga de Dannah, pero no más. Ella no estaba atada. Muy al contrario, una pequeña daga estrechaba su mano diestra. El horror, el pavor de un millón de espectros ululantes en mi cráneo sentí cuando alzó el filo agudo, brillante y letal, contra la suave dermis del cuello de mi amor. Mi brava Dannah no sollozó, mas sí agrió el gesto cuando una gota de su más sacra sangre huyó de una minúscula herida con el contacto de la vil hoja de la traidora.

El otrora tranquilo Arl ahora sí habló, revelando una porción de las emociones airadas en su fuero. “¿Qué haces, Helga?” Bramó, ahora era él quien anduviera hacia su preciada hija. Patrick y yo lo seguimos, olvidando la terrible posición de

aprimonamiento desventajoso en el que estábamos. Inmediatamente un enjambre de odiosos hombres y mujeres gritaron y gruñeron a nuestro derredor, forzándonos a regresar a nuestra posición inicial.

“Tranquila, Helga, no hay necesidad de eso” gimoteó el Centauro con dicha.

Helga se postró cortésmente y soltó a Dannah. “Como mandes, esposo”.

¿Esposo?

“¿Pero qué coño?” Exhalé, imprecando virulentamente, mayormente por el asombro.

Esto le resultó divertido a nuestro captor. “Gracioso, ¿verdad, mi príncipe? Puede que sea debida una explicación”.

El Arl bramó de nuevo, enfadado por las chanzas del equino. “Que te follen, potro miserable. Si vas a matarnos, entonces te sugiero que te aprontes a una buena lucha. Muchos y más de tus patéticos hombres van a morir en el intento.”

Esta vez la risa repentina no manó únicamente del Centauro, sino también de Helga, unidos los tonos graves y agudos de sus diferentes timbres en una cacofonía apurada que no mejoró cuando la totalidad de este ejército blasfemo y contranatura se unió a la dicha de los malvados.

“Mi estimado Arl, noble líder de nuestro pueblo, no esperaré menos de ti. Mas ya habrá tiempo suficiente para eso”.

Los tres nos dimos la vuelta al instante de oír la voz del hermano gemelo de Helga. ¿Cuándo había entrado? Una pregunta que quedaría sin responder.

Lo que quedaba claro, por otra parte, es que él también había traicionado a su pueblo. Calmo subió por la misma cuesta que habíamos atravesado, sin ser detenido por los hombres-bestia que sólo reían y acariciaban sus mejillas; él los besó a ellos en la frente mientras subía. Se le veía muy satisfecho. Lo vimos pasar con una sonrisa malévolamente impresa en su rostro agraciado. Se arrodilló ante el Centauro, quien, agradecido, le pidió que se levantase, al modo de un hermano de combate y no un

Tedesquiano.

“Gracias, Don Valdur” dijo el muchacho traicionero. Ahora mi vista se posaba ávidamente sobre Patrick, quien se estaba crujendo los nudillos y perdía ya su tan acostumbrada tranquilidad.

¡Esto significaba que él no era el traidor! ¡Sino Helga y Herman! ¿Luego qué pasaba en ese maldito granero que tanta incertidumbre me causaba? Ahora quien estaba totalmente atónito con la realidad era yo. Mas eso habría de esperar, ¿verdad?

Los dos gemelos malignos se abrazaron, felizmente reunidos. Dannah los miró no tanto con el odio esperado que Patrick sí sentía y manifestaba nerviosamente, sino con tristeza, un suspiro y lamentos varios. Se dirigió a ellos en Tedesquiano, no la entendía mas por su tono les estaba pidiendo alguna explicación, incluso rogándosela. Ellos le contestaron con ira, como si reprochándole algo.

“Niños, no todos hablamos vuestra lengua” cantó Valdur. Los gemelos le pidieron disculpas y permitieron que Valdur retomara su posición debida al frente de este coloquio.

“Deduzco que tienes muchas preguntas” dijo Valdur. Yo no me atreví a formular ninguna, dado que estaba hablando exclusivamente al Arl, quien blandía un semblante endurecido que sólo mostraba una cosa: enemistad.

“No para ti, violador de caballos, sino para ellos”.

Aún sonriente, Valdur alzó sus robustos brazos burlonamente, mas no se atuvo a las palabras hirientes de Lovren. “Como deseas” fue lo único que dijo, permitiendo que el Arl hablase con los dos jóvenes que hubo conocido bien y había querido como si fueran suyos -y ahora atenazaban la vida de su hija.

“¿Qué diantres significa esto? ¡Helga, Herman! ¡Contestadme ahora mismo!”

Los gemelos dieron unos pasos adelante. No temían al Arl, muy al contrario, estricta provocación se imponía en sus figuras juveniles y los impelía a caminar con confianza; en especial Helga, quien mostraba una pose firme y en su disposición mayor

autoridad que su hermano.

“¿No es obvio?” Dijo ella, lanzando sonrisas malévolas -primero a Dannah, luego al Arl. “Te hemos traicionado, Arl Lovren”.

“¿Pero por qué?” Imprecó el Arl.

“¿Por qué?” Ahora Herman era quien daba un paso al frente, a escasos centímetros del alto Arl, a quien desafiaba con pérfida pose. “Porque hemos aprendido la verdad”. Herman me miraba a mí cuando dijo eso, como si yo también fuera una parte protagonista en esta conversación; mas lo único que hacía era permanecer quieto, nervios avivados en mí fuero.

El quid tras esto se hizo aparente con el verbo de Helga. “Has guardado este secreto por demasiado tiempo, Arl Lovren” escupió la chica enfurecida, quien, a pesar de la maldad que residía en ella, me parecía tan hermosa. Mas su belleza palidecía frente a la de Dannah, quien estaba teniendo dificultades para controlarse -estaba tirando de la cadena que la retenía de la vera de su padre.

“Nuestro padre también nos ha mentado, mas tranquilo, que él también pagará su precio por ello. Te hemos traicionado, Lovren, pero sólo porque tú ya habías traicionado a tu pueblo”.

El Arl permaneció meditabundo por un total de treinta segundos, pero al final habló con una disposición triste y agria. “Ya veo” dijo, sorprendentemente calmo; una palabra había de huir de su boca, un nombre que yo ya había escuchado antes.

“Ivar”.

Estaba admitiendo el secreto que me había ocultado. Y no sólo a mí. “Dannah, Soren, Patrick” dijo Lovren, “no es lo que pensáis”.

Valdur cortó las subsiguientes protestas de los gemelos, ahora era su turno y tiempo de recontar esta historia. “Sí, Arl Lovren, tu hermano mayor, Ivar”. Con este verbo clamado, trotó hacia el precipicio, oteando la dura superficie que había debajo, en donde estaban los soldados, aún en posición de defensa, rodeados por las criaturas

cuya identidad estaba a punto de certificar, en parte, Valdur.

“Ocurrió hace años, cuando yo aún era un potro adolescente, mas recuerdo el día que el verdadero Arl de esta tierra arribó a nuestras costas, sobre todo porque yo estaba en el navío que lo trajo a nuestra isla; y yo era quien lo llevó personalmente ante Porthos en Hipponophoria, capital de nuestra patria.

De primeras nuestro capitán quería acabar con el Tedesquiano, pues lo había reconocido como Ivar, hijo de Björn e Inga. A más digo que todos acordamos que lo mejor sería su ejecución inmediata. En concreto yo favorecía esta decisión. Mas cuando ya nos disponíamos a lanzarlo por la borda, de súbito una violenta tempestad se suscitó por nada más que nuestro deseo de sangre. Se trataba de una premonición de nuestro Señor, Aquél que descansa en las tinieblas del Infierno.

Afortunadamente había un augur a bordo y pudo leer las señales en los relámpagos, los cuales caían con el tinte sacro de la envidia amarilla, el color de los sentimientos de Sustarios tras ser traicionado por su hermano. La vida de Ivar debía ser perdonada, un destino más alto lo aguardaba. Un destino que el rey Porthos y su consejo de augures habían visto a través de los muchos bueyes que sacrificamos para aplacar el clangor de nuestro oscuro dios.

Una vez llevado a la presencia de nuestro rey, Ivar le explicó cómo su hermano pequeño lo había traicionado y, con la ayuda del príncipe Ingstad, atentó contra su vida. El engaño habría dado frutos, de no ser por la intervención divina. Asombroso, ¿verdad, Arl Lovren? -El Arl gruñía, oteé primero a Valdur, luego a Lovren, mi confusión era extrema-

Sí, pensaste que habías matado a Ivar cuando tú y ese bastardo de Ingstad lo lanzasteis al vacío de aquel precipicio”.

“¡Que te den!” Bramó el Arl con airada indignación. “Dejemos una cosa clara, Ingstad no tuvo nada que ver con la muerte de mi hermano. Fue mi mano por la que pereció, mas juro a Astarios que lo hice en acto de justa defensa”.

“Pero Ivar no murió” cloqueó Valdur con maldad. “Apenas se aferraba a un hilo de vida, mas el odio en su negro corazón hizo que sus pulmones siguieran bombeando hálito en él”.

Patrick irrumpió en el discurso de Valdur con una pregunta enfurecida. “Si eso es verdad, ¿cómo pudo llegar Ivar a las costas?”

“Ea” asintió Lovren. “¿Cómo lo hizo? Cuando Ivar y su hatajo de secuaces nos asaltaron a Ingstad y a mí estábamos por lo menos a veinte mil pasos de las Comunas”.

“Intervención divina” exclamó el Centauro con brazos extendidos a los cielos distantes, tapados como estaban por las mismas entrañas del planeta. “Fue la voluntad de Sustarios la que colocó las muchas ramas e ingente hojarasca que mitigaron su caída hacia la perdición. Fue el Señor Oscuro quien le instauró esa sed de venganza, ese odio ardiente en el pozo de sus tripas, lo cual le dio la fuerza para arrastrarse a través de los matorrales escarchados y arbustos espigados. Fue el Padre Daemónico - ¿quién si no él? - quien bautizó a Ivar en las heladas aguas y auspició que las mareas lo llevaran salvo a uno de nuestros navíos.

Sí, fue esa ira la que lo mantuvo con vida y permitió que se recuperara de heridas infectas que ni la penicilina podía sanar. Mas los áureos estafilococos murieron el mismo instante que el Dios del Infierno besó sus mejillas febriles.

Y luego mejoró. Se volvió más fuerte. Y su voluntad estaba fijada en su venganza contra ti.”

La punta de la uña amarillenta sobre un dedo corrupto estaba ahora señalando directamente al Arl. El dueño de ese dedo vil, Valdur, relinchaba y carcajeaba. El Arl estaba acariciando su hacha. Respiraba con una pesadez de la que mi propio pecho se cargó. Y el de Patrick; él también parecía agitado. Miré a las profundidades del precipicio; oscuras éstas, semblaban un pozo. Mas en el medio de la oscuridad resplandecía la apagada luz de nuestras antorchas y esperanza.



“Oye, ¿está por aquí el cobarde de mi hermano, escondiéndose entre las sombras? Siempre fue un capullo endeble.” El verbo del Arl era mordaz.

De la fuerte irritación, Helga arrasó el aire en sus pulmones. “¡Ivar era un héroe! ¡Ni se te ocurra ensuciar su nombre de esa manera!”

Abroncó el Arl a Helga; punzantes sus palabras, imperantes, mas sus ojos, oh maldito espejo, hablaban con una melodía plagada por el pesar y el tormento.

Primero discurrió la ira. “¡No! ¡Que no se te ocurra a ti hablarme con ese tono, jovencita!”

Luego llegó la tristeza de un padre putativo que padecía la aflicción de un corazón roto. Primero un momento de silencio, breve, entrecortado por un resuello doloroso, para acto seguido evocarse el dolor mismo. “¿Qué es lo que he podido hacer para que os sintáis de este modo? ¿Por qué no hablasteis conmigo? ¿Qué he de decirle a vuestro padre?”

A Helga no la movían los ruegos melancólicos del Arl, muy al contrario, cerró los puños y su hermosa faz tornose carmesí, y lo que hubo sido una sonrisa que bien podría haber competido con la de Dannah se convirtió en una fiera mueca y un gruñido impropio de su lindeza.

“No nos hables como si tú fueras el justiciero aquí. Desde nuestra perspectiva tú eres el hereje, el traidor. ¡Te odio, Arl Lovren! ¡Con cada vocablo de mi corazón!”

“¿He de asumir que sigues los sentimientos de tu hermana?” Le preguntó el Arl al hermano gemelo de Helga.

“Fehacientemente” contestó el muchacho.

A esto replicó el Arl, de nuevo entristecido. “Y yo en cambio os quiero. Contra todo lo que habéis hecho aquí y ahora, os sigo queriendo como si fuerais mis hijos. Por favor, volved a casa conmigo, estamos a tiempo de hallar una solución a todo este embrollo.”

“¡Con verbo vacuo y mentiras patéticas!” Chilló Helga, quien dio pasos en

demasiá hacia el Arl. Me llevé la mano a la empuñadura de Adraste, el Arl se percató de esto y me ordenó que relajara mi tensión. Valdur, a su vez, pidió a Helga que guardara quiescencia. La frágil tregua seguía intacta, mas era una capa muy fina de hielo; y la rabia que había en el ambiente, ésta era demoledora.

“¿Siquiera sabes por qué te odio, Lovren?” Preguntó Helga, quien no le dio al Arl ni un milisegundo para hablar. “¡Porque te quise! Herman y yo te admirábamos. Y tú nos mentiste. A cada Tedesquiano mentiste. Tú, y el borracho seboso que se hace llamar nuestro padre, nos mentisteis al ocultarnos la verdad sobre Ivar”.

“Oh, ¿y veraz es la chorrada que os ha contado este caballito con ego?” Exigió el Arl con furia. Valdur no parecía sentirse ofendido por el insulto.

Herman tomó el lugar de su hermana en este cruce de imprecaciones. “No fue Valdur quien iluminó nuestras mentes ignorantes.

No te mentía, Soren, cuando te hablé de ese viejo mendicante, mas él sólo fue el primero de muchos. Una vez que nuestras psiques estuvieran hambrientas de más saber, lo buscamos. Y lo hallamos en ni más ni menos que un compatriota tedesquiano, y no cualquier hijo de Arlstad, sino todo un noble de Vianna. Sospecho que no seréis tan necios como para preguntarme por su identidad.”

El Arl no hizo tal cosa. Ni dijo ni hizo nada al respecto. Sólo miraba y estudiaba la situación, yo esperaba que por todos nosotros, porque yo no podía concentrarme. Entre esta súbita traición y el claro peligro en el que se hallaba Dannah, no podía hallar serenidad alguna.

“Nos habló de Ivar, un hombre al que había seguido lealmente, en arreglo a las legítimas prescripciones de Arlstad.”

“Deduzco que no os dijo por qué nadie en Arlstad habla sobre él, sobre cómo su propia madre, nuestra madre, llora disgustada cada noche cuando recuerda a su hijo descarriado.”

“Ahora que lo dices, sí” escupió Herman.

“Todos aquellos que habían sido amigos de Ivar fueron amenazados y silenciados por ti. Y en Teutoburgo condenas el recuerdo de uno de los hijos más ilustres de Arlstad. Bajo pena de ley prohíbes que se mencione su nombre”.

“Ja” rio el Arl impetuosamente, desafiando al mismo miedo y escupiéndole al temor en la cara. “Eso no es cierto, chaval, ni cerca de serlo. Pero supongo que no te creerás nada de lo que diga, por tanto, ¿por qué malgastar saliva?”

“Oh cuán insolente eres” rio Herman, aún me semblaba un chico guapo, a pesar de sus afiliaciones monstruosas. “Mas pronto entonarás melodías distintas, eso te lo prometo”.

“Muy bien” dijo el Arl. “Llámame monstruo, tirano o un puto dictador si esa es tu voluntad. Y sí, sé muy bien que mi hermano aún tiene seguidores, viejos chochos todos.

¿Y? ¿Acaso significa eso que tu causa es justa? Mira dónde estás, mira con quién andas, ¿realmente crees que obras con los buenos?”

“No disuadirás nuestro espíritu, perro” siseó el joven. Era ahora cuando se me hizo evidente que no se podría razonar con los gemelos, el odio que profesaban hacia el Arl superaba en mucho los confines de la razón.

“Por cierto, a mi primera pregunta. ¿Dónde coño está ese cabrón?” Como si asumiera que Ivar estaba de facto escondido en alguna parte de la cueva, Lovren lo llamó a gritos. “¡Muéstrate, escoria!” Estalló, con furia inusitada. “¡Si me quieres, ven a por mí! Pero no te escondas detrás de niños que no saben lo que están haciendo”.

“No es necesario que grites” rio el malvado equino. “Por desgracia no puedes clamar a tu hermano, ni con todo el brío de tus bronquios.

No, pues Ivar está muerto”.

¿Qué sintió el Arl cuando supo de la muerte de su hermano? No lo sé, ya que no profirió gesto alguno que indicara cualquier sentimiento olvidado hacia su hermano.

“Mas no te engañes, Arl” habló de nuevo el Centauro. “Él tendrá su venganza, la cual

es más fuerte que las barreras de la tumba”.

“¿Y cuándo faltó mi hermano?” Inquirió el Arl.

“Hace diez años, afligido por un desgaste sexual”.

El Arl arqueó una ceja volitiva. “¿A qué te refieres?”

“Mira a tu alrededor y dime qué ves” dijo Valdur, fingiendo un timbre educado.

Todos inspeccionamos nuestro opaco derredor -el círculo defensivo de soldados en el fondo del pozo, las negras paredes y las sombras y siluetas de humanoides aselvajados.

“¡Ellos!” Grité.

“Muy perspicaz, príncipe Soren” sonrió Valdur con trazas de placer debido a su situación de ventaja sobre nosotros. “Ea, ellos. Permitidme hablaros un poco más sobre ellos”.

“¿Seguro que quieres compartir tus secretos con nosotros, Valdur?” Preguntó Patrick con inquina, como si infiriera que tales revelaciones serían pronto usadas en su contra.

Valdur cacareó, jocundo por la certeza de saberse superior. “Hombres muertos son los mejores en guardar secretos”.

Liberada esta ominosa promesa, Valdur dio bestial revelación.

“Cuando pudo volver a caminar con pie propio, Ivar dejó su tienda y vio a Igno por primera vez en más de dos años, pues ese fue el lapso requerido para recuperarse de las terribles heridas causadas por la envidia de su hermano pequeño.

Su piel era pálida y sus extremidades flojas, mas su pasión era más fuerte que nunca. Pero no sólo el sol estaba esperando al héroe, también nuestro mayestático rey estaba a la entrada de la tienda. Y no estaba sólo, pues había venido con obsequios.

Filas de nuestras yeguas más lindas, de pechos lácteos y firmes lomos, estaban esperando su turno para satisfacer a Ivar. Y satisfacerlo lo satisficieron. Por años se apareó con nuestras féminas, garantizando a nuestras huestes reducidas con cuerpos

nuevos y capaces. Los hijos e hijas que representaban la alianza entre los Centauros y el auténtico líder de Arlstad habían por ende nacido.

Tristemente, el propio Ivar no sobrevivió lo suficiente para ver con orgullo cómo crecieron sus muchos vástagos. Por desgracia el apareamiento entre ambas especies comportó enfermedades venéreas irreparables tanto para el padre como para las madres de estas galantes crías. Mas sé que todos relinchan con pasión desde los Cielos, garantizándonos su favor a través de las acciones de nuestra descendencia común”.

He allí el misterio resuelto, infantes. Qué héroe debió haber sido. Un fornicador de caballos. Ganas de vomitar las mías por la revelación. Ahora todo tenía sentido. Eran humanos en apariencia mas en ellos corría la sangre salvaje de los Centauros.

“Estos son los Tedesquianos del mañana” arrulló Helga, quien miraba a la progenie de Ivar con amor. Su cara se iluminó en la oscuridad, retomando la belleza vista también en la inmaculada faz de Herman. Mas pronto se vería fermentada y mancillada por culpa de su romance enfermizo.

Caminó hacia Valdur y para nuestro gran asco, lo besó. Pasión agreste se hizo entre ellos al caer la saliva de una boca a otra vía lenguas uncidas.

Mi perplejidad era tal que lo primero que expresé fue una estupidez impropia de un escenario tan dramático. “Ye, iros a un hostel o algo.”

Pero nadie me rio la gracia, salvo Helga quien, obviamente, sólo lo hizo con sorna. “Siempre fuiste el gracioso en la clase de Juliano. Veraz, puede que vaya a un hostel, y allí le haré el amor a mi marido, en una cama hecha con tiras desolladas de tu piel en sangre.”

Y una vez más un momento impuro que no pude reprimir, muy a pesar de las advertencias murmuradas por Laertes. “Siempre supe que serías la más cachonda de

los dos”.

Valdur rio por lo bajo, puede que mis burlas lo divirtieran. Helga ardió con sus aires característicos. Mas fue el Arl quien habló. “¿Tu marido? Oh dioses, esto es terrible, Helga. ¿Qué has hecho?”

“He abrazado el ejemplo de mi verdadero Arl. Sí, es cierto que me expongo al contagio y a la muerte, mas es un precio que estoy dispuesta a pagar por mi pueblo. ¡Por mi patria!”

“¿Tu patria?” La recriminó Patrick; nunca lo había visto tener que contener sus emociones con esta gravedad. “Ya veo cómo te preocupas por tu tierra y tu gente, quemando sus hogares y asesinando a sus familias”. Patrick estaba enloquecido por la irritación, la cual era contagiosa, aun con todos mis sentimientos adversos hacia él -a cada minuto que pasaba más difíciles de asimilar.

Herman intercedió calmadamente. “Muertes necesarias, incluso diría útiles, cometidas por un fin mayor”.

“El mal siempre precisa de una excusa, algún pretexto de bondad, para así poder continuar con su periplo vil” replicó Patrick con vehemencia.

“Sólo matamos a los habitantes de las aldeas más cercanas a este lugar, y por motivos estratégicos”.

“¿Pero qué estás ladrando?” Vociferó Arl Lovren. Por contra, mi aguda percepción comprendía muy bien cuanto quería decir Herman.

“Sabes a lo que me refiero, Lovren. Perdonamos cuantas vidas nos fue posible, pues no queremos hacer daño a civiles inocentes; al fin y al cabo es por ellos por quienes luchamos, para salvarlos de tus mentiras y tiranía. Desgraciadamente necesitábamos debilitar tus fuerzas y, al propiciar grupos de refugiados, diría que hicimos justamente eso. Mas te aseguro que sus muertes no serán en vano”.

Con esta horrida revelación forzada sobre nosotros, el Arl ya había oído suficiente. Lo único que quería era justicia a través de la acción. Alcanzó su poderosa

hacha y la tomó en una sola mano, blandiéndola en el aire como si fuese una simple pluma.

“Helga, Herman, estaos tranquilos, cuando acabe con este bastardo y todos estos sacos de pus, os llevaré de vuelta a casa, junto a vuestro padre. Y sé bien que Wulfric os sacará la tontería a hostias”.

Tras hacer esto el Arl, todos desenfundamos las armas. También estábamos prestos. Valdur tenía en mano su hoz, mas no la apuntaba a nadie -aún.

“No hagas ninguna tontería, Lovren” dijo, menos calmo que antes, pues las mareas de la batalla estaban altas -y lo sabía.

“¿No ibas a matarnos de todos modos?” Imprecó el Arl, con una sonrisa desafiante.

“Sí, eso es, pero...”

Y lo que fuera que estuviesen diciéndose dejó de tener relevancia para mí. La realidad tornose una pálida evanescencia cuando dio comienzo un bable ininteligible en mi cabeza. No podía descifrar las intenciones de esas voces misteriosas. Mas al hablar, replicar y quejarse, mis sentidos aumentaron increíblemente.

Husmeé la cargada humedad del aire, impregnado por el olor fétido que desprendía el mugriento lomo de Valdur. Pude inferir la mierda seca sobre su trasero peludo. Me forzaban arcadas. Mas curvé la acídica angustia hendida en mis tripas.

Podía ver en la oscuridad con mucha más soltura que antes. Abajo estaban los soldados, rodeados por más de cien híbridos. Muchos se escondían en las charcas, otros tantos tras pequeñas protuberancias rocosas o entre las múltiples oquedades en la pared que conformaban las salidas. Acechaban en las sombras. Mas las voces que no lograba entender me decían que no me preocupara. No eran sus palabras sino su tono lo que me daba la claridad necesaria para sobrevivir. Y mi subconsciente preclaro también me dio órdenes exactas sobre cómo imperar sobre este día.

Todo acaeció con pausa. Al principio no lograba concentrarme. Mi corazón

bombeaba y mis piernas temblaban.

Pero entonces yo te vi, Dannah, y al hallarte en peligro, superé mis temores y una nueva clase de serenidad me alcanzó. Una que poseen los guerreros de verdad; esa paz que viene sólo en medio de la misma guerra. El amor me ayudaría a conquistar el miedo. Estas bestias eran fuertes, los caídos por su mano podían dar fe de ello, mas ellos sangraban y temían a la muerte tanto como cualquier otro. Adraste se prestaba a ello.

Yo también.

Sólo un guardia retenía encadenada a Dannah. Si él caía podría salvarla. Pero Valdur y Helga estaban en medio. Ojeé cautelosamente a Herman; éste parecía más concentrado en Patrick y Laertes. Los híbridos más próximos a nosotros estaban corriendo hacia abajo, dispuestos a ayudar a sus numerosos hermanos a masacrar a nuestros soldados. Sus escudos estaban en alto y estaban formando una testudo circular. Les deseé suerte e implícitamente les di las gracias; esto nos dejaba un espacio de más para maniobrar sobre el escarpado altiplano.

Nos tocaba al Arl y a mí. Rezaba para que fuera tan bueno como parecía, porque la única manera de salvar a Dannah era con su colaboración -y mi plan tratábase de uno espontáneo.

Parecía imposible a priori. Eché un vistazo a mis pies, a donde yacía la piedra afilada, a un mero centímetro de mi pie zurdo. Lo que necesitaba que ocurriese era algo más propio de la fortuna que de la habilidad, aunque ésta también era pertinente. No podía agacharme, si lo hiciera me descubrirían. Sería pues una secuencia dejada al azar. Dannah dependía de ello.

Respiré taimadamente. Cerré los ojos y simulé la escena en mi psique, a constante repetición. Las mismas voces me susurraban y me decían cuanto había de hacer. El amor verdadero no erra nunca. ¿Mas qué sabía yo sobre el amor verdadero?

Y los *Fatta* clamando mi nombre me mostraron su faz; y ahora me hablaban con



su voz.

Sabía qué tenía que hacer.

“Ahora” exclamé, desviando la atención de todos hacia mí.

Y cuando todos giraron sus cuellos y ojos para ver el quid de la repentina exclamación, yo ya me estaba encorvando con una velocidad que sobrepasaba mis habilidades previas y cogiendo la piedra. Al mirarme directamente el monstruoso híbrido, quien por suerte era más alto que Dannah, habría visto un destello volador penetrando su cuenca zurda y en tinieblas su vista acabaría ofuscada para el resto de la poca vida que le había de quedar. Y él se trastabillaría varios pasos hacia atrás, resbalándose por el borde del precipicio y cayendo hacia una muerte horrenda mientras los ecos de su calvario aún ululaban, escalando el escarpado subterráneo a la par que su cuerpo descendía, chocaba y moría en una masa sanguinolenta.

Y el Arl era tan formidable como había anticipado cuando lo vi por primera vez. Había intuido mis intenciones y en consecuencia reaccionó. “¡Por Arlstad!”

Y así como arriba, también abajo. Según comenzaron a esparcir flechas veloces los bravos hombres del Arl desde la protección de su testudo de escudos, derribando a numerosos enemigos que cacareaban y gritaban en el pozo sombrío, yo me lancé apresuradamente hacia Dannah, usando como barrera a un poderoso Arl que embistió a Valdur con la empuñadura de su hacha de batalla, haciéndolo caer de rodillas. Luego oí a Patrick llamando a Laertes a la lucha; para subvertir a la horda de malvados híbridos que se dirigía hacia ellos.

Mas ya nada de eso tenía relevancia. Lo único que copaba mi fijación eras tú, Dannah. Las cadenas atadas a tus muñecas no eran tan férreas como aquéllas que envolvían tu corazón, pues la metalurgia de los Centauros era inferior, un hierro salino que nada era frente a los cerrojos que forjabas para mantenerme lejos de tu vida. Ergo Adraste aplacó las frágiles ligaduras y rompió tu encarcelamiento.

“¡Lo siento, pero has de morir!” Fue lo que gritó una enloquecida Helga a Dannah

mientras se lanzaba hacia ella con la intención de atravesarla por la espalda. Mas antes de que lo lograra, Dannah ya estaba en mis brazos, cubriéndola con el amparo de mi cuerpo tras esquivar la estocada -mejorable- de Helga.

    Mi corazón arreció y pareció detenerse después. ¿Mas cuándo se detuvo, Dannah?

    Cuando nuestros ojos se encontraron por el camino.

    Y como había pasado antes y pasaría siempre, me arrebataste cuanto adoraba con ahínco religioso. Mas contigo o sin ti en mi vida, no iba a aceptar de ningún modo que estuvieras en peligro. Entretanto que el Arl libraba batalla contra Valdur -sus fuerzas pares en potencia- y gritaba “Dannah” con cada gruñido y queja, la belleza invernal estaba detrás de mí, agarrándose fuertemente a mi dorso cuerudo.

    Detuve cada embestida que me arremetía una Helga a cada golpe más cansada. Mi cintura era un ritmo, poemas versados por mis pies al bailar éstos de y hacia una enemiga a la que tenía a mi merced. “¡Helga! ¡Ruego por tu rendición; vuelva a casa con tu familia! ¡No sigas con esto!”

    Mas no se atenía a mi sabio consejo. En vez gritaría y me insultaría con profano timbre. Me odiaría y mi compasión caería pues en oídos sordos. Como una polilla acercándose a atractiva llama, así también Adraste habría de atraerse hacia el hierro inferior que amenazaba con partirse cuando en contacto con el acero majestuoso.

    Pude haberla matado cien veces en menos de tres minutos de combate.

    Ella estaba jadeando y su puño era ahora débil. Todo cuanto tenía que hacer era esperar mi oportunidad. Mi respiración no estaba forzada, el hálito salía de mi boca con la misma pureza con la que entraba por mi nariz. Mi mente, lúcida, sentía a Dannah ciñéndose a mi espalda -ella dependía de mí. Tal cosa estimuló mi propia existencia. Armas y escudos, cotas y armadura, el estruendo de enemigos vivos y muertos, todo

esto lo veía yo en su plena amplitud.

El Arl actuaba delante de un gran telón de fondo, ahora estaba llamando a filas a Patrick y a Laertes, exhortándolos a formar junto a él. Valdur imprecaba vituperios y amenazas. Podía oír su hoz sesgando el aire. Podía presentir que Laertes y Patrick estaban encarando a enemigos en demasía numerosos. Podía sentir a los hombres allí abajo, intentando no romper su posición defensiva a la vez que acometían sus fuerzas contra la pequeña legión de los pérfidos hijos de Ivar. Yo era capaz de percibir todo eso y proteger simultáneamente a Dannah. Mas me hallaba incrédulo, yo no podía ser esa persona. Era bueno, mas no tanto.

Sin embargo no hallé miedo cuando Helga me buscó insistentemente con su endeble hoja. Contrario a sus expectativas, me bastó con un suave giro de muñeca y la desarmé con insultante facilidad. Ella se echó atrás, dolor fuerte el sentido por su muñeca, torcida con la fuerza de mi ataque. Mas estaba viva, eso era lo importante. El Arl había prometido a Wulfric que traería a sus hijos a casa, era ahora mi responsabilidad que Lovren cumpliera con su palabra.

“Helga, te hallas vencida, presenta tu rendición inmediata” la impelí mas calmas mis cuerdas. Pero calma se vería abruptamente impedida por el grito de Laertes. Me giré para ver que Patrick y él estaban rodeados por cerca de veinte bestias; el pánico me azotó duramente y la claridad que había sentido se desvaneció. Aún permanecía, pero mi humanidad estaba empezando a domeñarme.

Helga se aprovechó de esta distracción y me golpeó la sien izquierda con un pedrusco suelto, del suelo sacado y a mi dermis llevado. No me dolió tanto como me sorprendió, dado que su fuerza carecía del peso para hacerme un daño irreparable. Mas antes de que pudiera prestar atención a Helga, ella me dio un fortísimo rodillazo en la entrepierna. Esto me hizo tropezarme dolorido y caer a mis rodillas y culo. Adraste escapó de mi puño falto.

“¡No!” Gemí. Cuán incauto de mí, cuán imbécil. Y por ende era yo quien ahora

estaba a la merced de mi contrincante.

Pero entonces reaccionó una voz que debí asumir que era la de Ida, Madre de Amor, protestando en mi defensa. Ah, mi preciosa heroína.

“¡Helga, detente!” En la lontananza de este escenario podía oír al Arl tratando de evadir a Valdur, mientras corría para salvar a Laertes y a Patrick.

“Jamás” gritó una iracunda belleza tedesquiana a otra, una que tampoco se amilanaba. Y bien pudo haber sido suficiente esa distracción, porque Helga iba a por Adraste. Pero la intervención de Dannah resultó ser providencial.

Desestabilicé a Helga al atacar sus tobillos expuestos con una patada baja. Cayó de rodillas y antes de que pudiera levantarse, Adraste ya estaba en manos de su justo dueño. Dannah y yo echábamos ojeadas veloces, de Helga a los demás. El paso que habíamos usado para subir al altiplano mortal estaba abarrotado de mutantes, algunos -por suerte los menos- avanzaban hacia arriba en dirección a Patrick y Laertes, quienes estaban librando magna lucha. Y no mostraban menor debilidad los guerreros del Arl, sólo cinco de los nuestros podía ver muertos sobre la superficie. Pero la mayoría aún avanzaba bajo el amparo de sus escudos al auxilio de su Arl. Puedo afirmar con seguridad que, en ese punto, estábamos igualados en poder los dos frentes.

El aire era ahora más rancio, por el hedor de la muerte que consumía la caverna, una avivada por el llanto de la guerra y la sangre. Varias docenas de híbridos estaban muertos o morían. Yo tenía retenida a Helga.

Tenía que ayudar al Arl. Éste trataba de llegar a Patrick y a Laertes, a quienes se les veía excesivamente exhaustos. Temía por la vida de mi amigo. Me era preciso atacar a Valdur, era el momento oportuno para hacerlo. Pero también estaba Dannah -y Helga no menos. El Arl era lo suficientemente fuerte como para matar al Centauro, tanto eso se me hacía evidente. Mas el Arl sólo podía permitirse el emplear la mitad de su poder, puesto que necesitaba la otra para llegar a sus vasallos. No me quedaba otro remedio que tentar de nuevo a la suerte.

Y de nuevo me hallé en los límites de la cordura. Los nervios encallecían mi cuello. Eran como agujas punzándome todo el ser. Mas tenía que intentarlo. Esta vez no podía oír las voces, más bien percibí cómo me atravesaba un impulso poderoso.

Lancé a Adraste con todas mis fuerzas y ésta se dirigió en moción circular hacia su objetivo. ¡Diana! Adraste golpeó el lateral de la bestia, pero con la mala fortuna de hacerlo la empuñadura y no el acero. Mas fue suficiente para desestabilizar al Centauro, quien perdió su concentración. Esto le dio al Arl la oportunidad de golpearle la cara con el bajo de su hacha. El imponente Centauro se tambaleó hacia atrás, bramando furioso.

El Arl aprovechó esto y embistió la primera línea de avanzadilla de sus violentos sobrinos, quienes estaban superando claramente a Patrick y a Laertes, valerosos en su lucha, independientemente de su desventaja. Mas no me era posible llegar a ellos. Antes de que pudiera llegar a la posición del Arl, Helga atacó a Dannah con la intención de asesinarla.

Y esta vez no me susurraron las voces, ¡sino que gritaban en mi cabeza! Y en ese instante fugaz en el que cerré los ojos para mitigar el dolor que me producían esas voces inconcebibles; vi a Helga mucho más cerca que antes.

Ella estaba impactada, sus ojos en sangre abiertos cuando denotó que el fino cuchillo que a tientas había sacado de su camisa no estaba clavado en el corazón de Dannah, como había sido su intención, sino en mi antebrazo. *Soren señaló su antebrazo zurdo con el dedo índice, revelando que cuanto recontaba no era necesariamente producto de la hipérbole.*

El hueso detuvo el golpe; la hoja se retorció en mi tuétano, haciéndome sentir una gran agonía. Mas ésta no me hizo retroceder. Ésta me enfureció. La expulsé de su arma y, con ésta aún clavada en mi carne y mi hueso, le di un puñetazo en el vientre, privándola de hálito.

Ella jadeaba en busca de un aire que no alcanzaba mientras se tambaleaba

hacia atrás. Un paso, dos más, piedrecitas que no la hacían tropezarse. Ah, Helga, si tan sólo te hubiesen abandonado las fuerzas, te habríamos traído de vuelta a tu padre; en cadenas, posiblemente, mas viva y con la esperanza de una redención que todos merecemos.

Mas ocurrió lo evidente.

“¡Helga, cuidado!” Exclamó Dannah.

A pesar de que intentaba matarte, a pesar de su traición y la de su hermano, sin importar cuanto habían hecho y ambicionaban hacer, aún seguías tú con amor por ellos. Cada lágrima impulsada por tus bellos ojos probaban fidedigna tu bondad. Y cuando tu advertencia tornose lamento, un “¡Helga, no!” Todos nuestros corazones lloraron.

Pero la bondad no iba a ayudar a Helga. Esprinté con paso preternatural para salvarla. Pero inevitablemente Helga cayó al precipicio.

Salté hacia adelante, motivado por la compasión piadosa de Dannah. Aun cuando su cuerpo languidecía sobre el liviano éter, logré sentirlos: las puntas de sus dedos allende el borde, el cual también atravesaba la mitad superior de mi cuerpo.

¡Lo conseguí! Tenía fuerza suficiente para no caer, logrando mantenerme sobre el borde del precipicio y aferrar el extremo de su mano. Me agarré con tanta fuerza que sus huesos crujieron. Ella gritó con dolor y furia. Apreté más si cabe, sus huesos se curarían y quizá su alma también podía ser salvada. ¡Por Dannah tenía que perseverar!

Mas no hallé gratitud en Helga, ni ruegos desesperados. Sólo me habló desde el odio.

“¡Suéltame! ¡Antes muero que ser salvada por ti!”

“¿Tanto me odias, Helga?”

La respuesta que me dio fue clara y sencilla. Con la fuerza languideciente de sus

dedos se libró de mí, usando su sudor nervioso como lubricante; ergo cayó a su muerte.

Tanto Dannah como yo gritamos su nombre en alta exclamación al desaparecer ella lentamente al vacío.

Un breve segundo de silencio.

*Crack.*

Luego confirmada quedó su muerte y con ésta, otro breve lapso tácito, durante el cual ambas facciones se detuvieron, horrorizados todos por el ignominioso fin de la malvada Tedesquiana. Todos los presentes, por un motivo u otro, habían querido a Helga, con indiferencia de sus últimos actos.

Y entonces relinchó Valdur, postrándose rabioso sobre sus cuartos traseros.

“¡Helga, amor mío!” Gritó, tal era su llanto desconsolado que temblaron las paredes con ferocidad sísmica. Herman lloraba sudor y lágrimas por la destrucción de su ánima alterna. Se golpeaba y se amorataba sus propias mejillas. Laboriosamente me levanté, abrumado por el pesar y mis heridas.

Dannah seguía a mi lado y Valdur nos encaraba a ambos. El instinto me hizo ponerme entre el Centauro y mi gracia dorada. “¡Mierda!” Siseé, displicencia la mía al ver que Adraste estaba demasiado lejos de mi alcance; Valdur estaba junto a Herman, quien de rodillas sollozaba desgañitadamente por una pérdida con la cual podía empatizar -y ambos estaban allí, entre mi espada y yo.

Levanté en alto mis puños cerrados, la carne descuartizada de mi antebrazo expulsaba un temperamento sangriento que era el mío. Sólo había una manera de escapar de esta pesadilla.

Pero contra lógica racional el Centauro no atacó. En lugar de eso cogió a Herman del cuello, alzando su peso sin esfuerzo alguno, y lo sentó sobre su lomo.

“¡Herman, amaina tus nervios! ¡Debemos huir! ¡Agárrate fuerte!” El Tedesquiano obedeció y se aferró al vil pelaje de Valdur.

“¿Qué está tramando?” Le pregunté a Dannah. Mas ella no me contestó, ni entonces se dignaba a hablarme. Es también probable que se debiera a los nervios de una situación que nadie podría haber anticipado, era imposible predecir cualquier desenlace.

Desde luego que yo quedé pasmado cuando vi el vientre equino de Valdur saltando sobre nosotros y allende las lindes que acabaron con la vida de Helga. Pero a diferencia de su esposa malsana, él aventuró el vacío abismo con una gracia sobrehumana y con esa fuerza sus cuatro poderosas patas aguantaron la caída. Tronó con ésta la caverna, piedrecitas llovieron desde el techo.

“¡No pienses que vas a sobrevivir a este día, príncipe Soren! ¡Ni lo hagáis vosotros, perros tedesquianos! Habréis matado a mi amor, mas yo asesinaré a todo aquello a lo que tengáis aprecio.

Lo que se os escapa en saber es que mis hombres se esconden al otro extremo del desfiladero, esperando mi orden para atacar. Y sí, podéis llamarnos Legión, pues somos muchos.

¡Muchos y más aún! Afrontad ya vuestra muerte, ¡todos vosotros! Y sabed esto: no soy el único Centauro liderando esta expedición”.

Y con los ecos estridentes de la voz irracional de Valdur redoblando contra las paredes cavernosas, los hombres-bestia que quedaban con vida atacaron a los soldados que estaban abajo mientras sus impíos hermanos que ascendían el paso hicieron lo mismo; en dirección al Arl, Laertes y Patrick. Su nefaria pasión y vigor restablecidos.

Raudo recuperé a Adraste y ahora sí, Dannah y yo corrimos hacia nuestros aliados. Sin más necesidad de contener su ímpetu, el Arl atacó en avanzadilla y diezmó al enemigo con velocidad divina. Las bestias no eran rivales para el hacha, la cual



decapitó a varios con un solo tajo y a otros con mayor violencia los expulsó del mundo de los vivos.

Yo me imbuiría en ese fragor, no dejaría pasar a un solo cretino, ninguno se iba a acercar a Dannah. A ella la protegería yo y eso me dio mucha más fuerza. Una tal que acabó con las vidas de dos veloces híbridos. Eran jóvenes, quizá adolescentes, y eran varón y fémina. Ninguno habría de alcanzar la madurez. Atravesé el cuello del chico y el corazón de su hermana probó el acero de Adraste; casi simultáneamente los tocó la sed de mi hoja y de ese modo cayeron muertos.

Y en menos de cinco minutos los restantes fueron abatidos con ágil justicia.

Los dos grupos se encontraron y se hicieron uno otra vez. Los Tedesquianos, agotados, cantaron jubileos victoriosos, mas habían de ser prematuros.

“¡A tus espaldas!” Grité, pero antes de que pudiera girarse el pobre Siegfried, le partieron el cuello con tanta violencia que la cabeza suelta del soldado tedesquiano acabó colgando detrás de su cuello y un geiser de fresca sangre humana nos roció a todos. Aún seguía rascando su cuello y esófago desgajados cuando cayó al suelo.

Detrás del cadáver de Siegfried había un híbrido agreste, deseoso de seguir dispensando muerte con su sucia espada que goteaba viscosidad tedesquiana. Ergo la batalla resumió.

Un batallón ruidoso de villanos comenzó a emerger de las charcas a nuestro alrededor. Me impresionó sobremanera el hecho de que hubiesen aguantado la respiración tanto tiempo, durante el breve diálogo y también la escaramuza. Me afectaba y me repugnaba su manera de jadear y salivar, hambrientos de una buena carnicería.

Además, me aturaba la mente el saber que una guerra se estaba librando a varios metros encima de nosotros. “¡Saca a Dannah de aquí, Lovren!” Impulsé mi

timbre a alturas autoritarias, entre que acababa con los dos primeros advenedizos que buscaban tentar nuestras líneas defensivas.

Esto no disuadió a los demás monstruos, al contrario, arremetieron violentamente contra mí, tratando de vengar a sus hermanos caídos. Pero allí estaba el Arl, quien los despedazó con la inmensidad de su arma, salpicándome con la sangre impura de los híbridos recién fenecidos. El Arl tenía a su hija al resguardo de su brazo libre, pues blandía su gran hacha con la otra, magistral su dominio sobre ella.

“Todos vamos a salir de ésta” me dijo a mí; asentí vívidamente, pero de todos modos era imprescindible que nos separáramos.

Señalé a una salida lateral. El Arl comprendió mi gesto, el cual era uno soldadesco. “Ve con Patrick” osé ordenar, “y también el grueso de los que estamos aquí. De seguro que tus hombres están en peligro, van a necesitar a su líder junto a ellos”.

“¿Y qué harás tú?” Preguntó Lovren.

Le guiñé un ojo picaresco. “Dar por culo un poquillo” gruñí, con Adraste firme en mi mano.

“No lo harás tú solo” canturreó Laertes, siempre a mi lado. Chocamos puños con una camaradería indisoluble, ahora manifiesta en nuestros cuerpos y haciéndonos más fuertes gracias a nuestra unión.

“Vale” asintió el Arl.

Mientras tanto, nuestros hombres nos cubrían con sus escudos y apuñalaban a los enemigos que de vez en cuando osaban avanzar, hallando su muerte en una espada u otra. Veraz, podríamos haber escapado en esa formación, un testudo circular de escudos salvaguardándonos de cualquier peligro mientras avanzábamos hasta llegar a la superficie. Mas vital era cada segundo y si actuábamos así seríamos recibidos por camaradas muertos. ¿Y no era esa la intención de Valdur, retrasar nuestro avance mientras un ejército de Centauros e híbridos remachaban a los

supervivientes en la superficie?

Por tanto rompí filas, seguido de Laertes y tres de los hombres más valerosos del Arl, guerreros a los que quiero encomiar aquí y ahora, pues ellos dieron sus vidas para que Laertes y yo pudiésemos pasar a través de la pequeña multitud y derribar a cuantos podíamos por el camino.

No todas esas cosas híbridas que gritaban y ululaban fueron tras de nosotros, mas era una distracción suficiente para que el Arl y Patrick pudieran arremeter contra la muchedumbre temporalmente aturdida de bestias y acabar con la mayoría de éstas mientras Dannah, escoltada por lo que quedaba del escuadrón del Arl, corriera en una dirección opuesta a la que nosotros tomamos forzosamente.

Y sesgamos y cortamos y esquivamos y bloqueamos, lo mejor que pudimos, hombro a hombro, brazo con brazo, mi Laertes y yo. Las cavernas temblaron de nuevo y piedrecitas cayeron sobre nuestras cabezas mientras esquivábamos espadas invisibles con una habilidad inaudita en ambos.

Corrimos hacia arriba, a veces forzados a desviarnos a la izquierda, otras a la derecha y luego adelante otra vez. Era una oda a la bestialidad, sobre las pétreas paredes oíamos los gritos siguiéndonos de cerca. “¡Corre! ¡Por los dioses, corre!” Aullaba, jadeaba, tosía, mis pulmones pidiéndome aire en una carrera sufrida a la par que cortaba a diestro y siniestro detrás de mis espaldas.

Algo me golpeó el dorso. Era una roca menor, mas muy afilada. Fortuna quiso bendecir a quienquiera que me la hubiese tirado con una precisión que cortó la tierna carne de mi hombro, directo en aquella pequeña oquedad que había entre los renglones de mi cota de malla. Gemí e imprequé al maldito.

“¡Hijos de la gran puta, os voy a matar a todos!” Amenacé en el éxtasis del momento, mas sin atreverme a mirar atrás. Ni a errar en mi paso hacia la salvación.

## XI

La oscuridad finalmente cedió su dominio cruel sobre Laertes y yo. Luego la luz regresó a nuestro campo de visión.

Los nervios inquietaban y el humor era aciago. El sol nos cegó en cuanto lo vimos. No puedo asegurar qué hora era. No sé cuánto tiempo habíamos pasado allí abajo, quizá ya era mediodía, mas los cielos claros estaban ahogados por las negras humaredas de la batalla.

El clangor de espada sobre escudo inundó mis oídos con ráfagas que acompañaban sollozos de una agonía inmensa. Los bramidos de la lucha resonaban por doquier y entre las llamas se olía el aroma dulce y salado de la carne contrastando virulentamente con las heridas infectas de los guerreros más cercanos a la muerte. Discerní la ponzoña de los Tedesquianos moribundos del néctar negruzco de los hijos de Ivar.

El poder en mi fuero estaba empezando a manifestarse; cursaba veloz la sangre por mis venas y voces silbaban en mi cabeza. Dioses o espíritus de justicieros de antaño -yo no conocía la naturaleza de mis *Fatta*- estaban en mi psique, exhortándome a gritos que liberase su benigna furia, la cual me había elegido a mí como su receptáculo.

Por fin los destellos solares se disiparon de mi vista y mi cerebro comenzó a recuperar algo de compostura. Mi estómago estaba terriblemente revuelto. Deseaba vomitar.

Acto seguido maldije las lecciones de mis viejos maestros y la memoria poética de batallas pretéritas. Rememoré con pesadumbre libros que trataban las marchas ordenadas de dos ejércitos enemigos, acabando éstas en el encuentro violento de

héroes y heroínas, hombres y mujeres de encomiable valor que hallaban gloria con cada bloqueo y contraataque mortal. ¡Oh cuán equivocados estaban! La batalla y la guerra no eran para nada de esta índole.

Laertes estaba a mi vera, su armadura -como también la mía- tiznada con sangre. Nos estaban encimando. A todos nos encimaban. Me hallaba en un estado momentáneo de desconcentración, lo cual sería fatal si no lograba recomponer un mínimo de serenidad.

La primera cara familiar que reconocí estaba a unos pocos pasos de nuestra posición. Era Patrick. Estaba librando un Agón propio, apenas pudiendo defenderse de la media docena de rabiosos híbridos que iban directos a por su vida. Su escudo estaba partido por los muchos ataques recibidos vía espada, maza y hacha.

La gran hacha del Arl estaba batiéndose contra legiones enteras de enemigos a la entrada del desfiladero. El pasadizo rocoso estaba anegado en sangre y vísceras. Para mi horror casi toda era nuestra. Había sufrido un corte menor en el hombro mas tal cosa no podía detener a Lovren. Continuó luchando valerosamente.

No muy lejos de su padre combatía quien para mí era un mundo de amor. Y cuán brava ella. Siempre me había parecido una frágil y blanca paloma cuando yo estaba cerca. Pero ahora esa belleza gloriosa estaba haciéndose paso a través de las monstruosidades belicosas con extrema destreza. Cuán galante volaba el cabello de esa diosa mía cuando esquivaba sus golpes letales y contrataba con una habilidad innata, hallando los puntos flojos en su grueso cuero a cada ataque proferido. Era hija de su padre y, maldición, a pesar de los hados adversos, aumentaba aún más en mí el brillo del amor con el que ella me había contagiado.

Mas no había tiempo para seguir enamorándome de Dannah desde mi distancia condenatoria. “¡Soren, cuidado!” Bramó Laertes. Y raudo me agaché, esquivando la negra hoz que con certeza me habría rebanado la cabeza. Me rozó a escasos milímetros, sentí podados algunos pelos por el metal afilado.

Adraste cayó de mis dedos atemorizados. “¡Hostia!” Grité nervioso.

Sin embargo, la tranquilidad que me había enseñado el Maestro Gayo tras años de maniobras me dieron la suficiente claridad para caer de espaldas, usar mis codos como soporte sobre la fría y dura tierra y tirar al híbrido con una patada segadora. Éste cayó de espaldas, también cayéndosele el arma.

Adraste estaba fuera de mi alcance y Laertes luchaba contra una bestia enorme que portaba dos hachas. Me giré sobre mi costado y sin titubeos le aplasté la tráquea a mi enemigo con mi rodilla derecha. La presión que ejercí con mi ataque era tan grande que sentí cómo se rompía su tráquea como finas ramitas bajo mi peso y cómo gorjeaba mi contrincante vencido, quien sufriendamente traspasó el umbral de la muerte.

Mientras tanto, al ponerme en pie y con Adraste de nuevo en mi diestra, Laertes hundía su espada en corazón adverso. “Bien hecho, tronco” le congratulé. Mas antes de poder reunirme con mi amigo, mis sentidos trepidaron otra vez y las extrañas voces en mi ánimo me dijeron que me diera la vuelta.

Al hacerlo, Adraste -al parecer por inercia propia- se izó y detuvo las dos dagas en cruz dirigidas a mi garganta. Tan cerca de mí el aliento de otro híbrido que tragué su emponzoñada saliva. Me gritaba enrabiado, a un mero milímetro de mi cara. Era una criatura pequeña, no debía tener más de quince años. Mi fuerza era muy superior a la suya y lograba detener sus acometidas con una mano. Con mi zurda libre hundí un golpe tremendo en la boca de su estómago, desarmándolo y robándole el aliento. Mientras lo buscaba con jadeos profusos, le apuñalé el ojo izquierdo, penetrando mi filo en su cráneo y el cerebro debajo de su rostro deforme.

Antes de poder encaminarme hacia el Arl y Dannah, ya tenía sobre mí a más miembros de la vil progenie de Ivar. Maté a tres ipso facto mas seguían viniendo en oleadas. Repelía y contrataba, según los preceptos del estilo kratesiano, izquierda y derecha; mas lo que les faltaba en velocidad y técnica, compensaban sobradamente en demencia e ira incontrolada. Y eran muchos más. A tenor de los hombres

desparramados sobre la superficie, sus cuerpos brutalmente mutilados, ya contábamos menos de cien guerreros. Y los enemigos seguían viniendo.

Y en esas llegaron los Centauros.

Ahora el Arl estaba protegiendo a Dannah de los feroces ataques de la enferma progenie de su hermano. Hirió y mató a más de veinte en menos de un par de minutos; yo obré igual, a la vez que trataba de arrostrar a Laertes fuera de la trampa mortal que era el desfiladero y llevarlo a la salvedad del exterior abierto. Casi habíamos llegado. El Arl estaba allí. Tenía que llegar a Dannah. Ella estaba perdiendo terreno y fuelle. Yo estaba lo suficientemente cerca de ella para ver su bello pecho adolescente basquear agónicamente. Ella no podía morir. No lo permitiría. ¿Mas qué había de hacer?

Un rugido atronador nos alcanzó con la ávida rabia del escuadrón asesino que venía, helando mis huesos y el tuétano en ellos.

Le corté la cabeza a una bestia y me giré para ver, a una distancia cada vez más cercana, a una formación de más de treinta Centauros adultos. Sus sombras emitían una quejumbrosa onda de lamentos y el odio en sus almas podía olerse. Al frente estaba ese cretino de Valdur.

“Supongo que logró escaparse” murmuré sarcásticamente. No estaba sugiriendo nada, pero el Arl, quien no estaba tan lejos y se aproximaba a mí mientras se zafaba de algunos híbridos rezagados que trataban de cortarle los talones, me había escuchado.

“No es fácil cargarse a un Centauro cuando docenas de estos cabrones intentan arrancarte el coco. ¡Pues claro que se escapó!”

El Arl se dirigió rápidamente a los miembros restantes del grupo. Milagrosamente, muchos de los refugiados que se habían unido a nosotros el día anterior seguían con vida. Un núcleo de hombres valientes blandían espadas y escudos con toda la dignidad de su ser, protegiendo a los niños aterrorizados que se aferraban a

las faldas rasgadas de sus madres.

No me sorprendió que Dannah, aún en medio de esta catástrofe, caminara hacia ellos y tratara de calmar a los infantes aterrorizados. Mi corazón enternecido sintió una estima sincera que sin duda era mutua entre Dannah y yo.

*Oh paloma dame la fuerza que preciso para salvarlos. Para salvarte a ti, amor.* Esas eran las palabras que me vinieron a la cabeza y las que pronunciar no osé, puesto que casi de inmediato los equinos se abalanzaron sobre nosotros, seguidos de centenares de sus crueles sobrinos.

“¡Formad un perímetro!” dijo el Arl. “¡Proteged a las mujeres y niños!”

Ordené a Laertes a que ayudara a Dannah a llevarlos de vuelta al desfiladero y de allí a las profundidades -esa era su única esperanza.

Con velocidad forzada, un muro de lanceros hendió rodilla al suelo, levantando sus armas con cuantas fuerzas les quedaban. Ellos se encogían de pavor detrás de sus escudos dubitativos.

Tras un breve y agónico lapso, los monstruos equinos cargaron contra el muro, golpeándolo con tanta vehemencia que un pobre desgraciado, un joven que no debía tener más de veinte años, salió disparado varios metros por los aires y sufrió la ignominia de caer de cabeza, partiéndose el cuello al aterrizar. Justo delante de mí.... Sus ojos estaban abiertos, revelando aún lágrimas temerosas de una muerte segura.

Mas el muro de lanceros aguantó algo más.

Los Centauros gritaban, cortando sin piedad a los pobres hombres que esperaban allí a que la muerte los clamara mucho antes de su hora acordada. Los híbridos que quedaban en pie saltaron encima del muro, algunos fueron empalados mas la mayoría logró atravesar los resquicios en la formación; apuñalando, hiriendo y asesinando según avanzaban.

El Arl ordenó una célere retirada hacia el desfiladero, para usar los pequeños pasadizos como resguardo. Mas la oleada de hombres locos se partió en dos facciones



y en medio de éstas galoparon los rábidos Centauros. Relucían triunfantes, relinchaban con tonos estridentes, sus familiares ululaban gritos de guerra, animando así a sus violentos mayores.

Un desgraciado tuvo la mala fortuna de tropezarse durante la huida. Su cabeza fue machacada bajo los cascos homicidas de un Centauro, que se lamía los labios al machacar el cerebro del hombre hasta convertirlo en una papilla viscosa. Los otros estaban demasiado concentrados en atacar al Arl para detenerse y gozar de la matanza.

No íbamos a sobrevivir.

El Arl levantó su escudo y rugió. Decidió que lo mejor era correr hacia los Centauros. “Si hemos de morir, ¡moriremos siendo hombres libres! ¡Hijos de puta, escoria! ¡Disponéos a conocer la ira de un Arl!”

Los demás, que éramos ya apenas veinte, gritamos sonoramente y nos lanzamos a por nuestros enemigos. Estábamos prestos para perder la vida. No nos quedaba nada que perder, dado que todos nos encontraríamos al otro lado de la existencia.

Un cuerno sonó, azotando el suelo bajo nuestros pies. De súbito el enemigo se detuvo, como también nosotros. ¿Qué era eso? ¿Quién tañía las ominosas campanas de la guerra? ¿Era enemigo o aliado?

“¡Segismundo!” Exhaló Patrick, sin reservas en admitir su sincero alivio.

Detrás del ejército equino, un pequeño contingente hizo acto de presencia; de hombres rudos que apareció antes de que Patrick pudiera decir nada más. Entraron segando a los híbridos como si fueran briznas de hierba. Todos montaban a caballo, por ende nivelando la batalla contra los Centauros, quienes escupían imprecaciones

malintencionadas contra los advenedizos, ordenando a los híbridos a dividir sus fuerzas, otorgándonos con esto un momento de respiro para reorganizar nuestra formación.

Estaban muy cerca. Podía sentir la rabiosa frustración en los gruñidos barítonos del enemigo. Arl Lovren ordenó a Dannah a llevarse a los refugiados a las cavernas y esconderse en los vastos corredores y pasadizos allí abajo. Dannah asintió y por un instante nuestros ojos se encontraron. Mas sólo eso -un instante.

Y con ello mi existencia sembló que se partía por la mitad. Allí, en un vaho, estaban los hombres de Segismundo, no podía discernir bien a los otrora piratas y mercenarios que habían venido a salvarnos el pellejo. Todo cuanto copaba mis ideas eras tú, Dannah. Se te veía tan hermosa, tu piel bañada en sudor y barro te daba un aspecto salvajemente bello, oh cuánto habría dado por ver esa misma pasión entre el sedoso manto de nuestras nupcias. Un hombre puede soñar, ¿verdad?

Pero mis sueños me fueron arrebatados cuando Laertes me sacudió de mi estupor. Dannah se deshizo en la distancia junto a los heridos y los débiles. Todos manos a la obra, pues. Adraste estaba en mi mano y ahora ella era el objeto de mis obsesiones amorosas. Nos congregamos en torno al Arl y a instancias tuyas todo lo que podíamos hacer -y queríamos hacer- era cargar.

Y cargar fue la orden dada.

Ahora o nunca. Nuestra arremetida definitiva.

El Arl fue el primero en golpear. Se zambulló en el frente de la posición ofensiva de los Centauros y apresurada mas hábilmente derribó a dos de los lugartenientes que protegían al emisario del rey, Valdur. El primer Centauro perdió la vida bajo el peso apabullante del hacha belicosa del Arl, la cual cayó en diagonal sobre el hombro de la bestia, liberando del todo su brazo y arrancando el pulmón de la herida abierta de la criatura. Al caer éste también lo hizo el cerebro del otro Centauro, de la inmensa

hendidura en su frente. El desdichado ser gritó con una agonía indescifrable. Dos golpes casi simultáneos que los enviaron en mutua compañía al Más Allá.

Pero Valdur, de todos los Centauros allí presentes, era el más poderoso. Yo averiguaría, años en adelante, que pertenecía al concejo real de Porthos. Su hoz oxidada, que casi igualaba en poderío al arma del Arl, aplacó el impacto mortal de Lovren y llamaradas blancas y azules refulgieron con los aceros enfrentados.

Yo por mi parte tenía mucho miedo. Mas juré que la muerte me llevara antes que sufrir la afrenta de la cobardía. Cáusticamente obligué a mi ánimo a formar disposición ofensiva, rábido me mordí la lengua y dejé que el dolor y la sangre derrotaran los remilgos propios de un niño que estaba haciendo la labor de un hombre.

Vitoreé un “¡por Antroporion!” y gustoso permití que el fuego en mis entrañas me poseyera y afronté esta lid con el ánimo de ayudar al Arl en su lucha versus los Centauros, lo cual hice matando a una cantidad decente de híbridos, porque éstos osaron, en su estupidez, interponerse entre el Arl y yo.

Sin embargo el último logró desarmarme, mas perdiendo su espada también, tal era la fuerza con la que colisionaron nuestras hojas. No me lo pensé dos veces y le di un puñetazo en el estómago. Al inclinarse hacia adelante, su hálito robado por mi puño, lo agarré del cuello y busqué su nariz con mi rodilla. Crujió bajo el poder del golpe. Antes de que pudiera caer ya estaba junto a él, agarrando de nuevo su cuello, mas esta vez no quería infligir daño, sino muerte, por ende se lo rompí. En mi estado de ira yo era tan fuerte que la cabeza muerta girese ciento ochenta grados.

La batalla estaba muy lejos de llegar a su fin. Logré recuperar terreno con la intervención de Laertes. Él cubría mi espalda y yo la suya. Unidas éstas luchamos juntos versus híbridos y Centauros. Podíamos competir con los híbridos más débiles, mas las monstruosidades equinas eran demasiado para nuestras extremidades adolescentes. ¡Por los dioses que yo no era tan poderoso como el Arl! No todavía.

Uno de los Centauros más próximos a Valdur, con una retahíla de cinco

secuaces, fue directo a por Patrick y Lovren. Este movimiento le otorgó a Valdur la oportunidad de enfocar su atención hacia mí.

Las venas alrededor de su cuello y bíceps se henchían con ferocidad, pero lo que más me helaba era el ímpetu de sus cuartos traseros. Saltó por encima de los hombres del Arl, fácilmente expulsándolos de su existencia en este mundo con su hoz cortante. Esquivó sus continuos mandobles y luego los destripó sin piedad alguna.

“Laertes, ¡en retirada!” Le urgí. Pero Laertes ya no estaba a mi lado. Él también se había visto separado y estaba buscando refugio con el Arl y Patrick. Para mi horror se me estaba separando de ellos, a propósito. Esa era la cruel intención de Valdur.

“¡Príncipe!” Rugió, su voz era metálica y oxidada, como la tóxica hoz que empuñaba tan magistralmente y que ahora me apuntaba a mí.

Enarbolé a mi Adraste, la cual había recogido, y bloqueé su primer ataque mas el retroceso era demasiado para mí. Apenas pude mantener mi espada en mano. Sentí tal entumecimiento en mi hombro ahíto que sabía que no iba a sobrevivir a otra ronda de su violencia. Di pasos apresurados hacia atrás y me encomendé a la protección del desfiladero. El Arl y sus hombres, Segismundo y sus piratas, estaban igual de metidos en el arduo combate, luchaban bien mas los Centauros no eran menos feroces. La batalla se había igualado en número y brutalidad. Sólo un evento crucial, o lo que es lo mismo, una muerte importante, decantaría la balanza a un lado u otro.

Huí desfiladero adentro y Valdur, quien estaba ahora cacareando gozo, oliéndose una victoria segura con mi muerte, diome persecución.

Cual imbécil caí en cual fuera la trampa que me había reservado el destino. Me había quedado solo. Estaba perdido.

El desfiladero no sería grande y Valdur era enorme, ancho y robusto, mas no tanto como para serle impedido el paso lo más mínimo. Si algo, yo había cometido un error imperdonable no sólo contra mí mismo, sino contra mi amada Dannah. Si yo moría, con certeza que Valdur se adentraría a los túneles y la masacraría junto a todos

los inocentes a los que protegía.

“Vengaré a Helga” prometió Valdur con perversidad mientras galopaba hacia mí, brincando sin esfuerzo alguno las rocas que yo tenía que rodear o escalar. Yo corría con toda la velocidad de mi cuerpo pero él era demasiado rápido; me estaba alcanzando.

Mi mente estaba obnubilada por el pánico y apenas me sentía las piernas, salvo las agujas y los espasmos que asolaban mis pies ampollados. Pasé de rauda carrera a una irregular cojera; sentí que mi pierna diestra se paralizaba debido a la falta de potasio en mi cuerpo. Cojeaba tremendamente a través de un pequeño riachuelo de nívea agua, era fría y el dolor, helado en la suela de mis pies.

Me resbalé y caí. Podía sentir los cascos a unos pocos pasos de mí. Oí ese silencio que precede al golpe de gracia, cerré los ojos nerviosamente y meforcé a levantarme.

La curva hoja partió el agua en donde había estado yaciendo segundos ha, sesgando e hiriendo el charco fangoso. Me di la vuelta para encarar a Valdur, mi mano tan cansada que Adraste tiritaba en mis dedos. El hálito emanaba raudo de mis pulmones exhaustos, mi pecho se henchía con cada jadeo; tosía, vomitaba, mi cuerpo temblaba de terror.

Valdur, por el contrario, no parecía estar en nada cansado. Sonreía ampliamente, adivina la suya silenciosa, sin pronunciar verbo. Era hora de matar, propicia ocasión para la violencia más atroz. Su hoz curvó una línea oblicua hacia mi faz y con un instinto que apenas podía comprender, me incliné acrobáticamente hacia atrás. El filo incisivo de la hoz pasó con el roce de su fiera punta sesgándome la dermis del pecho. *Esta vez Soren señaló el horizonte de un rojo oscurecido que era la vieja herida que le había causado Valdur.*

Hice gestos de dolor al vomitar mi nueva herida copiosa sangre. Mi columna crujía y gemía, amenazando con partirse en esta dolorosa pose. Mis gemelos cedieron

a mi peso y caí de nuevo.

Valdur izó su arma. Esta vez no había duda, iba a darme fin.

De repente, algo volvió a llamarme.

Esta vez los susurros que despedazaban silenciosamente mi psique se manifestaron con claridad. Antiquísima lengua, una perdida de los anales de la Historia conocida, tomó mi ánimo, clamando por su liberación. Mi respiración se estabilizó. Los vientos mecieron mis mejillas y besaron mi cabello oscuro y alborotado con el candor de un enamorado; parpadeaban mis ojos con presura y una furia erosionó en mis venas.

Descendía la hoz. Pero el tiempo no estaba del todo cementado, cualesquiera que fuesen los planes del Destino para con mi ánimo desde el día en el que vine a este mundo enfermo estaban comenzando a desplegarse. La hoja venía a mi encuentro. Yo estaba preparado para recibirla.

La hoja se detuvo en seco. Pero no era mi amada Adraste la que la había parado, pues ella estaba fuera de mi alcance.

Sin embargo, ¡sí había sido Adraste! Había acudido a mi llamada de auxilio. ¿Mas cómo? Todo cuanto había sentido era una estática tremebunda en la punta de mis dedos. Lo único que recuerdo de ese preciso instante es mi intento desesperado de retomarla y defenderme, con la esperanza de que el Arl, Laertes o incluso Patrick vinieran a salvarme la vida. Mas ellos estaban demasiado lejos. Algo me había vuelto a hablar en mi cabeza cuando levitó la hoja y vino para repeler la acometida asesina de Valdur. Una presión sobre mi cráneo había comenzado a discurrir en una lengua lejos de mi entender. Mas una palabra discerní de entre el bable: *Fattos*.

¿Mágika? No, debía tratarse de alguna clase de engaño autoinducido. ¿Mas qué otra cosa podría explicar el poder que sentía cursando por mi cuerpo? Mis cuádriceps

se sentían con la fuerza del acero bajo los cimientos de mis gemelos, recompuestos éstos de un estrés mejor dejado para los mortales. Divinos se tornaron los músculos de mis brazos y pectorales. Estaba levantándome del suelo y nada podía hacer Valdur para detenerme. El filo de su propia hoz estaba peligrosamente cerca de su faz cicatrizada, la misma punta que aún saboreaba mi sangre estaba a cada milímetro más cercana a su ojo izquierdo. Pude ver cómo moqueaba su nariz y la espuma en los bordes de una boca repleta de colmillos amarillos y negros que chirriaban con dolor. Sus ojos sanguinolentos por un esfuerzo que exigía en demasía sus limitaciones físicas.

Con un leve giro de muñeca hice que perdiera su dominio sobre el arma y Adraste cercenó el hueso, la carne y el tendón de su mano diestra, que aún se aferraba inútilmente a la hoz, dejando para siempre su hogar.

Los aullidos de su agonía retumbaron contra los escarpados y la tierra empapada que ambos levantábamos con nuestro peso; tal el clamor que ni los demás Centauros pudieron ignorar los berridos de su comandante. Cascadas de sangre me empaparon por entero. Era enfermizo, el ver el muñón en carne viva, las arterias y ligamentos colgando, sueltos como también el hueso puntiagudo. De nuevo sentí arcadas, abrumado como estaba por semejante violencia.

Debí haberle dado muerte allí mismo pero yo era demasiado humano, las emociones y mi preocupación por quienes estaban en las cavernas -mi fabulosa Dannah sobre todo- me hicieron dudar. Eso explica que no pudiera esquivar el puño que chocó de repente contra mi mejilla. Me vi lanzado hacia atrás, golpeándome la nuca contra una roca. Mi cerebro rebotó contra mis paredes craneales y esta vez regurgité un torrente de copiosa sangre, bilis y saliva a la vez que me arañaba mi dermis amoratada y cortada, aumentando mi dolor. Aunque todavía era de día, vi danzando ante mí un manto estrellado.

Mi vestimenta y mi cota habían sido desgajadas y mi pecho, sangriento y

morado, quedaba expuesto. Mas Valdur se hallaba en demasiada agonía para darme otro golpe. La pérdida de sangre lo había palidecido, no sobreviviría a la lucha. Pero él quería asegurarse de que yo tampoco lo hiciera. Se apretaba lo que quedaba de su brazo diestro con su única mano. Se tambaleaba hacia los lados y él tampoco podía reprimir deyecciones sangrientas.

Ya se dejaban ver las finas líneas negras cursando por su tullido antebrazo, en dirección ascendente hacia su hombro y de allí partiendo hacia su destino último -su corazón. Gangrena. Mas había de matarme antes de morir él mismo. Trotó con dificultad hacia mí, apenas capaz de domeñar su equilibrio. Pero me encontró.

De nuevo me vi apresado contra el suelo debido a mi cansancio y terror. Y ese firmamento difuminado que era mi campo de visión se vio repentinamente nublado por la inmensa mitad equina de Valdur. Sus cuartos traseros estaban alzadas y sus poderosas patas delanteras apuntaban a mi cabeza. Un peso increíble que iba a colisionar contra mi cráneo. Sentí sudores profusos.

Mas éstos no eran gélidos. Ya no. Sentía un calor dentro de mí. Podía oler el humo manando de mis palmas y saborear las ascuas sobre mi lengua.

Entonces ocurrió algo. Las arenas del tiempo se detuvieron otra vez. Un instinto preternatural de supervivencia las tornó a mi favor. Mis manos eran llamas que mecían mis dedos y me rogaban que las lanzase versus mis enemigos. No me hacían daño. No había dolor. Sólo discursos de un habla apenas audible. Mas era una dicción alentadora.

¿Qué había ocurrido? ¿Y cómo? Al otear el fuego que nacía de mí -todo se hizo oscuridad a mi alrededor.

Cuando recuperé la consciencia -quizá sólo haya estado en letargo un



milisegundo, quizá toda una vida- Valdur retrocedía, estrellándose contra los muros, que nada podían hacer para salvar al hombre equino.

La carne se derretía directa de sus huesos, sangre burbujeante, pústulas negras y grasientas que estallaban violentamente. Su muñón derramaba fuego en lugar de hemoglobina. Las llamas pasaron del rojo a un azul vivo y en su cara no había piel, sólo un cráneo desnudo. Mas seguía éste gritando, aun y cuando sus cuerdas vocales habíanse vuelto cenizas.

Sólo quedaban los ojos en sus cuencas. Lo último que jamás vería Valdur era a mí. ¿Y qué estaría viendo? ¿Qué clase de persona copaba su vista para causarle semejante expresión de terror? Eso, infantes, es algo que tampoco sé decir.

Y al morir las llamas también lo hizo el cuerpo abrasado de Valdur, que cayó fulminado a la tierra calcificada. Y así fue como supe que la batalla había acabado. El Arl y sus hombres seguían en el fragor de la lucha, mas con la muerte de Valdur el desorden comenzó a hacerse entre sus guerreros.

Escuché a alguien detrás de mí, resollaba con vasta incredulidad. Yo aún seguía poseído por otra cosa. Mis manos seguían radiantes y en ellas sentía el poder, incandescente pero virtuoso. Disminuía paulatinamente, mas aún poseía suficiente para atraer telequinéticamente a Adraste a mi mano.

En cuanto me di la vuelta el borde de mi hoja estaba frente al frágil cuello de Herman. Me detuve justo antes de darle tajo. Era Herman. Mas también era un traidor. Pero no era capaz de hacerlo. No podía matarlo.

Éste rindió su espada al suelo. “Cedo” sollozó.

Pero mi brazo no se movió ni un ápice. Estaba temblando ligeramente, mi espada rozó el borde del mentón de Herman, acariciando la piel, ansiando cortarla y beber del néctar que fluía debajo. Pero mi mente me urgía que fuese piadoso. Sí, lo creáis o no, hubo un tiempo en el que me alzaba como un hombre bueno.

Eso es algo que debo creer.

“Ruegos, Soren, no me mates” suplicó Herman.

“¿Y por qué no habría de hacerlo? Nos traicionaste. Ah, perro, nos condujiste al matadero”.

“Soren, por favor” lloró Herman en respuesta. “Debes saber que nuestra causa es recta. ¡Debes!”

“No soy un historiador, capullo, sólo un hombre al que han lanzado a la boca del lobo por tu culpa. Me pides que te perdone la vida, ¿por qué? ¿Y los hombres y mujeres que han muerto hoy? ¿Qué clase de piedad les mostraste a ellos?”

“¡Un error!” Gimoteó el bellaco tedescuiano. “Un simple malentendido. Yo no quería ver morir a mis amigos, a mi familia. Pero el Arl, él es un criminal, no tiene menos culpa por lo que ocurrido hoy. Él es un villano, hay que acabar con él, por el bien de todos. No queremos problemas con Krates, no somos enemigos de Antroporiom. Sólo queremos ser libres.”

“¿Libres?” Grité. “¿Para qué? ¿Para convertirlos en una nación independiente de vuestro reino soberano?”

“¡No!” Respondió Herman a la defensiva. “No reclamamos mayor territorio que el de Arlstad, esto te lo juro por el gran Sustarios. Somos discípulos de Ivar tanto como acólitos de Porthos. Pero creemos fielmente en la unidad de nuestro reino”.

Herman pausó para aclararse su garganta sedienta. Podía sentir las raudas pulsaciones de su cuello repicando sobre la hoja de Adraste. ¿O era yo quien temblaba? Quizá ambos lo hacíamos.

Herman prosiguió. “Queremos ser tus vasallos, Soren”.

“¿De verdad piensas que el Rey aceptaría tal vasallaje? Deberías haberte atendido a que, aun si hubieseis matado a Arl Lovren, la furia y el poder de todo Antroporiom caería sobre vosotros, y por fuertes que sean tus Centauros, carecéis de la organización debida para hacerle frente al Estado.”

Veraz mi aserción, no eran más que salvajes y brutos.

Un agudo pesar me conquistó por un instante, ¿no me había dicho mi padre algo similar hace no mucho? Nada más que un bruto, un secuaz que sólo sabría recibir órdenes -jamás darlas.

Relajé el puño, dando descanso a mi espada, mas seguía atento y presto a atacar si fuera menester. Pero Herman, quien lentamente bajó los brazos, no me dio motivo a ello. De reojo miré hacia el campo de batalla; los Centauros estaban perdiendo terreno, demasiado ocupados en defenderse de los jinetes, incapaces de salvar a sus hijos de sus avances. El Arl estaba gritando órdenes. Laertes y Patrick corrían hacia mí.

La batalla había acabado. Los Centauros estaban llamando a la retirada.

Herman dio tímidos pasos hacia atrás, atisbos de una sonrisa indicaban que estaba agradecido por no morir ese día. Por inexplicable que pueda ser, me daba pena el muchacho. Estaba claro que el joven traidor iba a sobrevivir a su encuentro conmigo, aunque ojalá no hubiese sido así. Eso le habría ahorrado la humillación que habría de sufrir por mi culpa en años venideros.

“Sé muy bien que ni tu hermano ni tu padre aceptarían nuestra causa. Pero no es a ellos a quien juraríamos vasallaje.

No, no me refería a ellos. Me refería a vos, mi señor”.

Hallábame conmocionado. Herman seguía dando pasos dudosos hacia atrás. Pero el filo de Adraste ya no estaba apuntando hacia él, mi postura un tanto más calma. “N.. No entiendo” dije.

“Pronto lo harás. Te lo prometo, Soren. Créeme, que cuanto te dije anoche era cierto. Ruego que me creáis.” ¿Pero cómo podía?

Igno buscaba su ocaso y la noche acaecía, mas sobre mi psique ya había posado la sombra de la duda. Cuando Herman me sugirió la posibilidad de que yo pudiese ser el Rey algún día -una entelequia a mi parecer- sentí algo. Una especie de deseo.

Intenté llamar a Herman y pedirle que fuera más específico. Pero para cuando estaba emergiendo de mis ensoñaciones y deseos implícitos, ya estaba corriendo más allá de mi campo de visión.

Cuando el Arl, Laertes y Patrick arribaron en mi ayuda, estaban tan atónitos como lo había estado Herman. Los restos derretidos de Valdur, el otrora temible lugarteniente de Porthos, aún echaban humo. Mis palmas me picaban y yo soplaba sobre ellas para aliviar la quemazón que ahora sólo era una mera sensación. Mis manos estaban sucias y sufrían cortes menores por mis caídas y los tropiezos habían de endurecerlas aún más de lo que ya estaban. Pero no había rastro de dermis calcinada.

El Arl se me acercó, me atrevería a decir con cautela. Yo, empero, no podía evitar mirar hacia el acceso al minúsculo valle, en donde muchos hombres y mujeres arrejuntaban a sus muertos; hubo una chica que me llamó especialmente la atención, un ánima dulce que sollozaba abiertamente su tristeza por los fenecidos mientras ayudaba a los refugiados a recomponerse; se les veía a todos muy traumatizados y razón no les faltaba, pues yo me hallaba igual. Mi mente era una nebulosa que coexistía con este escenario de sangre y materia vital esparcida sobre la agreste tierra de Garmenia Ultra. Mi ánima también estaba en ese lugar, mas no este tiempo presente; en lugar del ahora mi psique regresó a ese instante. El de mis venas enardecidas y las voces misteriosas -mas pacíficas y tiernas- que me supieron decir qué hacer y cuándo hacerlo. Detrás de mis párpados cerrados visualizaba cómo Valdur estalló en llamas y murió en un lugar que debió haber sido mi tumba.

Mas no, no era mi día para pagarle peaje al barquero, sino el de Valdur. Muchas muertes seguras habría de afrontar en el futuro, para ser salvado en cada ocasión por un poder que no me atrevía a mentar; uno que sólo había escuchado en historias más propias de la mitología que de lo factual e histórico.

Alguien me estaba sacudiendo. Podía sentir manos firmes pero amistosas desde la lontananza de mi espacio propio, mi nombre llamado a constancia. "Soren" batía en repetición; era una voz preciosa. ¿Dannah quizá? Imposible, el timbre era en exceso varonil y uno que no había sido a mis cócleas privado.

Quien me llamaba era Laertes, mis pupilas se retrajeron de su estado dilatado. Parpadeé y me torné uno con la realidad. Junto a mi amigo estaban el Arl y Patrick, quien me miraba con ánimo estudioso. Estaba tan fuera de mí que no rechisté cuando me posó una mano sobre la frente, buscando hallar una fiebre que no existía. Esto también me extrañó a mí, puesto que mi faz se había sentido en llamas. Pero ese destello no había sido fiebre alguna. ¿Luego qué había sido?

"¿Qué acaba de pasar?" Le inquirí al Arl, mi confidente en ese momento raro; esperaba que él pudiera despejar mis dudas.

Pero el Arl sólo dijo "gracioso que lo digas, eso mismo iba a preguntarte".

Esta vez intervino Laertes. "Mi Arl, digo Lovren, señor, ¿podría tratarse de....? ¿Será.... Será mági.....?"

El Arl cortó a mi amigo in media re. "No" dijo, mas en verdad no formulaba negación sino una condicional que no deseaba saber del todo. "Ya hemos sufrido suficientes quebraderos de cabeza por hoy.

Tristemente no podemos llevarnos los cuerpos con nosotros, por tanto ocupémonos en darles a nuestros hombres y mujeres, progenie de Arlstad, un funeral digno. Con Segismundo guardándonos las espaldas, podremos levantar campamento a unos pocos kilómetros al este, cuanto más cerca de las costas más seguros estaremos; y mañana nos largamos de este sitio. ¿Qué os parece?"

A mí -nada. Mi visión caía a la superficie, la cual se acercaba a gran velocidad. Me desmayaba -me caía. Mas antes de darme de cara contra la roca sólida y sufrir más heridas, el Arl me acogió en sus brazos paternos. Y en su abrazo cedí a la

inconsciencia. Y me quedaría dormido hasta llegada el alba, cuando me despertaría Laertes y la llamada del Arl. Sin duda me sentaría mal perderme los últimos ritos en homenaje a las bravas ánimas caídas ese días mas al despertar lo que seguiría carcomiéndome es ese ese extraño poder que había liberado. Ese *Fattos* que aún no lograba concebir.

## XII

**M**e desperté recibido por el amanecer y las afectuosas sonrisas del Arl y Laertes. Lovren no tuvo problemas en ayudarme a levantarme, deshaciendo la pila de pieles en las que estaba envuelto. “Buenos días, princesa” canturreó el Arl inocentemente. Admiré la sinceridad de su dicha, me aliviaba el ánimo.

En ese preciso instante, ese breve despertar -a un nuevo día, alabados los dioses- me sentía feliz por estar vivo. Tan sencillo como eso, lo cual, por otro lado, ya era decir mucho -pues semejante dicha rara vez copaba mi corazón.

Luego Herman y Helga probaron ser los traidores a Arlstad. ¿Quién lo habría pensado? Mis sospechas habían apuntado a Patrick, ergo mi juicio se había desviado. Me había cegado mi propia estupidez.

Pero, ¿y Herman? Había sonado tan sincero. Realmente llegué a creerme su gentil verbo -su fe en mí. Mentiras, por supuesto.

Hallábame colmado por la depresión, me sentía como un trozo de materia dañada que oteaba vagamente a un horizonte a mi juicio incierto y quebradizo. Mi yegua iba a un lento trote, cabizbaja, como yo, su jinete, mohíno sobre su suave lomo. Me había alejado voluntariamente de la vanguardia de nuestro disminuido tropel.

En plata, me era imposible mirar a Dannah. Cierto, fui yo quien la hubo liberado de Valdur, ¿mas a qué fin había arriesgado mi vida para salvar la suya? Aún no podía soportar estar cerca de ella. Había tratado de hallar consuelo en ese segundo fraccionado en el cual la había tenido entre mis brazos, mas nada había durado, ya que también había intentado salvar a Helga.

Y esa era otra cuestión aparte. Había visto la chispa final en sus óculos; había sentido su deseo de venganza, aun cuando yo era su última esperanza de salvación. ¿Por qué era yo quien había de sufrir la violencia y el odio mas aun con toda la aparente piedad de mis actos nunca se me amaba? Todos esos pensamientos y muchos más me atormentaban bajo el azote de las heladas ráfagas de las ventiscas del frío otoñal.

A Laertes no se le veía por ningún lado. Esto se debía a que lo había enviado a atender a los heridos. No tenía dudas de que lo haría. Como también lo haría Dannah. Y entonces mi mejor amigo y el gran amor de mi vida compartirían verbo y gestos misceláneos. ¡Oh cuánto envidiaba a Laertes por ello! Incierto, cuánto envidiaba a todos a mi alrededor y en Teutoburgo, al menos éstos recibirían una palabra o dos -y una sonrisa.

¡Oh Dannah! ¿Por qué no me dabas al menos eso?

Aun con todo, por mis esfuerzos ella podía sonreír un día más y de algún modo hallé pretexto para congraciarme con eso. En fin, no hablemos más de mis estúpidos sentimientos. Ya si eso más adelante.

Hallábame tan soterrado en mi propia natura taciturna que no pude ver el brioso

corcel blanco trotando al lado de mi yegua inferior. Ésta relinchó tímidamente, jocunda ella al ver a su superior acompañándola, retomando con ello algo de la tranquilidad que había perdido durante el pesado trayecto. Regocijo menor que ella hubiese sobrevivido a la matanza.

Yo estaba completamente alicaído. Mi primera batalla real, en la cual había logrado matar a todo un Centauro, y aun así me sentía derrotado. Helga había sido la mejor amiga de Dannah, se había criado en las mismas salas en las que ahora me hospedaba. No podía haber sido tan maléfica de niña, ¿o sí?

Y Herman. Los gemelos se habían adherido a la causa de los Teutonianos corruptos; pues eso es lo que eran. Una entidad que sangra un negruzco bermellón y muestra emociones así de corruptas no podía ser algo benigno.

¿Ergo dónde paraba yo en todo esto? El recuerdo de Valdur atacándome, arrancándome la carne del pecho, el cual aún dolía horrores, seguía persiguiéndome. Y tras eso había sentido un terrible dolor en el estómago primero, después el tintineo en mi cabeza; no al modo de las campanas en las iglesias que tanto disfrutaban los dioses, no había solemnidad, sólo un agudo grito de agonía. Y con ésta mis manos prendieron. Y entonces el Centauro se convirtió en un rescoldo fumante de carne y grasa.

“Buena pelea, chavalín” dijo el Arl, encomiándome. “Bello truco el que tenías escondido bajo la manga. Podías habernos dicho que guardabas tal as.”

Mas él era consciente de que yo ignoraba poseer tamaño poder. Igualmente, lo que buscaba era calmar la tensión, uno de sus muchos dones que tanto admiraba. “Quizá debas dejar de comer picante, no vayas a pedorrear llamas.” El Arl rio con ese mismo intento.

Intenté sonreír pero mi humor distaba mucho de eso. “¿No te preocupa esto, Lovren?”

“Meh, primero debemos analizar la situación con calma, en cuanto llegemos a



paradero seguro”.

“¿Puede ser de verdad...?”

El Arl continuó por mí. “..... ¿Mágika?” Inquirió, sin bromas en su timbre. “¿Quién sabe? Pero un humano no puede invocar esa mierda. No te sé decir..... Pero me sé de alguien que sí”.

“¿Quién?”

“Venga ya, Soren, mira a tu alrededor”.

Así hice. Toda la caravana de hombres y mujeres golpeados y rotos estaba detrás nuestra. Estaban tullidos, muchos habían perdido extremidades; una pobre anciana caminaba con honor, cargaba su escudo y el emblema de Arlstad, mas un trapo cubría lo que era el vacío recuerdo de su ojo. Allí atrás habían sido quemados los muertos -y sus nombres grabados para sus familias. No podíamos permitirnos llevarlos de vuelta a casa, nuestras fuerzas ya habían menguado casi del todo.

“Mira a tu alrededor” dijo otra vez, con un tono más exigente. “¿Qué ves?”

Lo que vi era mucha culpa y compunción, esencialmente manando de mí cuales vapores a través de poros exhaustos. Vale, había salvado a Dannah, probablemente a más ánimas si consideramos que las tornas de la lucha hubieron de cambiar con la muerte de Valdur, mas no los había salvado a todos. La desesperación y la frustración apocó mi faz a un fruncir desarrapado. Realmente estimaba a esa gente en aquel entonces y habría dado cualquier cosa, mi vida si fuera menester, para protegerlos.

“¿No es esto lo más importante ahora?” Claro que tenía razón.

“Sí, lamentos”. Sufría amargos hálitos en mi fuero, miré hacia atrás a los heridos, a los agotados, rotos dentro y fuera, y por ellos me sentía tan mal.

¿Cuántos amigos y familiares habían perdido durante la carnicería? Todo mientras mi padre se sentaba en su trono, sin hacer nada -o peor, en el camerino de Proteo. Pero la ausencia de mi padre era lo de menos, tenía que dejar de pensar en él y su inhabilidad para advertir el peligro cuando éste se presentaba. No, al Rey no se le

podía culpar por esto, al fin y al cabo había sido una emboscada. Necesitaba hallar la manera de volverme lo suficientemente fuerte para proteger a la gente que me importaba.

Pero por ahora iba a cambiar de tema, dirigiéndome a uno que había estado royendo mi ánimo por algún tiempo.

“Hace tiempo que lo sé, Lovren”.

“¿Qué sabes?”

“Herman me habló de Ivar. Y ahora este secreto queda desvelado”.

Una sombra oscureció el rostro del Arl, como si el espectro del propio Ivar hubiese retornado del Infierno. Pero tenía que rendirse ante la evidencia, no había escapatoria, ya no podía obviar lo que yo exigía saber.

“Tanto la Arl Emérita como yo teníamos nuestras razones para ocultarte esto”.

“Debiste habérmelo dicho. Las cosas que me dijo Herman...”

“¿Y qué te dijo exactamente, si se puede saber?”

“Me dijo que envidiabas a Ivar, que lo odiabas. Que habías tramado derrocarlo con mi padre.”

“¿Y qué crees tú, Soren?”

“No sé qué creer, sólo que Inga y tú me habéis mentido.”

“Entonces supongo que tendrás que esperar y comprobarlo por tu cuenta. Puede que sea un bastardo y un cabrón, puede que esa sea la verdad, pero Soren, permíteme preguntarte algo. ¿Te pareció que esas criaturas, que clamaban ser hijos e hijas de mi hermano, por ende mis sobrinos, eran criaturas justas? ¿Acaso parecían normales?”

“Ya sabes la respuesta, Lovren”.

“Y tú también. Además, ¿puedes realmente fiarte de Herman y Helga, después de lo que han hecho? ¿Después de lo que les has visto hacer?”

Sus palabras eran veraces, pero lo que de verdad me hacía creerle no eran éstas; más bien el pesar reflejado en sus facciones envejecidas al evocar a Helga, y

cómo recordamos, juntos, el momento de su caída. Sospecho que ese había de ser su precipicio en perpetuidad.

Creo que esos fueron sus sentimientos, pues su reacción fue dura. “He fracasado; maldita sea, Helga, Herman, ¿cómo habéis podido hacer esto? ¡Le prometí a Wulfric que os traería a casa sanos y salvos! ¡Joder!”

“Arl...” Intenté decir.

“¡JODER!” Exclamó, a nadie salvo a mí parecía importarle; no era el único imprecando a los dioses ese día.

Me recompuse, al menos cuanto me permitía el ánimo, y calmé al Arl con alado verbo. “No te culpes” le pedí. “Si algo he sido yo quien la ha cagado, debí haberla salvado”.

“No” suspiró Arl Lovren. “No te martirices, chavalín, no fuiste tú quien la corrompió. Lo que realmente me mata es que Helga y Herman son los culpables y únicos responsables por sus actos. Nadie les puso una espada al cuello, nadie los obligó a unirse a los Centauros.

¿Pero por qué? ¿Por qué no vinieron a mí a expresarme sus dudas? ¡Astarios! Yo los adoraba”.

“¿Y Herman?” Le pregunté; a diferencia de su hermana él sí logró escapar.

“Seguramente estará a leguas de aquí, navegando hacia oscuras tierras al este, esa sería mi opción. No tenemos los barcos para llegar hasta allí, ni siquiera Segismundo se atreve a navegar mares inexplorados.”

Sonreí con la mención de Segismundo, a quien no había tenido la oportunidad de conocer. Lo acabaría conociendo tras mi regreso de Faeryaïe, en meses futuros. Sería en Thera y allí le daría las gracias por salvar nuestros traseros, dado que había llegado justo a tiempo.

Pero había otra pregunta que tenía que hacerle al Arl. “¿Entonces cómo llegaron los Centauros hasta aquí?” Era una cuestión pertinente, mas una que el Arl

desconocía.

“Sólo eran un puñado, aunque posean el arte, no tienen el ímpetu para venir en grandes números.” Una respuesta a todas luces insatisfactoria, de hecho no esclarecía nada. A mí esos Centauros me parecían muy fuertes.

Mas el Arl había vencido a muchos. Cuán magno luchador, estaba convencido de que averiguaría cómo acabar con los Centauros de una vez por todas. Pero esos asuntos concernían al Arl, no a mí, a quien otro periplo aguardaba, aun si todavía no era consciente de ello.

El Arl partió el silencio casi de súbito, regresando a un tópico anterior. “Nunca lo oí, ¿sabes? A Ivar me refiero.” Retornó un breve momento de quietud, de reflexión, para que pudiera retomar memorias anquilosadas de su psique guerrera. Habló pues el Arl.

“Mi hermano Ivar era cinco años mi senior y, como tú, yo era el segundo -en todo. El ojito derecho de madre. ¿Crees que no sé cómo te sientes, Soren?”

Inesperada noticia. No me podía imaginar a Arl Lovren siendo otra cosa que el claro favorito, considerando cuánto amor profesaba Inga a su hijo. Mas no era mi momento para hablar, sino el del Arl, quien estaba ordenando todo recuerdo de experiencias pasadas, fértiles éstas en memorias claras y oscuras. Frunció el ceño, al parecer había hallado la memoria perdida en su subconsciente, y ahora ésta fundía ascuas en su corazón. De todos modos convirtió idea en verbo.

“Desde mis primeros años de vida hasta el día en el que libramos duelo a muerte, veraz, mi relación con Ivar siempre había sido tensa. Él era un ideólogo vanguardista y sabio por encima de sus años. No, él no era un simplón como yo.”

“Oh, venga ya, Arl” mascullé. “No eres un simplón. Dudo que un simplón habría podido liderar a estos hombres como tú lo hiciste versus los Centauros”.

Languideció una sonrisa en la esquina de los labios del Arl. “Gracias” dijo con sincera emoción.

“Pero yo no lo envidiaba. No lo pienses ni por un segundo, chavalín; te diré el porqué.

Ivar siempre ocultó oscuros secretos en esa brillante mente suya. La usó para sobresalir en el cálculo y la literatura, para sacarle los colores incluso a los mejores maestros de su tiempo. Y cuando se trataba de las prácticas con espada, arco y hacha, hasta a mí me superaba con creces.

¿Sabías que esta hacha de guerra era suya?”

“No me lo creo. Si había tanta mala sangre entre vosotros, ¿por qué quedártela?”

“Como recordatorio, supongo”.

“¿De qué?” Inquirí, cautivado a la par que apenado por el Arl, quien profería un arrepentimiento y una gran quejumbre, bordados cual emblema sobre su ceño fruncido. Las heridas causadas por su hermano mayor arraigaban con mayor profundidad que las del metal de cualquier enemigo. Y el alma siempre tarda más en sanar que la carne.

“En fin -prosiguió el Arl- era todo un superdotado. Para cuando alcanzó la pubertad, sus notas eran las de un académico de Vianna o Atthinia, quizá tan excelsas como las del buen Juliano; y además su cuerpo era más alto, más regio y más poderoso que el mío.

Sí, en aquella época yo era un espectro. Supongo que en ese aspecto podrías simpatizar con este viejo perro. Madre, la pobre me estimaba mucho pero hasta un necio ignorante como yo podía ver que ella tenía que favorecer a Ivar, por fuerza y deseo; no se lo tengo en cuenta, a fin de cuentas Ivar iba a ser el Arl.

Pero uno a más bastante pérfido habría sido. A petición de padre, se me permitía asistir cuando mi madre convocaba a los caudillos, pero apenas se me permitía hablar. Por contra, a Ivar se le animaba a hacerlo. Éste disponía estrategias con Segismundo que eran perfectas, si obviamos la ocasional incursión de bandidos y ladrones.

¡Ja! Gracias a Ivar nuestras prisiones estaban abarrotadas y nuestras morgues,

vacías.

Sin embargo, Ivar tenía otros planes para Arlstad. Creo que madre nunca lo quiso ver, o al menos reconocer lo que yo sabía -y padre también.

Me viene preclara la memoria de un frío y apagado consejo invernal. Las piras ardían, los ánimos menguaban. Sólo un típico invierno en Arlstad. Fue entonces cuando Ivar, aprovechándose de nuestra zozobra, decidió dar su primer paso. ¿Y qué fue lo que dijo allí? -Detuvo su lengua, pensando seriamente si decir lo que en su mente pululaba-

¡Mierda! Mentó traición, lo que había querido desde el principio. Se puso a hablar en nuestra lengua tedesquiana, y lo que dijo fue pura basura. Papá lo vio, yo lo vi. Si los miembros del consejo, que eran sólo unos pocos pero de la más alta alcurnia, lo oyeron y lo vieron en su faz, su boca tiritando, su rodilla temblando, no sabría decírtelo.

Ya no podía esconderlo por más tiempo. Habló sobre nuestro derecho a la independencia, esa noción e ideología que ha estado jodiendo a esta nación desde que esos gnomos enfermos fueron paridos a pedos del trasero peludo de sus putas madres.

Habló de una era dorada para los hijos de Garmenia, lejos de la tiranía de Ludovico y de los demás heraldos de Krates. Claro que la mayoría de los asistentes, madre incluida, culparon al vino y le aconsejaron a Ivar a que se fuera a dormir la mona.

Pero se despertaría con algo más que una resaca. Una vez abierto ese arcón agrietado, el fervor de ese cerdo expulsó malos vahos al cielo.

Y no mejoró cuando tu viejo pasó por aquí, mi amigo Ingstad. Ah, hemos pasado demasiado tiempo sin vernos....

Sabes, tras ese primer desvarío pensé que no oiríamos más al respecto. Pero la obsesión de mi hermano siguió en aumento y sí, lo admito, cuando conocí a tu padre y vi lo bondadoso que era y el destino que tenía por delante, y cuando reconocí la creciente hostilidad entre él y mi hermano, determiné que algo había que hacer; el

cabrón iba a ser Arl algún día, y lo último que necesitábamos era una guerra civil. El reino no la habría sobrevivido, y bien sabes por qué”.

Yo, un tanto versado en el arte de la guerra y el asesinato, respondí con acierto, mediante la sencilla evocación de un nombre. “Egberto Jones”.

“Exacto” dijo el Arl. “Egberto y sus secuaces nos habrían hecho papilla si Ivar hubiese decidido atacar desde las fronteras sureñas. Y bien podría haber ocurrido semejante tragedia.”

“Claro” aseveré, profesando mente más ínclita a cada día. “Porque Ivar tenía seguidores.”

“Sí. Nunca supe quiénes eran, pero sé que alguien, al menos una ánima atroz, se tragó su verborrea intolerante. Y también tenía tirón con el pueblo llano. Usó su estatus como el querido hijo de Inga para ganarse los corazones de necios e imbéciles analfabetos que no conocían más allá de su propia ignorancia.

Así que finalmente acaparó para sí un círculo de influencia, pequeño y radical. A lo mejor hasta había considerado la opción de derrocar a madre, una posibilidad que siempre pensé demasiado real, si nos atenemos a que mi madre quería a su pueblo, a su tierra y a su nación, Antroporion. Ella no habría aceptado las pretensiones de Ivar y, de ser necesario, se habría enfrentado a su hijo. Pero pensar en ello me mata, porque eso le habría roto el corazón. Y el de papá. Y el mío.

Pero esa furcia Fortuna quiso que fuese yo quien acabara por hundir hierro en sus tripas.”

“Luego sí diste fin a tu hermano.”

El Arl respondiome con salvaje, mas sin malas intenciones contra mi ánimo. “¡No!” Bramó el guerrero de un dorado alborotado sobre sus poderosos hombros, marcado por hebras de una gris madurez que le acaecía cercana. Pero incluso en su crepúsculo, el hombre no era menos respetable.

“No soy un asesino, chico. Actué en defensa propia ese día y lo juro por el

nombre de mi madre. Si no me crees, ve y pregúntale a tu papaíto y él te aclarará todo.”

“Te creo”. Dije yo con timbre compungido, cursando mis ojos con gestos de arrepentimiento por enojar -accidentalmente- al Arl, quien -como acabo de decir- no estaba furioso, sólo abatido.

“Por favor, perdóname” dijo él, no yo. “Por el tono. Sé que estás confundido; joder, yo también lo estaría -y a más triste. Pero ruego me creas, no soy un mentiroso. Mi palabra es mi más sacra rúbrica, mucho más que las mentiras pintarrajeadas sobre un papiro mohoso.

Deja que te cuente, Soren, lo que realmente ocurrió ese día.

Ya llevaba algún tiempo avisando a mi madre sobre las intenciones sediciosas de Ivar; y ella me escuchaba, pero el corazón de una madre no puede ver ni oír la maldad de un hijo. Pero yo sí la veía y Ivar estaba al tanto de mi oposición. Por ende resolvió que mi muerte sería *lo mejor para Arlstad*. ¿Y qué mejor momento para el asesinato que la visita de un príncipe? Así podría matar a dos importantes enemigos políticos de un solo mandoble.

No es coincidencia que Valdur eligiera Garmenia Ultra como mi posible tumba, ya que está cerca del lugar en el que Ivar y yo nos batimos a muerte. A unos kilómetros al sur de allí, cerca de las Comunas; allí estuvimos tu padre y yo, cazando en los alrededores de la Acrimonia del Arl, un pequeño escarpado verde, repleto de codorniz y pavo real; pavos y faisanes también.

Aún soy capaz de verlo, mientras hablamos. Todavía puedo oler la fresca otoñal, muy como ésta, lógicamente excluyendo la peste a muerte y desesperación. Estábamos en el vértice geodésico, charlando sobre chicas y otras cosas de las que suelen hablar los muchachos en su juventud, apoyados contra el pilar erigido sobre él; se trata de un marcador, verás, éste indica que estás exactamente en la cima. Al lado de él hay un buzón chiquitín, lleno de papiros escritos por bravos montañeros,



recuerdos de chicos y chicas que han escalado hasta la cima; en éstos hay escritas toda clase de anotaciones como “Olga estuvo aquí” o “larga vida a Marcus” y, especialmente, “Ingstad y Lovren, amigos para siempre” escrito en nuestra propia sangre. Las memorias.....

-Los ojos de Lovren vagaban al pasado, una sonrisa superó su faz endurecida, una lágrima escapando su ojo diestro, travesando su mejilla, penitencia ésta, la de un hermano menor que no pudo eludir un destino cruel. Fratricidio imperativo-

Estábamos papeando muslo curado de cordero que habíamos robado de las cocinas, pensando en nuestro futuro. Tu viejo, estaba tan enamorado con ese primor de chica, ya sabes a quién me refiero....”

“Lo sé” murmuré solemnemente, pensando en esa mujer a la que tanto extrañaba y que ahora más que nunca necesitaba para taimar mi ánimo feroz.

“Yo mismo había empezado a cortejar a Lavinia; los dos conocíamos el amor verdadero, lo cual fortalecía nuestro vínculo de amistad. Pero ese momento mágico, esa camaradería, joder, éramos hermanos..... Había durado minutos, porque de súbito nos interrumpió la violencia.

Un grupo de cinco bravos Tedesquianos ahuyentaron a las aves y a las ardillas de los árboles. Una premonición era, al menos desde mi perspectiva. Cuando mis ojos discernieron a los avezados guerreros, en mil cicatrices curtidos, surgiendo de la maleza y hacia la cima, mientras nosotros escupíamos nuestro almuerzo frugal, al fin comprendí la verdadera naturaleza de mi hermano.

Enrabetado, salivando como un agreste sabueso; se había convertido en fibra y hueso, la comida escasamente una memoria para un hombre cuyo único sustento era el odio, pero aún poseía fuerza de sobra para izar el hacha que hoy blando. Mas lo hacía como la peor clase de asesino..... Pero sus ojos enrojecidos, eso era lo que más me aterraba. Sí, como ya te he dicho, entre mi hermano y yo no había rastro de amor, pero aun con eso en cuenta, no podía creerme que iría hasta el extremo de asesinar a

su hermano y al heredero del trono de nuestra sacra patria.”

El Arl cesó su oración y transpiró de él un sollozo que semblaba antinatural de regia garganta como la suya. Se acarició las sienes, se le escuchaba muy cansado. Nuestros corceles rebufaban aspavientos, expulsando frío vaho de sus hocicos.

“¿Qué ocurrió después?” Pregunté, con la urgencia inculcada en mis cuerdas. El Arl contestó tras hacer acopio de las tenues memorias que ahora volvían con una vehemencia esperada, mas nada deseada.

“Claro está que luchamos a muerte. Los cinco hombres bajo la conjura de mi hermano, quienes compartían su fanatismo y supremacía equivocada, nos atacaron en cuanto Ivar les dio la orden. ¡Ja! La peor parte..... ¡maldición!.... La peor parte fue - ¿sabes qué?

Que Ivar ni se dignara a darme una explicación de por qué estaba atacando a su propia sangre. ¡Coño! Ni falta que hacía, ¡pues yo ya lo sabía! Cuando esos hombres vinieron hacia nosotros, las preguntas estaban de más. Sólo respondí con la misma fuerza letal que la suya. Y no puedo decir que hubiera otra alternativa.

Pero ojalá la hubiese habido, que Astarios dé buena fe de ello. ¡Ojalá! Al atravesar el pecho de uno de ellos con mis dos pequeñas hojas, al abrir tu padre la carótida de otro, yo quería pedirle a mi hermano que detuviese su ímpetu. Él era quien iba a ser Arl, él quien había de ser ungido por nuestros augures y caudillos en la Catedral de Teutoburgo. Yo sólo quería que me dejaran en paz.

Pero al final, nosotros éramos quienes pulsábamos vida y nuestros enemigos los que estaban en pedazos. Todos salvo uno, Ivar. A pesar de lo que haya podido inferir en la cueva, Ivar no era un debilucho y desde luego que no era un cobarde. De seguir vivo hoy, habría continuado esa lucha. Aquélla que él empezó y yo terminé.

Tu padre, sin embargo, no tuvo nada que ver con su muerte; no permití que interviniera. Mi hermano no se atenía a la razón, ni yo tampoco. Nuestras hojas se encontraron pero la suya, que es ahora mía, era de un acero más resistente; tócalo,

Soren....”

No tenía que pedírmelo dos veces, ansiaba palpar tal obra maestra. Acaricié el metal enrojecido, denotando que era liso y afilado. Dejé que mi dedo índice aventurara el filo y no me sorprendió que extrajera sangre, que goteó sobre la nieve. Mi bella yegua la lamió del musgo que de ella sobresalía.

“Mythriliom” suspiré, asombrado. “Un metal Faerie.”

“Qué más quisiera. Pero no andas mal encaminado. Es acero Itheni, de lo mejor que pueda hacer la humanidad. Forjado por los Cíclopes en sus ígneas fraguas sub monte, con el hálito de Adirael y sus guerreros más poderosos”.

“¿Adirael?” Pregunté, mas lo cierto es que era un nombre que me era familiar.

“El rey dragón de cuatro alas” dijo. “Llegué a conocerlo, sabes”.

Contra toda mi curiosidad, el Arl no me habló más del monarca dragón que eventualmente conocería en Faenor, que se ubica en el punto medio del gran Ignarios.

“Aun con todo esto logré sobrevivir la ira del hacha. Solamente porque tuve suerte, dejemos esto claro. La mismísima Fortuna auspició que mi talón se tropezara con una piedra escondida en el suelo, que yo me cayera hacia atrás, a un mero centímetro del borde. Y supongo también que algún oscuro dios quiso que mi hermano entrara en furia berserker, una vieja y muy peligrosa técnica tedesquiana”.

¡Esto me inspiró mayor intriga! No me quedaba otro recurso que interrumpir otra vez al Arl; además porque esta historia le causaba una amargura discernible e incluso sentida. El poder en mí que crecía silenciosamente me hacía cada vez más susceptible a estos sentimientos.

“¿Qué es la furia berserker?” Tuve que indagar.

De primeras el Arl parecía reacio, mas no negó a mi curiosidad.

“La voluntad del berserker tiene en valor el de cien guerreros comunes, o tanto es lo que dicen los pocos académicos que se atrevieron a escribir sobre esta técnica. Tal estado requiere años de meditación y entrenamiento, y hasta los berserkers más

adeptos pueden volverse locos por él. A mi juicio, un berserker es casi tan poderoso como un guerrero arcano, no es que haya visto a ninguno de esos. Si aún existieran podríamos hacer la comparación.

Berserk es un estado mental y espiritual. Se trata de purgar el miedo mediante la plena aceptación de este sentimiento.

Sí, a Ivar y a mí, como nobles que éramos, se nos consideró dignos de aprender esta técnica secreta. Puede hacerte cosas horribles si tu mente ambiciona metas oscuras, y sé que no había más oscuras que las de mi hermano. Aún a una edad tan temprana ya debía ser tan retorcido como yo creía que era.

¿Estás seguro, Soren, de que quieres saber cómo adquiriré esta técnica marcial?”

Asentí emocionadamente, con la noción de si algún día me la enseñaría a mí. El Arl parecía haberme leído la mente, si bien diría que fue mi avidez la que me traicionó.

“No, Soren, ésta no es para ti. Ya eres sobradamente poderoso, la furia berserker es lo último que necesitas. No sé si sería salubre para un hombre joven el alcanzar el punto álgido”.

“¿El punto álgido? ¿Qué es eso?”

“Es la única forma de aprender y lograr el estado del berserker.

Tiene que ser a una edad temprana, cuando el corazón no se ha ajado aún por la corrupción de la natura humana -y creo que tú, chavalín, ya has visto mucho de ésta. Pero también es mejor aprender Berserk cuando se es niño porque los niños pueden imaginar el más alto terror.

Verás, antes de llegar a la pubertad, mas no mucho, un futuro berserker debe realizar una jura de sangre ante sus padres, quienes no visten en blanco para esta ceremonia, sino un negro mucho más premonitorio.

Llámanos bárbaros si lo deseas, pero degollamos un cabrito y lo abrimos en canal, para que el niño beba sus fluidos mientras nuestros augures prevén en las entrañas si Astarios nos considera dignos -o no- de someternos a dura prueba que,

como bien sabes, está reservada a unos pocos. Y aun con esa premisa, pocos niños son elegidos.

Ivar fue elegido digno y ungido por la sangre de su sacrificio caprino. Y yo, unos años después.

Tenía miedo y llamaba a mamá y papá, apenas capaz de retener las lágrimas y la orina de filtrarse por mis bajos. El temor es lo único que necesita un berserker; ¿y qué es más aterrador que un niño que llama a sus paredes en la oscuridad y los ve levantándose de sus asientos y dándole la espalda, dejándolo solo, chillando enloquecidamente? Ni siquiera se detuvieron para mirar atrás.

Y hasta unos meses después de mi duodécimo cumpleaños, nadie me había vuelto a mencionar ese extraño ritual.

Esa noche concreta se me despertó repentinamente, entre sorpresa y sudores, a unas pocas horas antes del alba. Para entonces Ivar ya había aprendido las maneras del berserker, pero para mí todo esto era nuevo, ya que mi hermano y yo apenas hablábamos y cuando lo hacíamos sólo nos decíamos lo básico, un -hola y adiós- y -cómo te va todo- de vez en cuando.

Desnudo salvo por mis calzones bañados, una navaja y una piedra de lumbre para fuegos que marcaban la sutil distancia entre la vida y la muerte, se me lanzó en medio de la misma naturaleza. Sin embargo este ritual siempre se hacía en verano, porque sólo entonces había posibilidades reales de sobrevivir. Pero coño, siempre hace frío en Arlstad....

Casi una semana entera de apilar leños para hacer fuegos, de afilar ramas para la caza menor, con el fin de lograr carne y ropajes, todo eso y los horrores nocturnos mientras te acurrucabas en un manto de piel de ciervo que olía a muerte; eso es cuanto hemos de soportar quienes queremos ser un berserker. Sólo estando a las puertas de la muerte se puede alcanzar el punto álgido.

Ahora que lo digo, me acuerdo bien del mío.

Fue en la quinta noche, los cielos se habían oscurecido por las nubes y era imposible señalar siquiera un indicio de Silene. El fuego crepitaba con un aura misteriosa. No nevaba pero mi pelo estaba apelmazado por la escarcha. La liebre que a duras penas había logrado atrapar tenía escasa carne sobre sus flacos huesos. Me moría de hambre, tenía frío y estaba solo. Incierto, solo no estaba. Me di cuenta de eso cuando aulló un lobo.

No muy lejos de la destartalada choza que me había labrado, una patética protección de ramitas recubiertas en barro y hojarasca, otro lobo respondió a su hermano. Estaba tan cerca que podía escucharlo olfateando el suelo entre la maleza.

Y al punto sufrí en mis huesos su gruñido. Estaba detrás de mí, a no más de unos pocos metros. Pero el arbusto y los árboles enanos en mi derredor también bailaban en frenesí. ¿Era el viento? Apenas una brisa, fría y acuciante, pero no lo suficiente para agitar las ramas y la hojarasca.

Lo único que podía hacer era escuchar, todo salvo el relucir de las ascuas de un fuego muerto me era invisible. ¿Luego por qué me gruñían los arbustos y los árboles? ¿Por casualidad tenían colmillos? ¿O era por contra la manada aproximándose?

Oh, cerca estaban. De veras que sí, al lado. Y ellos podían ver en la oscuridad”.

El Arl golpeó sus palmas encallecidas. Una palmada. Y dos. Cerró sus ojos, pestañeó un par de veces para súbitamente abrirlos en par. Mi visión tornose hipnosis a través de la mirada laboriosa de un guerrero avezado en un millón de batallas personales.

El trance me hizo uno con su narración.

Allí estaba él. Un chico de rubia lozanía, demasiada para siquiera crecerle una sombra de vello sobre el mentón y las mejillas. El fuego de facto disminuía veloz, mas

centellas de troncos crepitantes apuraban su luz para un momento de tenso estrés.

Las palabras del Arl esbozaban este tapiz de Historia Tedesquiana, veraz lo digo, pues Historia era, si tan sólo por ser la memoria de un Arl magno -oh cuán tosco aedo él.

Las palabras del Arl sólo eran parte del escenario, tal vez el pincel que dibujaba los lomos grises de aquellos lobos colmilludos, poderosa manada que siempre prevalece cuando actúa en unidad.

Y ésta era un ejército de ánimas que desconocían la piedad; primero aparecieron seis, examinando al niño -burlándose de él y su incertidumbre, torturando el ánimo del cachorro humano antes de arrancarle los pulmones de su carcasa de novato balador. Luego emergieron cuatro y, a semejanza de los vástagos de Astarios e Ida, formaron una decarquía feroz, bien arengada, bien dispuesta; un escuadrón mortífero que acechaba y saboreaba el momento previo al asalto con tanto ahínco como el que sentirían al probar la sangre de su víctima.

Pero aquel chico destinado a ser Arl, quien en ese momento no podría haber entretenido la más mínima noción de poder, no se deshizo ni se entregó a sí mismo al placer del cuchillo que a su vera yacía -un cómplice dispuesto, dador de la dulce eutanasia. En lugar de eso sus dedos se volvieron afilados y sus dientes como los de aquellos lobos hambrientos, mas sus ojos, ah, estos eran diferentes.

Al hablar el Arl con la oscuridad escondida en su corazón, vi los nubarrones del cielo reflejados en los ojos de Lovren. Semblaba alguna clase de nigromancia, ¿mágica humana quizá? Mas nada por el estilo me había detallado Gothwin, todo un erudito del mito y el saber de los magos.

El primer lobo en saltar vio arrancadas sus mandíbulas; tal era el poder que manejaba el niño bajo el influjo del berserker que le partió el cráneo al animal.

¿Sería temor lo que sintieron sus hermanos al ver esto? Definitivamente, sí. Los otros nueve intentaron huir hacia la maleza pero el chico otrora cegado ahora veía

perfectamente -la luz estaba en su mente y espíritu, inflamadas por un terror tan puro que se había convertido en un arma de destrucción total. Él -o mejor dicho eso, pues el Arl parecía colosal entidad- velozmente sesgó las vidas de cinco, casi a la misma vez, con dedos que se hundían profundamente en las gargantas de los cánidos.

Si antes habían parecido fieros lobos ahora lloraban ante la muerte como una camada de perros falderos -y apenas eso. El alfa, el cual era blanco y más grande, no se libró del dolor de serle apagados los ojos y sus tripas arrancadas por las macilentas fauces de un demonio prepubescente.

No era de extrañar que los pacíficos Tedesquianos hablaban poco y menos de este ritual sangriento; no todos tenían estómago para ver a un niño despedazando a un lobo -extremidad a extremidad.

Del aullido de la cacería ávida, ahora los cielos reverberaban con los agudos gritos de agonía canina. Sin supervivientes. Sin prisioneros Estas las reglas del berserker; una transformación a la que se debe recurrir únicamente en momentos de la más brusca emergencia.

Esa noche la bestia durmió apaciblemente con la tripa llena de cálida carne de lobo, y el cuerpo cubierto por los pellejos desollados de salvajes guerreros vencidos.

Yo había visto esto a través del verbo del Arl. Como si yo mismo hubiese estado allí, había presenciado el poder de la furia de un berserker; si había creído que el Arl era increíble cuando había enfrentado a los Centauros, matando a muchos, de haber entrado en modo berserker durante aquella hórrida escaramuza, no me habría creído cuanto me dictaran mis ojos.

Yo, que también había invocado lo imposible.

“Esa furia me salvó” silbó el Arl, aparentemente sin aliento tras recontar su vivencia. “Pero extraer estas emociones, joder, duele, te abrasa el alma. Dormí bien



mas cuando desperté, a un cielo claro y temperatura agradable, lo hice llorando.”

¿Cómo pudo el Arl describir su propia transformación con tanto detalle? Yo os lo diré. Porque volvería a ver en primera persona los ojos negros de un berserker -y éstos no serían los suyos.

Un hacha que superaba en estatura a la mayoría de mujeres y a algunos hombres, una que ahora era la suya, seguiría plagando sus pesadillas tanto como las bendeciría con el forjar de actos caritativos en el futuro.

Tanto inferí cuando me describió la facilidad con la que Ivar la giraba antinaturalmente sobre la superficie de su palma abierta, controlada no tanto por el brazo del berserker como su ánima. Lovren se arrastró hacia atrás, a cualquier lugar que no fuera el foco del odio de su hermano.

Vi a un joven padre mío intentar ir a su auxilio, pero el Arl no lo aceptaría. Cuán bien me contó Lovren que a la par temía por la vida de su amigo y por su propio orgullo. Aun con el terror que le producía ver suelta la locura de Ivar, seguía queriendo librar una batalla justa.

Y veraz, tal como mencionara con una vivacidad inquietante, se tropezó con una piedra traicionera que estaba agazapada entre el barro y la nieve, lanzándolo de bruces a un aterrizaje duro. Mas los hados quisieron que Ivar arremetiera contra él justo al caerse. Sí, Arl Lovren hizo bien en mencionar que un berserker experimenta una fuerza sobrehumana, pero sólo a cambio de una total pérdida de sentido común. La sangre se apodera de la mente y la sed de ésta permitió que el Arl, aún en sus cabales, esquivara, por los pelos, al violento Ivar y lo zancadilleara desde el suelo.

Esta vez quien se tropezó era Ivar, quien cayó frontalmente al vacío.

Y sus ojos negros, el símbolo de la furia del Berserk, fueron lo último de su hermano que Lovren vería jamás. Precipitándose, expulsando lo que el Arl había creído los últimos hálitos de su hermano, entre gritos de un perpetuo rencor.

“Recuerdo ese día como si fuera ayer.....” dijo quejumbrosamente el Arl, su

mejilla izquierda teñida por una singular lágrima. Aun con todos los horrores y el dolor que le había causado Ivar, seguía atormentado por esa jornada. “Ingstad, él trató de hablar conmigo, me tocó el brazo y me pidió que fuéramos deprisa a contarle estas malas nuevas a madre. Pero yo no podía hacer nada salvo mirar al vacío que ahora crecía con la niebla de la alta tarde, preguntándome si lo que había ocurrido era real o no. Y probablemente -no puedo decirlo con certeza, avergonzado como estoy de admitirlo- considerando si lo mejor sería lanzarme yo mismo detrás de él.”

Lovren suspiró profusamente. “Claro, me alegro de no haberlo hecho. A pesar de todo, la vida me dio otra oportunidad para redimirme.”

Intervine súbitamente, osando una mano afable sobre el ancho hombro de mi superior. “No te sientas así, Lovren. Cuanto hiciste fue justo y honorable”.

El Arl no se zafó de mi contacto, de hecho lo permitió con una sonrisa tristona. “Sí” respondió, admitiendo la veracidad de mi verbo. “Fue defensa propia. Pero sea como fuere, debí haber hablado antes con mi hermano. Dioses, éramos familia, sangre y carne. Nacimos del mismo útero. ¿Entonces por qué éramos tan distintos?”

Traté de simpatizar recurriendo a mi propia experiencia. “Oye, mi hermano y yo no podríamos ser más diferentes el uno del otro y no vamos por allí intentando destriparnos a cada oportunidad presentada.”

“Je, tu hermano es un santo y un cielo, no es nada como Ivar. Ese chico no ha hecho más que quererte incondicionalmente desde el día en que naciste. Además, sé que sois amigos, eso es lo que importa, no que seáis diferentes en manera y natura.”

“Éramos amigos” corregí tristemente.

“Donde hubo llama quedan ascuas” replicó el Arl con gran sabiduría.

No sabía si sentirme bien o mal. Quizá mis sentimientos antagónicos lucharon y se mataron entre sí en mi corazón, porque no expresé emoción alguna al Arl, quien continuó y terminó su historia afligida.

“Me tomó más de una hora salir del trauma, y me considero afortunado por el

hecho de haber salido de él. Lo primer que vi a través de mi vista estrellada era esto.....

-El Arl dio una palmada al grueso de su acero, el cual apenas sonó, aunque yo escuché algo más cuando hizo esto; quizá fuera mi imaginación jugándome nuevos engaños, pero juraría que oí cómo hablaba la hoja. Mas nada de ella entendía-

Mi recordatorio, mi carga. Con el paso de los años me pesa más, de buen seguro por la edad, pero creo que se trata de la culpa creciendo. Pero sigo blasonando esta arma y la utilizo para el bien, en mi nombre y, por estúpido y vano como pueda sonar, en el de Ivar también.

Pero basta, por favor..." Imploró el Arl con todo derecho. Asentí y acepté que ya era suficiente. "Disculpa mi brusquedad, Soren" dijo el Arl ya más calmo. "Es que es difícil de procesar, toda esta mierda que está ocurriendo, no es natural".

"Dímelo a mí" risoteé, sobre todo en referencia a lo contranatura que residía silenciosamente en mi ánimo. El Arl rio enfáticamente, pero ya no quería debatir más.

"Cuando regresemos te mandaré llamar, creo que estaría bien si pasamos algún ratejo juntos, sólo dos colegas pasando el rato, ¿qué me dices, chavalín?"

Asentí con énfasis. Luego el Arl trotó lejos para hablar con sus legados y vigías.

### XIII

**E**ste lago se llama Ealo, y abunda en lucio."

"Si tanto abunda -debía objetar- ¿cómo es que no pescamos ni un mojón?"

El Arl rio profusamente en la quietud de nuestro barquito de madera, en medio de frías y silentes aguas. Se le veía feliz, en paz; yo me estaba congelando,

sintiéndome como si el calcio mismo de mis huesos se estuviera tornando hielo. “Hostia qué frío hace” temblé entre un monte de pieles.

Nada vestía el Arl, salvo una simple camisa debajo de un justillo marrón de cuero. Su cuerpo no temblaba lo más mínimo. Afortunados vientos los que nos amparaban, en nada fieros; de lo contrario habría sentido el fuerte impulso de saltar y nadar a través de las aguas espumantes -las cuales ya estaban a punto de volverse heladas- y salir trepidantemente de allí.

Estábamos solos, pasando tiempo juntos y admito que, a pesar del clima, me sentía relajado, distantes de mí mis problemas varios. Un agradable contraste a los horrores vividos de recién.

No quería hablar sobre los Centauros y Ivar, ni de los gemelos traidores. De eso ya se había discutido bastante durante el arduo trayecto de vuelta a Teutoburgo. Tampoco quería hablar de Dannah, pero a mi pesar el Arl habló de ella de todos modos.

“Gracias por salvar a mi hija” dijome, con amor y respeto.

No pude dejar de enrojecerme con timidez, aunque intentara, sin éxito, disimular mi mirada regia con una respuesta calma. “Sólo cumpliendo con mi deber, Arl Lovren” dije, simulando una corrección a través de la cual Lovren vio con insultante facilidad.

Hipó una alegre risa y dio largo trago de cerveza. Luego me pasó la piel, la cual vacié. Por suerte, el Arl había traído mucha más. “No creas que ignoro tus sentimientos, chaval”.

Crispose mi alma en nerviosismo, como hicieron el vello de mi brazo y mi dermis. “No sé de qué estás hablando” gemí.

El Arl sonrió grácilmente. “No te me pongas *fo* colorado, chavalín, no estoy enfadado ni nada así. Muy al contrario, a decir verdad.”

Resollé y dejé que mi vista errara hacia el vasto lago que nos rodeaba. Vi una pequeña onda sobre la superficie, a unos pocos pies de distancia. A lo mejor un pez o

tan sólo mi imaginación, que necesitaba distraerse del foco de su atención, la cual ahora era la hija del Arl, a mí invocada y siempre presente en el verbo del Arl.

Supongo que se vuelve fastidioso el admitir que se está perdidamente enamorado. Mas una y otra vez lo admitiría, sin cansarme, sin errar en mi propósito de dar a mi devoción gran voz ante dioses y hombres por igual. El epicentro de ese mismo sentimiento no es otra que vos, cielo.

“Te lo puedo decir, como se lo dije a Inga, y podría llamar a los dioses a atestiguar, aquí y ahora, y dar fe de todos mis sentimientos”.

Por todos los miembros de la corte celestial y por todas las deidades menores que salvaguardaban con orgullo a Rysia, que confesaría el perpetuo anhelo de mi corazón y les diría que gustoso convocaría al amor y recitaría la belleza de Dannah con sonetos y poemas, con música y llama de mi fuero -a ellos, al Arl y a toda ánima que quisiera escuchar las penas de mi joven enamoramiento.

A todos menos a ti, amor.

“Sí, la amo” susurré al viento, eso era lo único necesario -por fin- de mi parte.

“No hay nada de malo en eso, chavalín” dijo el Arl con simpatía. “Supongo que todos los corazones han de romperse. Me pregunto si mi hija lo llevará tan bien como tú”.

Inmediatamente supuse que, por raro que fuera, Dannah había compartido con su padre, en más de una ocasión, temas difíciles que revolvían en torno a un príncipe tontorrón que moría de amores y que aullaba en la noche imprecaciones que concernían a su corazón repudiado.

Hablé en una sucesión de tristes sentencias. “La amo y resiento no poder siquiera verla sin desfallecer. Ella es lo primero que ocupa mis pensamientos y también lo último, mas la temo como a ninguna otra cosa cuando está cerca, y sollozo y jadeo un frenesí apesadumbrado cuando me deja atrás.

Los años son de luz, como la distancia entre estrellas foráneas, cuando de

nuestras naturas se trata; y quizá por eso es que lloro por cuanto no poseo mas necesito desesperadamente.....” Un gemido burló mi boca, seguido de un sollozo enmudecido y el espasmo de mi nariz, que se hallaba irreparablemente en lamento.

“Eso es.... No sé bien qué decirte” admitió el Arl, mirándome solemnemente.

“Ódiame” le rogué, mis mejillas rojas por mi devastación espiritual. ¿Por qué era siempre así cuando pensaba en tu luz, Dannah?

“Nunca podría odiarte, Soren” dijo el Arl -y ahora que recuento esto una vez más siento el acerbo picor de la ironía.

Mas aun entonces, llegada tu cuenta final, me seguiste amando. Empero, yo no quería tu amor, sino tu desdén

¡Ódiame -como yo me odio a mí mismo!

“¡Pues hazlo igualmente!” Exclamé, perturbando la tranquilidad del lago y de los bravos cuervos que habían estado escuchando atentamente desde los árboles copados -y mirando tanto más a través de su astuto escrutinio. Al volar ellos al horizonte lóbrego allende mi vista - “¡ódiame!” - grité; y de puntitos desaparecieron completamente.

Mas seguía presente mi melancolía, como un trasfondo agrio debajo de mi lengua, tratando de escupirla inútilmente, pero ese negro humor abundaba copioso en mi psique. “Yo me odio. Por haberme enamorado de ella. ¿No ves que soy indigno, mi querido Arl? ¿No puedes verme como el villano y la bestia que mora en las sombras?”

“Hala, tampoco eres tan capullo” carcajeó el Arl, si bien un tanto inquietado por la vehemencia de mi timbre, de todos modos intentando animarme.

Mas mi ánimo no se sentía celebratorio y ya no más podía retener la tranquilidad que me debía suponer una jornada de pesca con el Arl. Me sentía desolado, como las ingentes dunas del terrible desierto de Norn, al sur de Caledonia. Hoy abominaciones monstruosas de mi propia creación vagan por esas áridas tierras con impunidad, sus cuerpos viscosos se retuercen debajo de las arenas y muerden con el mínimo movimiento; pero hubo un tiempo en el que esas criaturas sólo existían en mi alma -y la

rodeaban, oprimiendo el hálito en mis pulmones.

“No soy solamente malo, sino mucho peor. Soy un ser perezoso que sólo se preocupa por la siguiente chica que ha de pasar por mi lecho. Veraz, bebo, fumo y follo; maldita sea, todo eso hago y tanto más; soy el hijo olvidado de un padre que me ha abandonado. Y aun así el cachorro insolente osa gimotearle a la diosa y mendigarle un poco de amor -sólo un poquito. ¡Y con rectitud divina ella me lo arrebató!”

“Ay va dioses” murmuró Lovren en voz corta. Mas oí su verbo, ¿no estaba mi oído sancionado por leyes etéreas? Ahora su rictus era serio. Yo lo necesitaba y él iba a procurar estar allí para mí. Se me acercó y luego tomó mi cuello cariñosamente en una mano gigantesca; nuestras frentes entrechocaron con suavidad, dos cráneos huecos tornándose una cabeza más sabia.

“Chavalín ¿tanto daño te ha hecho mi hija?”

No respondí, me era imposible confesar que ella era mi inspiración, mi razón de ser, mi droga, la cual sabía que me daría el peor mono imaginable una vez me dejase para siempre. Nada dije pues -pues nada me venía a la mente.

“Ya veo, entonces al menos concédele algo de sinceridad a este viejo cabrón”. Pero el Arl no formuló pregunta alguna. Solamente estableció sus sentimientos y su opinión. “Estuvo mal que mi hija te hiciera esto. Te arrepientes de haberla conocido, lo veo claramente.”

Deshice mi proximidad con el Arl, sin ánimo de faltarle, sólo que quería admirar el horizonte -la bruma entre la arboleda que titilaba desde la distancia difuminada- para pensar en ella y vivir sueños inocentes de amor y compasión, amistades, y dos corazones volviéndose uno.

“Conocerla fue lo mejor que me ha pasado en esta vida, Lovren. ¿Cómo podría arrepentirme de tamaño milagro?”

“No te entiendo” dijo el Arl.

Contorsioné mi boca en una sonrisa enamorada, vagante mueca, y contesté así.

“Tuve la suerte de conocerla -he allí el milagro”.

Tan simple y tan complicado como eso. Mi corazón habíase encandilado y el del Arl también; no puedo hablar por esa mente poderosa, mas quisiera creer que se sentía halagado. Sea como fuera, desvió el tema de nuestro coloquio hacia asuntos más importantes. E implícitamente le agradecí por ello.

“Pues no sé yo si esto te va a gustar o no, ja, por lo que he oído quizás ambas cosas. Dannah y tú aún tenéis largos meses de silencio que aguantar. A lo mejor resolvéis vuestras diferencias y veis algo de claridad.

Quizá maduréis un poco en Faeryaïe, entre los eternamente jóvenes”.

“¿Faeryaïe?” Mi corazón abofeteó las paredes interiores de mi pecho.

“Sip, al parecer tu Agón aún no ha acabado”.

Y donde antes había una breve felicidad, ahora, una desilusión sin fin. Mi ánimo estalló cual globo con demasiado helio. Ahora era yo quien no comprendía nada.

“Espera que aún me vas a odiar un poco más, chico. Así que siéntate -oh, un momento, si estamos en un bote- y prepárate. ¿Te acuerdas cuando te prometí que te contaría sobre el periplo que hizo tu papá conmigo y el viejo Tamriel? -Asentí, con la viva memoria de mi primera noche en Arlstad-

Bueno, con todo este meollo de los Centauros, no sé si tendré tiempo.

-Verbo no evoqué, pero mi ceño arrugado decía lo que yo no osaba mentar. Me agarré a los laterales del barquito de madera y me mordí la lengua-

Lo siento. Pero por otra parte, esta promesa no quedará sin cumplir. He dejado que alguien lo haga en mi lugar. De hecho con ello mataremos a dos pájaros de un flechazo.

Ese poder tuyo, que no me atrevo a llamar mágika, necesita ser controlado, adecuado un poquitín. Y algo me dice que no hay nadie en Rysia mejor dispuesto a enseñarte que mi viejo compi Tamriel. ¿Qué me dices?”

Claro que decir, no dije nada. Mi estasis inicial tornose expectación; la idea de ir



a Faeryaïe para ver el mundo de los Faerie, era más que prometedora.

“Sigo sin saber qué tiene que ver esto con los viajes de mi padre” respondí, aun con cierta incredulidad.

“Para empezar, esa aventura en cuestión la padecimos en Faeryaïe. ¿Te puedo contar un secreto, chavalín?”.

“Claro que sí”.

“Aparte de esa primera vez, sólo he usado el poder del Berserk en otra ocasión - y de todos los lugares, me tocó hacerlo en Faeryaïe”.

“¿Libraste batalla allí? Según tengo entendido, los Faerie son un pueblo pacífico”.

“Pacíficos y tranquis como ningún otro” cloqueó Lovren. “Pero eso no quita que tu padre tuvo que someterse a pruebas propias -y éstas no fueron fáciles”.

“Ya veo” resollé. “Imagino que debiste enfrentarte a poderoso rival para requerir la fuerza de un berserker.”

“Ya te digo que era poderoso, ese Tempesta, pero no fue una confrontación hostil. No exactamente”.

Mis orejas se llenaron de una curiosidad acostumbrada. “Ruego me cuentes” le pregunté con hambre de saber.

Pero por desgracia el Arl me lo negó. Luego sonrió con sorna. “No hace falta” guiñó, “ya lo descubrirás por tu cuenta. Para que puedas completar este Agón, tendrás que dominar ese poder que tienes, y para esto Tamriel ha acordado que te sometas a pruebas similares a los que se enfrentó tu padre en Faeryaïe; digamos que vas a.... seguir sus pasos.”

Esto parecía divertir al Arl, quien comenzó a reír a causa de cualquiera que fuese el chiste que lo había entusiasmado. Gaché mi mirada y repiqueteé mis dedos nerviosamente, preguntándome cómo sería Faeryaïe. “Si esto es parte de mi Agón, he de suponer que el Rey lo ha aprobado”.

“Así lo ha hecho, sip” respondió el Arl.

“Eso es físicamente imposible. Si acabamos de llegar, noticias de mi..... evolución no han podido llegar a instancias del Rey. Todavía no. No hay mensajero, cuervo o paloma con la velocidad suficiente para llegar a Krates en un solo día.”

Y entonces un tono enrarecido se apoderó del Arl paternal sentado ante mí en esa diminuta barca de madera. “No hay necesidad de palomas, cuervos o mensajeros, chico, el Rey ya lo sabe todo. Es más, creo que lo lleva sabiendo desde hace tiempo. Al fin y al cabo él es quien lo ha dispuesto todo. Los preparativos para tu viaje se pusieron en moción ha mucho.”

“¿Pero qué coño?” Exhalé, casi inadvertidamente.

El Arl rio de nuevo y con su vigor habitual me azotó la espalda. “Ye, ¿por qué joder la sorpresa? Todo cuanto quieras saber, estoy seguro de que Tamriel te lo aclarará.”

Ergo dejé el tema estar, si bien dejadme decir que, aunque contestó a muchas preguntas importantes, Tamriel también me suscitaría otras, las cuales se convertirían en problemas sin solución que tallarían mi cerebro y volverían en la forma de muchas dudas.

Una pregunta, empero, quedaba por evocar. “¿Por qué ella?” Dije, refiriéndome a ya sabéis quién. Una bastante lógica.

Y con una incuestionable me contestó el Arl. “No sé si te has dado cuenta pero a mi chica la secuestraron y a punto estuvo de morir por culpa de esos folla-caballos. -Me ruboricé avergonzado de haber siquiera hecho esta pregunta; obviamente Lovren tenía razón-

Hasta que averigüe la identidad del noble que corrompió a los pobres gemelos y detenga a algunos sospechosos, no sé si ella estará a salvo aquí. Por eso tiene que irse por un tiempo.”

“¿Entonces por qué no la envías a Krates? Con hombres como Proteo o el

Maestro Gayo protegiéndola, de seguro que estará bien”.

El Arl chasqueó la lengua con desaprobación. “Incierto” negó sombríamente. “No en Krates. Es verdad que Proteo es un hombre fuerte, y Gayo tan sabio como es letal, pero no tendrán tiempo para vigilar a Dannah.”

“¿A qué te refieres con eso?”

“Que Antroporionom está en apuros, chavalín. No sólo los Centauros amenazan nuestro estilo de vida y la santidad de nuestra Constitución. Hay varias facciones separatistas agitándose en el norte, en Heln e lthen y sobre todo en el Bosque Blanco.”

El Bosque Blanco, hogar de los gnomos. Un pueblo al que mi madre había reverenciado y amado -y que al final acabó con ella. Una rabia interior me hizo sostener ardiente ánimo, pero lo contuve y lo oculté del Arl, quien en mi corazón no merecía tener que ver una parte tan sórdida de mí.

“Vamos, no te me vuelvas loco” rio el Arl, presintiendo de nuevo mi inquietud, líder preclaro donde los hubiera. “Tu padre tiene la situación bajo control. Y si no, tiene a este viejo bruto, presto a partirle la cara a cualquier separatista si se me requiere para ello.

No, Dannah estará más segura con Tamriel y los Faerie, y a ella se la ve muy contenta con la idea de echar mano a sus papiros. Mi niña pequeña, ella es una artista y no hay mejor arte que en Faeryaie.

Y además.... Tú estás allí, Soren. Sé que harías cualquier cosas para asegurar su bienestar, lo he visto de primera mano. Y me hace sentirme orgulloso”.

Me enterneció este reconocimiento y me sonsacó una sonrisa disimulada.

Y nada más había de decirse sobre esto.

Nos pasamos el resto de ese día bebiendo, cantando, contando chistes malos y pescando.... ¡Sin pescar ni un pez! Pero todo lo hice con corazón alegre.

Más tarde esa noche, tan jocundo era mi ánimo que me llevé a Laertes a rastras para que me acompañara en el oficio del beodo. Tenía buena gana de asesinar neuronas.

## XIV

**R**udos hábitos soplaba el viento cuando a tientas surgí de la taberna, borracho como una cuba y entonando una melodía anárquica que versaba sobre un pirata y dos tabernereras. Me había bebido copioso lujo de cerveza y güisqui -también Laertes. Oh, mucho lo habían tentado las albricias tedesquianas que destilaban belleza a través de ojos de un azul jovial, mas cuán digno esposo siempre resultó ser.

“Dame un segundito, si te place, Laertes” dije yo. Mi vista se hallaba emborronada por la moción incesante de la embriaguez; el firme raíl del porche de entrada a esa taberna de felices gozos parecía estar a más de un kilómetro. Vino hacia mis manos extendidas pero resultome esquivo al alcance.

Me bamboleaba y me trastabillaba y ya no más podía contener el veneno en mi estómago y vejiga, duro el etanol que corroía mis riñones e hígado - ¡oh pobre hígado mío! Tosí arcadas y mi comida vomité, expulsando alcohol y bilis sobre la superficie de buen barnizado. Medio minuto estuve vomitando, todo mientras el pobre borracho de Laertes libraba pesada lid para no seguir mis pasos.

Me dio una palmada amigable en la espalda. “Tranqui, tranqui, Soren, te sentirás

mucho mejor cuando lo hayas soltado todo. Sobrevivirás, ya verás”.

“Oh, mamonazo” eructé entre risas y saliva. “Sólo voy to pedo, no me estoy muriendo.” Disculpose Laertes, balbuceando miseria. “No, no, tontorrón” dije, honrado por la preocupación que me mostraba Laertes. “Gracias por estar a mi lado, lo digo en serio, te quiero, tío”.

Ambos abrumamos nuestros rostros con una plétora de barnices escarlatas, rara era la vez cuando le decía a Laertes cuánto significaba para mí y me asustaba un poco el hacerlo; como si yo fuera un cervatillo apavorido, sospechoso del viento agreste crujiendo en la maleza, fingiendo el sonido de los pasos que da el zafio y brutal cazador.

Ciertamente que él era un buen amigo, pero su ayuda no sería menester esa noche. Miré arriba y mi embriaguez poco menos que desvanecerse hizo, relegándose al mero lamento de una resaca prevista para la mañana, repicando contra las oquedades de mi cráneo.

Discerní la silueta que con toda impunidad se deshacía entre la lontananza.  
Patrick.

Tras revelarse los gemelos como los espías en el círculo del Arl, como aberrantes aliados de los hórridos Centauros, cualquier sospecha que había tenido sobre Patrick había desvanecido. ¿Luego qué andaba haciendo? ¡Ah, ojalá nunca lo hubiera averiguado! Mas esa noche, de todas las noches, había de ser el juicio último de mi alma. Y pensar que había albergado la esperanza de que ella fuera a venir a mí tras haber demostrado yo mi valor en la batalla de Garmenia Ultra. Empero esa lid había resultado fútil -tanto esa como la que libraba contra Ida a cada día de mi existencia.

Le pedí a Laertes que marchara para adecuar y calentar nuestros aposentos,

rogándole que aceptara mis disculpas pero que quería estar solo. Laertes se opuso, alegando que en mi estado no convenía nunca estar a solas. Yo le di como pretexto mi deseo de ir a ese burdel en el que Laertes no osaba poner pie, para ver si Farrah hubiera regresado de dondequiera que estuviese el lugar que ella había convenido digno de su presencia.

Sentía cosas, cosas bonitas, cuando evocaba en alto su nombre. Pensé en Farrah. Resultaba agradable hacerlo. Veraz, sabía que ella sólo era una cortesana, una ramera de gran dignidad y honor; sin embargo habíame ofrecido más que el solaz de los placeres nocturnos y el húmedo deseo de su sexo cuando nos adentramos en nuestras intimidades con pasión divina, también me había dado una especie de paz mental, o al menos un sosiego para el hiriente agujero en mi pecho; así convirtiendo el simple respirar dentro de una existencia vacua en una variante liviana de la vivencia de experiencias que todo el mundo merece sentir. En dicción más simplona: me hacía sentir valorado.

Pero no era amor, nunca amor, pues tal romance en mi corazón sólo podía pertenecer a una dama: a mi paloma de áurea corona. Mi Dannah.

En tanto que Laertes regresaba al palacio adormecido del Arl, viré rumbo a una dirección distinta de la del burdel, ya que un hombre virtuoso como el Capitán no se dejaría ver cerca de ese lugar. Pero sí compartía las discreciones propias de los descarriados románticos; siempre se aseguraba de que nadie lo viera. Y los guardias en su diligencia, tan buenos y meticulosos en sus labores, nunca lo veían, lo cual me hacía preguntarme si no era que sólo estaban fingiendo estupidez y haciendo la vista gorda a las escapadas de su superior allende las finas lindes de su ciudadela.

Aún deseaba que Patrick fuera un traidor, cómplice en las sombras de la trama criminal de Herman y Helga. Si ese fuera el caso, era un buen espía y actor extraordinario, porque cuando se vio confrontado por los gemelos, ni atisbo hizo de

señalarse como agente doble. O a la mejor eso era parte de su plan. Mas de ser así, éste no tenía sentido alguno, si había habido momento propicio para matar al Arl, ese había sido aquél.

Por ende resolví seguirlo. Tomamos los mismos giros y curvamos las mismas calles, evadiendo a los mismos guardias -tal como habíamos hecho en tantas noches pretéritas. Mas había algo en el éter. Era revelación -y a más de las negras.

La ciudad quedó a nuestras espaldas; emergimos de las profundidades allende el pozo y nos encaminamos hacia las abiertas planicies de la noche; a prudente distancia y usando los elementos como velo -ahora más que nunca dado que estaba empezando a controlarlos- fácilmente esquivaba las miradas de soslayo que daba Patrick por encima de sus hombros finos.

Y de las sombras del frío emergí cuando escuché el cerrar de la puertecita desde dentro. Oía mucho mejor que antes. Acerqué oreja contra la madera fría y mojada; podía oír las mismas voces, los susurros, las risitas. No me había percatado de ello hasta ahora; una de las voces murmurantes era la de una fémina.

“¿Qué estás tramando, Patrick?” Dije, también en murmullos tácitos, sin esperar respuesta.

Rodeé el granero en busca de alguna oquedad o hendidura que me permitiera entrar sin ser descubierto. La madera, si bien vieja y carcomida, debió haber sido noble hija de magno roble, porque no hallé ni el mínimo resquicio para mirar adentro. Mas tenía que saber lo que estaba haciendo Patrick, me corroía el ánimo. Lo odiaba cada vez más sin saber el por qué. Él no era como Mélino, era un hombre bueno, mas seguía viéndolo como un rival y con mayor inquina que la que sentía hacia Mélino, quien de facto había intentado asesinarme. Pero la sola idea de ese joven tedesquiano pavoneándose, desfilando un encanto ligeramente femíneo por las calles de Teutoburgo, ruborizando a las damiselas.....

Sí, ahora sé bien lo que sentía. El odio que sentía hacia Méliano, aun si fuera un corruptor atroz, estaba en cierta manera legitimada por las acciones nefarias de mi enemigo, ideadas éstas en el secretismo y las sombras. Pero lo que sentía por Patrick era probablemente la peor emoción que un humano podía liberar en su ser. Era la envidia lo que sentía; ese cuervo que graznaba en mis pensamientos y borraba cualquier sentido de dignidad y justicia.

Con ella ardía. Era irracional y del todo mala. Mi pecho emanaba con arrebatos celosos y mi mágica infundía temblores a mis extremidades. Cuando una persona normal está nerviosa, presa de sus instintos básicos, los tendones en sus rodillas y sus tobillos se aflojan; mas cuando una abominación como yo sentía estas emociones, con tanta más intensidad, con mi incomodidad y demencia el mundo a mi alrededor amenazaba con estallar y desaparecer en una ola de llama y muerte.

“No” jadeé en quejumbre mientras daba dos pasos hacia atrás, acariciando mis sienes doloridas y cerrando los ojos; pequeñas arañas negras danzaban en mi campo de visión, los puntos negros, orbes de enemistad destructora. Luego lo que hice fue golpearme la cara y sentir cómo mi ardorosa palma tocaba mi dermis ensombrecida.

Alcancé nimia compostura, sabía lo que me calmaría; me dirigí hacia ella. Mi madre roble. La luz frente a la oscuridad del granero. Honrada madre mía, tu fuerte madera el útero en el que gustoso me curvo y espanto mis tormentos.

La anhelaba. Una pequeña bandada de cuervos batió con negras alas, concediéndome, con su partida hacia la oscuridad, un momento de solaz e intimidad. La matrona robusta me llamó vía sus hojas y ramaje. Ondeaban bajo el vaivén otoñal que me saludaba. Sus finos dedos me incitaban a la caricia.

Ella estaba hablándome con nitidez. “Oh, amor, cuánto he de añorarte” dijo la madre roble.

“Y yo a vos” respondí con una lágrima bordando mi ojo diestro. La evanescente pupila brillaba, ¿era un haz de estrella o mi Silene plateada?



“Debo marchar mas siempre te llevaré en el corazón, cariño, esposo a serme. Estoy prometida y me hallo feliz, como mi abuela yo también cedo mis besos y sonrisas al hombre que el destino a mí me propuso.”

Eran palabras aladas, dulce roble, aquellas que tú me profesabas. La amo a vos también, mi salvadora, femínea mesías.

Pero espera.... Esa era una voz que no era de árbol alguno, si bien su tono melódico era cual pétalos de lila. Aquellas palabras no eran para mí. Ese amor no había de serme concedido.

¿Pero por qué? Que te jodan, Astarios, ven a mí ahora y dime por qué no era digno de tenerlo.

¡Y él sí!

Valdur gritaba, yo vertía espuma por la boca. Lo veía arder y morir ante mis ojos y yo me regocijaba y lloraba feliz - ¡Jubileo! Odio. Ira. Dolor de un corazón violentado, desollado, arrancado hasta quedar en carne viva.

¡Dannah! ¿¡Cómo pudiste hacerme esto?!

¿Cómo pudiste dejar que yo llegara a ese granero con el hombre tenebroso vivo en mí? ¡Violándome! ¡Matándome como tú me matabas también!

El portón principal del granero estalló con las piras más abrasadoras que de mis palmas surgieron en líquidas ramas, mis muñecas unidas en furibunda melancolía.

¡Este era mi destello final!

Mis gritos al cielo encarnados en pura ira. Afortunadamente el poder que entonces manejaba era menor que el de un neófito y sólo la puerta ardió y derritiose a la gélida tierra, en un montón de fumantes cortinas de negro vaho que segregaba la vista del uno afuera que jadeaba y tosía....

... De la de los dos que adentro tiritaban pavor.

Mas no había humo que se atreviera a demorar mi paso, aun cuando los *Fatta*, en su despertar violentado, me rogaron que me mantuviera lejos, que corriera veloz hacia el vasto horizonte y que nunca mirara hacia atrás -que nunca volviera. Que abandonara Teutoburgo. Krates. Antroporion.

Rysia.

Si en ese preciso evento, Igno se hubiese interpuesto entre ella y yo y me hubiese ofrecido la inmortalidad en su reino de luz, viajar junto a él en su carro de llama, luego ea, sí, lo hubiese implorado -exigido- con toda la solemnidad de mi ánima impía.

Mas este no era un cuento de hadas. En mis sueños tal vez, en donde compartíamos el lujo de nuestras nupcias diarias; mas allí, en Arlstad, en Teutoburgo, yo no era nada.

¿Cómo puede un hombre expresar los sentimientos suscitados cuando ve la pasión de su vida sollozando en los brazos, en el firme y fragante pecho, de otro amante?

“No” así es como se expresa. A la perfección me atrevería a decir

“Por los dioses, no” lloré.

¿Me importaba que Patrick y Dannah me estuvieran mirando directamente?

Estaban allí ambos, no podía sacarlos de mi vista -a pesar de las lágrimas. ¡Las putas lágrimas! ¡Siempre presentes en mi vida! ¡Los héroes no deben llorar! Mas yo no era un héroe. Estaba de rodilla hendida al suelo, mi puño ceñido contra mi pectoral izquierdo, los dedos cavando en mi dermis, esperando que el dolor taimara la otra agonía en mi corazón.

Quería arrancar mi puta ánima y ensangrentada lanzarla hacia ellos. “¡Esto no puede ser!”

“Esto no es real” escupí, mi saliva estallando en burbujitas de desamor, sentimiento el cual no quería limitar. Ya no podía reprimir mis emociones.

Y entonces, uno de los momentos extraños, lo quimérico, lo contranatura. Nuestros ojos se encontraron de nuevo.

Ella retiró su mirada. Yo no podía controlar la suya, pero de un lado a otro enviaba la mía, en caza de su belleza cerúlea, en busca de un solo instante.

“¿Por qué los dioses me dieron a este mundo si no es para ser atormentado por la más formosa de sus creaciones?”

Mi pecho y mi voluntad dolían, se convertían en ceniza otoñal y ésta sabía a una docena de limones exprimidos en mi garganta. Dannah no se dignó a responder a esta pregunta ni a ninguna de las muchas otras que formularía en el futuro. Las cosas pasaban de dolorosas a insoportables siempre que ella estaba cerca.

Al menos eso me salvó de tener que compartir ese horrible episodio con ella o cualquier otra persona. Supongo que cuanto acaeció quedó entre nosotros tres.

“Y ahora nosotros tres” susurró Agatha. Soren izó su torcida cabeza y miró a Agatha; ella sonrió afablemente mas Soren no le devolvió nada.

Soren contenía, a duras penas, el pesar que había anidado profundo en su corazón. Ortigas en una maleza espigada que tallaba heridas en su ánima destrozada....

En donde aún vivía ella.... El héroe suspiró en las profundidades de su caverna personal de perennes sombras.

Y con ello acabose el recontar de Soren sobre sus meses en Arlstad.

Pero no, contra todo pronóstico de su ánimo cruel, Soren masculló palabras que pronto escalaron en volumen y significado.

¿Pude haber estado tan enamorado? No, sinceramente dudo que fuera posible que alguien pudiera hallarse en tantos amores como los que yo tenía por ella. He intentado erradicar esta memoria y no os niego que he condenado vuestros nombres por venir aquí, jóvenes, con expresas intenciones de hacerme recordar. Antes de continuar, ruego me dejéis regalaros los únicos versos que he escrito en esta maldita existencia mía; que la luz a ellos brindada por la hija del amor y candor querido, Dannah, me de la fuerza para recordar.

**Al ser tú día -yo soy noche  
Mi alma de sombras teñida  
La tuya -luz bendecida;  
Mas el Señor Oscuro, Aquél bajo las estrellas,  
En su prisión de Perpetuas Tinieblas  
Llora de antaño el abrazo fraterno  
Su paraíso perdido, Gracia de su Firmamento.**

Si sólo los ecos de mi ronca voz y ánima condenada pudiesen ser escuchados, si sólo pudierais sentir mi vergüenza, la agonía y las lágrimas en su lecho de ojos tristes, entonces quizás podríais comprender mis sentimientos.

De facto ella era la luz y yo frías tinieblas. Pero hasta las criaturas más corruptas, sus ánimas malditas debido a sus obras amargas, anhelan aquello que ellos mismos no poseen ni poseerán jamás. Y en su falta, en su deseo, alargan los brazos desde el abismo eterno que es su alma y claman en sollozos el nombre de deidades inmaculadas.

¿Cómo podía un néctar tan dulce como el amor serme un veneno de tamaña vileza? Me consumía, día tras día y a momentos contantes. Cada segundo pasaba

como un cuchillo diminuto que hendía filo en mi corazón sangrante.

Ella había estado sólo dos filas delante de mí, había pasado por mi vera en las mismas salas y a constancia, mas por todo lo que importaba podría haberse hallado en una existencia de lo más distante -que habría sido lo mismo.

Pero su voz,- la misma natura de un espíritu por mí amado gracias a cada nota de grandeza celestial- era lo que me movía al amor. Había hecho una clara distinción, una que hoy sigo defendiendo, aquí mientras yazco en mi sufrimiento. Yo era el único culpable por el dolor propiciado por un alma melancólica, mas ella jamás tendría culpa, pues ella era mi todo. Mi mundo gravitaba a su vera y no podía pensar en otra cosa que no fuera su belleza.

Así sea pues....

Yo no pedí esto. Yo no era feliz, ni lo había sido ni lo sería jamás, pero al menos la vida habida era simple. Pero ahora el ser adoptaba nuevo significado, uno que yo nunca podría entender.

Y no podía evitarlo, empero. ¿Puede acaso el mismísimo Igno dejar de llorar con la llegada del alba, ya que su amanecer significa otro adiós dicho en táticos resuellos a su amada Silene? ¿Qué era lo que yo debía hacer? ¿Desistir o luchar aun cuando el único trofeo que izaría sería el de mi corazón roto, cincelado por la desesperación?

Yo era un luchador, el modus guerrero latía en mí cuales llamas en las forjas de los Cíclopes. No podía parar, mi paso -implacable. Jamás, ni siquiera por la misma corona que había deseado en secreto desde el día en el que fui traído a esta existencia cruel.

Pero cada alba y cada noche, el sueño tan imposible como el respirar cuando ella estaba cerca, erraba por las vacuas calles de la ciudad adormecida y en los oscuros valles de mi psique maldecía a los dioses por sus viles designios.

Se suponía que yo era digno. Era el príncipe. Y aun así lo había perdido todo. Antes de siquiera intentarlo ya sabía que la había perdido. Se me agarrotaba todo el ser. Mi espíritu, oh espíritu rebelde que era el mío, ese mismo destello que me diferenciaba de mis semejantes, se había helado y amenazaba con desfragmentarse, cristalino, en un millón de pedazos cuando ella estaba allí; tan cerca de mí y a la vez tan lejos. El anhelo era demasiado para ser negado -ni tampoco podía ocultarse.

Mas debía, por ella. Todo por ella. Eso era lo que creía y, a pesar de cuanto habría de transcurrir en futuros episodios, sigo creyendo hoy día. Todo en balde mas aún yo libraba batalla.....

## Intermezzo.

“**Y** ahora llega el momento de recontar la historia de nuestros viajes juntos”.

“Pero quizá otra noche y otra oda, la mañana siguiente a ser posible” intervino Duncan. “Ha sido una jornada larga, en especial para ti, Soren”.

Soren asintió en quietud, veraz que estaba muy cansado. Pensar en demasía siempre lo agotaba. “Vosotros” dijo el viejo sabio a sus jóvenes pupilos. “Os sugiero que sigáis el mismo ejemplo”.

Soren sustrajo de, de... No lo sé, de alguna parte, una pila de viejas pieles reseca, estaban desgastadas y abrumadas por el polvo. Pero bastarían.

Hermano y hermana se acurrucaron en los brazos del otro bajo la nimia protección de las viejas pieles. Hacía bastante frío, como bien sentían los achaques de Duncan con el fuego menguante. “Soren, si pudiera, me gustaría salir afuera unos minutos”.

Soren miró duramente a Duncan. “No te lo sugiero, viejo.”

Viejo, por décadas lo habían estado llamando así y probablemente seguirían haciéndolo unas cuantas más, aunque Duncan tenía sus dudas sobre esto último. Pero que Soren lo hiciera... Era gracioso e irónico. Bastante divertido.

“¿Acaso la edad te ha conducido a la locura, Duncan?” Dijo Soren, sin percatarse de haber activado el humor de Duncan.

“Sospecho que debería hacerte la misma pregunta. Pero algo me dice que sería una retórica” hipó Duncan. El monarca caído también rio con este comentario, si bien con hálito discreto.

Luego habló más, pero no en un idioma humano. Recitó la misma dicción Faerie

que empleaba cada mañana para salir al reino infernal que él mismo había creado y que ahora servía como su encarcelamiento. Duncan inhaló los vahos emponzoñados que estaban peligrosamente silentes, pues esta era la hora en la que acechaban los peores cazadores.

Al dar el anciano pasos tembloroso a fuera de la caverna y a dentro del vacío tenebroso, Soren lo detuvo. “Espera” dijo, sin importarle si despertaba a los jóvenes; no lo hizo. “Valiente Duncan, tengo una certeza absoluta de que morirás si dejas esta cueva.”

“A lo mejor es que necesito una fuerte y recia mano que me guíen por la oscuridad. ¿Qué me dices, humilde guerrero? ¿No quieres darle a este necio anciano la oportunidad de vivir otro día laborioso?”

El héroe gruñó quejumbroso, mas para la gran sorpresa de Duncan se levantó y lo siguió.

“Vivir otro día, deduzco que eso no es una piedad para ti, Duncan”.

El noble sabio asintió sonriente. “Por suerte tú no eres un tipo piadoso”.

Con esta horrible verdad ambos se adentraron en la neblina y permitieron que la caverna se entornara tras ellos, dejando a los dos jóvenes durmientes en la seguridad de esa otra oscuridad, distinta y más calma.

“¿Por qué me hallas tanto tormento, Duncan?”

“¿Necesito siquiera responderte a eso?” Replicó el hombre que comenzaba a ganarse una cierta confianza con Soren.

Y hacía bien en exponerlo de esta manera. Tantos crímenes, tan sangre manchando sus manos. Manos que antaño habían sido puras e inocentes. Duncan estaba al tanto de hasta las formas más nimias de empatía, ergo también percibía que toda persona ha sido infante alguna vez, incluso el hombre maligno que a su vera andaba. El hombre que muere cada día, mas despierta cada mañana para sólo caminar



en círculos.

“No caben respuestas” admitió Soren, mohíno, la manea usual en la que había pisado por tantísimo tiempo estas frías tierras. A veces saldría para pensar, ponderar, mas a su fortuna los sentimientos estaban ligeramente fuera de su alcance. Pero con los gemelos, especialmente ella, y el inteligente Duncan, era en demasía duro vivir.

“No eres inocente” dijo Duncan. “¿Eso te hace culpable?”

Soren no pudo evitar quedársele mirando al sabio, y lo hizo con un atisbo de reverencia. Quizá se trataba de la neblina que los envolvía, la tímida negrura que a todo engullía, o quizá el traqueteo rítmico de su bastón, a lo mejor el verbo y el grave carraspeo de una voz que aún languidecía en las lindes de la virtud y la nobleza; sea lo que fuera, le daba aire imponente.

El héroe inclinó la cabeza con sutileza. Habló. “Otra pregunta retórica, asumo”.

Duncan contestó sin remilgos. “No”. Esto confundió al hombre tenebroso. “Sólo estudio la realidad de ti. Corrupto como eres -y que no quepa duda de que esto es así- aún sufro en comprenderte. ¿Se me puede culpar por ello?”

“No. Hombres astutos como tú deben dudar de todo, analizarlo detalladamente”.

Duncan rio sonoramente. “Sabes, tenemos una máxima en mi tierra: de lo que te digan no te creas nada y de lo que veas, la mitad”.

“¿Y qué crees tú?” Preguntó Soren.

“Que sitio es penoso” contestó Duncan.

Soren arengó dicha, con una sonrisa y una risita, parcialmente entretenido con la trivial astucia del sabio; esto aliviaba su ánimo inquieto. Quizá fuera esta la intención de Duncan -o sólo estaba examinando al hombre.

“Sígueme” dijo Soren taimadamente, llevándose del brazo al viejo y guiándolo hacia un pequeño barranco oculto en la grisácea bruma mortal. Estaba recubierta por un musgo denso y verdoso que a Soren le recordaba al musgo de aquel roble al que tanto amaba; el cual estaba cerca de ese lugar que tanto detestaba y al que le habían

hecho recordar muy recientemente.

“Esto está mejor” dijo Duncan, apoyándose contra la suave roca. “Me imagino que ya te conoces este lugar de memoria”.

“Hasta la piedra más chica” admitió el hombre vil.

Duncan quería dar voz a algún pensamiento o noción, pero de súbito un chirriar aterrador que provenía de las invisible nubes en el ánima negra arriba alborotó su blanco cabello. “¿Qué es eso?” Tembló.

“Murciélagos muy grandes” admitió Soren. “No quieras toparte con uno, Duncan. Mas no te asustes, saben mejor que atacarme a mí.”

Duncan se estremeció con esa idea. “Asumo que por aquí hay bestias más fieras que el Ánima de Draco o tú, Soren.”

El villano sufrió ese comentario, en esencia porque era veraz. Como todo lo que decía Duncan. “Sí. Y algunas menos tímidas que los murciélagos. Mas que sepas que Fenrir está aquí y no permitirá que este santuario de prestado sea profanado”.

“Qué alivio” hipó Duncan en broma.

“Estoy cansado, Duncan, ¿por qué estamos aquí?”

“Necesito estirar las piernas, el agarrotamiento es sentida por tres cuando se es tan viejo como yo”.

“Me imagino que poca gente hoy día tienen la fortuna de llegar a tu edad”.

Duncan rio con sorna. “No considero una larga vida en Inferno como producto de la buena fortuna; no, pero algo me dice que no soy el único que sufre la maldición de extensa longevidad”.

Duncan miró a Soren con avidez. Éste a su vez no lo miró de vuelta, sólo movió la cabeza en asentimiento.

“Inferno” murmuró, cambiando el tono de la conversación. “¿Qué ha ocurrido con Rysia? Un nombre tan bello”.

“Veraz” asintió Duncan, escandalizado por el contraste. “Mas uno que ya no

puede aplicarse a la terrible existencia de quienes han sido lo suficientemente míseros como para ser mal paridos a este mundo.

Rysia queda relegada como memoria. El Señor Oscuro prohíbe su evocación, bajo toda la fuerza de la ley.”

“Ergo muerte” sentenció Soren.

“Ergo muerte.... O algo peor” repitió Duncan, con el pesar domeñando su de normal calmo ánimo.

“Una memoria. Como ella” habló Soren con tristeza.

Duncan dio nueva vida a su esencia. “Mas una memoria que perdura. Eso es precisamente lo que fija mi vivaz atención en ti”.

“Escuchar cuanto debe ser recordado” murmuró Soren, dejando que vivieran feroces el arrepentimiento y la frustración, mas a escondidas de los agudos sentidos de Duncan.

“Oigo tus memorias, hombre rojo, y tiemblo y palidezco con la incredulidad. ¿No será acaso que tu culpa distorsiona tu visión de la realidad y te obliga a recontar episodios en modo corrupto y disimilar? Ocurre a veces”.

Esa noción permaneció un instante en el ánimo de Soren, quien entretenía la posibilidad de que sus memorias fueran sólo una ilusión mancillada de su propio crear, como un método para afrontar sus pecados. “¡Ja!” Carraspeó Soren, tocado su pecho por el aguijón de la tristeza. “Cuán bello sería eso, Duncan, y os agradezco vuesa amable cura.

Mas por el contrario, ¿no sería eso una paradoja?”

Sonriente, así habló Duncan. “Dímelo tú” imploró. “De los dos tú eres el más avezado”.

“Y vos sois un sabio de cuatrocientas estaciones vividas. Luego emplead ese cerebelo ahíto por experiencias traumáticas y piensa.

Si mis penas me fuerzan a agravar mis propias acciones, si éstas no son tan

nefandas como clamo, ¿por qué he de llorar cada noche a mis paredes y rogar a los dioses un final misericorde? Dime, Duncan, ¿por qué tal ciclo vicioso?

-Duncan iba a responder, de hecho había concebido una astuta hipótesis para replicarle a Soren, mas el príncipe humillado no lo permitió; sólo resumió su propio monólogo-

Hay más” rio acídicamente, tocándose la sien diestra. “Puedo emplear medios mágikos e invocar a los *Fatta* que moran en mi espíritu y sonsacarles aquellas cosas que han tenido lugar ha mucho. Y aun con tantos años que llevo intentando olvidar, para garantizarme al menos una noche sin terrores y escenas aterradoras, mis *Fatta* de muy buena gana me conceden lo opuesto.

Veraz, y entonces se burlan de mí cuando intento evadir el ayer. Es mi eclipse, mi oscuridad, la que nunca parte. La mágika me trae dolor porque he tornado mi don, mis solemnnes *Fatta*, en espíritus vengadores, como aquéllos que azuzan a parricidas y a maníacos genocidas; las Furias.”

“Oh, Soren, idiota” susurró un Duncan bastante enojado, mas por alguna razón inexplicable su lamento batió en vuelo y redobló ecos contra la negra roca. “.... Idiota, idiota, idiota” dijo Duncan y los muchos dioses que transportaban su sabia voz.

“¡Ya hemos tenido bastante fresco por hoy!” Bramó Soren, poniéndose en pie; sus gruesas pantorrillas gruñeron como así el crujiir de sus huesos. Soren gimió. “Lamentos, como habrás sentido tú mismo, la humedad aquí es insoportable”.

Como si en confirmación de la cruda realidad del clima de este paraje, lloró la espalda de Duncan, forzando al anciano a doblar su zona lumbar. Expulsó un hálito disgustado. Soren lo tomó del brazo y así ambos regresaron con pausa a la caverna oculta entre montañas.

Duncan cerró los ojos, quedándose dormido en un manto de lana ennegrecida de oveja, no muy lejos de sus jóvenes discípulos. Éstos roncaban, completamente

ajenos al insomnio de Soren. Él estaba agazapado en las sombras, apenas quedaba ascuas en el fuego crepitante. Miró la ceniza con anhelo.

Sólo él podía ver a Dannah reflejada en el humo que levitaba silenciosamente y desaparecía cuando tocaba el techo.

“Por favor, cielo, perdóname -por no haber estado a la altura.”

Soren pensó que su ruego había quedado para sí mismo, como en todas las ocasiones previas de su nocturna melancolía; jah mantra de los desolados el que recitaba cada noche!

Pero una joven tedesquiana que alternamente entraba y salía de las tierras oníricas había percibido la plegaria tácita de Soren.